KARL OVE KNAUSGÅRD

La estrella de la mañana

Traducción de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

KARL OVE KNAUSGÅRD

La estrella de la mañana

Traducción de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Morgenstjernen

Edición en formato digital: febrero de 2023

Publicado con la ayuda de NORLA

© imagen de cubierta, Piyanat Nethaisong. Diseño de Duró

© de la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, 2023

© Forlaget Oktober, 2021

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2023
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1835-2

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

ÍNDICE

Portada
Primer día
Arne
Kathrine
Emil
Iselin
Solveig
Kathrine
Jostein
Turid
Arne
Kathrine
Iselin
Jostein
Turid
Segundo día
Egil
Solveig
Vibeke
Arne
Turid
Jostein
Sobre la muerte y los muertos un ensayo de Egil Stray
Agradecimientos
Créditos

Para Michal

Y en esos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos.

PRIMER DÍA

ARNE

El repentino pensamiento de que, mientras la oscuridad caía sobre el mar, los chicos dormían en casa, detrás de mí, era tan agradable y pacífico que cuando me llegó no lo dejé ir, sino que intenté retenerlo y descubrir lo bueno que había en él.

Habíamos echado las redes unas horas antes, así que las manos aún les olerían a sal, pensé. Como no les había dicho nada al respecto, no se las habrían lavado. Les gustaba hacer la transición entre el estado de vigilia y el sueño lo más breve posible; al menos solían quitarse la ropa a toda prisa, meterse debajo del edredón y cerrar los ojos sin apagar siquiera la luz, si yo no me entrometía con mis exigencias, como que se cepillaran los dientes, se lavaran la cara y colocaran la ropa con cuidado en la silla.

Esa noche no dije nada, y ellos se deslizaron dentro de sus camas como una especie de animales tersos y brillantes, de largos miembros.

Pero no era eso lo que resultaba tan agradable al pensamiento.

Era la idea de la oscuridad, que caía con independencia de ellos. Que estuvieran durmiendo mientras fuera de su habitación la luz se retiraba de los árboles y del sotobosque para seguir resplandeciendo débilmente un rato más en el cielo, antes de que también este se oscureciera, y la única luz del paisaje fuera la de la luna reflejada de modo espectral en la superficie del agua de la cala.

Sí, eso era.

Que nada se detuviera nunca, que todo siguiera su curso, que el día se convirtiera en noche, que la noche se convirtiera en día, que el verano se convirtiera en otoño y el otoño en invierno año tras año, y que ellos formaran parte de aquello en ese instante, profundamente dormidos en sus camas. Como si el mundo fuera un espacio que visitaban.

Las luces rojas de la punta de la antena centelleaban en la oscuridad sobre los árboles del otro lado. Debajo se vislumbraba la luz de las cabañas. Di un sorbo de vino y agité ligeramente la botella, porque estaba demasiado oscuro para ver lo que quedaba. Algo más de la mitad.

Cuando era pequeño, mi mes favorito era julio. No es de extrañar, pues es el mes más infantil y sencillo, con sus largos días, llenos de luz y calor. De adolescente, lo que más me gustaba era el otoño, la oscuridad y la lluvia, tal vez porque añadía a la vida una seriedad que me parecía romántica, y contra la que podía defenderme. La infancia

fue la época para correr a todas partes y simplemente existir, la juventud fue el descubrimiento de la extraña dulzura de la muerte.

Ahora lo que más me gustaba era agosto. Tampoco eso era de extrañar; me encontraba en medio de la vida, en ese lugar del tiempo en el que las cosas concluyen, en el estancamiento lentamente creciente de la sobreabundancia, el momento antes de empezar a vaciarse y acallarse, y acabar en un declive igual de lento.

¡Oh, agosto, con tu oscuridad y tu calor, tus ciruelas dulces y tu hierba seca y quemada! ¡Oh, agosto, con tus mariposas marcadas ya de muerte, y tus avispas enloquecidas por el azúcar!

El viento subía por la pendiente, lo oía antes de notarlo en la piel, y en las copas de los árboles las hojas crujieron un breve instante sobre mi cabeza, antes de volver a calmarse. Se podría imaginar un poco como una persona dormida que se da la vuelta en la cama después de haber estado quieta mucho rato, y vuelve a encontrar enseguida la calma.

En la roca de más abajo apareció una persona. Aunque a esa distancia una figura tan vaga era imposible de identificar, sabía que era Tove. Iba andando por la resbaladiza roca, suavemente inclinada, subió al muelle y se alejó por el sendero de la cuesta. Al poco rato oí sus pasos en el suelo cubierto de hierba, justo debajo del jardín.

Me quedé quieto. Si ella estuviera atenta me vería, pero hacía días que no lo estaba.

–¿Arne? –dijo, y se detuvo–. ¿Estás ahí?

–Estoy aquí –contesté–. Junto a la mesa.

–¿Estás sentado a oscuras? ¿Por qué no enciendes la luz?

–Ahora mismo –dije, y encendí con el mechero el farol que había en la mesa delante de mí. La mecha ardía con una llama clara y profunda, mientras el brillo que emitía con sorprendente fuerza formaba una cúpula de luz en la penumbra.

–Voy a sentarme un poco –dijo ella.

–Sí, muy bien –dije yo–. ¿Quieres un poco de vino?

–¿Tienes vasos?

–Aquí no.

–Entonces no –dijo, y se sentó en el sillón de mimbre, al otro lado de la mesa. Llevaba un pantalón y una camiseta cortos, y unas botas de goma que le llegaban hasta las rodillas.

Su cara, que siempre había sido un poco regordeta, estaba hinchada por la medicación.

–Pues yo sí que voy a beber un poco –dije, y me serví en el vaso–. ¿Qué tal el paseo?

–Bien. Mientras andaba, se me ocurrió una idea. Así que he vuelto corriendo.

Se levantó.

–Voy a empezar ahora mismo.

–¿El qué?

–Una serie de cuadros.

–Pero son casi las once –objeté–. También necesitas dormir.

–Ya dormiré cuando esté muerta –dijo–. Esto es importante. Mañana puedes ocuparte tú de los chicos, estás de vacaciones. Podéis ir a pescar o algo así.

Cuándo demonios te vas a preocupar por alguien que no seas tú misma, pensé, y miré el parpadeante mástil.

–Sí, podemos –dije.

–Estupendo –dijo ella.

La seguí con la mirada mientras atravesaba el jardín hasta la casa blanca de invitados al fondo. Al encenderse la luz dentro, las ventanas brillaron amarillas en el amasijo negro formado en la oscuridad por los árboles y arbustos.

Al instante, volvió a salir. Con el pantalón corto y las piernas desnudas dentro de las grandes botas parece una niña, pensé. El fuerte contraste con la camiseta que se ceñía a su voluminoso cuerpo, y su expresión demacrada y cansada me hizo sentir una repentina lástima.

–He visto tres cangrejos en el bosque –dijo, parándose delante de la mesa–. Olvidé decírtelo al volver.

–Los habrá dejado caer alguna gaviota –dije.

–Pero estaban vivos –dijo ella–. Se arrastraban por la maleza.

–¿Estás segura? ¿De que eran cangrejos, quiero decir? ¿No podía tratarse de algún otro pequeño animal?

–Claro que estoy segura –contestó–. Pensé que te gustaría saberlo.

Se dio la vuelta, se metió en la casa y cerró la puerta tras ella. Al instante, sonó música procedente del interior.

Me serví el resto del vino y me pregunté si acostarme o quedarme fuera un rato más. En ese caso tendré que ir a por un jersey, pensé.

Tove llevaba ya unos días de subidón. Las señales eran siempre las mismas. Empezaba a mandar correos y a llamar por teléfono, a escribir largos informes en Facebook, y de repente se ponía a hacer un montón de cosas que en realidad no importaban, al menos no era nada sustancial, como poner orden en la casa o trabajar en algo durante bastante tiempo. Otra señal era que se volvía muy descuidada. Se sentaba en el váter con la puerta abierta, ponía la radio a todo volumen sin pensar en los demás, y cuando preparaba la comida, dejaba la cocina como si hubiese caído una bomba.

Todo eso me irritaba sobremanera. Cuando por fin tenía fuerzas, ¿por qué no podía dedicarlas a algo útil para todos? A la vez me daba pena, era como una niña perdida en el mundo, que se decía a sí misma que todo iba estupendamente.

Pero ¿cangrejos en el bosque? ¿Qué podía ser? ¿Qué clase de

animal podía haberle hecho pensar que se trataba de un cangrejo? ¿O simplemente había visto visiones?

Me levanté sonriendo. Me bebí de un trago el resto del vino, cogí la botella y el vaso, y entré en casa. El calor del día seguía en las habitaciones, y tenía la sensación de estar dándome un baño cuando el aire caliente me rodeó la cara y la piel desnuda de los brazos. El que todo estuviera iluminado reforzaba esa sensación, de repente me encontraba en otro elemento.

Dejé la botella vacía entre las demás en el fondo del armario, y me pregunté un instante si meterlas en una bolsa y llevarlas al coche para ir a tirarlas a la estación de reciclaje al día siguiente, porque de repente vi el número de botellas vacías con ojos ajenos, pero no había ninguna razón para hacerlo justo en ese momento, a las once de la noche, podía esperar al día siguiente, pensé, puse el vaso debajo del grifo, froté el fondo con los dedos, lo sequé con el trapo de la cocina y lo dejé sobre la repisa de encima del fregadero.

Listo.

Una minúscula araña estaba bajando por un hilo que colgaba de la repisa. No era más grande que una miga de pan, pero daba la impresión de saber exactamente lo que estaba haciendo. Cuando se encontraba a unos veinte centímetros de la encimera, se detuvo y se quedó colgando en el aire.

En ese instante oí una ventana que golpeaba. Parecía la del cuarto de baño y fui hacia allí. La ventana estaba abierta y seguía los caprichos del viento, que soplaba cada vez más fuerte. Ahora estaba golpeando la pared de fuera, y la cortina ondeaba. La metí y cerré la ventana, luego me coloqué frente al espejo y empecé a cepillarme los dientes. Sin pensar en lo que hacía, me levanté la camiseta y me miré la tripa, con la que ya no conseguía identificarme; no pertenecía al hombre que sentía que era. No tenía lo que había que tener para deshacerme de ella, porque, aunque pensaba varias veces al día que tenía que adelgazar, empezar a correr y nadar, nunca me decidía. La cuestión era entonces si eso podría convertirse en algo positivo.

El mayor fallo que podías cometer era intentar ocultar la gordura, llevar camisas grandes y pantalones anchos pensando que nadie se daría cuenta mientras no te apretara la ropa. Lo que entonces saltaba a la vista era un hombre gordo y avergonzado. Y eso era peor que solo un hombre gordo, porque uno se acercaba a algo incómodamente personal e íntimo.

Escupí la pasta de dientes en el lavabo, me enjuagué la boca con agua del grifo y coloqué el cepillo de dientes en el vaso de la repisa.

¿No era viril ser grande? ¿Masculino tener algo de sobrepeso?

Las hojas y las ramas del jardín crujían, a veces las viejas paredes sonaban cuando el viento las batía. Pronto empezará a llover, pensé.

Fui al cuarto de estar y apagué las luces, luego subí al piso de arriba y eché un vistazo al dormitorio de los chicos. Allí dentro hacía calor después de que le hubiera dado el sol toda la tarde. Los dos estaban tumbados encima de los edredones. Asle abrazando el suyo con brazos y piernas, bañado por la luz de la lámpara del techo.

Se parecían aún más cuando dormían, porque gran parte de lo que los diferenciaba era una cuestión de comportamiento, la manera en la que hacían las cosas, la manera en la que sostenían y volvían la cabeza o la manera de hablar, los matices de sus voces, la entonación al preguntar. Ahora no eran más que cuerpos y rostros, y en eso eran casi idénticos.

Aún no me había acostumbrado a ello, porque, aunque la atención sobre el parecido desaparecía dentro de lo cotidiano, siempre volvía a aparecer en momentos como ese, cuando los veía de repente no como dos individuos, sino como dos versiones del mismo cuerpo.

Apagué la luz y fui al dormitorio del otro extremo de la casa, me desnudé y me tumbé a leer. Pero había bebido demasiado, así que tras un par de frases cerré el libro y apagué la luz. No es que estuviera borracho, no es que las frases y su significado flotaran, era más bien que el alcohol me había ablandado la voluntad, debilitándola de tal modo que era casi imposible movilizar ese pequeño esfuerzo que al fin y al cabo requería la lectura de una novela.

Era mucho mejor estar tumbado con los ojos cerrados, dejando flotar los pensamientos hacia donde quisieran en la suavidad y la oscuridad.

Durante el día notaba algo duro y anguloso en mi interior, algo seco y estéril, una especie de reino del no, en el que mucho trataba de renunciar. El vino lo rellenaba; lo duro y anguloso no desaparecía, pero ya no era todo. Como en las rocas cuando ha habido marea baja, el sol ha secado las algas y el agua vuelve a subir: ¡el sentimiento del alga entonces! Cuando nota cómo lo salado y frío la levanta, cuando ondea hacia delante y hacia atrás en todo aquello tan maravilloso y tonificante, y todas las superficies vuelven a ser suaves y húmedas…

Cuando alcancé justo el límite de la conciencia, esa zona en la que puedes deslizarte unos minutos antes de que el sueño te atrape de verdad, me pareció oír gotas de lluvia golpear la ventana y el tejado como más de cerca que el constante susurro de los árboles y arbustos del jardín, y el murmullo lejano de las olas abajo en la cala.

Me despertaron los gritos de Tove.

–¡Arne! –gritaba–. ¡Arne, tienes que venir!

Me incorporé. Ella estaba abajo, en la entrada, y lo primero que pensé fue que no quería que gritara tan alto, iba a despertar a los chicos.

–Ha ocurrido algo –gritó–. ¡Ven!

–Voy –dije, me puse la camisa y bajé corriendo las escaleras.

Tove estaba en el quicio de la puerta con el pantalón corto y las botas de lluvia. Lloraba.

–¿Qué ha pasado? –pregunté.

Abrió la boca como para decir algo, pero ni un sonido salió de ella.

–Tove –dije–. ¿Qué ha pasado?

Me hizo señas para que la siguiera. Fuimos a la casa de invitados, atravesamos la entrada y llegamos al cuarto de estar.

Uno de los gatitos yacía en el suelo, desgreñado y bonito. Estaba completamente inmóvil, y al acercarme, descubrí un pequeño charco de sangre.

Vi que seguía vivo, porque movía una pata.

El otro gatito estaba a su lado, mirándolo.

–No lo he visto –dijo Tove–. Lo he pisado. Lo siento muchísimo.

La miré. Luego me arrodillé frente al gatito. Había sangrado por la boca y por las orejas, ahora yacía con los ojos cerrados, mientras una de sus patas rascaba el suelo.

–¿Puedes hacer algo? –me preguntó–. ¿Podemos llevarlo al veterinario mañana por la mañana?

–Tenemos que rematarlo –dije y me levanté–. Iré a por un martillo o algo por el estilo.

–Pero no un martillo, ¿verdad? –dijo ella.

–No se puede hacer otra cosa –objeté, y me fui a la cocina de la otra casa. Nunca había matado a ningún animal, apenas era capaz de quitarle la vida a un pez, y me noté mareado al abrir uno de los cajones y sacar el martillo.

Cuando volví a la casa de invitados, el gatito giró un instante la cabeza, seguía con los ojos cerrados. Una especie de vibración recorrió el pequeño cuerpo. Me puse en cuclillas frente a él y apreté con fuerza el mango recubierto de goma del martillo. Se me vino a la mente la idea de cómo crujiría el suelo cuando lo golpeara.

Tove estaba un poco alejada, mirando.

El gatito ya no se movía.

Le acaricié con cuidado la peluda frente con el dedo índice. No reaccionó.

–¿Está muerto? –preguntó Tove.

–Creo que sí –contesté.

–¿Qué hacemos con él? ¿Qué les diremos a los chicos?

–Lo enterraré en el jardín –contesté–. Y a los chicos les diremos simplemente que ha desaparecido.

Me incorporé, y de repente me di cuenta de que iba en calzoncillos.

–No lo vi –dijo–. De pronto estaba bajo mi pie.

–Está bien –dije–. No fue culpa tuya.

Fui hacia la puerta.

–¿Adónde vas? –preguntó.

–A ponerme algo de ropa, luego iré a enterrarlo.

–Vale –dijo.

–Vete a la cama, por favor –le pedí.

–Ahora no voy a poder dormir.

–¿No podrías intentarlo?

Ella negó con la cabeza.

–No lo conseguiré.

–¿Y si te tomas otra pastilla?

–No sirve de nada.

–Como quieras –dije, y salí a la lluvia, crucé el césped que había entre las dos casas, subí al dormitorio, me puse el pantalón, cogí el impermeable colgado en el gancho del pequeño anexo, donde también había una pala, y volví a la casa de invitados.

Tove estaba sentada junto a la mesa recortando una hoja de papel rojo. Frente a ella había otra hoja más grande y gruesa en la que había pegado varias figuras rojas.

No le dije nada, dejé la pala en el suelo, levanté con mucho cuidado al gatito muerto, lo puse encima de la hoja de papel y así lo saqué, sobre la pala que llevaba delante de mí.

Las ramas de los árboles parecían mástiles en la oscuridad. El aire estaba lleno de gotas de lluvia que llegaban a ráfagas con el viento. Me detuve delante de los arbustos de bayas del rincón del jardín, dejé al gatito en el suelo y clavé la pala en la capa de corteza y tierra. Unos minutos después, el hoyo estaba hecho, y yo tenía el pelo completamente empapado y las manos heladas.

Cuando lo metí en él, noté que el gatito estaba todavía caliente.

¿Cómo era posible?

Empecé a echarle tierra encima y entonces una sacudida le recorrió el cuerpo.

¿Estaba vivo?

Habrá sido una convulsión, pensé, y seguí echándole tierra encima hasta que estuvo completamente cubierto. Luego alisé la capa de arriba y eché un poco de virutas de corteza sobre ella para no despertar la curiosidad de los chicos si, en contra de lo que suponía, se acercaban por allí al día siguiente.

Colgué el reluciente impermeable en el gancho, vi cómo la tierra coloreaba el agua del lavabo cuando me lavé las manos, subí al dormitorio, me desnudé y volví a meterme en la cama.

La idea de que el gatito pudiera estar vivo cuando lo cubrí de tierra no se me iba de la cabeza. De nada servía que me dijera que eran convulsiones, seguía imaginándomelo enterrado con los ojos abiertos, incapaz de moverse.

¿Debería salir y volver a cavar?

También él era una criatura del mundo.

¿Qué vida había tenido aquí?

Unas semanas en una habitación con el suelo de madera, y luego enterrado en esa tierra fría y oscura donde no podía moverse, solo yacer hasta morir, completamente solo.

¿Qué sentido tenía esa vida?

Pero no era más que un gato, joder. Y si no estaba muerto cuando lo enterré, lo estaría ya.

A la mañana siguiente me despertaron los ruidos del televisor en el piso de abajo. Pasaban unos minutos de las ocho, y me incorporé en la cama. Fuera reinaba el silencio. Desde la ventana el cielo se veía gris, y tan cargado de humedad que las nubes colgaban justo por encima de los árboles al otro lado de la cala.

Una fina capa de sudor me cubría el cuerpo, pero no me apetecía ducharme, y uno de los placeres de estar de vacaciones era precisamente no tener que mantenerse constantemente limpio.

Me vestí, bajé a la cocina y me bebí dos vasos de agua de pie, delante de la encimera. En el jardín los árboles estaban inmóviles. El espeso follaje verde brillaba intensamente dentro de todo lo gris.

–¿Tenéis hambre por ahí dentro? –grité. No recibí respuesta y fui a verlos. Estaban tumbados cada uno debajo de una manta en el amplio sofá de rincón. Asle tenía las piernas levantadas y apoyadas en la pared, y la parte superior del cuerpo retorcida en una extraña postura para poder ver la televisión, y Heming estaba tumbado boca abajo encima del respaldo.

–¿Estáis enfermos? –pregunté.

Se apartaron las mantas sin mirarme. Sabían muy bien que no me gustaba nada verlos tumbados debajo de mantas o edredones durante el día, y me extrañaba que no las hubieran apartado al oír mis pasos por la escalera.

–¿Tenéis hambre?

–No mucha –contestó Asle.

–Un poco –dijo Heming.

–Tenéis que meter algo de alimento en el cuerpo –dije–. Enseguida iremos a recoger las redes.

–¿Tenemos que ir? –preguntó Asle.

–Venga ya –dije–. Vinisteis conmigo a echarlas. ¡Claro que tenéis que venir también a recogerlas! ¡Tenéis que ver lo que hemos capturado!

–El agua está muy fría –objetó Asle.

–¿No podemos relajarnos hoy? –preguntó Heming.

–¿Que el agua está fría? –dije–. ¡Pero si no nos vamos a bañar!

No dijeron nada, se limitaron a seguir mirando el televisor.

–Escuchad –dije–. Voy a freír unos huevos y un poco de beicon y a preparar un cacao, ¿vale? Luego vamos a por las redes, y el resto del día podéis hacer lo que os dé la gana. ¿De acuerdo?

–Vale –dijo Asle.

–¿Heming?

–Vale, vale.

Cuando volvía a la cocina, los sucesos de la noche anterior me parecían extrañamente lejanos, como si pertenecieran a una realidad diferente a la realidad en la que me encontraba ahora. La oscuridad, el viento, la lluvia, la desesperación de Tove, el gatito muerto, la sangre en el suelo, la pala, la tierra, esa tumba en la que quizá lo había enterrado vivo.

Por cierto, ¿dónde estaba Tove?

Un golpe de ansiedad me recorrió. Sentí la necesidad de ir corriendo a buscarla, de mirar a toda prisa en todas las habitaciones, pero cuando salí a la entrada para ponerme los zapatos y cruzar hasta la casa de invitados, lo hice a paso lento, no quería que los chicos notaran que algo iba mal.

Curiosamente hacía el mismo calor que el día anterior, aunque no brillaba el sol.

La puerta de la casa de invitados estaba entreabierta. Tove tenía siempre mucho cuidado de cerrar puertas y ventanas, esa preocupación por la seguridad era casi una fobia, pero no en el estado en el que ahora se encontraba, cuando todo se manifestaba al revés.

El cuarto de estar estaba vacío. Abrí la puerta del dormitorio, también vacío. Luego subí al altillo, donde la encontré tumbada inmóvil en una de las camas, debajo del techo inclinado.

–¿Tove? –la llamé.

No contestó.

El corazón me latía como si estuviera delante de un precipicio.

Me acerqué lentamente a ella.

–¿Tove?

–¿Mm? –dijo desde el fondo del sueño.

¡Entonces todo estaba en orden!

–Sigue durmiendo –dije, la tapé con una manta de lana y volví a bajar la escalera. La mesa estaba llena de hojas de papel con figuras rojas pegadas. Me detuve para mirarlas más de cerca.

Algunas parecían petroglifos, había barcas primitivas y hombres con el pene erguido, otras se parecían al círculo de personas bailando de Matisse, solo que tenían piernas de animal. Una representaba una persona a caballo, dibujada como una única criatura, otra hoja estaba llena de zorros, una tercera de puntos rojos, que, al levantarla, vi que se trataba de mariquitas.

En otra hoja que había debajo de esas había escrito tres veces, una en cada línea: Quiero follar con Egil.

Mierda, pensé, pero dejé la hoja donde estaba, coloqué la grande con las mariquitas encima por si entraban los chicos, y luego miré hacia el altillo, por si Tove, en contra de lo que suponía, me había visto.

¿Acaso eso formaba parte de la obra de arte? ¿Lo pensaba ella? ¿Que abría todas las esclusas del subconsciente?

Y encima Egil.

–Ah, diablos –me dije a mí mismo–. ¿Por qué eres tan estúpida, Tove?

La sangre del gato seguía en el suelo. Más valdría limpiarla antes de que los chicos la vieran. Pero no ahora. Ahora había que pensar en huevos y beicon, pan tostado y cacao caliente.

El césped, brillante de humedad, reposaba como un suelo entre los árboles y los macizos.

Saqué de la nevera lo que necesitábamos para el desayuno, y descubrí que solo quedaba un huevo en la caja.

Quería cumplir lo que les había prometido a los chicos y decidí bajar en bicicleta a la tienda. Podría pedirles a ellos que lo hicieran, pero en ese caso tal vez dirían que no les daba la gana, y yo darías muestras de debilidad al consentirlo, o podría –si no lo consentía– darse una situación en la cual, con el fin de no perder autoridad, tendría que obligarlos, algo que tal vez estropearía el ambiente durante horas, por no decir el día entero. Y no merecía la pena. Sobre todo, porque luego iríamos a pescar.

Fui al salón.

–Bajo un momento a la tienda –dije.

–¿Dónde está mamá? –preguntó Asle.

–Todavía duerme –contesté–. ¿Queréis algo de la tienda? Excepto helado, claro.

–¡Sí, helado! –exclamó Heming.

–De eso nada –dije–. ¿Zumo de naranja, quizá?

No contestaron.

–Está bien. Volveré enseguida –dije, fui a la entrada y me puse los zapatos y la chaqueta, luego saqué la bicicleta del cobertizo.

Nuestra casa se encontraba al final de un camino de grava; es decir, el camino se adentraba en el bosque, pero ya más como un sendero, apenas transitable para coches. Allí estaba la casa de Kristen, un viejo excéntrico que siempre había vivido solo, y que había convertido la soledad en un arte: todo lo que tenía lo había construido él mismo, incluso la barca que usaba para pescar.

A lo largo del camino, hacia el otro lado, había varias casas como la nuestra, la mayoría habitadas solo en verano y en vacaciones. Yo

conocía a casi todos los que vivían allí, pero hacía tiempo que no tenía contacto con ninguno de ellos. A juzgar por los aparcamientos vacíos delante de las puertas, casi todos habían vuelto ya a su casa.

Los numerosos agujeros y baches del camino estaban llenos de agua de lluvia, pequeños charcos de color amarillo sucio que me hicieron pensar en los años ochenta, cuando se solían ver en el otoño, pero ahora casi habían desaparecido. La grava, mojada y suave, brillaba en algunos sitios como plata entre los peñascos rojizos y las coníferas verdes por las que serpenteaba el camino.

Esperaba que lo que tiraba de ella se hubiese desvanecido cuando se despertara.

¿Realmente lo esperaba?

Si seguía así, Tove perdería por completo el control, y al final habría que ingresarla.

Había en ello algo definitivo, algo palpable y concreto. Y eso estaba bien. Porque el problema eran siempre los límites. Los suyos, los míos, los de nuestros hijos. Era imposible decir cuándo empezaba lo enfermizo, porque todo se desbordaba lentamente, iba de la alegría y el entusiasmo a algo que la alejaba cada vez más de nosotros, y nosotros la acompañábamos, aceptando imperceptiblemente aquello que visto desde el exterior no era aceptable, porque nosotros no estábamos en el exterior, sino dentro, donde los límites se movían tan despacio que no nos dábamos cuenta.

También era así porque yo la protegía, tanto de los chicos como del mundo exterior.

Cuando ingresara en una institución, la gente podría ver de repente lo loca que estaba, y todo lo que tenía que hacer yo solo.

Pasé en bicicleta por delante de los dos peñascos que había a ambos lados del camino, y que cuando era pequeño siempre me hacían pensar que iba navegando en un barco entre dos islas que como pretencioso estudiante universitario bauticé Escila y Caribdis. Luego el camino hacía una curva antes de bajar en línea bastante recta hacia la tienda y el muelle turístico. Una vez me caí de la bicicleta en esa cuesta, y me hice un agujero en la cabeza. En aquella época nadie llevaba casco ni sabía realmente montar en bicicleta, pero el recuerdo que tenía de aquello era seguramente falso, basado en lo que me habían contado, no en lo que realmente había vivido. Era imposible saberlo con seguridad.

Apenas pisaba los frenos traseros mientras bajaba la cuesta, viendo en mi mente a los otros niños inclinados sobre mí, la ambulancia que llegó, justo allí donde me encontraba ahora, solo que cuarenta años antes.

La tienda pasó de ser una tienda rural a un pequeño supermercado en aquellos tiempos, hasta convertirse en lo que era ahora, una

especie de pequeño centro comercial con un supermercado, un puesto de comida rápida, un café y una tienda de souvenirs. En la parte de atrás había un surtidor de gasolina y otro de gasóleo, y al lado, un pequeño edificio de duchas y cuartos de baño para la gente de los barcos. El lugar se llamaba Tjæreholmen Marina.

Dejé la bicicleta fuera y entré. Cogí una de las cestas rojas de la compra y metí en ella una bolsa de panecillos recién hechos, mantequilla y leche, además de los huevos, que era a por lo que había ido en un principio.

Cuando fui a pagar, delante de la caja había un hombre vestido con pantalón corto y camiseta, y con una gorra, sacando las cosas del carro. Se volvió ligeramente cuando me coloqué detrás de él, sacó una tarjeta de crédito del bolsillo trasero, la metió en el datáfono y se dio la vuelta de nuevo.

–¿Arne? –me llamó por mi nombre.

Yo no sabía quién era.

–¿Sí? –contesté.

–Joder, cuánto tiempo –dijo con una sonrisa.

Lo miré sin decir nada.

Había algo familiar en sus ojos.

–¿No me reconoces?

–Bueno... –dije

–Trond Ole –se identificó.

–¡Ah! –exclamé–. ¡No te había conocido! ¿Qué haces tú por aquí?

–Hemos comprado una casa en el interior. Es nuestro primer verano aquí.

Se dio la vuelta, tecleó el pin, esperó unos segundos hasta que la transacción fue aprobada, fue al final de la caja y empezó a meter la compra en una bolsa, mientras yo colocaba la mía en la cinta.

–¿Y a qué te dedicas? –le pregunté.

–¿Quieres decir en qué trabajo? –dijo sin levantar la vista.

–Sí –contesté.

–Por el momento estoy de baja por enfermedad –dijo–. ¿Y tú?

–Estoy en la universidad.

–¿Catedrático? –preguntó mirándome.

Noté que me sonrojaba.

–Pues sí. De hecho, así es.

Él sonrió.

–Vine aquí contigo una vez, ¿te acuerdas?

Él se quedó parado con la bolsa llena en la mano, yo empecé a meter la compra en la mía.

–Claro que sí –contesté–. Teníamos diez años, ¿verdad?

–Sí, más o menos.

Salimos de la tienda, él presionó una llave, y uno de los coches del

aparcamiento emitió un par de destellos.

–¿Te queda mucho de vacaciones? –me preguntó.

–Esta es la última semana.

–Entonces ven a casa una tarde –dijo.

–Tal vez –dije yo–. Estaría bien.

Nos dimos la mano, él fue hacia su coche, yo desbloqueé la bici, colgué la bolsa del manillar y empecé a subir la empinada cuesta.

–¿Arne? –gritó detrás de mí.

Me volví y lo vi andar hacia mí con pasos rápidos.

–Tendrás que apuntar mi número. O yo el tuyo.

–Es verdad –dije–. ¿Me das tú el tuyo?

Era lo mejor, yo nunca lo llamaría.

Me dijo los números y yo los grabé en mi móvil.

–Vale –dije–. ¡Hablamos entonces!

–Si me haces una llamada perdida, me quedo yo también con el tuyo –dijo.

–Buena idea –dije, y marqué su número.

Los chicos estaban absortos viendo la tele cuando volví. A Tove no se la veía por ninguna parte. Dejé la bicicleta en el cobertizo y atravesé el brillante jardín, casqué un huevo en el borde de la sartén y lo vi deslizarse lentamente antes de que el calor actuara, y el huevo se cuajara formando un círculo, luego eché leche en una cacerola, corté unas rebanadas de pan y las metí en la tostadora.

Trond Ole pasó aquí con nosotros un fin de semana antes del final de curso y el principio de las vacaciones de verano, éramos amigos aquel año, y a mí me hacía mucha ilusión enseñarle todo lo que había que ver por aquí.

Robamos a mi padre un poco de alcohol y nos fuimos corriendo al bosque, donde, con el corazón en vilo, dimos un par de sorbos, luego íbamos por ahí como borrachos.

¿Tendríamos unos diez años?

Sonaba más probable que estuviéramos cerca de los doce, pensé, y metí la espátula debajo de uno de los huevos, que se quedó tieso sobre la hoja de metal cuando lo llevaba hacia el plato.

Con la yema en medio rodeada de blanco parecía un planeta con anillos blancos.

Toda aquella hazaña estuvo llena de temores. Estábamos muertos de miedo cuando echamos el alcohol en los plátanos amarillos de plástico que formaban parte de las chuches de los sábados, atemorizados mientras nos lo bebíamos entre los árboles, y aterrados el resto de la tarde por si habíamos dejado alguna huella.

Pero ni mi madre ni mi padre hicieron ningún comentario, y el lunes pudimos presumir de ello en el colegio.

Las tostadas saltaron con un clic y la leche empezó a hervir en la cacerola, llena de minúsculos agujeros. La aparté, eché en un vaso un poco de cacao, azúcar y agua, lo mezclé todo y añadí al concentrado la leche blanca, en la que por un breve instante se propagaron círculos de un tono marrón rojizo, hasta que todo era del mismo color.

Había alguien en la cocina.

Me volví rápidamente.

Era Heming. Iba descalzo, con los brazos colgando como un mono, y me miraba.

–Ah, eres tú –dije.

–¿Está ya el desayuno? –preguntó.

–Sí. ¿Tienes hambre?

Asintió con la cabeza.

–¿Por qué no pones la mesa?

–¿Dónde está mamá?

–Durmiendo.

–No está durmiendo –objetó–. La he visto. Ha pasado por delante de la ventana.

–Supongo que habrá salido a dar una vuelta antes de desayunar –dije–. ¡Venga, pon la mesa!

–Entonces Asle también debe hacerlo.

–Por supuesto –dije, saqué las tostadas de la tostadora, bajé la cesta de pan de lo alto del armario y las metí en ella, mientras buscaba a Tove con la mirada por la ventana–. Díselo tú.

Mientras los chicos ponían la mesa, yo freí el beicon, eché el cacao en una jarra, saqué mantequilla, queso y jamón, y coloqué todo en la mesa.

–¿No vamos a esperar a mamá? –preguntó Heming cuando nos sentamos. Sacudió de repente la cabeza y abrió la boca tres veces seguidas.

Inhalé lentamente con el fin de contener el impulso de reprenderlo.

–Si no desayunamos ya, se enfriará todo –dije.

–¿Adónde iba? –preguntó Asle, medio levantado de la silla para alcanzar la cesta de pan.

–Ha ido a dar un paseo, eso es todo –dije.

–¿Vendrá con nosotros a recoger las redes? –preguntó Heming.

–No lo sé –contesté.

En mi mente vi el cuarto de estar como estaba aquel verano de hacía cuarenta años. Lúgubre, con las paredes oscuras, alfombras oscuras en el suelo. La rinconera con las botellas. Pusimos mucha atención en acordarnos de cerrarla, pero habíamos echado el alcohol en los pequeños recipientes de plástico dentro del armario, y era imposible no haber derramado algo de líquido.

Cuando eres niño, crees que tienes secretos, que nadie sabe lo que

haces.

Sonreí.

–¿Por qué sonríes, papá? –preguntó Asle.

–Estaba pensando en algo –contesté.

–¿En qué estabas pensando? –quiso saber Heming mientras untaba la mantequilla en la rebanada de pan, que crujía levemente bajo el toque del cuchillo.

–Estaba pensando en el abuelo –contesté.

Por la ventana, vi a Tove atravesar el jardín y meterse en la casa de invitados. Llevaba la misma ropa que la noche anterior. Por suerte, los chicos estaban de espaldas a ella.

Tendría que ir a limpiar la sangre del gato antes de que fueran allí.

–¿Qué pensabas del abuelo que te hacía tanta gracia? –preguntó Heming.

–Nada en especial –contesté–. Simplemente pensaba en él. ¡Hizo muchas tonterías en su vida!

–¿Como cuáles? –preguntó Asle, mientras se llevaba la rebanada de pan a la boca.

–Ya os he contado un montón de cosas, ¿no? –contesté–. Por ejemplo, aquella vez que confundió la sal con el azúcar y echó azúcar al abadejo. O cuando cortó el gran árbol del patio, cayó sobre el tejado y lo destrozó.

–¿Había alguien dentro de la casa? –preguntó Asle con los labios amarillos de huevo.

Negué con la cabeza.

–¡Por suerte, no!

–¿Lo viste tú?

–Lo vi cuando volví a casa. El árbol había desaparecido. Era como si un gigante se hubiera sentado a horcajadas en el tejado.

–Tú también has hecho muchas tonterías –dijo Heming, mirándome con sus ojos oscuros.

–Ya lo creo –dije–. ¿Estás pensando en algo en particular?

–Cuando te olvidaste de amarrar aquel muelle flotante que teníamos, y se fue a la deriva con todos los barcos.

–No es que me olvidara –dije–. Lo que pasó es que no lo amarré bien.

–Y cuando no echaste aceite al coche, el motor se estropeó y tuvimos que comprar un coche nuevo.

–¡Lo que estaba mal era el medidor de nivel! –exclamé–. ¡Ya lo sabéis! Se supone que el coche tiene que avisar cuando no queda aceite.

–Excusas y más excusas –dijo Heming.

Se miraron riéndose.

Eso me alegró.

Tove no estaba en la casa de invitados cuando un rato después, mientras los chicos estaban impasibles delante de sus pantallas, abrí la puerta y entré. En la mesa había varias hojas grandes rojas con siluetas negras recortadas. Pronto tampoco sería capaz de estar lo bastante concentrada como para hacer ese tipo de cosas, a menos que volviera a la normalidad por su cuenta, claro.

La sangre se había secado, y la rasqué con una espátula para quitarla, humedecí los restos que quedaban y acabé de limpiar todo con un cepillo.

El otro gatito estaba tumbado en el rincón mirándome.

Limpié el trapo y la espátula en el grifo de su estudio, que estaba lleno de cristal manchado de pintura, pinceles, algodón y tubos vacíos, y del que salía un fuerte olor a trementina. Luego me acerqué al rincón del jardín para comprobar si quedaba algún resto de la tumba de la noche anterior. Estaba medio preparado para que el gatito hubiese conseguido salir, dejando atrás un hoyo vacío, pero, claro, todo tenía la misma pinta que por la noche, era imposible notar que la tierra debajo de la capa de virutas de corteza había sido cavada recientemente.

Caía una ligera lluvia. No era refrescante, como se podía esperar de un día de lluvia en el Norte en verano, sino templada, casi caliente. Tropical. Y todo lo que me rodeaba estaba húmedo, desde los troncos entre grises y negros de los árboles hasta las hojas verdes de los groselleros, en las que el agua se había juntado en minúsculas e inmóviles gotas.

El zumbido de un gran vehículo que aceleraba lentamente a cierta distancia se deslizó por el paisaje.

Fui a la cocina y recogí lo del desayuno. Una ola de ruidos se elevó fuera al acercarse el autobús. Por esa carretera estrecha era una monstruosidad, pensé, cuando pasó por delante de la ventana, llenándolo todo con su lateral amarillo.

Metí una pastilla de detergente en el cajetín del friegaplatos, lo cerré y lo puse en marcha. El autobús dio la vuelta en el lugar de siempre y volvió en dirección contraria. De nuevo vi la pequeña araña, estaba construyendo algo en el rincón entre el tejado y la pared. Mi padre decía siempre que las telarañas eran una buena señal, indicaban que la casa estaba seca, yo me acordaba de aquello cada vez que veía una.

Ingvild se acercaba por el sendero, iba mirando al suelo y llevaba una bolsa colgada del hombro.

Salí a la entrada a recibirla.

–¿Te lo has pasado bien? –le pregunté.

–Sí, muy bien –contestó con una sonrisa, antes de inclinarse hacia

delante para quitarse los zapatos.

–¿Quieres desayunar? –le pregunté.

–He desayunado en casa de la abuela –contestó, y se metió en su habitación.

–Vale –dije.

Me quedé un rato muy quieto en la cocina mirando a mi alrededor, luego saqué unas bolsas del cajón, metí en ellas las botellas vacías, las llevé hasta el coche, abrí el portón trasero y las dejé allí para la próxima vez que me encontrara cerca de una estación de reciclaje, como se llamaban ahora los vertederos. Luego volví al cuarto de estar con los chicos.

–¿Nos vamos? –propuse.

–¿De verdad tenemos que ir? –preguntó Heming.

Echó la cabeza hacia atrás y abrió y cerró la boca en una rápida serie.

–¿Por qué haces eso? –dije, irritado.

–¿Hacer qué? –preguntó.

Imité su tic, solo que de un modo más violento.

–Haces eso todo el rato –dije–. No está bien.

Sacudió la cabeza con cara seria.

–Intentaré no hacerlo –dijo.

–¡Bien! –dije.

Y lo volvió a hacer.

–Bueno, vámonos ya –dije.

Con el bidón rojo de gasolina en la mano, seguí a los chicos por la empinada cuesta cubierta de hierba que bajaba hasta el muelle. El agua reposaba en calma bajo la pesada capa de nubes. Las tablas del suelo, resbaladizas de tanta humedad, brillaban amarillas en contraste con la superficie del agua, que relucía como plata, y esa roca casi negra sobre la que reposaba.

Subí a bordo y conecté la manguera al tanque, mientras Heming soltaba la amarra y Asle levantaba el remo, preparado para sacarnos unos metros de allí.

La cala, que acababa en una pequeña playa de piedras, estaba llena de cangrejos. No pequeños cangrejos de arena, sino grandes cangrejos de mar. Había unos cien, arrastrándose y reptando unos encima de otros.

Nunca había visto nada parecido.

Era como un nido de víboras.

Miré hacia otro lado para que los chicos no lo vieran, y cuando Asle nos había sacado del muelle, arranqué el motor y nos alejamos de allí sin que ellos hubiesen visto nada.

Las dos boyas rojas no estaban lejos del muelle, al otro lado de un

cabo. Los abetos se levantaban como una pared verde junto al borde del agua. Asle enganchó la primera boya con el bichero y la subió a bordo. Yo apagué el motor. Los chicos empezaron a tirar del cabo, pero sin resultado, me miraron los dos.

–Pesa demasiado –dijo Asle.

–¿Ah, sí? –dije, y le cogí el cabo–. Quizá hayamos capturado un banco de caballas o algo por el estilo.

Tenía la sensación de estar tirando de una alfombra. Pronto quedó a la vista la red abajo en el agua, con los cuerpos de los peces como linternas verdosas y blancas en la oscuridad.

–Son abadejos –dije, cuando la red con los primeros peces subió por encima de la borda.

–¡Oh, cuántos! –exclamó Heming.

–No estaría mal que sacarais los peces según van llegando –dije–. Luego podéis echarlos a la cubeta.

Aquello no tenía fin, la red estaba atestada de abadejos, y cuando por fin pusimos rumbo a tierra, no solo la cubeta estaba llena de aquellos cuerpos brillantes y resbaladizos que a veces daban grandes saltos, todo el suelo del barco estaba cubierto de peces.

Me producía náuseas. No los peces en sí, porque individualmente eran como cualquier otra criatura, sino la cantidad. Todos esos ojos idénticos, todas esas bocas abiertas idénticas, todas esas aletas idénticas.

–¿Vas a limpiarlos todos? –preguntó Asle.

–Supongo que sí –contesté–. Pero no nos hace falta tanto pescado.

–¿No los podemos congelar?

–Sí. Es lo que hay que hacer. Pero en dos días volveremos a casa. Y supongo que no será muy apetecible comer pescado de hace un año cuando volvamos el verano que viene.

–¡Helado de pescado! –exclamó Asle.

–Qué rico –dijo Heming.

–¿Habéis contado los peces? –pregunté.

–Ciento dieciocho –contestó Asle.

Nos estábamos acercando a la cala del otro lado cuando vimos una figura salir del jardín y seguir por el sendero que bajaba al muelle.

Era Egil.

Llevaba un impermeable amarillo desabrochado, y una bolsa blanca de plástico colgando de una mano.

Apagué el motor, y recorrimos en silencio los últimos metros. Por suerte, los cangrejos habían desaparecido de la cala. Los chicos subieron trepando al muelle, yo les alcancé el bidón y el cubo, amarré el barco y subí tras ellos.

–Una gran captura, por lo que veo –dijo Egil, que en ese momento llegaba al muelle.

–Pues sí, algo increíble. ¿Quieres algunos?

Negó con la cabeza y con una débil sonrisa.

–¿Acabas de llegar a casa o qué? –le pregunté.

–Ayer por la noche. Te he traído esto. Para darte las gracias.

Me dio la bolsa algo avergonzado. No tenía que abrirla para saber lo que contenía; tanto el peso como el tamaño indicaban que se trataba de una botella, y como a él le encantaba el whisky, y seguramente contaba con que después de haber ido hasta allí, le serviría una copa, solo faltaba saber la marca.

–¡Estupendo! –exclamé–. ¡Muchísimas gracias!

–Papá, ¿podemos irnos ya? –preguntó Asle.

Asentí con la cabeza y los dos subieron correteando la cuesta.

–¿Quieres un café? –pregunté a Egil.

–Con mucho gusto –dijo–. ¿Pretendes subirla? –preguntó.

Señaló la cubeta.

–Me temo que sí –contesté–. Y también los que quedan en el barco.

–Puedo ayudarte –se ofreció.

Subimos la cuesta llevando la cubeta entre los dos. Había en ello algo incómodamente íntimo, colaborar de esa manera, como si estuviéramos encerrados los dos juntos, yo no encontraba ninguna palabra para suavizar la situación y él nunca solía decir nada por iniciativa propia.

¿También él lo sentía así?

Era imposible saberlo, Egil era una de esas personas a las que yo nunca había conseguido descifrar.

Cuando dejamos la cubeta en el suelo del sótano, insistí en bajar solo a por el resto de los peces, y le sugerí que se sentara mientras tanto en mi despacho.

¿Ella lo miraba, me pregunté, pensaba en él, tenía fantasías con él cuando Egil venía por aquí? ¿O solo era un impulso de lo más profundo de su alma atormentada?

Fui al cobertizo a por una caja para pescado de esas antiguas de poliestireno blanco, y empecé a llenarla de peces.

En cierto modo, lo que había escrito sobre Egil tenía sentido. Él era una de esas personas que se habían estancado en la vida, que no habían llegado a ninguna parte, sino que se habían quedado paradas. Sabía mucho, pero era incapaz de usar sus conocimientos para algo, estaban allí yermos, como una tierra que nadie cultiva. Y exactamente así era también el padre de Tove. Tan descuidado como pasivo. Sabía de todo, pero no hacía nada. Cuando Tove y yo empezamos a salir, yo era el polo opuesto, pensé, sano, ingenuo y muy ambicioso. Ella quería alejarse de sus orígenes, deseaba algo nuevo normal y completamente corriente. Y lo tuvo: primero llegó Ingvild, luego llegaron los gemelos,

y los primeros años con ellos fueron tan normales y corrientes como podían ser.

¿Por qué, si no, iba a haberme elegido a mí, un estudiante normal y corriente de literatura? Ella podía haber tenido al que hubiese querido.

¿Deseaba en el fondo algo distinto?

¿Había fingido siempre, ante sí misma y ante mí?

Dejé la cubeta en el suelo de cemento del sombrío sótano. En realidad, debería limpiar los peces enseguida. Pero podrían esperar un par de horas.

Primero Egil, luego la comida. Luego la noche con un poco de vino tinto y un libro.

Eso era.

Mejor no pensar más en ello.

Tenía las manos resbaladizas y me las lavé con agua caliente, fui a por dos vasos y entré en el despacho. Egil estaba frente a la librería, con un libro en las manos.

–¿Qué has encontrado? –le pregunté.

Me enseñó el libro. Se titulaba ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?, y era de los años treinta. La cubierta, originalmente blanca, se había quedado amarilla.

–Ah, ese –dije–. ¿Quieres un poco?

Asintió, nos serví a los dos y nos sentamos. Un suave suspiro de placer se le escapó cuando dio el primer sorbo.

–No lo compré yo –dije–. Creo recordar que mi padre lo encontró en una subasta hace muchos años, en el interior del país, en una caja de libros de una herencia. ¿Conoces la historia? ¿El asunto de Køber?

–Sí. Pero nunca he leído ninguno de sus libros.

–Son interesantes. Llenos de fe en el progreso, y convierten la vida después de la muerte, o el contacto con los muertos, en algo racional y científico.

–¿Perdió a sus hijos?

–Sí. Y volvió a encontrarse con ellos a través de su hija, que era médium.

–Hm –dijo, dando vueltas al vaso que tenía en la mano.

–Contienen unas descripciones fantásticas de la vida después de la muerte –dije–. El reino de los muertos es como la ciudad de Fredrikstad en la década de 1920.

–Quizá sea así –dijo sonriendo.

Hubo una pausa. En el jardín, los arbustos crecían voluptuosamente por la pared y cubrían ya casi toda la ventana, dejando el camino y el páramo de detrás visibles solo por pequeños huecos.

–Estuve una vez en la India –dijo sin mirarme a los ojos–. En una

de las ciudades que visité llevan quemando cadáveres en la misma hoguera desde hace tres mil años. Al menos eso era lo que decían. Era una ciudad de santuarios. Creo que es el lugar del mundo más distinto a este que existe.

Abrió los brazos para señalar que se estaba refiriendo a estas casas y a este paisaje. Usaba a veces gestos grandilocuentes, y siempre resultaba chocante, teniendo en cuenta lo discreto que era el resto de su apariencia.

–Así que no creo que allí el reino de los muertos se parezca mucho a Fredrikstad.

Sonrió.

–Nunca me ha atraído viajar a la India –dije–. A China, sí. A Japón, también. Pero ¿a la India? ¿Vacas y diarrea?

–Hay mucha gente –dijo–. Gente por todas partes. Y monos y vacas. Algunos sitios recuerdan a las calles de Blade Runner. Esa mezcla de animales, personas y alta tecnología.

–¿Sabes que la India está a punto de sobrepasar a China en cuanto al número de habitantes? –dije–. Y no para de subir puestos en la lista de las economías más grandes del mundo. Todo el mundo habla de China, pero donde pasan cosas es en la India. O al menos en la India también.

–Puede ser –dijo él–. Pero lo que más llama la atención es la pobreza. Me resultaba duro estar allí, ver tanto sufrimiento. Es una cultura muy espiritual, todo está en manos de poderes extrahumanos, de modo que aceptan la pobreza de una manera muy distinta.

Hubo una pausa. Egil era un hombre grande y fuerte, pero no irradiaba casi nada, era tremendamente comedido cuando se hablaba con él, seguía la conversación, pero nunca llevaba la voz cantante, evitaba toda clase de complicaciones.

Cobarde, dirían muchos.

Un poco demasiado bueno, pensaba yo. Pero me caía bien. No había casi ningún libro o película que yo mencionara que él no hubiera leído o visto.

Sonrió para sus adentros y apuró el vaso.

–¿Cómo va el libro? –preguntó todavía sin mirarme.

–Va progresando poco a poco –contesté, me incliné hacia delante, cogí la botella, llené primero su vaso, que él me alcanzó, y luego el mío.

¿Por qué le había hablado de mi libro? Fue un fallo muy, pero que muy grande. Pero estaba borracho y tenía la sensación de que el libro estaba casi terminado, y era fantástico.

–Fuma si quieres –dije–. Voy a buscar un cenicero.

Me levanté y fui a la cocina. Tove estaba allí, con las manos apoyadas en la encimera y mirando fijamente por la ventana.

–¿Cómo estás? –le dije.

–¿Es Egil el que está aquí? –preguntó sin volverse.

–Sí –contesté.

–¿Por qué no me has avisado? También es amigo mío.

–No sabía dónde estabas –dije–. Y creía que estabas ocupada.

Se volvió y me miró con cara inexpresiva, luego salió de la cocina. Al instante, oí su voz en el despacho.

En la boca del mar había aclarado el tiempo, allí el cielo estaba azul, y las nubes blancas y ligeras, no grises y pesadas como por aquí. Pensé que así tendrían unos minutos para ellos solos, y me quedé mirando por la ventana. Una urraca bajó volando del manzano, se posó en la hierba y dio un par de pasos, como un hombre con las manos en la espalda que había avistado algo y se inclinaba hacia delante, pensé.

Chillidos de gaviota procedentes de la cala. Y un sonido bajo y sordo, repetido irregularmente, que venía de la parte de atrás de la casa. Serían los chicos jugando al fútbol.

Fui al cuarto de estar, no había nadie, y miré por la ventana. Estaban en la hierba pasándose el balón.

Me llené de una sensación de satisfacción que enseguida volvió a desaparecer.

Atravesé la casa y llamé a la puerta de Ingvild, en el otro extremo.

–Sí –dijo desde dentro de la habitación, con una voz como sin pilas. Abrí la puerta y entré. Estaba tumbada boca abajo en la cama, con el ordenador cerrado frente a ella.

–¿En qué estás trabajando? –pregunté.

–En nada –contestó.

Podía preguntarle por qué había cerrado la pantalla justo al entrar yo, pero entonces sentiría que la acusaba de algo, quería charlar un poco con ella, así que cambié de tema.

–¿Qué tal está la abuela? –pregunté.

–Bien, creo –contestó incorporándose–. Un poco desorientada, pero le pasa desde hace tiempo.

–¿Qué ha hecho ahora?

–Se olvidó de los panecillos en el horno. Y repite las cosas una y otra vez. Pero tiene la cabeza completamente clara, ¿sabes?

Me senté en el sofá.

–Qué bien que fueras a verla –dije.

–Sí –asintió.

–¿Y tú cómo vas?

Me miró desalentada. Al parecer, era una pregunta que yo hacía muy a menudo.

–¡Bien! –dijo, y nuestras miradas se cruzaron antes de que ella volviera a bajar la cabeza.

–Vale –dije–. ¿Hay algo que te preocupe?

Sacudió sonriente la cabeza.

–¿Estaban ya maduras las ciruelas? –pregunté.

–Mmmm –dijo.

–¿Las amarillas?

–Mmmm.

–Son las mejores ciruelas del mundo –dije–. De una clase muy antigua, ¿lo sabías?

–Alguna vez lo has dicho –dijo ella.

Me levanté.

–Está aquí Egil –dije–. Solo quería saber cómo estabas.

–Estoy bien –dijo.

–¡Estupendo! –dije–. Hay pescado para comer. ¿Te parece bien?

–Claro que sí –contestó.

Cuando volví al despacho, Tove estaba sentada en mi sillón, y Egil como antes, con un cigarrillo en la mano. Usaba una de las antiguas tazas de café como cenicero. Dejé el cenicero al lado, cogí la silla de madera del escritorio y me senté en ella.

Tove estaba contando una de sus historias. Tenía el rostro iluminado desde dentro, sus ojos marrones brillaban, y se reía mientras hablaba.

Egil la miraba sonriente.

Di un sorbo de whisky y miré hacia los libros de la librería. Ella hablaba de una cena en la que había estado con unos artistas, de cómo la mesa se quedó en silencio cuando apareció de repente un enemigo de una de las invitadas más famosas. El anfitrión no pudo más que ir a buscarle una silla. Cuando se sentó, en el lado opuesto de la famosa artista, la silla se rompió y su enemigo se cayó al suelo.

Tove imitaba la voz de la artista.

–«Lo he hecho yo» –dijo con voz profunda–. «Puedo hacer magia.»

Se rió tanto que se le saltaron las lágrimas.

–¿Puedo pedirte un cigarrillo? –dije, mirando a Egil.

–Claro que sí –contestó, empujando el paquete hacia mí.

Tove seguía riéndose.

Egil también se reía un poco.

Encendí un cigarrillo, el primero en seis años, e inhalé con cuidado.

Tove intentó controlarse, inspiró y espiró profundamente un par de veces, pero luego se echó a reír de nuevo. No podía parar de reírse.

Egil me miró un poco intranquilo.

Tove se levantó y salió del despacho. Pudimos oír su risa en la entrada, y luego cerrarse la puerta del cuarto de baño. La risa que salía de allí, atenuada, pero nítida, llegaba a oleadas con interrupciones.

–Está de buen humor –dije.

Egil no dijo nada, se limitó a sonreír.

Tove volvió y se sentó. Se echó a reír de nuevo, jadeando descontroladamente.

Yo me serví más whisky. Ella se tranquilizó, pero solo por unos segundos, luego estalló de nuevo en carcajadas.

–¡Ja ja ja ja! ¡Ja ja ja ja!

Se levantó.

–Tengo que irme –dijo entre jadeos–. Hasta pronto, Egil. ¡Ja ja ja ja!

Esta vez salió de la casa, supuse que iba a la casa de invitados.

–Tal vez sea ya hora de irse –dijo Egil.

–No tienes por qué –dije–. Tómate otro vaso.

Levanté la botella hacia él.

–Bueno, un poco más –dijo.

–¡Bien! –dije y le serví–. Está bastante bueno.

–¿Bueno? –dijo–. Está divino.

Egil vivía solo en una cabaña a unos kilómetros de nosotros. Había nacido en el seno de una familia de armadores y se había criado en Inglaterra hasta que sus padres se separaron, entonces vino a Noruega con su madre y fue aquí al instituto. Empezó a estudiar en la Escuela de Cine de Copenhague, pero no terminó los estudios, tenía un gran afán de aventura y un montón de dinero, pero le faltaba capacidad de acción, pensaba yo. Vivió varios años en el extranjero, y cuando al cumplir los treinta volvió a instalarse en la región de Sørlandet, creó su propia productora y empezó a hacer documentales, la mayor parte de ellos relativamente oscuros, algo que podía permitirse. Le interesaban las subculturas de esos pequeños ambientes, como enclaves, que se crean en todas las sociedades. Una de las películas trataba de los Amigos de Smith, una pequeña comunidad religiosa noruega; otra, de un colectivo de personas con síndrome de Down; una tercera de un pequeño grupo de hombres jóvenes de extrema derecha. Cuando se cansó y dejó esa actividad, acababa de seguir a una extremista banda de death metal de Bergen durante un año, pero, aunque según él el material era interesante, no llegó a terminar el montaje. Nunca supe a ciencia cierta por qué se rindió, ya que se entregaba por completo cuando trabajaba en algo, sin duda significaba mucho para él. Como argumentación solía decir que el documentalismo era una mentira. No porque lo documental fuera siempre subjetivo y nunca verdad en el sentido objetivo de la palabra, como yo habría pensado tratándose de la cuestión de verdad, no, su argumento trataba siempre del ser, era de carácter existencial, y significaba que todos los sucesos no solo eran parte del tiempo, sino

también lo esencial de ellos. Que todo aparecía y desaparecía para nunca más volver, que nada podía repetirse o ser captado, si era captado entonces era otra cosa.

¿Y qué?, solía decir yo. ¿Y qué si es otra cosa? Lo que ha ocurrido, ha ocurrido, no importa si ha sido captado en película o fotografía o no. Y los seres humanos siempre han captado lo ocurrido contándolo o escribiendo sobre ello. Pues incluso lo de recordar algo es captarlo.

Eso a él no le importaba, decía entonces. No era un filósofo, no se trataba de ninguna teoría, sino de cómo quería él vivir su vida. Y de aquello en lo que creía.

–Todas las imágenes y películas contaminan la existencia –decía a veces–. Almacenamos sucesos y personas en tal cantidad que el tiempo en el que vivimos está a punto de ser excluido a la fuerza.

–Sí –decía yo entonces. No dudaba de que lo decía en serio, pero tenía la sensación de que su verdadero problema era muy distinto y mucho más concreto: él no creía en nada ni amaba a nadie. Todas sus películas, quizá excepto la de las personas con síndrome de Down, trataban de gente que tenía una fe ardiente o una fe tan distinta de la de los demás que la vivían en aislamiento. Él se sentía atraído por lo que le faltaba.

Supuse que por eso había empezado a interesarse por la teología.

Ahora estaba sentado con una pierna sobre la otra, y el vaso de whisky en una mano, mirando al suelo. Busqué en mi mente algo que pudiera suavizar o normalizar la conducta de Tove, pero no me esforcé mucho, porque el alcohol había empezado a calentarme y a atenuar tanto mi inquietud por Tove como la reacción de él en lo que a ella respectaba.

Si seguía, pronto llegaría la clara luz del alcohol.

Y eso era lo que deseaba. Pero no quería estar solo, quería que él se quedase a beber conmigo.

Pensé que podía decir que fuera había despejado, pero luego se me ocurrió que eso desviaría su atención y tal vez le haría acordarse de algo que tenía pendiente y entonces se levantaría y se iría.

–Este otoño me toca dar clase sobre el poema épico, ¿sabes? –opté por decir–. Empiezo con la Ilíada y acabo con La Divina Comedia. Como una especie de spin off, también doy un curso sobre el reino de los muertos en la literatura a estudiantes de grado medio.

–¿Ah, sí? –dijo Egil.

–De repente se me ha ocurrido que podría incluir ese libro que estabas hojeando, ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?, que sería interesante. Porque describe el reino de los muertos tanto como el poema visionario medieval noruego Draumkvedet.

–Suena interesante –comentó Egil.

–¿A que sí? –dije.

–Pero ¿qué piensas tú? –me preguntó.

–¿De qué?

–De la vida después de la muerte.

Me encogí de hombros.

–No creo en nada de eso, ¿y tú?

–¿Crees o no crees que existe vida después de la muerte?

No era típico de él mostrarse insistente, y lo miré. Sonreía. Tenía la sensación de que sabía algo de mí que yo ignoraba. Era una sensación que tenía a menudo cuando hablaba con él.

–No, no creo en la vida después de la muerte.

–¿Entonces por qué te interesa tanto? ¿Qué significa para ti?

Volví a encogerme de hombros.

–Doy clase sobre un género literario en el que el reino de los muertos ocupa por casualidad un lugar destacado. No es más que eso.

–Pero no tienes que insistir precisamente en el reino de los muertos. Puedes hablar del cuerpo, la violencia o lo divino. También lo divino ocupa un lugar destacado en las epopeyas de la Antigüedad, ¿no? Y no menos en Dante.

Nuestras miradas se cruzaron y sonreí. Aparentemente, se trataba de un tema que le interesaba. Así que me incliné hacia delante, cogí la botella, llené primero su vaso, luego el mío, y me recliné en el sillón. Di un sorbo y nuestras miradas volvieron a cruzarse, mientras notaba cómo el sabor fuerte, casi ardiente de tabaco, me llenaba la boca.

–Tampoco creo en lo divino –dije–. Pero me interesa la relación entre la realidad y la idea de la realidad.

–¿Es decir que el reino de los muertos se convierte en realidad cuando crees en él?

–No, no exactamente. Pero el mundo y la realidad no son la misma cosa, el mundo es una realidad física en la que vivimos, mientras que la realidad también es todo lo que sabemos, pensamos y sentimos sobre él. Lo que pasa es que resulta imposible distinguir entre los dos. En un pasado, el reino de los muertos pertenecía a la realidad. Pero nunca ha sido parte del mundo.

–¡Qué asco! –exclamó Egil–. Cómo aburre toda esa realidad.

–¿Entonces en qué crees tú?

–¿Yo? Yo creo en lo divino.

–¿Crees en Dios?

Asintió con la cabeza.

–Sí.

–¿Por qué? –le pregunté.

–¿Qué quieres decir?

–Simplemente no entiendo cómo una persona sensata puede creer en Dios.

–¿He perdido puntos en tu estima o qué? –preguntó.

–Qué va. Pero me ha sorprendido.

La luz se reflejaba en los charcos. El color de la grava ya se había aclarado y el calor dejaba escapar la humedad, levantándola invisiblemente en el aire. Las hojas de los árboles del otro lado del camino apenas se movían.

–Los Amigos de Smith creen que Jesús nació como un hombre –dijo Egil–. Es decir, con una voluntad innata que iba en contra de la voluntad de Dios, pero él eligió siempre la voluntad de este, y por eso al final se convirtió en parte de la naturaleza de Dios.

–¿Tú crees en eso? –le pregunté.

–Creo que lo divino es algo de lo que podemos estar cerca o lejos, y que una buena vida es una vida que intenta vivir lo más cerca posible.

–¿Qué significa eso?

–En la India hay personas que no pueden beber agua sin antes filtrarla, porque no quieren matar –dijo–. Es decir, a los microorganismos del agua.

–¿Es esa una buena vida?

–Reconocer que toda clase de vida es inviolable es un principio.

–¿Y entonces te conviertes en divino?

–A Jesús le pasó.

–¡Tú no crees en eso!

En ese momento se abrió la puerta de fuera y a continuación se oyeron pies corriendo por la entrada.

Asle y Heming entraron a toda prisa.

–¡Papá, uno de los gatitos ha desaparecido! –exclamó Asle.

–No está –dijo Heming–. Lo hemos buscado por todas partes.

–Quizá la puerta estuviera abierta y saliera –dije–. ¿Cuándo lo visteis por última vez?

–Ayer. Pero también hemos buscado fuera.

–Puede que se lo haya llevado un zorro o un ave rapaz –dije–. Esas cosas pasan.

–A lo mejor solo se ha perdido –apuntó Heming–. ¿Por qué no vienes con nosotros a buscarlo?

–Tenemos visita –contesté–. Id vosotros.

–Por favor, papá –insistió Asle.

–Puedo acompañaros a buscarlo –intervino Egil–. Podemos organizar un grupo de búsqueda en el jardín. Seguro que lo encontramos. Los gatitos se mantienen siempre cerca de la madre.

–Vale –dije y me levanté con un suspiro. El alcohol me había dejado ligero de cabeza, pero pesado de cuerpo, y cuando en la entrada me agaché para ponerme los zapatos, perdí el equilibrio y me fui hacia la pared, que por suerte estaba muy cerca, y no llegué a caerme–. ¡Vaya!

Los chicos se quedaron mirándome mientras me ataba los zapatos. Egil, que llevaba botas, abrió la puerta y salió al jardín. El sol brillaba ya sin obstáculo alguno. Una constante brisa del mar hacía mecerse las ramas.

–Ya está –dije levantándome–. Si vosotros buscáis dentro de casa, Egil y yo podemos registrar el jardín. ¿Vale?

–No está dentro –dijo Asle.

–Hemos buscado por todas partes.

–Está bien –dije–. Entonces salgamos todos.

–¡Pss, pss, pss! –decían los chicos, cruzando con nosotros el césped–. ¡Ven, gatito! ¡Gatito, gatito, gatito!

Egil levantaba hojas, se agachaba y miraba por entre las flores de los arriates. Casi llegué a creer que lo encontraríamos encogido y aterrado bajo un seto.

–No creo que esté aquí –dije cuando llegamos a la pared del otro lado–. Vamos a dar otra vuelta, y si no lo encontramos no podemos hacer nada más que esperar que vuelva a aparecer por su cuenta.

–Está aquí, papá, lo sé –dijo Asle–. Sabe esconderse muy bien.

–Sí, eso es verdad –dije.

Egil no se dejó tentar con una copa más cuando abandonamos la búsqueda. Tenía cosas que hacer, dijo, se montó en la bicicleta y comenzó a pedalear hacia su casa.

Yo me serví otro whisky, y me senté en el sillón en el que se había sentado él. Por suerte, le había pedido que me dejara unos cigarrillos.

Encendí uno, crucé una pierna sobre la otra, me recliné en el sillón y soplé el humo hacia el techo.

Los chicos habían vuelto a jugar al fútbol. Ingvild estaba en su habitación hablando por el móvil con alguien, y Tove seguía a lo suyo en la casa de invitados, de manera que yo podía estar allí sentado con la conciencia tranquila.

Una copa. Debería ir a limpiar el pescado, ¿no?

Me levanté y me acerqué al viejo armario del aparato estéreo, lo abrí, encendí el amplificador y examiné la pequeña colección de discos caracterizada por el gusto ignorante de mis padres, y por la que tanto desprecio sentía cuando era adolescente. Diana Ross junto a Steve Harley, Pink Floyd y Lillebjørn Nilsen.

Me avergoncé de ellos. Mi padre electricista y mi madre maestra. No era el tipo de padres de los que habría querido descender.

Al menos con los años uno se volvía un poco más sabio.

¡The Wall!

¿Cómo sonaría ahora?

Bajé la aguja hasta el disco que ya estaba girando, y me encontraba en medio de la habitación cuando los primeros tonos de acordeón

empezaron a llenar la estancia.

De repente: ¡DU! ¡DU DU! ¡DU DU DU DU DU!

Me uní al canto, cada nota traía algo de la infancia, cuando mis padres estaban sentados aquí escuchando este disco, mientras yo estaba despierto en mi habitación.

La la la la lalalala.

La la la la lalala.

Cogí el vaso, lo vacié de un trago y me serví otro. Daba golpes en el aire a cada toque de tambor, y cuando la canción entró in crescendo, con un zumbido de avión subiendo en intensidad, cerré los ojos y hacía como si temblara, con las manos delante de mí, cada vez más deprisa, hasta que el zumbido del avión dejó de repente de sonar y fue sustituido por el llanto de un bebé, entonces me quedé inmóvil, porque el llanto de bebé me llegó hasta dentro, y los ojos se me llenaron de lágrimas.

Momma loves her baby
And daddy loves you too

Me senté y encendí un cigarrillo, más feliz de lo que me había sentido en varios años. La necesidad de que la felicidad se prolongara era grande. Pero se topaba con algunos impedimentos. No me apetecía hacer comida, todo ese engorro de lo pequeño y lo preciso, cuando lo tentador era lo grande y lo impreciso. Tampoco me apetecía sentarme a comer con los niños. No era que no pudiera conseguir hacerlo, con un poco de concentración por mi parte ellos no se darían cuenta de nada, pero justo ese esfuerzo de entrar en lo pequeño..., ¿no me podría librar por una vez?

Podía coger el coche y acercarme a casa de Egil.

¡O a la de Trond Ole, joder!

Qué buena idea.

Allí no habría preguntas.

Pero antes tenía que hacer otra cosa.

Algo importante.

Me puse de pie y me acerqué al tocadiscos, levanté la aguja y apagué el amplificador.

¿Qué pretendía hacer?

Se abrió la puerta de la casa de invitados y salió Tove. Aunque hacía sol, llevaba un impermeable que le llegaba hasta las rodillas, donde se juntaba con las grandes botas de goma.

¿Adónde iba ahora?

Salí. Cuando abrí la puerta de la casa, ella estaba cruzando el césped.

–Tove –grité.

Se volvió.

–¿Adónde vas? –le pregunté.

–A dar una vuelta –contestó.

–¿Podrías hacer tú la comida hoy?

Tove negó con la cabeza.

–Tendrás que hacerla tú –dijo.

Se dio la vuelta y siguió su camino, en dirección al sendero que bajaba al mar.

Volví al despacho. La alegría me había abandonado, pero no estaba muy lejos, podía notarlo.

Tenía intención de hacer algo.

¿Qué era?

Limpiar el pescado. Eso era lo que tenía que hacer.

La decepción se me vino encima cuando supe que solo era eso.

Tenía que hacerlo.

Pero debería llevarme algo de munición.

Víveres. No munición. Víveres era la palabra correcta.

Llené hasta arriba el vaso y salí con él en la mano. Me detuve en el umbral y di un trago mientras echaba un vistazo al mar. El sol se estaba poniendo, y sus rayos, invisibles en el aire, rebotaban como pequeñas piedras de luz sobre la reluciente superficie del agua.

A mi izquierda sonó un fuerte crujido. Me volví. Una ardilla corría por la pared de la casa. Era como si la ley de la gravedad se hubiese suspendido, porque la pared era vertical, y la ardilla corría sin ningún problema.

Se detuvo. Su cola se movía en sacudidas. Abajo, al lado, arriba. Abajo, al lado, arriba.

¿Me estaba mirando?

–Hola, ardillita –dije–. ¿Qué miras?

Un sonido bajo, como un bufido, salió de ella. Luego subió hacia el tejado en pendiente, trepó por el canalón, corrió por la viga, pisando ligeramente el papel alquitranado y bajó por el otro lado.

Di otro trago.

Tal vez debería coger la botella, así no tendría que andar subiendo y bajando.

Volví a entrar en casa. En la entrada se abrió la puerta de la habitación de Ingvild, me metí en el cuarto de baño justo antes de que ella apareciera, cerré la puerta y me senté en el borde de la bañera.

Jodida idiotez. Meterme aquí para esconderme de mis propios hijos.

–¿Papá? –me llamó.

–Estoy en el baño –contesté.

–Solo quería saber cuándo comemos.

–Enseguida –dije.

–¿Qué hay de comer?

–¡Pero por Dios, hija, estoy en el baño!

–Vale, vale, perdóname –dijo.

La puerta de su habitación se cerró. Cogí un poco de papel higiénico, lo eché al inodoro, me lavé un instante las manos en el lavabo, después fui al despacho a buscar la botella y me la bajé al sótano, la dejé en el torno, luego me quedé mirando un rato las cajas de pescado hasta que me incliné y cogí uno. Con el cuchillo que estaba preparado en el banco corté la cabeza, no sin placer, porque el cuchillo se deslizaba con gran facilidad por la piel seca, la carne húmeda y las duras espinas del lomo. A continuación, hice un corte a lo largo, separé los dos lados y saqué las tripas y las vísceras, lavé el pescado, lo dejé aparte, di un trago del vaso, al que enseguida se pegaron las escamas, y me puse con el siguiente.

Limpié cinco hasta que me tomé una pausa y me senté en el viejo taburete que había debajo del ventanuco.

Al abrir el paquete de tabaco vi que solo me quedaba un cigarrillo.

Lo encendí, apoyé la cabeza en la pared y cerré los ojos.

Me despertó la tos, y al principio no sabía dónde estaba. Una oscuridad casi total me rodeaba. Entonces me llegó el olor a sótano, a pescado, y me acordé de todo. Era como estar a bordo de un globo, pensé, un globo que había bajado lentamente por el aire, mientras yo dormía, hacia la vida de aquí abajo. Se trataba de conseguir volver a elevarse antes de que fuera demasiado tarde.

No me quedaba tabaco, pero sí bebida, y me bebí el vaso de un trago.

–¡Brrrr! –protesté, sacudiendo la cabeza antes de coger otro pescado.

No podía quedarme allí.

Saqué el móvil y busqué el número de Trond Ole.

Si le mandaba un mensaje, tal vez me diría que estaba ocupado. Mejor acercarme sin más.

Llené el vaso con una mano, y busqué el número de Ingvild con la otra.

Tengo que salir un rato, escribí. Hay pizzas en el congelador. ¿Puedes calentarlas para los chicos y para ti? No tardaré mucho.

Me levanté y salí con la botella en la mano, cerré la puerta y me dirigía al coche cuando me acordé de que la llave estaba en el bolsillo de la chaqueta que colgaba en la entrada.

–Mierda –dije, volví bordeando la casa, abrí la puerta con tanto sigilo como pude, y me deslicé dentro. Se oía la tele en el cuarto de estar, así que los chicos estarían allí. E Ingvild estaría tranquila en su habitación, necesitaba descansar un poco después del viaje.

Cogí la llave y volví a salir. En el momento en el que la apreté, y las luces del coche se encendieron en la suave oscuridad crepuscular, sonó una señal en el móvil.

Me metí en el coche y arranqué el motor antes de mirar quién era.

Era Ingvild.

Vale, escribía.

¡Estupendo!, escribí yo, y añadí tres corazones. Puse el coche en marcha y me dirigí a la carretera. La tienda de la marina estará abierta, pensé. Conducía despacio por precaución, no era fácil saber hasta qué punto estaba borracho. Seguro que no muchísimo, ya que la seguridad me preocupaba.

Era un buen pensamiento y lo retuve todo el camino hasta el muelle. Después de la curva, cuando la carretera se enderezaba, conseguí quitar el corcho y dar un trago. La siguiente curva llegó antes de que hubiese podido poner el corcho, así que conducía con una mano y tenía la botella en la otra.

El aparcamiento de delante de la tienda estaba vacío. Pero se veía luz en las ventanas y distinguí el contorno de una persona. Aparqué y abrí la puerta. Con la botella todavía en la mano perdí el equilibrio al levantarme, y tuve que dar un par de pasos de apoyo hacia delante.

Quizá no sea buena idea llevar la botella, pensé, puse el corcho y la dejé en el suelo delante del asiento del pasajero, mientras miraba hacia la tienda para averiguar si él o ella había visto algo.

Nada. Él o ella estaba sentado con la cabeza baja, y al acercarme vi una cara borrosamente iluminada desde abajo.

Llamé a la ventana con el nudillo.

Él, porque era un él, un él obeso de unos diecisiete años, se sobresaltó.

Me acerqué el dedo índice y el medio de una mano separados a la boca y los moví hacia delante y hacia atrás, señal universal de fumar.

Abrió la ventanilla.

–Dos paquetes de Marlboro –dije.

–Vale –dijo él.

Metí la tarjeta de crédito en el datáfono que me puso delante y puse la clave, cogí los paquetes y volví al coche.

Cuando me había sentado, abrí uno de los paquetes, saqué el mechero de la guantera, encendí un cigarrillo y di un par de tragos mientras contemplaba la marina. Si no fuera porque la botella enseguida estará vacía, podría olvidarme de Trond Ole y quedarme aquí sentado, pensé.

En el asiento de al lado se iluminó el móvil.

Lo cogí. Era Ingvild, que me había escrito.

¿Dónde está mamá?, ponía.

Mierda. ¿No me podían dejar nunca en paz?

No lo sé, contesté.

Arranqué el motor, di la vuelta y conduje cuesta arriba, todavía con el cigarrillo en la mano. No se veía ningún coche, y la policía nunca en la vida haría un control aquí a estas horas, así que podía estar tranquilo, pensé, acelerando.

El móvil volvió a iluminarse. Con la mirada fija en la carretera lo busqué a tientas, palpé el borde duro y levanté la pantalla delante de mí.

No está aquí, ponía.

Vale, escribí y volví a dejar el móvil en el asiento. La carretera atravesaba el bosque, los árboles se veían negros a ambos lados. De día había algunos sitios desde donde se podía ver el mar entre los troncos, y siempre resultaba difícil saber si el zumbido procedía de los árboles o de las olas que golpeaban la playa de abajo.

Bajé la ventanilla y tiré el cigarrillo, encendí otro y di un trago de la botella. La coloqué en el soporte para botellas, no entendía cómo no se me había ocurrido antes. Allí estaba segura, incluso sin corcho.

Llegó un nuevo mensaje. Esta vez dejé el móvil donde estaba.

La carretera hacía una curva y salí a la gran llanura que recordaba a la alta montaña.

De repente oí como crujidos debajo de las cubiertas, sonaba como una serie de pequeñas explosiones.

Frené en seco.

¿Había pinchado?

No.

Había algo en la carretera.

A lo largo de toda la carretera.

Parecían piedras. Pero se movían.

Abrí la puerta y bajé con cuidado.

Las más cercanas estaban a unos diez metros de mí. Fui hacia ellas y vi que eran cangrejos. Cientos de cangrejos.

Emitían un sonido: tictac.

Joder.

¿Qué era eso?

Volví al coche, me metí y cerré la puerta.

No paraban de llegar cangrejos del prado a la carretera.

Me bebí el resto del whisky y encendí un cigarrillo.

Era como si fueran convocados por un poder. Como si se vieran atraídos hacia una luz.

¿Pero en tierra?

Qué asco. Estaban guiados por instintos, y ¿por qué no iban a destruirse los instintos cuando todo lo demás lo hacía?

Estuve un buen rato sin arrancar el motor, porque no se podía atravesar la llanura sin atropellarlos. En el instante en el que me había

repuesto lo suficiente como para poner el coche en marcha y seguir mi camino, el cielo se incendió justo sobre la colina, al final de la llanura.

Parecía como si el bosque estuviera ardiendo.

Pero sabía que era un cuerpo celeste, porque la luz subía, y solo unos instantes después ya se había movido de la colina.

Era una estrella.

Y vaya estrella.

Apagué el motor y me bajé, me apoyé en el capó y miré hacia ella. Detrás de mí, en el asiento del pasajero, el móvil volvió a iluminarse.

KATHRINE

Yo, que nunca llego tarde a nada –y con esto quiero decir nunca–, una tarde de agosto iba corriendo con la lengua fuera por el andén, en dirección al ascensor del aeropuerto de Gardermoen, cuando solo faltaba media hora para la salida del avión, arrastrando la maleta de ruedas, con el bolso colgando del hombro, y el corazón golpeándome el pecho. No habría sido una catástrofe si no hubiera llegado a tiempo –podía haberme quedado en el hotel del aeropuerto, y coger el primer avión a la mañana siguiente para estar en el despacho a las nueve–, pero simplemente no soportaba la idea. Había en ella una oscuridad que ya se estaba filtrando, y maldad. Era irracional, claro que sí, pero de nada servía saberlo. Lo único que serviría de algo sería llegar a tiempo.

El ascensor estaba subiendo cuando me detuve delante de la puerta.

Típico.

¿Por qué no había ido por las escaleras mecánicas?

Pulsé el botón, me incliné hacia delante y vi el ascensor parado arriba. Luego miré el teléfono para ver si me había llegado algún mensaje. Uno de Gaute, preguntando a qué hora llegaba el avión, otro de Camilla agradeciendo el fin de semana, y uno de la SAS, que no había leído desde el día anterior.

¿El ascensor no llegaba nunca?

Volví a pulsar el botón.

–De nada sirve pulsar varias veces, ¿sabe? –dijo una voz a mi lado.

Me sobresalté y me volví. Había allí un hombre de unos sesenta años, con una cara curiosamente dulce y redonda.

¿Cómo era posible que no lo hubiera oído llegar?

–Ya lo sé –dije–. Pero me da igual.

–Bueno, si quiere –dijo él, sonriendo.

Pertenecía obviamente a la categoría de hombres joviales, los que necesitan sentirse buenos y se sirven de los demás para tal fin.

El ascensor bajó lentamente.

–Ya ve –dije–. Al parecer, ha servido de algo después de todo.

Arrastré la maleta detrás de mí y me coloqué delante de la puerta al otro lado.

–¿Va a Bergen? –preguntó el hombre.

¿Cómo podía saberlo?

–No –contesté–. ¿Por qué piensa eso?

–No tiene aspecto de ir lejos –dijo–. Y el avión de Bergen es de los últimos que salen.

–Entiendo –dije, con la esperanza de que no me preguntara adónde iba entonces.

Me alejé correteando por la enorme sala en la que no había casi gente, facturé el equipaje y fui la única en pasar el control de pasaportes. En el panel de salidas ponía Boarding y eché a correr por el ancho pasillo que no acababa nunca. Aquello no me gustaba, me hacía sentirme descuidada, con el abrigo ondeando, el bolso colgando y los brazos moviéndose en todas las direcciones, pero la posibilidad de que algún conocido me viera perder la dignidad de esa manera era prácticamente nula, y para todos los demás yo no era más que una mujer que llegaba tarde al avión.

Salvo dos funcionarios detrás del mostrador, la puerta estaba vacía.

–Justo a tiempo –dijo uno de ellos, un joven con una corta barba oscura. Jadeante, le entregué el billete, él lo escaneó, y al enfilar el pasillo en dirección al avión, le oí decir Boarding completed a mis espaldas.

Seguía jadeando y me paré un instante para recuperar el aliento. También me sentía un poco indispuesta.

¿En tan mala forma estaba?

Cuando entré en el avión, vi al hombre del ascensor en uno de los asientos de la clase business. Me apresuré a mirar al otro lado, pero fue demasiado tarde.

–¿Así que cambió de opinión? –dijo con una sonrisa.

–Solo intentaba proteger mi vida privada –contesté, y le devolví una especie de sonrisa antes de colocar la maleta en el portaequipajes y sentarme en mi asiento, dos filas detrás de él.

Me recliné y cerré los ojos, mientras el ritmo cardiaco disminuía lentamente. Pero el malestar no desapareció, sentía como un dolor suave, y oleadas de náuseas en el pecho y en el estómago. Debería haberle enviado un mensaje a Gaute, lo sabía, pero no tenía fuerzas para hacerlo en ese momento.

Abrí los ojos.

¿Cómo podía el hombre haber llegado antes que yo?

Estaba detrás de mí en el ascensor. Yo me había dado prisa, había corrido, y no había tenido que hacer cola en ninguna parte.

Tal vez había otro camino. Tal vez fuera empleado de una compañía aérea que tuviera su propia entrada.

Al otro lado de la ventanilla, estaban echando hacia atrás un gran avión. Había luces por todas partes. Amarillas, naranja, rojas. Dos hombres con mono y casco miraban sin hacer nada. Se veían tan pequeños que parecían irreales. Lo mismo ocurría con los vehículos que se movían por allí. Como si pertenecieran a un mundo en

miniatura, sometidos a la majestuosa presencia de los aviones.

Peter tenía gimnasia a la mañana siguiente, no debía olvidarme de recordárselo. Seguro que Gaute no se había acordado de lavar la ropa de gimnasia después del entrenamiento del día anterior, pero alguna prenda limpia habría. Y Marie tenía que ir a la biblioteca para devolver los libros que había tomado prestados.

Parecían contentos cuando hablé con ellos. Gaute los había llevado a los baños de Nordnes, a los dos les encantaba. El agua siempre les había hecho bien: todos los conflictos desaparecían en el momento en el que se metían en una piscina, o salían nadando del agua de una playa.

Una azafata dio la bienvenida a los pasajeros por los altavoces. Saqué el móvil del bolso y miré el mensaje de Gaute.

¿A qué hora aterrizas? ¡Te espero con entrecot y vino!, escribió.

Estaré en casa sobre las once, escribí. ¡Qué cena tan buena!

Lo borré y dejé el móvil en el momento en el que el avión empezaba a moverse. Las cúpulas de luz sobre los edificios que dejábamos atrás estaban rayadas de lluvia. Me acordé de esas nubes oscuras, casi negras, que había visto desde el andén en el centro.

Deseaba seguir allí sentada, en ese asiento, y no tener que levantarme nunca más. Solo estar allí sentada, dar vueltas por la pista de despegue, sobrevolar la tierra. Sí, quería levantarme y salir, pero en una ciudad desconocida, en un país desconocido.

No en casa.

En cualquier otro lugar.

Me sobrevino un repentino pesar.

¿Era así?

La idea me dolía.

Pero era real. No quería ir a casa.

No quería ir a casa.

El jueves anterior, en el autobús que me llevaba al aeropuerto de Flesland, había disfrutado de la sensación de ir de viaje, aunque todo lo del otro lado de la ventanilla me fuera conocido, y se tratara de un viaje de trabajo. Cada vez sentía menos ilusión por las cosas venideras. Pero ese viaje lo esperaba ilusionada desde hacía tiempo. Llevaba años colaborando en una nueva traducción de la Biblia, y ahora que el trabajo se estaba acercando a su fin, todos los implicados íbamos a participar en un seminario de tres días de intenso trabajo en el local de la Sociedad de la Biblia en Oslo, donde también nos alojaríamos los que íbamos de fuera. Conocía a la mayoría de los participantes –el círculo teológico noruego no es muy amplio– y me hacía mucha ilusión verlos de nuevo. Al menos a algunos de ellos. Camilla, Helle y Sigbjørn, con quienes estudié en la universidad, y

Torunn, de la que me hice amiga más tarde, que era investigadora. Echaba mucho de menos aquellas discusiones, la mente abierta al mundo y la vida. Tal vez fuera ingenua, pero también era auténtica. Por aquel entonces yo pensaba que así sería la vida. Malgastábamos el tiempo y las ideas, y solo cuando aquello acabó, entendí que había sido algo único, que jamás volvería. Así es la vida, ¿no? Cuando somos jóvenes, pensamos que eso no es más que el principio de algo, cuando en realidad es todo, y, sin haberlo pensado, pronto será lo único que tengamos. No hubo una sobreabundancia de personas, solo estaban Camilla, Helle y Sigbjørn, no hubo una sobreabundancia de ideas, las que teníamos en aquellos tiempos seguían siendo las válidas.

En cierto modo, mi vida era más verdadera ahora que entonces, ya que la realidad en la que estaba anclada era más absoluta. Había parido a dos hijos, y mi amor por ellos tal vez fuera lo único que tenía que era incondicional, lo único que nunca cuestionaba o dudaba. Por otra parte, pensé, mientras el autobús cruzaba la plaza de Danmark, que brillaba con la lluvia, y yo miraba hacia Solheimslien, eso de que la vida fuera más absoluta no significaba solo que fuera más verdadera, sino también que no había caminos que se alejaran de ella. Ya nada estaba abierto como cuando teníamos poco más de veinte años.

Pero ¿quién había dicho que la vida estaría abierta?

El pastor que me guiaba cuando era estudiante me dijo en una ocasión que basta con dar un paso a un lado para que todo tenga un aspecto distinto. Hablaba de mi papel como guía espiritual. No sé por qué me acuerdo justo de esto, porque aquel pastor decía muchas cosas, probablemente porque era verdad y me hacía falta. Las personas desaparecían dentro de sus vidas y sus conflictos, y perdían la perspectiva, no solo de dónde estaban, sino también de quiénes eran, quiénes habían sido o podían ser.

Pero resultaba más bien imposible dar un paso a un lado en tu propia vida.

Solo pensarlo hacía que me remordiera la conciencia. Yo tenía a Peter, tenía a Marie, ¿qué podía entonces faltarme? ¿Qué necesidad tenía yo de lo abierto?

Ya los echaba de menos, aunque los había visto esa mañana, y volvería a verlos dentro de tres días.

Cuando el autobús se paró en el centro comercial Lagunen para recoger a más pasajeros, estaba diluviando. La gente iba con paraguas abiertos y rostros tristes, bolsas de la compra y cochecitos de niño. Las luces de los coches brillaban en rojo, se abrían y se cerraban maleteros, los autobuses pasaban estrepitosamente.

El pastor también dijo algo más aquel día, algo que se me quedó grabado en la memoria. Hay que fijar la mirada.

–¿Has visto la película Bienvenido, Mr. Chance? –me preguntó Camilla cuando le hablé de las sabias palabras del pastor de aquel día.

–¿Quieres decir que son obvias?

–¡Sí, incluso llamativamente obvias! ¿No lo oyes tú misma? ¡«Dar un paso a un lado», «Hay que fijar la mirada»!

¿Qué contesté yo a eso?

No lo recordaba. Pero seguramente algo como que lo más sencillo era a veces lo más verdadero.

Lo cual también podría haber dicho el jardinero de Bienvenido, Mr. Chance, pensé con una sonrisa mientras miraba los campos relucientes y verdes bajo la lluvia, su casi arcaica apariencia entre los edificios industriales y las urbanizaciones.

Algunas ovejas pastaban con la cabeza baja junto a una roca a unos cientos de metros.

Qué impensable resultaba que alguien creara un lugar de sacrificio allí, eligiera uno de aquellos animales, lo degollara, esparciera la sangre según un ritual y luego lo asara en una hoguera en honor a Dios.

Qué diferente era en nuestra época.

Pero las ovejas eran las mismas. La hierba era la misma, las piedras, las nubes, la lluvia.

En ese momento me llegó un mensaje de Gaute. Cuando lo abrí, me encontré con un montón de corazones, caras sonrientes, coches y aviones. Abajo había escrito: Marie quería decirte esto.

Le envié un corazón a modo de respuesta.

A lo lejos, en la llanura, apareció la torre del aeropuerto.

Si daba un paso a un lado y miraba mi vida, pensé, no faltaba nada. Y si fijaba la mirada, veía a los niños y nada más fuera de ellos.

Decidí cerrar esa puerta para siempre.

Sobrevolar Oslo, participar con toda mi alma en el seminario, volver a casa el domingo por la noche y disfrutar de todo lo que allí me esperaba.

Esa decisión funcionó por un tiempo, disfruté del vuelo, del tren desde el aeropuerto hasta la estación central, del viaje en taxi, del ambiente en el gran edificio de la Sociedad de la Biblia al que llegué por la noche, y de la pequeña y austera habitación que me habían asignado. Algo blanco que parecía semen flotaba en la taza del váter, y me reí al verlo, preguntándome por un momento si debía averiguar quién se había alojado en la habitación antes que yo, pero no lo hice, claro que no, salí y cené en un restaurante chino cercano, dormí como un bebé por la noche, di mi conferencia al día siguiente, participé en la discusión que siguió, y que continuó durante el almuerzo, y por la noche quedé con Torunn. Los dos días siguientes transcurrieron de la misma manera: sesiones de trabajo en grupos, conferencias en la sala

común, gratificantes discusiones a continuación. El nivel era alto, era un placer escuchar las conferencias, en parte porque aquello me recordaba a los tiempos de la universidad, muchos de los oradores eran de hecho los mismos que nos dieron clase entonces.

Pero ya había acabado.

No quería irme a casa.

Era una percepción horrible.

Pero era la verdad.

Miré fijamente el móvil que tenía en la mano, intentando pensar con la mayor claridad posible, mientras el avión rodaba por la pista, la lluvia caía a chorros al otro lado de las pequeñas ventanillas y el personal de cabina estaba en el pasillo repasando las rutinas de seguridad.

Escribí a toda prisa un mensaje a Gaute y se lo envié antes de que me diera tiempo a cambiar de opinión.

He perdido el avión. Dormiré en el aeropuerto de Gardermoen. Cogeré el primer avión mañana por la mañana e iré directamente al despacho. Lo siento. Tal vez podamos tomarnos el entrecot y el vino mañana por la noche.

Aparecieron enseguida tres puntitos debajo del mensaje, y me lo imaginé solo en el salón con la cabeza agachada, tecleando una respuesta. La azafata se puso el chaleco salvavidas dos filas delante de mí, y mostraba cómo utilizarlo con gestos grandilocuentes, perfectamente armonizados con una voz que lo iba explicando a la vez.

Qué raro en ti. ¿Qué ha pasado?

Salí con Camilla y Helle del seminario, no venía ningún taxi, y luego el tren estuvo parado una eternidad, contesté en el momento en que la azafata empezaba a recorrer el pasillo moviendo la cabeza de un lado para otro con pequeñas sacudidas, comprobando las filas de asientos de ambos lados. Tres puntos empezaron a moverse debajo de mi respuesta.

Dejé el móvil sobre las rodillas, con la pantalla hacia abajo, pero ella debió de verme teclear, porque se detuvo delante de mí.

–¿Su teléfono está en modo avión? –me preguntó.

Asentí con un gesto de la cabeza y una sonrisa.

–Ya lo está –dije.

La azafata se alejó.

Tenía que contestar a Gaute, de lo contrario, sospecharía, porque si de verdad estaba en un hotel, como había escrito, mi silencio no tenía justificación. Y no podría decir que el teléfono estaba descargado, porque allí podía cargarlo. Si hubiera olvidado el cargador, algo que él encontraría poco probable –y dos cosas tan improbables como primero que hubiera llegado tarde y luego que el teléfono se hubiera quedado sin batería le harían sospechar–, podía haber pedido uno en recepción.

Di la vuelta al teléfono y leí su nuevo mensaje.

¡Mucha mala suerte a la vez! Por aquí todo bien, los niños están durmiendo y yo trabajando. Te echo de menos.

Yo también te echo te menos a ti, escribí. Buenas noches.

Apagué el móvil, lo metí en el bolso y me puse a mirar por la ventanilla. Veía cómo la lluvia iba oscureciendo el hormigón debajo de nosotros, las luces de la pista, que de cerca parecían colocadas al azar, pero que a distancia formaban líneas claras y rectas.

El avión se paró y los motores empezaron a acelerar. De una sacudida fueron liberadas las fuerzas contenidas, y el avión cogió velocidad por la pista.

De repente no sabía por qué había mentido a Gaute o de qué me serviría pasar la noche en un hotel. Casi nunca actuaba imprudentemente, siempre pensaba bien las cosas antes de hacerlas.

Pero como ya no había manera de llegar a casa esa noche, al menos sin más mentiras, disfrutaría de las pocas horas que había robado.

La sensación de libertad me sobrecogió.

Así era.

Pero no había hecho nada malo. Tal vez fuera una estupidez, pero no era nada malo.

No tenía que ocurrir nada más. Podía pasar la noche en el hotel e ir al despacho como de costumbre, volver a casa por la tarde, comer, estar con él y con los niños. Leerles algo, acostarlos, tal vez trabajar una hora...

La vida no era nunca el problema, sino la manera de considerarla. Al menos si se trataba de una vida sin hambre, penurias o violencia.

Gaute era un buen padre y un buen marido, considerado y nada egoísta; no podía pedir más. Y la vida que compartíamos era buena, si permitía que brillara solo lo bueno.

¿Qué estaba haciendo realmente?

Al fondo de la oscuridad, al otro lado de las ventanillas, brillaban las luces de una carretera que se retorcía como una serpiente entre obstáculos invisibles. Un poco más allá se veía una pequeña ciudad como una corona de luz. Al fondo, la oscuridad volvía a dominar.

Un suave pling sonó en la cabina, y los mensajes de ajústense los cinturones de seguridad se apagaron. El personal que iba sentado delante se levantó y empezó a preparar lo que iban a servir. El vuelo duraba poco más de media hora, de manera que no tenían mucho tiempo, pensé, me incliné hacia delante y saqué del bolso el libro del que siempre hablaba Camilla, y que me había regalado cuando nos vimos, El reino de Dios está en vosotros, de Tolstói. Dejé el bolso en el asiento de al lado, busqué a tientas las gafas, pero no las encontré, así que volví a cogerlo para mirar bien. Tal vez me las había dejado en el

restaurante.

Las había sacado para mirar el menú.

¿Las había vuelto a meter en el bolso?

No recordaba haberlo hecho.

Al dejar el bolso, sentí que me recorría una nueva oleada de náuseas. Me recliné en el asiento e intenté respirar con calma, porque tenía la sensación de ir a vomitar en cualquier momento.

Como medida de precaución, saqué una de las bolsas blancas del bolsillo del respaldo del asiento de delante, y la mantuve discretamente junto a la pierna.

Tenía la frente húmeda de sudor.

Ahh.

Intenté controlar esa ola que no dejaba de crecer, y mantenerme completamente quieta, dejando que los pensamientos la siguiesen, que la amansaran para que se fuera, y funcionó, las náuseas fueron desapareciendo poco a poco, y enseguida se encontraban tan lejos que pude devolver la bolsa de papel a su sitio, y empezar a respirar de un modo normal.

Se acercaba el carro con refrescos y snacks, y saqué el monedero. Quería una Coca-Cola y un paquete de galletas, si es que tenían, era lo que mi padre me daba cuando era pequeña y me mareaba, y desde entonces siempre lo he asociado con algo bueno.

Tenía que ser algo de lo que había comido. Todos pedimos moules frites, y los mejillones estarían malos. Bastaría con que uno estuviera en mal estado.

Tenía que acordarme de decirle a Gaute que pagara la factura del taller antes de que nos la reclamaran judicialmente. Y también que recuperara las dos fuentes que llevaban en el colegio desde la fiesta de fin de curso.

Quizá no todo a la vez. No le gustaba nada que le recordara las cosas. Pero el único culpable era él, que todo lo iba aplazando.

Y, además, tenía que preparar el entierro del martes.

Noté que no me gustaba pensar en ello. Era un hombre que no tenía parientes ni tampoco se le conocía ningún amigo. Aparte del entierro de un niño, lo peor era celebrar un entierro en una capilla completamente vacía.

La azafata pasó empujando el carro. Intenté llamar su atención, pero se dirigía únicamente a los que estaban sentados al otro lado del pasillo.

–Perdone –dije.

No dio señales de haberme visto u oído.

–¡Perdón! –dije más alto esta vez.

Demasiado alto, al parecer, porque cuando se volvió hacia mí, fue con una mirada ofendida.

–¿Sí? –dijo con voz fría.

–¿Podría darme una Coca-Cola?

No contestó, pero abrió uno de los cajones y sacó una lata, que me dio sin pronunciar palabra, junto con un vaso de plástico.

–¿Tendría galletas de alguna clase? –le pregunté.

–No, no tenemos galletas.

–¿Y pan sueco?

La mujer suspiró y abrió otro cajón del que sacó un fino paquete verde y azul, con una rebanada de pan Wasa dentro.

Le alcancé la tarjeta de crédito.

–Tiene que pagarle a ella –dijo, señalando a la otra azafata, antes de volverse sonriente hacia los pasajeros de la fila siguiente.

No entendía esa falta de amabilidad. ¿Sería porque había tenido el móvil encendido más tiempo de lo permitido? Estarían acostumbrados a eso, ¿no?

De todos modos, no era razón para molestarse.

Abrí el paquete de pan sueco y logré comer un par de trozos, acompañados de un poco de Coca-Cola. Luego saqué el móvil y me puse a mirar las últimas fotos, la mayoría de las vacaciones en Creta, unas semanas atrás. Marie aprendió a nadar allí, de repente estaba nadando, y yo me las ingenié para grabarlo, no cuando ocurrió por primera vez, sino la segunda, solo unos minutos después. Estábamos en una pequeña cala junto a una carretera con mucho tráfico, y había edificios industriales bastante cerca, pero nada de eso aparecía en el vídeo, en él solo se veía a la pequeña Marie con la cabeza muy echada hacia atrás sobre la superficie del agua, y las manos y los brazos trabajando intensamente justo debajo. Detrás de ella se extendía el mar azul, hasta encontrarse con la montaña, al otro lado de la cala, que se elevaba entre verdosa y azul hasta el luminoso cielo, entremezclada con manchas y surcos de color arena. La niña brillaba toda ella de concentración y alegría.

–¡Guau, Marie! –se oía exclamar a Gaute.

Él estaba a mi lado mientras yo grababa y me rodeó el hombro con el brazo.

¿Cómo reaccionaría si le dijera que iba a dejarlo?

Pero no iba a hacerlo.

No lo haría.

Metí de nuevo el móvil en el bolso. El ruido de los motores cambió; habríamos empezado ya el descenso.

Él no entendería nada. Pensaría que yo había conocido a otro hombre, sería la única explicación que creería posible.

¿Es por algo que yo he hecho?, preguntaría. ¿Hay algo que pueda hacer de otro modo?

¿Qué diría yo entonces?

No tenía ni idea, él no había hecho nada malo, y no había nada que pudiera cambiar para que la situación mejorara.

Pero, entonces, ¿qué es?

Lo único que nos queda en común son los niños, ¿no te has dado cuenta?

No. Tenemos todo en común. Pero si compartimos la vida...

Lo siento, Gaute. Pero no puedo seguir así.

¿Se pondría a llorar? ¿Se enfadaría? ¿Me rechazaría por completo a mí y a todo lo mío después de aquello?

No podía dejarlo. No tenía ningún motivo para hacerlo. Y a los niños les destrozaría la vida. Sobre todo a Peter, que era muy sensible y tenía ya bastantes problemas.

¿Era tan egoísta como para poner patas arriba la vida de Gaute y la de los niños?

Debajo de mí aparecieron las luces de la ciudad. Casi nunca las había visto desde ese ángulo, por regla general, los aviones entraban por el sur, sobre las montañas e islotes batidos por las inclemencias del tiempo; pero ahora podía ver con toda claridad el centro: allí estaba Sandviken, allí estaba Nordnes, allí estaba Bryggen, allí estaba Klosteret, allí estaba Sydneshaugen.

El cielo estaba despejado y las luces de los edificios de Vågen temblaban en el agua oscura.

Después de los largos pasillos y grandes distancias del aeropuerto de Oslo, fue un alivio entrar en la pequeña terminal del aeropuerto, donde solo había que andar unos metros hasta la escalera que bajaba a las cintas de recogida de equipaje, y la salida.

Al llegar abajo, dejé la maleta en el suelo y tiré del mango, cuando una voz sonó detrás de mí.

–Los pastores no deben mentir, ¿no? –dijo.

Era el hombre del ascensor. Sonreía.

Empecé a andar.

–Espero que no se haya ofendido –dijo, acercándose–. Pero usted dijo claramente que no iba a Bergen. ¿Y dónde está ahora?

–¿Lo conozco? –pregunté, sin mirarlo, a la vez que aceleraba el paso.

–No creo –contestó.

No debería hablar con él, no debería decir nada más, lo sabía, pero a la vez había algo en él que despertaba mi curiosidad.

–¿Cómo sabe que soy pastora? –pregunté.

–Voy a la iglesia de vez en cuando –contestó–. Me he fijado en usted. Es una buena pastora. Tiene muchos pensamientos interesantes. No todos los pastores los tienen.

No dije nada, seguí andando hacia la puerta, y cuando me detuve

fuera para ver dónde estaba ahora la parada de taxis, el hombre había desaparecido.

La plaza de Torgallmenningen apareció casi desierta frente a mí cuando iba hacia el hotel. Solo se veía algún que otro caminante nocturno. El hotel estaba en una de las calles laterales, había reservado la habitación desde el taxi. Me resultaba extraño caminar por allí. Llevaba casi toda la vida cruzando esa plaza varias veces a la semana –era mi ciudad, me había criado allí, allí había pasado todos mis años profesionales–, pero de repente era como si toda familiaridad, todo sentimiento de pertenencia se hubiesen desvanecido. En realidad, no debería estar aquí, pensé, sería eso lo que creaba la distancia.

Era como si hubiese dejado de lado toda mi vida.

Como si por una noche fuera otra persona.

Detrás del mostrador de la recepción había una joven de unos veintitantos años, se me quedó mirando cuando atravesé la puerta, luego clavó otra vez los ojos en la pantalla que tenía delante. Me llegó el sonido del teclado. Tenía la cara pálida y algo regordeta, era como si no encajara con el esbelto cuerpo, formalmente vestido con chaqueta y falda azules, y blusa blanca. Sus labios eran demasiado rojos, pero su pelo era voluminoso y bonito, tanto que me entraron ganas de cambiarme por ella. Seguro que aquella joven no tenía problemas, y si los tenía, ninguno que yo no hubiera podido solucionar.

–Kathrine Reinhardsen –dije–. Acabo de llamar para reservar una habitación para esta noche.

Levantó la vista y sonrió.

–Hola y bienvenida –dijo–. Le tengo preparada la llave. Solo tiene que firmar aquí.

Dejó una hoja y un bolígrafo en el mostrador, y cuando hube firmado, me dio la llave.

–Su habitación está en la tercera planta. El ascensor está allí. El desayuno es entre las siete y las diez. ¿De acuerdo?

–Gracias –dije.

–No hay de qué –dijo ella–. ¡Buenas noches!

–Buenas noches –contesté, y arrastré la maleta hasta el ascensor, que tenía las paredes recubiertas de espejos. Iba mirando al suelo mientras subía lentamente.

No se oía ningún ruido en las habitaciones mientras recorría el pasillo alfombrado. Abrí la puerta y entré en mi habitación, que era mucho más pequeña de lo que me había imaginado cuando se me ocurrió esta absurda idea.

Ahora solo me sentía estúpida.

Dejé la maleta sin abrir en medio de la habitación y me tumbé en la cama sin quitarme la ropa ni los zapatos.

Ahora mi familia estaría dormida en casa.

Y yo estaba aquí tumbada.

¿Qué podía hacer?

¿Irme a un bar?

No haría sino empeorar las cosas.

¿Dar un paseo, tal vez?

Me levanté, me metí la tarjeta de la habitación en el bolsillo interior del abrigo y volví a salir. Primero bajé hasta la Terminal de Barcos Rápidos, luego fui hacia Nordnes, pasando por la antigua puerta de la ciudad, para a continuación subir hasta Klosteret, amarillo con el brillo de las farolas. Había en el aire una corriente fresca que resultaba reconfortante después del largo y cálido verano. Caminé hasta el parque, en el extremo más alejado, me senté en un banco junto a la punta y miré las luces del otro lado del fiordo.

Qué noche tan buena, pensé. Luego me acordé de los niños y me eché a llorar.

Miré a mi alrededor, de repente me sentía completamente desvalida.

Ojalá pudiera hablar con alguien.

Con Camilla podía hablar de todo. Pero no podía llamarla tan tarde. Y tampoco sabría qué decir. No era nada.

También podía hablar de todo con Sigrid, a la que conocía desde siempre. Excepto de Gaute y nuestra relación. Su marido, Martin, se había hecho íntimo de Gaute, y no me fiaba del todo de ella, de que no le contara luego lo que yo le había contado. O sí que me fiaba de ella, pero la lealtad hacia el cónyuge es a menudo mayor que la que se tiene hacia los amigos.

Y así tenía que ser.

¿Cuándo fue la última vez que yo le conté a Gaute algo que nadie más sabía?

Incluso lo había mantenido al margen de mi gran crisis.

Alguien venía andando detrás de mí. Me volví, pero no había peligro, era un matrimonio mayor con un perro.

Saqué el móvil y repasé la lista de contactos.

Me paré en el número de mi madre.

A ella sí podía llamarla aunque fuera tarde.

Pero ¿quería llamarla?

Metí las manos en los bolsillos de la chaqueta, y apreté los brazos contra el cuerpo.

La oscuridad de los grandes árboles que me rodeaban era espesa y parecía formar parte de ellos, que sobresalían negros hacia el cielo.

Cuando era pequeña, conocía cada árbol del vecindario. En mi

conciencia eran individuos, cada uno con sus características, sin entrar en detalles. Se metían en mi mente como sensaciones. El abedul, el roble, el abeto, el pino, el álamo blanco, el fresno, el serbal.

Mi padre era como un árbol, ¿no era eso lo que pensaba cuando me llevaba sobre los hombros y yo me agarraba a su cabeza con las manos?

Me acordaba de sus manos, eran muy grandes. Y recordaba su barba. Los ojos, la sonrisa que había en ellos. Pero cuando pensaba directamente en él, esas imágenes se disolvían, y me quedaba con una especie de confirmación.

Él ya solo existía en el borde de los pensamientos, donde vivía todo lo vago. De repente me encontraba en el banco rodeada de unas criaturas grandes y poderosas, inescrutables y calladas, ni hostiles ni amables, sin opinión sobre nosotros, la gente insignificante que siempre íbamos a toda prisa de acá para allá, a una velocidad que ellos ni entendían ni les importaba. Y eran criaturas vivas y no solo cosas, que era con lo que nosotros las relacionábamos.

De adolescente, leí un poema completamente revolucionario en El libro de las horas, de Rilke: «Mi Dios es oscuro», ponía, «y como una red de raíces intrincadas todas bebiendo en silencio. Que de este sediento calor yo emerjo es lo único que sé: pues mis ramas mantienen la calma perfectamente y solo se mecen en el viento.»

Era la primera vez que la idea de Dios me abandonaba a mí y lo mío.

Los árboles eran criaturas vivas, y Dios era también su creador.

La oscuridad, la tierra, la humedad eran el Dios de los árboles.

¿Qué era mi Dios?

¿De dónde emerjo?

Yo decía que era creyente mucho antes de serlo. Varios de mi clase eran miembros del coro Ten Sing, y me convencieron para ir una tarde con ellos. Sabía que a mi madre le disgustaría mucho, tal vez esa fuera parte de la razón, el que se tratara de algo prohibido que no era ilegal. Tenía trece años y derecho a vivir mi propia vida. Así lo sentía más o menos. Cuando tenía dieciséis, cambié el Ten Sing por el coro de una iglesia, y al año siguiente nos fuimos a un festival de coros en Cracovia, Polonia. Cantamos en una vieja iglesia preciosa, y cuando nuestras voces la llenaron, las oía desde fuera a la vez que estaba dentro de ellas, mi alma se llenó de alegría y júbilo, una sensación más intensa y pura de lo que jamás había sentido, y llegaba de la misma manera desde dentro y desde fuera. Creo que se trataba de que yo existía, la sensación de ser, pero también de pertenecer, de formar parte de un contexto mayor, y que en ese contexto se encontraba todo el sentido.

Eran los sentimientos de una joven de dieciséis años. Pero seguían

siendo válidos ahora, más de veinte años después, seguían siendo verdaderos, independientemente de toda la experiencia y nuevos conocimientos que había adquirido. El sentido no estaba en mí, el sentido no estaba en el otro, el sentido surgía en nosotros. El canto coral era la imagen más sencilla de aquello. Y la doctrina de Jesús trata de practicarlo. Todos eran iguales, todos formaban parte de lo grande, y en lo grande se encontraba Dios. No se podía sobrevalorar la radicalidad de ese pensamiento. Pero para entenderla realmente había que hacer desaparecer dos mil años de historia de la teología, y ver lo que Jesús realmente dijo e hizo. Él buscaba a los marginados, a los que no tenían voz propia, a los oprimidos. En uno de los pocos pasajes de la Biblia en los que se cede la palabra a una mujer, el cántico de María, ella dice del Señor que derribó de sus tronos a los poderosos mientras enaltecía a los humildes, colmó de bienes a los hambrientos, y a los ricos los despidió con las manos vacías. El Señor al que ella adoraba era subversivo. Y el niño al que María daría luego a luz, Jesús, andaba entre los marginados y los despreciados, los enfermos y los pobres, los leprosos y las prostitutas. Su mensaje, que somos iguales ante Dios, no puede vivir como una teoría, porque la mayoría queda excluida de la teoría, y era precisamente por esa razón por la que Jesús andaba entre los marginados y no se convertía en uno de los sabios, o los teóricos, como yo solía llamarlos. Había un abismo entre los teóricos, la gente normal y corriente y los que se encontraban en el fondo de la sociedad. Las enseñanzas de Jesús eran prácticas: no escribía sobre ellos o para ellos, andaba entre ellos. Hablaba con ellos, los escuchaba, los incluía. Todos eran iguales, todos formaban parte de lo grande, y en lo grande se encontraba Dios y en Dios la piedad, en Dios el perdón, en Dios la plenitud de la existencia.

Esa era mi razón.

Pero ¿de qué valía cuando ni siquiera era capaz de cuidar la relación con mis seres más allegados?

Me veía a mí misma llegar a casa, dar un beso a Gaute, agacharme y abrazar a Peter y Marie, darles los regalos, encontrarme con la mirada sonriente de Gaute por encima de sus cabezas, mientras ellos desenvolvían los paquetes, y a mí sonreír.

Era teatro.

No era yo.

Pero, entonces, ¿quién era yo?

¿Cómo quería estar yo si pudiera estar exactamente como quería?

¿Vivir en un pequeño piso de divorciada y tener a los niños cada dos semanas?

Di la vuelta al teléfono para que la pantalla se iluminara, y vi que eran algo más de las doce. Luego busqué el número de mi madre y lo pulsé.

Sonó mucho rato.

–¿Ha pasado algo? –dijo su voz cuando por fin lo cogió–. ¿Están bien los niños?

–Hola, mamá –dije–. No pasa nada. Siento llamarte tan tarde. ¿Estabas durmiendo?

–Sí, estaba durmiendo. ¿Qué hora es? Es medianoche, ¿no?

–Sí –contesté, arrepentida de haberla llamado. No sabía qué decir ni si había algo que decir.

–¿Qué pasa entonces?

–Nada en especial –contesté–. O...

–¿O?

Tomé aire.

–No he ido a casa esta noche. Me he quedado en un hotel.

–¿Por qué has hecho eso? –preguntó. Su voz era tan neutra y normal que tuve que combatir una sensación de ser rechazada. Era su forma de ser. No tenía nada que ver conmigo.

–No lo sé –contesté–. Sinceramente no lo sé.

–¿Estás llorando?

No contesté.

–¿Tenéis problemas Gaute y tú?

Me sequé las lágrimas con la manga de la chaqueta.

–En cierto modo, sí –contesté.

–¿Quieres divorciarte?

No contesté.

Se hizo el silencio.

–No lo sé, mamá –dije–. Creo que sí. O no. No podré.

Me puse a sollozar.

–¿Dónde estás ahora? –preguntó.

–En Nordnes.

–¿Por qué no nos vemos mañana y hablamos seriamente de ello? –sugirió.

–Vale –contesté.

–¿Comemos juntas? ¿A las doce y media en el Café Oscar?

–Sí –dije.

–Procura dormir un poco –dijo–. Cuando te despiertes, lo verás todo diferente. Nos vemos mañana.

–Gracias –dije.

–No hay de qué –dijo–. Buenas noches.

–Buenas noches –dije yo, pero para entonces ella ya había colgado.

Mientras dormía, empezaron a subirme por dentro las náuseas. Lo noté en el sueño, del que se apoderaron por completo, pero no llegaron a despertarme. Durante mucho rato, las náuseas eran como una especie de lugar del que intentaba escapar, pero que a la vez me

atraía constantemente. No tenía nombre, no era nada específico, solo algo de lo que quería escapar. Lentamente, comenzaron a mezclarse con los pensamientos, sentía las náuseas, por qué siento náuseas, y entraban y salían de esos pensamientos que a la vez eran y no eran míos, hasta que de repente los identifiqué como míos, y abrí los ojos.

Tenía la sensación de que el menor movimiento me haría vomitar.

Estuve un rato sin moverme, esperando a que se me pasara. Pero acabó siendo tan insoportable que me levanté a toda prisa, me metí corriendo en el cuarto de baño, me arrodillé delante de la taza del váter y dejé que saliera todo.

Luego me cepillé los dientes y me di una reconfortante ducha antes de vestirme. Sentada en el borde de la cama, escribí un largo SMS a Gaute para decirle que estaba bien, y recordarle lo que tenían que llevar los niños al colegio y que no se olvidara de pagar esa factura.

Mi madre tenía razón: ahora lo veía todo diferente.

A ella le mandé un mensaje diciendo que el conflicto se había resuelto, que sentía haberla llamado tan tarde y que ya no hacía falta que quedáramos para comer.

No me creo nada, contestó ella. Además, ¿y si quiero verte? Quedamos a la una y media.

Era una persona muy irritante, pensé. No solo porque cuando creía que había calado a alguien, solía tenía razón. Siempre había tenido que lidiar con ello, luchar por mantener mis ilusiones, aunque sabía que eran ilusiones, solo porque era ella quien las señalaba con el dedo.

Como quieras, contesté. ¡Tengo ganas de verte!

Quité la exclamación, que habría hecho que el mensaje pareciera demasiado alegre. Sin ella, quedaba más comedido, casi amenazante, al menos más acorde con lo que yo sentía.

Como quieras. Tengo ganas de verte.

Mi madre no contestó, y yo llamé a Karin para decirle que me encontraba mal y que no iría al despacho, pero que intentaría trabajar un poco desde casa. No era mentira, acababa de vomitar, y las dos horas siguientes estuve sentada delante del pequeño escritorio contestando correos electrónicos, también preparé el entierro del día siguiente y continué la discusión sobre la traducción del Levítico con Erlend y sobre Ezequiel con Harald, con quien estaba tan en desacuerdo en algunos puntos que faltaba poco para llegar a un conflicto.

A las doce salí del hotel arrastrando la maleta. El cielo estaba nublado, pero ligero; la capa de nubes era blanca como la leche. El aire, cálido y bochornoso. Los edificios de ladrillo, que cuando llovía parecían grises e incoloros, se mostraban ahora en todas sus tonalidades. Levanté la vista hacia el cielo. Dos pájaros revoloteaban por allí arriba con las alas extendidas e inmóviles. Eran aves rapaces,

pero no sabía cuáles. Probablemente gavilanes. Ningún águila sobrevolaría la ciudad, ¿no?

Cuando llegué a la plaza de Torgallmenningen, que estaba abarrotada de gente, me dirigí hacia la librería de la esquina. No quería sentarme a esperarla, prefería llegar un par de minutos tarde.

En la puerta de la librería había unos obreros fumando alrededor de un agujero cerrado al paso. Sus monos de color naranja reflejaban la luz de una manera extraña, parecían flotar, como si las personas que los llevaban no fueran más que un añadido.

Dentro de la tienda eché primero un vistazo a la fila de nuevos títulos, luego me acerqué a la reducida sección de filosofía. De vez en cuando, pero no muy a menudo, tenían libros interesantes.

Cogí un libro con un título tentador: Experience and Nature, de John Dewey, de quien había oído hablar, pero nunca había leído nada.

Abrí una página al azar.

«We have substituted sophistication for superstition», ponía. «But the sophistication is often so irrational and as much at the mercy of words as the superstition it replaces.»

Di la vuelta al libro y leí lo que ponía en la contraportada. Había sido escrito en 1925. En otras palabras: antes de comenzar nuestro mundo.

¿Qué quería decir el autor con sophistication?

Fui a la caja y pagué el libro con tarjeta, lo metí en el bolso y salí. Aún faltaban diez minutos, y solo tardaría cinco en llegar al café, pero ya no era importante llegar demasiado pronto. No había sido más que un estúpido reflejo de la adolescencia.

Mi madre apareció al fondo de la pequeña plaza justo cuando acababa de sentarme en una de las mesas del café. La reconocería entre una multitud y casi a cualquier distancia. Era delgada y tenía una constitución que la hacía parecer más alta de lo que realmente era, pero lo más característico era la manera en la que sostenía la cabeza, siempre ligeramente echada hacia atrás, algo que daba la impresión de superioridad o arrogancia, y también le confería una expresión como de pájaro. Era pelirroja, con la piel blanca y pecosa. De pequeña, yo creía que todas las personas pelirrojas y con pecas eran de una raza aparte, y deseaba más que nada en el mundo haber sido así, porque entonces habríamos sido ella y yo y no solo ella y Eirik.

Al acercarse, vi que llevaba sus colores favoritos. Pantalones de pana de color marrón claro, camisa blanca y chaqueta verde oscura.

–Hola, mamá –la saludé, dándole un abrazo–. Tienes buen aspecto.

–Gracias –dijo–. ¿Nos quedamos fuera?

–¿Te parece bien? Hace bastante calor.

Asintió con la cabeza y se sentó.

Había hojas amarillentas en el suelo debajo del árbol junto al que estábamos sentadas. Miré hacia arriba. Era un castaño con aspecto enfermizo, las pocas hojas que tenía estaban arrugadas. No era por la llegada del otoño, sino por una enfermedad.

Mi madre hizo señas con la mano a un camarero que estaba recogiendo una de las mesas colocadas junto a la pared.

–¿Qué tal te va? –le pregunté.

Ella me miró.

–Creo que soy yo quien debe preguntarte eso a ti. Pero me va bastante bien. Todos han vuelto ya al trabajo después de las vacaciones. Mikael sigue en la cabaña.

El camarero entró en el café con una bandeja llena de tazas y vasos.

–¿Qué hace allí ahora? –pregunté.

–Pesca bastante, y lee.

–¿Le gusta estar jubilado?

–Lo odia. Creo que esa es la razón por la que sigue allí, para poderse imaginar que solo está de vacaciones. Pero le gusta leer. Y ahora tiene tiempo para ello.

Se volvió hacia mí.

–¿Dónde se ha metido ese hombre?

–Ha entrado con una bandeja. Saldrá enseguida.

Mi madre miró la plaza, que se estrechaba y se convertía en una calle con tiendas a ambos lados. Luego echó un vistazo a la iglesia de ladrillo, que se erguía pesada y sólida entre las casas de madera pintadas de blanco. Las paredes de cemento gris tenían un toque verde. Como si estuviera en un bosque, pensé, y me la imaginé entre abetos y raíces, un montón de troncos cubiertos de vegetación, la ladera de una montaña cubierta de musgo, algunas colinas a lo lejos.

Cristo, el hombre forajido.

Mi madre dejó en una silla a su lado el bolso que tenía sobre las rodillas.

–Bueno, Kathrine –dijo, mirándome–. Ayer estabas fuera de ti.

–Sí, lo estaba –asentí–. Pero ya estoy bien. Siento haberte llamado. No había ninguna necesidad.

–¿Te alojaste en un hotel en tu propia ciudad?

–Sí.

–¿Por qué?

No sabía qué decir y bajé la vista. No quería darle ningún motivo para seguir por ahí. Al mismo tiempo, también quería que ella supiera.

La miré y sonreí.

–Simplemente no lo sé –dije–. Fue un acto impulsivo.

El camarero apareció en el quicio de la puerta, se limpió bien las

manos en el delantal al bajar la escalera, cogió dos cartas de una mesa vacía y se detuvo frente a nosotras.

–¿Cuál es la sopa del día? –preguntó mi madre.

–Sopa francesa de cebolla –contestó.

–Igual que la última vez que estuve aquí –dijo ella.

–¿Le gustó? –preguntó el camarero.

–Sí, me gustó –contestó ella–. Pero no es eso. Si tenéis la misma sopa todos los días, no podéis llamarla sopa del día. Lo del día significa un plato nuevo cada día.

El camarero sonrió sin decir nada.

–Yo quiero una quiche con queso feta –dije.

–Y yo una ensalada César –dijo mi madre.

Cuando el camarero se marchó, nos quedamos calladas. En una mesa más allá de la nuestra de la que aún no habían recogido los restos de comida, se posaron dos pequeños gorriones. Saltaban sobre sus finísimas patitas, picoteando las rebanadas de pan a medio comer.

–¿Gaute te ha sido infiel? –preguntó mi madre.

– ¡Dios mío, no!

–¿Lo has sido tú?

–Mamá. Me conoces de sobra como para pensar eso.

–¿Qué sé yo? –dijo–. Me llamas en mitad de la noche llorando y diciendo que no sabes si quieres divorciarte o no. Al día siguiente dices que no pasa nada y que todo va bien. ¿Qué quieres que piense?

–No lo sé –contesté.

–Las cosas no van bien entre Gaute y tú –dijo.

–Tampoco mal –dije yo–. Simplemente no hay nada, ninguna emoción, ninguna curiosidad, no tenemos nada en común. Nuestro único tema de conversación son los niños. Ayer supe por primera vez que no quiero vivir así. Estaba en el avión cuando me di cuenta de que no quería ir a casa.

–No hay muchos matrimonios que conserven la pasión después de veinte años.

–Ya lo sé –dije–. Aguantaré.

Por el aire sobre nosotras llegaba algo silbando. Levanté la vista y lo vi llegar, cada vez más cerca, cada vez más grande. Era una gran ave rapaz. Bajó hasta la mesa vecina, atrapó uno de los pajarillos, dio un par de aletazos, volvió a elevarse por encima de los tejados y desapareció.

–¿Lo has visto? –dije–. ¿En medio de la ciudad?

Mi madre asintió con un gesto de la cabeza.

–Ha sido un verdadero espectáculo.

–¿Qué era? ¿Un águila pescadora?

–No lo sé. Lo más probable es que fuera un gavilán. Mikael sabe de esas cosas.

–Me he quedado sin palabras –dije–. Lo ha atrapado sin más.

Mi madre encendió un cigarrillo, y lo sostenía con la mano bajada, como hacía siempre cuando fumaba.

–¿Y si te buscas un amante? –sugirió.

La miré.

–¿Es una broma?

–En absoluto. Es una solución práctica para un problema concreto. Te falta emoción y alguien con quien compartir tus intereses. A la vez, quieres conservar la familia. Eso solo apunta en una dirección.

–No puedo creer que sugieras algo así –dije.

–Sí que puedes. Pero es tu vida.

–Soy pastora.

–Tendrías que mantenerlo en secreto de todos modos, pastora o no –dijo.

–No lo entiendes. El problema no es que alguien se enterara. Es que es inmoral. En sí. Está mal. En sí.

Mi madre hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

–Ya, ya te oigo –dijo, poniendo por un momento una mano sobre la mía.

De repente, los ojos se me humedecieron y desvié la mirada. Por suerte, el camarero llegó en ese momento con una bandeja llena en las manos, y los segundos siguientes todo se centró en la comida que dejó delante de nosotras en la mesa.

Ella había visto mis lágrimas, claro. Pero hizo como si nada, y yo me alegré de ello.

La casa estaba vacía cuando llegué. Deshice la maleta, puse una lavadora y vacié el friegaplatos mientras esperaba a que llegaran. Peter y Marie iban al mismo colegio, a solo un kilómetro de casa, e iban y venían solos.

Hecho eso, me senté en el sofá con una taza de café y me puse a mirar por la ventana el abigarrado paisaje de periferia.

Mi madre decía que la moral era una magnitud relativa, no absoluta, y que dependía de factores sociales e históricos. Para ella, nada era absoluto, excepto tal vez la fe en lo racional.

Mi madre irradiaba frialdad. Siempre había sido así.

¿Cuántas veces me había preguntado cómo era ella, qué pasaba dentro de ella?

¿Y cuántas veces me había preguntado qué pensaba ella de mí?

Me levanté, fui al despacho, y me puse a mirar por la ventana para ver si llegaban los niños.

En lugar de a ellos, vi a Gaute subiendo la cuesta en su Polo rojo. Di unos pasos hacia atrás, dejé la taza, subí al cuarto de baño y empecé a llenar la bañera. No tenía ganas de encontrarme a solas con

él sin que estuvieran los niños.

A punto de quitarme la blusa, cambié de opinión. ¿Por qué iba a rehuirle? No tenía nada que ocultar. No había hecho nada malo.

Cerré el grifo, me cepillé el pelo y bajé a su encuentro.

Atravesó el recibidor con su cartera marrón en la mano.

–Hola –dije–. ¿Quieres un poco de café? Acabo de hacerlo.

–¿Ya estás en casa? –preguntó–. Creía que ibas a trabajar.

–Os echaba de menos –dije.

Se acercó a mí y me dio un ligero beso en la mejilla.

–¿Café entonces? –insistí.

–Sí, por favor –contestó sin moverse. Estaba a punto de irme cuando dijo–: ¿Puedo preguntarte algo?

–Claro que sí –contesté.

–¿Me has sido infiel?

Sentí que la cara me ardía. Pero no desvié la mirada.

–No puedo creer que me hagas esa pregunta –contesté–. ¿Ya no confías en mí?

–¿Me has sido infiel? –volvió a preguntar.

–No quiero contestar eso –dije.

Gaute dejó escapar un suspiro.

–Así que me has sido infiel –afirmó.

Yo no dije nada, fui a la cocina, saqué dos tazas del armario, y eché el café, mientras él se sentaba en el sofá, mirando al techo.

–¿Por qué no confías en mí? –pregunté mientras dejaba la taza en la mesa delante de él.

Contestó sin desviar la mirada.

–Acabas de admitir que me has sido infiel –dijo.

–Eso no es verdad –repliqué–. Solo te he dicho que no quería contestar.

–¿Y por qué no? Pues yo te diré por qué. Porque no quieres mentir.

–Quiero que confíes en mí –dije–. Piensas mal de mí. Estás en tu derecho. Pero no pretendas que yo confirme o niegue tus sospechas paranoicas.

–Te has sonrojado cuando te lo he preguntado.

–Me ha sentado mal.

–¿Entonces por qué no puedes simplemente decir que no me has sido infiel?

–Preguntar eso es una bajeza, Gaute.

–¿Lo es?

–Sí.

–¿En qué hotel te alojaste?

–¿Y eso qué importa?

–¿Tampoco quieres contestar a eso?

–No si me lo preguntas así.

Se oyó la puerta de la entrada, y luego se oyeron pasos y movimientos.

–Yo tenía razón –oí decir a Marie–. Mamá sí está en casa.

Me acerqué y abrí la puerta del salón.

–¡Mamá! –exclamó Marie, abrazándome por la cintura.

–Hola, cariño –dije, besándole la cabeza–. Hola, Peter, ¿tú también me das un beso?

–Vale –dijo. Marie me soltó y lo abracé a él.

–¿Ha ido todo bien? –pregunté.

–Sí –contestó Marie, camino ya del salón.

–¿Y para ti, Peter?

–También –contestó.

Mientras Gaute preparaba la comida y Peter hacía los deberes en la mesa de la cocina, yo bañé a Marie. Desde el viaje a Creta, la niña insistía todos los días en ir a la piscina cubierta, y cuando no podíamos, la bañera era la siguiente alternativa para su imparable deseo de estar rodeada de agua. Se libró rápidamente de la ropa y se metió en la bañera antes de que el agua del grifo hubiese cubierto el fondo. Yo me senté en el borde y le alcanzaba diversos objetos y juguetes con los que ella se entretenía. Estuvo un rato tumbada boca abajo con una máscara de buceo puesta, y la respiración hueca y desconocida a través del tubo. Luego jugó un rato con los perros de plástico, antes de ponerse las gafas de natación e intentar nadar en la bañera, cuya longitud era más o menos igual que la suya.

Era divertido estar con ella, no pensé ni una sola vez en la discusión con Gaute mientras estábamos en el baño.

Ya bañada y envuelta en una gran toalla, fue a su habitación donde, con un poco de ayuda, eligió la ropa y se vistió.

Abajo, el olor a cebolla y chuletas fritas llenaba las habitaciones. Un día normal le habría preguntado a Gaute si no podíamos conformarnos con las chuletas fritas, en lugar de sumergirlas en salsa marrón, que era como solía prepararlas, ya que así las servía su madre cuando él era pequeño. Pero bastaba con verlo allí, delante de la cocina removiendo la salsa, para saber que estaba encerrado en sí mismo, y cuando eso ocurría, incluso la pregunta más inocente era una provocación.

No hacía falta que me preocupara por eso, que hiciera lo que quisiera.

Peter estaba leyendo con el codo apoyado en la mesa junto al libro, la mano en la frente, y el bolígrafo preparado en la otra mano. Gaute, que había cogido algo del armario, le acarició el pelo y volvió a ocuparse de la sartén. El niño levantó la vista y sonrió a su padre.

–¿Qué estás leyendo? –le pregunté, sentándome a su lado.

–Ciencias naturales –contestó.

–¿Qué tema?

–Tenemos que recopilar información sobre un animal extinguido y luego escribir sobre cómo vivía.

–¡Suena interesante! –dije–. ¿Qué animal has elegido?

–Todavía no lo sé. Por eso estoy leyendo este libro.

–¿Dinosaurios?

Suspiró.

–Mamá, eso está demasiado visto, ¿no te parece? –dijo.

–Mi niño listo –dije, y me levanté, mirando a Gaute.

–¿Cuándo comemos?

–En diez minutos –contestó.

–Pongo la mesa entonces –dije.

–Vale –dijo él.

Gaute estaba callado mientras comíamos. Intenté salvar la situación haciéndole preguntas a Peter, que contestaba escuetamente, con la cabeza agachada. Solo Marie hablaba sin parar.

–¿Puedo comer esa cosa blanca? –preguntó, señalando con el cuchillo un trozo de grasa de la parte exterior de la chuleta.

–Puedes comerlo –contesté–. Pero no sé si te va a gustar. ¿Quieres probarlo?

Sacudió la cabeza.

–No. ¿Me lo puedes quitar?

Me incliné sobre la mesa y quité la grasa con el cuchillo.

–No quiero que esté en mi plato –dijo la niña–. Parece un animal.

–Es un animal –dijo Peter.

–Puedes dejarlo en el borde –sugerí.

–¡No! –exclamó Marie.

–Pertenece a tu comida –dije–. Yo no voy a dejarlo en mi plato.

–Lo cojo yo –dijo Gaute, y dejó el trozo de grasa en su plato.

Lo miré, pero no me devolvió la mirada.

Vale, pensé. Entonces yo tampoco me esforzaré.

Acabamos de comer en silencio. Luego Peter y Marie se fueron a sus habitaciones, mientras yo recogía la cocina y Gaute se sentaba en el sofá a leer el periódico. Cuando ya había puesto en marcha el friegaplatos, y fregado y colocado las cacerolas y la sartén, me preparé un café y me fui al despacho.

Hojeé un poco el libro que había comprado, pero no conseguí concentrarme ni interesarme por lo que ponía.

En el tiempo que llevábamos casados, Gaute se había enamorado una vez. Nunca dijo nada, pero yo lo conocía y sabía lo que estaba pasando. Tenía una estudiante en prácticas desde hacía varias semanas. Los primeros días hablaba de ella, de cómo era, de lo que sabía y lo que no sabía, de lo que hacía. Luego dejó de mencionarla.

Empezó a apagar el teléfono cuando llegaba a casa, a la vez que estaba radiante. Era tan fuerte que no era capaz de ocultarlo aunque lo intentara, de repente estaba rebosante hacia los niños, hacia mí.

Yo no decía nada. Si su intención era dejar lo que teníamos juntos por una chica de veinticinco años, no merecía la pena compartir mi vida con él.

Desapareció tan de repente como había llegado. Y tan evidente como fue su ardor fue luego su dolor, que tampoco pudo ocultarme.

Pero él no sabía que yo sabía, creía que aquello era su pequeño secreto.

En el salón se encendió el televisor.

Saqué mi ordenador del bolso, lo puse sobre el escritorio y lo enchufé.

Vi que Erlend había enviado un nuevo borrador del Tercer Libro de Moisés la noche anterior. Aunque sabía que no habría en él nada que me interesara, abrí el documento y me puse a mirar lo que había hecho.

No soportaba estar allí sentada como si nada hubiera pasado.

Me sentía prisionera en mi propia casa.

Me levanté y salí del despacho. Al pasar por delante del sofá donde Marie estaba acurrucada junto a Gaute viendo la televisión, dije que iba a dar una vuelta.

–¿A estas horas? –se extrañó Gaute–. ¿Adónde vas?

–Ni idea –contesté–. Solo voy a salir.

–Bueno, conque vuelvas a casa antes de que los niños se acuesten... –dijo.

–Tú estás aquí, ¿no? –dije.

Él no contestó, yo cerré la puerta de la entrada detrás de mí, me puse los zapatos y una chaqueta ligera, y me metí en el coche, arranqué el motor y conduje a través de la urbanización hasta la carretera general. No sabía adónde iba. Giré al azar a la derecha y fui hacia la ciudad. En Solheimsviken giré a la izquierda para ir hacia Laksevåg. Al llegar a la rotonda entre el túnel y el puente, elegí el puente, y ya al otro lado, decidí ir hasta el mar.

La carretera se estrechaba cada vez más, la vegetación era cada vez más pobre, al final ya solo había hierba y musgo en el accidentado paisaje, hasta que tuve el mar delante de mí, negro y enorme.

Aparqué en un muelle, apagué el motor, pero dejé encendidas las luces, que abrían cada una un túnel en la oscuridad, perforada por cientos de rendijas. Las olas que batían la playa no silbaban, tronaban, era como si algo se rajara allí fuera.

Junté las manos y agaché la cabeza.

–Dios, estoy angustiada –dije–. Ayúdame. Ayúdame ahora.

Gaute estaba dormido, o fingía estarlo, cuando llegué a casa. Me desnudé intentando no hacer ruido y me incliné sobre el móvil para que no lo despertara la luz de la pantalla cuando puse la alarma.

Tenía que levantarme a las cinco.

Fue como si el despertador sonara al momento siguiente. Resistí la tentación de echarme otro sueño, me levanté y saqué la ropa del dormitorio para no despertarlo al vestirme. Habría preferido irme ya al despacho y trabajar allí, pero no podía dejar que Gaute se ocupara solo de los niños otra vez, así que bajé a la cocina y puse la cafetera eléctrica.

El cielo estaba completamente azul, no se veían nubes por ninguna parte, y la luz del sol inundaba el suelo de la cocina. Oía cantar a los pájaros y abrí la ventana. Había una bota tirada en la hierba junto a la red de bádminton, y al lado un plato de plástico que llevaría allí desde el fin de semana anterior, cuando mi madre y mi hermano y su familia estuvieron aquí y tomaron helado y tarta fuera.

No era como si la luz rellenara el jardín, pensé, era al revés, lo vaciaba. De oscuridad, pero también de sentido.

El vacío en el mundo.

Pero sabía que mis pensamientos estaban equivocados. El sentido era algo que venía de nosotros. El sentido era algo que nosotros dábamos al mundo, no algo que nosotros recibíamos de él.

Metí en el friegaplatos el pequeño cuenco que había en el fregadero, limpié la encimera y colgué la bayeta del grifo. Luego eché el café en la taza y me la llevé al despacho, me senté y volví a abrir el documento de Erlend.

Revisé el texto leyendo lo más despacio que podía.

Si su ofrenda es un macho cabrío, debe llevarla ante la cara del Señor, poner la mano sobre la cabeza de la víctima, y degollarla a la entrada del tabernáculo. Y los hijos de Aarón derramarán la sangre en el altar. De este sacrificio ofrecerá el sebo que envuelve las entrañas, todo el sebo que hay sobre ellas, los dos riñones, con el sebo que los encubre y el que hay entre los riñones y los lomos, y el que hay en el hígado sobre los riñones. El sacerdote lo quemará sobre el altar. Es sacrificio de combustión de suave olor al Señor. Todo el sebo pertenece al Señor. Esta es una ley perpetua para vuestros descendientes, dondequiera que habitéis. Vosotros no comeréis ni sebo ni sangre.

Di un sorbo de café y lo leí otra vez, igual de despacio.

No me gustaba la expresión «ante la cara del Señor», pero nos habían pedido que la usáramos, formaba parte de la modernización, así que no había nada que hacer. Pero «en la presencia del Señor», como se decía antes, era mejor; «la cara» resultaba demasiado

humano. Por otra parte, era una interpretación razonable de la expresión hebrea לִפְנֵי, lifney, aunque en el fondo significaba «ante», venía de la misma raíz que «cara» –panav– y ya había más que suficientes detalles humanizadores en el texto, por ejemplo, que el sacrificio de combustión era de «suave olor al Señor». La regla era que cuanto más humano el Señor, más antiguo el texto. Así que, en cierto modo, «cara» era mejor que «en presencia», ya que era más humano, pero «en presencia de» era mejor de otra manera, ya que era una expresión más antigua.

Pero ¿suave olor?

¿No sonaba un poco demasiado fino y educado?

No era mi trabajo corregir el lenguaje, pero el lenguaje resultaba casi siempre imposible de separar de la teología, de modo que lo hacía constantemente.

«Es una ofrenda con olor suave al Señor», escribí para ver cómo sonaría.

No suponía mucha mejora, pero, no obstante, escribí una nota a Erlend al respecto. Había que recordarle siempre que el lenguaje de estos textos era sencillo y concreto, que apenas contenía abstracciones, solo cuerpos y acciones, incluso en el Levítico, con sus leyes y prescripciones. Entrañas, riñones, lomos, sebo y sangre: era la ley.

No es de extrañar que algunas sectas gnósticas pensaran que en estos textos el Señor era en realidad el diablo. Que la Tierra había sido creada por el diablo, y que era a él a quien orábamos cuando orábamos a Dios.

Si yo tuviera que predicar sobre eso...

Sonreí.

Incluso hoy algo así habría dado lugar a titulares.

Había muchos otros temas interesantes que yo no podía sacar ni discutir, claro. La iglesia y la parroquia no eran lugares para experimentar pensamientos o intercambiar ideas y pareceres, dándoles vida, cuestionándolos. Algo esencial de la fe era que era verdad, y algo esencial de la fe era que excluía todas las demás posibilidades. La verdad era absoluta. Y así tenía que ser, solía pensar yo, con lo frágil que era la vida. Al mismo tiempo, la Biblia era sumamente compleja, contenía tantas voces y modelos de comprensión contradictorios que la teología, más que ninguna otra cosa, había tratado de unirlos en algo que lo expresara todo, y eso solo podía hacerse silenciando y acallando, dejándolo estar. Uno de los episodios más conocidos del Antiguo Testamento era la historia de Abraham, a quien se le pidió que sacrificara a su hijo Isaac al Señor, lo que Abraham se disponía a hacer sin cuestionarlo, y sin duda habría hecho, de no ser porque el Señor intervino y le hizo detenerse, y entonces Abraham sacrificó un cordero en lugar de a su hijo. Menos conocida, pero no obstante

presente en el Antiguo Testamento, era la historia sobre Jefté, que le hizo una promesa al Señor: si lo ayudaba a vencer a los amonitas, al regresar victorioso le haría una ofrenda: la primera persona con la que se encontrara al volver. Los venció y conquistó veinte ciudades, y, al volver, la primera persona con la que se encontró fue su hija. Ella fue a su encuentro para celebrar su victoria. Era su única hija. Al verla, él se rasgó las vestiduras y le dijo que le había hecho una promesa al Señor que no podía dejar de cumplir. Ella dijo: si has hecho una promesa al Señor, haz conmigo lo que prometiste. Pero te pido una cosa: déjame que durante dos meses vaya con mis compañeras por los montes, llorando mi virginidad. Pasados los dos meses, Jefté la sacrificó al Señor, y el Señor no lo detuvo, como hizo con el sacrificio filial de Abraham.

Esta historia no es adecuada para mostrar en la actividad pastoral. Si yo hubiera sido teóloga en el instituto de la universidad, podría haber escrito sobre ella y haberla usado para la enseñanza, pero no era mi caso. Nadie quiere una pastora que predique sobre los sacrificios de mujeres en la religión. Yo tampoco quería ser una de esas pastoras. Si hubiera una teología feminista, tendría que desarrollarse en la práctica, no en la teoría. En el encuentro con las personas. No como sermón, no como ideas, sino como humanitarismo. Escuchar, preguntar, empatizar, acoger. Dios existía en los espacios entre nosotros. Ese era el mensaje de Jesús. Todos somos iguales ante Dios.

Había mucho en lo que no creía, pero sí creía en eso.

Ese era el núcleo.

O no el núcleo, pensé, y di un sorbo de café, que ya estaba bastante tibio. El núcleo, el núcleo es algo firme e inquebrantable.

Esto era algo variable, algo que cambiaba continuamente.

O que tampoco cambiaba. Porque era lo mismo, solo constantemente nuevas formas entre constantemente nuevas personas.

Llevaba mucho tiempo mirando por la ventana, pero sin ver nada. Ahora fue como si de repente se convirtiera en algo. Céspedes secos, vallas blancas, paredes, todo inundado por la luz del sol.

¿Era verdad que los colores no existían en sí, sino que era algo que existía en el cerebro?

Un gato apareció junto a la verja, se acercó lentamente al césped y se tumbó pavoneándose al sol.

En el piso de arriba alguien abrió la ducha.

¿Ya era tan tarde?

Mandé el correo a Erlend, abrí un nuevo documento y empecé a escribir el texto para el entierro. Al rato, sonaron pasos en la escalera. Sabía que él se sentaría en la banqueta de la cocina a comer un plato de cereales Special K, mientras leía las noticias en el móvil, y luego se

tomaría una taza de café. Durante la siguiente media hora se prepararía para la jornada al fondo del salón, antes de que los niños se despertaran. La hora siguiente se la dedicaría a ellos.

No podía evitarlo el resto de mi vida, no podía desaparecer otra noche, así que cuando los niños se acostaran, tenía que llegar el ajuste de cuentas o la reconciliación.

A las ocho subí a la habitación a despertarlos. Marie se despertó alegre y contenta y se vistió deprisa, Peter estaba mohíno y no quería levantarse.

¿Captaba el malestar entre nosotros?

Claro que sí.

Pero ¿bastaba para marcarle tanto?

–Peter, hijo mío, empieza a ser tarde –dije cuando volví a su cuarto y aún no se había levantado–. Si quieres que te dé tiempo a desayunar, tienes que venir ya.

Estaba tumbado con los ojos cerrados.

–Está dormido –dije, como hablando sola–. ¿Cómo lo levanto? Quizá pueda andar sonámbulo.

–Mmm –dijo él.

Le cogí las manos y tiré con cuidado de él.

–Increíble –dije.

Se incorporó, todavía con los ojos cerrados, y levantó los brazos al frente.

–¿Estás dormido, Peter? –le pregunté.

–Mmm –contestó.

–Me pregunto si también puede vestirse dormido.

Cinco minutos después estaba sentado en la mesa, comiendo copos de maíz con su hermana. Pensé que quizá me preocupaba en exceso por sus cambios de ánimo, me incliné sobre él y acerqué mi mejilla a la suya.

–Buenos días, mi amor –dije–. ¿Ya te has despertado?

–Mmm –dijo, moviendo la cabeza.

–¡Yo también quiero un abrazo! –exclamó Marie.

La abracé y luego me senté al otro lado de la mesa, enfrente de ellos.

–¿Por qué no está aquí papá? –preguntó Marie.

–Está trabajando un poco –contesté.

–Trabaja antes de ir al trabajo a trabajar –dijo Peter.

Marie se rió.

Por suerte, estos dos están bien, pensé, cuando salieron a la calle con sus mochilas a la espalda, y les dije adiós con la mano desde la puerta.

Gaute, al que esa mañana solo había visto de espaldas, se marchó justo después. No habíamos intercambiado una sola palabra, pero al

menos dijo adiós antes de marcharse.

Lo único inaplazable que yo tenía ese día era el entierro. Empezaba a las once, y ya lo había preparado, pero de todos modos bajé a la iglesia en cuanto Gaute se fue. Me gustaba estar allí, tanto en la iglesia como en mi despacho, que se encontraba en un edificio contiguo.

Qué día más hermoso, pensé, cuando bajé del coche. Todo estaba en calma, y el aire era ya tan caliente que en algunos sitios se hacía visible como temblando en forma de pequeñas columnas sobre la grava.

Pero la iglesia, con sus gruesos muros blancos, tenía aspecto de fría, aunque le estaba dando el sol.

Pasé por delante, entré en el edificio de los despachos y llamé a la puerta de Karin, que me miró sonriente cuando abrí. Me preguntó por el seminario y empecé a contarle cuando un coche llegó a la parte de atrás de la capilla. Serán los empleados de la funeraria, pensé, mirando el reloj. Faltaban aún unos minutos para las nueve.

–Iré a hablar con ellos –dije–. Parece que va a ser un entierro sin familiares ni amigos.

–Qué horror –dijo Karin–. ¿Hombre o mujer?

–Hombre.

–¿Mayor, entonces?

–Sesenta y algo –contesté.

–Vaya –dijo ella–. No sé cómo aguantas vivir en medio de tanto duelo.

–También allí hay siempre luz –dije, y le sonreí al salir.

Las puertas laterales estaban abiertas. Dos empleados de la funeraria estaban agachados sobre el ataúd. Los había visto en varias ocasiones, pero no me acordaba de sus nombres.

–Hola –dije.

Se levantaron y me saludaron con un gesto de la cabeza.

Uno de ellos era joven, tendría treinta y pocos años. Llevaba barba y el pelo recogido en una coleta, pero su aspecto informal lo compensaba en parte la camisa blanca y el traje negro. El otro hombre estaría cerca de los sesenta, tenía la cabeza grande y la cara triste. Por edad podrían ser padre e hijo, pero su constitución era tan distinta que seguro que no lo eran.

–¿Has encontrado algo más sobre él? –preguntó el mayor.

–Por desgracia, no –contesté–. Nada excepto el lugar y la fecha de nacimiento. Y su dirección. ¿Y vosotros?

–Nada –contestó el joven–. No hay nada. Ningún pariente, ningún amigo.

–¿Y compañeros de trabajo?

–Tampoco. Tenía su propia empresa. No hemos podido averiguar su actividad.

–Eso es lo más triste que hay –dije, y entré en la sala–. Ser enterrado en soledad, quiero decir. ¿Os quedáis entonces?

Asintieron, yo bajé la vista y miré dentro del ataúd.

Fue como si la sangre desapareciera de mi cabeza.

Conocía esa cara.

Era el hombre del ascensor. El hombre que me había importunado en la sala de llegadas.

Pero era imposible.

Era imposible.

El fallecimiento había sido notificado hacía diez días. Y el entierro encargado hacía una semana.

–¿Te encuentras bien? –preguntó el joven.

–¿Lo conoces? –preguntó el mayor.

–No –contesté–. No lo conozco.

EMIL

La última hora era siempre la mejor. Los más pequeños acababan de dormirse, tan cansados y somnolientos que solo querían estar encima de mí, mientras que los mayores estaban exhaustos tras una agotadora jornada, y también listos para algo de paz y tranquilidad. Solía llevarlos a todos a la habitación de los cojines, les ponía música y les leía uno o dos cuentos. Les gustaba mucho la americana, y esa tarde les puse Father John Misty. Otros de sus favoritos eran los Pink Floyd de los inicios –sobre todo «Echoes»– y Kraftwerk.

Después de un año allí, seguía sorprendiéndome cómo podía llegarles una música tan compleja, al contrario que los cuentos, que tenían que ser casi incomprensiblemente sencillos para que los siguieran. Les gustaba escuchar cuentos en los que ellos se reconocían, así que en muchos casos los protagonistas eran niños como ellos que iban a la guardería, tomaban el desayuno o iban a visitar a los abuelos, o Peppa Pig saltando charcos, o el buen cocodrilo.

¿No era curioso? ¿Que pudieran disfrutar de un concierto de violín de Bach, escucharlo cautivados, mientras todo lo demás en su vida tenía que ser lo más sencillo del mundo?

Apagué el ventilador, puse música y me senté apoyado en la pared, con Aksel encima, y Liam y Frida, uno a cada lado. Los demás escuchaban tumbados boca arriba, mirando al techo.

¡Por suerte, no entendían la letra!

Whose bright idea was it to sharpen the knives?
Just twenty minutes 'fore the boat capsize.
If you want answers, it's anybody's guess,
I'm treading water as I bleed to death.

Vi a Saida cruzar el patio, seguramente iba a la calle a fumar, como solía hacer. Aunque no podía verlas, sabía que Mercedes y Gunn estaban sentadas en el rincón, debajo de la sombrilla. El agua del aspersor, con la que los niños mayores habían estado jugando, ya se había secado, y la manguera estaba colgada en su sitio. Los juguetes y las bicicletas se habían recogido.

Quedaban cincuenta minutos.

Quité la música y saqué el libro que íbamos a leer. Los niños se sentaron formando un círculo a mi alrededor muy juntos, casi unos encima de otros. Los más pequeños no diferenciaban mucho su cuerpo

del de los demás. Había algo de animal en eso, ¿no? Y, por cierto, también en ellos en general. Arrastrarse y gatear, sonidos sin palabras, ojos enigmáticos.

–¿Recordáis qué pasó en lo que leímos ayer? –pregunté.

–Mia se bañó en la bañera –contestó Kevin.

–Eso es –asentí–. Y hoy vamos a leer sobre cuando se va de vacaciones de verano.

–Nosotros hemos estado de vacaciones de verano –intervino Kevin.

–Es verdad –dije–. Y yo también. ¿Alguien sabe cómo se llama la estación que viene después del verano?

–Se llama otoño –respondió Jo.

–Otoño –repetí–. Correcto. Pero en el libro es verano.

Alguno empezó a oler mal. Seguro que era Liam, se estaba mirando dentro del pantalón, con la cara cada vez más roja.

Pensé que podía esperar un poco, y me puse a leer. Les enseñaba las hojas cada vez que pasaba una página. Los más mayores empezaron a inquietarse a los pocos minutos, se tocaban o miraban a su alrededor en busca de algo en que fijar la atención. Pero los más pequeños me seguían todo el rato.

Justo en el momento de acabar de leer, se abrió la puerta y asomó la cabeza de Saida.

–¿Todo bien por aquí? –preguntó.

–Sí, sí. Pero podrías sacarlos fuera un rato mientras cambio a Liam –dije, mirando al niño–. ¿Vale, Liam?

Asintió con la cabeza y me miró con esos ojos suyos oscuros y dulces.

Los mayores salieron al patio dando tumbos, y yo subí a Liam al cambiador para ponerle un pañal limpio.

–¡Un, dos, tres! –dije, quitándole los calcetines.

Esperaba que sonriera, como hacía siempre, pero en lugar de eso, se puso a gritar y a patalear, cada vez más salvaje.

–Tranquilo –dije, y le sujeté las piernas con un brazo, mientras con la otra mano intentaba quitarle el pantalón corto.

–¿Por qué estás tan enfadado? ¡Hace sol, y mamá vendrá enseguida a buscarte!

Entró una niña y se sentó en la taza del váter de una de las cabinas abiertas. Era Lilian. Le colgaban las piernas, y me miraba intrépidamente mientras Liam gritaba.

–¿Por qué está tan enfadado? –preguntó.

–No lo sé –dije. Dejé de sujetarle las piernas con el brazo, pero seguía siendo imposible cambiarlo.

Lillian arrancó un trozo de papel y se limpió, se subió las bragas y estaba a punto de salir.

–Tienes que lavarte las manos –le dije.

–Ah, sí –dijo y se subió en la pequeña banqueta de plástico que usaban para llegar hasta el lavabo.

Liam seguía chillando y pataleando. ¿Lo cambio a la fuerza?, pensé en el instante en el que Lilian desapareció, ¿o debería cogerlo y pasearme con él en brazos hasta que se tranquilizara un poco?

Miré a mi alrededor en busca de algo que pudiera distraerlo.

Había un peluche, un conejo de tela, en la estantería de encima de mí. Se lo di. Lo rechazó.

Estaba realmente muy enfadado.

–Tendré que cambiarte de todos modos –dije.

Lo agarré por los tobillos con una mano, mientras con la otra quitaba la cinta adhesiva del pañal. Dentro, la mierda estaba amarilla y blanda, y se le pegaba a los muslos y al trasero. Le levanté más las piernas, saqué el pañal, lo cerré y lo tiré al cubo de la basura. Entonces descubrí que las toallitas húmedas estaban en la otra estantería.

Y él colgaba de mi mano sin parar de gritar, con el culo lleno de mierda.

–¿Saida? –grité–. ¿Puedes echarme una mano?

Pero nadie contestó.

Podía tumbarlo y correr a buscarlas –tardaría un segundo–, y aunque se quedara solo en el cambiador, no le daría tiempo a caerse antes de que yo volviera, o podía cogerlo y llevármelo. Pero entonces seguro que me mancharía de mierda, pensé, y lo tumbé. Al fin y al cabo, sería mejor que la mierda acabara en el cambiador.

–Solo voy a por las toallitas –dije– Quédate quieto un momento. ¿Vale?

Milagrosamente, dejó de patalear.

Puse la mano izquierda junto a él, a modo de protección, mientras me volvía. Luego me apresuré hasta el fondo de la habitación y cogí el paquete de las toallitas húmedas.

Pero estaba vacío.

¿Quién puede haber dejado ahí un paquete vacío?, pensé, y abrí el armario donde se guardaban las toallitas, cogí una y me di la vuelta justo a tiempo de ver a Liam inclinarse por el borde del cambiador. Me precipité hacia allí, pero fue demasiado tarde, el niño cayó al suelo.

Primero se golpeó la cabeza.

Cuando me incliné sobre él tenía los ojos abiertos pero completamente vacíos.

Está muerto, pensé, se me vino encima como una avalancha.

No, no.

Entonces fue como si volviese, y me miraba fijamente.

Estaba muy quieto.

Lo levanté y lo estreché contra mí.

–¿Cómo estás? –pregunté–. ¿Te has hecho daño?

No lloraba, ni siquiera gemía.

El suelo es de linóleo, pensé. Es bastante blando. Y el cambiador está bajo.

El niño estaba bien.

Ni siquiera una marca en la cabeza que yo pudiera ver. Tal vez le saliera un chichón.

Volví a dejarlo en el cambiador con mucho cuidado y empecé a lavarlo.

Algo en él era distinto.

Tiene que haber sufrido una conmoción, pensé, y me limpié la camiseta con una toallita húmeda, antes de ponerle un pañal limpio y encima el pantalón.

Quizá fuera una conmoción cerebral.

Sería eso.

Por eso estaba distinto.

Tiré la toallita a la basura, lo cogí en brazos y salí al patio, donde estaban los otros. Nadie había visto nada ni tampoco había razón para contarlo. Todo había acabado bien.

Lo dejé en el arenero y me acerqué a los demás.

Liam se quedó en la misma postura, mirando fijamente al frente.

Seguía aturdido.

–Ya puedes marcharte si quieres, Emil –dijo Mercedes–. ¡Hace un tiempo estupendo!

–Qué buenos sois –dije.

–Es que nos caes muy bien, ¿sabes? –dijo, riéndose.

A lo lejos, vi a la madre de Frida atravesar la verja; se subió las gafas de sol hasta la frente y nos saludó con la mano, detrás de ella llegaba la madre de Jo en bicicleta.

Más vale que me marche antes de que lleguen los padres de Liam, pensé, y me levanté. Si el niño seguía igual de quieto, tal vez preguntaran si había pasado algo, y no me apetecía mentir.

–Hola, Emil –dijo la madre de Frida–. ¿Vas a salir esta noche?

–Igual a dar una vuelta –contesté–. ¿Y vosotros? ¿Tenéis algún plan?

Se encogió de hombros, sonriente.

–Ya pensaremos en algo –dijo, agachándose cuando Frida llegó corriendo hacia ella.

–Que os vaya bien a todos –grité, dije adiós con la mano, atravesé la verja, y fui a por la bicicleta, que estaba junto a la barandilla, con el candado puesto. Lo quité y me subí en ella. Empecé a pedalear, a la vez que sacaba el móvil y llamaba a Mathilde.

–¡Hola! –dijo.

–¿Estás en casa? –pregunté.

–No, estoy en el parque. No podía desaprovechar un día tan bueno. ¿Has acabado ya?

–Sí.

–¿Por qué no vienes?

–Tengo ensayo, ya sabes –contesté.

–Pero es a las siete –objetó ella–. Vente un rato. Te echo de menos.

–Vale –dije, me fui hacia un lado y me paré; la calle de enfrente era una cuesta abajo muy pronunciada, y estaba pavimentada–. ¿Con quién estás?

–Con Jorunn y Tuva –contestó.

–Vale. Estoy ahí en unos diez minutos.

–¡Genial! –dijo ella.

Después de colgar, miré los mensajes que me habían llegado. Trond y Frode preguntaban qué hacíamos después del ensayo, mi padre quería que saliéramos con él en barco el fin de semana, y Fredrik quería que le prestara dinero. No lo decía directamente, pero yo sabía que era eso lo que pretendía.

Lo llamé.

–¿Cuándo me lo devolverías? –pregunté.

–¿De qué coño estás hablando? –dijo.

–Quieres que te preste dinero, ¿no?

–Ya no –dijo–. Si te crees tan listo.

–Está bien –dije–. Pero tendrás que devolvérmelo. ¿De cuánto estamos hablando?

–¿Quinientas, tal vez?

–Vale. ¿Te pasas por casa o qué?

–No vas a bajar al centro, ¿no?

–Ahora estoy en el centro.

–Quiero decir más tarde.

–¿Estás en casa? –le pregunté.

–Sí.

–¿Está mamá?

–¿Por qué iba a estar? Son solo las cuatro.

–Por saberlo. ¿Cómo le va?

–Creo que bien. Puedes llamarla.

–Ya –dije–. Bueno, entonces hablamos.

–¿Y el dinero qué?

–Ah, es verdad –dije–. Estoy en el astillero entre las siete y las nueve como mínimo.

–Perfecto –dijo él–. ¡Nos vemos entonces!

Colgué y contesté a los mensajes, me metí los auriculares en las orejas, puse Ohia y bajé la cuesta. Había gente por todas partes, a lo largo de las aceras y en todas las plazas, y las terrazas de los

restaurantes estaban a reventar.

Ohia rebajó la alegría y lo equilibró todo. En ese mundo todo era oscuro y deprimente. Y así, rodeado de luz, se volvía bonito de una manera especial. Feo y bonito.

Hasta que llegué a la calle que iba a lo largo de Vågen, no volví a acordarme de Liam.

Me sobrevino un sentimiento horrible.

Podía tener una grave lesión. Quizá había empezado a vomitar. Los padres no sabrían por qué.

O podía sangrar por los oídos.

Las lesiones de la cabeza eran muy peligrosas.

Debería haber dicho algo. No tenía que decir que se había caído del cambiador, simplemente podía haber dicho que se cayó andando y se dio contra algo duro, una superficie dura. Entonces estarían al tanto, y podrían llevarlo a que lo examinaran si querían.

Pero ya era demasiado tarde. No podía llamar ahora y decir: escuchad, vuestro hijo se ha caído en la guardería, olvidé decíroslo.

No había sido culpa mía.

Lo malo era no haber avisado.

Pero probablemente el niño estaría bien. Ninguna razón para preocuparse.

Me bajé de la bicicleta y la empujé para subir las cuestas hacia Sydneshaugen, luego me monté para atravesar el parque y al bajar una cuesta los vi sentados en la hierba, Mathilde era fácilmente reconocible con su bikini blanco.

Me paré. No estaba solo con Jorunn y Tuva, como había dicho, había también tres compañeros de Tuva.

¿Por qué no lo había mencionado?

Daban una impresión casi obscena, las tres chicas en bikini y los tres chicos totalmente vestidos junto a ellas.

Me entraron ganas de darme la vuelta, irme a casa, llamar y decir que había cambiado de idea.

Pero quizá alguien me había visto ya. En ese caso, sería un poco tonto darse la vuelta.

Aceleré el último trecho y me detuve junto a ellos.

–¡Hola! –dijo Mathilde, mirándome sin quitarse las gafas de sol.

–Aquí estáis, vagos, desperdiciando el día –dije, y apoyé la bicicleta en el árbol, antes de inclinarme para darle un beso.

–Yo me voy a trabajar dentro de un rato –dijo ella–. Así que a mí no me incluyas.

–¿Qué tal? –preguntó uno de los estudiantes.

–Bien –dije.

–¿Trabajas en una guardería?

–Sí –contesté, y me senté al lado de Mathilde. Tenía las piernas

encogidas debajo de ella, como una sirena. En un pequeño montón había dejado la crema solar, la falda de flores, una camisa blanca y las sandalias.

–¿Quieres un poco de vino? –preguntó uno de los otros.

–No, gracias, voy en bici –dije.

El que yo llegara debió de ser un fastidio para ellos. Ya no podían mirarla y coquetear con ella.

–Hoy he vuelto a ver a la pastora –dijo Mathilde.

–¿Qué pastora? –pregunté–. ¡Ah, sí, la de tu confirmación!

Mathilde estaba trabajando ese verano en la recepción de un hotel. La mañana anterior había llegado a casa contando que la pastora de su confirmación se había alojado en el hotel y había hecho la reserva una hora antes. La pastora no reconoció a Mathilde, y ella tampoco se dio a conocer, no quería que la mujer se sintiera observada. Debía de haber problemas en el matrimonio, dijo. ¿Por qué si no iba a alojarse en un hotel en su propia ciudad? Quizá estén haciendo reformas en su casa o algo así, dije. Ella me miró como si tuviera pocas luces. ¿A las doce y media de la noche? A mí me gusta pensar bien de la gente, dije yo.

–Entró en la farmacia del centro comercial mientras yo estaba allí –dijo–. ¿Y sabes qué compró?

Negué con la cabeza.

–¡Una prueba de embarazo! Sin duda, algo está sucediendo en su vida.

–También las pastoras tienen niños –objeté.

–Pero es un poco raro, tienes que admitirlo. Que se alojara en un hotel una noche y comprara una prueba de embarazo justo después.

No me gustaban nada los cotilleos y creía que a ella tampoco.

Ya me había ido por el lado negativo, coño.

Era un día fantástico, todo el mundo había salido a la calle, y yo estaba con Mathilde, que era guapa como un sueño, divertida, lista, inteligente, y tenía todo lo que se podía soñar que tuviera una novia. Y después iría a ensayar con ese grupo que iba camino de hacerse famoso.

Y allí estaba, gimiendo por dentro.

Levanté la cabeza y miré las copas de los árboles sobre nuestras cabezas, la antorcha verde sostenida por la sutil red de troncos y ramas, y luego la miré a ella, su pálida piel que nunca se bronceaba y que siempre estaba fresca, y ella me sonrió.

–¿Te vienes con nosotros luego, Emil? –preguntó Jorunn.

–Creo que no –contesté–. Tengo que ensayar, y levantarme temprano mañana. ¡Pero gracias por acordarte de mí!

Deseaba estar a solas con ella, pensaba en cómo era y lo deseaba. Nunca estábamos mejor que cuando éramos solo nosotros dos, nunca

me lo pasaba mejor que cuando salíamos por ahí los dos solos. Pero sabía que no podíamos vivir en una burbuja toda la vida.

Una cosa tenía muy clara, y era que diría que sí sin vacilar si algún día ella me hablaba de tener niños. Desde luego yo no sacaría el tema, un niño era algo muy grande, y nosotros éramos muy jóvenes. Y también tenía miedo de que ella no me incluyera en un futuro más lejano, que solo fuera una especie de novio de juventud. Si empezaba a atarla, tal vez me dejara.

Pero vivíamos juntos, eso ni lo discutimos, nos fuimos a vivir juntos, sin más, en cuanto tuvimos oportunidad.

–¿Jugamos a la petanca? –preguntó uno de los estudiantes. Era larguirucho y flaco, y tenía un flequillo que parecía una cortina justo delante de los ojos. De vez en cuando hacía un tonto movimiento con la cabeza para apartarlo. Me parecía recordar que se llamaba Asle.

–Buena idea –apuntó su amigo Anders.

–¿Tenemos fuerzas? –preguntó Mathilde.

–Vamos –dijo Tuva levantándose, luego se agachó, cogió la falda y se la puso.

Yo también me levanté.

–Creo que no puedo –dije–. Tengo que irme a casa a comer algo.

Mathilde me dio un abrazo y me miró.

–Nos vemos mañana por la mañana entonces –dijo.

Le di un beso. Al salir a la calle, volví la cabeza y vi que ya estaban todos andando hacia la pista de grava.

Hora y media después estaba sentado en la última fila del autobús, con la guitarra a mi lado, escuchando a Fela Cuti. Mientras miraba por la ventanilla, intentaba poner en segundo plano las casas y las calles, y dejar en primer plano los árboles y las plantas, para ver el aspecto que tendría el mundo si fueran ellos los protagonistas, y en torno a lo que todo giraba, y no nosotros.

Era algo que empecé a hacer cuando iba al instituto y cogía el autobús todos los días. Entonces yo era vicepresidente de Naturaleza y Juventud, y me apasionaba el medioambiente. Seguramente se debía al profesor de dibujo, que quería que dibujáramos lo que había entre una y otra cosa, por ejemplo, el espacio entre las flores y las hojas de un jarrón, o el espacio entre los muebles de una habitación. Porque eso era algo parecido a lo que pasaba con los árboles, era como si de repente resaltaran y se hicieran visibles, aunque llevaran allí todo el tiempo.

Me bajé del autobús en Klosteret, me metí por uno de los callejones de la izquierda y salí a la calle que daba al antiguo astillero, Verftet, a lo largo del fiordo, que centelleaba azul, lleno de pequeñas y brillantes monedas de luz.

Abajo en la cuesta vi a Trond, completamente vestido de negro, como siempre, y con una bolsa de plástico colgando de la mano, otro de sus rasgos distintivos. Sabía que en ella llevaba baquetas, cinta adhesiva, clavijas de afinación y guantes, y seguro que también una Coca-Cola. La Navidad anterior le había regalado una mochila, pero no captó la indirecta.

Las próximas Navidades le regalaré unos pantalones cortos, pensé, y grité su nombre.

Se volvió y me esperó.

–Hoooola –dijo.

–¿Alguna novedad? –pregunté, dándole la mano.

Negó con un gesto de la cabeza.

Tenía la cara ancha y pecosa, los labios anchos, la nariz ancha y los ojos profundos y oscuros, aunque eran azules. El cuerpo bastante corto y fuerte.

Éramos amigos desde la guardería, de manera que, sin contar a mi hermano, Trond era la persona del mundo que mejor conocía.

–Qué putada que no vengas esta noche –dijo mientras seguíamos bajando.

–Tengo que trabajar –dije.

Algo negro se me vino a la cabeza.

Liam.

Ojalá estuviera bien.

–Yo también tengo que trabajar –dijo–. Y tengo que levantarme a las cuatro.

Me encogí de hombros.

–Yo no soy tú. Yo necesito dormir más.

–No hay muchas noches como esta en el año –dijo él.

–¡Al menos no en esta ciudad! –dije yo–. Ya veremos. Igual una o dos cervezas...

–¿Sabes que te estás volviendo menos rock and roll con cada mes que pasa? –dijo–. De pronto tienes pareja y trabajas en una guardería.

–Quién fue a hablar. Tú que vives con mamá y papá, y trabajas de pastelero.

–Al menos no me acuesto a las nueve y media.

–Pero empiezas a bostezar sobre las seis –dije–. ¿Te acuerdas cuando vimos la película Ziggy Stardust en el cineclub? Claro que no, no te acuerdas porque te pasaste toda la maldita película durmiendo.

Debajo de nosotros apareció la vieja fábrica de sardinas.

–Por cierto, tal vez tenga una nueva canción.

–¿Ah, sí? –dijo Trond–. Esa sí que es una buena noticia.

–No sé si es muy buena. En realidad, solo tengo la letra. Y cierta idea de cómo podría quedar.

–Genial –dijo él.

–Quizá sea justo eso lo que no es –dije–. Y ni siquiera me atrevo a decir el título, me parece muy tonto.

–¿Cuál es el título?

–¿Miramos si están aquí los otros? –dije, señalando con la cabeza la terraza del café que había en la parte de atrás.

–No escurras el bulto –dijo Trond–. ¿Cuál es el título?

Lo miré y sonreí sin decir nada. Él me devolvió la sonrisa.

Frode y Kenneth estaban sentados en una mesa, con sendas jarras de cerveza delante, y los estuches de las guitarras en el suelo. Nos hicieron una seña y nos acercamos.

–Emil tiene una nueva canción –dijo Trond–. Pero ni siquiera se atreve a decir el título.

–«Tormenta en el corazón» –dije.

–¿Lo has dejado con Mathilde o qué? –preguntó Frode, riéndose.

–¿Qué suena mejor: en mi corazón hay una tormenta o hay una tormenta en mi corazón?

–Las dos suenan bien –dijo Trond.

–A mí me parece que las dos suenan bastante tontas –dijo Frode.

Habría que ver lo que se te habría ocurrido a ti, pensé, pero no dije nada. Frode era a veces bastante cabrón, pero yo jamás había tocado con un guitarrista mejor que él. Nunca hacía demasiado, y lo que hacía era siempre correcto.

–También podemos arreglar un poco la letra –dije–. ¿Habéis cogido la llave?

Kenneth, que casi nunca decía nada si no se le preguntaba, asintió con la cabeza.

Se terminaron las cervezas y entramos en la antigua fábrica y la sala de ensayos. Cuando lo enchufamos todo y acabamos de afinarlo, noté que el móvil me vibraba en el bolsillo. Era Mathilde.

¿Por qué estabas tan gruñón en el parque? Te AMO, lo sabes, escribía.

¡No estaba gruñón!, escribí. Solo agotado después del trabajo. ¡Tú eres todo lo que quiero!

Estaba a punto de volver a meterme el móvil en el bolsillo cuando ella envió otro mensaje.

¿Por qué no vienes a verme al trabajo luego?

¡No hay nada que me apetezca más!, escribí y noté que los otros estaban ostensivamente quietos esperándome. Me metí el móvil en el bolsillo.

–Lo siento –dije–. ¿Repasamos primero todo?

Una hora después, cuando habíamos repasado todos los temas, hicimos un descanso. Frode y Kenneth salieron a fumar, Trond y yo nos quedamos dentro.

Volví a leer la letra y me entraron ganas de olvidarme de ella, no

obstante, se la pasé a los demás.

Calma total primero
luego llega el viento
ah, luego llega el viento.
Luego llega la lluvia,
ah, luego llega la lluvia.
Y estalla la tormenta
diluvio del infierno.

Hay una tormenta en mi corazón.
Lluvia y viento
en la mente lo siento.
Hay una tormenta en tu corazón
lluvia y viento
en la mente lo siento.

Las calles del corazón están desiertas.
Tus palabras son puñaladas muertas.
Los árboles del corazón son un fragor
el mar del corazón es un rumor.
El cielo del corazón está oscuro
el aguacero del corazón es duro.

Hay una tormenta en mi corazón.
Lluvia y viento
en la mente lo siento.
Hay una tormenta en tu corazón

lluvia y viento
en la mente lo siento.

Calma total primero
luego llega el viento
ah, luego llega el viento.
Luego llega la lluvia
ah, luego llega la lluvia.
Y estalla la tormenta
diluvio del infierno.

Detrás de mí, sonó el teléfono de Trond.

–Muy bien, Emil –dijo un momento después.

–¿Lo dices en serio? –pregunté, volviéndome hacia él. Seguía sentado con los codos apoyados en las piernas y el teléfono en la

mano.

–Sí, muy bien –dijo.

–Gracias –dije.

Al instante, llamaron a la puerta, y fui a abrir.

–¡Mi corazón tenía que tirarse un pedo! –dijo Frode.

–Qué gracioso –dije yo.

–Sí que has tenido una bronca con Mathilde –dijo él, exhibiendo su más amplia sonrisa.

–¿Puede servirnos o qué? –pregunté, me senté y cogí la guitarra.

–Sí –contestó–. Pero lo de rumor y fragor tal vez no sea muy original.

–Tienes razón –dije–. Pero justo en ese trozo solo susurro, así que nadie lo oirá. Al estilo de Michael Stipe.

–Simplemente podemos quitarlo –dijo–. No añade nada.

–¿Qué tal «los árboles del corazón se derrumban» y luego algo que rime con «derrumban»?

–¡Gruñido! –exclamó Frode–. «El gruñido del oso del corazón».

Noté que se me humedecían los ojos, y le di la espalda. Ya basta, coño, pensé, parpadeé un par de veces mirando a la pared, apagué el amplificador, me quité la correa y metí la guitarra en el estuche.

–¿Qué estás haciendo? –dijo Frode–. ¡Estoy de coña! ¡No lo decía en serio!

Cogí el estuche y fui hacia la puerta. Sabía que no debía decir nada, solo marcharme y darles que pensar.

–Me tienes harto –dije, mirando a Frode–. ¿Sabes que he puesto mi alma en esa letra?

Abrió los brazos.

–¡Pero por Dios, tío, era una broma! ¡Joder, qué sensible!

Di un portazo y recorrí lentamente el pasillo desierto. Me quedé en el patio para darles la oportunidad de venir detrás de mí.

No vino nadie.

Estarían allí dentro riéndose de mí.

Pero era mi banda. Eran mis canciones.

Empecé a subir la cuesta.

Había hecho el ridículo hasta más no poder, mostrándome enormemente débil.

Pero no podía volver. Eso sería mostrarme aún más débil.

Sonó el teléfono.

Era Frode.

Me quedé mirando su nombre en la pantalla. Si no contestaba, sería el final de la banda. Y la culpa sería mía.

¿Acaso quería eso?

Me imaginé el asombro en los ojos de Mathilde si llegaba pronto, y cómo le sonaría mi explicación. «Frode se ha reído de mí, así que me

marché.»

Mejor humillarme ante ellos que ante ella, pensé, y contesté.

–Perdóname, Emil –dijo Frode–. No quería ofenderte.

–No me has ofendido –dije–. Pero gracias de todos modos.

–¿Vienes entonces?

–Sí –contesté, colgué y di media vuelta.

A lo lejos, en el fiordo, había un barco que parecía estar meando. Salía de él un gran rayo en forma de arco. A veces el aire temblaba en los colores del arco iris. Era como si estuviera soñando, porque la sensación de humillación seguía siendo tan intensa que era como si mirara desde ella y no desde mí mismo.

Dejé de oír el ruido de voces del restaurante, y atravesé el pasillo desierto, en dirección a las salas de ensayo, mientras intentaba no sentir nada.

Los otros hicieron como si nada cuando entré, y yo lo agradecí. Pero no podía hacer como si nada hubiese ocurrido. Había hecho demasiado el ridículo.

–Siento haberme ido de esa manera –dije–. No sé lo que me ha pasado.

–Olvídalo –dijo Frode–. Escribir es algo muy emocional.

–No es eso –dije.

–Ya –dijo él–. Pero pensé que podíamos hacer como si lo fuera para mejorar un poco el ambiente.

–¿Podemos ponernos a tocar ya, joder? –dijo Trond.

Después del ensayo nos tomamos unas cervezas de pie en la barra de la abarrotada terraza. Hablamos de lo que hablábamos siempre, bandas y canciones, y de cómo poder grabar nuestro material. Llegó Fredrik, llevaba un pantalón corto azul marino, camisa blanca y zapatos náuticos, y se quedó un rato con nosotros para cumplir –esta vez había mucho dinero de por medio–, pero no era uno de los nuestros y se marchó a la primera ocasión, que en este caso fue cuando un tipo gordo con grandes cercos de sudor en las axilas se metió a presión entre los dos e hizo una seña con dos dedos al camarero. La mirada de Fredrik, que había tenido que apartarse, se cruzó con la mía.

–Creo que voy a largarme –dijo–. Pero nos vemos el fin de semana.

–¿Vas a venir? ¡Qué bien! –exclamé.

–No parecéis hermanos –dijo Frode, cuando Fredrik se marchó.

–Y que sea él el que tenga que pedirte dinero, y no al revés –apuntó Trond.

El tipo de los cercos de sudor levantó por encima de la cabeza dos jarras de cerveza y se abrió camino entre nosotros.

–¿Sabes quién es? –preguntó Frode en voz baja mirando al hombre.

Negué con un gesto de la cabeza.

–Lindland. Es el que entrevistó aquella vez a La Bruja.

–¿Sí?

–Sí. Y luego lo degradaron a periodista de cultura.

–En mi mundo eso es una promoción –dije.

–Es un cabrón.

–También lo es La Bruja –dije.

Frode resopló.

–No hay palabras para describirlo.

–Yo iba a la guardería con él –dijo Kenneth.

Todos lo miramos.

–¿Con La Bruja? –preguntó Frode.

Kenneth asintió tranquilamente y dio un trago de cerveza.

–¿Por qué no lo habías dicho antes?

Kenneth se encogió de hombros.

–Nadie me lo preguntó.

–¡Claro que no te lo preguntamos! –dijo Frode–. ¿Cómo íbamos a saber que era algo que teníamos que preguntar?

–¿Cómo estaba? –dije.

Kenneth volvió a encogerse de hombros.

–Normal. Un poco pálido, quizá.

Nos reímos y brindamos. Cuando media hora después me marché de allí con Trond, que iba a coger el autobús hasta Fantoft, fue con una buena sensación en el pecho. Menos mal que había vuelto. Habría sido una idiotez tirar por la borda la banda por unos minúsculos sentimientos heridos.

Mathilde levantó la mirada del mostrador de la recepción cuando entré por la puerta. Su sonrisa era inimitable.

Me alegré tanto de verla que me incliné sobre el mostrador y le di un beso, aunque me había pedido un montón de veces que no lo hiciera cuando estaba en el trabajo.

–Estás tan increíblemente sexy con ese uniforme… –dije en voz baja, y la besé en el cuello. Me apartó con una sonrisa como la que se exhibe ante un perro demasiado alegre.

–¿Qué tal el ensayo? –preguntó.

–Estupendo –contesté.

–¡Qué bien! –dijo ella.

–¿Y tú qué tal? –pregunté.

En lugar de contestar, hizo una seña con la cabeza hacia la calle, donde dos autocares acababan de aparcar, uno detrás de otro.

–Voy a tener mucho follón durante un rato –dijo–. Lo siento. No lo sabía.

–No importa –dije–. De todos modos, estoy bastante cansado.

–¿Me llamas antes de acostarte?

–Claro que sí –dije y la volví a besar–. Ya te echo de menos –añadí en el momento en el que entraban los primeros turistas, y su sonrisa se dirigía a ellos y no a mí.

–Chao, Emilio –dijo, y me dedicó una sonrisa breve como un rayo.

Fuera, en la calle, donde el aire era cálido como en el sur de Europa y todo estaba oscuro, me puse los auriculares y escuché los álbumes que tenía grabados. Odiaba las playlists, excepto las que le enviaba a Mathilde. Opté por Apocalypse, de Bill Callahan. «¡Qué voz más profunda tiene!», dijeron los niños cuando se lo puse. Y así era.

Liam, pequeño Liam, ¡ojalá no le hubiera pasado nada!

El autobús estaba listo para salir de detrás del centro comercial cuando llegué. Puse If I Could Only Remember My Name y lo escuché todo el trayecto hasta el hospital. Me gustaba mucho la calidez de los temas de los setenta, y la ligereza en la manera de tocar, todo lo que aparecía como pequeños licks y riffs, como si nadie hiciera ningún esfuerzo, sino solo se pasaran una tarde por el estudio y dijeran algo como de carrerilla, antes de seguir hasta la playa, fumar un poco de hierba y darse un baño nocturno o lo que hicieran en aquellos tiempos, y luego ensayar otro poco. Sabían tocar. Su música estaba viva, al igual que las personas.

Pero sobre todo la calidez del sonido.

En la parada del hospital contesté algunos mensajes antes de entrar en el quiosco de Narvesen a comprar unas Pringles, una botella de refresco y chuches. Trond se pondría nervioso si me viera, pensé, sonriendo. No heroína, sino caramelos de regaliz y gominolas de Coca-Cola.

Saqué una foto, se la envié y dije que eso era lo que quería poner en el rider cuando fuéramos famosos.

Al menos mejor que zanahorias, contestó él.

Y mejor con un agujero en una muela que con un agujero en el alma, contesté.

Me respondió cuando ya estaba en la calle.

Ahí te equivocas. ¿Cuántas buenas canciones sobre dolor de muelas conoces?

Esta te las has pensado muuuucho, por lo que veo, escribí, y empecé a subir la cuesta con el móvil en la mano por si me contestaba. No lo hizo, y al rato volví a metérmelo en el bolsillo. El cielo estaba negro azulado y las montañas negrísimas por todas partes, era como si mirara las estrellas desde el fondo de un pozo.

Me cambié de mano el estuche de la guitarra y me arrepentí de no haber esperado un poco, así habría podido ir en autobús hasta arriba. Entonces los pájaros empezaron de repente a cantar a mi alrededor.

Me paré. En la cima de las montañas estaba amaneciendo.

¡No podía ser!

Me di la vuelta. Sobre la montaña, al otro lado, una luz subía por el cielo.

No era el sol. No era la luna. Era una especie de estrella.

¡Pero muy grande!

Dejé el estuche de la guitarra en el suelo, cogí el teléfono y llamé a Mathilde.

Los pájaros trinaban como enloquecidos por la ladera. Una débil luz fantasmal se deslizaba hacia arriba.

–¡Hola! –dijo–. ¿Vas a acostarte ya?

–Qué va, ni siquiera he llegado aún a casa –contesté–. Hay algo en el cielo. ¿Lo has visto?

–¿Sí? –dijo Mathilde.

–Una estrella gigante o algo por el estilo. Da miedo. Los pájaros acaban de ponerse a cantar. Yo estoy justo debajo de casa.

–¿Ah, sí?

–Tienes que salir y mirarla cuando puedas –dije–. Es increíble.

–Lo haré –dijo.

–Vale –dije–. Vuelvo a llamarte luego.

Colgué y subí el último trecho volviéndome todo el rato para mirar esa estrella o lo que fuera, que subía inquietantemente deprisa por el cielo.

Habíamos alquilado el primer piso, además de dos trasteros en el desván, a una mujer mayor que vivía sola, y que nos cobraba poquísimo por todo. Cuando abrí la verja y entré, vi la luz del televisor temblar en el salón de la mujer. Por un instante me pregunté si debía llamar a la puerta y decirle que saliera a mirar, pero con el susto quizá le daría un infarto, pensé, y subí el camino empedrado hasta nuestra entrada, en la parte de atrás.

Cuando metí la llave en la cerradura, se oyó un fuerte crujido arriba en el bosque, a solo unos metros de la casa.

Será un corzo, pensé.

Algo bajaba a toda prisa.

Me volví y vi a una persona llegar corriendo al césped, cerca de la valla. Era un hombre, se detuvo junto al manzano y se inclinó hacia delante jadeando, mientras miraba hacia atrás.

–Hola –dije–. ¿Qué estás haciendo?

Me miró. Incluso de lejos pude ver que estaba muerto de miedo. Tenía los ojos abiertos de par en par.

Sin pronunciar palabra, siguió corriendo por el jardín hasta la calle.

Me quedé quieto hasta que sus pasos dejaron de oírse.

Luego abrí la puerta con la llave, saqué la guitarra del estuche y la puse en el soporte en el cuarto de estar, abrí la botella de refresco y

llamé a Mathilde, mientras miraba fijamente la resplandeciente esfera en el cielo, al otro lado del valle.

ISELIN

La vieja señora se paseaba por las secciones de chuches y chocolate con la bolsa de la compra colgada del brazo. Llevaba un abrigo beige, aunque en la calle estábamos a treinta grados.

–Hola –dije cuando se paró en la caja y abrió la bolsa en la que llevaba lo que había elegido.

Era bastante baja y muy delgada, y tenía unos recios pelos blancos en la barbilla. Resultaba muy asqueroso, no entendía por qué no se los quitaba, pensaba que no había razón para dejar de preocuparse por el aspecto, aunque uno fuera viejo.

–Hola –dijo, y empezó a poner la compra en la cinta.

–Qué calor tan increíble –dije yo, mirándola mientras escaneaba los productos.

Ella no dijo nada, estaba ocupada sacando la cartera.

Tenía los ojos como borrosos o acuosos, y el cuello en un estado lamentable. Ahí es donde se ve la edad de las operadas. En el cuello y en las manos. ¡Aunque no es que sospechara que la mujer se hubiera operado!

No era en absoluto lenta, podía verlo, ¿por qué siempre lo había pensado? Sus dedos hurgaban velozmente en la cartera buscando la tarjeta.

–Son ciento setenta y seis coronas –dije.

Sin mirarme ni pronunciar palabra, puso la tarjeta sobre el datáfono.

Aunque esa mujer y yo nos veíamos unas tres veces a la semana, ella no sabía que yo existía. Dicen que los viejos desaparecen o se vuelven invisibles, y que hay que sentir lástima por ellos, pero ellos no son mejores que los demás. Es muy fácil pensar que los viejos son buenos y agradables, pero está claro que son igual de puñeteros que el resto de las personas, al menos los que ya de jóvenes lo eran.

Metió la tarjeta en la cartera y la cartera en el bolso, y se fue al final de la cinta para guardar la compra en la bolsa. Cuando terminó, se volvió hacia mí.

–También quiero un paquete de cigarrillos suaves –dijo.

Eso no me lo esperaba. ¿Había empezado a fumar la vieja?

–Entonces tiene que coger un ticket en aquella máquina de allí –dije–. Y pagar aquí. Luego puede recoger el paquete en la máquina que hay en la salida.

–¿Por qué? –preguntó–. ¿Por qué todo ese lío?

–Es lo que hay –dije, sintiendo cierta satisfacción.

Me miré las uñas mientras ella intentaba entender cómo funcionaba la máquina. Si necesitaba ayuda, podía pedirla. Acababan de hacerme la manicura y la persona que me la hizo sugirió un tono rosa pálido que me gustó, y que ahora hizo que una pequeña burbuja de alegría me estallara en el estómago. Las uñas rojas que solía llevar hacían que los dedos parecieran pequeños y regordetes. De hecho, lo eran, pero el rojo lo resaltaba aún más. Lo mismo que el lápiz de labios rojo intenso, que hacía la boca aún más pequeña, y la cara más grande y redonda.

–Ven a ayudarme, anda –dijo, mirándome.

–Voy –contesté, y me acerqué a ella–. ¿Qué marca quiere?

–Una suave –dijo.

–Hay muchas suaves –dije–. Prince. Marlboro. Petterøes. Pall Mall. Camel. Casi todas las marcas tienen una variedad suave.

Tres chicas entraron por la puerta en medio de una nube de risas y perfume.

–Prince –dijo la mujer.

Pulsé el logo de Prince, y aparecieron las opciones.

–¿Un paquete?

–Sí.

Cuando salió el ticket, me lo llevé a la caja y lo escaneé. La mujer pagó, y la acompañé hasta la máquina de tabaco, lo volví a escanear y le alcancé el paquete que salió.

–Gracias –dijo escuetamente. Metió el paquete en la bolsa y salió en el instante en el que entraba un hombre alto, de unos cincuenta años, que me hizo sentir pánico, pero me dio tiempo de darme la vuelta antes de que me viera.

Joder.

¿Qué hacía él aquí?

Al cabo de un rato se pararía delante de la caja, colocaría la compra en la cinta, y no habría nadie más que yo para atenderlo. Helene estaba en el descanso, Dagfinn en su despacho y Trude entrando y saliendo del almacén a la tienda.

Porque era Ommundsen, estaba segura, lo reconocí inmediatamente, aunque hacía tres años que había acabado el bachillerato.

Era la última conversación del mundo que me apetecía tener en ese momento.

En la caja de esa tienda.

«¿Eres tú, Iselin? ¿Trabajas aquí?»

Asiento, sonrío, me retuerzo en la silla y miro al suelo.

«¡No es ninguna tontería tener un pequeño trabajo que compaginar con los estudios!», puede que dijera. «¿Y qué tal te va en la

universidad?»

«Bien», tendría que contestar.

«¿Qué elegiste por fin? ¿Psicología?»

Yo asentiría con la cabeza.

«¡Cuánto me alegro de verte! He pensado mucho en ti desde que acabaste. Y eso no me pasa con todos los alumnos, que lo sepas.»

Tal vez incluso me invitara a tomar un café.

Las tres chicas se pararon delante de la caja. Tres bebidas energéticas y tres paquetes de tabaco. Tendrían unos catorce o quince años, pero no les pedí que acreditaran la edad, quería librarme de ellas rápidamente. Se retorcían y se movían, casi no podían contener la risa cuando se dieron cuenta de que no iba a comprobar su edad.

Ommundsen tendría que estar ya en la otra punta de la tienda. Me levanté y recorrí el pasillo hasta la puerta del almacén lo más deprisa que pude, porque de repente entró un montón de gente, y la caja no podía estar sin cajera.

Él dobló una esquina, yo bajé la cabeza todo lo que pude y me pegué a la pared al pasar por su lado.

No sirvió de nada.

–¿Iselin? –dijo.

Hice como si no lo oyera, o como si no fuera Iselin, seguí a toda prisa hacia delante, abrí la puerta del almacén y salí por la puerta de atrás, donde Helene estaba sentada al sol, de espaldas a la pared, con los ojos cerrados.

–¿Puedes quedarte dos minutos en la caja? Tengo que ir al baño –dije.

Abrió los ojos y se volvió hacia mí.

–¿No puedes aguantarte diez putos minutos? Estoy en el descanso.

–Te doy luego la mitad del mío. Por favor.

Suspiró y se levantó.

–No tardes más de dos minutos –dijo. Las cicatrices de la cara se le veían al mirarla de cerca, y el hecho de que tuviera aquella pinta tan horrible me servía siempre de consuelo cuando me fastidiaba.

Atravesé el almacén y entré en el minúsculo y apestoso cuarto de baño, cerré la puerta, me senté en la tapa del váter y conté hasta ciento veinte, respirando por la boca.

Entonces me volvió el dolor de cabeza. Era como si un hilo de metal me atravesara el cerebro. Durante los segundos que duraba no era capaz de pensar, no era capaz de hacer nada, todo lo que existía era ese dolor cegador.

Luego dejó de doler, tan de repente como empezó. Tiré de la cadena por si alguien me estaba observando, me lavé las manos, cogí un trozo de papel higiénico para secármelas, lo eché a la taza, esperé hasta que la cisterna se llenara y tiré otra vez de la cadena.

Él tendría que haber salido ya.

Pero cuando abrí la puerta de la tienda, estaba allí esperando.

–Iselin –dijo–. ¡Qué sorpresa tan agradable!

Piel bronceada, dientes blanquísimos, camisa blanquísima.

–Hola –dije–. Eres tú.

–Sí, he venido a pasar el fin de semana con un colega. Ayer estuvimos viendo Orfeo.

–Qué bien –dije.

–¿Qué tal te va? Supongo que trabajas aquí, ¿no? Te vi y pregunté a la chica de la caja si realmente eras tú.

–Sí –contesté.

Me miró.

–Me va bien –dije–. En realidad, todo.

–¿Acabas ya pronto los estudios?

–Me queda un poco –contesté–. Pero oye, tengo que trabajar.

–Entiendo –dijo–. ¿A qué hora acabas? Podríamos vernos y tomar una copa. ¿O sería demasiado raro?

–Qué va, no sería raro –dije.

Me miró.

–¡Estupendo! Quizá podríamos vernos en el Ópera.

–Vale –dije, alejándome–. ¡Nos vemos allí entonces!

Él me siguió con la bolsa de la compra en la mano.

–No me has dicho a qué hora acabas aquí.

–A las ocho –dije.

–¿Nos vemos a las ocho y media entonces?

Asentí.

–No creas que suelo quedar a tomar algo con antiguos alumnos –dijo–. Pero me gustaría hablar contigo.

–Lo mismo digo –dije.

Helene me miraba con maldad.

–¡Nos vemos entonces! –le dije a Ommundsen, que al salir dijo adiós con la mano en el momento en el que me estaba sentando en la caja.

–Esto vale por todo tu descanso, amiga mía –dijo Helene.

–Está bien –dije.

Lo que más me apetecía era echarme a llorar. Él se portó muy bien, y tenía mucha fe en mí.

Por supuesto, tenía claro que no iría al Ópera.

No había comido nada en todo el día, así que cuando cerramos, me senté en unos palés en el patio con una bolsa de cacahuetes y una Coca-Cola Light. Sentía la piel húmeda y desagradable bajo la camiseta. El sol se estaba poniendo, pero sobre el asfalto el aire seguía vibrando de calor. Olía a fruta podrida del contenedor que había un

poco más allá. Conecté los cascos al teléfono y me puse a ver el viejo vídeo de Ariana Grande, hecho por ella, en el que graba una voz y la reproduce mientras canta la segunda, y vuelve a poner las dos mientras añade una tercera. Así sigue, sumando voz tras voz, armonía tras armonía, hasta que en su habitación entra en acción un jodido coro al completo. Es un vídeo fantástico. Ella sí que es un genio. La gente no tiene ni idea de lo difícil que es lo que hace. En realidad, es imposible.

Solía verlo en el descanso, era mi recompensa. Ese vídeo, o cualquier cosa de Billie Eilish.

Puse «Bad Guy» y me apoyé en la pared. Aquella música era impresionante, me entraron ganas de salir de fiesta. Mandar todo a la mierda, beber y bailar.

Helene estaba apoyada en la verja fumando. Cuando vio que la miraba, abrió la boca e hizo como que decía algo.

Jaja, la imité yo.

Entonces dijo algo de verdad.

Me quité un auricular y la miré interrogante.

–¿Quién era ese tío que preguntaba por ti? –preguntó.

–Nadie en particular –contesté, y volví a ponerme el auricular.

Ella volvió a decir algo.

–¿Qué? –dije.

–No era esa la impresión que daba –dijo–. ¿Quién era?

–Un viejo profesor mío.

–¿Te acostaste con él?

–Por Dios –dije, volví a ponerme el auricular y subí el volumen, me eché los últimos restos de la bolsa en la mano y me los metí en la boca.

Qué tía tan pesada. Si salía, tendría que maquillarme, pero no quería hacerlo delante de ella. Y ese retrete era demasiado asqueroso.

Apagué la música y llamé a Jonas, pero cambié de opinión tras solo un tono, colgué, y opté por escribirle un SMS.

¿Tienes plan para esta noche?

Me levanté, fui a por la mochila y me metí en el retrete.

¿Estás ya de marcha? ¿Tú tienes planes?, respondió él.

Si él quería que yo acudiera, me habría dicho dónde estaba. Así que le respondí que tenía que trabajar hasta tarde y que había pensado pasarme por su casa de camino, pero que ya nos veríamos durante la semana.

Me puse una sombra dorada y un poco de brillo en los párpados, me pinté de negro las pestañas, y una línea de unos centímetros en el rabillo del ojo. Añadía un toque oriental a mi cara que me gustaba, algo fuerte y apasionado. Un lápiz de labios más claro que de costumbre, y luego un color suave en las mejillas para que parecieran

más estrechas.

Yo entendía que no le gustara que me pegara siempre a él cuando salía con sus amigos. Aunque no se sintiera avergonzado, no tenía mucha gracia salir por ahí con la hermana mayor.

Y sin embargo me dolió.

Me acordaba de él cuando era un bebé.

Quizá bastara con la sombra de los párpados, pensé, y me quité las rayas negras. Tampoco quería pasarme.

Hecho.

Después de guardar el maquillaje, me puse una camiseta negra y holgada, cargué con mi mochila y salí.

Helene ya se había marchado, menos mal.

La calle estaba abarrotada. Sería porque había atracado uno de esos gigantescos cruceros. Viejos con pantalón corto y camisa, mujeres acicaladas con ropa veraniega entre los habitantes locales, que también habían salido a la calle. Voces, gritos y risas llenaban el caluroso aire de verano, y en uno de los cafés sonaba música caribeña.

Me limpié el sudor de la frente con la palma de la mano mientras andaba.

Qué calor tan increíble.

El aire estaba a punto de arder.

Prefería cuando llovía y hacía viento. Entonces podía estar tumbada en mi habitación viendo películas, leyendo o durmiendo con la conciencia tranquila. El sol venía con exigencias. Debías estar al aire libre, debías estar con amigos, debías estar alegre. Si me quedaba tumbada en mi habitación entonces todo estaba mal y yo era una fracasada, aunque hiciera exactamente lo mismo que los demás días, y decidiera sobre mi vida.

Hacía lo que me daba la gana. ¿A qué se debía entonces esa mala conciencia por no querer estar emborrachándome en una terraza?

A la mierda. A la mierda todo.

Me detuve y me coloqué los auriculares, puse «Sheer Heart Attack», seguí por el callejón en dirección a Vågsbunnen y tiré de la camiseta para que no se me pegara al cuerpo.

Seguía teniendo hambre. Y el Burger King estaba a solo unos cientos de metros. Al menos era barato. Y yo decidía por mí misma lo que quería hacer.

Todas las ventanas de los pisos bajo los que pasaba estaban abiertas de par en par, y los pequeños restaurantes que habían sacado mesas fuera estaban todos llenos.

Pero ¿qué era aquello?

Un animal corría por la pared. Las personas que iban delante de mí se detuvieron. ¡Era una rata! Cruzó el callejón en zigzag entre la gente y desapareció por la verja del otro lado.

Una mujer chilló. La gente se miraba. Durante unos segundos sonaron voces agitadas. Luego todo se puso otra vez en movimiento y las cosas volvieron a ser como siempre.

Dicen que cuando ves una rata siempre hay seis más muy cerca, pensé, mirando a mi alrededor mientras andaba. En esa ciudad había visto ratas muchas veces, sobre todo en el patio de la tienda, pero solo al anochecer, jamás durante el día.

Nunca había entendido por qué se decía que las ratas eran tan asquerosas. No eran exactamente bonitas, como los linces o las lechuzas, pero tampoco eran tan feas. Tenían el pelo corto y tupido, el rabo recordaba a un pequeño látigo, y las patas delanteras parecían pequeñas manos con dedos cuando tenían algo en ellas.

El sol se estaba poniendo sobre las islas, y tuve que entornar los ojos para poder ver algo al salir del callejón. El muelle estaba lleno de gente, al igual que los alrededores del mercado de pescado. También por donde yo iba. Me abrí camino entre la multitud, feliz con la música que me situaba en otro mundo, haciendo que todas aquellas caras me resultaran lejanas y ajenas.

Todas las personas eran muy parecidas. Chillaban cuando veían una rata, salían a divertirse a la ciudad cuando brillaba el sol, se casaban, tenían hijos, prosperaban y luego morían. ¿De qué servía entonces? ¿Haber sido ascendidos a director de área, haberse convertido en socio de un bufete de abogados o lo que fuera que tanto les había costado conseguir?

Para luego yacer en la profundidad de la tierra.

¿A quién le importaban entonces sus ambiciosos puestos de trabajo?

Crucé al otro lado de Torgallmenningen, hacia Strandgata y el Burger King, donde afortunadamente no había un alma y el aire era deliciosamente frío.

Dudaba entre una Bacon King y una Double Steakhouse. No había comido en todo el día, y me decidí por fin por una Double Steakhouse con extra de patatas y una Coca-Cola Light.

La boca se me hacía agua mientras llevaba la bandeja hasta una de las mesas del fondo, donde me senté.

Aunque abrí la boca todo lo que pude, no pude morder toda la hamburguesa, un poco de pan se quedó sobre el labio superior cuando el jugo de la carne me llenó la cavidad bucal y todo se mezcló con todo, beicon, carne de buey, pan, cebolla, tomate, lechuga, kétchup.

Siempre dejaba las patatas para el final, había una diferencia tan grande entre las dos cosas que no me gustaba mezclarlas. Una jugosa y abierta, la otra dura y seca, con lo bueno y blando encapsulado. La hamburguesa me la comí rápidamente, con las patatas tardé más, porque las iba mojando en kétchup y comiendo de una en una.

Sin embargo, acabé demasiado pronto.

Me limpié la boca con la servilleta y me pregunté qué podía hacer. Un hombre se había sentado junto a la pared. Iba vestido como si trabajara en la universidad, vaqueros azules, camisa blanca, americana marrón y zapatos marrones. Tenía los labios sinuosos y seductores, y la cara como la de un joven de dieciocho años, mientras el resto de él indicaba unos treinta y tantos, tal vez incluso cuarenta.

Estaba mirando pensativo por la ventana, y no me veía.

Me sentía llena, pero me apetecía algo más. Lo natural sería tomar un batido de postre, era lo que solía hacerse. Pero eso significaba tantas calorías que igual podía comerme otra hamburguesa, quizá esa Bacon King que había considerado.

¿Me apetecía de verdad?

Sí.

¿Por qué no comérmela entonces si me apetecía? ¿Quién o qué dentro de mí decía que no?

La sensatez. La mala conciencia.

Debería mostrar un poco de fuerza de voluntad y marcharme.

Eran precisamente esas situaciones las que valían la pena.

Saqué el móvil y busqué «Orfeo» en Google. Salía un artículo de la Wikipedia sobre un dios griego. Tenía que ser el nombre de una obra de teatro o una ópera. Tratándose de él sería una ópera.

Busqué «Orfeo ópera».

Sería Orfeo y Eurídice, de Gluck.

Sin pensármelo ni mirar el precio, saqué una entrada para el miércoles. Luego llevé la bandeja a donde se dejaban los desperdicios, vacié la Coca-Cola, metí el vaso de cartón en el agujero, tiré el resto del embalaje y me acerqué al mostrador a pedir una Bacon King y otra Coca-Cola Light.

Cuando dejé la bandeja en la mesa y me senté, el hombre me miró.

–Comes demasiado –dijo.

No daba crédito a lo que estaba oyendo.

¿Había oído bien?

Con la cara roja, le eché una rápida mirada.

Él se limitó a sonreír.

¿Y qué hacía yo ahora?

Tenía que decir algo. No podía quedarme allí sin más.

Ardía de vergüenza.

Cogí la hamburguesa y me la llevé a la boca, luego cambié de parecer y la bajé.

–¿Y a ti qué coño te importa? –dije. Pero mi voz era débil y mis ojos no se atrevieron a encontrarse con los suyos.

Él sonrió.

–Soy el Señor –dijo.

Ah, era un loco, pensé, y toda la vergüenza que sentía desapareció.

–Déjame en paz o llamo al personal.

Se levantó y vino hacia mí, me acarició el pelo y se fue.

Me quedé boquiabierta viéndolo desaparecer por la calle.

¿Qué estaba sucediendo en ese momento?

El roce de su mano había sido muy bueno.

Me había sentado muy bien.

Algo suave y cálido se me había extendido por el cuerpo. Era como si se hubiese llenado de aceite.

Debería haberme cabreado, debería haberlo denunciado, era un loco, y no tenía ningún derecho a tocarme.

Dios, qué tonta era.

Hacía meses que nadie me tocaba. Y es agradable que te acaricien el pelo.

«Comes demasiado.»

Ya no me apetecía comer, pero tampoco me parecía bien tirarlo todo, así que me comí media hamburguesa y unas cuantas patatas, antes de levantarme y tirar el resto.

Al salir a la calle me quedé parada, sin saber adónde ir. Tenía alquilada una pequeña buhardilla en una casa muy cerca del hospital. El tejado estaba en pendiente y en tiempos la utilizaba la criada de la casa. Cuando el sol brillaba en el verano, como hoy, el cuarto era insoportablemente caluroso, de nada servía abrir las ventanas, por la tarde el tejado estaba casi ardiendo, de modo que no me apetecía ir allí. Pero tampoco me apetecía quedarme más tiempo en la calle.

Empecé a andar hacia Torgallmenningen. Andar sola por la ciudad estaba bien, no era nada extraordinario, en realidad, era más inusual andar con alguien. El problema era estar sentada en la ciudad. Las sillas y los bancos venían con algo más que cuatro patas, un asiento y un respaldo. En cuanto me sentaba en algún sitio, algo se hacía visible. Quizá nadie más que yo lo pensara. Pero la sensación era muy intensa, era como si yo estuviera iluminada y todo lo que hacía ocurriera dentro de esa luz. Leer un libro, dar un trago de cerveza, mirar a mi alrededor, todo ocurría bajo una atención especial, como si me viera a mí misma desde fuera y desde dentro a la vez. Yo estoy sentada aquí sola, ella está sentada allí sola. En apenas unos instantes los pensamientos se volvían negros, era insoportable, y si me quedaba, tenía que luchar contra ello, luchar constantemente contra esa luz que brotaba de mí, esa persona extra dentro de mí que seguía tan de cerca todo lo que yo hacía.

Cuando estaba sentada en la cama de mi habitación no era así, claro que no. Pero entonces eran otras cosas, que en realidad debería estar fuera y no dentro, independientemente de lo relajante y bueno que fuera, con té y chocolate y una nueva película en Netflix.

En cuanto dejaba de andar, me recorría un alud de confusión y desesperanza. Así que no podía pararme, no podía sentarme, no podía estar en mi habitación, sino solo seguir andando.

En la universidad todo se había vuelto imposible. Estaba ardiendo en la sala de lectura, estaba ardiendo en el comedor, estaba ardiendo durante las clases.

Gracias a Dios tenía un trabajo, me decía a mí misma. Allí podía estar completamente visible sin que importara nada. A nadie le importaba quién era yo, siempre y cuando hiciera lo que tenía que hacer.

En la hierba alrededor del lago de la ciudad había un montón de gente. La mayoría en grupos, al parecer bebiendo. Sobre las montañas, el cielo estaba dramáticamente rojo al ponerse el sol en el mar, al otro lado. El agua estaba clara como un espejo. El aire caluroso y quieto.

¿En qué pensaba cuando me maquillaba en el retrete?

Que parecía exótica con la sombra de ojos dorada. Como algo de las mil y una noches. Apasionada, fuerte.

Camino de una cita.

Mujer de negocios.

Líbano. Beirut. Jordania.

Segura de sí misma. Sexy. Enigmática. Un día largo, una copa relajante en el salón del hotel.

Todos esos pálidos occidentales con sus superficiales y comerciales vidas rodeándome. Las mujeres eran como hombres y los hombres como mujeres.

El hombre con el que había quedado estaba perdido. Había bebido un trago de la fuente y ahora estaba dispuesto a renunciar a todo para conseguir más.

Podía volverlos locos si quería.

Se olvidaban de todo, excepto de mí y de lo que yo les daba.

Era un extraño país al que me había llevado el destino. Las montañas eran altas y verdes, y las personas frías.

Pasé por delante de un café con terraza. Una pareja se levantaba en ese momento, y me acerqué a ellos sin precipitarme, pregunté si la mesa quedaba libre, el hombre asintió con la cabeza, y me senté.

El fuego se estaba apagando en el cielo.

Llamé al camarero.

Acudió.

–¿Tienen vino libanés? –pregunté.

–No, justo de ese no tenemos –dijo–. Tenemos vino australiano, chileno y californiano. Y francés, español e italiano, por supuesto. Y vino blanco alemán. ¿Tiene en mente alguna clase de uva en especial?

Hice un gesto con un brazo, medio abatida, medio indiferente.

–Tráigame una copa del vino tinto de la casa, por favor –dije–. Y

unas aceitunas, si tienen.

–¿Eso es todo? –preguntó.

–Sí, gracias –contesté.

El camarero se marchó. Todos los que paseaban alrededor del lago iban despacio. Me fijé en tres chicos jóvenes, seguramente estudiantes, uno iba empujando una bicicleta, los tres llevaban mochila. Bronceados tras el verano, cuerpos descuidados a los que no les importaba que los observaran. Me fijé en un padre y una madre que empujaban un carrito de niño vacío, la niña que iba delante de ellos apenas era capaz de andar.

Un aluvión de añoranza me subió por dentro.

¡Ojalá alguien me tocara!

Para eso bastaría con sentarme en el bar de un hotel ya tarde. Siempre habría alguien que no tendría problema en acercarse y ofrecerme una copa, y que al final me invitara a subir a su habitación. O con ir a Galeien después de que hubiesen cerrado los clubs nocturnos, solo habría que sentarse y esperar. Eran más jóvenes allí, pero también estaban más borrachos y sería bastante desagradable si yo no estaba también borracha.

El camarero llegó con el vino y las aceitunas. Di un sorbo, intentando volver a ese sitio en mis pensamientos en el que acababa de estar.

Entonces volví a notar el pinchazo en la cabeza. El hilo de metal se deslizó por el cerebro como un cortador de huevos. Cerré los ojos y en lo negro había montones de puntos luminosos.

Aaaa, dije entre dientes. Aaaa.

Y se me pasó.

No había en el mundo nada mejor que lo que sentía cuando el dolor desaparecía. Entonces todo era bueno.

En una ocasión duró hasta casi una hora. Por suerte, estaba en mi casa, porque incluso vomité. Pero por regla general solo duraba unos segundos.

Di otro sorbo de vino. Un sintecho venía caminando despacio, empujando un carrito de la compra lleno de bolsas y trapos. Dos esbeltas jóvenes pasaron por delante de él, una con un vestido blanco corto y la otra con uno azul de flores.

Líbano.

Sensual, fuerte y enigmático.

Todo el día de reuniones, ahora una merecida copa de vino.

Ojalá alguien me tocara.

¿Qué clase de hombre era? ¿Por qué lo hizo?

Soy el Señor, ja ja.

Pero no tenía pinta de loco.

Quién sabe lo que se cuece dentro de la gente.

Yo no, desde luego.

Ommundsen, por ejemplo.

Durante unos meses creí que le interesaba en serio. Ahora me daba vergüenza pensar en ello. Que sintiera algo por una gorda de dieciséis años. Pero en clase me miraba a menudo con esa cálida mirada suya. Y me ayudó un montón.

Recordaba muy bien la primera vez. Al acabar la clase, se acercó a mi pupitre, donde estaba recogiendo mis cosas.

–Hola, Iselin –dijo.

–Hola –contesté, sin mirarlo.

–Has faltado bastante a clase últimamente.

–Ya lo sé –dije–. Muchos días me encuentro mal. Lo siento.

–He pensado que a lo mejor tienes algún problema. ¿Es así?

–Qué va –dije–. Todo va bien.

Él sonrió.

–¿Por qué necesitas decir eso?

Me encogí de hombros.

–Porque es verdad, ¿no? –dije levantándome–. Pero voy a mejorar.

Me marché sin decir adiós, camino de la parada del autobús, al otro lado del colegio. Estaba enfadada y triste. ¿Qué tenía él que ver conmigo?

A la vez, me gustaba que se preocupara.

Nadie más lo hacía. Mi madre había retomado sus estudios en Oslo y solo venía a Bergen el fin de semana, mi padre se había ido de casa y tenía una nueva familia, y Jonas vivía ese año con la abuela.

Yo tenía dieciséis años, edad ya de arreglármelas por mi cuenta. No fue solo algo que dijo mi madre, yo también lo dije. Y en realidad estuvo bien alejarme un poco de ella.

Así que el problema no era que viviera sola durante la semana. El problema era que no tenía amigos en la nueva clase. La mayoría de las chicas venían del mismo colegio y ya se conocían. Yo quedaba al margen de sus pandillas, que ya estaban de alguna manera formadas de antes. Y no molaba nada salir con gente de tu clase. Todos tenían sus pandillas fuera.

Había otras dos chicas que también estaban excluidas, pero no parecía molestarles. Agnete, que se sentaba en la fila de la ventana y hacía punto con una leve sonrisa ante lo que tenía lugar en torno a ella, y Sara, que pertenecía a una especie de secta cristiana, siempre iba con vestido, y tenía el pelo largo y lo llevaba recogido en una trenza. Era muy guapa, pero demasiado diferente para que alguien se interesara por ella, y ella tampoco mostraba gran interés por los demás. Se esforzaba en las asignaturas y sacaba buenas notas, pero estaba desperdiciando su vida, de eso no cabía duda. Si yo hubiera sido tan guapa y esbelta me habría lanzado a la vida sin vacilar.

Los lunes antes de la primera clase eran los peores días, cuando todos preguntaban lo que habían hecho los demás durante el fin de semana. Fiestas por todas partes, reuniones para ver películas. A veces alguien me preguntaba a mí, sobre todo Jakob, que siempre daba importancia a que todo el mundo se sintiera incluido. Formaba parte del comité de estudiantes, votaba al Partido Rojo y deseaba hacer valer su idealismo donde pudiera. Despeinado y con granos, no exactamente guapo, pero lleno de energía, ruido y risa. Yo no tenía nada en su contra, todo lo contrario, de hecho, me gustaba bastante, pero no cuando quería incluirme en algo. Él no entendía que el efecto era el contrario. El que ese chico me preguntara algo era como recibir una marca en la frente.

–Y tú, ¿qué has hecho este fin de semana, Iselin? –preguntó desde su sitio en la primera fila.

Yo, sentada en la última fila, y consciente de que todos lo habían oído, me encogí de hombros y le eché una brevísima mirada, estaba ocupada en otra cosa.

–Nada especial –contesté.

Eso solo pude decirlo un par de veces, hasta que empezó a sonar raro, y entonces comencé a mentir, diciendo que había estado en una fiesta o en la Peppes Pizza con la pandilla, y si él quería saber más detalles de la fiesta, por ejemplo, dónde había sido, me limitaba a decir el nombre de alguien de mi antigua clase. De todos modos, nadie podía comprobarlo.

Mi padre solía decir que todos los problemas tenían solución. Si no tienen solución, no son problemas.

¿Cuál era mi problema?

Que no tuviera amigos en el instituto.

Que no me invitaran a las fiestas.

Había una sencilla manera de solucionar ambos. Podía invitar a las chicas a una fiesta en mi casa. No obstante, eso conllevaba cierto riesgo, porque ¿qué pasaría si rechazaban la invitación? No haría sino agrandar el problema.

Me hubiera gustado hablar de ello con mi padre, de esa manera medio en serio medio en broma en la que hablábamos a menudo antiguamente. Él decía que yo podía ir a vivir con ellos, pero yo no quería. Él había cambiado con su nueva mujer y su nuevo hijo. Antes solía venir a mi habitación a hablar conmigo, era una costumbre que teníamos desde hacía años, pero cuando se fue a vivir con ella, ya no tenía «tiempo» para eso. Ella decidía sobre él, y él hacía exactamente lo que ella quería que hiciera, y entonces yo sobraba.

Él seguía siendo igual de bueno, y yo sabía que me quería, pero cuando me invitaban a comer, me daba cuenta de cómo se cuidaba todo el rato de no centrarse demasiado en mí, sino igual o más bien

más en ella y en su hijo.

Una «fiesta de clase» era algo que se hacía en secundaria, ahora no podía escribir invitaciones y repartirlas. Tampoco podía preguntar sin más a algunas chicas si querían venir a mi casa el viernes. ¿Por qué iban a querer venir? No las conocía.

Pero si ya iba a hacer una fiesta y simplemente las invitaba como de pasada, no parecería extraño. Entonces tampoco importaría si rechazaban la invitación.

Así que eso hice.

Al principio, mi madre salía de Oslo el viernes por la tarde y llegaba muy avanzada la noche, pero luego optó por salir el sábado por la mañana, y eso estaba bien, porque así yo podía hacer la fiesta el viernes y tener tiempo de recoger antes de que ella llegara a casa el sábado por la tarde.

Yo vivía en un pueblo de esos donde los chicos se mueven en coche, con las novias de pasajeras en el asiento de atrás, y era tan pequeño que todo el mundo sabía quién era todo el mundo. Les dije a algunas chicas de mi antigua clase que iba a hacer una fiesta en mi casa y que podían invitar a quien quisieran, con tal de que no fueran muchísimos. Luego dije a las chicas de la nueva clase que iba a hacer una fiesta y que podían venir si querían.

El primer coche subía la cuesta de mi casa sobre las seis de la tarde. Eran Signe, su chico y tres amigos suyos. El chico se llamaba Arild, era bastante bajo, tenía un fino bigote y llevaba un llavero colgado del cinturón. Fardaba mucho y hacía como si conociera a todo el mundo y supiera de todo. Pero tenía dieciocho años y coche, por eso Signe salía con él. Yo no conocía a sus amigos, pero sabía que jugaban en el equipo de fútbol.

–Hola, Iselin –dijo Signe aduladora, y me abrazó.

–¡Qué bien que hayas venido! –dije yo, igual de aduladora.

Arild abrió el maletero y sacaron dos cajas de cerveza.

Me quedé pálida, pero ya no podía decir nada.

–¿Dónde las ponemos? –preguntó él.

–¿En la cocina quizá? –dije.

Subía otro coche, esta vez eran Ada, Maja y los chicos de ambas. Traían dos botellas de vodka y refresco de naranja. Y siguieron llegando coches. Sobre las ocho, el patio estaba lleno, había coches aparcados en el camino que llegaba a la casa y en la carretera. Habría unos cincuenta más o menos. Todos campaban a sus anchas. El equipo estereofónico del salón estaba a todo volumen, y algunos también tenían los equipos de los coches encendidos. Había gente por todas partes, en todas las habitaciones, y seguían llegando más coches. Yo no conocía ni a la mitad.

Al principio, intentaba estar pendiente de todo. Metí en los

armarios algunas cosas del salón que podían romperse y que no eran pocas, porque a mi madre le encantaban los adornos. Conseguí sacar a dos tipos que estaban sentados en el suelo de la habitación de Jonas fumando hierba, y cerré la puerta con llave. Intenté esconder las cosas personales de mi cuarto, pero no lo conseguí, había tres desconocidos sentados en mi cama bebiendo cuando entré, otro se mecía en mi silla, y otro estaba sentado en el escritorio. Me di por vencida y pensé: que sea lo que Dios quiera.

Era todo tan horrible que me olvidé por completo de las chicas de la nueva clase. Cuatro de ellas estaban de repente en el salón mirando a su alrededor. Eran Lea, Hanne, Selma y Astrid.

–¡Habéis venido! –exclamé, y me apresuré hacia ellas.

–¡Cuántos amigos tienes, Iselin! –dijo Selma.

Las otras tres se rieron entre dientes.

Parecían criaturas de otro mundo. Todo lo que llevaban encima era ligero, fino y perfecto. Hanne, un vestido de algodón blanco que le llegaba hasta las rodillas y una chaqueta vaquera azul claro; Astrid, unos pantalones también azul claro, una camiseta azul con flores blancas y una chaqueta fina blanca de punto; Lea, una amplia camisa negra de Led Zeppelin, una falda negra y una chaqueta de cuero chulísima.

–¿Habéis venido en autobús?

Lea asintió con la cabeza.

–¿Qué se supone que vamos a hacer realmente? –preguntó Selma–. ¿Qué se hace en las fiestas de por aquí?

–¿No basta con que nos emborrachemos y vayamos por ahí gritando? –dijo Astrid.

Se rieron. Yo también me reí un poco.

Selma me puso una mano en el hombro.

–Me alegro de verte, Iselin.

–Lo mismo digo –dije.

–Tenéis una casa muy bonita –dijo Lea.

–Gracias –dije yo.

–¿Nos das unas copas para el vino? –dijo Astrid.

–Claro que sí –contesté–. Esperad un momento, voy a por ellas.

–Y un abrebotellas, si tienes –dijo Selma detrás de mí.

«Si tienes», pensé. ¿Qué ha querido decir con eso? ¿Qué casa no tiene un abrebotellas? La cocina estaba hasta arriba de gente, y el aire cargado de humo. Un chico al que no había visto en mi vida se tambaleaba delante de la encimera mientras se preparaba una rebanada de pan con foie gras y fumaba al mismo tiempo, otro estaba sentado siguiendo el ritmo de la música con un cuchillo contra el borde de la mesa. No un cuchillo para untar mantequilla, sino un afilado cuchillo de cortar. Estaría dejando una marca por cada golpe

que daba. Le toqué el brazo con la mano.

–No hagas eso, por favor. Vas a dejas marcas en la mesa –dije.

Se me quedó mirando, aturdido, mientras seguía golpeando la mesa con el cuchillo.

A su lado había dos chicos, cada uno con una chica sobre las rodillas. Tampoco había visto nunca a ninguno de ellos.

–¡Has oído, Tarjei! ¡Estás dejando marcas en la mesa! –dijo uno de los chicos.

Se rieron, pero, por suerte, el chico dejó el cuchillo, se levantó y se marchó. Cogí el cuchillo y lo metí en el cajón. Luego bajé cuatro copas de vino del armario y volví con las chicas. Era como si se encontraran dentro de una pequeña burbuja que las separaba de todo lo que las rodeaba.

–¿A qué hora salen los autobuses para la ciudad? –preguntó Astrid.

–Pero si acabáis de llegar –dije. Me arrepentí enseguida, parecía que les estaba rogando que se quedaran.

–No, no, solo estaba pensando que no salen muchos –dijo.

Selma enroscó el abridor alrededor del cuello de la botella que había sacado de su pequeña mochila y la abrió con un plop. Las otras tres le acercaron las copas para que les sirviera.

–¿Tú quieres, Iselin? –preguntó Selma.

–No, gracias –contesté, aunque sí que me apetecía.

Estuvieron un rato dando pequeños sorbos de sus copas calladas y muy juntas para que no les dieran demasiados empujones. Había organizado la fiesta por ellas, pero en ese momento deseaba que no hubieran venido. Estaban muy incómodas, y no había nada que yo pudiera hacer. No iba a enseñarles mi habitación, ¿no?

Signe se acercó tambaleándose.

–¡Qué fiesta tan increíble! –gritó.

Las cuatro fantásticas se miraron y sonrieron levemente.

–¿Quiénes son estas? –preguntó Signe, colgándoseme del cuello.

–Son de mi clase –contesté.

–Iselin es muy sabia –les gritó.

Luego se rió, muy teatral, y se alejó dando tumbos.

–Iba a mi clase de antes –dije–. Era una clase de paletos.

–Ya lo veo –dijo Astrid–. Esto es una especie de fiesta de paletos, ¿no?

Me di la vuelta para buscarles un sitio donde sentarse, pero había gente por todas partes.

–Muy chula tu chaqueta de cuero –le dije a Lea.

–Gracias –dijo, mirando la chaqueta.

–¿De dónde es? –pregunté.

–La compré en Londres –contestó.

–Ah, ya –dije–. ¿De qué marca es?

–APC –contestó–. Es una marca francesa.

–Lo sé –dije.

–¿Quieres probártela?

–Creo que me vendrá pequeña –dije.

Lea se puso rojísima.

–Ah, no había caído –se disculpó–. Perdóname.

Nos quedamos calladas. Ellas empezaron a mirar inquietas a su alrededor. Chicos borrachos fanfarroneando, chicas chillando, gritos y risas. Nadie bailando, nadie simplemente sentado charlando.

–Salen autobuses cada hora y diez minutos hasta las doce –dije.

–Entonces llegamos al de las diez y diez –dijo Astrid–. Pero en ese caso tenemos que irnos ya.

–Se tarda casi una hora hasta la ciudad –dijo Selma–. Llegaremos a las once. Yo estoy bastante cansada.

–Yo también –dijo Hanne.

–Me ha hecho mucha ilusión veros aquí –dije–. Gracias por venir. Esto está lejos de la ciudad.

–Gracias a ti –dijo Selma.

–Lo mismo digo –dijo Astrid.

Selma tapó la botella con el corcho y se la metió en la mochila.

–¿Dejamos las copas en la cocina? –preguntó.

–Dejadlas en el alféizar si queréis –dije–. ¡Y buen viaje a casa!

–Hasta el lunes, Iselin –dijo Hanne.

Me abrazaron una tras otra, y se marcharon. Yo entré en el cuarto de baño a hacer pis y reponerme. Alguien había vaciado los cajones y el armario de debajo del lavabo y había esparcido todo por el suelo. Compresas y tampones, viejos frascos antipolillas, los anticonceptivos de mi madre, montones de blísteres de paracetamol, cuchillas de afeitar, desodorantes. Era horrible, pero lo peor era que la caja de antidepresivos de mi madre, que ya no usaba, estaba vacía.

Me bajé los pantalones y me senté en el váter. Seguí sentada, tapándome la cara con las manos, mucho rato después de acabar.

Lo había echado todo a perder. No tenía ya ningún futuro en el instituto.

Y mi madre se enfadaría mucho. Muchísimo.

Alguien empezó a dar golpes en la puerta con las manos y los pies.

–¡Acaba ya de una puta vez ahí dentro!

Me limpié, me subí los pantalones y tiré de la cadena.

–¡Ya era hora! –farfulló Arvid al verme salir–. Tengo que mear.

Ada y Maja estaban sentadas en el suelo en la entrada. Ada lloraba y Maja le acariciaba la espalda. Alzó los ojos al cielo al verme. Cuando mi padre vivía aquí, arregló un pequeño apartamento debajo del granero, con un cuarto de estar, un dormitorio y un cuarto de baño. Fui allí a descansar un poco. También el patio estaba lleno de gente.

Un tipo se había subido al techo de un coche y no paraba de dar saltos y berrear. Otro estaba meando contra la pared. Varias parejas se metían mano con mucha pasión. Nadie reparó en mí. Saqué la llave de debajo de la losa y abrí.

Sabía que no había ninguna manera de conseguir que se fueran. No podía hacer otra cosa que esperar a que se largaran por voluntad propia.

Cerré la puerta con llave desde dentro para que nadie pudiera entrar. Me acerqué a la colección de discos de mi padre y estuve buscando un rato hasta encontrar algo que me apeteciera escuchar. Happy Mondays, Black Grapes y Stone Roses eran sus bandas favoritas cuando era joven. Puse Pills 'n' Thrills and Bellyaches.

Me imaginé que estaba en mi piso y que el vecino había montado una fiesta que me había despertado. Yo tenía veinticuatro años y mi novio estaba durmiendo en nuestra cama en el dormitorio. Dormía siempre como un tronco. Encogí las piernas en el sofá y pasé la mano por el reposabrazos. Pero no había nada que pudiera alejar de mí esa cosa horrible que había puesto en marcha.

Qué idiota había sido.

¿Debería enviarle un SMS a mi madre para prepararla?

Mamá, he organizado una fiesta porque estaba sola en casa y por desgracia está fuera de control. ¡Please, no te enfades!

Le daría un ataque de cólera.

Y a mi padre no podía llamarlo a esas horas, se habría acostado hacía mucho, con ese bebé que se despertaba a las cinco.

Puse a Aretha Franklin, pero solo unos minutos, después apagué el equipo y salí. Crucé el patio y entré en casa. Un tipo que se parecía a Martin dormía apoyado en la pared. Se había tapado con el abrigo azul claro de mi madre.

Me incliné y lo zarandeé.

–¡No puedes dormir aquí, joder! –grité.

Él abrió los ojos, aturdido.

–¡Levántate!

Luego fui a la cocina y encendí la lámpara del techo.

–¡Todos fuera! –grité–. ¡Fuera!

Fui al salón y apagué la música.

–¡Oye, no jodas! –gritó alguien.

–¡Todos fuera! –grité–. ¡Fuera de una puta vez! ¡Fuera! ¡He dicho que fuera!

También allí encendí la luz del techo.

Hice lo mismo en las habitaciones del piso de arriba. Encendí las luces y grité que se fueran ya de una puta vez a sus casas.

Surtió efecto, quizá sobre todo por las luces, pensé luego, antes de dormirme. La borrachera los transformaba en criaturas nocturnas que

no toleraban la luz, entonces huían.

Media hora después, la casa estaba vacía. Algunas chicas de la antigua clase me ayudaron a echar a los remolones.

Pero, por Dios, qué pinta tenía todo. Botellas y vasos por todas partes, también en el dormitorio de mi madre, cosas tiradas como si hubiera pasado por allí un animal enloquecido, cortes en la mesa de la cocina, claro, pero lo peor era que alguien había hecho un agujero en la puerta del cuarto de baño y que se habían meado en el sofá. Primero pensé que era cerveza, pero olía a pis, así que sería eso. También el patio tenía una pinta horrible, botellas por todas partes, como dentro de la casa, y el césped aplastado en algunos sitios.

Aunque estuviera recogiendo y fregando hasta Navidad, ella lo notaría.

A mi madre le encantaba su casa. Dedicaba más tiempo a adornarla y decorarla del que me dedicaba a mí.

No podía dormir en ese caos de habitación, así que me puse a ordenarla, incluso fregué el suelo antes de acostarme. Lo mismo tendría que hacer en toda la casa, habitación por habitación, limpiarlas y dejarlas perfectas, así que tal vez saliera bien a pesar de todo. Lo malo eran las marcas de cuchillo de la mesa y el agujero de la puerta. Y también las huellas de ruedas en el césped.

Lo último que pensé antes de dormirme fue que podría decir que me lo había encontrado así al llegar a casa, y que no tenía ni idea de lo que había pasado. ¿Una especie de allanamiento de morada, tal vez?

Me levanté pronto para acabarlo todo antes de que llegara mi madre. El aspecto de la casa era aún peor a la luz del día, no solo porque el desorden era mucho más obvio, sino también porque la conexión con la noche se había roto. Lo que antes había parecido lógico, que un montón de gente hubiera acudido a mi fiesta y hecho lo que hizo, parecía ahora completamente absurdo. ¿Por qué estaba todo lo del armario del baño esparcido por el suelo? ¿Por qué la bañera estaba llena de botellas vacías de cerveza? Las colillas en las macetas, en los alféizares y en el suelo, vasos y copas por todas partes, manchas de tierra en las alfombras, un condón usado en la cama de mi madre, todo parecía completamente absurdo. La tripa me dolía todo el rato mientras recogía y limpiaba. Si al menos la fiesta hubiera dado algún resultado, pensé, pero no fue así. Ocurrió justo lo contrario, ahora jamás me haría amiga suya. Además, lo que había hecho resultaba muy obvio. Esa Iselin hace lo que sea para conseguir amigos, dirían. Pobre chica.

Me eché al hombro una bolsa negra llena de basura y fui a tirarla al contenedor de la carretera, viéndome desde fuera a mí misma y lo

que había hecho ardía de vergüenza. Los colores del otoño me rodeaban, la hierba del prado estaba empapada, y el río, lleno de agua que flotaba sobre las partes más bajas de los campos. Me llené de una intensa añoranza de la infancia. De cuando mi padre vivía aquí, y yo era una niña normal y corriente que hacía ballet, le gustaban los caballos y los perros, dibujar y pintar, e ir al colegio.

Las botellas de la bolsa de basura tintinearon y chirriaron cuando la lancé al contenedor. Otras dos bolsas me esperaban delante de la puerta. Cuando las tiré, ya no quedaba más por hacer.

Me senté en la mesa del salón y me puse a hacer los deberes. Una presentación en inglés de las hermanas Brontë para el miércoles, y una redacción sobre la Guerra Fría que tenía que entregar el viernes. Desde el salón podía seguir con la mirada los pocos coches que pasaban por la carretera, así que mi madre no aparecería por sorpresa.

Llegó sobre la una. Recogí a toda prisa mis cosas y subí a mi cuarto. Oí el coche aparcar fuera, y luego la puerta que se abría.

–¿Iselin? –me llamó–. ¿De qué son todas esas marcas en el césped?

Here we go, me dije con un suspiro.

–Vino gente que no estaba invitada –grité al salir del cuarto.

–¿Qué quieres decir? –dijo ella desde abajo, mirándome bajar la escalera.

–Invité a algunos amigos de mi clase –dije–. Y luego vino un montón de gente desconocida en coche.

Mi madre se había hecho un corte de pelo bob. El bolso al hombro, los ojos azules que me miraban fijamente.

–¿Has hecho una fiesta?

Asentí con la cabeza.

–Pero, Iselin, cómo puedes ser tan tonta. Yo confiaba en ti.

–Lo sé –dije–. Lo siento.

–¿Tan mal ha quedado? –preguntó.

–Estaba muy mal –contesté–. Pero he recogido, ordenado y limpiado todo, y ha quedado bien.

Sin soltar el bolso ni el llavero, empezó a recorrer la casa. Iba emitiendo profundos suspiros y pequeños gemidos de desesperación. «Dios mío», la oía decir. «Oh, no...»

Mi madre siempre veía todo, nunca podía ocultarle nada. Si algo se había roto o manchado, era lo primero en lo que reparaba cuando entraba en una habitación.

Subió la escalera sin mirarme.

–¡Iselin! –gritó un instante después–. ¡Ven aquí ahora mismo!

Me imaginé que había visto la puerta del cuarto del baño, y subí despacio.

Así era.

Cuando llegué, no dijo nada, solo señaló la puerta.

–No quiero verte más por hoy –dijo–. Puedes irte a tu cuarto.

–¿Qué? –dije.

–Ya me has oído. No quiero verte ni oír tus disculpas.

–Pero, mamá, tengo dieciséis años.

–Esa no es forma de comportarte. Vete.

La odio, pensé cuando me metí en mi habitación y la oía hablar por teléfono con alguien, contando lo que había ocurrido.

Me senté en la cama.

Si eso es lo que quiere, pensé, me levanté, metí ropa en una bolsa, las cosas del instituto en la mochila, salí y bajé a la carretera.

Mi madre tuvo que oír que la puerta se cerraba, porque salió y me llamó.

–¡Iselin! ¿Adónde vas? ¡Vuelve ahora mismo!

Si quería que volviera podía correr detrás de mí o seguirme en el coche. Pero eso ella jamás lo haría. Se alegraría de que me marchara.

En la parada del autobús, llamé a mi padre.

–¡Hola, Iselin! ¡Cuánto me alegro de que llames!

–¿Puedo dormir en vuestra casa esta noche? –pregunté.

Se hizo el silencio durante unos segundos.

–Ya hemos hablado de eso –dijo–. Puedes venir cuando quieras, pero tienes que avisarnos antes. No siempre viene bien, ¿sabes? No puedes presentarte sin avisar.

–Voy de camino –dije–. Estoy en el autobús.

Mi padre suspiró.

–Por esta vez, vale. Solo voy a decírselo a Ulrika.

–Si no quieres que vaya, no voy –dije.

–¡Claro que quiero! –exclamó–. Te vuelvo a llamar.

Vivían en una urbanización al otro lado de la ciudad, así que tenía que cambiar de autobús en el centro. Como no había desayunado, me compré una bolsa de patatas y una Coca-Cola en el quiosco Narvesen. No me gustaba la idea de comer en el autobús, y que la gente me viera, ellos no sabían que no había desayunado, y pensarían que me pasaba el día comiendo patatas y chuches. Pero aparte de una señora mayor y una madre con dos niños, el autobús estaba vacío, así que no había problema.

Mi padre no me llamó, optó por enviarme un SMS.

¡Vente!, decía.

Entonces ella estaría de buen humor, pensé.

Estaban en la terraza cuando llegué. Mi padre se levantó y se asomó por la barandilla.

–La puerta está abierta –dijo–. Deja tus cosas en la habitación. Luego ven a saludar a Emil.

Hice lo que me dijo, dejé la bolsa y la mochila en la habitación de invitados, que estaba llena de cosas que no usaban a diario, subí la

ancha escalera y salí a la terraza, al final del salón.

–¡Hola, Iselin, qué alegría verte! –dijo Ulrika en sueco, y se quitó las gafas de sol–. ¿Cómo estás?

–Bien –dije–. ¿Y tú qué tal?

–Estupendamente –contestó.

–Aquí está tu hermano –dijo mi padre, cogiendo a Emil. El niño pataleó un poco, intentando apartar el brazo de su papá.

–Hola, bonito –dije.

El niño me miró y sonrió.

–¡Le gustas! –exclamó Ulrika, que había vuelto a ponerse las gafas de sol.

–¡Claro que le gusta su hermana mayor! –dijo mi padre–. ¿Quieres cogerlo?

Me encogí de hombros.

–Vale –dije.

–Puedes sentarte en la silla y ponértelo sobre las rodillas –dijo Ulrika.

Me sentía sudada y sucia, en realidad no me apetecía coger al niño, pero mi padre me lo dio, así que me lo senté en el regazo y le puse un brazo alrededor para que no se cayera. Echó la cabeza hacia atrás y me miró de arriba abajo.

–Gué –balbuceó, agitando un brazo.

–Igual puedes darle un trozo de manzana –dijo mi padre, y cogió un recipiente de plástico que había en la mesa.

–Acaba de comerse uno –dijo Ulrika.

–Pero no se lo ha dado Iselin –objetó mi padre. Dejó el recipiente, cogió unas gafas de sol que había también en la mesa y se las puso.

–Bueno, que coma otro entonces –dijo Ulrika.

Mi padre se inclinó hacia delante y me dio un trozo de manzana. Se lo acerqué al niño a la cara. Emil lo cogió y lo tiró al suelo. Ulrika suspiró y lo recogió antes de que a mi padre le diera tiempo.

–¿Qué tal te va en el instituto? –me preguntó cuando se sentó de nuevo.

–Bien –contesté.

Emil se inclinó hacia delante, quería bajarse.

–Ya lo cojo yo –dijo mi padre. Y lo dejó en el suelo–. Es hiperactivo –añadió–. Siempre tiene que estar haciendo algo.

Me miró con una sonrisa.

–Tú también eras así cuando tenías su edad.

Le devolví la sonrisa. Tenía sed, pero no quería pedir algo de beber.

–¿Cuál es tu asignatura preferida? –preguntó Ulrika–. Déjame adivinar. ¿Noruego?

–Quizá –contesté–. No lo sé.

Me aparté el pelo de la cara y miré hacia el otro lado de la calle, a la casa del vecino. Con el rabillo del ojo vi a Ulrika y a mi padre intercambiar una mirada.

–¿Puedo darme una ducha? –pregunté.

–Claro que sí –contestó mi padre–. Hay toallas limpias en el armario.

Después de ducharme, procuré dejar limpio el baño, colgué decorosamente la toalla en el toallero de la pared, fui a la habitación y me tumbé en la cama. Debería decirles que me quedaría allí, porque cuando estaba con ellos, siempre querían saber lo que hacía y dónde me encontraba, tal vez porque no vivía allí, pero en ese momento no tenía fuerzas para hacerlo. Tampoco en la casa había tantos sitios donde pudiera estar.

Estaba viendo un capítulo de Modern Family en el móvil cuando mi padre apareció en la puerta. Me quité los auriculares y me incorporé en la cama.

–¿Qué estás viendo? –preguntó.

–Una serie –contesté.

Entró en la habitación y se sentó en la cama.

–¿Dónde está Ulrika? –pregunté.

–Acostando a Emil –respondió–. Dime, ¿cómo te va realmente? Y no me digas solo que «bien».

–¿Por qué lo preguntas? –quise saber.

Se encogió de hombros. No se parecía en nada a mí, tenía la cara larga y estrecha, no redonda como la mía, y los labios anchos y carnosos, no finos como los míos.

–Eres mi hija –contestó–. No vives conmigo y tengo la sensación de estar cada vez menos al tanto de cómo te va.

Me revolvió el pelo.

–Supongo que bien –dije.

–¿Sí? ¿Has hecho amigos en el instituto?

Asentí con la cabeza.

–¿Quiénes?

–Para qué quieres que te lo diga, no los conoces –dije.

–Nombres, por favor –dijo, sonriendo.

–Astrid, Ada, Selma y Hanne –dije–. Son de mi clase.

–¿Y qué hacen?

–De todo –respondí–. Cosas muy normales.

–¿Estuvieron ayer en la fiesta?

Lo dijo con su tranquilidad característica, sin mirarme.

Me puse pálida.

–Sí, estuvieron –contesté, volví a ponerme los auriculares y le di al play.

–¿Podemos hablar de ello? –preguntó, y aunque tenía la mirada

clavada en la pantalla, vi que me miraba.

Negué con la cabeza.

–Me parece estupendo que hagas fiestas –dijo–. Pero tienes que pedir permiso antes. Eso puedes entenderlo, ¿no? Sobre todo, viviendo allí sola durante la semana.

–Papá, no soy tonta –dije.

–Ya lo sé –dijo levantándose–. Comeremos dentro de una hora, ¿vale?

Asentí, y él volvió con ella.

Cuando llegué al instituto el lunes, todo el mundo sabía lo de la fiesta. Algunos me miraron cuando entré en la clase. Hice como si nada. No podía cambiar su actitud hacia mí. No significaban nada, lo había decidido. Surtió efecto. Si ellos no me importaban, no me afectaba nada lo que hicieran. Lo mismo pasaba con el instituto. No tenía por qué coger el autobús e ir al instituto todos los días, en realidad, podía quedarme de vez en cuando en la cama sin dar golpe, hacerme algo rico de comer, meterme en mi habitación, cantar y grabarlo. De hecho, eso era más importante que las mates y la geografía. Cantaba sobre todo canciones conocidas, pero también componía algunas.

Eso nadie lo sabía.

A veces me iba a la ciudad a media mañana y algunos días me quedaba allí, escuchando música o viendo películas en algún café.

Fue a los dos meses de estar haciendo eso cuando Ommundsen se me acercó y me preguntó si tenía problemas. Pero yo no tenía problemas, la verdad era que me encontraba mejor que en mucho tiempo, ya que no tenía que preocuparme por lo que pensaran y creyeran los demás.

Teníamos a Ommundsen en noruego, ciencias sociales e historia. Y yo también lo tenía en música, que era una asignatura optativa. En una clase de música nos contó poco tiempo después que en el instituto se iba a representar Cats, y que sería una colaboración entre la clase de música y la de teatro. Quería que todos, uno por uno, cantáramos en la clase para tener cierta idea cuando hubiera que repartir los papeles, y para que nos acostumbráramos a cantar en solitario delante de la gente.

–¿Iselin? –dijo cuando me tocaba a mí.

–No quiero –objeté.

–¡Tienes una voz preciosa, lo sé! –dijo él, sentado al piano y mirando sonriente a la pequeña clase.

–No quiero cantar ahora y no quiero participar en ningún musical.

–Pero, mujer –dijo–. ¡Son tus compañeros de clase!

–¡Estoy diciendo que no quiero! –insistí.

De repente, me resultaba insoportable estar allí sentada mirando al suelo con lágrimas en los ojos, y todos observándome. Primero fui a la biblioteca, pero tampoco soportaba estar allí, así que salí del edificio y del recinto escolar, y me fui al centro. Era noviembre, hacía frío y estaba nublado, y había nieve sucia en las cunetas. Me arrepentí muchísimo de haber elegido música, porque comprendí entonces que esas dos cosas, la música y el instituto, no debían juntarse. Quizá también lo comprendió Ommundsen. Al menos me envió un correo en el recreo pidiendo perdón. Sugería que cantara en solitario ante él. Desde la pastelería donde estaba le respondí que tampoco quería hacer eso. Él contestó enseguida diciendo que respetaba mi elección, pero que tenía que volver para la siguiente clase. Lo hice, aunque ya me había convertido en una paria después de haberme marchado de la clase.

–¿Puedo hablar un momento contigo, Iselin? –preguntó Ommundsen cuando había sonado el timbre y estábamos recogiendo.

Asentí con la cabeza.

–Lamento haberte presionado –dijo–. No debería haberlo hecho.

–No importa –dije sin mirarlo.

–Pero sabes que tengo que poner notas. Y uno de los requisitos es que tenéis que cantar en solitario. O grabar algo y mandármelo, y eso podríamos hacerlo aquí ahora. Así ya lo tendrías hecho.

–¿Ahora? –dije.

Asintió con la cabeza y sonrió.

–Está bien –dije.

Y allí estaba yo, con él al piano, en la sala de música vacía.

–¿Qué quieres cantar? –preguntó.

–¿Te sabes «Paradise»? –dije.

–¿Coldplay? Creo que podré –contestó, y descargó las notas de su teléfono–. Es una canción maravillosa. ¿Te gusta?

–Mm –dije.

–¿Preparada?

Tocó una pequeña introducción y me hizo una seña con la cabeza cuando debía empezar a cantar.

When she was just a girl she expected the world
But it flew away from her reach and the bullets catch in
her teeth
Life goes on, it gets so heavy
The wheel breaks the butterfly every tear a waterfall
In the night the stormy night she'll close her eyes
In the night the stormy night away she'd fly

And dream of para-para-paradise

Para-para-paradise
La-la-la-la-la-la-la
La-la-la-la-la-la-la-la-la-la

Cuando acabé, y sonó la última nota, descubrí que el hombre tenía lágrimas en los ojos. Me volví y me acerqué a mi pupitre a coger la bolsa.

–Iselin –dijo mientras se levantaba.

–¿Sí? –contesté.

–Ha sido maravilloso. Cantas increíblemente bien. Tienes una voz fantástica. ¡No debes esconderte!

Esas fueron exactamente sus palabras. Me puse muy contenta.

En esa ocasión me hacían falta. Pero ahora, cinco años después, no significaban nada, solo servían para recordarme que había fracasado en todas las esperanzas que tenía entonces. Y eso Ommundsen no tenía que saberlo bajo ningún concepto.

Levanté la vista y miré las montañas. La luz del sol había desaparecido, y el color del cielo había empezado a oscurecer. Di un trago de vino y miré el móvil por si Jonas me había enviado un mensaje sin que me hubiera enterado, pero no había ninguno. Cuando volví a levantar la vista, me encontré con la de una de las mujeres que estaban sentadas en una mesa cercana. Se apresuró a mirar al suelo, como si la hubiera pillado con las manos en la masa.

¿Por qué me estaba mirando?

Me subió por dentro la sensación de ser una especie de bicho raro.

Fue como si el cuerpo me empezara a arder.

¿Me observaba alguien más?

Dejé la mirada deslizarse a mi alrededor, como si buscara a alguien conocido o algo especial.

Todo el mundo estaba a lo suyo.

¿Tal vez fuera Nuestra Señora la que me había mirado tan intensamente, ya que Nuestro Señor estaba en el Burger King?

Me imaginé una especie de niebla entre grisácea y amarilla. Era algo que hacía desde que era pequeña cuando pensaba en Dios. Ocurría automáticamente. Ya de adolescente entendí por fin que la idea me venía por la rima entre las palabras «amarilla» y «capilla». Pero, aunque lo sabía, seguía viendo la niebla amarilla.

Por aquel entonces no rezaba nunca a Dios, solo a Jesús. No se podía rezar a la niebla.

Me acordé de que el día de mi confirmación, el ayudante ceceaba.

Jezucriztu, decía.

Todos lo imitaban y se reían de él. A mí me daba pena.

Los niños podían ser tan crueles...

Volví a mirar el móvil. Nada.

No tenía por qué depender de Jonas y sus amigos. No tenía por qué sentarme en un bar y esperar hasta que me entrara un tío asqueroso y poco exigente.

Podía estar a solas conmigo. Ir a casa atravesando la ciudad, darme una ducha, meterme en la cama, ver una película, y luego tratarme bien.

Algo se movió en el suelo a mi izquierda, miré hacia allí.

Tres ratas corrían por la caja de las plantas, luego aparecieron otras tres.

El miedo me recorrió el cuerpo hasta las yemas de los dedos.

Pero no eran peligrosas.

Seguro que hacía demasiado calor para ellas. Por eso salían de sus madrigueras.

Al parecer, nadie más que yo las había visto, al menos no oí a mi alrededor ninguna voz repentina ni ningún pequeño grito.

Me bebí el resto del vino y dejé la copa en la mesa.

Entonces había treinta y seis ratas más en las inmediaciones.

De las axilas me escurrían gotas de sudor, acerqué la mano a la camisa y las presioné contra la piel. Luego incliné la cabeza como de casualidad hacia el hombro para olerme.

El olor a sudor se había mezclado con el desodorante y el perfume, y estaba acosando bajo la fragancia de flores.

Yo quería un hombre dentro de mí. Quería estar tumbada boca arriba con las piernas muy separadas y tenerlo encima de mí, dentro de mí. Quería follar con él, salvaje y prolongadamente.

Tu coño es tan maravilloso, tan increíblemente maravilloso, diría, y después gemiría, no, gritaría, al correrse.

Luego apoyaría la cabeza en mi pecho, con los ojos cerrados, para descansar y recobrar el aliento, después me besaría y me estrecharía contra él diciendo que era preciosa.

Miré con cuidado a mi alrededor.

Nadie me miraba.

Aunque sí, mi mirada se cruzó con la del camarero.

Vino a mi mesa.

–¿Otra copa? –preguntó.

Apreté los brazos contra el cuerpo para oler lo menos posible.

–No, gracias –contesté–. ¿Me traes la cuenta, por favor?

–Claro –dijo, y fue a buscarla.

Ninguno de los que estaban allí tenía ni idea de lo que yo estaba pensando.

Quizá alguno estuviera pensando en lo mismo.

Ese hombre bajito de pelo rizado y bigote, por ejemplo. Quizá se estuviera imaginando follándose a alguna de las mujeres de la mesa justo en ese momento.

O a mí.

De repente sonó sobre mi cabeza un tintineo como de cristal. Levanté la vista. Salían llamas por una ventana de la última planta. En solo unos segundos se hicieron enormes. Se oían chisporroteos y crujidos.

Nadie se había dado cuenta.

El fuego prendió el tejado y subía bamboleándose hacia el oscuro cielo, con llamas cada vez más largas. Sonó un débil estruendo. Pronto ardería todo el tejado.

Todos seguían sentados sin inmutarse.

–¡Hay fuego! –grité.

Todos me miraron. Me levanté y señalé.

–¡Allí arriba! ¡Está ardiendo!

Miraron hacia arriba, pero siguieron sentados.

¿Qué estaba ocurriendo? ¡Estaba ardiendo!

–¡Está ardiendo! –grité–. ¡Alguien tiene que llamar a los bomberos!

El camarero vino casi corriendo hacia mí.

–Oye, vamos a tranquilizarnos un poco –dijo.

–¿Tranquilizarnos? ¿A ti qué te pasa? –dije–. ¡Hay fuego!

–Aquí no hay ningún fuego –dijo él.

–¡Allí arriba! –grité, señalando el tejado del edificio.

Pero no había ningún incendio.

Todo estaba como de costumbre.

La ventana entera, la pared entera.

Ningún fuego.

Él me miró.

–Pero... –dije–. ¡Estaba ardiendo!

–No, no es así –dijo.

–¡Pero yo lo vi! –objeté.

Me puso una mano en el hombro.

–No ha habido ningún incendio, entiendes. ¿Estás bien? ¿Has tomado algo? ¿Quieres que llame a alguien?

Le aparté la mano y negué con la cabeza.

Todo el mundo me miraba.

¿Qué había pasado?

¿Qué había hecho?

Saqué del bolsillo del pantalón un billete de cien que dejé en la mesa, luego me colgué la mochila y me fui de allí con la vergüenza ardiendo en las mejillas.

Qué horriblemente embarazoso.

¡Pero lo había visto!

Me paré al final del lago para secarme las lágrimas con el pulgar. Seguro que el maquillaje se había corrido. Pero aquel era el menor de mis problemas en aquel momento.

Era como si ellos estuvieran en otro mundo. Como si yo no estuviera en el mismo mundo que ellos, sino en otro.

A la vez que estaban allí mirándome.

Crucé por delante de la estación de autobuses y me metí por la calle Lyder Sagen. Incluso allí había mucha gente.

Era como si yo no perteneciera allí.

Casi como si yo estuviera muerta y ellos vivos. O ellos muertos y yo viva.

Qué vergüenza. Ay, qué vergüenza.

Había gritado y chillado delante de ellos. Y no pasaba nada.

Pero ¿entonces qué fue?

Lo había visto.

Giré a la izquierda en la calle Nygård y seguí por ella, como hacía siempre. El aire era cálido, igual que a mediodía. Tenía la camiseta húmeda, directamente mojada por debajo de los brazos. Las ventanas de todos los edificios estaban abiertas, y en muchas se oía música, en otras también voces de gente de fiesta. La oscuridad iba creciendo en las calles que me rodeaban.

Había sido una alucinación.

Pero no había tomado nada.

Y no estaba loca.

Tenía que hablar de eso con alguien, si no, sí que me volvería loca, no me cabía la menor duda.

Mañana podría llamar a Jonas.

Pasarme por su casa, tal vez.

Siempre era bueno estar con él el día después.

La gasolinera aún estaba abierta. Entré y pedí un perrito caliente y una Coca-Cola, y me lo comí sin esconderme en la puerta, mientras luchaba contra la idea de largarme. Entró una pareja de mi edad, iban cogidos de la mano, pero solo de las últimas articulaciones de los dedos, como si solo estuvieran ligeramente unidos. Y tal vez fuera así, pensé. Ella llevaba unas mallas de flores, una camiseta blanca y sandalias, él tenía el pelo largo, llevaba unos pantalones cortos color caqui y un par de Converse desgastadas que en su día serían amarillas.

¿Qué había pasado?

Me limpié la boca con la servilleta y me chupé el kétchup y la mostaza de los dedos antes de limpiármelos. Tiré la servilleta al cubo de basura que había junto a los surtidores, di un buen trago de Coca-Cola y seguí andando con la botella en la mano.

Pero la idea de mi pequeña buhardilla sofocante me resultaba muy desagradable.

Quizá Ommundsen seguía en el Ópera.

Me haría bien hablar con él.

No para decirle la verdad, porque eso no era asunto suyo.

Podríamos hablar de él para variar.

Yo podría interrogarlo a él.

Di media vuelta y me dirigí hacia el centro. Aunque él no estuviera, me sentaría bien caminar un poco.

Pronto me encontré rodeada de gente por todas partes. La red de pensamientos volvió a cerrarse. ¿Cómo podía olvidarlo tan pronto?

Apestaba a sudor y me sentía sucia.

Pero ya estaba en el río Vasker, y sería demasiado estúpido dar la vuelta otra vez.

Me coloqué los auriculares, aunque solo me quedaban unos minutos y puse «Blue Lights», de Jorja Smith. Todo lo que me rodeaba cambió. De repente todos se convirtieron en personajes secundarios de mi vida.

Una chica tenía la cabeza apoyada en la pared de un edificio de un callejón por donde pasé. Otras tres chicas la esperaban unos metros más allá, con tacones altos y faldas cortas, sin mirarla.

Nunca había estado en el Ópera, solo había pasado por delante. No había cola, supuse que en una noche como esa la gente no quería estar dentro, en la puerta me quité los auriculares y enrollé el cable alrededor para armarme de valor.

Quizá me pasaba algo grave. Yo había visto el incendio. No fue producto de mi imaginación ni un sueño. Pero ¿qué significaba? ¿Quién alucina despierto sin estar ni drogado ni borracho?

Entré. Ommundsen no estaba en la planta baja, y subí a la de arriba.

Lo vi enseguida. Estaba sentado en un sillón debajo de una ventana junto a una mujer. Estaban muy juntos y con las manos cogidas.

Era Emilie, mi profesora de inglés.

Pero ella estaba casada y tenía hijos. Y él estaba casado y tenía hijos.

¿Estaban engañando a sus respectivas parejas?

En ese momento Ommundsen se percató de mi presencia y se levantó.

–¡Iselin! –dijo en alto–. Has venido a pesar de todo. ¡Qué bien!

Me acerqué a ellos, no podía hacer otra cosa.

–Bueno, vosotras ya os conocéis –dijo.

–Claro que sí –dijo Emilie–. ¡Me alegro de verte, Iselin!

–Lo mismo digo –dije yo.

–¿Puedo invitarte a una copa? –me preguntó Ommundsen–. Ya no eres nuestra alumna. ¡Y además, tienes más de veinte años!

–Gracias –dije.

–¿Qué quieres?

–Solo una Coca-Cola Light –contesté.

–De acuerdo –dijo él, y miró a Emilie–. ¿Pedimos otra botella?

–¡Sí! –contestó ella, y se rieron los dos.

La cara de Ommundsen, bronceada y recién afeitada, irradiaba felicidad cuando se acercó a la barra.

También irradiaba felicidad la cara de ella, pero de un modo más suave.

–Martin me ha contado que tienes un gran talento –dijo sonriendo y mirándome con calidez.

–Por desgracia no tengo ningún talento –objeté.

–¡Según Martin, sí! ¿Sigues cantando?

Negué con la cabeza.

–Eras su alumna favorita.

Volví a negar con la cabeza.

Ella asintió con la cabeza varias veces, como si yo acabara de decir algo importante.

–¿Sois pareja?

Ella sonrió.

–Sí, lo somos.

–¿Así que los dos os habéis divorciado?

–Sí, así es –contestó.

Ommundsen volvió y dejó sobre la mesa un vaso de Coca-Cola Light y una botella de vino blanco.

–¡Aquí está todo! –dijo, y se sentó–. Bueno, Iselin, ¿cómo te va?

–Bien –contesté.

–¿Estás contenta con tus estudios?

–Sí.

–Estudias psicología, ¿no? –preguntó Emilie.

–Mmm –dije.

Ommundsen le puso la mano en la pierna, junto a la rodilla, mientras me miraba radiante. Tenía aspecto de querer decir un montón de cosas, pero no le salía nada, solo esa mirada de júbilo.

–¿En qué te vas a especializar? –preguntó Emilie.

–Aún no lo sé –contesté.

–¿Y cómo te va con el canto? –preguntó Ommundsen–. Me lo he preguntado muchas veces.

–Bueno, bien –contesté.

–¿Cantas en algún coro o grupo?

Negué con la cabeza.

Me levanté.

–Me temo que tengo que irme –dije.

–¡Pero si acabas de llegar! –exclamó Ommundsen–. Quédate un rato y charla con nosotros. ¡Bébete al menos la Coca-Cola!

–En realidad he venido a darte las gracias –dije–. Por haberme ayudado aquella vez. Nunca tuve ocasión de agradecértelo. Pero entonces me ayudó mucho que tuvieras fe en mí.

–De nada –dijo–. ¡Y que sepas que sigo teniendo fe en ti!

Les dije adiós y ellos a mí, bajé la escalera y salí a la calurosa noche de verano, enfadada conmigo misma por haber sido tan estúpida yendo allí. Pero al menos había podido darle las gracias, pensé, me puse los auriculares y seguí escuchando a Jorja Smith, mientras atravesaba el centro y salía al otro lado. Pasé otra vez por la gasolinera, el edificio blanco del sanatorio, luego por el centro de alta tecnología, y salí al pequeño puente que pasaba por debajo del grande.

El agua del fiordo estaba en calma total y completamente negra, reluciente como el aceite.

Entonces empezó a arder de nuevo.

Arriba, en la montaña.

Me detuve.

No, no era un incendio. Algo estaba subiendo por el cielo.

Una estrella.

Una megaestrella.

¿Era de verdad o también eran imaginaciones mías?

Subía sin parar, la luz se expandía por el cielo y se reflejaba en la superficie del agua.

Una pareja que venía andando por el otro lado también la había visto, estaban abrazados y tenían la cabeza levantada mirándola, el hombre estaba boquiabierto.

Algunos coches se pararon en el puente, la gente abría las puertas y se bajaba.

Era lo más bonito que había visto jamás.

Una megaestrella.

Y era de verdad.

Seguí andando. La gente de la parada de autobús que había delante del viejo cine de Danmarksplass miraba al cielo. También delante del restaurante un poco más allá había gente con la cabeza echada hacia atrás mirando fijamente la estrella.

Puse Sheer Heart Attack y seguí por la calle Ibsen. En algunas de esas pequeñas cajas que colgaban de las casas por las que pasaba, y que la gente llamaba balcones, había gente mirando hacia arriba o charlando. Las voces sonaban distintas, más intensas. Casi asustadas.

Yo no me sentía para nada asustada. Si llegara el día del Juicio, a mí no me importaría.

Me paré y miré otra vez la estrella, me resultaba difícil quitarle ojo. Era tan grande que iluminaba la oscuridad aquí abajo. Las copas de los árboles, los tejados, los céspedes que me rodeaban, todo emitía un suave brillo.

Ya había aparecido en Instagram. Imágenes de la estrella sobre la Torre Eiffel, la estrella sobre la isla de Hidra. La gente había

empezado a preguntar qué era.

Mañana por la mañana habría una explicación científica.

«There's only one bullet, so don't delay», cantaba para mis adentros mientras seguía andando. Había descubierto el álbum después de la película de Queen. En realidad, no era mi tipo de música, pero me encantaba. Era como un mundo entero. Y cantaban cojonudamente bien.

Cogí el atajo que bajaba del hospital, y cuando me metí en la estrecha calle en la que se encontraba mi casa, vi que me había olvidado de apagar las luces de la escalera; las tres ventanas brillaban en la oscuridad de agosto, una oscuridad especialmente densa en una escarpada pendiente en la que crecían unos grandes árboles caducifolios llenos de hojas.

Los caseros, Anne y Jens, se habían marchado a Mozambique hacía tres semanas, donde iban a trabajar para la Agencia Noruega de Cooperación. No habían alquilado la casa, y yo había caído un par de veces en la tentación de ver la televisión en su salón y hacerme la comida en el microondas. Pero esa noche no.

Abrí la puerta y subí a mi habitación de la segunda planta. Parecía una sauna. Abrí la ventana de par en par, me desnudé y fui al baño, al otro lado del pasillo, para darme una ducha. Luego me puse una camiseta y un fino pantalón corto, y me metí en la cama con el iPad para ver Chicago Med.

En unos minutos tenía otra vez la piel húmeda de sudor, y las primeras gotas empezaron a correrme por la mejilla y por debajo de los brazos.

No recuerdo haber vivido una noche más calurosa, ni siquiera en el sur de Europa.

Fui a por una toalla para secarme la frente.

Empezó a haber pequeñas lagunas en la acción, poco a poco se fueron haciendo más grandes hasta que esta desapareció del todo.

Me despertaron unos violentos golpes en la puerta. Me incorporé en la cama, el iPad brillaba en la oscuridad. ¡Déjame entrar!, gritaba alguien en la calle. ¡Déjame entrar!

Me acerqué a la ventana y miré abajo. Un hombre estaba dando puñetazos en la puerta.

¡Déjame entrar!, volvió a gritar.

¿Quién era? ¿Qué quería?

Estaba completamente desesperado.

Retrocedí un paso por si le daba por mirar hacia arriba.

¡Mamá!, gritó. ¡Mamá, déjame entrar!

Era el hijo de mis caseros.

¿Debería abrir?

¿Tenía que hacerlo?

Me asomé a la ventana.

–¿Quién es? –dije.

Miró hacia arriba. Sus ojos eran grandes y salvajes. Estaba colocadísimo.

–¡Déjame entrar! –gritó–. ¡Tengo que entrar!

SOLVEIG

–¿Eres tú? –dijo el nuevo paciente cuando entré en la habitación. Estaba sentado en la cama, vestido con el camisón azul del hospital.

Lo miré interrogante.

Tenía la cara quemada por el sol y la mirada cálida y despierta.

–Íbamos a la misma clase en primaria. ¿No te acuerdas de mí?

Asentí vacilante.

Él sonrió.

–No te acuerdas –dijo–. No es de extrañar. Nos mudamos cuando estábamos en cuarto.

–Me suena tu cara –dije–. Pero como algo muy lejano.

El hombre olía levemente a colonia y tenía las mejillas lisas, se habría afeitado justo antes de llegar, pensé. Por alguna razón, me conmovió.

–Hace ya treinta y cinco años –prosiguió.

–No te hacías notar mucho, ¿verdad? –pregunté, porque de repente me llegó un vago recuerdo de un chico tranquilo, de pelo rubio, que podría ser él.

–No andas muy desencaminada. Casi siempre estaba dibujando. Al menos así lo recuerdo.

–¿Y cuándo volviste a mudarte aquí?

–Hace dos años.

–Yo también –dije.

–¿Por qué lo hiciste? –me preguntó, clavando la mirada en mí, como si de verdad quisiera saberlo.

–A mi madre le detectaron párkinson y vivía sola –contesté–. Empeoró muy rápido.

–Yo llevaba tiempo pensando en mudarme –dijo él.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, noté que se ruborizaba.

Me acerqué a la ventana y subí las persianas.

El sol ardía en lo alto, sobre la ciudad. En el aparcamiento resplandecían los techos y los capós de los coches. Un poco más allá, el último trecho del río antes del fiordo discurría brillante y tranquilo.

Me volví de nuevo hacia él. El hombre había entrelazado las manos sobre el pecho.

–Lo curioso es que no me siento enfermo –dijo–. En absoluto. Intenté convencerlos de que podía venir andando, pero qué va, tuve que meterme en esa cama en la que me trajeron.

–Lo siento –dije, sonriendo–, pero ellos deben seguir las normas.

Cuando luego tuve unos minutos, leí a fondo su historia médica. Inge, se llamaba, me acordé al ver el nombre. Tenía un tumor cerebral que se había descubierto tarde. Él pensaba que el dolor de cabeza que había empezado a padecer hacía unos años era migraña, y también lo pensaba el médico. Ni siquiera cuando empezó a ver cosas que no existían ni podían ocurrir sospechó nada ni lo comentó con nadie. Pero esa primavera le dio un ataque epiléptico, le hicieron un escáner y descubrieron el tumor. Estaba cerca del sistema visual, de ahí las alucinaciones.

Me pregunté qué clase de alucinaciones tenía, qué veía.

Si tenía oportunidad, podía preguntárselo al día siguiente, pensé, y vi que el panel de luces de encima de la puerta había empezado a parpadear. Habitación dos, la de Ramsvik. Me levanté para ir hacia allí cuando empezó a vibrarme el teléfono en el bolsillo. Era Line.

Ella nunca llamaba a aquellas horas, así que respondí a pesar de que no tenía tiempo.

–¡Hola, Line! –dije.

Ellen, que estaba delante de mí, se acercó a la cafetera y colocó una taza debajo.

–Hola, mamá –dijo Line.

Sonó un gorgoteo; apenas salía nada de la cafetera. Ellen volvió su joven cara regordeta y rojiza hacia mí.

–¿Va todo bien? –pregunté, señalando la cafetera eléctrica del rincón.

Ellen esbozó una sonrisa.

–Pues sí –dijo Line.

–¿De verdad?

–Sí. Pero pensaba darme una vuelta por casa, si te parece bien.

–¡Claro que me parece bien! ¿Cuándo?

–¿Esta noche, tal vez?

–¿Esta noche? ¿Quieres decir hoy?

–¿Puede ser?

–¡Claro que sí!

–De hecho, voy ya en el autobús. Estaré allí sobre las seis.

–¡Vaya, vaya! ¡Qué alegría! –exclamé, negando con la cabeza a Ellen, que, con gesto interrogante, me señalaba una taza.

–Bueno –dijo Line–. Supongo que tienes trabajo. Nos vemos luego.

–Sí, sí. ¡Hasta luego entonces!

Me metí el móvil en el bolsillo.

–¿No había por aquí alguna galleta? –preguntó Ellen.

–Creo que se acabaron esta mañana –dije, y salí.

El sol entraba por la ventana del fondo del pasillo, el suelo de linóleo brillaba tanto que parecía flotar por donde le daban los rayos.

¿Por qué vendría Line tan de repente? No era propio de ella.

¿Y para qué me querría?

¿Debería comprar una botella de vino?

No, la tienda de Vinmonopolet estaría cerrada. Y mejor sería no exagerar. Si le hacía un gran recibimiento, sabría cuánto la echaba de menos, pensé, y llamé a la puerta de Ramsvik, o «el cónsul» como lo llamaba yo.

Cuando entré, yacía boca arriba, con la cabeza vuelta hacia un lado y la mirada perdida.

–Hola –dije–. ¿Cómo te encuentras?

Me miró sin mover la cabeza.

–Bien... –contestó vacilante, alargando la vocal, como si supiera que estaba equivocado, pero de todos modos no pudiera decir otra cosa.

–¿Tienes dolores?

–Sí –asintió–. Dolor.

–¿De cabeza?

–Sí, de cabeza.

–¿Quieres un calmante?

–Sí, sí.

Había cierto abatimiento en su mirada cuando lo dijo.

–¿Deseas en realidad decir que no? –pregunté.

–Sí –contestó.

Ramsvik era político, lo reconocí cuando ingresó, aparecía a menudo en la prensa local, y a veces también en los periódicos provinciales. Tenía peso y autoridad. Había sido un hombre importante y estaba acostumbrado a que la gente se rindiera ante él. Podía ser brusco, pero los ojos solían reírle. Caía bien. La barba y su estilo de vestir formal le daban un aspecto algo decimonónico, solo le faltaban los quevedos para parecer un cónsul o un importante hombre de negocios.

Ahora lo grandioso en él había desaparecido, se había evaporado como el agua. Ya solo quedaba el cuerpo, que era igual de grande, pero debilitado. Había sufrido un derrame cerebral mientras desayunaba en su casa. Su esposa, alertada, consiguió que un helicóptero lo trasladara inmediatamente al hospital. La operación fue bien, y le quedaron unas secuelas menos graves de lo que se esperaba en un principio. Estaba parcialmente paralizado de un lado, y le costaba encontrar las palabras. Era un precio bajo que pagar por esa vida que había estado a punto de perder. Pero el susto fue enorme de todos modos.

Lo observé cuando fueron a visitarlo sus hijos, un chico de unos diez años y una chica de unos doce. Estaban fuera de su alcance, no podía abrazarlos ni hablar con ellos. Toda la comunicación dependía

de los chicos. Tenían miedo, pero el miedo desaparecería. No obstante, la distancia, pensé, ya estaba allí desde antes. Pocas cosas son peores que la pérdida de la capacidad de comunicarse, pero a veces también podía tener consecuencias positivas si él se lo tomaba del modo correcto, y no se enfadaba o frustraba por esos pequeños pasos que tendría que dar, y la obligatoria dependencia de los demás, sino que conseguía convertirlo en algo positivo, en una nueva cercanía.

–¿Entonces mañana vienen Live y los chicos a buscarte? –pregunté.

–Sí –contestó.

–He hablado hoy con Sunnaas, la clínica de rehabilitación –dije–. Ya tienes preparada la habitación.

–Gracias –dijo él.

–Avísanos si necesitas algo –dije–. Dentro de un rato, te traerán un analgésico. Nos vemos mañana, antes de que te vayas.

En el instante en el que me volví para salir, su mirada se alejó, deslizándose de mí hacia el infinito.

Cuando volví de almorzar, me dijeron que la mujer de Inge me estaba esperando, y fui a hablar con ella.

Se levantó cuando entré. Se llamaba Unni y era de mi edad, rubia y esbelta, con unas facciones bastante bonitas, pero fláccidas y algo regordetas.

–¡Ah, tú eres la que ibas a la clase de Inge! –dijo, cuando me presenté.

–Sí. Hace más de treinta años.

–Qué curioso –dijo, sonriendo.

Yo le sonreí a ella.

–¿Has podido comer o beber algo? –pregunté.

Ella negó con la cabeza y levantó la mano para impedir que fuera a buscarle algo.

–¿Queda mucho? –preguntó.

–Es imposible saberlo con exactitud –contesté–. Pero yo diría que un par de horas.

–¿Cuándo podré hablar con él?

–El anestesista lo despertará inmediatamente después de la operación, y si para entonces todo va bien, supongo que podrás verlo. No creo que haya nada que lo prohíba. Pero él estará agotado.

Ella asentía a todo lo que yo decía.

–Tenemos tres hijas –dijo–. Supongo que no hay problema para que vengan a verlo después del colegio, ¿no?

–No, no, claro que pueden venir –dije–. El horario de visitas es hasta las ocho.

La miré.

–¿Qué edad tienen?

–Trece, quince y diecisiete –contestó.

En ese instante, me encontré con la mirada de Ellen, que acababa de hacer la ronda por las habitaciones, y me hizo una seña para que me acercara. Me excusé y fui hacia ella.

–¿Puedo hablar contigo? –preguntó.

–Claro –contesté.

Nos metimos en la sala de guardia. Ellen estaba preocupada por una mujer que había ingresado esa mañana, o, mejor dicho, por su hija, una niña de once años que ahora estaba en el colegio, pero que luego volvería a una casa vacía.

–La paciente dice que está bien, que su hija está acostumbrada a apañárselas por su cuenta cuando vuelve del colegio. Pero ella está..., bueno, algo agotada.

–¿No hay nadie más en la casa?

–Dice que su hermana llegará mañana.

–¿Tú qué crees que sería lo mejor? –pregunté.

Ella dudó un poco antes de contestar.

–Podría llamar a Protección del Menor y preguntar si pueden ayudar –dijo.

–Me parece una buena idea –dije.

–¿No te parece muy drástica? –preguntó.

–No –contesté–. Se trata de echarle una mano. Habla con ella otra vez y dile que vas a buscar ayuda para su hija. Luego puedes llamar a los de Protección del Menor para explicarles la situación, y que ellos se hagan cargo.

Cuando salí, vi a Unni tecleando en el móvil. Sabía que la operación probablemente iría bien, y los médicos podrían extirparle el tumor casi del todo. Pero también sabía que el tumor de Inge podía reproducirse. Casi siempre, antes o después, volvía a salir, y entonces era mortal.

Podía ocurrir a los diez meses o a los diez años.

Así que cada día será un regalo, pensé, y por la ventana del fondo del pasillo vi todas esas casas blancas que estaban como tiradas a ambos lados del río, y la ladera de color verde profundo que se elevaba de repente más atrás, casi negra por la parte de abajo y brillante por la luz solar que bañaba la parte de más arriba.

Pasaron casi tres horas hasta que acabó la operación de Inge, y los camilleros salieron del ascensor con su camilla. Los vi por la ventana del despacho, me levanté y salí al pasillo para acompañarlos hasta la habitación.

–Ya está –dijo uno de los camilleros, y desaparecieron.

La cara de Inge estaba hinchada e impenetrable por la anestesia. A

la vez, el vendaje que llevaba alrededor de la cabeza la dejaba más desnuda, era como si sobresaliera de todos los cables y máquinas que lo rodeaban.

Mi trabajo era ayudarlo a él, ayudar a su mujer y a sus tres hijas.

Le acaricié ligeramente la mejilla y fui a decir que ya podían despertarlo, y a Unni que la operación había terminado.

Durante todo el día, el sol ardía en el cielo. No se veía ninguna nube por ninguna parte, solo un profundo espacio azul y una bola ardiente que se deslizaba lentamente por él.

Sin embargo, tenía frío. El aire acondicionado estaba puesto a tope, y las persianas de todas las ventanas, iluminadas por el sol, estaban bajadas.

Vi a las tres hijas de Inge y Unni cuando salieron del ascensor, enseguida adiviné que eran ellas. Las tres eran altas y se parecían mucho, con la misma forma de cara.

Silenciosas y tímidas, y las tres muy juntas, recorrieron el pasillo hasta la habitación de su padre.

Tenía la sensación de haber visto algo demasiado íntimo. Pero estaba acostumbrada a ello, porque en un hospital los límites entre lo privado y lo público oscilaban constantemente, formaba parte de la naturaleza del lugar, y era algo con lo que se relacionaban todos los que allí trabajaban, e ignoré esa sensación.

Justo antes de irme a casa, volví a entrar a verlo.

Estaba sentado en la cama, mirando la habitación con ojos parpadeantes.

–¿Qué tal? –pregunté.

–Me duele un poco la cabeza –dijo, esbozando una débil sonrisa.

–Eso no es de extrañar –dije, devolviéndole la sonrisa–. Voy a ponerte un poco más de morfina. ¿Por lo demás bien?

–Sí.

–¿No tienes sed?

–Sí, quizá una poca.

Llené un vaso de agua y se lo puse delante. Movió la mano lentamente por el aire, como si hiciera mucho tiempo que no hacía algo así y casi lo hubiera olvidado, rodeó el vaso con los dedos y se lo llevó a los labios.

Un poco de agua le corrió por la barbilla.

Empezó a bajar el vaso, se lo cogí y lo dejé en la mesilla.

–Gracias –dijo–. Eres un ángel.

Apoyó la cabeza en la almohada, tenía la cara pálida y extenuada. El borde del vendaje estaba manchado de sangre.

–Ahora tienes que descansar –dije, y me levanté–. Te he puesto un poco más de morfina, así que los dolores deberían desaparecer ya.

–Sí, creo que quiero dormir –dijo.

Al salir de la ciudad esa tarde me encontré con atascos en todas las rotondas, pero en cuanto llegué al valle, las filas de coches se disolvieron y pude acelerar. El paisaje brillaba en todas las variantes imaginables de verde bajo el cielo azul como el mar. Rebaños de vacas dormitando bajo grupos de árboles. Niños bañándose en el río, bicicletas reluciendo entre los troncos, pequeños montones de ropa brillando en la roca; cabezas, hombros y brazos asomando a intervalos del agua soleada, que fluía lentamente.

Yo cantaba.

En la curva, bajando hacia el agua, la carretera se adentraba en la sombra de los grandes árboles caducifolios a ambos lados. Noté frío en la espalda cuando el coche penetró en la oscuridad, seguramente provocado por ese repentino cambio de la luz intensa a la penumbra y la sombra.

Por la existencia de la sombra.

Pensé en Inge. Irradiaba despreocupación, una especie de desvaída y despreocupada alegría.

¿Era realmente el mismo que aquel chico silencioso y reservado que yo apenas recordaba?

¿La vida le había regalado lo que tenía ahora?

En ese caso, había tenido suerte con la vida, pensé.

Cogí el teléfono y marqué el número de Marianne. El tono de la llamada llenó el coche, y bajé un poco el volumen.

–¡Hola, Solveig! –contestó–. ¿No puedes venir hoy o qué?

–¿Cómo demonios lo has sabido?

–Es el único motivo que podías tener para llamar. Si hubiera sido otra cosa, podrías habérmela dicho por el camino.

–Tienes razón, Sherlock –dije riéndome–. Line viene esta noche. ¿Podemos quedar mañana mejor?

–Claro que sí –contestó–. ¡Qué bien que venga Line!

–Sí, estoy muy contenta.

–No la he visto desde hace..., bueno, ¿cuándo fue la última vez? ¿Hace dos años? ¿Tres?

–Puede que se quede algún tiempo –dije–. Así podrás verla.

Charlamos unos minutos de esto y aquello antes de colgar, y puse uno de los viejos CD que había en la guantera, sin mirar cuál era. Me gustaba dejar reinar a las casualidades, al menos a las pequeñas, a menudo me producía alegría.

Ah, ese tema era muy conocido.

Pero ¿cuál era?

Subí el volumen justo cuando llegué al final del valle, donde empezaba la subida de la ladera.

Albinoni. Adagio.

Luego la bajada por el otro lado, pasando por delante del lago con la cascada, y después otra abrupta y estrecha subida.

Me sentía tan feliz que no sabía qué hacer. Igual podía reír que llorar. Cantaba con la música, que subía y bajaba como el paisaje que me rodeaba. Pero la música no provenía del paisaje, provenía del cielo. O del interior.

El interior de alguien.

El interior de todos.

Mi interior.

Pasé por delante de unas granjas de verano y vi gente sentada fuera, allí la carretera empezaba a bajar de nuevo. Al llegar a donde rodeaba la gran piedra, reduje la velocidad por si me cruzaba con algún coche que bajaba.

Al otro lado de la piedra había un ciervo en la linde del bosque.

Había visto ciervos muchas veces, pero nunca tan de cerca.

Paré el coche, apagué la música y abrí la ventanilla.

Estaba quieto, con la cabeza vuelta hacia mí.

Era esbelto y grácil.

Me miró durante un buen rato. Luego empezó a andar, sin darse ninguna prisa, y desapareció entre los árboles.

El lejano susurro de la cascada se perdía en el viento que subía por el valle y crujía en los árboles. Seguí bajando y enseguida vi el brillo azul del fiordo muy a lo lejos, y la escarpada montaña que a esa distancia parecía un caballo reposando.

Ya en casa, dejé la llave en la vieja mesa de teléfono de la entrada y abrí la puerta del salón.

Mi madre estaba sentada en el sillón, junto a la ventana. La consumida cara de anciana medio vuelta hacia un lado, la boca abierta, la respiración ligera e inaudible.

Detrás de ella, al otro lado de la ventana, se mecían en silencio las ramas del gran abedul con la brisa del atardecer.

Resultaba curioso ver qué poco espacio ocupaba cuando dormía, pensé, cerré la puerta con cuidado y fui a la cocina. La visión del ciervo resonaba todavía en mi interior, una alegría que brillaba ligeramente. Dejé la bolsa de la compra en la encimera, metí las cosas en el armario y en el frigorífico, y la bolsa vacía en el cajón de más abajo.

La jarapa de delante de la encimera estaba bastante sucia, la llevé al baño, la metí en la lavadora con unas toallas de la cesta de la ropa sucia y la puse en marcha.

Cuando volvía, oí un suave zumbido en el salón. Provenía del sillón de mi madre, que podía elevarse con un mando a distancia para

que le resultara más fácil levantarse.

–Hola, mamá –dije desde el vano de la puerta.

Sus ojos estaban rabiosos cuando se encontraron con mi mirada.

Me sentí casi paralizada de miedo. Fue como si una mano me presionara el corazón.

Pero ella no podrá alcanzarme, pensé. No podrá.

–¿Pasa algo? –pregunté, acercándome lentamente a ella. Me flojeaban las piernas y el cuerpo.

Mi madre intentaba decir algo, pero estaba demasiado agitada, y solo se oía un siseo.

Su rabia tenía una velocidad distinta a la de su cuerpo, como si no hubiese envejecido como él.

–¿Debería haber llegado antes? –pregunté, cogiéndola del brazo y tirando de ella un poco hacia delante para que pudiera llegar al andador y moverse sola–. No me ha sido posible –añadí–. Mi trabajo es importante, ya lo sabes.

Empezó a andar con pasos cortos y lentos, casi sin levantar los pies del suelo. Empleó todas sus fuerzas en atravesar la habitación y llegar a la cómoda que había junto a la pared.

¿Se trataba otra vez del reloj?

Intentó abrir el cajón.

La ayudé.

–¿Qué buscas, mamá? –pregunté–. ¿Por qué estás tan preocupada?

Empezó a hurgar en el cajón.

De repente se detuvo y susurró algo.

Me incliné hacia ella.

Sonó como si dijera broche.

–¿El broche?

–Sí –susurró.

–¿No está aquí?

Dejé sobre la cómoda todo lo que había en el cajón.

El broche no estaba allí. En eso tenía razón.

Había pertenecido a su bisabuela, mi tatarabuela. Se lo regaló a mi madre cuando se casó, y ella a mí cuando yo me casé.

–Seguro que está en alguna parte –dije–. Lo encontraremos.

Me miró. Sabía igual que yo que nadie se lo había puesto desde que yo había vuelto a vivir en casa, y que el único sitio donde podía estar era el cajón de la cómoda.

Alguien tenía que haberlo cogido.

No podía ser Anita, me negaba a creerlo. Pero nadie más entraba allí.

¿Podría haberlo puesto ella misma en otro sitio y haberlo olvidado?

–Vamos a encontrarlo, mamá. Estoy segura. Luego lo busco. Ahora

tengo que preparar algo de comer. Line llega esta tarde.

–¿Line? –susurró.

–Sí –contesté–. Me ha llamado para decir que venía. Iré a buscarla a Vågen dentro de una hora. Ven, te ayudo a cambiarte.

La cogí del brazo y anduve despacio a su lado hasta el cuarto de baño. Allí le bajé las bragas, le subí el vestido y la ayudé a sentarse en la taza.

Sus piernas, delgadas y blancas, temblaban ahora que el peso del cuerpo no las presionaba contra el suelo.

Esperé unos minutos fuera antes de volver a entrar, la limpié, le cambié las bragas y la ayudé a lavarse las manos.

Estaba tranquila y asintió cuando le pregunté si quería sentarse un rato fuera, al sol.

Saqué un sillón, fui a por una manta que le puse sobre las piernas, y allí estaba, con vistas a ese mundo en el que había vivido durante toda su vida y que tanto amaba. Los prados, el fiordo, las montañas.

El sol estaba alto sobre el mar al oeste, y la superficie brillaba y temblaba de luz.

Cuando vi parar el autobús delante de la Cooperativa, salí del coche y me acerqué.

Line fue la última en bajar. Llevaba una chaqueta verde, con cierto aire militar, y a la espalda una mochila amarilla muy grande.

¿Significaría eso que pensaba quedarse un tiempo?

Me recorrió una oleada de calor cuando levanté la mano y la saludé.

Me devolvió el saludo antes de cruzar la carretera.

–Hola –dijo.

–Hola, guapetona –dije yo, apretándola contra mí.

–Cuánto entusiasmo –dijo, quitándose la mochila–. ¿Puedes meterla en el maletero?

–Claro que sí –contesté–. ¡Ay, cuánto pesa! ¿Qué traes?

–Libros –dijo, y se metió en el coche.

Cerré el maletero y me senté a su lado.

–¿Quieres algo de la tienda antes de irnos? –pregunté.

Negó con la cabeza.

No llevaba nada de maquillaje, y el pelo recogido en una sencilla coleta. Eso, además de la chaqueta demasiado grande, me hizo pensar que quería ocultarse, o al menos no destacar.

No era un buen pensamiento.

Pero al menos tenía color en la cara, pensé, y me incorporé a la carretera mientras Line sacaba un par de gafas de sol del bolsillo de la chaqueta y se las ponía.

–He dejado una lasaña en el horno –dije–. Estará lista cuando

lleguemos a casa.

–Suena bien –dijo ella.

–Estás muy morena –dije–. ¿Has tomado mucho el sol este verano?

–Estuve en una cabaña junto al mar la semana pasada.

–¿Con?

Me miró y bajó la visera de su lado.

–Con unos amigos –contestó.

La luz del sol bajo que teníamos justo enfrente estaba tan fraccionada por el cristal que resultaba casi imposible ver nada, y reduje la velocidad. Había poco tráfico, pero la carretera era estrecha y de vez en cuando aparecía algún que otro tractor, sobre todo en aquella época del año.

–¿Qué libros te has traído? –pregunté.

–Para el examen –contestó–. Pensé que aquí podría tener unos días de paz y tranquilidad para preparar el examen de ingreso en la universidad.

–¿Cuándo es? –pregunté con una sonrisa, contenta de saber que mi hija había recobrado las ganas de hacer cosas.

–Dentro de tres meses –contestó.

Cruzamos el pequeño puente, a la sombra de los robles que crecían por allí, y eché una mirada al cauce del río. Apenas quedaba agua, solo en alguna que otra hoya.

¿Lo de descuidar la apariencia le daría la sensación de trabajar duramente?

Al menos así fue en mi caso. Libros y papeles por todas partes, ceniceros llenos, pelo descuidado, ropa cómoda.

Sospechaba que mi hija sería incapaz de imaginarse que yo en el pasado –y tampoco hacía tantísimo– fui estudiante y llevaba una vida muy parecida a la que ella llevaba ahora.

–A la abuela le hace mucha ilusión que vengas –dije.

–Hmm –dijo Line, mirándose en el pequeño espejo del interior de la visera, frunciendo los labios de un modo que yo pensaba que la gente solo lo hacía estando sola.

Mientras Line se instalaba en la habitación, pasé rápidamente un trapo por la mesa del jardín antes de ponerla. La mesa estaba entre los manzanos, y allí seguían brillando los rayos del sol bajo, que ahora se encontraba en el cielo al oeste.

El gavilán volaba muy alto por encima del prado. El hecho de que no moviera sus alas extendidas y se limitara a planear en el cielo hacía que pareciera un dragón.

Mi madre me miraba mientras yo iba y venía de la cocina al jardín. Ese año aún no habíamos comido fuera, por alguna razón me resultaba un poco demasiado extravagante estando solas ella y yo.

Cuando todo estaba preparado, llamé a Line y ayudé a mi madre a llegar hasta la mesa.

Estaba lo bastante bien como para comer sola si yo antes le troceaba la comida. Le resultaba difícil y tardaba mucho, pero era importante mostrar que se las arreglaba por su cuenta ahora que Line estaba aquí. El no poder valerse por sí misma le molestaba más que nunca, yo sabía que no quería que fuera eso lo que su nieta recordara de la abuela.

Line comía con la mirada clavada en la mesa, metida en su mundo, mientras su abuela la miraba de reojo, agachada sobre el plato con la mano temblorosa yendo o viniendo de la boca.

Susurró algo, y me incliné hacia delante para oírla.

Susurró Thomas.

–Thomas –repetí–. ¿Le estás preguntando a Line cómo le va a él?

–Sí –susurró.

–Le va bien, abuela –dijo Line en voz alta–. Está pensando en empezar a estudiar.

–¿Ha dicho dónde? –pregunté.

–En la escuela de policía –contestó–. Pero, claro, para ingresar hay que cumplir ciertos requisitos.

La brisa del mar hacía que las ramas que nos rodeaban se movieran lentamente y las hojas crujieran. A veces, cuando el viento aumentaba, era como si los árboles se tensaran, como si se pusieran de puntillas, antes de volver a relajarse.

–¿Le has contado a la abuela lo que vas a estudiar tú? –dije.

–No –contestó Line–. Pero seguro que ya lo sabe por ti.

Levantó la vista para mirarme, como para ver cómo reaccionaba, luego volvió a bajarla.

Mantuve el vaso de agua delante de los labios de mi madre, que era incapaz de tragársela toda y le corría por la barbilla, cogí un poco de papel del rollo y la limpié deprisa, como de pasada.

–Psicología –susurró mi madre.

–La abuela dice que psicología –dije–. Como ves, hemos hablado de ello. ¿Te hace ilusión?

Line movió la cabeza entusiasmada y le sonrió. Noté que el entusiasmo era falso, pero independientemente de lo que la atormentara, me gustó que se esforzara por complacer a su abuela.

Después de comer, Line se fue a su habitación, y yo acompañé a mi madre al salón y le encendí el televisor. Luego me senté fuera con una taza de café a disfrutar de los últimos rayos de sol.

Por encima de mí, unas cornejas cenicientas llegaron volando hacia el interior. Acudieron más, pronto el aire estaba todo negro. Era como una manta de carne, pensé, con bonitos dibujos cambiantes en

negro y azul, que al instante se disolvían cuando las primeras cornejas empezaron a instalarse en la alameda que subía al cementerio un poco más allá, donde tenían sus nidos.

En la primera planta se abrió una ventana. La voz de Line sonaba suave y ligera en contraste con los duros graznidos de las cornejas en la alameda.

¿Con quién estaría hablando?

No podía ser con Thomas, porque, aunque había entre ellos una complicidad de hermanos, tenían muy poco en común. Ella jamás lo habría llamado desde aquí solo para charlar.

Con alguna amiga, quizá.

O tal vez con un novio del que aún no había dicho nada.

Se asomó a medias por la ventana, con un brazo apoyado en el marco, y el teléfono móvil en la otra mano. Nuestras miradas se cruzaron y sonreí. Ella me devolvió ligeramente la sonrisa, antes de volver la cabeza y mirar hacia el fiordo.

Confié en que la vista le resultara hermosa. La escarpada montaña, el agua en calma, el cielo que se oscurecía lentamente, y al otro lado, las copas de los árboles que brillaban rojizas con la última luz solar.

En la cocina, de repente el friegaplatos no funcionaba, se había quedado atascado en la misma fase, y cuando lo abrí, estaba lleno de agua. Se habría obstruido el tubo del desagüe, tal vez por la cal, pensé. Tendría que llamar al día siguiente para que vinieran a revisarlo.

Saqué todo lo que había dentro y me puse a fregarlo a mano.

Esos suaves golpes de los vasos y platos contra el fondo de la pila, atenuados y como redondeados, me llenaron de calma. Al igual que el calor que me envolvía las manos y las redes de minúsculas burbujas de jabón que se deslizaban por la fina loza cuando la levantaba para enjuagarla.

Desde que era pequeña había convertido en criaturas esos sonidos subacuáticos suavemente gorgoteantes. Una especie de gusanos grandes pero cortos, grises y sin ojos.

Era una de esas cosas que no podía contar a nadie, pensé sonriendo.

Curiosamente, era la cara de Inge la que veía en mi mente cuando pensaba en ello.

¿Tanta impresión me había causado?

Solo estaba algo exaltada, pensé, y levanté la vista. El cielo sobre la montaña al otro lado del fiordo seguía azul, mientras que los detalles de la ladera vertical que se extendía a lo largo de varios kilómetros empezaban a borrarse en la creciente oscuridad crepuscular.

Intenté imaginarme cómo sería ver algo que no existía. Y creer en ello. Que la montaña al otro lado del fiordo en realidad no existiera más que en mi cabeza. Que de repente hubiera un hombre mirándome desde la ventana de la cocina. Si me volvía, estaría allí ahora.

Sonreí de nuevo y coloqué un paño de cocina limpio en la encimera para dejar allí los platos fregados en lugar de ponerlos en el escurridor, que estaba muy lleno.

Sonaban crujidos en el techo.

¿Qué era lo que la atormentaba?

Oí sus pasos en la escalera, y al instante apareció en el vano de la puerta.

–Voy a dar una vuelta –dijo.

–Muy bien –dije yo–. ¿Adónde piensas ir?

–Quizá suba hasta la cascada.

Un momento después pasó por delante de la ventana poniéndose la chaqueta. Toda ella nítida y clara en contraste con el fondo crepuscular.

Era guapa, con los pómulos altos y los ojos suavemente rasgados.

Pero también negativa. Una persona que cogía y exigía, y no daba.

Una persona negativa.

¿Por qué había salido así?

No, no es que hubiera salido así. Era así ahora. Era joven, se defendía contra el mundo, pero un día sería capaz de abrirse a él y recibir, lo cual significaría dar.

Oí su voz en mi interior. «Mamá, eres tan ingenua...», decía. «Eso no te lo crees ni tú, ¿a que no?»

Saqué un paño limpio del cajón y me sequé las manos, lo colgué en el asa del horno y fui a ver cómo seguía mi madre. Estaba dormida, pero no profundamente; cuando me senté en el puf frente a ella, abrió los ojos.

–¿Te doy un pequeño masaje en los pies?

–Sí –susurró.

Me coloqué sus piernas sobre las rodillas, las flexioné despacio y luego las volví a estirar. A veces los músculos se le agarrotaban, le ocurría varias veces al día y le dolía mucho. El masaje ayudaba un poco, y andar también.

Le di friegas en las pantorrillas.

Los brazos flexionados, rígidos en la articulación del codo, temblaban constantemente mientras yo los movía. También le temblaban la cabeza y la mandíbula inferior.

Dolía verla así.

Pero sus ojos estaban claros.

Susurró algo.

–¿Qué has dicho? –pregunté, inclinándome sobre ella.

–Line –susurró.

–¿Que qué tal está Line, dices?

–Sí –susurró.

–No lo sé –contesté–. Parece que algo la preocupa. Pero no ha dicho nada.

–¿Preguntarle? –susurró.

–Sí, podría hacerlo –dije–. Pero me gustaría que ella hablara por propia iniciativa. Por eso habrá venido, ¿no crees?

–Sí –susurró.

Le cogí los pies y empecé a masajearlos.

–¿Recuerdas cuando yo volvía a casa a su edad? –pregunté.

–Sí –susurró.

–Yo te lo contaba todo, ¿te acuerdas?

–Sí.

–Pero tú nunca me hablabas de ti.

–No –dijo ella.

Sus ojos sonrieron.

Le flexioné con cuidado un pie hasta formar un arco.

Ella intentó decir una frase más larga.

La oí decir tú, hablas y tampoco.

–¿Estás diciendo que yo tampoco le hablo de mí a Line? –le pregunté.

Ella asintió con la cabeza.

–Tienes razón –dije–. Pero es porque a ella no le interesa.

Cambié de pie, empecé a mover el otro en círculos.

–Pensándolo bien, tampoco me interesaría a mí –dije–. Por aquel entonces, a papá y a ti os daba por hecho.

Pero aquellas tardes eran luminosas y abiertas, su casa era un buen lugar al que llegar y donde compartir lo que había experimentado fuera en el mundo.

Volví a dejarle los pies en el suelo con cuidado.

–¿Quieres que te ayude a ducharte? –pregunté.

Asintió con la cabeza.

–El pelo –susurró.

La duché, le puse el pañal de noche y el camisón, y estaba a punto de empezar a secarle el pelo cuando volvió Line.

–Mamá –gritó desde la entrada.

Apagué el secador.

–Estamos aquí –dije en voz alta.

Line entró con la cara como ardiendo después de haber estado fuera, una cara todavía demasiado grande para esas pequeñas habitaciones.

–¿Has visto los polluelos de encima de la valla? –preguntó.

Asentí con la cabeza.

–¿A que son bonitos? –dije.

–Ya lo creo. Pero ¿por qué no me habías dicho nada?

–No ha habido ocasión –dije.

–¿Qué clase de pájaros son? Solo he visto los polluelos.

–Es una pareja de palomas torcaces que tiene allí su nido –contesté.

Abrió la boca, a punto de decir algo, cuando la interrumpí.

–¿Tienes hambre? ¿Quieres que nos tomemos un tentempié antes de acostarnos?

Ella se dio cuenta de que yo no quería hablar de los polluelos, vi la extrañeza en sus ojos, pero, por suerte, no insistió, sino que se limitó a sacudir la cabeza.

–Ya casi hemos acabado –dije.

Las palomas volvían cada primavera, todos los años construían su nido en el mismo sitio, ponían huevos, los empollaban, y las crías crecían, pero justo antes de que estuvieran listas para volar llegaba el azor, también siempre el mismo, y se las comía.

Ya había sucedido cuatro años seguidos. No había nada que yo pudiera hacer, no me dejaban mover el nido, así que cada año solo cabía aguardar y no perder la esperanza.

No se me ocurriría contárselo a Line. Si se enterara de los planes del azor, o peor aún, los veía puestos en práctica, se moriría de pena. Siempre había sentido un gran amor por toda clase de animales, cuando era muy pequeña se llenaba los bolsillos de gusanos, arañas y otros bichos para llevárselos a casa, y hasta el instituto, quería ser veterinaria.

Esa era una de las razones por las que se encontraba tan a gusto aquí cuando era pequeña. Por aquel entonces, en la granja había animales, no muchos, dos vacas, a menudo un ternero, un caballo y algunas gallinas, pero para ella suponía una fortuna increíble.

También para mí. Recuerdo que pensaba que al menos ella tenía eso en la infancia, los veranos aquí, aunque muchas otras cosas fueran difíciles.

Acompañé a mi madre al salón y me quedé viendo la televisión con ella una hora, luego se acostó en el cuarto de al lado, que antes era un comedor.

Después de cerrar la puerta corredera, subí a la habitación de Line y llamé a la puerta.

–¿Sí? –dijo desde dentro.

Estaba sentada en el alféizar en la oscuridad y me miró cuando abrí la puerta.

La maleta estaba abierta en el suelo, la ropa tirada, la cama sin

hacer.

–¿No hace un poco de frío aquí? –dije, sentándome en el borde de la cama.

Negó con la cabeza.

–¿Cómo estás realmente? –pregunté.

–Bien –contestó.

–¿Estás segura?

–Sí. ¿Por qué?

–Te noto huidiza.

–Eso no es un crimen, ¿no? –dijo.

Suspiré.

–¿Podríamos hablar en serio?

–¿De qué quieres hablar?

–De ti, quizá.

–Pero yo no quiero.

Hubo una pausa.

–Vale, está bien, como quieras entonces –dije al rato, y me levanté.

–Bien –dijo ella.

–Anita, nuestra asistenta, viene mañana –dije–. Y preparará el almuerzo. Si prefieres estar sola con la abuela y ocuparte un poco de ella, dímelo. Yo se lo diré a Anita.

–He venido aquí para estudiar –dijo Line–. No para cuidar de la abuela.

–Vale –dije–. Es bueno saberlo. ¡Buenas noches!

En lugar de acostarme, me puse una chaqueta y salí. El cielo seguía luminoso, pero velado, como despojado de color, como se pone aquí las noches de verano.

Todo estaba en calma. El fiordo estaba en calma en su hondonada, la montaña descollaba en calma al otro lado, y detrás de mí, en la colina, al norte, se erguían los árboles también en calma. Solo se oían mis pasos en la suave hierba. Y de vez en cuando un débil zumbido en el bosque, como si espirara despacio tras haber contenido la respiración durante mucho tiempo.

Me acerqué al viejo solar en la linde del bosque, al otro lado del campo cultivado, me senté en lo poco que quedaba de los cimientos, y miré hacia atrás, a la casa de la que acababa de salir.

Siempre me había gustado sentarme allí. A veces resultaba liberador ver la casa a cierta distancia; empequeñecía a las personas que había en ella. Se me ocurrió esa idea cuando era una adolescente. Mis padres estaban allí dentro, allí reinaban, pero solo allí, porque el mundo fuera de ellos era enorme. ¿A quién le importaba lo que pasaba en esas pequeñas habitaciones de esa pequeña casa?

Ahora era yo la que vivía en la casa, pero el pensamiento seguía

surtiendo efecto, con la diferencia de que ya era lo que yo hacía, de que ya era mi vida, lo que se veía desde fuera empequeñecido, y no era todo.

En el cielo acababan de asomar unas cuantas estrellas. Era como si en realidad no quisieran ser vistas y sin embargo estuviesen obligadas a ello, y se dieran tan poca importancia como les era posible. Como Line, pensé, y sonreí, cuando participó en una obra de teatro en la clausura del curso en el colegio, y miraba al suelo murmurando su papel en una voz tan baja que nadie la oía.

Entonces algo que estaba ocurriendo en la periferia de mi campo visual captó mi atención, y volví la cabeza.

Una luz apareció sobre las copas de los árboles de la ladera, al oeste. Era como si los árboles estuvieran ardiendo.

Me quedé mirando boquiabierta.

La luz subía y se hacía cada vez más grande. Parecía una estrella, pero la luz era mucho más intensa. Tenía que ser un planeta. Pero ¿qué clase de planeta podía pasar por allí en esa estación del año?

Nunca había visto nada parecido.

Tendría una explicación, pensé. Fuera lo que fuera, era muy hermoso, con esa intensa luz en el cielo pálido justo encima de la oscura colina cubierta de bosque.

Me levanté y seguí la valla a lo largo del bosque. Pronto pude ver cómo el pueblo se curvaba en la ensenada, debajo de la ladera, que impedía que el mar fuera visible a más distancia.

La estrella estaba ya más arriba.

¡Qué deprisa subía!

Pasé por delante de la pequeña laguna que reposaba negra junto al bosque, y subí hasta las viejas casetas de los visones que mi abuelo construyó y explotó durante unos años, y nadie se tomó la molestia de derrumbar, ya que se encontraban en la linde de la granja y en un terreno pedregoso.

Quizá Inge fuera de esas personas que saben los nombres de las estrellas y a qué distancia se encuentran.

¿Por qué iba a serlo?, pensé, refunfuñando de mí misma y de mis ridículos pensamientos. Y, sin embargo, me lo imaginaba frente a la ventana del hospital, mirando fijamente la misma estrella que yo estaba mirando en ese momento.

Qué bobada.

Me acerqué al granero, al otro lado del campo cultivado, sin dejar de mirar la estrella.

¿Podría tratarse de una supernova? ¿Una estrella que se expandía en el momento de morir?

Había en ella algo irreal. O que hacía todo lo demás irreal.

Me detuve delante de la puerta trasera del establo. Recordaba el

calor y el olor a la vez suave y fuerte de las vacas de cuando era pequeña, y no me gustaba ver ahora el frío y la fealdad de los pesebres vacíos, los restos de boñigas y heno, todo reseco e inerte, las paredes casi a punto de desmoronarse. Sin embargo, levanté el viejo gancho y empujé la puerta, que se había atrancado y arañaba el suelo de cemento. Dentro, pulsé el interruptor y, al instante, la estancia estaba bañada en una fuerte luz.

Algo se movía en el pesebre del fondo.

Me quedé quieta.

Apareció un animal. Se acercó al agujero de los excrementos y se me quedó mirando fijamente.

Era un zorro.

Tenía los ojos amarillos, y, al parecer, me estaban estudiando.

No tenía miedo. Luego bajó la cabeza, se dio la vuelta y desapareció por la escotilla del granero.

Mientras la bañera se llenaba lentamente, me desvestí, doblé la ropa y la metí en la cesta de la ropa sucia. De pie, desnuda, me miré en el espejo. Era algo que raramente hacía, pero ahora quería ver el aspecto que tenía ante los demás.

Mis muslos eran blancos y redondeados, y mis caderas anchas. Tenía la tripa blanda y se me marcaban unos pliegues bastante grandes cuando me inclinaba hacia delante.

Me pasé las manos por las caderas, daba una impresión de torpeza, como si de repente me sintiera incómoda conmigo misma.

Malgasté la veintena y la treintena en aceptar mi cuerpo. Todo lo que acepté entonces había cambiado, así que ahora tendría que empezar de nuevo.

¡Ufff!

Era mucho mejor no ser nada para ningún hombre. Así todos esos pensamientos se desvanecían.

Cerré el grifo y metí un pie en la bañera. El agua ardía, pero, aunque escocía, la dejé como estaba y me senté.

Durante unos segundos tuve que emplear toda mi fuerza de voluntad para seguir sentada. Luego resultó agradable.

Me eché hacia atrás, el agua caliente me escocía en el torso. Luego eso también resultó agradable, y cerré los ojos.

Después del chapoteo, se hizo el silencio. Apenas me llegaban los sonidos de la televisión del salón y el débil zumbido de la cascada del valle.

El sonido de las gotas que se juntaban en pequeños racimos en el grifo para luego caer una por una.

Me pasé la mano por la frente y luego por el pelo mojado, estaba a punto de coger el champú cuando sonó el móvil.

El sonido interrumpió el silencio de un modo infernal, me incliné sobre el borde de la bañera, cogí el pantalón y saqué el teléfono. Me llamaban del hospital.

Se trata de Inge, pensé. Ha tenido un derrame.

Pero no se trataba de Inge, sino de Ramsvik, estaba muriéndose y un equipo de donación de órganos venía de camino desde Oslo.

Me sequé rápidamente y me puse la ropa limpia que había dejado preparada. Luego fui al salón.

Mi madre abrió los ojos cuando me detuve delante de su cama.

–¿No estás dormida? –le pregunté–. ¿Pasa algo?

–No –susurró.

–Por desgracia, tengo que volver al trabajo. ¿Estás bien?

–Sí –susurró.

–¿Quieres un poco de pan con algo?

–No –susurró–. Line...

–Yo se lo diré –dije–. Ella se apaña. ¡No tengas miedo de pedirle ayuda!

Todo estaba en silencio cuando cerré la puerta y me dirigí hacia el coche. El fiordo, ligero y reluciente, la montaña, pesada y callada, el cielo despejado.

¡Menos mal que no era Inge!

Había pensado en ello de vez en cuando durante todo el día, que de repente yacería con aquellas grandes pupilas negras muertas y el cerebro lleno de sangre.

Ocurría de vez en cuando.

Di marcha atrás hasta el camino de grava, me puse el cinturón de seguridad, metí primera y bajé la cuesta más deprisa que de costumbre.

En medio del camino, delante de la valla, vi un animal. Primero pensé que era un perro, pero al acercarme vi que era un zorro. Seguramente el mismo, pensé. No reduje la velocidad, convencida de que saltaría hacia un lado y desaparecería. Pero no lo hizo.

Frené justo delante de él.

Me miró.

Toqué el claxon y apagué el motor, el zorro seguía allí parado.

Por fin, cuando abrí la puerta y estaba a punto de bajarme, correteó despacio hacia el prado, donde al instante desapareció en la hierba.

Alguien le estaría dando de comer, pensé, mientras seguía conduciendo. Estaba casi domesticado. Qué vergüenza, ¿en qué pensaba la gente? Los animales salvajes debían seguir siendo salvajes.

Apenas se veían coches, y conduje lo más deprisa que me atrevía por aquellas carreteras estrechas. Al otro lado de la montaña, donde la

carretera de la ciudad giraba hacia el oeste, y era como si el paisaje se allanara, volví a ver la estrella, brillando baja sobre las cimas de las montañas. Era como si ya me hubiese acostumbrado a ella, y su belleza fuera bienvenida. Ese paisaje azulado en su calma nocturna, la estrella que brillaba con tanta fuerza y claridad en ese cielo por lo demás vacío.

Cuando vivía en Oslo, era enfermera de quirófano en el Hospital Central. Me encantaba mi trabajo, pero aquella manera intensa y estresante que lo hacía tan duro no encajaría con la vida de aquí, pensé, cuando decidí mudarme al hogar de mi infancia. Solicité entonces un puesto de directora de unidad. Pero alguna vez, durante intervenciones largas, me pedían ayuda. Yo no tenía nada en contra, pagaban bien, y a veces el trabajo cotidiano era demasiado administrativo.

En esa sala todo trataba de vida y muerte. Y todos los que habían estado allí querían volver.

Incluso ahora, pensé, mientras atravesaba el silencioso valle en la noche, se trataba de vida o muerte. El paciente estaba muerto, pero sus órganos vivían y ahora vivirían dentro de otra persona.

Para protegerme del siguiente pensamiento, que no solo fuera un paciente, sino Ramsvik, saqué el CD anterior y metí uno nuevo.

Eurythmics, «Here Comes the Rain Again».

Cómo me gustaba esa canción.

Se me ocurrió pensar que podría pasar por la habitación de Inge, no habría nada extraño en ello, era un paciente de mi unidad. Y, con algo de suerte, también estaría despierto. Canté:

Here comes the rain again
Falling on my head like a memory
Falling on my head like a new emotion

I want to walk in the open wind
I want to talk like lovers do
I want to dive into your ocean
It is raining with you

Por toda esa zona, las granjas habían sido casi imperceptiblemente sustituidas por viviendas unifamiliares, cada vez más cerca una de otra, hasta formar esa ciudad que por fin se extendía iluminada debajo de mí. Cuando atravesaba la llanura, después de haber cruzado el río, vi un helicóptero que volaba muy bajo. Debía de ser el equipo de Oslo, pensé, y aparqué delante del hospital en el momento en el que el helicóptero aterrizaba en la plataforma al otro lado. Ramsvik, que durante mucho tiempo había sido una sombra en mi conciencia, apareció con mucha fuerza en mi mente cuando crucé el aparcamiento

y bajé al sótano. Esa noche, sus dos hijos habían perdido a su padre.

Inspiré profundamente un par de veces. La muerte pertenecía a la vida. La muerte era algo natural. Todo el tiempo venía a llevarse a personas. Esta vez se trataba de Ramsvik. También era algo completamente natural. Y que los hijos perdiesen a su padre también era algo completamente natural.

Con esos pensamientos en la cabeza, que siempre me venían cuando la muerte andaba cerca, me cambié a toda prisa y cogí el ascensor del quirófano.

Ramsvik yacía conectado a un pulmón artificial en medio de la sala intensamente iluminada, rodeado de cables y monitores. Había cinco médicos en la estancia. Henriksen, de nuestro hospital, estaba al lado de la mesa de operaciones hablando con el que, según entendí, era el jefe de la unidad coronaria.

Camilla me hizo un rápido resumen de la situación cuando entré. Esa misma tarde Ramsvik tuvo otra hemorragia tan fuerte que no se pudo hacer nada, los daños del cerebro eran irreparables. Lo conectaron inmediatamente a un pulmón artificial, y seguía con vida para que los órganos no resultaran dañados.

Era imposible creer que estaba muerto. Su pecho subía y bajaba, y el corazón latía. Tenía el mismo aspecto que cualquier paciente anestesiado.

A mí me caía bien. Era un hombre poco convencional.

–Me alegro de verte, Solveig –dijo Henriksen–. ¿Estás bien?

Sus ojos me sonrieron por encima de la mascarilla.

–Hm –respondí.

–Creo que vamos a empezar ya.

–De acuerdo –dije.

El procedimiento era que Henriksen dirigiría la operación hasta que se desconectara el pulmón artificial y se ocuparan los médicos de Oslo. Cuando hubieran extraído el corazón, se volvería a ocupar el equipo de Henriksen y extraerían los órganos abdominales.

Normalmente él ahora habría puesto música. Su playlist era de la década de los cincuenta, Elvis, Jerry Lee Lewis, Bo Diddley, pero también Frank Sinatra y otros crooners. A mí me parecía una música un poco tonta, pero siempre me había gustado Elvis. Sobre todo, «Blue Moon».

Esa noche, sin embargo, todo iba a desarrollarse en silencio, por respeto al fallecido.

Me acerqué a Ramsvik. Tenía ahora mejor color en las mejillas que cuando lo había visto. Empecé a prepararme, saqué las agujas hipodérmicas que se emplearían cuando el pecho se hubiese abierto, pinzas, escalpelos, sondas, sierra, mientras Camilla preparaba la

máquina que se ocuparía de la circulación de la sangre. Los médicos de fuera estaban detrás de nosotros, charlando con los brazos cruzados sobre el pecho.

Miré los monitores. Todo funcionaba normalmente. El corazón latía a un ritmo regular y seguro.

Henriksen se inclinó sobre Ramsvik y miró a Kyvik, que detuvo la administración de medicación. Henriksen cogió el dedo pulgar de Ramsvik y lo apretó con fuerza sobre la uña. Miré la cara de Ramsvik, que seguía totalmente inmóvil. No tenía ningún tipo de anestesia, pero su cerebro no registraba ningún dolor, estaba sin vida.

–¡Todo cuidado es poco! –exclamó Henriksen, riéndose un poco antes de enderezarse–. ¡Vale! ¡Podemos desconectar el pulmón artificial!

Él mismo lo hizo, mientras yo sacaba el tubo de la boca de Ramsvik.

Todos mirábamos los monitores. A veces podían pasar horas hasta que cesaba la respiración y se paraba el corazón. Si pasaban más de noventa minutos, los órganos no se podían utilizar. Pero eso casi nunca ocurría.

Ahora tampoco ocurriría. La tensión arterial caía regularmente, a la vez que la respiración se debilitaba cada vez más. Tras más o menos un minuto, se detuvo por completo.

En el monitor, la curva del corazón se allanaba lentamente, hasta que el corazón dejó de latir, y solo era ya una raya en la pantalla. Sonó una señal de alarma.

En la imagen de ultrasonido, el corazón aparecía completamente inmóvil.

–Cinco minutos a partir de ahora –dijo Henriksen.

Salió de la sala, acompañado por uno de los médicos ayudantes.

Miré ese cuerpo inánime que solo unos segundos antes estaba vivo. De repente me subió por dentro ese leve rasgueo con el que se iniciaba «Blue Moon». Fue como si se tocara dentro de mí, como si sonara allí de verdad y no fuera un recuerdo.

Miré al resto de los presentes y me bañó una ola de sentimientos.

Blue Moon
You saw me standing alone
Without a dream in my heart
Without a love on my own
Blue Moon

Parpadeé para deshacerme de las lágrimas, procurando no encontrarme con la mirada de nadie, mientras en colaboración con los enfermeros del equipo de donación empecé a preparar la última fase

de la operación, que era la más larga. Se iba a abrir el pecho y a sacar los distintos órganos, era una tarea minuciosa y ardua, no se podía cometer ningún error, todo debía llevarse a cabo con rapidez y precisión.

Blue Moon
You knew just what I was there for
You heard me saying a prayer for
Someone I really could care for
And then there suddenly appeared before me
Blue Moon

–Tú has hecho esto alguna vez, ¿verdad? –me preguntó uno de los enfermeros, un hombre de treinta y tantos años. Tenía un aspecto poco saludable, con bolsas bajo los ojos, pero así se veían todos con aquella luz tan fuerte.

–Trabajé hace unos años en el Hospital Central de Oslo –contesté.

–¿De enfermera de quirófano?

–Sí.

–¿Y acabaste aquí?

–Soy de aquí –contesté–. Quería volver a casa.

–¿Lo conocías? –preguntó, señalando a Ramsvik con la cabeza.

–Era mi paciente.

Movió la cabeza para mostrar su simpatía. Por detrás de nosotros entraba Henriksen.

–Ya han pasado cinco minutos –dijo–. ¿Ninguna señal de vida?

–No.

–Entonces manos a la obra –dijo–. Adelante.

Lavé y esterilicé el pecho, el vientre y la ingle del muerto. Kyvik le administró heparina y Henriksen le colocó los tubos de la máquina del corazón y pulmones en la ingle. En uno metió un globo que se infló debajo del cerebro, de tal modo que se bloqueara toda afluencia de sangre. Luego Henriksen conectó la máquina que bombeaba y hacía circular la sangre, y le suministraba oxígeno.

Era algo que siempre me había parecido escalofriante, porque ahora la parte inferior del cuerpo estaba viva, mientras que la superior estaba muerta. La cabeza, el cuello y el pecho por encima del corazón se ponían azules, mientras la parte inferior del cuerpo seguía fresca y caliente.

En la sala había una actividad febril. Acerqué la bandeja con bisturíes, escalpelos y pinzas, y los coloqué por última vez antes de que el médico empezara. El voluminoso cuerpo de Ramsvik yacía inmóvil en la mesa delante de nosotros; la cara estaba blanca, drenada de sangre, con un suave tono azulado.

Se cubrió todo el cuerpo, excepto el pecho y el vientre. Alcancé el escalpelo al médico, que hizo un largo corte desde el cuello hasta el hueso del pubis. Brotó sangre fresca y roja. Hecho eso, me devolvió el escalpelo, y después de dejarlo en el bote, le di la sierra. Miré la cabeza de Ramsvik cuando el médico empezó a serrar.

Yacía con los ojos abiertos.

–¡El paciente está despierto! –grité.

–No digas tonterías –dijo el médico del equipo de donación, y paró la sierra–. No es posible.

Pero también él vio los ojos abiertos.

–Jamás había visto algo parecido –dijo–. Pero sí recuerdo uno que gritó después de muerto. Eso sí que fue espantoso.

Volvió a poner en marcha la sierra.

Pero esos ojos abiertos no eran unos ojos muertos. Había vida en ellos, lo vi. Era como si el hombre estuviera mirando el mundo desde un lugar muy, pero que muy lejano.

Pero su corazón no latía. Y el cerebro llevaba ya mucho rato sin sangre.

Sin embargo, en esos ojos había vida.

–¿Seguro que está muerto? –dije–. ¿Puede haber fallado el globo?

Tanto el médico de Oslo como Henriksen me miraron irritados.

–No es más que un reflejo –dijo el médico de Oslo. El cerebro está muerto. Hace mucho que el corazón no late. Es imposible que esté vivo.

–Mira la radiografía, Solveig –dijo Henriksen–. Y la tensión arterial. El globo funciona.

–Está muerto como un pez –dijo el médico de Oslo–. Continuemos.

Se inclinó hacia delante y acercó la sierra al esternón. Un fino polvo se elevó cuando la metió a presión en el hueso, y al bajarla lentamente, brotó sangre fresca y roja.

Ramsvik abrió la boca.

–¡Para! –grité.

El médico volvió a apagar la sierra.

–Aaaaaaaaaaa –se oyó en un tono bajo, casi inaudible, procedente del cuerpo de la mesa.

–¿Qué coño está pasando aquí? –dijo el médico–. No puede ser. ¡Es imposible!

Miré el monitor. El corazón había vuelto a latir. La curva era poco pronunciada, pero era una curva.

–¡El corazón está latiendo! –exclamé.

El hombre estaba vivo.

Una especie de pánico se extendió por el quirófano. Por encima de las mascarillas, los ojos mostraban miedo, buscando algo en que fijarse.

–La definición de muerte es que es irreversible –dijo Henriksen–. No es posible volver de ella. Así que no está muerto ni lo ha estado.

–Dios mío –dijo el enfermero.

–¿Qué hacemos ahora? –dijo el médico del equipo de donación.

–Lo cosemos y luego escaneamos el cerebro –contestó Henriksen.

–Así que esta noche nada de órganos –dijo el médico del equipo de donación.

–Así es –dijo Henriksen.

–¿Cómo es posible? –dijo el otro médico sacudiendo la cabeza–. No ha habido circulación en el cerebro durante media hora. El corazón no ha latido. Y el globo ha funcionado, ¿no es así?

–Al parecer sí –dijo Henriksen–. Pero la cuestión es que está vivo.

–¿Qué pasará con él ahora? –pregunté.

–No vamos a administrarle medicación –contestó Henriksen–. Nada de alimento. Y así morirá tranquilamente y en paz. Es lo mejor para todos.

Levantó la voz.

–Que no salga de esta sala una sola palabra sobre lo ocurrido, ¿entendido? Ni una palabra en Oslo ni una palabra aquí.

Me quité el gorro, la mascarilla y la bata, los metí en la cesta y fui a por un café. Henriksen, que estaba lavándose las manos, volvió la cabeza hacia mí.

–El corazón de una persona cuyo cerebro está muerto puede tardar hasta veinticuatro horas en pararse –dijo.

–Pero su corazón se paró al cabo de unos segundos –objeté.

–Sí, sí –dijo él–. Ha sucedido alguna vez. No hace muchos años ocurrió algo parecido en Suecia. El paciente había sido declarado con muerte cerebral, e iban a extraerle los órganos cuando de repente abrió los ojos.

–Oí hablar de ese caso –dije–. Pero seguro que se equivocaron. Ese paciente no pudo estar en muerte cerebral.

–Es verdad –dijo Henriksen.

–Pero Ramsvik sí estaba en muerte cerebral –dije–. Todos lo vimos.

–Lógicamente no puede haber sido así –dijo Henriksen–. Tuvo que ocurrir algo con el globo. Tal vez no ha funcionado. Eso también pasa, ¿sabes? Nada es infalible.

Sonrió.

–No es muy tarde. Nos da tiempo a tomar una copa. ¿Te vienes?

Me guiñó un ojo.

–No, gracias –contesté.

–De acuerdo –dijo–. Otra vez entonces.

Sacó un pequeño bote de espray, abrió la boca, se administró tres pulsaciones, se limpió los labios y volvió a meterse el bote en el

bolsillo.

–Nicotina –dijo–. ¡Hablamos, Solveig!

Esperé unos minutos, antes de coger el ascensor hasta abajo, donde estaba mi unidad. Jorunn salió de la sala de guardia justo cuando yo salía del ascensor, seguro que lo había oído llegar.

–Hola, Jorunn –dije–. ¿Qué tal? Solo voy a coger una cosa.

–Has estado en la extracción de órganos, ¿no? –preguntó.

–Sí –contesté.

–Pobre hombre –dijo.

–Pues sí –asentí, y entré en mi despacho, metí un archivador de anillas nuevo en una bolsa de plástico, salí y me acerqué a la habitación de Inge.

Llamé con cuidado y abrí la puerta.

Estaba sentado en la cama, apoyado en varias almohadas. Cuando entré, volvió la cabeza hacia mí. Estaba pálido y tenía cercos oscuros bajo los ojos. Y una suave sombra de barba en las mejillas y la barbilla. Le ardían los ojos.

–¿Aún estás trabajando? –me preguntó. La voz era baja, pero no débil.

Asentí con la cabeza.

–He asistido en una operación, pero ya me voy a casa.

–Vaya –dijo.

–¿Qué tal estás? –pregunté.

–Estoy vivo –contestó–. Eso es lo más importante, supongo. ¡Por lo menos para mí!

–¿Te sigue doliendo la cabeza?

Asintió como reluctante.

–Eso no es de extrañar. Han estado hurgando ahí dentro durante horas.

Sonreí.

Él también sonrió.

–Llama y pide ayuda si te duele demasiado –dije.

–Lo haré –dijo.

Hubo una pausa.

Entonces empezamos a decir algo los dos al mismo tiempo.

–Crees que podrías... –dijo él.

–Has visto... –dije yo.

Volvimos a sonreír.

–¿Qué ibas a decir? –le pregunté.

–Tú primero –dijo él.

–No, tú –insistí.

–No era nada emocionante –dijo–. Solo quería pedirte que me subieras las persianas. No puedo dormir y me gusta mirar fuera.

–Claro que sí –dije, y me acerqué a la ventana.

La nueva estrella lucía en lo alto sobre la ciudad.

–¿Qué crees tú que es? –pregunté.

–¿La nueva estrella? –dijo.

–Sí –asentí, mirándola con la cabeza levantada.

–Es una nueva estrella –dijo.

–¿La nueva estrella es una nueva estrella? –pregunté.

–Tiene que ocurrir –dijo él–. Que se creen nuevas estrellas en el universo.

–Sí –asentí.

–¿Qué ibas a decir tú?

–No era nada –dije–. Ahora tienes que intentar dormir un poco, o al menos descansar. No te molesto más. Solo quería ver cómo estabas.

–Estoy bien –dijo–. ¿Vienes a trabajar mañana?

Me di una ducha rápida en el vestuario del sótano, estaba sola, me vestí, abrí la puerta y salí al cálido aire nocturno. Hacía bochorno, y pensé que seguro que pronto habría tormenta.

Me sentía contenta e intranquila a la vez. La música sonó cuando arranqué el coche, estaba alta y pertenecía a otro estado mental, así que la apagué, bajé la ventanilla, salí a la carretera y crucé el río. El semáforo del cruce estaba rojo, y miré hacia ese restaurante que se llamaba Riverside y que estaba a orillas del río. Había fuera unos veinte jóvenes, algunos sentados en los capós de los coches, la mayoría con una botella o un vaso en la mano. Como tantas veces cuando volvía de un día muy intenso en el trabajo, pensé en lo diferente que era el mundo fuera. Ninguno de esos jóvenes pensaba nunca en lo que ocurría dentro del hospital día y noche. Claro que no. ¿Por qué iban a hacerlo? La muerte siempre estaba en otra parte. Hasta que llegaba a alguien cercano, lo que ocurría siempre, y por algún tiempo alejaba un poco la vida que llevaban.

La luz se puso verde y cogí la desierta carretera principal que salía de la ciudad y se adentraba en el valle. Llevaba la nueva estrella a la espalda. El gran rebaño de vacas que fueron importadas aquí hace unos años para producción de carne yacía en el prado, y parecían piedras con esa luz gris de final del verano. Estaban fuera todo el año, y las veía todos los días. Ese invierno vi a una muerta en el campo por la mañana, ya la habían recogido cuando volví a casa por la tarde, y en la primavera viví el momento en el que un ternero recién nacido se ponía en pie por primera vez, con las patas temblando y la madre bajando la cabeza hacia el pequeño cuerpo para lamerlo.

Eran criaturas hermosas, y parecían tener una vida armoniosa, incluso cuando en invierno se encogían contra el viento y la nieve.

Vi en mi mente a Ramsvik en la mesa de operaciones con los ojos abiertos. Ese sonido bajo y atormentado que salía de él.

Por suerte, no era yo la que tenía que escribir el informe de la

operación.

¿Qué podría decirse en él?

El corazón se le paró cuando fue desconectado del pulmón artificial. La sangre dejó de llegar al cerebro. Así que tendría que estar muerto. El hecho de que el corazón llevara un rato sin latir no era decisivo, mucha gente había recobrado la conciencia tras períodos relativamente largos de paro cardiaco. Lo definitivo era la actividad cerebral.

¿Qué había dicho Henriksen? La muerte es irreversible. No se puede volver de ella. Si Ramsvik volvió, solo significaba que no estaba muerto.

Las edificaciones blancas de las granjas diseminadas por el paisaje que me rodeaba brillaban mates, y sin embargo intensamente en la luz grisácea. La mayoría de las ventanas estaban oscuras. Miré el reloj del salpicadero: casi las dos.

Todas las luces de la planta baja estaban encendidas cuando llegué a casa. Suspiré para mis adentros. Line nunca pensaba en los demás, no se responsabilizaba de nada.

En cualquier caso, ya era demasiado tarde para educarla.

Estaba a punto de desplomarme de cansancio. No obstante, me preparé una taza de té y una rebanada de pan con algo encima que me tomé de pie delante de la ventana, antes de entrar a ver si mi madre seguía bien.

Estaba profundamente dormida, apagué todas las luces, me eché un poco más de leche en el té para poder bebérmelo de un solo y largo trago, subí al dormitorio, me desnudé, doblé la ropa, aparté el edredón y me acomodé en la cama de lado, con la mejilla apoyada en las palmas de las manos, algo que hacía desde que era una niña.

Estuve despierta hasta muy tarde, demasiado agotada para poder dormirme.

Mi habitación estaba justo encima de la de mi madre. Cuando ella se cambió a esa habitación, pensé que sería una ventaja, así podría oír si algo iba mal, pero en la práctica se convirtió en una fuente de intranquilidad, porque nunca se oía un sonido allí abajo, y muchas veces me imaginaba que mi madre había dejado de respirar y yacía muerta en su cama.

La misma intranquilidad sentía cuando nació Line.

Era como si la respiración fuera algo antinatural, como si el estado natural del recién nacido y de los viejos fuera no respirar, como si el estado sin respirar constituyera un equilibrio y tirara de ellos.

Una de mis amigas del grupo de mamás de aquel entonces lo vivió, estaba en un ascensor con su hija en el cochecito, y de repente la niña dejó de respirar. Por suerte, la estaba mirando justo en ese momento y

sin pensárselo, contó luego, la cogió de los pies y la zarandeó.

Empezó a respirar de nuevo.

Nos reímos cuando lo contó, era gracioso que cogiera a la niña por los pies y la zarandeara, pero todas las que estábamos allí nos identificaríamos con el miedo.

Hacía mucho tiempo de aquello.

Veintiún años.

Lo último que temía ahora de Line era que dejara de respirar. Se encontraba en medio del reino de la respiración.

Mi madre, en cambio, se encontraba en la frontera.

Me incorporé, descorrí la cortina y miré hacia la granja vecina, donde la lámpara del techo brillaba amarilla en la terraza. Seguí con la mirada el sendero hasta donde desaparecía en el bosque, oculto por los inmóviles y oscuros abetos nocturnos. Se oía el zumbido de la cascada. Volví a tumbarme y cerré los ojos. Lo último que recuerdo es un búho que ululó tres veces a lo lejos. Pero eso también pudo ser un sueño.

KATHRINE

Quizá fuera el hermano gemelo del hombre del aeropuerto, pensé, cuando salí de la iglesia y crucé el patio en dirección a mi despacho. Y viajara a Bergen precisamente para asistir al entierro. No era muy probable, pero sí posible.

Tenía la misma cara.

Pero ¿de verdad me acordaba bien de su cara?

Podía ser simplemente alguien que se le pareciera.

Eso sería.

Sonreí a Karin y cerré la puerta, me senté en el escritorio y empecé a contestar los correos electrónicos, que enseguida se amontonaban. Pero no era capaz de concentrarme, salí a por un vaso de agua y cogí una manzana de la fuente de la sala de reuniones. Luego me puse a mirar por la ventana mientras me la comía. El césped estaba amarillo, quemado por el sol, casi blanco por donde empezaba la gravilla del aparcamiento. Al otro lado de la calle, detrás del cementerio, vi agua que era lanzada al aire y a lo lejos oí el tictac del aspersor, pero tan bajo que podían ser imaginaciones mías.

Miré la foto de Gaute y los niños, era del verano anterior, estaban sentados en una roca mirando a la cámara, Marie en las rodillas de Gaute, Peter a su lado.

Mi pandilla.

Tal vez debería comprarle un móvil a Peter, pensé. Así podríamos enviarnos mensajes durante el día. A él le daría seguridad.

Peter era especial, diferente a los demás chicos, y sus compañeros de clase habían empezado a rechazarlo. Él no sabía por qué e intentaba destacar de las maneras que le eran accesibles. Creía que saber más que ellos lo ayudaría. Como si fueran a querer estar con él al ver lo listo que era y cuánto sabía.

Su profesor me llamó un día en primavera. Había ocurrido algo con Peter y un alumno que tartamudeaba. Peter lo imitó delante de los demás intentando hacerle decir palabras difíciles. No le dije nada cuando llegué a casa, esperaba que tal vez nos lo contara él. Como no lo hizo, fui a su cuarto por la noche, antes de que se durmiera. Estaba tumbado con la mejilla apoyada en la almohada, y me miró interrogante al verme. Acababa de darse un baño y estaba limpio y guapo. Su mirada era inocente, pero de repente había en ella miedo: sabía de qué se trataba.

Me senté en el borde de la cama.

–Tu profesor me ha llamado hoy –dije.

Peter no dijo nada, miraba al frente y, de repente, su mirada se quedó completamente vacía.

–Me ha dicho que te burlaste de un niño que tartamudea. ¿Lo hiciste?

–No lo hice aposta –dijo en voz baja.

–¿Entonces qué hiciste? –dije.

No contestó.

–Peter, ¿qué hiciste?

–No fui yo solo. Los demás también lo hicieron.

–Eso no es excusa –dije–. Lo acosaste. ¿Has pensado en cómo debe de sentirse él? ¿Lo has pensado?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–No sabía que era malo –susurró.

–Claro que lo sabías –dije.

–¡No! –exclamó casi gritando, y se echó a llorar.

Era como si estuviese poseído por algo. Su cuerpo se retorcía debajo del edredón, sollozaba ruidosamente, las lágrimas le chorreaban.

–Peter –dije.

–¡No-lo-sabía! –sollozó.

–Tendrás que rectificar –dije–. Tendrás que pedir perdón. Y no volver a hacerlo jamás.

–¡No-lo-sabía! –repitió, retorciéndose, con la mirada llena de desesperación.

–Peter, tranquilízate –dije, acariciándole el pelo.

Empezaron a salir de él una especie de aullidos. Se echaba hacia delante y hacia atrás.

Estaba histérico.

–¡Peter! –dije, intentando tranquilizarlo–. Ya basta.

–Aaaaaaaahh –decía–. Aaaaaaaaahhhh.

–Ya basta, Peter –volví a decir, y me levanté–. Mañana en el colegio le pides perdón y ya está.

Me incliné sobre él, y le puse una mano en el hombro.

–Buenas noches –dije.

Él me miró.

Apagué la luz, cerré la puerta y bajé al salón, donde el televisor estaba encendido y congelado en la imagen de un hombre bajándose de un coche en algún lugar de la campiña inglesa.

–¿Gaute? –dije.

–Estoy aquí –dijo desde la cocina.

Estaba sentado a oscuras en una banqueta junto a la encimera, comiendo los restos de la comida, con el móvil frente a él. Solo estaba encendida la luz de encima del horno.

–¿Qué tal ha ido? –preguntó.

–Bien –contesté, saqué un vaso del armario, lo llené de agua y me la bebí apoyada en la encimera con una mano.

–¿Ha llorado?

–Sí, estaba muy arrepentido.

–¿Y cómo está ahora?

–Sigue llorando, creo.

–¿Lo has dejado solo?

Gaute me miró.

–Tiene que aprender a controlar sus sentimientos –dije–. Y tiene que aprender por su cuenta.

Nuestras miradas se cruzaron un instante. Luego Gaute miró al frente.

Eso significaba que le disgustaba lo que acababa de decir.

Significaba desacuerdo.

–No subas a verlo, ¿vale? –dije.

–Se dormirá pronto –dijo, y me miró otra vez, antes de volver a bajar la vista.

Los trozos de cordero de su plato, que unas horas antes estaban blandos y jugosos, se veían blancos de grasa solidificada. Se los comía con las manos.

–¿Qué estás viendo? –pregunté mientras metía el vaso en el friegaplatos a su lado.

–Inspector Morse –contestó–. O espera, ahora se llama Lewis, ¿no? ¿Ahora que se encarga su ayudante?

–Sí –dije–. ¿El inspector Lewis, quizá?

Me volví y miré por la ventana. Las luces de las casas de la suave ladera eran agradables, al menos en comparación con la chillona iluminación de los edificios industriales de la carretera. Al otro lado había nuevas filas de casas, antes de que la montaña, que vestida de árboles se erguía hacia el cielo medio negro medio gris, dominara el paisaje.

–¿Vemos juntos lo que queda del episodio? –sugerí.

–Si quieres… –dijo–. Pero voy por la mitad.

–De todas formas, no me gustan las series policiacas –dije.

Gaute sonrió, abrió la puerta del frigorífico y empujó los trozos que no se había comido del plato al recipiente de plástico con los demás restos.

–¿Alguien se los va a comer? –pregunté–. No hago más que tirar restos del frigorífico.

–Podemos hacer boloñesa con carne de cordero en lugar de con carne picada –dijo–. Está rica, ¿sabes?

–Vale –dije y me fui al salón. Me detuve delante del sofá a escuchar. Arriba todo estaba en silencio. En la cocina se oía correr el

agua del grifo, sería Gaute, que se estaba lavando las manos.

Me senté, saqué el móvil y miré los titulares de la primera página del periódico local. Sabía que Gaute entraría a ver al niño.

–Ponla ya, si quieres –dijo detrás de mí–. Yo tengo que ir al baño primero.

–Te espero.

Iría primero a ver a Peter, supuse, cuando sus pasos sonaron en la escalera. Se sentaría en el borde de la cama y lo consolaría un rato antes de ir al baño y tirar de la cadena para que yo pensara que había estado allí todo el tiempo y justo entonces acababa.

Con ello boicotearía lo que yo había dicho. Tal vez no fuera el fin del mundo. Lo peor era que lo hiciera a escondidas. Que no se atreviera a tener esa pequeña confrontación conmigo. Esos minutos que robaría con Peter allí arriba no trataban de Peter, aunque Gaute tal vez lo pensara, sino de él. No era capaz de controlar sus sentimientos. Nunca lo había sido.

De repente se me ocurrió que esa creciente irritación que me subía por dentro cada vez más a menudo, y que en alguna ocasión no era capaz de aplacar y se convertía en enfado, podía ser una forma de autojustificación.

Que algo dentro de mí lo culpaba a él para que yo me librara de otra cosa.

Él no había hecho nada malo. Tampoco había cambiado.

Arriba zumbaban las tuberías.

Inspiré profundamente.

La necesidad de estar sola era tan grande que casi me entró pánico.

Pero lo controlé, encendí el televisor con el mando a distancia y me volví sonriente hacia él cuando bajó la escalera.

–¿Ya la has puesto? –preguntó.

–Hace cinco segundos –contesté.

Se sentó a mi lado.

–¿Quieres tomar algo? –dijo–. ¿Un café, un té o algo?

–Creo que es un poco tarde para eso –dije.

–¿Una copa? –sugirió.

–No, gracias –contesté.

Puso las piernas en la mesa y el brazo detrás de mí.

–Pero tú puedes tomarte una si quieres –dije.

–Estoy bien así –dijo.

Vimos el capítulo en silencio. Cuando acabó, apagué el televisor, fui a la cocina y empecé a vaciar el friegaplatos. Él vino detrás.

–¿Pasa algo? –preguntó.

Negué con la cabeza y metí los vasos y las tazas en el armario de dos en dos.

–Si tú lo dices –dijo–. Me voy a la cama. ¿Vienes?

–Enseguida voy –dije, sonriendo–. Solo quiero mirar algo primero.

–Vale –dijo.

Fui al despacho y me puse a trabajar. Arriba sonó la ducha, y suspiré: Gaute solo se duchaba por la noche cuando quería tener sexo.

No era tan raro que pensara que le era infiel, pensé, mirando distraída por la ventana con el corazón de la manzana en la mano. Aunque nos lo pasábamos bien cuando hacíamos el amor, mi aversión contra el sexo iba en aumento, era como si necesitara distancia, y esa distancia no hiciera sino crecer y crecer. Cuando había conseguido la distancia, llegaba otra cosa, y la resistencia y la duda podían entonces desaparecer por completo algunas veces, así que no era eso. Había otro obstáculo.

A mí no me importaba mucho, lo que pasaba era que sentía mala conciencia por él. Pero no podía complacerlo por mala conciencia, eso sería una especie de prostitución.

Él seguro que pensaba en ello. Seguro que se daba cuenta de que algo iba mal. Anoche no volví a casa, y él hizo sus cálculos.

Entendía la lógica.

Pero no entendía cómo podía pensar tan mal de mí.

¿Tan poco me conocía?

Me levanté y tiré el corazón de la manzana a la papelera. Solo faltaba un cuarto de hora para que empezara el funeral. Fui al cuarto de baño a hacer pis, y al volver al despacho me senté, cerré los ojos y repasé en la mente toda la liturgia para concentrarme en lo que tenía que hacer y dejar al margen lo que podía de mi vida.

Unos minutos después crucé el patio en dirección a la capilla. El sol brillaba con tanta fuerza que me escocía en la cara. Estaríamos a más de treinta grados. Y ni un soplo de viento. Las hojas de los árboles colgaban inmóviles.

Pero dentro de la capilla, detrás de los viejos y gruesos muros, hacía fresco.

Me puse la sotana justo cuando sonaba la primera campanada y entré. El organista, Erik, empezó a tocar el preludio. Los dos empleados de la funeraria estaban sentados juntos en la primera fila, con la cabeza baja. El ataúd era negro, lo cual ya no era muy corriente, y me pregunté por qué habían elegido precisamente el color negro cuando no había ningún deseo específico al respecto.

Empecé a cantar. Los dos empleados levantaron la cabeza y me siguieron con voz normal e intrépida.

La noche sonríe hermosa
sobre los hogares
la Tierra y el cielo descansan

tranquilos en la paz sagrada.

Solo el arroyo ruge
bajando del monte escarpado.
Escucha su rugido
en la noche tranquila.

Ninguna noche puede
enseñar paz y tranquilidad al arroyo,
ningún reloj puede
traerle reposo.

Así mi corazón añora
latiendo en mi pecho
un día descansar
en los brazos de padre de Dios.

Era extraño cantar sola con ellos, era claramente teatro, algo que hacíamos sin relación con la situación ni el muerto, pero también me parecía algo bonito y apropiado, como si el canto fuera especialmente importante, ya que no había allí ningún conocido para despedirse de él.

–La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros –dije a las filas vacías–. Estamos aquí reunidos para despedir a Kristian Hadeland. Juntos lo entregaremos a las manos de Dios y lo acompañaremos hasta su última morada. Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna.

Miré el ataúd. Sobre él había una corona de flores en la que ponía Descansa en paz, firmado «Amigos», que es lo que se suele poner cuando no hay ningún remitente.

No podía ser su hermano gemelo, pensé. Estaría aquí. Que el fallecido tuviera un hermano gemelo vivo que no viniera a su entierro era en sí extraño, y aún más extraño era que se hubiera dirigido precisamente a mí en el aeropuerto, la pastora que oficiaría el sepelio de su hermano.

Esa clase de coincidencias no solían darse.

Pero si no era su hermano gemelo, ¿quién era entonces?

¿Podría equivocarme tanto?

Abrí los brazos con las palmas hacia arriba.

–Jesús dice: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.

Los dos hombres miraban al frente. Sus caras no revelaban ningún

sentimiento. Estaban trabajando.

–Oremos –dije.

Junté las manos y agaché la cabeza.

–Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación. Antes de que naciesen los montes. Y formases la tierra y el mundo. Desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios. Vuelves al hombre hasta ser quebrantado y dices: «¡Convertíos, hijos de los hombres!» Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigilias de la noche. ¡Enséñanos de tal modo a contar nuestros días que traigamos al corazón sabiduría!

Levanté de nuevo la vista. La penetrante luz de fuera hacía que los colores de las vidrieras brillasen en rojo, verde y azul, y las paredes, por lo general oscuras, refulgiesen débilmente. Todo resaltaba el vacío allí dentro. Cuando fui al púlpito, vi en mi mente su cara redonda. Su mirada, que al principio era únicamente amable, de un modo un poco insistente quizá, pero que luego se volvió burlona. Como si supiera algo de mí, pensé. Como si supiera quién era yo.

Si era él, resultaría irónico, yo iba a oficiar su sepelio y no sabía nada sobre él.

Pero no podía ser él.

Tenía que dejar ese asunto ya.

Miré a Erik. Sonreía con el pulgar hacia arriba, el muy imbécil. La dignidad era todo en ese espacio, no importaba las veces que estuvieras allí en el transcurso del día.

Tomé aliento.

–Kristian Hadeland nació el 6 de junio de 1956 en el Hospital de Haukeland de esta ciudad –dije–. Y murió en esta ciudad el 23 de agosto, a los sesenta y siete años. Estamos hoy aquí reunidos para despedirnos de Kristian y para recordarlo. Por regla general, los allegados me han hablado antes de la vida del fallecido, sobre sus años de colegio, profesión y familia, grandes y pequeños sucesos de su vida. O lo cuentan ellos, o lo hago yo por ellos. Hoy, junto al ataúd de Kristian Hadeland, no es así. No hay nadie aquí que pueda recordarlo. Todo lo que sabemos de ti, Kristian, es que viviste en esta tierra durante sesenta y siete años. Fuiste un bebé, inocente y amado, y luego un niño que crecías hacia el mundo. Veías el sol y la luna, veías los árboles y las flores, veías las casas y los coches, veías el mar y el cielo. Fuiste un joven lleno de sentimientos y vida, y luego un hombre que seguía su trayectoria vital, sintieras que la decidieras tú, u otros. Ahora todo esto queda atrás, tus días en esta tierra están contados. Ahora estás en manos de Dios. Fuiste un ser humano en lo bueno y en lo malo, y como tal te recordamos. La vida es sagrada, y es la muerte la que la hace sagrada, y el sentido de la vida es Dios.

El más joven de los empleados, que hasta ahora había dejado que

la liturgia cayera sobre él sin ofrecer resistencia, como un repentino viento, me miró de pronto con algo parecido a extrañeza en la mirada. Pero cuando hice un gesto con la cabeza a Erik, y este empezó a tocar las primeras notas de «Hermosa es la Tierra», los dos se unieron al canto.

Hermosa es la Tierra
espléndido el cielo de Dios
precioso el peregrinaje del alma.
Por los bellos
reinos de la Tierra
vamos al paraíso cantando.

Tiempos llegarán
tiempos pasarán,
estirpes seguirán a estirpes.
Jamás enmudecerán
los tonos del cielo
en el alegre peregrinaje del alma.

Lo cantaron los ángeles,
primero a los pastores del campo;
de alma en alma hermosa sonaba.

Paz en la Tierra,
alégrate ser humano.
Hoy nos ha nacido un salvador eterno.

La música enmudeció. Yo no sabía si el fallecido había sido creyente. Si había creído en Dios. Probablemente no, ya casi nadie era creyente.

¿Lo era yo?

Ninguno de esos pensamientos aquí. Nunca esos pensamientos aquí.

–Veamos lo que dice la palabra de Dios sobre la vida y la muerte, sobre el Juicio y nuestra esperanza en Jesucristo –dije.

Abrí la Biblia que tenía delante y empecé a leer:

–«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir, lo mismo que el mar. Vi además la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios, preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido. Oí una potente voz que provenía del trono y decía: "Aquí, entre los seres humanos está la morada de Dios. Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con

ellos, y será su Dios. Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir.” Él que estaba sentado en el trono dijo: “¡Yo hago nuevas todas las cosas!”

»Estas son las palabras del Señor.

Cerré el libro.

–Este pasaje de la Biblia, del Apocalipsis de Juan, es uno de los que más a menudo se leen en los funerales –dije–. Es porque infunde esperanza, porque trata de la esperanza, de una liberación de todo lo que es malo en la vida, pero sobre todo del dolor que se siente cuando muere un ser querido. Ya no habrá tristeza, ya no habrá gritos, ya no habrá dolor ni tampoco existirá la muerte, porque «las primeras cosas han dejado de existir». Resulta fácil reducir esto a la ilusión de una persona atormentada ante la llegada de un mundo nuevo en el que todo lo que está mal en este ha desaparecido ya. Pero si pensamos que lo que describe el Apocalipsis de Juan es el reino de Dios, y si entonces pensamos en lo que es Dios, le encontramos sentido. Dios no es tristeza ni dolor, Dios es alegría. Dios no está muerto, Dios es vida. Y más aún, Dios es eterno. Y todo esto existe ahora, aquí, donde estamos hoy. Tanto la alegría como la vida y la eternidad existen. Participamos en la alegría, participamos en la vida, participamos en la eternidad. Pero no somos la alegría, no somos la vida, no somos la eternidad. Es Dios el que es todo eso. En cierto modo, nosotros formamos un poco parte de Dios, algo así como el minuto forma parte de la eternidad, aunque no es eterno, y eso lo hacemos incluso cuando estamos rotos de dolor, añoranza o tristeza. Siempre formamos parte de Dios. Y el hijo de Dios nos enseñó que Dios forma parte de nosotros. «Aquí, entre los seres humanos está la morada de Dios», se lee en el Apocalipsis de Juan. Eso significa que nunca estamos solos. El que podamos sentirnos solos es otra cosa. Entonces tal vez hayamos excluido a Dios, encerrándonos en nosotros mismos junto con el dolor y la tristeza. Así podemos imaginarnos la vida, encerrados dentro de algo oscuro, mientras la luz brilla fuera. ¿Cuál es la verdad sobre la vida? ¿Que sea oscura en sí? ¿O que se haya apartado de la luz? Si nos abrimos ante Dios a través de Jesucristo, que es la luz, nos abrimos a la alegría, la vida y la eternidad. Que están ahí incluso en la soledad, incluso en el dolor.

»Nunca estamos solos.

»No, nunca estamos solos.

Me acerqué al ataúd, agaché la cabeza y junté las manos.

–Oremos.

»Dios eterno, padre del cielo, en tu Hijo Jesucristo nos has mostrado la victoria sobre la muerte. Te rogamos que el Espíritu Santo nos guíe para que nunca nos alejemos de ti, sino que vivamos nuestra

vida con la fe en tu Hijo para alcanzar un día la vida eterna en tu reino, con Jesucristo, Nuestro Señor.

»En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

»Tú me has redimido, Señor, Dios de la verdad.

»En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

»Gloria a Dios, al Hijo y al Espíritu Santo.

»En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Hice una seña a Erik para que empezara a tocar el posludio. Los dos empleados de la funeraria se levantaron y sacaron el catafalco rodando por el pasillo. Yo me coloqué detrás del ataúd, como había hecho tantas veces. Pero esta vez estaba a punto de echarme a llorar, algo que casi nunca ocurría. Quizá porque, por regla general, la atención solía centrarse en los familiares y su dolor, siempre eran ellos los que llenaban el espacio, casi nunca solo el fallecido, como ahora. Había tanto vacío a su alrededor... Y así se manifestó la fuerza de la liturgia. No había caras de dolor que la absorbieran. Porque no trataba solo de ellos, como tan fácil resultaba creer cuando les invadía el llanto, trataba de todos.

Entorné los ojos al salir a la intensa luz del sol. Hacía un calor increíble.

Y había mucha calma.

¿Cómo podían soportar esos trajes negros con este calor?

Bueno, pensándolo bien, la sotana no era mucho mejor.

Llevaron el ataúd por uno de los caminos de grava, a lo largo de la amarillenta hierba quemada y seca, algo más verde más adentro, bajo los grandes y umbríos árboles frondosos, entre multitudes de lápidas.

La nueva tumba se encontraba junto al muro del rincón del cementerio. Las paredes y la tierra marrones parecían heridas en medio de lo verde. Los tablones y la grúa le daban aspecto de obra. Nunca me había gustado esa apariencia provisional que hacía que la bajada del ataúd se convirtiera en algo tan prosaico y mecánico. Por otra parte, así era el mundo, sin acabar y cambiante. Igual de incorrecto habría sido cerrar los ojos ante ese hecho.

Los dos empleados de la funeraria levantaron el ataúd para colocarlo en la plataforma de la grúa. Pesaba, y lo empujaron más que lo levantaron. Aterrizó con un ruido sordo.

–Cantemos el salmo 570 –dije.

Profundas, tranquilas, fuertes, suaves
palabras divinas del puerto celeste
llama, ora, guía el alma
al regazo del buen pastor
da fe de lo que se nos ha regalado:
Jesús es nuestro camino en la vida.

¡Salvador amado, gracias a ti
Por tu piedad con nuestra tierra!
El tiempo transcurre, el mundo se desvanece
aunque para siempre permanecerá tu palabra.
Con tu palabra la piedad permanece
es nuestro resguardo contra todo peligro.

¡Atráete las muchas almas miedosas
mediante tu Espíritu Santo!
¡Por todas partes se desvanece la muerte
ante tu poderosa mano de salvador!
¡Guíanos por los caminos de la vida,
guíanos hasta el final de la vida!

Mientras cantábamos, nos veía desde fuera. Tres seres humanos rodeados de hierba y árboles cantando delante de una tumba abierta en un rincón de un cementerio, mientras los coches circulaban por la carretera y los aviones volaban por el cielo azul. Las voces que se elevaban en el aire y desaparecían, tan frágiles y quebradizas. El ataúd con el cuerpo inerte sobre la tumba, el sol que hacía brillar el barniz negro.

Abrí la Biblia y busqué la página del pasaje bíblico que me tocaba leer. El brillo del sol casi ardía sobre el papel blanco.

Estaba embarazada.

Por eso me había mareado.

Iba a tener un niño.

Ah, no.

Era por eso.

No podía tenerlo.

No con Gaute.

Levanté la vista y miré a los dos empleados de la funeraria, que estaban esperando junto a la tumba con las manos a la espalda.

–Jesucristo dice: «¡No temáis! Yo soy el primero y el último y el vivo. Estaba muerto, pero, mirad, vivo eternamente, y tengo las llaves de la muerte y del reino de los muertos.»

»Oremos.

»Señor Jesucristo, permite que Kristian Hadeland descanse bajo el signo de la cruz hasta la mañana de la resurrección. Ayúdanos en la vida y en la muerte a depositar en ti nuestra esperanza.

El más joven de los hombres puso en marcha el motor, mientras el otro permanecía a su lado cabizbajo y con las manos a la espalda. El ataúd era bajado lentamente a la tumba, que estaba seca por la parte de arriba, donde le había dado el sol, pero húmeda, reluciente y

oscura por la parte de más abajo.

Me incliné hacia delante y cogí la pala que habían dejado allí para mí.

–En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo –dije, metí la pala en el pequeño montón de tierra y eché una palada a la tumba.

Se oyó un breve sonido como espolvoreante, un poco duro cuando la tierra dio en la madera.

–Polvo eres –dije.

Volví a hacerlo.

–Y en polvo te convertirás.

Y otra vez.

–Y del polvo resucitarás.

Me incliné hacia delante, dejé la pala y volví a enderezarme.

–Dice nuestro Señor Jesucristo: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque está muerto, vivirá, y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.»

Me volví hacia los dos hombres:

–Recibid la bendición de Dios.

»Que el señor te proteja y te guarde.

»Que el señor permita que su rostro te ilumine y sea clemente.

»Que el Señor levante hacia ti su rostro y te dé la paz.

Me acerqué a ellos y les di la mano como si fueran los verdaderos desconsolados familiares. Con eso se había concluido la parte formal. Andando por el cementerio se notaba en su lenguaje corporal, de repente se movían de distinta manera, más libres y relajados, el más joven canturreando una canción que reconocí a los pocos segundos como «Wonderwall», el otro se quitó la chaqueta mientras andábamos, y se la echó al hombro, con el dedo pulgar metido en la pequeña presilla.

–¿Puedo fumar un cigarrillo? –preguntó el más joven.

–Claro que sí –contesté–. ¡No tienes que pedirme permiso para eso!

–Por cortesía, sí –dijo y sacó un paquete de Marlboro del bolsillo interior, se puso un cigarrillo entre los labios y lo encendió con un mechero que llevaba en el bolsillo del pantalón–. Bonito sermón. De verdad.

–Gracias –dije.

–Pero eso que dijiste de que es la muerte la que hace sagrada la vida, ¿de dónde lo has sacado? No es de la Biblia, ¿no?

–Es curioso que menciones justo eso –dije–. Porque no lo sé. Lo dije sin más. Me vino sin pensarlo.

–Suerte que no había nadie allí –dijo.

–¿Qué quieres decir? –pregunté.

–¿En realidad no va en contra de todo lo que trata por lo demás la liturgia? La muerte tiene que ser vencida, no ser lo que haga sagrada

la vida, ¿no es así? Tienes razón, estoy convencido, pero no teológica ni litúrgicamente. En ese contexto es casi una herejía, ¿no?

Lo miré cuando nos paramos delante de su coche. Sonrió y abrió los brazos.

–¿Acaso has estudiado teología? –pregunté.

–No, teología nunca –contestó–. Pero sí estudié filosofía. Hace un montón de años.

–Lo que significa que no sabes de qué estás hablando –dije, dándome cuenta de que había elevado el tono de voz.

Él sonrió, inseguro.

–Y sin embargo me acusas de herejía. Yo soy pastora de la iglesia noruega. ¿Con qué derecho me criticas?

–Tranquilízate –murmuró–. No era mi intención.

–Sé perfectamente cuál era tu intención –dije, me di la vuelta y entré en la capilla.

Al instante, oí que el coche se alejaba.

¿Realmente el hombre había traspasado un límite con aquello?, me pregunté, y seguía enfadada cuando empecé a cambiarme de ropa en el cuarto trasero.

Colgué la sotana blanca en el armario, me puse la falda y la blusa, me la abroché, me senté en la silla y me até las sandalias.

Me sentía completamente vacía.

Pero así me sentía siempre después de un entierro, no había nada extraño en ello.

Y tenía derecho a enfadarme. Esa crítica había sido inoportuna y estúpida. E insensible. ¿Ese hombre pensaba que los pastores éramos completamente indiferentes a lo que hacíamos?

Me levanté y me cepillé el pelo delante del espejo, me lo recogí en la nuca y me pinté un poco los labios.

Las sombras bajo los ojos que siempre estaban allí se habían oscurecido aún más.

La blusa blanca no ayudaba mucho a mejorarlo.

¿Qué tenía colgado en el armario del despacho?, me pregunté. Más bien ropa de invierno.

Hacía mucho tiempo que no me compraba nada nuevo. Quizá podría hacerlo hoy.

Estaría bien, pensé, metí el lápiz de labios en la bolsita de maquillaje que guardaba en el despacho, y me eché un vistazo en el espejo.

Me puse las manos en la tripa.

¿Podría realmente estar embarazada?

JOSTEIN

Al otro lado de la ventana donde me encontraba, brillaba el sol, y el cielo estaba vacío y azul. Sospechaba que todas las terrazas de los cafés estaban empezando a llenarse, así que entregué el artículo en el que estaba trabajando un poco antes de las tres, aunque seguro que podría haberse mejorado. De todos modos, a nadie le importaba, y a mí menos. Se trataba de una entrevista con una pintora que abría su primera exposición individual esa misma tarde, en la Galería Abildsø. Me la había mostrado justo esa mañana. Pálida y con el pelo oscuro, un jersey demasiado grande y pantalones tipo mono, llenos de bolsillos, estaba esperando fuera cuando llegamos el fotógrafo y yo. Era triste ver las ganas que tenía de salir en el periódico. Yo quería terminar cuanto antes y sugerí enseguida que entráramos a ver los cuadros. Todos representaban nubes blancas con un fondo azul. ¿Por qué has pintado exactamente nubes?, pregunté. No lo sé, contestó ella. Andaba con las manos en los bolsillos de los pantalones, los hombros encogidos y mirando al infinito, nuestras miradas se cruzaban solo de vez en cuando. Quizá porque las nubes cambian siempre de forma, a la vez que son siempre las mismas, dijo. Y eso es un desafío para un pintor. ¿Por qué?, pregunté. ¿Qué ocurre cuando algo que siempre está cambiando..., bueno, se queda encerrado en una forma fija?, dijo. La miré sin decir nada. Pues sí, dije por fin. ¿Qué ocurre entonces? Estuvo un buen rato sin saber qué contestar, mientras íbamos pasando, lentamente y sin hablar, por delante de más cuadros. En ese momento se acordó de algo, del tiempo. El tiempo, dijo, se detiene en el cuadro. Pero no se detiene fuera del cuadro. Así es, dije yo. Pero ¿qué tiene eso que ver con las nubes? Todo, contestó. Tiene todo que ver con las nubes. Vale, dije, e intenté desde otro ángulo. ¿Quieres decir que tus cuadros aportan una nueva visión sobre las nubes? Ella se echó a reír y dijo que esperaba que no fuera así. Pero quizá, si no era exageradamente ambicioso, esperaba que pudieran aportar una nueva visión sobre la pintura. ¿Qué clase de visión?, pregunté. ¿Qué quieres decir?, preguntó ella. Bueno, has dicho que esperabas que tus cuadros aportaran a la gente una nueva visión sobre la pintura. ¿Cuál es esa nueva visión? Ah, lo he dicho en broma, dijo. Vale, dije. ¿Qué significa esta exposición en Bergen para ti como artista?

No tengo nada en contra de los artistas en sí, los que no me gustan son los que se creen artistas, esas personitas infinitamente egocéntricas y pretenciosas que creen saber algo que nosotros no

sabemos y ver algo que nosotros no vemos, y pretenden darnos lecciones sobre ello. La verdad es que saben y ven menos, y somos nosotros los que deberíamos darles lecciones a ellos, coño. Pero cumplí con mi tarea, y las preguntas que le hice fueron más que respetuosas. No obstante, durante nuestra conversación debió de quedar patente lo que pensaba sobre ella y su arte, porque unas horas después llamó el galerista para quejarse a Ellingsen, el jefe de cultura del periódico, que se acercó a mi mesa a contarme lo que le había dicho el hombre. Yo le dije que leyera mi artículo a ver si descubría en él alguna falta de respeto o algo despectivo. No vio nada malo, así que todo bien. Sabía que le habría gustado poder decirme que me comportara mejor, pero también sabía que no se atrevía.

Idiota.

Antes de acabar la jornada, miré los correos y comprobé que el fotógrafo había enviado las fotos. Le escribí que me parecían bien, me puse la chaqueta y dejé atrás ese horrible paisaje de oficina, no para siempre, por desgracia, sino por esa vez. Nadie levantó la cabeza cuando me fui, todos miraban cabizbajos sus pantallas. Seguro que no estaban escribiendo, sino mirando el número de visitas que habían tenido sus artículos. Eso era lo que más les gustaba hacer.

En realidad, necesitaba ir a mear, pero di prioridad a salir cuanto antes del edificio. Tampoco me gustaba mear al lado de mis nuevos colegas. Podría haber elegido una cabina, pero entonces la gente habría pensado que era incapaz de mear en compañía. Se pueden decir muchas cosas de mí, pero no quiero que me llamen neurótico.

Me detuve en la acera a fumarme un cigarrillo. El sol se reflejaba en el cristal, detrás de mí. El aire ardía y la calle rebosaba de coches y gente, había un ambiente que recordaba al sur. Pero era mi ciudad, no cabía duda: en lo alto, en Sydneshaugen, se erguía la iglesia de Johannes, por debajo discurría la calle de Torgallmenningen. Más allá estaba Fløyen, y fuera de la vista, pero no de la mente, el pico de Ulriken.

¿Adónde podía ir?

Era muy agradable sentarse en Verftet cuando bajaba el sol, pero estaba jodidamente lejos. El café Wesselstuen bastaría para una tarde de lunes.

Por el camino llamé a Turid.

–¿Sí? –contestó.

–¿Y si dijeras hola? –dije.

–Hola –dijo ella–. ¿Qué pasa?

–No pasa nada –dije–. ¿Estás en casa?

–Sí.

–He acabado por hoy. Voy a tomarme una cerveza en Wesselstuen. Estaré en casa sobre las siete.

–Muy bien –dijo ella.
–¿Estás cansada? –pregunté.
–No, no especialmente. ¿Por qué?
–Porque se te oye cansada. ¿A qué hora te vas a trabajar?
–A las ocho.
–Entonces nos veremos por lo menos una hora. ¿Has hecho cena?
–La he dejado en el horno.
–¿Está Ole en casa?
–¡Cuántas preguntas así, de repente!
–Es el periodista que hay en mí –dije.
Ella se rió.
–Está en su habitación –dijo.
–¿Va a salir esta noche?
–No lo sé. Lo dudo. Llámalo y pregúntaselo.
–A mí no me cuenta nada.
–No pierdas la esperanza.
–Oye, ya he llegado. Nos vemos luego.

Colgué, doblé la esquina y bajé la cuesta hacia el Hotel Norge. En la acera, en cuclillas, había un tipo de la Europa del Este, pequeño y de pelo negro, con una gorra en la mano. Pensé que no sacaría mucho allí, aquello no era más que un lugar de paso, si se iba a mendigar, al menos había que hacerlo en un sitio donde la gente se detuviera de una manera natural, o donde gastara dinero y le remordiera la conciencia. El mejor sitio era la puerta del supermercado, la gente salía de allí con los carros llenos de comida y veían al pobre que, suponían, pasaba hambre, y entonces le daban algo.

El hombre levantó la vista al verme pasar. No se le veían los ojos, solo dos estrechos y arrugados pliegues de piel.

Y encima, hasta inclinó la cabeza.

Gestos como ese no se veían en esta ciudad desde hacía cien años, estaba seguro.

Me sentí fatal y miré hacia otro lado.

¿Por qué se humillaban cuando habían elegido venir aquí?

Yo no era partidario del comunismo, pero el sistema de dos bloques, uno bueno y otro malo, uno donde reinaba el capitalismo y otro donde el Estado lo era todo, y luego grupos de países pobres en la periferia, donde se libraba la lucha de verdad, había sido al fin y al cabo estable.

Me acordaba de las manifestaciones de otra época, los desfiles de gente en Torgallmenningen, llenos de banderas y estandartes. Contra los Estados Unidos, contra la Guerra de Vietnam, contra la OTAN, contra las armas nucleares. Se manifestaban contra ellos mismos, eso ya lo sabía entonces, aunque era al principio de mi adolescencia.

Pero ahora ya no se manifestaba nadie, pensé, mirando la plaza,

abarrotada de gente. Había un grupo de jóvenes sentados en la piedra azul. Un poco más allá, en las escaleras, había más personas sentadas, por la plaza, la gente iba y venía.

Pero sí que se manifestaban por el clima y en contra del apocalipsis. Eso era como estar a favor de la vida y en contra de la muerte.

Sorgallmenningen, la plaza del dolor, lo llamé una vez en un artículo.

Y recibí muchos comentarios positivos al respecto.

Subí los últimos metros, llegué a la terraza y miré todas las mesas con las brillantes jarras de cerveza para ver si había algún conocido. No vi a ninguno.

No me importaba sentarme allí solo, pero no parecía haber ni una mesa libre.

¡Qué calor hacía, coño!

Menos mal que llevaba la chaqueta. Los grandes cercos de sudor debajo de los brazos me hacían parecer poco saludable. Y no podía acercarme a la gente y decir que la verdad era que estaba en buena forma.

¿Quizá el Ole Bull?

Miré hacia allí. Pues sí, había algo menos de gente.

En ese momento se levantaron cuatro personas de una mesa. No me lo pensé un segundo, porque dos chicas que estaban en la barra ya se acercaban, pero me abrí camino entre las mesas y conseguí poner una mano en el respaldo de una silla y preguntar si quedaba libre solo unos segundos antes de que llegaran las dos chicas.

–Sí, sí –dijo alguien del grupo que se marchaba–. ¡Puedes sentarte!

–Gracias –dije, y abrí las manos como disculpándome ante las chicas antes de sentarme.

–¿Podemos compartir la mesa contigo? –preguntó una de ellas.

Negué con la cabeza.

–Va a venir más gente –dije–. Lo siento.

Se dieron la vuelta y regresaron a la barra. Tenían que ser estudiantes, seguramente de humanidades, pensé, a juzgar por su vestimenta.

Las dos altas y esbeltas.

¿Debería haber accedido a compartir la mesa con ellas?, pensé, y encendí un cigarro mientras las veía retomar su posición anterior, una copa de vino blanco en una mano, el otro codo apoyado en la barra, pendientes largos, y miradas constantes hacia la terraza.

Si les hubiera dicho que era periodista de cultura habría despertado su curiosidad, y seguro que habrían querido charlar conmigo.

Pero, en primer lugar, habría tenido que contarles un montón de

mierda para llegar a ellas, y en segundo, no tendrían más de veintipocos años, y habría tenido que impresionarlas sobremanera para conseguir follarme a alguna.

Tenía que ser sincero.

Me llevé el brazo a la frente y me limpié el sudor con la manga de la chaqueta. Cuando volví a meterme el cigarro en la boca, mi mirada se cruzó con la de una mujer que hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza, sonriendo levemente mientras hacía un pequeño movimiento con la mano. Tenía el pelo negro y rizado, cincuenta y tantos años, y llevaba un bolso colgado sobre el pecho, a pesar de estar sentada. Sabía quién era, pero no me acordaba, en cualquier caso, le devolví el saludo con un pequeño gesto de la cabeza, entonces me acordé, era una de las excolegas de Turid.

Vi que toda la mesa estaba ocupada por excolegas de Turid.

Resultaría extraño que no me acercara.

Pero entonces tendría que quitarme la chaqueta para guardar el sitio.

En ese instante, un camarero se detuvo delante de mi mesa. Vestía como un camarero de verdad, camisa blanca y pantalones negros, pero su cara carecía de cualquier forma de dignidad. Un adolescente con ojos vacíos y grandes labios, que, obviamente, no conseguía cerrar.

–Una cerveza –dije.

–¿Hansa de barril?

–Pues claro –contesté–. ¿Qué te has pensado?

Sonreí. Él no me devolvió la sonrisa.

Mientras esperaba la cerveza, saqué el móvil para mirar en el periódico lo que había pasado. El asunto principal era una explosión en Arna, con un muerto y un herido. En realidad, no merecía ni unas líneas, pero acababa de ocurrir, así que lo sacaban en primera página. La noticia siguiente era la confesión del concejal municipal Rafaelsen de haber falsificado unas facturas de viajes.

¿Y quién no?

La tercera noticia era la desaparición: «Se intensifica la búsqueda de los cuatro jóvenes», lo que significaba que no tenían ninguna novedad al respecto.

Ese caso sí me apetecía, había de admitirlo. Porque no se trataba de cuatro jóvenes, sino de los cuatro miembros de un grupo de death metal. Posaban con esvásticas, diciendo que se trataba de un antiquísimo símbolo de la India; usaban sangre de cerdo en sus conciertos y rendían culto al diablo, pero eran tan bobos que a la vez rendían culto a Odín y a todo lo antiguo nórdico.

En realidad, no era más que una banda de chicos flacos y con granos, llenos de miedo social y pavor ante las mujeres, pero esa tontería del black metal y todos esos símbolos de violencia y muerte

con los que se rodeaban hacían creer a la gente que se trataba de unos chicos duros, fuertes y malos.

Ya hacía cuatro días que habían desaparecido. Yo estaba convencido de que habían participado en un suicidio colectivo y yacían en algún lugar dentro del bosque. El periódico había entrevistado a algunos de los padres, gente normal y corriente de clase media que vivía en el barrio de Åsane, y ahora estaba fuera de sí de preocupación, claro. Me reí un poco al verlo, porque si esos cuatro seguían con vida, con ese reportaje sus padres habían destrozado todo lo que ellos habían construido. ¡Vuelve a casa, Helge!

Me pusieron delante la jarra de cerveza, dorada y hermosa.

–¿Quieres pagar ya? –preguntó el jovencito, con la bandeja vacía a un lado y todavía con la boca abierta.

–Tomaré alguna más –contesté, y me metí el móvil en el bolsillo–. Pero oye, ¿puedo preguntarte algo?

–¿Sí? –dijo.

–Tú eres de esta ciudad, ¿verdad?

–Sí, de Loddefjord.

–¿Conoces a esos chicos de Kvitekrist?

–¿Los que han desaparecido?

–Sí, esos.

Negó con la cabeza.

–Sé quiénes son, pero no los conozco.

–¿Conoces a alguien que los conozca?

–¿Por qué lo preguntas?

–Soy periodista –contesté.

–Ah –dijo–. Conozco a alguien que conoce al hermano de uno de ellos.

–¿De cuál?

–De Jesper. El batería.

–¿Podrías conseguirme su número de teléfono?

Negó con la cabeza mientras miraba a su alrededor, algo incómodo.

–No creo –dijo.

–¿Crees que no puedes, o lo dices porque no te fías de mí?

–No tengo nada que ver con eso –dijo–. No sé por qué me preguntas a mí.

Se dio la vuelta y fue hacia la barra. Yo di un largo trago, me limpié la espuma de la boca y encendí un cigarrillo.

¡Qué buena estaba la cerveza!

Notaba en el cuerpo que sería una buena noche. Había mucha expectación en el aire, mucha risa y ruidoso parloteo en las mesas que me rodeaban, y no paraba de pasar gente. Era como si todo el mundo estuviera en la calle.

Y el sol seguía alto en el cielo.

Alguien detrás de mí me puso una mano en el hombro. Volví la cabeza y vi la cara risueña de Geir Jacobsen.

–Mira quién está aquí –dijo, sentándose a mi lado.

–Cuánto tiempo –dije–. Ya lo creo. ¿Dónde te habías metido?

–Yo estoy donde siempre he estado –dijo–. Más bien eres tú el que ha desaparecido. Ahora trabajas en cultura, ¿verdad?

–Me temo que sí –dije, apagué el cigarrillo y di otro trago de cerveza–. ¿Quieres una? Yo voy a pedirme otra.

–No, pero gracias de todos modos –dijo–. Voy a trabajar. Te he visto al pasar y he venido a saludarte.

Se levantó.

–¿Sigues teniendo el mismo número?

–Sí –contesté.

–Pues te llamo un día de estos y nos tomamos una cerveza.

–Muy bien –dije–. Me alegro de haberte visto.

–Hablamos –dijo, se deslizó entre las mesas y desapareció por la calle.

Miré hacia una camarera, y cuando me vio, levanté el pulgar. Hizo un breve gesto y llegó enseguida con otra jarra de medio litro. Apuré la anterior y le di la jarra.

El breve encuentro con Geir me había despertado las ganas de compañía, y llamé a John para preguntarle si había alguien en el trabajo que pensara salir. No lo sabía, dijo. Él se iba a casa, pero creía que un grupo había quedado luego, aunque no sabía dónde.

–¿Quieres que lo pregunte por ti? –dijo.

–No, no hace falta –contesté–. Solo era por saberlo.

Colgué.

No debería haberlo llamado.

«¿Quieres que lo pregunte por ti?»

¿Qué se pensaba ese tío? ¿Creía que yo tenía quince años?

Eché un vistazo a la barra. Las dos chicas ya no estaban. Miré a mi alrededor para ver si habían conseguido por fin una mesa.

Seguro que se habían marchado.

Así que mañana saldría un artículo mío sobre una mujer que pintaba nubes.

¿Y qué pensaría un hombre como Geir de eso? Si leyera las páginas de cultura, claro.

Ese tío no era tonto, al contrario que muchos de sus colegas, así que se limitaría a reírse entre dientes de lo estúpido que era aquello, y al mismo tiempo entendería el apuro en el que me había encontrado.

Bueno, tenía que mear. No podía aguantarme como un niño.

Me levanté y colgué la chaqueta del respaldo de la silla. Los cercos de sudor de debajo de los brazos eran grandes como flotadores,

resultaba difícil no pensar en ellos al ir al baño, a la vez que la necesidad de mear crecía conforme me acercaba, y pronto resultó incontrolable. En cuanto entré en el baño apreté el paso, solo para descubrir que había tres tíos haciendo cola delante de los urinarios, y aún más en las puertas de las cabinas.

Salió a presión una gota, pero era pequeña y fue absorbida por los calzoncillos. Eso se podía aguantar. Pero la próxima vez no sería una gota, sería un pequeño chorro.

Cambié el peso de un pie a otro.

Aún tenía dos tipos delante.

Aquello acabaría mal.

Cuando uno de los hombres que iban delante de mí en la cola se sacudió el aparato, se subió la cremallera de la bragueta y se dio la vuelta, listo para marcharse, me colé y me puse frente al urinario.

–¿Qué coño haces? –dijo el hombre al que le tocaba el turno–. ¿No ves que hay cola?

Resultó tan bueno aligerar la presión que me entraron ganas de cantar en voz alta.

Volví la cabeza hacia el hombre, mientras la meada regaba la porcelana. El tipo lucía una barba rala y llevaba gafas, tenía pinta de trabajar en el departamento de informática de una pequeña empresa.

–Gracias por dejarme pasar –dije.

–¿Dejarte? ¡Te has colado!

–Bueno, bueno –dije, volví a lo mío y terminé–. ¡Ya está! Ya te toca a ti.

Sacudió la cabeza como para decirme que era un estúpido, pero ya no podía hacer nada ni era nada importante.

Al volver a mi sitio, pasé por delante de la mesa donde estaban sentados los excolegas de Turid. Resultaría extraño que no les dijera nada, y seguro que a Turid le molestaría.

–Hola –dije.

Las caras que se volvieron hacia mí brillaban tontamente de embriaguez.

–Hola –dijo la del pelo rizado, cuyo nombre recordé justo en ese momento: Jorunn–. ¿Estás de fiesta?

–No, simplemente tomándome una cerveza después del trabajo. Pero vosotros tenéis pinta de estar preparados para una larga noche.

–Echamos de menos a Turid –dijo.

–Seguro que ella también a vosotros –dije yo.

–Siéntate y tómate una cerveza con nosotros –dijo un tal Frank, un hombre bajo y corpulento, con bigote, cuya pinta nunca me había gustado–. ¡Hemos visto que estás solo!

–Gracias, pero no –dije–. Estoy esperando al resto del grupo. ¿Adónde vais?

–Puede que a Zachen –dijo Jorunn–. Ya veremos.

–Vale –dije–. ¡Hablamos!

–¡Recuerdos a Turid!

–De tu parte –dije.

Acababa de ponerme una pequeña trampa a mí mismo, pensé, al volver a mi sitio. Porque si no se iban pronto, verían que no se sentaba nadie en mi mesa, y pensarían que lo del «resto del grupo» era pura fantasía por mi parte. ¿Y por qué iba a inventarme algo así? Pues sí, pensarían que el marido de Turid no quiere que se diga de él que está bebiendo solo. ¿Y por qué no? ¿Acaso el marido de Turid se siente solo?

Conocía bien esa jodida ciudad. A los de arriba y a los de abajo.

Me apetecía tomarme una o dos cervezas después del trabajo. Lo que ellos pensaran o dejaran de pensar me importaba una mierda.

Pero en todo caso no estaría mal cambiar de sitio. Quizá Verftet, después de todo. La puesta de sol allí no estaba nada mal. Maravilloso cuando la embriaguez sube mientras el sol baja.

Parecía el título de una selección de poemas.

Cuando baja el sol y la embriaguez sube. Poesía de Jostein Lindland.

Pero nada que ver uno con otro.

Poemas di-versos. Poesía de Jostein Lindland.

¿Necesitan los lectores el guión?

Poemas diversos.

Más sobrio. Mejor.

Hemingway siempre tuvo buenos títulos. Fiesta. Por quién doblan las campanas. El viejo y el mar.

Di un largo trago de cerveza y encendí un cigarrillo. Ya no quedaba por allí ni una mujer de menos de cuarenta. Parecían gallinas cacareando con sus chirriantes voces. Y los hombres parecían gallos, sacando pecho por intentar impresionarlas.

Como ese enano del trabajo de Turid. Había levantado tantas pesas que sus brazos apuntaban a los lados cuando andaba, como si fueran ramas y no brazos. Pero ¿a quién le importaban el pecho y los bíceps hinchados de un enano?

Tenía que irme de allí.

Saqué el teléfono y me lo acerqué al oído.

–¿Sí? –dije, e hice una breve pausa–. Voy enseguida –dije, volví a meterme el teléfono en el bolsillo interior, cogí el paquete de tabaco, me levanté, dije adiós con la mano y sonreí a la mesa de los colegas de Turid, antes de acercarme a la barra y pedir la cuenta.

Los árboles de la calle dibujaban largas sombras en la plaza. Las ventanas de los edificios del otro lado brillaban con los rayos del sol. Si no lo hubiera sabido, podría haber creído que estaba en París, pensé. Anchos bulevares, filas de frondosos árboles, terrazas de

restaurantes, multitud de gente por todas partes. Y aunque la iglesia de Santa María no era exactamente Notre Dame, al menos databa de la misma época, ¿no era así?

Tenía que comprobarlo algún día, pensé, rodeé la tienda de música de la esquina y crucé la calle hacia el lado de los teatros.

Dos sintecho estaban cada uno en su saco de dormir junto a la pared, al otro lado del césped. Uno de ellos tenía a su lado un carrito de la compra de la tienda lleno de cosas, y el otro una bicicleta con toda clase de bolsas colgando del manillar. Solo se podía ver un poco de la cara de uno, marrón como una nuez y arrugada como un escroto.

Habría sido un buen verano para ellos también.

Tal vez no fuera lo peor. Dejarlo todo, no ser responsable de nada, ser completamente libre. Mendigar cuando se necesitara, robar cuando hiciera falta. Si ya lo has dado todo por perdido, nada importa. Beber hasta perder el sentido cuando quieras, por no decir siempre.

Pero frío en invierno.

Imposible dormir entonces al aire libre.

Aunque algunos sacos de dormir modernos conservan el calor a veinte grados bajo cero. Robar uno de esos. Y luego pantalones y chaquetas térmicos, y muy grandes y calientes zapatos de invierno.

Lo que los destruía era la droga, ninguna otra cosa.

Al final de la suave cuesta que llevaba al barrio de Nøstet, miré un instante hacia la vieja piscina cubierta por donde siempre me gustaba pasar debido al olor a cloro que salía a chorros del sistema de ventilación. Se acabó el cloro. Ahora se había convertido en casa de cultura. Había costado casi mil millones de coronas. ¿Y quién iba a vivir allí?

Los grupos de teatro experimental de la ciudad.

Vaya mierda, joder.

Una vez, hace muchos años, cometí la tontería de sacar entradas para un espectáculo de uno de sus festivales de teatro. Un grupo de teatro francés representaba Fausto en la vieja nave de los tranvías de Møhlenpris. Fue lo peor que he visto en mi vida. Y he visto mucha mierda en el transcurso de los años. Cuatro o cinco personas con capas negras y largos picos de pájaro en lugar de nariz estuvieron deambulando como tontos por el escenario durante cuatro horas, sin parar de murmurar. Eso fue todo lo que lograron ofrecer. Habían hecho el largo viaje desde Francia hasta Bergen para ofrecernos eso.

Encima, hacía mucho frío.

Pero lo peor de todo fue que nadie dijo lo que opinaba. La gente sonreía y sacudía la cabeza diciendo que había sido «fuerte», «intenso» o «existencialmente molesto», por mencionar algunos de los comentarios que oí. No dijeron ni una sola palabra sincera. De alguna manera la gente piensa que tiene que gustarle lo que no le gusta, que

en realidad es bueno, y de esa manera legitima la mierda, de forma que, en lugar de ponerle freno de una vez por todas, hay cada vez más.

¡Mil millones de coronas! Para una panda de descerebrados que murmuran y gritan pensando que nos están ofreciendo algo valioso cuando lo que realmente hacen es robarnos tiempo, y, en el fondo, también el amor propio, el cual perdemos al repetir tantas veces que es bueno algo que no lo es.

Lo único que nos dan es mierda.

Esas nubes eran en comparación un alivio, casi un Miguel Ángel.

¡Fausto, no te jode!

Sí, sí.

Tampoco estaba mal el olor a gases de escape y agua del mar, del que estaba lleno el cercano puerto.

Me detuve y encendí un cigarrillo, seguí por Murallmenningen y cogí Skottegaten. Parecía increíble, pero solo eran las cinco.

¿Debería llamar a Turid y decir que llegaría un poco más tarde?

Porque así sería. No había razón para engañarse.

Ella se iría a las ocho menos cuarto y antes estaría por lo menos un cuarto de hora arreglándose. No tenía ningún sentido irse corriendo a casa para compartir esa media hora.

Podría enviarle un SMS justo antes de las siete diciendo que llegaría un poco más tarde. Cuánto más tarde sería cosa mía, ya que ella no estaría allí.

Y Ole no se metería.

¿O sí?

Dios sabe lo que pensaba él de mí.

Tal vez debería llamarlo ya por si me emborrachaba conforme avanzaba la tarde.

Dejé caer el cigarrillo a la acera, lo pisé y saqué el teléfono del bolsillo.

En la casa de la esquina, en la primera planta, vivía la primera chica con la que salí. Agnes. Compartía el piso con una amiga. ¿Cómo se llamaba? ¿Mari? No. ¿Marit? No, era Margit.

Agnes y Margit, de Sandnes.

Busqué su número y lo pulsé.

Mientras sonaba, miré hacia las ventanas de la primera planta, intentando recordar cómo era aquel piso, qué clase de muebles tenían.

Me acordé de una moqueta gris clara.

¿Mesa de pino?

Un sillón rojo.

Ah, sí, me la follé una vez en aquel sillón. Ella sentada desnuda con las piernas separadas y el coño mojado, y yo inclinado hacia delante, embistiéndola con mi polla.

El teléfono sonó cuatro veces, luego se cortó. Ole rechazó la llamada. Quizá fuera mejor así, porque el recuerdo de Agnes en aquel sillón me la había puesto dura.

Me metí las manos en los bolsillos y seguí mi camino. Me la iba frotando con una mano mientras andaba, presionándola de vez en cuando. Ah, sí. Al llegar, tendría que pasarme por el retrete para acabar el trabajo. Mantenerla dura hasta entonces.

La tal Agnes tal vez no fuera una belleza, pero qué cuerpo tenía, los pechos grandes y firmes a la vez, lo que más me gustaba de todo era ponerme detrás de ella y tocarlos. Y también era ágil y suave.

En ese momento me resultaba imposible saber qué fue lo que me hartó de ella, y me hizo poner fin a la relación.

Qué no daría por llamar ahora a esa puerta.

Miré fijamente la superficie azul del agua del fiordo, que se vislumbraba por encima de los tejados, mientras me imaginaba su figura bajando por la escalera y a mí subiendo detrás de ella hasta dentro de la habitación, hasta dentro de la cama...

Cuando apareció ante mi vista la vieja fábrica de sardinas, empezó a quedarse fláccida. A pesar de frotar y presionar, lo estaba por completo cuando rodeé el edificio y llegué a la terraza.

Con un poco de esfuerzo, en el retrete no habría problema, pensé, pero ¿merecía realmente la pena empezar otra vez desde cero? No, no la merecía, así que me di una vuelta por entre las mesas y me senté en una que estaba libre al fondo.

Las colinas de la isla de Askøy brillaban verdes al otro lado del fiordo, que reposaba reluciente y en calma, un poco más oscuro que el cielo. Por alguna razón había bruma a lo lejos, una especie de niebla de luz que diluía los colores.

En medio del fiordo había lo que parecía un barco de salvamento y de él salía un enorme chorro de agua que trazó un gran arco en el aire antes de tocar la superficie del agua. Otro barco apareció por detrás del primero, por lo que había mucha actividad allí fuera.

Pedí dos jarras de cerveza, para no tener que ir y venir todo el tiempo.

Ole.

¿Debería pensar ya en él?

Di un trago de cerveza, encendí un cigarrillo y me recliné en la silla, mientras jugueteaba con el posavasos que tenía delante.

No había nada que pensar, porque no había nada que hacer.

Hace mucho, Turid me sugirió que me lo llevara de viaje, solos él y yo, una de esas cosas de padre e hijo que seguro que había visto en alguna película.

–¿Y adónde pretendes que vayamos? –pregunté.

Ella se limitó a encogerse de hombros y a abrir los brazos, como

solía hacer cuando dejaba algo en mis manos.

–¿A cualquier sitio?

–¿Estás pensando en los países nórdicos o en Europa? ¿O en otro continente? ¿Crees que debo llevármelo a África?

–No hace falta que te pongas tan irónico –dijo–. ¿Qué tal Copenhague o Estocolmo?

–Ni de coña me voy con él a Estocolmo –dije.

–¿Y Copenhague?

–¿Qué se te ocurre que puedo hacer con él allí?

Volvió a encogerse de hombros.

–Pasároslo bien.

–A él solo le interesan sus juegos. Sé lo que pasaría. Estaríamos sentados en un restaurante tras otro sin hablarnos. ¿Sabes lo insoportable que resulta eso?

–No tiene por qué ser así. Quizá lo de estar los dos solos fuera de casa ayudaría –dijo Turid.

No tenía ni idea de dónde se había sacado que algo así podría servirle de algo. Tal vez fuera el amor de madre. También ese amor cegaba. Yo no quería contarle la cruda realidad, me la guardaba para mí. Pero la realidad era que nuestro hijo era un perdedor.

Lo que también me convertía a mí en un perdedor.

El año anterior lo llevamos en coche a Oslo, donde iba a estudiar en la universidad. Biología, dijo. Él, que apenas había pisado un bosque en su vida. De vez en cuando lo observaba por el retrovisor, iba sentado en el asiento de atrás mirando por la ventanilla. Huraño y cerrado, ni una sonrisa a la vista.

–¡Ánimo, ahí atrás! –grité–. ¡Por fin eres libre!

Se limitó a echarme una tonta mirada por el retrovisor.

Le habían asignado un piso de estudiantes en Sognsvann. Le dejamos allí las pocas cosas que se había llevado, y Turid y yo nos fuimos a un hotel, mientras él pasaba la primera noche en el piso. Al día siguiente lo llevé a IKEA. Turid iba a Nittedal a visitar a su hermana y a su familia, y aunque ir a IKEA con Ole no fuera exactamente el viaje de mis sueños, me alegré de no tener que verlos.

–Necesitarás una sartén. ¿Quieres esta?

–No sé.

–Pues nos la llevamos.

–Vale.

Y así todo el rato, mientras el carro se llenaba de vasos y platos, utensilios de cocina, alfombrillas y plantas. No me dejé desmoralizar. Luego, en el café, intenté que mantuviéramos una conversación. Él se limitó a hurgar en la comida, cabizbajo, y a murmurar de vez en cuando un sí o un no.

Solía cortarse él mismo el pelo con máquina, y se lo dejaba como

una alfombrilla de varios centímetros de grosor. No miraba nunca a la gente a los ojos, así que resultaba imposible entrar en contacto con él, todo era evitar, alejarse.

Pero ¿alejarse de qué?

No me gustaba hablar de nuestro hijo con Turid, ni tampoco me gustaba toda esa farándula psicológica que te ofrecía la gente cuando no todo en la vida iba sobre ruedas. ¿De qué sirve ponerle nombre a todo? Pero en el viaje de vuelta a Bergen un domingo hace un año hice una excepción.

–¿Crees que el chico está deprimido? –le pregunté. Miraba fijamente la carretera, que discurría como un hilo entre musgo y piedras de montaña, pero con el rabillo del ojo vi que Turid me estaba mirando.

Se hizo el silencio durante un rato.

–¿Por qué lo preguntas? –dijo.

–Nunca sonríe ni dice nada. Apenas come. No hay en él ninguna energía. Ninguna fuerza.

Le eché una rápida mirada antes de cambiar de marcha para adelantar a una caravana que salió de un área de descanso delante de nosotros.

–Siempre ha sido un chico callado –dijo.

–Sí –dije mientras veía por el retrovisor que la caravana se había quedado ya muy atrás.

Se hizo de nuevo el silencio.

Pero habría más, solo tenía que esperar.

–Tampoco ha comido nunca mucho –dijo al cabo de un rato.

–No. Eso es verdad –dije.

–¿Por qué crees que está deprimido? –preguntó.

–No es que lo crea necesariamente –dije–. Solo era una pregunta.

Recorrimos varios kilómetros sin que ninguno de los dos dijera nada. Un lago apareció y desapareció, enturbiado por el fuerte viento, y adelantamos a dos ciclistas que a lo lejos parecían dos pelotas rojas por el viento que les hinchaba las chaquetas.

Alargué la mano hacia la radio y la encendí.

–¿Crees que podrá apañárselas por su cuenta? –preguntó Turid.

–Tendrá que hacerlo –dije.

Pero no pudo, de ninguna manera. Decía que todo iba bien, decía que asistía a clase, decía que había hecho amigos, pero nada de eso era verdad. Turid sospechaba que no iba todo bien, y fue a verlo sin avisar. Aunque yo le dije que no lo hiciera, que era lo peor que podíamos hacer, se lo trajo a casa.

Y allí seguía.

Solo de pensarlo me cabreaba.

Por eso pensaba en ello lo menos posible. Y tampoco había motivo

para hacerlo ahora, pensé, sentado en la mesa del fondo, justo junto al borde del muelle de Verftet aquel último día de verano, mirando hacia Askøy, mientras no solo disfrutaba del calor del sol, que ya había empezado a ponerse en el cielo al oeste, sino también de la embriaguez que las dos jarras de cerveza me habían provocado.

Casi todas las mesas de mi alrededor estaban ya ocupadas. La gente estaba eufórica, las voces eran altas y animadas, las risas fluían.

Estudiantes, trabajadores del mundo de la cultura, empleados de la universidad, periodistas, algún que otro actor. Pocos sanitarios y camioneros.

Me levanté para ir a mear y colgué la chaqueta de la silla. Toda la problemática con los cercos de sudor se encontraba de repente infinitamente lejos.

Desde dentro del café vi a un grupo de gente de la redacción pasar en bloque justo por delante de la ventana. Suerte que no estaba fuera, pensé, y atravesé el pasillo, porque en ese caso me habrían visto bebiendo solo, y habrían tenido que elegir entre sentarse en mi mesa o ignorarme. Ambas cosas habrían resultado incómodas. Ahora yo podía acercarme a su mesa, como llegado de ninguna parte, intercambiar unas palabras y sentarme, y así tendría compañía para el resto de la noche.

El hombre de ninguno y todos los sitios. Novela de Jostein Lindland.

Sentado en el váter miré primero los correos, luego le envíe un SMS a Turid. Tardaré un poco más, estoy tomando algo con gente del trabajo, escribí.

Vale, contestó ella al cabo de un segundo, como si estuviera preparada.

Luego envió otro.

Pero recuerda que también mañana será otro día.

Sí, sí, pesada, escribí, apretando para que saliera una bola dura, que resultó ser negrísima cuando me levanté para limpiarme y al mismo tiempo miré dentro de la taza del váter.

El móvil parpadeaba sobre el lavabo. Tiré el papel, pulsé el botón y vi cómo todo se arremolinaba en el submundo, antes de leer lo que Turid había escrito.

¿Cuándo salimos tú y yo la última vez?

Dios mío, ahora también quería hacer que tuviera mala conciencia.

Pero si trabajas de noche, escribí.

No todas las noches.

¿Entonces cena en El Convento el sábado?

:), escribió ella.

No era exactamente lo que más me apetecía, pero al menos tendría paz por algún tiempo.

Me metí el móvil en el bolsillo interior y volví a la terraza. El grupo de la redacción estaba sentado alrededor de dos mesas en el

borde del muelle. Ya habían pedido bebida, la mesa estaba llena de jarras de cerveza.

–Lindland –dijo Gunnar cuando me detuve delante de ellos.

–Anda, mira quién está aquí –dijo Erlend.

–¿Hay sitio? –pregunté.

–Sí, si encuentras una silla –dijo Gunnar.

–Necesito una o dos cervezas –dije, me acerqué a la barra y me puse en la cola. Encendí un cigarrillo, saqué el móvil y miré los correos. Nada de nada. Abrí el correo de Erlend para poder decir algo sobre sus fotos si hacía falta.

La pintora estaba en medio del local de hormigón con sus cuadros difuminados al fondo, todo lo que se podía ver de ellos era algo azul y blanco. Tenía las manos en los bolsillos, y miraba fijamente a la cámara con la cabeza algo agachada, de un modo que daba la impresión de que miraba hacia fuera con lo más íntimo de su ser.

Muchos de esos llamados pintores y escritores sí que sabían posar.

Le amplié la cara.

No tenía tan mal aspecto cuando uno no estaba obligado a oírla hablar.

Ojos bonitos.

Tal vez los labios un poco estrechos.

Pero la cara tenía una bonita forma.

Los ojos eran de un azul tan claro que casi parecían artificiales. Como si fueran de cristal y el color estuviera pintado encima.

No me había fijado en eso cuando la entrevisté. Ella miraba casi únicamente al suelo.

Le amplié el pecho.

El jersey era demasiado ancho para poder distinguir lo que había debajo.

Quizá no estuviera tan flaca como suponía, pensé. Quizá fuera suave y deliciosa debajo de esa ropa enorme.

Di una profunda calada al cigarrillo y sacudí la ceniza. Conseguí llamar la atención del camarero levantando dos dedos. Asintió con la cabeza y empezó a llenar de cerveza una jarra.

Cuando volví a la mesa, dejé las dos jarras de medio litro y me senté entre Gunnar y Sverre. En realidad, no había mucho sitio, así que estaba algo alejado de la mesa. No me parecía bien, yo era sin duda alguna el más experto de todos, un maestro del periodismo criminal, me llamaron en una ocasión, pero no había nada que hacer y solo se debía a que había llegado tarde.

–¿Alguna novedad? –pregunté, echándome hacia atrás, con un brazo sobre el respaldo de la silla para al menos no estar sentado como una señorita con las rodillas juntas, como estaban algunos.

–No, ¿qué podía ser? –dijo Olav.

–Ni idea –dije–. Pero es de esperar que encuentren pronto a esos chicos. Es un buen caso.

–Se habrán ido de excursión a alguna cabaña –dijo Sverre–. Si no han ido a Oslo a apuñalar a alguien.

Nuestras miradas se cruzaron y sonrió. Los otros se rieron.

–Estoy seguro de que yacen muertos en algún lugar del bosque –dije impertérrito–. Han hecho un pacto de suicidio. Son de esa clase de gente.

Me sonó el teléfono. Había sido tonto de no quitarle el sonido.

Era Ole.

Rechacé la conversación y quité el sonido. No podía hablar con él desde allí. Tampoco quería levantarme y corretear entre las mesas con el teléfono apretado contra la oreja, eso señalaría algo íntimo que no quería mostrarles.

Cuando volví a meterme el teléfono en el bolsillo interior, la conversación se había desviado de los chicos desaparecidos a unos empleados de una empresa de mudanzas que había contratado Sverre ese verano, que habían llegado sobrios a su vieja casa por la mañana, contó, pero que conforme iba avanzando el día se comportaban de una manera cada vez más extraña. Por fin se dio cuenta de que no paraban de beber, y por la noche estaban como una cuba.

–Cuando desempaqueté las cosas al día siguiente, no encontré el coñac. Seguro que se lo bebieron.

–¿Y qué hiciste? –preguntó Olav.

–¿Qué podía hacer? No tenía ninguna prueba de nada.

–Yo tuve una vez unos obreros que dejaron el cuarto de baño en unas condiciones pésimas –dijo Gunnar–. Hubo mierda en el váter y en la tapa durante varios días. Tampoco pude hacer nada.

–¿De dónde eran? –pregunté.

–¿Y eso qué tiene que ver? –dijo Gunnar.

Me encogí de hombros y sonreí.

–¿Polacos? –pregunté.

–No es relevante –dijo Gunnar–. Lo importante es que no pude hacer nada, no de dónde eran.

–Así que eran polacos –dije.

Él no dijo nada, y yo me reí un poco antes de dar un trago de cerveza y encender otro cigarro.

Siempre había pensado que había algo tenebroso en Gunnar. No era que no hablara, porque sí hablaba, tampoco que no sonriera o se riera, porque también lo hacía. Pero había en ello algo forzado, su estado natural era lo tenebroso. Siempre andando tenebroso por los pasillos o sentado con aspecto tenebroso en su mesa delante de la pantalla.

Era de Kinsarvik, aunque nadie lo hubiera dicho, tenía el pelo

oscuro como un español, y la barba le crecía tan rápido que a la hora de comer las mejillas y el cuello ya le empezaban a oscurecer.

Trabajaba en la redacción y sus editoriales eran los más leídos del periódico, así que tonto no era.

Pero yo no los soportaba. Eran cómo un barómetro de lo que era correcto opinar.

Era de ese tipo de gente que sacaba el dedo al aire para percibir la dirección del viento antes de ir a trabajar.

–También Polonia se está yendo ya a la mierda –dijo Olav–. En realidad, no está mejor que Hungría. Es curioso, ¿verdad? Después de que estuvieran allí los nazis y luego los comunistas, van y, de entre todas las cosas, eligen apostar por el nacionalismo.

–Eso no es tan raro –dije–. Siempre han estado encasillados entre las grandes potencias. Y ahora que pueden, desean tener lo suyo propio. Y eso es Polonia. La nación de Polonia.

–Han aprobado una ley que prohíbe y castiga mencionar a Polonia en relación con los campos de exterminio nazis –dijo Sverre.

–Creo que controlar la historia forma parte de la construcción de una nación –dije–. Y los campos de extermino fueron en realidad alemanes, aunque se encontraran en Polonia.

–¿Lo defiendes? –preguntó Gunnar.

–No –contesté–. Solo lo explico.

Se hizo el silencio durante unos segundos. La gente miraba al suelo o en otra dirección, de repente interesada en el fiordo, que se estaba poniendo gris. Yo apuré la cerveza, me incliné hacia delante y dejé la jarra vacía en la mesa, cogí la segunda y di otro trago.

–Estuve en Varsovia el invierno pasado –dijo Sverre, a quien algunos llamarían diplomático, otros, enemigo de conflictos, pero que conocía a todo el mundo y caía bien a la mayoría–. Estuve allí, en la ciudad vieja, justo antes de Navidad, y estaba llena de acogedoras mesas navideñas. Todo tenía pinta de algo que uno se puede imaginar como la Edad Media. Pero algo estaba mal, no daba una sensación positiva, no irradiaba ningún aura. Así que al volver al hotel miré en la enciclopedia y descubrí que toda la ciudad vieja fue destrozada por completo durante la guerra, y la habían reconstruido exactamente como era. Yo no lo sabía, pero lo había notado.

–Lo mismo ocurre con Dresde –dijo Gunnar–. ¿Has estado?

Sverre negó con la cabeza.

Qué panda de tontos, pensé, mirando hacia Askøy, donde el sol había desaparecido ya casi por completo detrás de las colinas.

La oscuridad iba subiendo imperceptiblemente entre las montañas, a ambos lados del fiordo.

Yo ya estaba borracho. De eso no cabía duda.

Miré a Erlend.

–Bonitas fotos las que has sacado hoy, Erlend –dije cuando nuestras miradas se cruzaron.

–Gracias –dijo–. Buen trabajo el tuyo también.

–¿Ha salido ya?

–Ya lo creo. «¿Bergen necesita realmente más nubes?»

Se rió.

Me entraron ganas de comprobarlo en internet, pero no podía en medio de todos ellos.

–¿Te gustaron las imágenes? –preguntó Erlend.

–¿Los cuadros?

–Sí.

Esbocé una amplia sonrisa y me recliné en la silla.

–Entendido –dijo él.

En ese momento vi llegar a uno de los escritores de la ciudad, con un pequeño grupo de jóvenes a remolque. Serían alumnos de la escuela de escritura, pensé.

Al pasar por delante de nuestra mesa, el escritor hizo una especie de saludo militar, llevándose el pulgar a la frente.

–Lindland –dijo.

Hizo sonar mi nombre a insulto, y lo miré sin inmutarme.

Se sentaron todos en una mesa un poco más allá.

–Bueno –dijo Sverre, vació la jarra de cerveza y se levantó–. Mañana será otro día.

De repente, todo el mundo se levantó.

Me quedé helado por dentro.

¿Qué haría ahora?

–Solo voy primero al baño –dijo Gunnar–. ¿Me esperáis y compartimos un taxi?

–Yo también tengo que ir al baño –dijo Olav–. Pero vosotros vais a Fyllingsdalen, ¿verdad?

–Por desgracia, sí –dijo Gunnar.

–¿Lo de la desgracia es por vivir allí o porque no podemos compartir taxi?

–Por las dos cosas –dijo Gunnar.

Olav me miró.

–Tú vives por Åsane, ¿no?

–Sí, en Breistein –contesté–. Pero no voy a casa todavía. He quedado luego en Bulls Eye.

Olav me guiñó un ojo.

–Entonces tendrá que ser en autobús –dijo, y empezó a salir por entre las mesas, seguido por Gunnar y Sverre.

–¿Qué planes tienes tú? –le dije a Erlend, que se había quedado sentado.

–Me acabo la cerveza y me voy –dijo–. Vivo muy cerca de aquí.

–¿Dónde? –pregunté.

–Pasado Dragefjellet.

–¿En Nøstet?

–Más o menos. Heggesmauet.

–No me suena de nada –dije, y cogí la jarra de cerveza medio llena que se había dejado Olav. Di un trago y miré hacia el otro lado, donde el sol ya había desaparecido y las sombras habían desplegado su oscuridad por las colinas.

–¿Qué es eso? –preguntó Erlend.

–¿El qué? –dije yo.

Señaló hacia Laksevåg. Una luz reposaba sobre la parte superior de las colinas, pálida y resplandeciente como si de una luna llena se tratara.

Pero la luna colgaba pálida en el cielo más al este.

–Ah, Dios.

La luz crecía sin cesar, y unos momentos después apareció una estrella enorme sobre los árboles.

–¿Qué coño es eso? –dijo Erlend.

–No tengo ni idea –contesté.

Se había hecho el silencio a nuestro alrededor. Todo el mundo miraba fijamente la luz. Algunos se habían levantado. Y entonces, como a una señal, volvieron las voces. Un alboroto de teorías y propuestas, preocupación y excitación se elevó a nuestro alrededor.

–No es más que el día del Juicio que ha llegado –dije riéndome–. Tenía que ocurrir antes o después.

–No digas tonterías –dijo Erlend–. Joder, es lo más extraño que he visto en mi vida. Es una especie de cometa, ¿verdad?

Su cara estaba inmóvil cuando me miró. Pero sus ojos mostraban miedo.

–Quizá. Pero, sea lo que sea, seguro que tiene una explicación natural.

–¡Está justo encima de nosotros, joder! –exclamó Erlend.

Me dio pena.

–Solo lo parece –dije–. Tú disfruta de la visión.

La palabra «hermoso» no me venía a la mente muy a menudo, pero ahora sí me vino. Hermoso y escalofriante.

¿Por qué escalofriante?

Porque era silencioso e inmóvil. Simplemente colgaba del cielo sin moverse.

Pero eso también lo hacían el sol y la luna, coño.

–¿Vamos juntos hacia el centro? –dijo Erlend como de pasada.

Sonreí.

–¿Tienes miedo de ir solo?

–Ja ja –dijo él.

–¿Qué edad dijiste que tenías?

–Pensé que podría ser agradable –dijo–. Pero ya da igual.

Me reí.

–¿Te has enfadado? ¡Venga ya! ¡Me estaba metiendo contigo! Claro que nos vamos juntos.

A nuestro alrededor, la gente seguía mirando fijamente la estrella, pero nadie estaba ya de pie. Erlend se colgó la bolsa al hombro, yo encendí un cigarrillo, me dije que tenía que acordarme de comprar un paquete de tabaco en 7-Eleven, y lo seguí. Dejamos la terraza, seguimos por la calle y pasamos por delante de la fábrica de sardinas.

–Allí arriba colgaban antiguamente a la gente –dije, señalando a la izquierda.

–Por eso se llamará la Cuesta de la Horca, ¿no crees? –dijo él.

Erlend andaba deprisa y yo me estaba quedando sin aliento, pero obviamente no podía rogarle que fuera más despacio.

Vi que de vez en cuando miraba hacia la estrella, que ya estaba muy arriba y se había adueñado del cielo. Noté que le molestaba, en una ocasión sacudió la cabeza después de mirar hacia arriba.

La columna de luz que antes reposaba sobre Pudderfjorden había desaparecido. Ahora una débil y fantasmal luz se reflejaba en la superficie del agua.

Si él no quería charlar, a mí no me importaba, pensé. Pero ¿por qué coño tenía que andar tan deprisa? ¿Creía que su casa lo protegería del día del Juicio?

Nos despedimos en el cruce de Nøstegaten y yo seguí solo hacia el centro. Podía irme a casa, sería lo más sensato, así el día siguiente sería más fácil, y no habría malos humores por ninguna parte.

Pero en Bulls Eye podía esconderme y beber en serio hasta que cerraran. Y luego, estupendo y borracho, deslizarme por las calles llenas de paz nocturna en un taxi hasta casa; había pocas sensaciones mejores que esa.

En un taxi, camino de casa. Poesía de Jostein Lindland.

Pero también podía ser durante el día. Aunque toda la experiencia residía en avanzar en la oscuridad.

En un taxi, camino de casa por la noche. Poesía de Jostein Lindland.

No, demasiado tortuoso.

¿Y Noches de taxi?

Nada mal.

Noches de taxi. Poesía de Jostein Lindland.

O espera.

Espera.

La nueva estrella. Poesía de Jostein Lindland.

Joder, sonaba genial.

Pasé por delante del teatro nacional, DNS, y seguí por Markveien

hasta Torgallmenningen, donde compré tabaco, antes de continuar hasta el Hotel Norge. Había muchísima gente por todas partes, y me fijé en que muchos miraban de vez en cuando al cielo, como para comprobar que esa enorme estrella estaba allí, y no era algo que habían soñado.

Me detuve, encendí un cigarrillo y también yo miré al cielo.

Cosas curiosas.

En ese instante, el móvil me vibró en el pecho.

Era Turid.

–¿Sí, hola? –dije.

–¿Dónde estás? –preguntó.

–¿Por qué lo preguntas? –dije.

–Ole no coge el teléfono.

Suspiré.

–Intenté llamarlo hace un rato –dije–. No lo cogió, claro. Simplemente no quiere hablar con nosotros.

–Así que no estás en casa.

–Justo voy a coger el autobús. ¿Has visto la nueva estrella?

–¿De qué estás hablando?

–Una estrella enorme ha aparecido en el cielo.

–Pues no, no la he visto.

–Tienes que verla.

–Llámame cuando llegues a casa –dijo–. Estoy un poco preocupada.

–Relájate, no hay razón para preocuparse. Estará jugando o dormido.

–Espero que tengas razón. Hasta luego.

Está bastante cabreada, pensé, y volví a meterme el móvil en el bolsillo interior. ¡Y más que se va a cabrear!

Apenas había gente en el pub cuando llegué. Hacía demasiado buen tiempo para estar dentro. Pero a mí me vino de perlas. Pedí un vodka con Red Bull, un Jägermeister y una jarra de cerveza, me senté en uno de los apartados y me bebí el aguardiente a toda prisa, antes de tomarme un poco más de tiempo para disfrutar de la cerveza.

Los rincones del local estaban oscuros, como debía ser, había mucha gente fea bebiendo allí, y la luz difusa borraba sus caras, haciéndoles parecer, si no guapos, al menos normales. Unas copas más y podrían ligar como bellezas.

La oscuridad favorecía simplemente el negocio.

No es que los clientes pensaran en ello, pero se encontraría en alguna parte de su subconsciente, razón por la que iban allí sin saber exactamente por qué.

Al menos no era el precio de la cerveza lo que atraía a la gente.

La nueva estrella.

¿Cómo empezaría el primer poema?

¿Un día de agosto?
¿Un día de agosto junto al fiordo?
¿El fiordo, agosto?
No.
Una tarde de agosto tendría que ser.
Sonaba bien.
Una tarde de agosto
mientras bajaba el sol
y la embriaguez subía
vi la nueva estrella.
¡Perfecto! ¡Al primer intento!

Lo anoté y me lo envié en un SMS a mí mismo. Luego fui a por otra ronda. Vodka con Red Bull, dos Jägermeister y una jarra de cerveza. Me lo bebí todo y salí a fumarme un cigarrillo.

Al atravesar el local todo se quedó negro unos segundos.

De repente era incapaz de ver.

¡Oh, Dios, me he quedado ciego!, pensé, me paré y me quedé quieto mientras el corazón me latía salvajemente en el pecho.

Luego se me pasó. Duró unos cinco o tal vez diez segundos.

Seguro que era la tensión. Tensión baja, quizá.

Y el alcohol.

Seguí hacia la puerta, mirando discretamente a mi alrededor para ver si alguien me estaba observando.

Joder, qué desagradable había sido, pensé, cuando pude encender el cigarrillo y mirar hacia el lago de Lille Lungegårdsvannet.

Pero todo parecía haber vuelto a la normalidad.

Los que bebían metanol se quedaban ciegos.

¿No me habría echado metanol al vodka algún idiota?

No en el Hotel Norge.

La estrella no se veía desde donde me encontraba, pero un débil brillo de luz en la superficie del agua me decía que seguía allí arriba.

Mi madre se había desmayado alguna vez por la tensión baja, se había desplomado al levantarse. Y también le ocurría cuando tenía que estar de pie durante un largo rato.

Ese viejo cuerpecito.

Seguro que era la tensión baja.

Y el alcohol.

Al levantarme.

Pero ya estaba todo bien. Ninguna razón para sentir pánico.

Apagué el cigarrillo en el cenicero alto que había junto a la pared, y volví a entrar. Di unos buenos tragos de cerveza y saqué el teléfono para ver lo que había en las noticias.

El tiempo, evidentemente.

«¡Pleno verano!», era el titular.

El siguiente asunto trataba de un policía que había enviado lo que llamaban «mensajes de sexo» a una chica joven.

No debería haberlo hecho.

¿Quién sería?

¿Y qué habría escrito?

Tendría que acordarme de preguntárselo a Geir cuando lo viera.

Descargué toda la página.

Mi artículo no estaba todavía.

Pero ¿no había dicho Erlend que ya se podía leer?

Lo habrían puesto directamente en la página de cultura. En la primera página no había ninguna referencia.

No podía criticarles por ello, la chica no era nadie.

Pero, por otro lado, era yo quien lo había escrito.

¿Eso ya no contaba para esos lameculos?

Se me habían pasado las ganas de leerlo. En lugar de eso, amplié las fotos de la pintora para asegurarme de que no había visto cosas raras.

Qué va.

Estaba definitivamente de buen ver.

Y seguía en la ciudad.

¿Qué hora era realmente?

Me salí de la página del periódico. Eran las nueve y unos minutos.

¿Era posible?

¿Solo las nueve?

¡Pero entonces la inauguración seguiría todavía en marcha!

Ay, ay, podría acercarme. Yo había cubierto la exposición, nadie podría negarme la entrada.

Unos tragos más y, ¡chas!, ahí llega Lindland. Como Gulliver al país de Lilliput.

Dejar de lado todo lo cultural, aguantar y llevarla a la cama.

Hacer que le salga la cultura follándomela.

Me levanté con cuidado para no volver a quedarme ciego, pedí tres Jägermeister más y una cerveza, y me lo bebí todo deprisa y con mucho ánimo. De repente, había muchas cosas buenas. El título, el primer poema, que encajaba a la perfección. Y luego la idea de lo que había debajo del enorme jersey que llevaba. Me calentaba el pecho. Incluso hacía que se me encogiera la garganta.

Veinte minutos después estaba otra vez camino de Engen. Hacía mucho que no me encontraba en tan buena forma. Era como si todo lo que veía me rebotara.

Yo era un maestro, eso es lo que era.

La galería, grande, gris y de hormigón, estaba en un muelle. En el exterior ardían antorchas, y vi un par de grupos de gente del mundo de la cultura con copas de vino en la mano fumando, todos

disfrazados.

El interior del local estaba atestado de gente. Nadie miraba ya los cuadros, todos estaban de juerga. O de fiesta, porque todo tenía lugar bajo formas decentes. Parloteo y risas por todas partes.

¿Dónde estaba la protagonista?

Eché un vistazo a mi alrededor.

Allí estaba.

Con uno de esos vestidos pantalón, o como se llamen, esos que parecen vestidos, pero que en realidad son un pantalón, y que solo gustan a las mujeres.

Me acerqué a una barra no atendida en el rincón, llena de copas de vino, cogí una de blanco, pero no bebí, sino que la sostuve muy elegantemente cogida por el pie y empecé a ir muy despacio de cuadro en cuadro, haciendo como que los examinaba muy de cerca.

Obviamente, a ella no la miré. No eché ni una mirada hacia donde estaba.

Cuando llegué a la última pared, ella se acercó.

–¿Qué estás haciendo aquí?

Su expresión no era precisamente de grata sorpresa. Más bien de algo parecido a repugnancia. Pero se había acercado.

–Pensé que debía ver más de cerca tus cuadros –dije–. Antes tenía poco tiempo.

–No me digas que te interesa el arte –dijo–. Esa entrevista es la peor que he hecho jamás. Lo cual no dice poco.

No hice ningún comentario, me limité a seguir mirando el cuadro de la pared, frente a nosotros.

–¿Sabes cómo te llaman aquí?

–No –contesté–. ¿Cómo me llaman?

–Ese idiota del periódico local. Cuando dije que me ibas a entrevistar tú, eso fue lo que dijeron: ¿Ese idiota del periódico local es el que te va a entrevistar?

–Me han llamado cosas peores –dije–. ¿Sabes que idiota es una palabra griega y que en realidad significa «un ciudadano corriente»? Es decir, un hombre corriente. Así que me doy por satisfecho.

Me miró unos segundos, luego se dio la vuelta hacia el local.

Acabé el recorrido, me bebí la copa de vino, cogí otra y salí a fumar.

Lo del idiota me recordaba al instituto. Nuestro profesor de historia, un viejo que medio farfullaba cuando hablaba, solía contárnoslo cada vez que oía pronunciar la palabra, lo que no ocurría raramente, porque claro, lo llamábamos El Idiota.

En el grupo que estaba fumando fuera reconocí a un tipo de la Radio Nacional Noruega con el que me encontraba a menudo, porque frecuentábamos las mismas conferencias de prensa, pero con el que

nunca había intercambiado más que unas cuantas palabras.

Por regla general, me habría mantenido a distancia, pero no sería ninguna tontería que ella me viera en compañía de gente a la que respetaba, y supuse que él la habría entrevistado de su habitual manera aduladora de periodista de cultura antes ese día, así que me acerqué al hombre.

–¿Qué te parecen? –pregunté.

–¿El qué? –dijo. Llevaba barba, gafas y una chaqueta de pana azul, y tenía pinta de estar atrapado en la década de los setenta, aunque por aquel entonces ni siquiera habría nacido.

–Los cuadros –dije.

–Bonitos –contestó–. Pero palidecen un poco al mirar eso. Joder.

Miró hacia la estrella que brillaba sobre la ciudad.

–Ya –dije–. Pero todo palidece cuando miras las estrellas.

–No es exactamente eso lo que ocurre esta noche, ¿no? –dijo–. Es algo salvaje.

–Sí que lo es –dije, ofreciéndole el paquete de tabaco. Lo rechazó sacudiendo la cabeza.

–¿Y a ti qué te parecen? –preguntó tras una pausa.

–¿Los cuadros?

–Sí.

–Me gustan –dije.

Hubo otra pausa. Él echó un vistazo por el local. Pensé que podía ensayar un poco, y proseguí, antes de que le diera tiempo a decir que tenía que irse.

–Me gusta la manera en la que tratan el tiempo. Porque las nubes comparten su tiempo con nosotros, ¿a que sí? Cambian constantemente sobre nuestras cabezas. Es como si midieran el momento. Cuando son pintadas, el tiempo se detiene, ¿verdad? ¡Se para! Pero los cuadros están ahí dentro –añadí, señalando la puerta detrás de nosotros–. Así comparten su tiempo con nosotros. Pero no cambian, y si ella, la pintora, tiene suerte, seguirán existiendo cuando nosotros hayamos muerto. Lo que significa que tienen un tiempo distinto. ¿Entiendes?

–Claro que sí –dijo–. Pero ahora tengo que ir urgentemente a mear.

Se marchó, y me puse a mirar a los otros que andaban por allí. Una política de cultura con vestido rojo y chaqueta negra, ¿cómo se llamaba? Jensen. Como esa patinadora, Eva Jensen.

¿Fue oro o bronce lo que ganó en Lake Placid?

Bronce, ¿no?

Bjørg Eva Jensen se llamaba.

Esta solo se llamaba Eva.

Tenía una risa horrible, tanto la que dejaba escapar cuando en realidad no se reía, que era como una especie de gárgara, como la que

le salía cuando algo le parecía gracioso, unos sonidos alargados, como de pájaro, que empezaban en un tono muy alto y luego caían.

Ser político debía de ser horrible. Nunca podían emborracharse, al menos en sitios donde hubiera gente, y siempre tenían que estar pendientes de su aspecto y de lo que decían.

¿Por qué lo era ella?

¿Acaso entendía más que los demás? ¿Acaso sabía más que los demás?

Qué va.

Conocía a gente. Ese era el quid de la cuestión. Primero, la Asociación de Jóvenes Socialistas, cursillos, entrenamiento, campamentos y un montón de contactos. Fue concejal del ayuntamiento a los veintipocos.

Se la veía por todas partes. Asistía a todos los eventos que podía.

Yo sería capaz de beber y ser político a la vez. Nunca se me notaba lo borracho que estaba.

Sería uno de mis talentos más útiles.

La seguí con la mirada cuando pasó por delante de mí en dirección a la entrada. En la puerta se paró para dejar pasar a alguien que salía.

¿Y quién era sino la pintora?

Iba con dos personas, un hombre y una mujer, ambos con traje. Doblaron la esquina y se detuvieron en el borde del muelle.

Así que ella fumaba. Bien. Eso significa que teníamos algo en común.

De nada serviría ahorrar para luego, pensé, y me acerqué al grupo.

Ella me miró irritada.

–¿Qué quieres? –dijo.

–Solo quería decir que tus cuadros son realmente buenos –dije.

–¿A quién le importa lo que tú opinas? –dijo.

–Sé que la entrevista fue un poco dura –dije–. Vengo del periodismo de noticias. Quizá me haya traído un poco demasiado de ahí a donde estoy ahora. Pero, por Dios, eso no importa, ¿no? Somos personas adultas. Y tus cuadros crecen dentro de mí. Quería decírtelo.

Me di la vuelta y me fui.

Ya no había razón para seguir dando vueltas por allí, ella estaba llena de odio y amargura, pero tampoco había razón para dejar todo ese vino gratuito, así que opté por volver a entrar en la galería, cogí una copa y me la bebí de pie junto a la pared, y luego otra.

Ya sería bastante.

Al fin y al cabo, también mañana sería otro día.

Dejé la copa en la barra y me acerqué a la puerta cuando de repente todo se volvió negro. Fue como si una ola de oscuridad se arrastrara hasta mi cerebro, y lo último que noté fue que de repente las piernas estaban demasiado flojas para mantenerme en pie.

Lo siguiente que ocurrió fue que me encontraba en la oscuridad, en un lugar fuera de todo. Intenté febrilmente recordar quién era y qué estaba haciendo allí.

Entonces, en aquella oscuridad fuera de todo, vi de repente un espacio. Yo no me encontraba dentro de aquel espacio, estaba fuera, pero de todos modos lo veía desde abajo.

Caras que me miraban fijamente, bocas que se abrían y hablaban.

¿Quién era yo?

¿Dónde estaba?

¿Quién era toda aquella gente?

¿De cuándo eran?

Era como si todos los tiempos y todos los lugares estuvieran abiertos a la vez.

Pero llegué justo allí.

–Se está despertando –dijo alguien.

Yo era Jostein.

Estaba tumbado en el suelo.

Intenté levantarme, pero me caí hacia atrás.

La inauguración de la exposición.

La pintora.

¿Era ella la que estaba allí? ¿De rodillas?

–Toma, bebe.

Me acercaron un vaso a los labios. Bebí.

–¿Qué pasa? –pregunté.

–¿Estás bien? –preguntó ella.

–Sí, ahora sí –contesté–. Me quedé ciego. Ahora puedo ver.

–Te has desmayado. Has bebido demasiado.

Me incorporé. Alguien me agarró del brazo y me ayudó a levantarme.

–¿Estás bien? –preguntó el hombre que me había ayudado.

–Sí, sí –contesté.

–Has bebido demasiado –dijo–. Ya es hora de irse a casa.

–Llamaré a un taxi –dijo la pintora.

–Hay uno fuera –dijo el hombre–. Puede cogerlo, ¿no?

–Yo estoy bien –dije–. No hay que preocuparse por mí. Puedo ir por mi cuenta.

Y pude.

Dios, qué follón. La gente me miraba atravesar la galería y salir.

Abrí la puerta del taxi y me senté dentro.

–¿Has pedido tú el taxi? –preguntó el taxista sin volverse.

–Alguien lo habrá pedido –dije.

–¿A Sandviken?

–No, a Breistein –dije.

–Este lo han pedido para Sandviken –dijo él.

–Mierda –dije, y abrí la puerta para salir.

El tipo que había pedido el taxi debía de haberme seguido, porque estaba fuera y se inclinó hacia mí cuando abrí la puerta.

–He sido yo el que ha pedido un taxi para Sandviken –dijo–. Pero ha habido un cambio de planes.

–De acuerdo –dijo el taxista. Cerré la puerta y me recliné en el asiento–. Breistein entonces.

El reloj del salpicadero marcaba las diez y media.

No podía ser.

Era como si hubiera estado fuera durante varios años.

¿Las diez y media?

Todavía había autobuses. Ni siquiera tendría que coger el nocturno.

–He cambiado de opinión –dije–. ¿Puede dejarme en Torgallmenningen?

–¿En serio? –dijo el taxista.

–Sí –contesté.

No podía evitar que el tipo se molestara, pensé, cuando nos paramos en un entrante para autobuses y me acercó el datáfono para que metiera la tarjeta. Pero desde luego no pensaba darle propina por un viaje de unos cientos de metros.

¿Qué había sucedido realmente?

Debería sentarme en algún sitio y reponerme, pensé. Pero no en Bulls Eye, esa fase quedaba ya muy atrás.

Curioso, pero me sentía ligero y bien, como si la oscuridad me hubiese limpiado.

La oscuridad.

Aquello no había sido un desmayo normal y corriente.

Aunque nunca en la vida me había desmayado, no podía ser.

Me detuve entre Narvesen y Dickens.

¿Café Ópera?

¿Henrik?

No, estaría lleno. Y ya no soportaba más gente.

¿Quizá el bar del Hotel Norge?

Allí se podía estar en paz.

Y allí me fui. Tras una rápida visita al cuarto de baño, donde me lavé la cara con agua fría y me sequé con unas toallas de papel, pedí una cerveza en el bar y me senté en una de las mesas bajas junto a la pared. El local estaba medio lleno, y sin embargo tranquilo; había mucha gente sola, algunos con un portátil delante.

La cerveza me supo a gloria.

Justo lo que me hacía falta en ese momento.

Lo que había ocurrido no estaba bien. Demasiada gente conocida allí. Lindland iba tan borracho que se desmayó, ¿sabes? Pero no había

sido por la borrachera. Era algo de familia. Mi madre solía desmayarse.

Ella nunca contaba nada sobre cómo era desmayarse. Quizá porque no era nada especial.

Dudaba que ella se despertara en una oscuridad fuera de todo, como me había ocurrido a mí. Aquel lugar lleno de caras y voces brillando en un sitio diferente del que me encontraba.

¿Qué era eso?

Todo había ocurrido dentro de mi cabeza.

Pero esa no era la sensación que tenía.

Me bebí la cerveza y fui a por otra. Cuando la dejé en la mesa, y estaba a punto de sentarme, vi entrar en la recepción una figura que reconocí. Era la pintora.

¿Ella se hospedaba aquí?

Seguro que sí.

Pero ¿cómo se lo podía permitir?

Los artistas recibían algo del tesoro público, pero me constaba que no eran grandes sumas.

La mujer se dirigió al recepcionista, que asintió con la cabeza y escribió algo en el ordenador.

A continuación, se dio la vuelta en dirección al bar.

¿Qué debería hacer yo ahora?

Esa mujer estaba demasiado llena de odio y amargura para que me apeteciera volver a insinuarme.

Pero tampoco quería esconderme.

Cuando me vio, estuvo a punto de pararse, pero se controló al instante y siguió como si nada. Pidió una copa en el bar sin volverse. Cogió la copa, que tenía pinta de ser un gin tonic, y se la llevó a una de las mesas del otro lado, donde se sentó de espaldas a mí.

Como si eso me importara.

Era fría y flaca, y pretenciosa como pocas.

Saqué el móvil y busqué en Google «nubes en la pintura».

Cuarenta y dos millones de resultados. Así que no se trataba de algo muy original.

Entré en un par de páginas. Al parecer, John Constable era un nombre importante.

Tardó una hora en pintar un cuadro de nubes.

Bastante mejor que los de ella.

Había vida en ellos. Era como ver las nubes en el cielo. Grises y sucias.

En la periferia de mi campo visual registré que la mujer se ponía de pie. Levanté la vista, a la vez que me metí a toda prisa el móvil en el bolsillo interior. Ella vino hacia mí. Se paró a tres metros de la mesa.

–Solo quería decir que me parece que debes irte ya a tu casa –dijo–. Todos los que vieron lo que ocurrió se quedaron muy preocupados por ti. En realidad, deberías haber ido a Urgencias.

Le dediqué mi más amplia y magnífica sonrisa.

Seguía sin poder verle los pechos, el traje era demasiado ancho.

¿O quizá no tenía pechos?

–Gracias por preocuparte –dije–. Pero no eres mi madre. Tampoco mi mujer. Así que lo que tú opines simplemente no cuenta.

–Menos mal –dijo ella–. Bueno, yo ya lo he dicho.

Volvió a su sitio.

Pero tenía un buen culo. Abultaba bajo la suave tela negra.

Se me puso dura.

Crucé las piernas, me eché hacia atrás y di un trago de cerveza.

¿Por qué estaba esa mujer bebiendo allí sola?

¿Era alcohólica?

No tenía pinta de serlo.

Pero eso nunca podía saberse en estos casos.

¿Debería hacerme una paja?

O tal vez intentarlo otra vez.

¿Por qué no?

No podía estropear nada.

Me acerqué a la barra y pedí dos gin tonics. Me bebí uno de pie y el otro me lo llevé a la mesa donde ella estaba sentada.

Levantó la vista y me miró sin decir nada. Su mirada era más abatida que irritada.

–Solo quiero pedir perdón por lo que acabo de decir. Y darte las gracias por ayudarme esta noche. La verdad es que no me siento muy orgulloso de ello, así que me resultó más fácil rechazar los consejos.

–Vale –dijo ella–. Está bien.

Volvió la cara y miró al frente, como si ya me hubiese marchado.

–Solo una cosa más –dije–. Tus cuadros realmente me conmueven. Es importante para mí que lo sepas después de esa entrevista.

Me echó una rápida mirada.

–¿Entonces por qué no lo escribiste?

–No los he visto bien hasta esta tarde –dije–. Cuando te hice la entrevista estaba más interesado en ti que en los cuadros.

–En criticarme, quieres decir.

–Mi trabajo es ser crítico –dije–. Es algo no muy común en el periodismo cultural. La mayoría de los periodistas son serviles, pero yo opino que es un error. No hay razón alguna para tratar a pintores o escritores con guante blanco.

–No me gustas –dijo ella.

–Vale –dije–. Estás en tu derecho. Pero ¿por qué te importa tanto poder decirlo?

–Porque llevo toda la noche encontrándome contigo. Y también resulta interesante que digas que mis cuadros te conmueven. ¿Qué puede ver en ellos un idiota como tú?

–Imagínate que no tuviera palabras para describirlo –dije–. Los idiotas a menudo no las tienen.

–¿Te has ofendido? –preguntó riéndose–. ¡No me digas que te has ofendido!

–Pero puedo intentarlo –dije, y me senté en un sillón a su lado.

–¿Qué haces? –dijo ella.

–Solo voy a contarte lo que vi en tus cuadros –dije–. Y luego me marcharé. De todos modos, ya es hora de irse a casa.

Ella no dijo nada, solo daba vueltas al vaso.

–No estarás de acuerdo, pero yo percibí tus cuadros como vacíos.

–Ajá –dijo ella.

–Si miras los cuadros de nubes de John Constable están llenos de vida, ¿a que sí? ¿Entiendes lo que quiero decir? Sus nubes están a menudo sucias. Pero tus nubes están completamente limpias. Y hay en ellas un vacío existencial.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó ella mirándome.

–No hay nada –contesté.

–¿Te refieres a la nada de la existencia? –preguntó ella.

–Sí –asentí.

–¿Entonces por qué te conmueven?

–Porque me voy a morir.

–¿Qué estás diciendo?

–No, no en ese sentido –dije–. Quiero decir que un día me moriré. Y tú también. ¿Quizá por eso los has pintado?

Ella sacudió la cabeza un par de veces sin decir nada.

Vacié el vaso y me levanté.

–Que llegues bien a tu casa –dijo ella.

–Pensaba fumarme un cigarro primero –dije.

Ella no dijo nada ni hizo ademán de acompañarme, así que salí solo, me quedé junto a la ventana y encendí un cigarro.

Cuando volví a entrar, me miró.

–¿No te ibas? –dijo.

–Sí –asentí–. Pero tengo que pagar primero.

En la barra, me volví hacia ella. Estaba sentada de espaldas. Me acerqué.

–¿Quieres otro? –le pregunté–. ¿Antes de que liquide la cuenta?

–¿Ya te estás insinuando? –dijo ella.

–¿Y si así fuera?

–En ese caso puedes irte a la mierda.

–No lo estoy haciendo. Entonces te invito a una copa amistosamente. ¿Te parece bien?

Ella asintió.

¿Qué le pasa?, pensé, cuando fui a pedir las copas. No quedaba mucho de esa pintora que miraba tímida al suelo, sin saber qué decir.

–¿Lo que bebes es ginebra y tónica? –pregunté, y le coloqué el vaso delante.

–Sí –asintió–. Gracias.

Dio un largo sorbo.

–Te había juzgado mal –dijo–. No eres un idiota. Solo eres un tío insoportable.

Se rió, como para sus adentros.

¿Era tal vez psíquicamente inestable?

Claro que sí. Era artista.

–Sé que lo único que quieres es follarme –dijo ella–. No hace falta que disimulemos.

Yo no dije nada.

–Pero estás un poco demasiado gordo para mi gusto.

–Vale –dije.

Ella se rió.

–Deberías haberte visto la cara. Qué va, estás muy bien. ¿Nos vamos?

–¿Adónde? –pregunté mientras se me encogía la garganta.

Ella alzó las cejas con expresión irónica y se levantó.

Yo también me levanté.

No me gustaba aquello. Esa mujer era demasiado inestable.

La seguí hasta el ascensor, que estaba abierto. Se cerraron las puertas, ella pulsó el botón de la tercera planta.

–Tengo una regla –dijo mientras nos deslizábamos hacia arriba–. Nada de besos en la boca.

–Eso es lo que dicen las putas –dije.

–Exactamente –dijo ella riéndose.

Me acerqué a ella y le puse una mano entre las piernas. Me empujó para alejarme.

–¿Qué dirá tu mujer de esto? –dijo.

–Ella no sabe nada –dije, apretándome de nuevo contra ella.

–Un poco de paciencia –dijo.

El ascensor se paró y ella salió. Yo la seguí por el pasillo.

No, aquello no me gustaba.

Pero se me había puesto horriblemente dura.

La mujer se detuvo, sacó la tarjeta, la acercó al lector, abrió la puerta y entró. Antes de que pudiera impedirlo, me dio con la puerta en las narices.

Qué puta de mierda.

Me había engañado.

¿O se trataba de un juego?

Llamé con todas mis fuerzas a la puerta.

Ninguna reacción.

Ella quería humillarme desde el principio.

Pero no se saldría con la suya.

Menuda puta.

Ella no era nada, un cero a la izquierda como pintora.

Volví a llamar a la puerta.

Nada.

Vale, entonces.

Si eso era lo que ella quería, por mí de acuerdo.

Empecé a andar por el pasillo cuando me sucedió algo. De repente noté la sangre fluirme por el cuerpo, una suave presión simultánea por las venas, por todas partes, también en la cabeza, que chispeaba con todas esas nuevas sensaciones. Al mismo tiempo volvió la ola negra, subía velozmente, y luego la oscuridad se extendió por la conciencia.

No tengo ni idea de cuánto tiempo estuve allí. Pero cuando volví en mí ya estaba fuera, en la oscuridad. Justo debajo estaba el espacio, no más grande que una postal. Era como si ese cuerpo que apenas vislumbraba en el suelo no tuviera nada que ver conmigo, aunque sabía que era del que yo venía. Era incapaz de centrar mis pensamientos, se habían disipado, y lo que había a la luz era demasiado pequeño y estrecho para que lo pudieran abrazar.

Y entonces, sin previo aviso, me encontraba dentro de lo pequeño y estrecho, y veía extenderse el pasillo con todas sus puertas.

Una vez más descubrí a la pintora agachada a mi lado.

Yo estaba boca abajo con la mejilla apoyada en la moqueta.

–¿Me oyes? –preguntó.

–Apártate –dije, incorporándome lentamente.

–Tienes que ir a Urgencias –dijo–. Te acompaño.

–Estoy perfectamente. Apártate.

Me levanté y eché a andar por el pasillo.

Con la sensación de que ella me seguía.

Era como la vez anterior, como si se me hubiese limpiado el cerebro. Veía todo a mi alrededor con más claridad, más nítido. Pero las piernas seguían flojas, me temblaban un poco, y más a cada paso. A medio camino del ascensor, noté que estaban a punto de fallarme, y me acerqué a la pared para apoyarme.

–¿Necesitas ayuda? –preguntó, a un par de metros de mí.

–Que no, joder –contesté.

–Pero ¿vas a ir a Urgencias?

–No.

–Tienes que ir. Estás grave. Quizá te haya dado un pequeño infarto.

–¿Un leve ataque cerebral, quieres decir? –dije.

–Sí.

–Escucha –dije, y eché a andar de nuevo–. Simplemente me he desmayado. Es cosa de familia. Ahora me iré a casa a dormir. Y tú mantente alejada de mí.

Ella no dijo nada.

Llegué al ascensor y pulsé el botón. Cuando me di la vuelta, vi que ella estaba en medio del pasillo con los brazos caídos.

–En serio –dijo–. Estoy preocupada por ti. No puedes irte solo en ese estado.

Miré la brillante puerta de metal, y oí más fuerte el zumbido en el hueco del ascensor. Estaba tan cansado que no sabía qué hacer.

¿Me funcionaba la cabeza?

Tenía que aprovechar la ocasión.

–De acuerdo –dije.

Las puertas del ascensor se abrieron. Dentro había un señor mayor. Tenía una cara muy peculiar. Suave y redonda, como la de un hombre joven, a la vez que arrugada y llena de surcos como la de uno de setenta.

Me sonrió cortésmente, a punto de salir, cuando se paró de repente.

–Esto no es la recepción, ¿verdad? –dijo.

–No –contesté.

–¿Baja? –me preguntó.

–No, he cambiado de parecer –contesté.

La puerta del ascensor se cerró. La pintora me miró y se rió.

Joder, aquello me estaba resultando demasiado confuso.

–Perdóname –dijo ella–. Solo quería vengarme.

Volvió a reírse.

–No es solo eso –dije.

–No –dijo, andando despacio a mi lado.

¿Por qué me flojeaban tanto las piernas?

¿Realmente me había dado un leve ataque cerebral?

Noté el aroma de su perfume, y se me puso dura otra vez.

Ella abrió la puerta con la tarjeta, mientras yo esperaba. Me había metido la mano en el bolsillo y me estaba restregando discretamente la polla dura. Ella sonreía, mirando al suelo.

Así que ahora le entraba la timidez.

–Esta vez puedes entrar –dijo.

–Porque me he desmayado –dije.

–Sí –asintió–. ¿Necesitas más razones o qué?

–No –contesté, y entré–. Porque no las hay.

–Claro que las hay –dijo ella–. ¿Crees que te habría dejado llegar hasta aquí si no me apeteciera follar?

¿Qué?

La miré. Ella fue hacia lo que suponía era el baño.

Iría a prepararse.

Es decir, si no me estaba engañando otra vez.

La habitación era pequeña. Un sillón, un escritorio increíblemente minúsculo, un guardarropa y un minibar.

Su maleta estaba abierta en el suelo, la ropa parecía haber sido sacada a lo bruto, porque estaba diseminada por todas partes.

Pero la cama era grande.

No me gustaba que las mujeres dijeran follar. Deberían decir hacer el amor o, en el peor de los casos, acostarse con.

¿Debería simplemente marcharme?

Ella significaba problemas.

Pero no podía huir de aquello. Una mujer dispuesta en la habitación de un hotel. No podía.

No es que ella fuera peligrosa.

Abrí el minibar y saqué una botella de whisky y otra de vodka. Esas botellas de los hoteles eran tan pequeñas que resultaban ridículas.

–¿Quieres una copa? –pregunté en voz muy alta, y me senté en el sillón.

–¡Enseguida! –gritó ella desde el baño.

Me bebí el whisky de un trago.

Pensé en la tela del vestido que se había deslizado por su delicioso culo. En que se pusiera a cuatro patas. En que yo me arrodillara detrás de ella y le lamiera el agujero del culo.

Se abrió la puerta y apareció. Seguía vestida.

¿Qué había estado haciendo entonces allí dentro?

–Te has desmayado dos veces esta noche –dijo–. Eso no puede ser bueno para ti.

–Yo lo siento como algo bueno –dije–. ¿Qué quieres tomar?

–¿Queda algo de vino tinto? –preguntó, y se sentó en el otro lado de la cama. Ahora estaba de nuevo como tranquila y prudente.

¿Estaba actuando?

No la entendía, pero hice como si nada, me volví, cogí la botella de vino tinto, que estaba en el estante de detrás del sillón y se la tiré a la cama.

Ella la cogió, quitó el corcho y miró a su alrededor.

Cogí una de las copas que había al lado de la botella y se la tiré de la misma manera.

–Gracias –dijo con una sonrisa.

La miré mientras echaba el vino en la copa.

Sentada medio de espaldas a mí, daba pequeños sorbos. Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato.

–¿Qué hacemos ahora? –pregunté.

Ella volvió la cabeza y me miró por encima del hombro.

–¿Quizá solo dormir? –propuso.

–¿Solo eso? –dije.

–¿O quieres que me comporte como una puta?

–No pensaba pagarte –dije.

Ella se rió.

Yo me levanté.

Nuestras miradas se cruzaron.

Me acerqué, me apreté contra ella y le agarré los glúteos con las dos manos.

–Ay, ay –suspiró–. ¿Has estado pensando en mí?

–Sí –dije.

Intenté besarla, pero ella apartó la cara.

Tenía una cremallera en la espalda, la bajé y dejé que el vestido se deslizara desde los hombros hasta abajo del cuerpo, mientras ella me desabrochaba el cinturón.

Tumbada en la cama en bragas y sujetador, me miraba, mientras yo me quitaba a toda prisa el pantalón.

Pesaba demasiado como para ponerme encima de ella, y opté por tumbarme a su lado e intentar quitarle las bragas.

–Quítate la camisa –dijo ella.

–No hace falta –dije, obligado a usar la fuerza para bajarle las bragas por debajo de las rodillas, que ella, por alguna razón, mantenía juntas–. No hace falta.

–Quiero verte –dijo.

–No es necesario –gruñí, apretándome contra ella.

–Relájate, no tengo nada en contra de los hombres gordos –dijo.

¿No podíamos simplemente hacerlo? ¿No podía meterle la polla sin más?

–Vale –dije, me desabroché la camisa y me la quité.

Ella me pasó una mano por la tripa, mientras cogía la polla con la otra.

–¿Cómo quieres que me ponga? –preguntó.

Qué maravilla que te hicieran esa pregunta.

–A cuatro patas –dije.

–Vale –contestó y se puso a cuatro patas. Cuando me arrodillé detrás de ella, nos vi reflejados en el espejo de la pared sobre la cama. ¿Dios mío, ese soy yo?, pensé, moviéndome un poco para adoptar la buena posición, antes de meterle el hombre de acero. Intenté no mirar al espejo, pero mi mirada se desviaba constantemente hacia él mientras la follaba por detrás. Con la voluminosa y prominente tripa y las mejillas colgantes, parecía de alguna especie animal. Ella también parecía un animal, follada a cuatro patas con la cabeza inclinada y el pelo colgando, a la vez que me resultaba tan placentero, ay, lo sentía

tan placentero dentro de mí que el hombre y la mujer del espejo podrían haber sido otros.

–Eres maravillosa –gemí–. Eres fantástica.

Un poco más, y ¡pam!

–Eres maravillosa –volví a decir–. Eres maravillosa.

Ahhhhhh.

Le chorreé bastante tiempo dentro, antes de desplomarme hacia el otro lado.

Ella se puso boca arriba, con la mejilla apoyada en la almohada y los ojos cerrados.

–¿Ha estado bien? –preguntó–. ¿He estado bien?

–Ha sido increíble –dije.

Se hizo el silencio.

–Esto no me lo esperaba –dijo al cabo de un rato–. No se lo dirás a nadie, ¿no?

–¿Cómo? –dije.

–No se lo dirás a nadie, ¿no?

–¿Qué te has creído? –dije–. ¿A quién se lo iba a decir?

Ella se incorporó, cogió una toalla de la silla y se envolvió en ella.

–¿A tus compañeros? –dijo y se fue al baño.

La oí abrir la ducha. Me puse los calzoncillos, y había empezado a abrocharme la camisa cuando asomó la cabeza por la puerta.

–No irás a marcharte ahora, ¿no? ¡No puedes hacerlo!

–No es ni siquiera la una –dije–. Todavía puedo llegar a casa a una hora relativamente buena.

–No puedo quedarme sola ahora –dijo–. No puedes hacerme eso.

Ah, Dios mío, ya empezaban los problemas.

Por otra parte, si me quedaba, podría follármela por la mañana antes de ir a trabajar. Eso no podría hacerlo si me iba a casa ahora.

–No sabía que fuera tan importante –dije–. Claro que puedo quedarme.

–Gracias –dijo. Cuando cerró la puerta, me senté en el sillón y miré el móvil. Ni mensajes ni correos. La noticia principal de todos los periódicos era la nueva estrella o lo que fuera eso.

La había olvidado por completo en medio de todo aquello.

Busqué el texto que me había enviado a mí mismo.

La nueva estrella

Una tarde de agosto
mientras bajaba el sol
y la embriaguez subía
vi la nueva estrella.

El poema seguía siendo satisfactorio.

Estaba bien.

Nunca puede saberse. A veces, la inspiración del momento resulta luego una tontería.

Coloqué el móvil en el estante que había sobre la cama, me quité la camisa y me tapé con el edredón. Tal vez debería ducharme yo también, la polla apestaría a coño, pero estaba demasiado cómodo tumbado, y todo el cansancio me llegó de golpe, como una avalancha que se hacía cada vez más grande y ocurría cada vez más deprisa, y que terminó por empujarme dentro de la oscuridad.

Cuando me desperté, la habitación estaba completamente a oscuras. En la repisa, detrás de mi cabeza, vibraba el teléfono. Lo busqué a tientas.

–¿Qué pasa? –dijo la pintora, que se habría acostado sin despertarme.

–Suena el teléfono –dije, y lo cogí.

Era Geir.

¿A las tres y media de la mañana?

–¿Hola? –dije.

–Tengo un caso para ti –dijo–. Ven a Svartediket ahora mismo.

–¿Qué? ¿Qué clase de caso?

–Hemos encontrado a los chicos de la banda.

–¿Sí?

–Bueno, a tres de ellos.

–¿Están muertos?

–Ya lo creo. Asesinados. De la manera más cruel posible. Es lo más horrible que he visto jamás. Parece un ritual. Los han matado como a animales.

–¿Qué quieres decir? –pregunté, moviendo la otra mano hasta dar con la camisa en el suelo–. ¿Ritual?

–Los han desollado.

–¿Así que tenemos un asesino en serie en Bergen?

–Sí señor. Ven inmediatamente.

–No tengo el coche.

–Coge un taxi entonces. De todos modos, no se puede llegar en coche hasta aquí. Bájate donde la compañía de aguas y sigue hacia el lado derecho del lago. Nos encontrarás sin problema. ¿Vale?

–¿Por qué haces esto por mí?

–Me das un poco de pena. Ven ya.

Colgó. Me levanté, conseguí ponerme la camisa y los pantalones mientras la pintora me miraba.

–¿Qué ha pasado? –preguntó–. ¿Adónde vas?

–Es un asunto de trabajo. Y corre prisa.

–¿No eres periodista cultural?

–Ya no –dije, me agaché, me calcé, cogí la chaqueta y salí de la habitación.

TURID

Como era de esperar, Jostein no había llegado cuando eran ya las siete y cuarto, y me tenía que ir a trabajar. Era su problema, no el mío, pensé, pero esperé, no obstante, hasta el último momento para apagar el horno e ir al dormitorio a arreglarme. Allí dentro hacía un calor infernal, aunque la ventana estaba abierta de par en par. En el jardín había un silencio absoluto. Me quedé mirándolo un instante. La hierba de la pendiente estaba quemada y amarilla, aunque la había regado todo lo que pude durante el verano. Aún me dolía el corazón cada vez que veía el tocón junto a la verja, donde estuvo el castaño. En primavera estaba precioso, con sus flores blancas y su espeso follaje. Pero así era la vida. Incluso los árboles enfermaban y morían. También ocurrían muchas otras cosas buenas, pensé, inclinándome para mirar los rosales trepadores, cuyas flores blancas habían salido unas semanas antes, agrupadas en ramilletes.

Me pregunté si al irme debería cerrar la ventana, pero estaba Ole, y Jostein llegaría pronto, y no le gustaría encontrarse un dormitorio hirviendo.

Mi respiración llenaba la habitación, y también el sonido de mis pies metiéndose por las perneras de los vaqueros. De la habitación de Ole, al otro lado de la pared, salía el eterno y bajo martilleo del teclado. Me cambié el sujetador por uno blanco y me puse una camiseta también blanca. Luego me quedé unos instantes delante de la puerta del armario, preguntándome si coger o no una chaqueta ligera, podía refrescar por la noche, pero al final no lo hice, de todos modos, estaría dentro.

Miré el teléfono para ver si había enviado una de sus disculpas; no lo había hecho, y lo metí en el bolso junto con las gafas de sol y el inhalador. Luego llamé a la puerta de Ole.

Estaba sentado de espaldas en su enorme sillón ergonómico de oficina. Seguía llevando el pantalón corto gris y la camiseta negra que no se había quitado en toda la semana.

–¿Estás bien, hijo? –pregunté.

Giró un poco el sillón y me miró.

Estaba diferente, lo noté enseguida. Parecía casi iluminado.

–Sí –dijo sonriendo–. Ahora todo está bien, de hecho.

¿Había sucedido algo? ¿Qué había sucedido?

–Qué bien –dije. No se me ocurrió otra cosa que decir. Por regla general, él suspiraba o decía: que sí, mamá, o preguntaba irritado por

qué se lo preguntaba sin volverse siquiera, estaba acostumbrado a esa pregunta.

–Sí –dijo–. Estoy bien.

¿Habría conocido a alguien?

Pero si no había salido de casa...

Y ninguna chica querría juntarse con un chico que siempre iba con los mismos pantalones cortos. Y el pelo tan grasiento.

–Estupendo, Ole –dije–. Yo me voy ya. Pero papá vendrá pronto.

–Vale –dijo–. Que tengas buen turno.

–Gracias –dije–. Llámame si necesitas algo.

–Vale.

Al principio de la escalera tuve que pararme para recobrar el aliento. La verdad era que algo iba mal; antes solo se me encogía la garganta cuando subía escaleras.

Era como respirar por una pajita.

Aquello también me cambiaba la cabeza, se llenaba de todo lo que no era capaz de hacer. Como si la fuerza se me fuera por entre los dedos.

No es que tuviera fuerza. Me refiero a todo lo que solía hacer.

El aire vibraba sobre el asfalto cuando salí. En el manzano había dos gorriones picoteando cada uno una manzana, sin importarles esas brillantes tiras que había colgado en las ramas. Salieron volando cuando moví los brazos. Sabía que no serviría de nada, volverían en cuanto me hubiese alejado, pero me produjo no obstante una pequeña satisfacción.

Me detuve delante del coche y hurgué en el bolso en busca de la llave.

Pero ¿dónde estaba?

Revolví el bolso entero con las dos manos. Fundas de gafas, gafas, bufandas, llave de casa, cajas de paracetamol y paquetes de chicles, cartuchos para inhaladores, el inhalador, todo, salvo la llave del coche.

¿Dónde la había puesto?

Volví a subir, un poco demasiado deprisa, tuve que parar arriba en la escalera para recobrar el aliento. Miré en la mesa del salón, en la mesa de la cocina, en la mesilla del dormitorio. La llave no estaba en ninguna parte.

Eran ya las siete y media. Todavía iba bien de tiempo, pero tenía que marcharme en unos minutos.

–¿Ole? –grité.

–¿Sí? –contestó desde su habitación.

–Ven un momento.

Le oí abrir la puerta.

–¿Dónde estás? –preguntó.

–Aquí dentro –contesté–. ¿Puedes ayudarme? No encuentro la llave del coche.

Ole apareció en el vano de la puerta. Yo me senté en el sillón.

–Mamá está un poco sofocada –dije.

–¿Mamá no encuentra la llave del coche? –dijo él–. ¿Mamá está perdida?

–Déjalo –dije–. No sé por qué lo he dicho así.

–¿Cómo así?

–Lo de «mamá» –dije.

–Sí, ha sonado un poco raro –dijo–. Pero voy a buscarla. Tú quédate sentada.

Miró en los mismos sitios en los que yo había mirado, pero no dije nada, podría haber mirado mal, y, además, me encontraba maravillosamente bien así sentada sin más.

–Nada –dijo.

¿Por qué estaba tan alegre y diligente?

–¿Ha ocurrido algo? –pregunté.

Se detuvo y me miró.

–No –dijo–. ¿Qué iba a ocurrir?

–No lo sé –dije–. Es solo que pareces diferente.

–¿Más alegre?

–Sí.

Miró al jardín.

–¿Te preocupas porque estoy un poco más alegre? –dijo.

–No digas tonterías. Claro que no.

Era curioso lo diferente que era de su padre. Tan sensible, tan delicado.

También sus rasgos eran muy distintos, y todo su porte.

Jostein había sido un hombre guapo. Todavía era capaz de ver su hermosa cara, sus brillantes ojos azules. El cuerpo compacto y fuerte se había puesto gordo, pero no estaba fláccido como el de Ole, con los hombros caídos y la cara fofa.

De bebé era irresistible.

De niño, tímido y nada movido.

Se le quitaría ese rasgo de cachorro en cuanto saliera un poco, le diera algo de sol en el cuerpo, hiciera algunos amigos que lo obligaran a esforzarse, entrenar quizá, vestir bien...

La actitud era muy importante.

–¡Aquí está! –gritó desde el baño.

Me levanté.

–Qué bien. Mil gracias. ¿Me das un abrazo antes de que me vaya?

–¿Mamá quiere un abrazo? –dijo, acercándose a mí.

Sonreí.

–No sé por qué lo dije, ya te lo he dicho. Solía decirlo cuando eras

pequeño, ¿sabes?

Me dio la llave.

–Mil gracias –dije.

Me abrazó sin decir palabra. Apoyé la mejilla en su pecho.

–Venga, mamá –dijo, liberándose–. Tienes que irte ya.

–Mándame un SMS cuando te acuestes –dije–. Para que pueda darte las buenas noches.

–Vale –dijo, y fue hacia su cuarto mientras yo iba hacia el coche, que, por suerte, había aparcado en la sombra debajo del cerezo cuando había vuelto de la tienda hacía un rato, para que la temperatura no fuera insoportable.

Olía un poco a carne asada. Eché un vistazo por encima del seto, y vi a Jensen de espaldas en su jardín, junto a la barbacoa, con los guantes de asar puestos. Estaba solo, dejé que mi mirada se deslizara por el jardín hasta que encontró a su mujer, en cuclillas frente a uno de sus muchos macizos de flores, con unas pequeñas tijeras en la mano.

Qué idílico.

Me metí en el coche, arranqué el motor y salí a la calle, recorrí la fila de casas y jardines y cogí la carretera principal. Eran ya las ocho menos veinte, lo que significaba que llegaría dos minutos tarde. Nadie podría criticarme por eso.

Excepto Berit.

Ella diría algo. Coleccionaba los errores de los demás. Y siempre estaba encima de mí.

Reprender a alguien es elevarse por encima de algo, equivale a decir que uno es mejor. No se podía interpretar de otra manera.

Como jefa de sección, tenía derecho a hacerlo. Pero no favorecía precisamente el ambiente laboral. Y yo tenía muchísima más antigüedad que ella.

Y no se necesita precisamente ser cirujana cerebral para trabajar con minusválidos psíquicos.

Suspiré sin saberlo hasta que oí el sonido, que sonó casi como un gemido.

Cuando estaba en casa conseguía olvidarme del trabajo, aunque no al cien por cien, al menos al ochenta, pero ya sentada en el coche, dirigiéndome a él, los pensamientos me llegaban a chorros.

Cada día me horrorizaba la idea del trabajo. No siempre había sido así, pero ahora sí.

Y luego estaba Ole.

Lo de Ole no acabaría nunca.

¿Qué había en su mirada?

¿Qué había visto en su mirada?

¿Acaso había tomado una decisión? ¿Y todo iría mejor ahora que

la había tomado? Le había dicho un montón de veces que no tenía que estudiar en Oslo a toda costa. Quizá sería mejor estudiar en la universidad de nuestra ciudad. Así podría vivir en casa si quería.

Pero ese era precisamente el problema. Él no tenía nada suyo. Conseguir algo nuestro nos espabila. Nos endurece. Conseguimos un aspecto exterior, no solo uno interior.

Veía dentro de mí su cara. Sus bondadosos ojos.

No le pasaba nada. Solo era bueno.

¿Por qué no bastaba con eso?

La gasolinera Shell apareció delante de mi vista. Miré automáticamente el indicador del nivel de la gasolina. Tenía más de tres cuartos.

Luego pensé en cigarrillos.

Sería fantástico sentarme en la terraza a fumar esta noche.

Fumarme solo uno.

Pero entonces ya estaría. Lo sabía. Un solo cigarro bastaría para que empezara de nuevo.

De todos modos, había pasado ya la gasolinera y cogí la vieja carretera general donde, curiosamente, había un par de pequeñas granjas con ovejas y vacas, hasta que aparecieron las nuevas urbanizaciones, con la nueva iglesia sin torre que todo el mundo odiaba excepto los que la habían encargado y opinaban que era fantástica. Tan moderna...

Fría como un congelador, esa era mi opinión.

Y Dios no era moderno, ¿no?

Fueron esos locos satanistas los que quemaron la vieja iglesia. Ya lo sabía todo el mundo mientras estaba ocurriendo. La noticia se extendió como la pólvora. La iglesia está ardiendo, la iglesia está ardiendo. No se me había ocurrido que a la gente le importara la iglesia. Y a mí también. No era solo un edificio.

Jostein había conseguido entrevistar a uno de los que estaban detrás, un joven al que llamaban La Bruja. Poco tiempo después, la policía lo detuvo y lo metieron en la cárcel. Jostein había dicho siempre que no tenía nada que ver con aquello. Pero empezaron a correr rumores, y al poco tiempo lo cambiaron a la sección de cultura, con la excusa de que se trataba de una reorganización.

Se podían decir muchas cosas de Jostein, pero era un hábil periodista de asuntos criminales, tal vez uno de los mejores. Le quitaron eso.

Y él se agarraba a lo que tenía.

Yo le había atribuido más orgullo, a decir verdad.

Ahora buscaba la emoción de otras maneras.

Era como un niño, quería aventuras.

Menos conmigo.

Llegué a la curva donde el paisaje caía de repente hacia el fiordo, y vi los tejados de los altos y alargados edificios del fondo brillar rojos entre todo lo verde.

El pecho se me encogió.

Respiré lentamente y me imaginé un amplio prado sobre el que soplaba el viento. El aire me entraba a lo ancho por la garganta, el aire entraba a lo ancho por los pulmones.

Ancho, ancho.

Y luego salía a lo ancho, despacio.

Pasada la parada del autobús, me metí por el estrecho camino que serpenteaba por entre los árboles del recinto. Dos cuidadores desconocidos aparecieron empujando a sendos residentes en silla de ruedas. Detrás de ellos iban otros dos residentes. Se pararon al ver mi coche, era algo que habían aprendido de niños, como si lo llevaran grabado dentro.

Los saludé, ellos me miraban boquiabiertos.

El bosque, más allá, estaba bañado en luz. El sol se reflejaba en las filas de ventanas de los edificios por los que pasaba. Casi todos estaban vacíos, ya solo quedaban cuatro en uso.

El reloj de la entrada del edificio de la administración marcaba las ocho en punto.

Cuando aparqué delante de A2 y apagué el motor, oí gritos lejanos procedentes del interior, casi como mugidos de un toro. Cogí el bolso y abrí la puerta. En ese momento sonó una señal del móvil. Me quedé sentada con la puerta abierta y los pies en el suelo, y lo saqué. Era Jostein.

Tardaré un poco más, estoy tomando algo con gente del trabajo.

–No me digas –dije al aire–. Qué sorpresa.

Vale, escribí.

Seguro que estaría emborrachándose otra vez, y solo eran las ocho.

Pero recuerda que también mañana será otro día.

Me arrepentí enseguida, yo no era su madre.

Exactamente.

Sí, sí, pesada, contestó.

Miré hacia las ventanas de la primera planta. Todas estaban abiertas de par en par. También la puerta de la terraza de la sala de guardia. Hoy seguro que hervía.

No se veía ninguna cara.

Me entraron ganas de hablar con él. Estaba de buen humor por la tarde, y yo quería hablar de Ole. Pero los dos minutos se convertirían en diez. Y si estaba con sus colegas, no querría hablar de eso, sobre todo si se estaba emborrachando. Entonces quería decir tonterías. U opinar. No charlar.

Cuando lo tenía para mí sola, Jostein era distinto.

Al menos de vez en cuando.

¿Cuándo salimos tú y yo la última vez?, escribí.

Pero si trabajas de noche, contestó él al instante.

No todas las noches, escribí yo.

Se hizo el silencio durante un rato.

¿Entonces cena en El Convento el sábado?, escribió él.

Le envié una carita sonriente, metí el teléfono en el bolso y fui lentamente hacia la entrada. Sin embargo, sentía como si se me encogiera el pecho. Era como si tuviera una barrera que impidiera entrar el aire. Cuando entonces el corazón trabajaba duro, el cuerpo gritaba que necesitaba aire, y todo se contraía. Pero era incapaz de inspirar profundamente, no podía permitir que el aire entrara, regara los pulmones y les diera lo que pedían. Tenía que hacer cortas y pequeñas respiraciones que no ayudaban, y el cuerpo me dolía y gritaba, hasta que reducía la velocidad y esa violenta e irrazonable exigencia de más aire desaparecía.

Luego había que ir despacio, tomárselo todo con calma.

Me quité las gafas de sol y me quedé un rato quieta, antes de teclear el código y empujar la puerta, que empezó a zumbar.

El pasillo estaba vacío y silencioso. Estarán fuera, pensé y fui a la sala de guardia. La puerta estaba cerrada con llave, y la abrí. Dos moscas salieron volando del sofá cuando dejé allí el bolso. Empezaron a zumbar por la habitación. Me serví una taza de café de la cafetera. No salía humo, y cuando di un sorbo para probarlo, noté que estaba amargo y templado. Pero tendría que valer. Me senté en el sofá, seguí un rato las moscas con la mirada, y luego eché un vistazo por la puerta abierta hacia el edificio del otro lado del campo de deportes y el bosque al fondo.

Por el pasillo sonaron pasos.

Berit entró en la sala de guardia sin mirarme, se acercó a la mesa del rincón y cogió el libro verde de informes.

–Hola –dije.

–Ah, hola –dijo–. ¿Has venido tú?

Volvió a salir.

Ese bicho.

Ese jodido bicho.

Di un sorbo de café, dejé la taza en la mesa y me levanté. Pero eso sería como mostrarle que trabajaba, pensé, y me volví a sentar.

Si ella me ignoraba a mí, yo podía ignorarla a ella.

No tenía más que treinta y pocos años. Pero se comportaba como una vieja amargada. Bajita, delgaducha y gris, con unos dientes incisos afilados que la hacían parecer un ratón.

Royéndolo todo y a todos.

Como muy eficiente. Tan activa...

Pero trabajaba allí. Lo que significaba que no podía ser muy hábil. Nadie que podía elegir trabajaba allí.

Una de las moscas se me posó en la rodilla. Me quedé quieta mirando cómo se paseaba. Cuando se paró y subió las patas delanteras hacia la cabeza, un poco como un gato lavándose, levanté la mano con mucho cuidado y la llevé lentamente hacia ella. Me lo había enseñado mi padre cuando era pequeña. El movimiento era tan lento que la mosca no lo percibía. Cuando la mano se encontraba a unos veinte centímetros por encima de ella, la mantuve inmóvil durante unos segundos y la dejé caer con todas mis fuerzas.

Cogí por una pata la mosca hecha puré, de la que salía algo amarillo, y la tiré al cubo de la basura.

Mi padre también decía que las moscas eran los muertos. Que por eso había tantas, y se mantenían tan cerca de nosotros y de nuestras casas. Eran almas muertas. Nunca supe si lo decía de verdad o no. Pero desde la primera vez que lo oí, no podía ver una mosca sin pensar en ello.

No.

Tendría que ponerme a trabajar un poco.

Salí de la sala de guardia. En los pasillos y en las habitaciones reinaba el silencio. Detrás de la pared de cristal de su despacho estaba Berit metiendo la medicación en los pastilleros.

Menos mal que pronto se acabaría su turno y se iría a su casa.

Ojalá no cerrara la puerta con llave esta vez.

Pero por qué iba a hacerlo, pensé cuando entré en la cocina. Era algo que nunca había hecho.

Allí dentro zumbaban varias moscas, vi al menos cinco, y seguro que había más, pues solían posarse en superficies oscuras y eran difíciles de ver.

Había tantas porque el edificio estaba al lado del bosque.

Me di la vuelta. Berit me miró desde el otro lado del comedor.

No quise dar a ese bicho el placer de reprenderme, así que me incliné hacia delante y me puse a vaciar el friegaplatos, que estaba a rebosar después de la comida.

–Quizá deberías ir a ver a los residentes antes de empezar a recoger –dijo Berit, que había salido de su despacho y me miraba fijamente desde el comedor.

Suspiré y cerré la puerta del friegaplatos.

–Se supone que todo lo de la comida debe estar recogido antes de que llegue el personal del turno de noche, ¿no?

–No hay ninguna regla al respecto –dijo y volvió a meterse en su despacho.

Estaba a punto de decir que creía que todos estaban fuera, cuando me acordé de los mugidos. Georg estaba aquí, claro.

Llamé a su puerta y entré.

Estaba tumbado en la cama mirando al techo y emitiendo pequeños sonidos. Tenía un poco de baba en la comisura de los labios. Volvió la cabeza para mirarme y sonrió.

La habitación apestaba a mierda de hombre, como decían en el norte de Noruega.

–¡Gaaaaa! –dijo.

–Hola, Georg –dije, acercándome a él y alborotándole el pelo–. ¿Te cambiamos?

–Gaaaa, gaaa, gaaa.

Abrí primero la ventana. El aire estaba igual de caliente fuera. Luego saqué del armario un pañal y un paquete de toallitas húmedas, además de una toalla.

Era una barbaridad dejarlo en la habitación un día como ese. Bien era verdad que solo estaría allí unas semanas antes de que lo trasladaran a su municipio, donde le estaban preparando un piso. Pero de todos modos... Podrían haber buscado un lugar con más gente como él, para que no lo dejaran allí solo porque el vigilante de seguridad no soportara llevárselo.

Aparté el edredón y empecé a respirar por la boca. El hombre llevaba unos pantalones cortos y una camiseta blanca. Tenía las piernas redondas y suaves, y casi tan blancas como la sábana. Estaban muertas, inmóviles, cuando le quité el pantalón, pesadas como troncos.

Tenía una cicatriz grande en un muslo. Me habían dicho que era porque un día alguien lo colocó demasiado cerca de una estufa. Él se quedó allí, quemándose, sin moverse ni emitir sonido alguno.

Solté la cinta adhesiva del pañal y lo abrí. Las heces eran blandas y se habían pegado al peludo trasero. Tragué saliva y empecé a limpiarlo. También estaban manchados el escroto, la piel que lo rodeaba, y los muslos.

Metía las toallitas húmedas en el pañal sucio conforme las iba usando.

–En realidad, debería darte una ducha –dije–. Pero lo dejamos para mañana. ¿Vale?

Le levanté un poco los muslos con el antebrazo para poder meter debajo el pañal limpio.

Su sexo reposaba como un animalillo muerto entre sus piernas.

–Qué bien que te haya cambiado el pañal, ¿verdad, Georg? –dije.

Él se había limitado a estar quieto mirando al techo mientras lo cambiaba.

Volví a subirle el pantalón, envolví el pañal usado y lo llevé al cuarto de baño, donde lo tiré al cubo de la basura antes de lavarme bien las manos.

Me asomé a la puerta y le dije que pronto llegaría la cena. Luego volví a la cocina y me puse a vaciar el friegaplatos.

En ese momento llegaba un minibús blanco por el camino. Dio la vuelta a la esquina y se paró. Se oyeron gritos y voces agitadas, un breve zumbido al deslizarse la puerta del vehículo por las bisagras y volver a cerrarse de un golpe.

Todo se tranquilizó durante unos minutos, luego el alboroto llegó al pasillo.

Cerré la barrera de la cocina y seguí trabajando. Los residentes fueron acompañados a sus habitaciones, y el ruido cesó.

Tenía una mano llena de todo tipo de cubiertos, que luego iba metiendo en el cajón con la otra cuando oí arrastrarse a Torgeir por el pasillo. Las piernas no le funcionaban, de rodilla para abajo estaban delgaduchas y muertas, y los pies apuntaban hacia atrás, de manera que por dentro de la casa se movía apoyándose en los brazos, un poco como un mono.

Sssss, sssss, sssss.

Se paró delante de la barrera y me miró.

–Hola, Torgeir –dije.

Su cara era corriente, podría haber pertenecido a cualquier cuarentón. Tenía la frente y la nariz rojas por el sol, y una sombra de barba en las mejillas, a pesar de que lo habían afeitado por la mañana.

Pero el aspecto engaña. No hablaba, y su mente era primitiva.

Aquel hombre no me gustaba nada.

Yo tampoco le gustaba a él.

–¿Has tenido un buen día? –pregunté.

Resoplaba mientras me miraba.

Quizá porque notaba que mis atenciones no me salían del corazón.

¿Me odiaba?

Casi lo parecía.

No me quitaba ojo.

–¿Quieres un poco de café? –pregunté.

Dejó de resoplar.

Cogí una taza del armario y la llené hasta la mitad de café de la cafetera que acababa de poner.

Volvió a resoplar.

Saqué un cartón de leche y eché en la taza.

–Toma, cariño –dije y le alcancé la taza por encima de la barrera. Se estiró para cogerla. Sus ojos estaban llenos de deseo.

Daba la impresión de no tener nunca más que un solo pensamiento en la cabeza a la vez.

Bueno, si es que eran pensamientos y no solo instintos.

Vació la taza de un trago.

Me la acercó suplicante.

Al otro lado, Berit se levantó de la silla y cerró el botiquín.

Le cogí la taza antes de decirle que no, para evitar que la lanzara contra la pared.

–No puedes tomar más –dije–. Ya lo sabes. Luego no duermes.

Berit cerró la puerta del despacho. Miré el reloj de la pared. Media hora más y se iría.

Torgeir se quedó mirándome mientras acababa de vaciar el friegaplatos. Una mosca se le posó en la cabeza, y luego se paseó un poco sin que el hombre se diera por enterado. Fue por la sien hasta la mejilla, junto al ojo. Entonces encendieron el televisor en el cuarto de estar, y Torgeir dio un salto y fue hacia allí.

Me serví una taza de café. Lo que más me gustaba era estar en la cocina, detrás de la barrera, al menos mientras ellos estaban despiertos. De modo que pasaba siempre mucho tiempo allí.

Saqué la bandeja grande de servir y empecé a poner fiambre. Queso que había cortado en lonchas, foie gras, salami y queso de untar con beicon. Siempre cortaba pepino y tomate para adornárselo un poco, pero nunca se lo comían. Los sábados por la noche se les servía pizza, los domingos por la mañana huevos cocidos.

Tres de ellos eran incapaces de untar solos las rebanadas, así que se lo hacía yo. Eran Torgeir, Olav y Kenneth. Todos podían llegar a ser violentos.

Uno de mis primeros días en la sección, Olav me mordió mientras lo afeitaba. Estaba sentado en la bañera, y hubo algo que no hice bien, entonces me agarró el brazo y me mordió hasta que empecé a sangrar. Uno de los cuidadores vino corriendo y se ocupó de él.

No eran realmente cuidadores, la mayoría de ellos eran vigilantes, y trabajaban allí porque eran grandes y fuertes, y capaces de manejar conductas violentas.

Tuve que ponerme la vacuna contra el tétanos. Entonces pedí el turno de noche. No dije que tenía miedo, pero supongo que se lo imaginarían.

Los vigilantes no tenían miedo. Bromeaban y jugaban con ellos, los abrazaban y eran estrictos cuando hacía falta, y se reían mucho. A los residentes les caían muy bien, se sentían seguros, cuidados.

Incluso Kenneth. Él no tenía nada en la cabeza. Deambulaba por la sección y comía lo que encontraba. Se metía motas de polvo en la boca, y cuando todavía tenía pelo, se arrancaba mechones y se los comía. Ahora llevaba siempre el cráneo afeitado. Yo lo había visto comer cebolla cruda como si de una manzana se tratara, se me había olvidado cerrar la barrera y allí estaba, delante de la nevera, devorando la cebolla mientras le caían las lágrimas. Era esbelto y atlético, como un deportista. Una vez que lo dejaron olvidado en una gasolinera, lo encontraron luego a varios kilómetros, andando por un

campo sobre la nieve profunda, en dirección al bosque. Me dijeron que habría andado hasta reventar, porque cuando se ponía en marcha era incapaz de parar.

Cuando estaba triste, se daba cabezazos contra la pared. Una vez se rompió el cráneo antes de que pudieran pararlo. Y cuando tenía un ataque de ira hacían falta tres hombres para sujetarlo.

Lo más raro de todo era su belleza.

Yo a él no le importaba, pero le tenía miedo de todos modos.

Sin embargo, al que más temía era a Olav. Él estudiaba a las personas y era capaz de planificar. A veces, cuando me veía me enseñaba los dientes.

Por las noches no suponían ningún problema, se les daba somníferos y no aparecían nunca hasta por la mañana, cuando llegaba el personal de día. En ese sentido, el sitio estaba bien.

Preparé té antes de llevar a la mesa del comedor tazas y cubiertos. Todo era de plástico y estaba tan usado que se había descolorido, y las superficies se habían quedado rugosas.

Cuando abrí la puerta del frigorífico para sacar leche y zumo, Karl Frode salió de su habitación. Parecía cansado, tenía los rizos despeinados, llevaba el jersey lleno de manchas y los calcetines colgando.

–Buenas noches, Turid –dijo mecánicamente, como una fórmula aprendida. Nunca miraba a la gente cuando se dirigía a ellos, tampoco a mí.

–Buenas noches, Karl Frode –dije–. ¿Tienes hambre?

–Sí, tengo hambre –dijo, sacó su silla y se sentó.

Dejé los cartones de las bebidas en la mesa.

–¿Has hecho algo divertido hoy? –pregunté.

–Sí –contestó.

–¿El qué? –dije, y volví a la cocina para coger la bandeja del fiambre.

–No te pongas pesada –dijo.

–Vale, vale –dije y dejé la bandeja–. Prometo no ponerme pesada.

–Hace bueno hoy –dijo.

–Sí, ha hecho muy bueno –dije–. ¿Has salido?

Dio un puñetazo en la mesa.

–¡Has dicho que no ibas a ponerte pesada! –dijo de repente con una voz más clara.

–No voy a ponerme pesada –dije–. ¿Prefieres que estemos callados?

–Sí –asintió.

–De acuerdo –dije y abrí con llave el cajón donde se guardaban los cuchillos que no eran de plástico, corté un pan entero en rebanadas y las puse en la cesta grande del pan.

–Mantequilla –dijo cuando puse la cesta en la mesa.

–Tienes razón –dije–. Gracias, Karl Frode.

Él sonreía mirando la mesa.

–¡Mantequilla! ¡Mantequilla! ¡Mantequilla!

–Ahora mismo –dije.

Ese hombre también era peligroso, si le daba un ataque de ira podía tirar todos los muebles y destrozar todo lo que pillara. Pero casi nunca ocurría. Al menos no había ocurrido desde que yo estaba allí. El hecho de que supiera hablar también le hacía parecer en cierto modo menos amenazador.

Un estudiante que trabajó allí unas semanas antes ese verano dijo que Karl Frode se parecía a un filósofo, a Hvitgensten. Me enseñó una foto en el teléfono, y la verdad es que se parecía muchísimo. El pelo rizado, los ojos redondos con la mirada perdida, la cara alargada y las comisuras de los labios hacia abajo. Karl Frode tenía las mejillas más redondas, pero aparte de eso, eran como gemelos.

Karl Frode había vivido en esa institución casi toda su vida. Después de la época en la que dormían con correas por la noche, había adquirido la costumbre de llevar un cinturón que le mantenía sujeto el pantalón. Otra cosa que se había torcido en él era la masturbación. Solo podía practicarla estando de pie entre los setos fuera del edificio, mirando hacia las ventanas. Y en las ventanas tenía que haber un reflejo de nubes. Lo sacaban a veces cuando el tiempo lo permitía y esperaban fumando de espaldas, él estaba un poco más allá con los pantalones bajados hasta las rodillas masturbándose. Era algo inofensivo, pero no obstante no se hablaba de ello.

Le puse la margarina delante.

–Ja ja. Ja ja –dijo.

–¿Qué pasa? –pregunté.

–No es mantequilla, es margarina –dijo.

–Sí, en eso tienes razón –dije–. Pero llamamos mantequilla a las dos cosas, ¿no?

Se quedó quieto, mirando la mesa. Una mosca se posó en el borde de la mantequilla. Otra en el queso, bien visible en contraste con lo amarillo.

Las espanté con la mano. Karl Frode no notó el movimiento, seguía con la mirada perdida. Cuando estaba de buen humor solía reclinarse en la silla, poner un pie sobre el otro, charlar y reírse, a veces con tanto entusiasmo que se enredaba, empezaba a tartamudear y se le caía la baba.

Entré en el cuarto de estar y dije que la cena estaba lista. Kenneth estaba sentado sobre las rodillas de uno de los cuidadores, restregando la cabeza contra el pecho del hombre como si fuera un bebé. Olav estaba casi tumbado en un sillón con las manos colgando por fuera de los reposabrazos. El otro cuidador, Gunnar, estaba sentado en un

sillón a su lado, mirando el móvil.

Cuando se levantaron, fui a la sala de guardia. Torgeir estaba sentado en el pasillo junto a la puerta, mirando fijamente hacia dentro, como un perro esperando un trozo de comida.

–La cena está lista –dije a Berit, que estaba sentada en el sofá, escribiendo en el libro de informes que tenía sobre las rodillas.

–He anotado que hoy has llegado otra vez quince minutos tarde –dijo, mirándome.

–Muy bien –dije.

Nada ni nadie me haría pedirle perdón.

Ella se levantó.

–De todos modos, estaban todos fuera cuando he llegado –dije.

–Pero eso no lo sabías –dijo, pasando por delante de mí.

–¿Me echas una mano con Georg? –me pidió Gunnar. Lo ayudé a sentarlo en la silla de ruedas, que Gunnar empujó y colocó en el extremo de la mesa. Luego le puse un babero, mientras él se reía contento.

Por suerte, Berit nunca cenaba con nosotros cuando tenía turno de tarde. Después de repartir las medicinas, fue a por el bolso al despacho, dijo adiós a los residentes y cuidadores sentados a la mesa, y se fue con pasos rápidos por el pasillo. Al poco tiempo, arrancó el coche. Unos segundos después también había desaparecido el sonido del motor.

Los residentes devoraron las rebanadas y regurgitaron zumo o leche. Di de comer a Georg, mientras Gunnar y Hans controlaban indolentes a los demás.

A mí me daban por hecho. Igual podría haber sido una silla o una cortina.

–¿Dónde habéis estado esta tarde? –pregunté.

–En Hellevangen –contestó Hans–. Han tomado salchichas y helado. Como una fiesta de 17 de mayo. ¿A que sí, Kenneth?

Rodeó a Kenneth con su enorme brazo y lo zarandeó un par de veces. Kenneth estiró el brazo para coger otra rebanada, y se metió la mitad en la boca. Era como si se encontrara en una dimensión distinta a la nuestra.

–Suena muy bien –dije.

–Té –pidió Karl Frode.

–Es verdad –dije–. Se me ha olvidado.

Entré en la cocina y encendí el hervidor de agua.

Fuera, se estaba poniendo el sol. Los árboles de la parte de arriba del páramo llameaban rojizos. Un pino solitario situado sobre una roca parecía arder de verdad. El cielo seguía azul, pero abajo, en la tierra, sobre la hierba y entre los árboles, estaban a punto de desaparecer los colores.

El aire que entraba por la ventana era caliente y estaba lleno de olores secos.

Cuando me volví hacia atrás, Karl Frode me estaba mirando fijamente.

–El dióbolo está ahí fuera –dijo.

Gunnar y Hans se rieron.

–Tú y tu dióbolo –dijo Gunnar.

No los miraba a ellos, me miraba a mí.

–El dióbolo está ahí fuera ahora –dijo, señalando la ventana.

Cogí cuatro tazas de plástico y metí una bolsita de té en cada una. Cuando empecé a echar el agua hirviendo, Karl Frode se levantó.

–¡Cierra la ventana! –gritó–. ¡Cierra la ventana!

–Tranquilo, Karl Frode –dijo Gunnar.

–¡Cierra la ventana, mujer! –casi gritó con el brazo extendido, acercándose a mí.

El corazón me golpeaba el pecho.

De repente, no podía respirar.

Gunnar se levantó.

–Déjalo ya, Karl Frode –dijo.

Al ver que Karl Frode no se calmaba, se apresuró tras él, lo abrazó y lo mantuvo agarrado.

–Tranquilo, tranquilo –dijo–. Tranquilo, Karl Frode. Tranquilo, tranquilo.

–¡Viene el dióbolo! –gritó Karl Frode, retorciéndose en los brazos de Gunnar.

Yo me agarraba jadeante con ambas manos al borde de la encimera.

Detrás de ellos, Torgeir tiró el plato al suelo, y luego la taza. Hans se levantó. Torgeir se bajó de la silla de un salto, la tiró, y se arrastró a toda prisa por el suelo, camino del cuarto de estar. Hans corría detrás. Kenneth se puso a aullar. Olav me miraba fijamente con una mueca en la cara.

–¡El dióbolo está ahí! –gritó Karl Frode, escupiendo y resoplando, retorciéndose en los brazos de Gunnar.

–¿Podrías cerrar la ventana? –me dijo Gunnar–. Solo eso, cierra la ventana.

Me volví. La ventana parecía encontrarse muy, muy lejos. Y estaba llena de niebla.

–¡Ahora! –exclamó Gunnar.

Di unos pasos hacia delante, inclinándome tan de repente que casi me caí. Pero conseguí cerrarla. Y conseguí inspirar largamente: no había nada, ninguna barrera, ninguna cuerda que me encogiera los pulmones.

–Ves, Karl Frode –dijo Gunnar–. Ya está cerrada la ventana. Ya no

puede entrar el dióbolo.

Karl Frode se tranquilizó realmente.

Gunnar echó una mirada a Olav y a Kenneth.

–Ahora os quedáis aquí quietecitos, ¿vale, chicos?

Cogió a Karl Frode de la mano y lo llevó a su habitación.

Olav seguía mirándome fijamente. Fui a cerrar la barrera. Desde el cuarto de estar se oía la voz alta de Hans.

Qué horrible era todo allí.

Miré la hora. Ellos se irían dentro de cuarenta minutos, a la vez que llegaría el cuidador de noche. Pero esa tarde estaban muy intranquilos. Y si seguían así, no podríamos manejarlos los dos solos.

¿Podría pedirle a alguno de ellos que se quedara hasta que se durmieran?

¿O tal vez llamar a un cuidador más?

Kenneth emitía bajos y monótonos aullidos, como hacía siempre cuando estaba insatisfecho por algo.

Por suerte, volvió Gunnar.

–Quizá ya pueda tomarse el té –dijo.

Saqué las bolsitas de té y las tiré al cubo de basura, llené de leche la última mitad de las tazas y llevé dos a la mesa. Me senté y seguí dando de comer a Georg, que no daba señales de haberse percatado del suceso.

Yo estaba completamente relajada, respiraba con gran facilidad. Solo las piernas me seguían flojeando.

–¿Qué te parece, Olav? ¿Quieres tomar un poco de té? –dijo Gunnar–. Para tranquilizarte un poco.

Olav se tomó el té templado de un trago. Kenneth miraba fijamente su taza. De repente le dio un golpe con la mano, y el líquido se derramó sobre la mesa.

–Pero Kenneth –dijo Gunnar–. Si no lo quieres, no tienes por qué tocarlo.

Fui a por un rollo de papel a la cocina y limpié la mesa, mientras Gunnar se llevaba a Olav y a Kenneth al cuarto de estar, y Hans llevaba a Georg en la silla a su habitación. Me puse a quitar la mesa, volví a meter la comida en el frigorífico y las tazas y los platos en el friegaplatos. Al ir a la lavandería, vi a Gunnar entrar con Kenneth en su habitación.

Eso significaba que todo se había tranquilizado.

Y que por fin no había moros en la costa.

Volví por el pasillo. Al llegar al despacho de Berit, me aseguré de que no me viera nadie, abrí la puerta y entré. El botiquín estaba cerrado, ella guardaba la llave en el cajón de arriba del escritorio, pero la llave de ese cajón, o la llave de repuesto, la había puesto en el último estante, donde tenía sus carpetas.

Abrí el cajón.

La llave del botiquín no estaba allí.

¿Cómo?

¿Cómo era posible?

Con mucho cuidado para no dejar ninguna huella, levanté todo lo que había, por si la llave se hubiera metido debajo de algo.

Pero no.

Mierda, mierda, mierda.

Miré a toda prisa en el resto de los cajones.

Nada.

Noté la sangre golpearme como con un dedo índice en el cuello.

No podía quedarme allí mucho más tiempo.

Cerré el cajón, dejé la llave en el estante y salí al pasillo justo cuando Gunnar salía de la habitación de Kenneth.

–¿Has visto el libro de informes? –dije para anticiparme a la pregunta de qué hacía yo allí dentro.

Pero él no le dio importancia.

–Estará en la sala de guardia, ¿no? –dijo.

–Eso espero –dije y pasé por delante de él.

–Quizá sería buena idea cerrar las otras ventanas también –dijo detrás de mí–. Antes de que las descubra nuestro amigo.

¿Por qué no lo haces tú?, pensé, pero no dije nada. Volví a la lavandería, vacié la secadora y metí la ropa seca en una cesta, luego saqué la ropa mojada de la lavadora, la metí en la secadora y la puse en marcha. Después llené la lavadora de ropa sucia, metí una de esas nuevas pastillas de jabón suaves y como de plástico, y la puse también en marcha.

Miré por la estrecha ventana. El cielo sobre el páramo llameaba en rojo y amarillo. Los árboles estaban oscuros.

Alguien habría asustado a Karl Frode con historias sobre el diablo cuando era pequeño.

O el dióbolo.

¿Dónde habría dejado la llave?

¿No sospecharía algo? ¿Y por eso se la había llevado a casa?

No, en ese caso lo habría denunciado, y a mí me habrían llamado para pedir explicaciones.

Entré en la sala de guardia, me senté en el sofá y saqué el móvil del bolso. Nada de Ole. Tampoco de Jostein.

Envié un SMS a Ole.

¡Hola, hijo!, escribí. Espero que todo vaya bien por casa. Mándame un mensaje o llámame antes de que te acuestes. Pienso en ti. Mamá.

Ahora que sabía que no podía conseguir esas pastillas fue como si mi preocupación se acrecentara aún más. Era incapaz de pensar en otra cosa.

Se abrió la puerta del final del pasillo. Tenía que ser Sølve.

Miré la hora.

Diez minutos antes, como siempre.

¡Quizá Berit no había cerrado el botiquín!

Yo no lo había tocado.

¡Y si fuera así!, pensé en el momento en el que Sølve entraba en la sala.

–Hola –dijo e inclinó la cabeza ligeramente hacia delante para quitarse el bolso que llevaba cruzado sobre el pecho.

–Hola –dije.

Dejó el bolso en el sofá, se sentó y se quitó las pinzas del pantalón.

–¿Alguna novedad? –preguntó, mirándome por primera vez.

–Han estado un poco inquietos en la cena.

–¿Ah, sí?

–Karl Frode creía que el diablo estaba en el bosque.

–El dióbolo, querrás decir. Eso no es ninguna novedad. Pero ¿están ya tranquilos?

–Creo que sí –contesté.

Sølve tenía treinta y tantos años, el pelo negro, los ojos marrones y una cara estrecha con una barba rala. Podría haber resultado atractivo, de no ser por lo tremendamente quejica e intenso que era. Ya la primera vez que compartimos turno de noche se puso a contarme cosas privadas de él y su mujer, cosas de las que yo no quería saber nada. Y de gente con la que había trabajado. Al parecer, todo el mundo estaba en su contra.

La razón por la que me hacía confidencias debía de ser porque no me consideraba nada peligrosa. Yo lo odiaba, odiaba sus lamentaciones, me daban náuseas, pero seguro que él pensaba que sus confidencias eran un regalo que me hacía.

–Voy a dar una vuelta por la sección –dije, levantándome.

–Muy bien –dijo él–. Por cierto, ¿se han ido ya los musculitos?

Yo ya estaba a sus espaldas e hice como si no lo hubiera oído.

La posibilidad de que Berit hubiera olvidado cerrar el botiquín era mínima, pero mientras existiera, no podía desaprovecharla.

Sentía que se me calentaba el pecho cuando pensaba en ello.

No vi a ninguno de los dos cuidadores cuando abrí la puerta del despacho, y entré.

El botiquín estaba cerrado, cómo no.

Ella habría dejado la llave en algún sitio sin pensarlo.

Miré a mi alrededor.

Nada.

Quizá estuviera en un sobre o en algo que ella hubiera tirado, pensé, e hice una rápida búsqueda en la papelera.

Pero no.

Esa arpía se había llevado la llave a su casa.

Sølve apareció al otro lado de la ventana. No me vio, y entró en la cocina. Yo salí del despacho y cerré la puerta detrás de mí, como si no hubiera nada extraño en ello.

–Hay café recién hecho en el termo –dije.

–Ah, gracias –dijo él.

Gunnar estaba en la sala de guardia escribiendo en el libro de informes, mientras Hans estaba de espaldas en la terraza, mirando hacia fuera. La corteza blanca de los abedules del bosque brillaba débilmente en el crepúsculo.

–Bueno –dijo Gunnar, y se levantó–. Que tengas un buen turno.

–Gracias –dije.

Se puso la chaqueta de cuero y cogió el casco, que estaba en la mesa en el rincón.

–¿Ves al dióbolo ahí fuera? –preguntó.

Hans se volvió hacia él.

–No –dijo, riéndose–. ¡Pero si lo dice Karl Fronde, ahí estará!

Salieron juntos. Un poco después oí a Gunnar arrancar la moto. La noche era tan silenciosa que el zumbido no dejó de oírse hasta que llegó a la carretera principal.

Miré el móvil. Ni una palabra de Ole.

Lo llamé.

¿Por qué no lo cogía?

Quizá se hubiese acostado ya, pensé. O quizá se hubiera quedado sin batería.

Volví a meter el móvil en el bolso y salí. Todos los residentes estaban en sus habitaciones. Si entraba a ver si dormían, podían despertarse, así que solía evitarlo.

Sølve estaba sentado en el cuarto de estar con una taza balanceándose en el reposabrazos, viendo la televisión.

Me noté la garganta seca y fui a la cocina a beber un vaso de agua, de pie, delante de la ventana.

La piel del interior de los brazos se me pegaba al cuerpo, y levanté los codos para que se despegara y entrara un poco de aire.

También tenía húmeda la frente.

El sol ya se había puesto del todo. El pino que poco antes estaba como ardiendo en la parte de arriba del páramo, había desaparecido por completo en la oscuridad.

Me mojé la mano en la pila y me la pasé por la frente y las mejillas. Me sequé con una toalla de papel.

Un búho ululaba en algún lugar allí arriba.

¿Dónde podía estar esa jodida llave?

Lo único que quería era un mísero Sobril.

Volví al despacho. Había una remota posibilidad de que el botiquín

no estuviera cerrado, sino que solo se hubiese atrancado, así que metí la uña del pulgar en el hueco entre la puerta y el mueble e intenté abrirla.

Como eso no funcionó, me puse a buscar la llave en los sitios más ilógicos. Dentro de carpetas, bajo montones de papel.

Estaba a punto de echarme a llorar.

Era tan poco lo que pedía. Tan poco.

Mientras volvía a la sala de guardia, me acordé de que también había un botiquín en la planta baja. Cualquiera sabe cuáles son sus rutinas allí, pensé. Que yo supiera, podía estar abierto, o la llave podía estar en el cajón.

Tenía que buscar un motivo para bajar.

No hacía falta que fuera nada importante. Detergente para la lavadora, leche, café.

De repente, todo parecía más esperanzador.

Sølve seguía sentado en el sofá, con la taza en el reposabrazos.

¿Se habría dormido?

En ese caso, no lo despertaría.

Apagué la luz de la sala de guardia, salí a la terraza y me senté en una de las dos sillas que había allí.

La oscuridad entre los árboles del bosque era compacta. Pero sobre las copas se extendía un débil rayo de luz.

La luna habría subido por el otro lado, pensé.

Fuera reinaba el silencio.

Si le pedía detergente al guarda de noche, iría a buscarlo. Así que tenía que ir a cogerlo sin decir nada y esperar que nadie me viera. Parecería un poco raro que fuera allí sin decir nada, pero sospechoso no era, ¿no?

Inspiré profunda y lentamente.

Un movimiento en el cielo me hizo volver la cabeza.

Por el bosque venía volando un pájaro enorme, apenas visible en la oscuridad.

¿Qué pájaro podía ser?

¿Una garza real o algo parecido?

Desapareció en la oscuridad justo por encima de los árboles.

Llegó otro. Estaba más cerca. Batía las alas, podía oír el sonido de los golpes, chirriantes y como de cuero. Al penetrar en la débil luz, volvió la cabeza.

Me recorrió una sensación de miedo.

Era un pequeño ser humano.

La carita de un niño me estaba mirando.

Luego, cuando entró en la oscuridad y desapareció como el otro, comprendí que solo había sido el juego entre la luz y la sombra lo que lo había provocado.

¡Pero, uf, qué cosa tan siniestra!

La cabeza parecía humana, pero el bicho tenía alas, plumas y largas y finas patas.

¿Cómo de larga podría llegar a ser una garza real? ¿Y una cigüeña?

Eran pájaros grandes.

Miré atentamente el cielo, pero no vi ninguno más.

Ojalá tuviera un cigarrillo, pensé.

Luego pensé en Ole.

¿Me habría contestado ya?

Me levanté a coger el móvil.

Nada.

Volví a sentarme y pulsé su número.

Coge el teléfono, hijo.

Insistí hasta que salió el contestador. Volví a llamar otra vez y otra más.

Me quedé un rato sentada mirando a la oscuridad.

Algo iba mal. Lo sabía. Era su madre.

Él nunca tenía el teléfono descargado. Al menos en casa.

Y no lo apagaría nunca, ¿no?

Quizá.

Pero ¿por qué?

Marqué el número de Jostein.

–¿Sí, hola? –dijo.

Estaba borracho.

–¿Dónde estás? –pregunté.

–¿Por qué lo preguntas? –dijo.

Tardé unos segundos en contestar. Ya sabía que él le quitaría importancia.

–Ole no coge el teléfono –dije.

Suspiró.

–Intenté llamarlo hace un rato –dijo–. No lo cogió, claro. Simplemente no quiere hablar con nosotros.

–¿Así que no estás en casa?

–Justo voy a coger el autobús. ¿Has visto la nueva estrella?

–¿De qué estás hablando?

–Una estrella enorme ha aparecido en el cielo.

–Pues no, no la he visto.

–Tienes que verla.

–Llámame cuando llegues a casa –dije–. Estoy un poco preocupada.

–Relájate, no hay razón para preocuparse. Estará jugando o dormido.

–Espero que tengas razón –dije–. Hasta luego.

Me levanté, me metí el móvil en el bolsillo y salí de la sala. Tenía que hacerme con la medicina ya.

Pero primero había que comprobar que estaban dormidos.

Abrí con cuidado la puerta de la habitación de Olav. Dormía con la boca abierta, como cualquier hombre de mediana edad. De la pared colgaba una foto de él de niño junto a sus padres. Me constaba que llevaba veinte años sin verlos.

Kenneth estaba dormido de espaldas, con la mejilla apoyada en el brazo, las cicatrices de la cabeza bien visibles sobre la ropa de cama blanca.

También Karl Frode estaba profundamente dormido, boca arriba y roncando, apacible, con las mejillas fláccidas.

Cuando cerré la puerta de su habitación, Sølve salía del cuarto de estar.

–¿Va todo bien? –pregunté.

Asintió con la cabeza.

–Estoy dando una vuelta –dije.

–Enseguida me pongo a fregar –dijo–. Solo voy a tomarme un café primero. ¿Quieres tú uno?

–No, gracias –dije y pasé por delante de él, hacia la habitación del final del pasillo, que era la de Torgeir. Dentro, no había nada, ningún mueble, ninguna foto o cuadro, ningún adorno, solo un colchón azul en el suelo. Ni siquiera le dejaban tener ropa de cama; dormía vestido encima del colchón, tapado con una manta.

La razón era que lo rompía o hacía estallar todo.

La habitación tampoco tenía puerta, porque no sabía abrirla, de manera que le habían construido una media pared protectora para que tuviera un poco de intimidad.

Oí su respiración jadeante. El hombre hiperventilaba a menudo, pero no cuando dormía.

–¿Torgeir? –dije–. ¿Duermes?

Cuando entré, estaba sentado en el rincón masturbándose. Su órgano sexual, que era enorme, le subía en diagonal por entre las piernas. La mano se movía hacia delante y hacia atrás.

Me miró con sus ojos malvados, sonriendo y jadeando.

Aparté rápidamente la vista.

–Ahora tienes que dormir, Torgeir –dije, y salí de la habitación.

Sølve me miraba desde la puerta de la sala de guardia.

–¿Estaba dormido? –preguntó.

Negué con la cabeza.

–Estaba a lo suyo –dije.

–Ajá –dijo Sølve con una sonrisa.

No le devolví la sonrisa. Saqué el teléfono, pulsé el número de Ole y me acerqué el móvil a la oreja mientras iba hacia la lavandería.

El chico no contestó.

Estaría durmiendo.

Ole no dormía como los demás, se limitaba a echarse sueños de varias horas de vez en cuando.

Esa podía ser la explicación. Luego se le olvidó que había prometido enviarme un SMS.

Haber visto así a Torgeir me había alterado, y cuando metí las pastillas de la lavadora en una bolsa que até y tiré al cubo de la basura, lo veía en mi cabeza, aunque no quería. Los pies apuntando hacia atrás, el abultado sexo que subía recto entre las piernas flacas, el fuerte torso. Su malvada sonrisa.

¿En qué estaría él pensando?

Por Dios, compórtate, chica.

Saqué la ropa seca de la secadora, metí la mojada y volví a llenar la lavadora de ropa sucia, pero dejé la puerta abierta. Luego llevé la ropa limpia al cuarto de estar, la doblé y la dejé en montones sobre la mesa.

Hecho eso, fui a la sala de guardia, donde Sølve estaba sentado en el sofá, sin hacer nada.

–Ahora me pongo –dijo.

–No queda detergente –dije–. Bajo a la sección B a pedir prestadas unas pastillas.

–Ya bajo yo –dijo levantándose–. No he hecho gran cosa en toda la noche.

–No –dije–. Sigue ahí. Conozco a la del turno de noche y así aprovecho para saludarla.

–Como quieras –dijo él.

Desde algún lugar del bosque subía un prolongado sonido. Sonaba como una mezcla de pájaro y otra cosa, como un lagarto.

Se me heló la sangre.

Sølve volvió la cabeza y miró a la oscuridad del otro lado de la puerta abierta.

–¿Lo has oído? –preguntó–. ¿Qué ha sido eso?

–No tengo ni idea –dije–. ¿Puede haber sido una garza real?

–Tú lo has dicho –dijo–. Puede que sí. ¿Has oído alguna vez a una garza real?

Asentí con la cabeza.

–Suena como prehistórico –dijo.

Se levantó y salió a la terraza. Yo volví a mirar el móvil. Nada. Y sin embargo noté algo parecido a la felicidad dentro de mí. Tardé unos segundos en entender a qué se debía. Al botiquín de la planta baja.

La sangre empezó a latirme en las sienes cuando recorría el pasillo. Si me pillaban, me echarían del trabajo. Eso seguro.

Pero no me pillarían.

De todos modos, era un trabajo de mierda.

Abrí la puerta del final del pasillo y bajé la escalera hacia el oscuro

vestíbulo. Me faltaba un poco el aliento y me paré ya abajo para normalizar las pulsaciones y acostumbrar los ojos a la oscuridad.

Si entraba como lo más natural del mundo, nadie sospecharía nada.

Un ruido arriba me hizo volver la cabeza.

No era más que la puerta que se cerró sola.

Había que abrir la puerta de la calle con llave también desde dentro, así que saqué el llavero mientras cruzaba lentamente el vestíbulo, encontré la llave, era la única forrada, y tras titubear un poco conseguí meterla y girarla.

El aire de fuera era caliente como en un país del sur.

Detrás de mí, en la oscuridad, venía de repente alguien corriendo. Me di la vuelta, y una figura que me adelantó a toda prisa me echó hacia un lado.

A la luz de las farolas del aparcamiento vi que era Kenneth.

Desapareció corriendo al doblar una esquina.

Estaba completamente desnudo.

Pero qué demonios.

Qué demonios había liado yo allí.

Me apresuré tras él, andando lo más deprisa que podía, doblé la esquina y fui hasta la parte de atrás del edificio.

Kenneth no estaba allí.

Se había metido corriendo en el bosque.

Me dolía el pecho y me apoyé en la pared, intentando recobrar el aliento.

¿Qué podía hacer?

Tenía que accionar la alarma. La fuga de un residente era un asunto muy grave. Encima desnudo por el bosque. Avisarían a la policía. Se organizaría una búsqueda con mucha gente. Tal vez helicópteros.

Todo por mi culpa.

Ah, no.

Me imaginé la reacción de Berit.

Seguro que conseguiría que me echaran.

De eso no cabía duda.

Pero nadie sabía a qué hora había desaparecido.

¿Y si intentase encontrarlo por mi cuenta? A lo mejor estaba sentado en un tronco justo allí dentro.

Si no lo encontraba, podía decir que acababa de desaparecer.

¡Ojalá pudiera encontrarlo! También yo merecía un poco de suerte, ¿no?

Estuve a punto de gritar su nombre, pero me acordé de que la puerta de la terraza de encima de mí estaba abierta. Sølve seguiría allí sentado.

Crucé despacio la estrecha franja de hierba y me metí por entre los árboles. La pálida luz de las ventanas desapareció pasados unos metros, y la oscuridad se cerró en torno a mí.

ARNE

Me desperté con un dolor tan agudo que estuve varios segundos sin saber dónde estaba. Todo lo que existía era ese ardiente dolor en la cara y los intensos golpes en la cabeza.

Me llevé una mano a la nariz. Las puntas de los dedos se llenaron de sangre, y un violento pinchazo me recorrió la frente.

Estaba en el coche y acaba de estrellarme.

Los faros seguían encendidos, iluminando directamente los troncos de unos árboles.

Me pasé la lengua por el labio superior, que estaba sangrando. El sabor a sal y metal casi me hizo vomitar.

Abrí la puerta y me bajé.

El coche estaba junto a un árbol en la linde del bosque, a unos metros de la carretera. El lado derecho había chocado contra un árbol. El faro se había roto, y la parte delantera estaba abollada.

Había un silencio absoluto. Ni siquiera se oía el débil susurro del mar.

Y ni un coche, gracias a Dios. Nadie que pudiera denunciarme a la policía.

Tampoco se veían casas cerca.

No recordaba nada de lo que había sucedido. Pero la velocidad no podía ser muy alta.

Iba conduciendo borracho.

Qué estúpido podía uno llegar a ser.

Me volví a llevar la mano a la nariz, era como si necesitara tocarla y hacer reventar ese dolor.

¡Ah puta mierda! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Fue mejorando poco a poco. Solo quedaba ya ese dolor constante, ese zumbido.

Seguiría algo borracho, porque cuando salí a la carretera para averiguar dónde me encontraba más o menos, perdí el equilibrio y tuve que apoyarme en un árbol. También había como una membrana entre lo que estaba viendo y yo.

Me detuve en medio de la carretera. Hacía calor como a mediodía. El aire era completamente seco y notaba como si me quemara un poco la piel.

Qué curioso.

Entre los árboles del otro lado vi la luna reflejada en la superficie del mar un poco más abajo. Más lejos, a la derecha, había un círculo

de un montón de pequeñas luces que tenía que provenir de las casas de la isla de Vœrøya.

Eso significaba que me encontraba al menos a doce kilómetros de casa.

¿Cómo saldría de esa?

Un buen principio tal vez fuera quitar la llave de contacto para que el coche no estuviera iluminando justo al lado de la carretera, pensé.

Abrí la puerta, me metí y giré la llave.

Podría quitar las placas de matrícula, dejar allí el coche e irme a casa.

Entonces sí sería un caso policial.

¿Tove?

Ya tenía bastantes problemas como para poder ayudarme ahora.

Por cierto, ¿no tenía por allí un paquete de tabaco?

Me incliné sobre el asiento del pasajero, y un nuevo rayo de dolor me recorrió la cabeza al aumentar la presión.

Estaba en el suelo. Un luminoso paquete blanco y rojo de Marlboro. Y al lado, el móvil.

Encendí un cigarro.

Un poco de sangre me corrió por los labios. Me la chupé. Esta vez sin ir acompañado por ningún reflejo de querer vomitar.

Abrí la guantera y encontré un paquete de pañuelos, lo abrí y presioné con mucho cuidado el suave papel contra la cara.

Luego llamé a Egil.

Contestó enseguida.

–¿Arne? –dijo.

–Hola, Egil. ¿Qué tal?

–Bien –contestó–. Y tú, ¿cómo vas? No sueles precisamente agobiarme con llamadas. Y menos tan tarde.

–Esa es la cuestión –dije–. Estoy en un aprieto.

–¿Ah, sí?

–Sí. He chocado con el coche contra un árbol.

–Vaya.

–¿Crees que podrías venir hasta aquí? Estoy un poco borracho, ¿sabes?

–Sí, me he dado cuenta –dijo–. ¿Dónde estás?

–En la carretera, cerca de Vågsøya. Si sigues desde la tienda, me verás a unos cuatro kilómetros.

–¿El coche funciona?

–No lo sé. Creo que sí. Supongo.

–Vale.

–¿Entonces vienes?

–Sí, voy en el barco hasta allí, y luego conduzco yo el coche y te llevo a tu casa.

–Me parece estupendo.

–No estés tan seguro. Un día tal vez tengas que hacer algo por mí.

–Lo haré con mucho gusto –dije.

–Me refiero a algo que no querrás hacer –dijo–. Nos vemos ahora.

Colgó.

Tiré la colilla incandescente en la carretera y encendí otro cigarrillo. Vi que la botella había sobrevivido, protegida en el soporte.

No daría buena impresión si alguien me veía en el coche bebiendo, así que cogí la botella y crucé la carretera hasta el bosque, al otro lado.

Entonces vi la extraña estrella. Y los cangrejos que habían cruzado la carretera.

Así que no era la luz de la luna, pensé y miré al cielo.

Brillaba.

Menos ahora, y más lejos.

O quizá simplemente me había parecido más grande y cercana porque entonces estaba más borracho.

¿Sería de allí de donde venía el calor?

No seas tonto.

Las estrellas se encontraban al otro lado de un infinito mar de frío y oscuridad. También era el caso de esta estrella, aunque daba la sensación de estar más cerca.

El sotobosque estaba desnudo, seco y cubierto por agujas de pino amarillas. Arriba, los árboles eran rectos y altos, con ramas que no empezaban a desplegarse hasta cinco metros por encima del suelo, pero enseguida eran más bajos y torcidos, porque el viento del mar soplaba allí con más fuerza, así que me veía obligado a dar cada vez más rodeos para llegar a la playa de cantos rodados.

Había un tronco talado en las piedras a solo unos metros debajo de la última fila de árboles. Tenía pinta de haber estado mucho tiempo en el mar, al pasar la mano por él noté que estaba liso, pero no podrido. Me senté, encendí un cigarro y miré el mar. Estaba en calma total y terminaba unos kilómetros más allá en una pared negra que se elevaba y se lanzaba como un reloj de oscuridad sobre el mundo. Una oscuridad llena de pequeños agujeros penetrada por una luz que le llegaba por detrás. Al menos si creías a ese sueco loco de Strindberg, pensé, y di un trago de whisky.

Aún no había mirado los mensajes de texto que me habían llegado. Serían de Ingvild. Pero, en todo caso, no podía ayudarla desde allí, seguro que se las apañaría sola. Se podía confiar en ella. Excepcionalmente distinta a su madre.

Qué miseria.

Madre maniática. Padre borracho. Coche siniestrado.

¿Cómo había llegado hasta allí?

¿Cómo pude delegar tanta responsabilidad en Ingvild?

Ella solo tenía quince años.

Di otro trago.

Ahh.

El licor no solo me quemaba la garganta, alejando el dolor de la frente, también me aclaraba el cerebro. Casi podía seguir con los pensamientos cómo el alcohol se dispersaba por el cerebro con la sangre, eliminando toda clase de desechos. Bueno, se limpiaba y ponía orden en la sala de fiestas, se llevaban a la cocina platos y vasos sucios, se ponían manteles limpios, se fregaba el suelo, se cambiaban y encendían las velas. Pronto emergería vacía, limpia y reluciente.

Entonces yo podría bailar.

Di otro trago.

El mar negro reposaba inmóvil delante de mí. Aparte de un fino, casi inaudible golpeteo cuando el agua se encontraba con los cantos rodados, reinaba el silencio.

Qué noche.

Me entraron ganas de bajar a probar el agua. Con el calor que hacía debía de estar a más de veinte grados.

La idea de agacharme, inclinarme hacia delante y lavarme la cara me llenó de un repentino deseo. ¡Me sentaría muy bien!

Me levanté, me di cuenta de que llevaba el teléfono en la mano y me lo metí en el bolsillo delantero del pantalón.

De nada serviría enterarme de cómo estaban en casa. No podía hacer nada para mejorarlo hasta que no estuviera allí.

Algunas de las piedras redondas que pisaba producían un ruido que al mismo tiempo era hueco y nítido. Tenía la sensación de que podía oírse a varios cientos de metros de distancia.

Me paré y escuché en la oscuridad. Egil tenía que estar a punto de llegar.

Nada.

Caminé hacia las tres grandes piedras que se encontraban a cierta distancia, y que conocía bien de cuando era niño. Solía trepar por ellas cuando iba por allí con mis padres. Una parecía un cura con una tripa gorda y una sotana negra, sobre todo porque estaba rodeada de un campo entre gris y blanco, y se estrechaba según se acercaba al pico, como un cuello acanalado.

Al menos debería leer el mensaje. Quizá se limitara a decir que todo iba ya bien.

Apoyé las dos manos en la gran piedra. Estaba caliente, tan caliente que parecía más caliente que mi piel.

Pero no podía ser.

Me agaché y toqué una de las piedras más pequeñas.

Estaba igual de caliente.

¿Podría haber una especie de actividad volcánica por debajo del suelo que calentaba las piedras?

Allí no. En Islandia puede que sí, pero ese país estaba a miles de kilómetros de distancia.

Vale. Primero me mojaría la cara, luego volvería al tronco, me sentaría, encendería un cigarro y leería su mensaje de texto.

Era un buen plan.

Lo negro no solo absorbía el calor, también lo magnetizaba, y entonces subía la temperatura, claro.

Aliviado por haber encontrado la explicación, recorrí los metros que me separaban de la orilla, me puse en cuclillas, coloqué las manos en forma de plato y las llené de agua, a la vez que inclinaba la cabeza hacia delante.

El agua estaba templada y tenía un efecto calmante, me lavé la cara varias veces antes de que la sal, de la que me había olvidado, empezara a escocerme en la herida.

Pero también eso resultó agradable, que algo luchara dentro de mí.

Miré el mar.

En ese instante se oyó un lejano zumbido de motor. Fue como si una especie de cremallera auditiva reventara el silencio.

Volví al coche, me bebí el resto del whisky y encendí un cigarro. Él estaría aún a cierta distancia, así que podía mirar los mensajes, como me había propuesto.

Mientras siguiera allí daba igual lo que supiera o dejara de saber.

De todos modos, estarían ya dormidos.

Una raya blanquecina apareció en el agua al noreste, a la vez que el zumbido del motor aumentaba lentamente de intensidad.

Saqué el móvil, lo conecté y pulsé el mensaje de Ingvild.

Papá tengo miedo cuándo llegas

Oh, no.

¿Qué pasaría?

Me levanté.

Quizá lo que le daba miedo fuera la nueva estrella, no había allí ninguna persona mayor.

Pero estaba Tove.

¿Debería llamarla?

No tenía sentido en el estado en el que se encontraba.

Seguí bajando hasta la orilla. El casco del barco ya se veía claramente cuando dibujó un arco hacia tierra.

Pensé que Egil no sabía exactamente dónde me encontraba.

El barco redujo la velocidad, y el zumbido del motor se acalló de repente.

Unos segundos después sonó el teléfono.

–¿Dónde estás? –dijo él.

–Te estoy viendo –contesté–. Estoy en la playa.

–De acuerdo –dijo–. Voy a amarrar en la cala de aquí al lado. ¿En qué parte de la playa estás?

–En el centro. Ya sabes, en esa piedra que parece un cura.

–Vale.

–Podemos vernos allí.

–De acuerdo –dijo y colgó.

Me encendí un cigarro.

Si llamaba a Ingvild la despertaría, y como yo no estaba allí, eso podía empeorar la situación.

¿Y si le enviara un mensaje?

Si hubiese ocurrido algo grave, me habría llamado.

¿O no?

El barco entró deslizándose por la cala.

Pulsé su número y me acerqué el teléfono a la oreja mientras miraba las estrellas en la oscuridad sobre mi cabeza.

Dios, por favor, que no haya ocurrido nada grave. Que vaya todo bien.

–Papá, ¿dónde estás? –dijo Ingvild.

–Estoy con Egil –contesté–. Voy para casa. ¿Ha pasado algo?

–Es mamá –dijo–. Está todo el rato entrando y saliendo de la casa y dando vueltas por el jardín. No se puede hablar con ella. Solo dice «¿Estás segura?» cuando le digo algo. O «Perdón» o «No sé». Los gemelos estaban muy asustados, ya te lo puedes imaginar.

–¿Están ya durmiendo?

–Sí. Me he quedado con ellos, y acaban de dormirse. Hay alguien en la planta baja.

–¿Cómo?

–Se oyen ruidos. No me atrevo a bajar. Tienes que venir a casa. Por favor.

–Voy ahora mismo –dije–. Lo de mamá no es peligroso, ¿sabes? Lo que ocurre es que ella ahora se aísla del mundo. En cuanto descanse un poco, todo volverá a estar bien.

–¿Quieres decir que tienen que ingresarla?

–Sí –dije–. Así podrá descansar.

–Es horrible –dijo Ingvild–. ¡Es como si no nos viera! ¡Me mira fijamente y no me ve! Y solo anda sin parar. Heming ha preguntado si no podrías venir y cogerla.

–Voy ahora, Ingvild. ¿Dónde está mamá en este momento?

–No lo sé. Fuera.

–Vale, vale –dije–. No es peligroso. ¿De acuerdo?

–Pero ¿qué son esos ruidos? No me atrevo a bajar. Suena como si hubiera alguien.

A mi izquierda vi una figura que salía del bosque y llegaba a la

playa.

–No será nada. Seguro que es el gato.

–No es el gato, papá. Es una persona.

–No creo, hija. No tengas miedo. Salimos ahora. Estaremos en casa en un cuarto de hora más o menos. Como mucho, dentro de media hora. ¿Vale?

–Vale. Pero date prisa.

–Te quiero mucho, Ingvild. Esta tarde has sido muy fuerte y muy valiente.

Suspiró y colgó.

Lleno de una profunda desesperación, me volví hacia la figura y levanté la mano para saludar. Él sin embargo no me vio, pero venía en dirección a las tres grandes piedras.

–¡Egil! –grité–. ¡Aquí arriba!

Era una situación desesperante.

Él miró desconcertado a su alrededor unos segundos antes de verme.

–¡Me pareció que habías dicho donde el cura! –gritó.

Encendí otro cigarro mientras lo veía subir renqueando.

Se detuvo jadeante delante de mí.

–Vaya pinta que tienes –dijo.

Me llevé automáticamente la mano a la nariz, pero detuve el movimiento en el último momento.

–Tienes la nariz torcida –dijo–. Parece rota. ¿Lo está?

–Ni idea –dije–. Pero me duele.

–Ya me lo imagino –dijo–. ¿Dónde está el coche?

Señalé hacia arriba.

–Tenemos que darnos un poco de prisa –dije–. Tove no está bien, y los chicos están solos con ella.

–Y tú conduces borracho y te sales de la carretera.

–No hace falta que eches más leña al fuego –dije, y empecé a subir–. Va en serio. Parece que está entrando en un nuevo brote psicótico.

–Ya. Hoy no estaba nada bien.

–Con ella no se sabe nunca hacia dónde se mueve.

–Eso es lo que dices siempre –dijo él.

Iba jadeante a mi lado. Alto, con la espalda recta, una pequeña barriga y el pelo despeinado.

–¿Qué piensas hacer entonces? –preguntó.

Agaché la cabeza al llegar a una rama de pino baja, y noté el dolor en la nariz. Levanté la cabeza y me enderecé, pero me precipité, y la rama me arañó con fuerza la nuca.

–Mierda –dije–. Odio este jodido bosque.

Egil desapareció detrás de una pared de agujas de pino.

–¿Qué piensas hacer? –preguntó cuando nuestros caminos volvieron a encontrarse.

–No lo sé –contesté–. ¿Con Tove, quieres decir?

–Sí.

–Primero tendré que ver lo que le pasa –dije.

–Un brote psicótico, acabas de decir.

–Puede. No lo sé. En ese caso tendré que llevarla al hospital.

Egil miró hacia la nueva estrella cuando cruzamos la carretera, pero no dijo nada.

–Estoy allí aparcado –dije.

–No parece demasiado horrible –dijo–. ¿Me das la llave e intentamos salir marcha atrás?

–Está puesta –dije.

Egil abrió la puerta y se metió en el coche. Al poco rato arrancó el motor y se encendió un faro. Dio un par de acelerones, como si fuera un maldito conductor de coches de carreras, luego metió la marcha y dejó que el vehículo se deslizara tranquilamente por el brezo y los matorrales.

Cuando estaba de nuevo en la carretera, me metí yo también.

–Ya está –dijo.

–Gracias, Egil –dije.

–No hay de qué –contestó, condujo hasta el borde de la carretera, giró el volante dando marcha atrás y luego avanzó formando un arco, que nos llevó al carril correcto.

–¿Cómo están los chicos?

–Ingvild tiene miedo –dije–. Los gemelos duermen.

–Ya –dijo él.

Hubo una pausa.

–No se me dan muy bien los niños –dijo–. Pero si tú la llevas al hospital, yo puedo quedarme con ellos.

Me miró.

Luego se echó a reír.

–Tú no puedes llevarla al hospital en este estado –dijo–. Si lo hicieras, te ingresarían a ti también.

–¿No has oído que he dicho que Ingvild tiene miedo? Un brote psicótico no es ninguna broma.

–Tendrás que aguantar un poco después de comportarte como lo has hecho hoy. Yo la llevo, y tú te quedas con tus hijos y te ocupas de ellos.

No contesté.

¿Por qué tenía que ponerse en plan moralista justo ahora?

¿Quién era él? Cincuenta años, sin trabajo y viviendo solo en una cabaña. No era exactamente una vida de la que poder presumir.

Salimos del bosque y entramos en ese paisaje de meseta, como de

alta montaña, que habían atravesado los cangrejos. Ya no había ninguno, excepto algún que otro caparazón.

Observé a Egil.

Miraba fijamente la carretera, cambió de marcha cuando llegamos a la curva.

No tenía fuerzas para contarle lo de los cangrejos.

Opté por echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos.

–Gracias por haber venido –dije.

–No hay de qué –dijo él.

–¿Estabas durmiendo cuando te llamé?

No contestó, pero intuí que sacudía la cabeza.

–Estaba leyendo –dijo.

–¿Qué leías? –pregunté.

–Un libro sobre el hombre león.

Algo en su tono de voz me dijo que ahora esperaba la pregunta de quién era el hombre león. Desde luego yo no se lo preguntaría.

–Ya –me limité a decir, y abrí los ojos. Pasamos por delante de la carretera que bajaba a la Marina. Era verdad lo que le había dicho a Ingvild sobre lo que le estaba ocurriendo a Tove. Pero no dejaba de ser inquietante. Ver a otra persona desaparecer dentro de su mundo y volverse inalcanzable era en sí inquietante. Y se trataba de su madre.

Donde la carretera giraba hacia el norte, la estrella reposaba en el cielo, sobre nosotros.

Era hermosa.

Hermosa como la muerte.

–No hemos hablado de la nueva estrella –dije–. Es un poco raro.

–Quizá –dijo él–. Pero tú tienes muchas otras cosas en que pensar.

–Ya –dije.

Se hizo el silencio. Nos metimos por el camino de grava y Egil redujo la velocidad. El coche se deslizaba como un barco entre las casas vacías.

–¿Tú qué crees que es? –dije–. ¿Un cometa? ¿Una supernova? ¿O una nueva estrella?

Se encogió de hombros.

–No lo sé. Probablemente una nueva estrella. Ha ocurrido otras veces a lo largo de la historia.

–¿De verdad?

–Sí. Muchas veces.

Me miró.

–¿Has oído hablar de Augsburger Wunderzeichenbuch?

–No –contesté.

–Es un manuscrito alemán ilustrado del siglo XVI. Fue encontrado no hace muchos años. Pero creo que ya hemos llegado –dijo, y se metió en la entrada de coches que había delante de la casa–. Podemos

hablar de ello luego.

–Vale –dije.

Egil apagó el motor y echó el freno de mano.

–¿Quieres que espere aquí mientras vas a ver a los niños?

Me quité el cinturón de seguridad.

–Quizá sí –dije–. ¿Sigues dispuesto a llevarla al hospital?

–Sí, sí.

–Vale. Espera aquí un momento.

Abrí la puerta y me bajé del coche.

Un aire caliente se me posó sobre la piel. Las luces exteriores estaban todas encendidas, al igual que el interior del taller de Tove, así que el jardín era como una isla iluminada en la oscuridad.

No había nadie en la casa, y me fui por el camino empedrado que la rodeaba. Tampoco había nadie en el jardín.

La puerta estaba abierta de par en par.

En ese momento me acordé de que Ingvild había dicho que había alguien en la planta baja.

Me detuve en el vano de la puerta y miré hacia dentro.

Todo parecía estar como siempre.

Abrí la puerta de la cocina.

Todo parecía como siempre allí también.

–¿Eres tú, papá? –dijo la voz de Ingvild desde el piso de arriba.

–Sí –contesté, y subí la escalera.

Estaba arriba, inclinada hacia delante, con una mano en el pasamanos. Su boca se abrió cuando nuestras miradas se cruzaron.

–¿Qué ha pasado? ¿Qué has hecho? ¿Estás herido?

Al principio, no sabía a qué se refería. Luego me acordé.

–No es nada –dije–. Solo me hice un poco de daño en la nariz. Ni lo noto. No te preocupes. ¿Qué tal va todo por aquí? ¿Cómo estás tú?

Me detuve frente a ella y abrí los brazos.

Ella hizo lo contrario, cruzó los brazos sobre el pecho y bajó la vista.

–Has conducido borracho –dijo.

–No es lo que piensas –dije–. Ahora hablemos de lo que está ocurriendo aquí. ¿Me das un abrazo?

Asintió con la cabeza, pero permaneció en la misma postura, como encogida. La abracé.

–Mi querida niña –dije–. Todo irá bien, ya lo verás. Todo irá bien.

–Papá, has conducido borracho –dijo, alejándose de mí.

Entonces me miró de repente.

–¿Sigues estando borracho?

–Sentémonos y cuéntame con calma lo que ha pasado –dije–. Encontraremos una solución. ¿Siguen dormidos los gemelos?

Asintió con la cabeza.

Pasé por delante de ella y entré en la habitación de los chicos. Los dos dormían con la mejilla apoyada en el brazo. Todo en ellos estaba cerrado, no solo la boca y los ojos, sino también, en cierto modo, el cuerpo, y pensé que la vida es algo que tiene lugar dentro de nosotros.

Me volví hacia Ingvild, que me estaba mirando.

–Tú también tienes que irte a la cama –dije–. Ven, vamos a tu habitación.

–¿No puedes buscar primero a mamá y ocuparte de ella?

–Es más importante que me ocupe de ti.

–¿Qué quieres decir? –dijo, mirándome con algo parecido a desconfianza en los ojos.

–Mamá no se acordará de nada de esto –dije–. Es como si estuviera soñando. Pero tú sí te acordarás. Por eso eres más importante tú. Y Asle y Heming.

–Ve a buscarla ya –dijo.

Ella jugaba con ventaja moral, ya que yo había conducido borracho y no estaba allí cuando ellos me necesitaban. Pero tampoco podía permitir que me dominaran.

De repente, sonó un golpe abajo y luego el sonido de algo que se rompía.

Ingvild se estremeció.

–¿Has oído? –dijo–. ¿Ves cómo hay algo ahí abajo?

–Suena como un gato, Ingvild –dije–. No es nada peligroso. Voy a bajar y abrir para que salga.

Se quedó mirándome cuando bajé la escalera.

¿Qué podría ser?

Un golpe así no lo provocaría un gato.

Desde la puerta eché un vistazo para ver si Tove estaba por ahí fuera, pero el jardín seguía vacío. Luego abrí con cuidado la puerta del comedor y miré dentro.

Nada.

Lo atravesé sigilosamente hasta la puerta del otro lado. Arrimé la oreja.

Alguien zascandileaba allí dentro.

¿Podría ser un perro?

Sentí la tentación de dejarlo estar. En todo caso, la puerta estaba cerrada, de modo que lo que había dentro no podía salir.

Si no era una persona, claro.

No sonaría así.

Con mucho cuidado, bajé la manilla y empujé la puerta.

Dentro, todo estaba oscuro y los sonidos habían cesado.

Palpé la pared en busca del interruptor. Al pulsarlo y ver cómo la luz inundaba la habitación de pared a pared, descubrí un tejón que me miraba fijamente.

Soltó un bufido.

Me apresuré a cerrar la puerta.

–¿Qué es, papá? –preguntó Ingvild desde el pasillo–. ¿Qué hay ahí dentro?

–¡Es un jodido tejón! –exclamé.

–¿Qué?

Ingvild abrió la puerta.

–¿Cómo ha entrado?

–Ni idea –contesté–. Por ahora lo dejamos aquí mientras voy a buscar a mamá. Luego lo saco.

–¿Se va a quedar aquí y ya está? ¿No son peligrosos los tejones?

–Qué va, no lo son –dije–. De todas formas, no podrá salir.

Le acaricié el pelo.

–Vete a la cama ya, hija.

Se echó a llorar en silencio.

La abracé.

–¿Vas a llevarla tú al hospital? –preguntó al cabo de un rato.

–Sí.

–¿Vamos a quedarnos aquí solos? Yo no quiero quedarme sola.

–Egil lleva a mamá, y yo me quedo aquí con vosotros, ¿de acuerdo?

Asintió con la cabeza.

–Intenta dormir un poco –dije.

Volvió a asentir.

Fui a la cocina, cogí la llave del cajón y cerré la puerta del salón con ella. Luego salí a buscar a Egil, que estaba sentado en el coche a oscuras, con la puerta abierta.

–Los chicos están bien –dije–. Tove no está en casa, así que voy a buscarla.

–¿Te ayudo?

–Si quieres –dije–. Por cierto, hay un tejón en el salón. Al otro lado de la puerta cerrada.

–No me digas –dijo–. No sabía que hubiera tejones por esta zona.

–Pues al parecer los hay. ¿Vamos?

Salió del coche.

–Suele pasear por la orilla de la playa –dije–. Puede que esté allí abajo. Otra posibilidad es, claro, que se haya ido a pasear por la carretera.

–¿Has mirado en el estudio? –me preguntó Egil.

–Solo desde fuera. No parece que haya nadie.

–Tal vez merezca la pena comprobarlo antes de hacer otra cosa –dijo él.

–Tienes razón –dije–. Espera aquí entonces.

Me acerqué a la puerta y la abrí.

Tove dormía en el sofá, debajo de la ventana. Tenía la boca abierta y roncaba. Estaba tumbada boca arriba, con una mano en el pecho, las plantas de los pies apoyadas en el sofá y las rodillas levantadas y separadas.

Entonces había terminado, pensé. Al menos por esta vez.

Cogí una manta que colgaba del reposabrazos, y cuando estaba a punto de echársela por encima, vi que en una de las manos tenía sangre. Espesa y roja, como si la hubiera metido en un cubo de sangre.

¿Qué coño era eso?

Le levanté con cuidado el brazo y miré más de cerca la mano. No parecía provenir de ninguna herida.

Miré a mi alrededor.

¿De dónde podría ser?

Entré en el estudio. En la mesa grande donde ella solía trabajar, estaba la cabeza del gato. Se la había arrancado; del cuello ensangrentado colgaban hilos y tendones.

La cabeza tenía los ojos abiertos de par en par, eran de un amarillo luminoso en contraste con la piel negra, y parecían vivos.

Al lado había un montón de dibujos de la cabeza.

Qué mierda.

¿Qué estás haciendo, Tove?

Me acerqué de nuevo al sofá para comprobar que seguía dormida, luego apagué la luz y salí. Egil estaba mirando el centelleante mástil con las manos en los bolsillos.

–Estaba allí –dije.

–Ya me lo imaginaba –dijo él–. ¿Estaba dormida?

–Sí.

–¿Y qué vas a hacer ahora?

–Por lo menos no despertarla. Llevaba varias noches sin dormir. Quizá esté totalmente recuperada cuando se despierte. De todas formas, lo único que podemos hacer es esperar y ver.

–En otras palabras, ¿entonces ya no me necesitas?

–Así es. O, mejor dicho, sí que te necesito. Si no es demasiado pedir. Para lo del tejón.

Asintió con la cabeza.

–Está en el salón –dije, y entré en la casa con Egil detrás. Al llegar a la puerta, saqué la llave y abrí.

–¿Cómo hacemos? –pregunté.

–Dejamos la puerta abierta y ya está, ¿no? –dijo él–. Y nos alejamos. Así saldrá por su propio pie.

–¿Y si sube donde están los chicos?

Se rió.

–No creo que los tejones suban escaleras. ¿Lo crees tú?

–No tengo ni idea –dije–. Pero voy a cerrar la puerta de sus

habitaciones por si acaso. Espera un momento.

Vi que la puerta de Ingvild estaba cerrada. Y la de los chicos en el piso de arriba también.

–Ya está –dije a Egil–. ¿Abrimos?

El tejón debía de haberse percatado de nuestra presencia, porque nos estaba mirando sin moverse cuando abrimos la puerta.

Bufó y nos enseñó los dientes.

–Ay, ay, ay –dijo Egil–. Está de mal humor. Démosle un poco de tiempo.

Salimos al pasillo.

–Me quedo aquí hasta que salga, no hay problema –dijo Egil–. ¿Me invitas a una cerveza o qué? Podemos sentarnos y seguirlo desde el jardín.

–Buena idea –dije, y fui a por dos cervezas que dejé sobre la mesa, junto a la que colocamos las sillas para poder ver la puerta.

¿Había matado Tove al gato? ¿Le había cortado la cabeza?

Me negaba a creerlo.

Pero la cabeza estaba allí dentro.

–Salud –dijo Egil, y levantó la botella.

–Salud –dije–. Y gracias otra vez.

Nos quedamos un rato callados. La oscuridad de agosto se posaba densa sobre el paisaje que rodeaba los círculos de luz de las farolas, y todo estaba silencioso a nuestro alrededor.

El dolor me golpeaba constantemente la cara, y pensé que habría estado allí todo el tiempo, pero no había reparado en él hasta sentarme.

Muy arriba sobre nosotros brillaba la nueva estrella.

Me quedé mirándola mientras Egil canturreaba por lo bajo, mirándose los dedos de las manos, como hacía siempre.

–Buena cerveza –dijo al cabo de un rato–. ¿Qué marca es?

–Nøgne Ø –contesté–. Es buena, pero jodidamente cara.

Asintió con la cabeza.

En la parte inferior de mi campo visual percibí un movimiento, y al mirar hacia la puerta, vi al tejón asomar el hocico.

–Ahí está –dijo Egil.

–Shhh –dije.

El animal echó una mirada a la derecha, otra a la izquierda, y luego otra a la derecha, como si fuera un colegial a punto de cruzar una calle. Luego se escabulló y se fue corriendo por la carretera, a solo unos metros de nosotros. El bajo centro de gravedad hacía que pareciera una especie de vagón rodando.

–Son unos animales hermosos –dijo Egil.

–Sí –dije–. Es curioso que anden por aquí.

–¿Qué quieres decir?

–Es como si salieran del mundo de los cuentos. Como algo exótico de un país lejano. Resulta difícil entender que pertenezcan aquí.

–¿Y qué animales son los que en tu opinión pertenecen aquí?

–Perros y gatos. Vacas y ovejas.

Me miró sonriente. Casi siempre tenía la sensación de que él sabía algo de mí que yo ignoraba.

Apuré la botella de un largo sorbo y la dejé en la mesa.

–¿Quieres otra? –le pregunté.

–No estaría mal –respondió.

–Quizá estoy prometiendo demasiado –dije–. De hecho, no sé si me queda alguna.

Me levanté y entré, primero me dirigí a la habitación de Ingvild, quería ver si estaba dormida, pero cambié de opinión, porque si estaba despierta me reprocharía que estuviera bebiendo otra vez. No le importaría que solo fuera cerveza, de tres y medio por ciento. Fui al cuarto de baño a mear.

Dios mío.

Qué pinta tenía.

La nariz estaba torcida e hinchada, con sangre en los bordes. Tenía los ojos enrojecidos y el pelo despeinado.

Humedecí una toalla con agua caliente y limpié con cuidado la sangre coagulada.

Cuando acabé, la orina de la taza era de color amarillo oscuro, casi marrón. Tendría que ser por el calor, pensé. Todo el líquido se había expulsado con el sudor.

Solo quedaba una botella de cerveza en el frigorífico, pero al fondo, detrás de dos cartones de zumo, había una lata de cerveza Hansa.

–Gracias –dijo Egil cuando le alcancé la botella.

–¿Todo tranquilo? –pregunté al sentarme.

Asintió con la cabeza.

–Me la acabo y me voy a casa. Ha sido un largo día. ¿Cuándo os vais?

–El plan era irnos pasado mañana. Pero dependerá un poco de cómo vaya Tove.

–¿Cuándo empieza el colegio?

–El miércoles.

Volvió a asentir, como si el calendario de mis hijos realmente significara algo para él.

¿Un brote psicótico podría inducirle a hacer algo así?

Tenía que acordarme de quitar la cabeza antes de que se despertaran los chicos.

Estuvimos un rato callados. Su rostro tenía un leve brillo de sudor a la débil luz de las farolas de la casa. También mi piel estaba como

pegajosa, la fina camisa se me pegaba al pecho y los brazos. Cuando tiraba de ella, apenas se despegaba.

–¿Cómo se llamaba ese libro del que hablaste? ¿Duisburg o algo parecido?

–Augsburg. Das Wunderzeichenbuch. Un libro sobre los milagros.

–¿Sí?

–Es una especie de catálogo ilustrado sobre las señales que han aparecido en el mundo desde los tiempos del Antiguo Testamento hasta que se escribió el libro, en 1552.

–¿Tú lo tienes?

Se echó a reír.

–No tengo tanto dinero, ¿sabes? Existe un solo ejemplar. Así que no, aunque salió en Taschen hace unos años.

–¿Y?

–En 1103, durante el primer viernes de vigilia, apareció una nueva estrella en el cielo, pone. Se vio durante veinticinco días, siempre a la misma hora. Y en 1173 también se vio una nueva estrella en el cielo. Es verdad que fue durante un eclipse del sol, así que puede ser que no fuera visible hasta entonces. Por otra parte, era mucho más grande que las demás estrellas. Y en diciembre de 1545 aparecieron dos nuevas estrellas. También más grandes que el resto.

–Tú sí que tienes memoria para los detalles –dije.

–En absoluto –objetó–. Pero me acuerdo de esos porque son muy interesantes. También habla de muchas otras señales. Lluvia de sangre, cometas, pájaros que caen muertos del cielo, terremotos, eclipses de sol, espadas en el cielo, muchas cosas. Un pez con cara humana que pescaron una vez, y un pollo con cuatro patas.

–Ajá –dije–. Por un momento pensé que se trataba de una especie de registro de fenómenos celestes. Entonces solo son tonterías y superstición.

–¿Esa estrella de ahí arriba es solo una tontería?

–No –contesté–. Pero tampoco es una señal divina.

Egil sonrió.

–¿Desde cuándo eres una autoridad en el tema divino?

–Venga ya –dije–. ¿Ahora resulta que también crees en los milagros?

–No tengo que creer –dijo, y levantó la vista hacia la estrella–. Basta con ver.

–¿Así que es una señal?

–Todo son señales. Ese árbol de allí. Las hojas. Señales.

–¿De qué?

–Eso no lo sé.

–Pero ¿señales de quién? ¿Quién se está poniendo en contacto con nosotros?

–El mundo se pone en contacto con nosotros. Son señales del mundo. De lo que hay.

–Estoy a punto de enfadarme –dije, palpándome los bolsillos del pantalón en busca de los cigarrillos.

–Están en la mesa –dijo él.

Cogí el paquete, saqué un cigarrillo y lo encendí.

–Dejémoslo –dije.

–Por mí de acuerdo –dijo él–. De todas formas, tengo que irme ya a casa.

–¿Cuánto tardas andando?

Se levantó y se bebió el último trago de pie.

–Una media hora –contestó, dejando la botella en la mesa.

Justo en ese momento se oyó un prolongado silbido procedente de alguna parte.

–¿Qué ha sido eso? –pregunté, mirando a mi alrededor.

El silbido volvió a oírse.

–Suena como si viniera de ese macizo –dijo Egil, señalando el macizo que había a lo largo de la pared, rebosante de plantas verdes a la luz de la farola de encima.

Me levanté y lo seguí hasta allí.

Apartó los matorrales con una mano.

–Joder –dijo.

–¿Qué es?

–Un gato muerto. Y tu gatito.

Movió las manos por entre los matorrales. Luego se volvió hacia mí con el gatito en las manos. Chillaba y se quejaba.

Me incliné hacia delante y vi el gato ensangrentado y sin cabeza.

–Seguro que ha sido el tejón –dijo Egil.

–¿Tú crees? –dije y volví a levantarme–. ¿Suelen cazar gatos?

–A veces, sí. Toma, tendrás que ocuparte de este pobre.

Me alcanzó el gatito, que se retorcía en sus manos.

Caliente, suave y aterrado.

Luchaba por librarse, y me lo apreté contra el pecho con ambas manos.

–Bueno, amigo –dijo Egil–. Nos vemos en la próxima encrucijada.

–Hasta pronto, y gracias de nuevo –dije.

Me quedé quieto, mientras él se alejaba de la casa.

Se volvió.

–Por cierto, ¿mañana qué? –dijo–. ¿Quién se ocupará de los chicos si tienes que llevar a Tove al hospital?

–Si es así, llamaré a mi madre –dije–. ¡Bastante has hecho tú ya!

Se llevó la mano a la frente y desapareció al doblar la esquina.

–Bueno, bueno, gatito –dije, acariciándole el lomo. Primero pensé que podría quedarse en la habitación de Ingvild, a ella le encantaban

los gatos, pero luego pensé que eso implicaría darle alguna información que tal vez no habría que darle en mitad de la noche, despertándola. De todos modos, ya había tenido suficiente drama ese día.

–Así que tendrás que venirte conmigo –dije, entré en casa, me quité los zapatos y subí al dormitorio con el gatito apretado contra el pecho.

Cerré la puerta y dejé el gatito en el suelo para tener las manos libres y poder desnudarme. Se metió corriendo debajo de la cama.

Me arrodillé en calzoncillos para intentar cogerlo, pero se mantuvo alejado de mis manos, así que me di por vencido y me acosté. Mi plan era que durmiera en la cama a mi lado, haciéndome un poco de compañía. Ahora tendría que quedarse en el suelo debajo de la cama con el corazón palpitante y los ojos luminosos, pensé, o tal vez me lo imaginé, porque los pensamientos llegan tanto en imágenes como en palabras, un poco como la luz llega tanto en oleadas como en partículas, podría uno imaginarse, lo que yo hacía muchas veces.

KATHRINE

El aire vibraba sobre el asfalto de la acera, la calle entera parecía mecerse suavemente en el calor, y los lados en sombra de los edificios habían adquirido un aspecto ensoñador y encorvado, en contraste con el cielo tan azul y los rayos de sol que hacían brillar y arder todo aquello con lo que se encontraban. El césped que rodeaba el lago Lille Lungegårdsvannet estaba a rebosar de gente. Pero en el centro comercial, tan deliciosamente fresco, no había casi nadie. Iba mirando las filas de estantes de la farmacia y cogiendo varias cosas que me hacían falta, pasta dentífrica de niños, nuevos cepillos de dientes para Peter y Marie con dibujos de piratas, dos clases de chicles sin azúcar de los que les gustaban, algodón, bastoncillos, desodorante y una caja de paracetamol, objetos que pensé podrían hacer desviar la atención de la prueba de embarazo. No obstante, eché una mirada a mi alrededor cuando la cogí del estante, y otra cuando dejé todo en el mostrador frente a la dependienta.

Ella me miró antes de empezar a escanear los productos.

¿Era una mirada escudriñadora?

¿Sabía quién era yo?

¿O solo era que le parecía demasiado vieja para quedarme embarazada?

Al abrir el bolso para sacar la cartera, el teléfono lucía en el fondo, todavía sin sonido después de la reunión. Lo saqué y vi que era Gaute. Vacilé unos segundos, luego rechacé la llamada y volví a dejar el teléfono en el bolso.

Necesitaba concentrarme primero.

–¿Quiere una bolsa? –preguntó la dependienta.

Negué con la cabeza.

–Entonces son cuatrocientas veinte, por favor –dijo sin mirarme.

Era baja, regordeta y rubia, llevaba unas gafas con una gruesa montura negra, y el traje casi médico de la farmacia, que resaltaba sus grandes pechos. Tenía aspecto de ser una mujer que podría parir a muchos hijos. Pero eso no era más que un prejuicio, pensé, y acerqué la tarjeta al datáfono, no era verdad que las mujeres con formas redondeadas fueran más fértiles que las mujeres delgadas.

Metí las cosas en la bolsa y salí al vestíbulo del centro comercial, subí por la escalera mecánica hasta el café del último piso, completamente vacío excepto por un viejo sentado junto a la ventana que estaba comiendo un bollo con manos temblorosas y motas de coco

en los labios, y tenía unas muletas apoyadas en la silla de al lado.

Fui al lavabo, escribí a Gaute que lo llamaría en un rato, luego abrí la caja de la prueba de embarazo, me bajé la falda y las bragas, y me senté en la taza del váter.

En realidad, lo que estaba haciendo era una estupidez, algo casi histérico. ¿Qué me pasaba por la cabeza? Tenía cuarenta y dos años y tomaba anticonceptivos. No podía estar embarazada. Las náuseas podían deberse a mil cosas. Sería una especie de autosugestión del subconsciente.

Pero ¿por qué quería mi subconsciente que me quedara embarazada?

Se abrió la puerta y entró alguien.

La manilla subió y bajó varias veces, aunque la mujer del otro lado de la puerta tendría que haber visto que estaba ocupado.

Me levanté, me subí las bragas y la falda, metí la prueba de embarazo sin usar en la bolsa, tiré de la cadena y salí. Fuera estaba esperando una joven de veintipocos años, mirando al suelo. Me sonaba de algo su cara, pero era incapaz de situarla. No hizo ademán de saludarme, se metió directamente en la cabina, así que solo serían imaginaciones mías, pensé, y me lavé las manos.

En el café pedí una Coca-Cola Light, me senté en una mesa cerca de la ventana, lo más alejada posible del viejo, y me bebí el vaso casi de un trago, mucho más sedienta de lo que me imaginaba. Luego me quedé mirando abajo, a la plaza, llena de gente y de pájaros.

¿Era acaso una señal de que debía seguir? ¿Mi subconsciente creía que mi vida con Gaute y los niños era buena y hacía todo lo posible para que no renunciara a ella?

¿Pretendía anclarme con otro hijo más?

También me habría alegrado. Un hijo más habría sido estupendo.

Solo que no con Gaute.

¿Podría darle la vuelta?

Un paso a un lado, y todo iría bien.

Dios, por favor, déjame dar ese paso. Permite que la vida con Gaute vuelva a llenarme de alegría.

Las sombras de abajo se iban alargando. Los gritos melancólicos de las gaviotas, cayendo contra el vacío, apenas se oían a través de las ventanas.

Muy raro lo de esa ave rapaz de ayer. Nunca había oído hablar de algo parecido.

¿Por qué me resultaba desagradable pensar en ello?

No era como debía ser. Cambio donde todo debía ser inalterable.

La puerta del lavabo se abrió, la joven salió. Me miró antes de bajar por la escalera mecánica. Entonces la reconocí. Era la chica que trabajaba en la recepción del hotel.

Así que no estaba del todo senil.

Saqué el teléfono y llamé a Gaute.

–Hola –dije–. ¿Me has llamado? Estaba en una reunión.

–Sí –contestó–. Solo quería pedirte perdón.

–¿Por qué?

–Por mis acusaciones de ayer. Estaba desesperado. Lo siento.

–Lo entiendo –dije.

–¿Que esté desesperado por algo?

–No, que empezaras a sospechar. Llevo mucho tiempo sin ser yo misma. Pero ahora todo va mejor.

–¿Sí?

–Sí.

–¿Qué te ha pasado entonces?

–No quiero hablar de ello por teléfono. ¿Podemos hablar esta noche? ¿Quieres que compre vino y algo bueno para cenar?

–Quizá algo para la barbacoa –dijo–. Hace un día espectacular.

–Buena idea –dije–. ¿Invitamos a alguien?

–¿No íbamos a hablar tú y yo?

–Eso podemos hacerlo después. ¿Llamo a Sigrid y Martin?

Cuando colgué, envié un SMS a Sigrid preguntando si les apetecía venir a cenar. La conocía desde primaria, y siempre habíamos mantenido el contacto, incluso cuando vivíamos en ciudades diferentes, aunque entonces no nos veíamos muy a menudo. Cuando volvió a la ciudad, hacía unos años, empezamos a vernos otra vez con regularidad. Sigrid era una idealista, su primer trabajo fue, típicamente, en el periódico de izquierdas Klassekampen, luego trabajó para una organización benéfica en Mozambique durante cinco años y después para una fundación en Londres, antes de que nacieran sus hijos, Helene y Theo, y volviera a su ciudad y empezara a trabajar en el periódico regional. También era una cínica, y a mí me gustaba esa mezcla, que trabajara con ilusión sin ilusión. A veces pensaba que ese era también mi caso, pero eso sí era una ilusión, porque mi trabajo trataba de sentimientos y relaciones, y de estar cerca de algo sobre lo que nadie tenía conocimientos, pero que todo el mundo, o al menos mucha gente, había experimentado. La teología no era la teoría sobre Dios, sino la enseñanza sobre cómo podíamos hablar de Dios, para así abrir la puerta a lo sagrado, que tenía que fluir por su cuenta. Sigrid lo sabía, su cinismo se refería a las maneras en las que se hablaba de Dios, sobre todo cómo hablaban de él los pastores, a los que ella llamaba microlómanos. «Las personas que hablan de Dios no son las adecuadas», dijo en una ocasión. «Así que no me extraña que la gente haya perdido la fe. A un hombre que quiere ser pastor le pasa algo desde el principio, y solo son ellos los que se convierten en pastores.»

«¿Quiénes deberían entonces hablar de Dios?», pregunté yo. «Las mejores cabezas, claro», contestó ella. «Los talentos de cada generación.» Luego se rió y me miró diciendo que la crítica no iba destinada a mí.

También me gustaba Martin, su marido, aunque nunca estuve segura de hasta qué punto era bueno para ella. Se hicieron novios cuando eran estudiantes, y Martin seguía siéndolo. Se doctoró en filosofía, luego cambió de sector, se hizo técnico de rayos X y trabajó unos años en un hospital, después hizo otro máster de algo de informática que no sabía muy bien lo que era, antes de volver a cambiar de rumbo y empezar a estudiar biología, en cuya tesis doctoral seguía trabajando. Habíamos dejado de bromear con ello; había pasado de ser algo un poco excéntrico a convertirse en un destino.

Sigrid contestó enseguida, vendrían con mucho gusto. Me bebí el último trago de Coca-Cola, me levanté y volví a bajar por la escalera mecánica. Hacía demasiado calor para comer carne, pensé, cuando salí a la calle y me topé con ese bochorno. Gambas y tal vez unos cangrejos, si es que había, sería mucho mejor. Y un vino muy frío.

Fui al mercado de pescado y me puse en la cola entre el gentío. La luz era rojiza bajo la lona, casi como cuando miras al sol con los ojos cerrados, a la vez que fuera brillaban grandes y pequeñas superficies. Me quedé mirando uno de los tanques en los que nadaban unos peces grandes. El agua fresca y verdosa era buena para el reposo de los ojos. Y los movimientos y el aspecto de los peces extraños aquí arriba en tierra, entre los turistas con pantalón corto, casas y coches.

–Ponme tres kilos y medio –dije cuando me tocó el turno, señalando las gambas con un gesto.

El hombre que me atendía, grande, con una cabeza enorme y calva, y un delantal blanco encima de una camiseta roja, empezó a echar gambas en una bolsa.

–No son frescas, ¿verdad? –dije–. Podrías hacerme un pequeño descuento, entonces.

Se notaba en las antenas que habían estado congeladas, muchas se habían roto. Yo lo sabía porque una amiga mía que trabajaba en ese mercado cuando éramos adolescentes contaba que muchas veces iban corriendo al supermercado a comprar gambas congeladas cuando quedaban pocas frescas.

–Son frescas –dijo sin mirarme cuando puso las bolsas en la báscula–. Así que son seiscientas coronas justas.

–Vale –dije–. Supongo que la diferencia no es muy grande en todo caso.

Me echó una rápida mirada mientras metía las dos bolsas de papel en una más grande de plástico y ataba las asas. Gotas de sudor le

corrían por el cuello.

–Ponme también unos cangrejos –dije–. Cuatro.

Asintió con la cabeza, se inclinó hacia delante y cogió cuatro de los cangrejos que reposaban sobre una cama de hielo.

–¿Son noruegos? –pregunté.

–Las gambas son frescas y los cangrejos noruegos –contestó–. Son novecientas coronas.

Saqué la tarjeta y él me alcanzó el datáfono. En ese momento me sonó el móvil. Puse el pin rápidamente, metí la mano en el bolso y saqué el teléfono.

Era mi madre.

–Hola, Kathrine –dijo–. ¿Cómo estás?

–Estoy bien –contesté, sujetando el móvil entre el hombro y la mejilla, mientras tenía la tarjeta en una mano y cogía la bolsa del marisco con la otra–. Me ayudó hablar contigo ayer.

Ella dejó escapar una risa áspera.

–No creo. Pero por tu voz noto que estás mejor. ¿Has hablado con Gaute?

Metí la tarjeta en la cartera, la cartera en el bolso y eché a andar.

–Todavía no –dije–. Pero no voy a decir nada.

–¿Por qué no?

–No hay nada que decir.

–Me parece acertado –dijo ella–. Una relación se mueve en olas. Hay que aprender a no actuar cuando uno se encuentra en las del fondo.

–¿E intentar pasar el mal trago?

–No. No estamos hablando de una tortura. Sino de paciencia.

Hubo una pausa. Mi madre solía colgar de un modo bastante brusco, pero esta vez no lo hizo.

–¿Qué tal estás tú? ¿Sigues en el trabajo?

–Sí. Pero luego me iré a la cabaña.

–Suena bien –dije.

–No voy porque me apetezca –dijo–. Pero no encuentro a Mikael. No contesta al teléfono. Así que cogeré el coche e iré a ver si le ha dado un infarto con el calor.

–¿Estás preocupada de verdad? –le pregunté–. ¿Él coge siempre el teléfono?

–¿Mikael? Qué va. No puedes fiarte de él en ese sentido. Pero de repente pensé que había ocurrido algo.

–Seguro que no ha pasado nada –dije, parándome ante la luz roja del paso de peatones.

–Eso espero –dijo–. Se le habrá caído el teléfono mientras pescaba. Ahora estará descansando en el fondo del mar.

–Una buena imagen –dije.

–¿De qué?

–No sé de qué –dije–. Oye, tengo que irme ya. Dime algo cuando llegues, ¿vale?

–Sí, sí –dijo–. Hasta luego.

Un pequeño coche abollado y sucio estaba bloqueando el camino del aparcamiento del supermercado. Dentro había una mujer mayor con el pelo blanco y ralo, que me miró preocupada varias veces, mientras un hombre mayor se acercaba al coche por el otro lado. No solo eran mayores, pensé, también estaban muy consumidos, como se consumen los alcohólicos y los drogadictos. Podría haber echado marcha atrás y dado la vuelta, pero no tenía ninguna prisa, y no tardarían tanto tiempo, ¿no? Pero creo que debería haberlo hecho, porque la mujer al parecer se sentía tan culpable que agitó agresivamente la mano al marido, que se estaba acercando, antes de volver a mirarme con ojos de susto.

Se inclinó hacia el lado para abrir la puerta al hombre. Era alto, con una cara estrecha como un tocón y una melena canosa, aplastada por un lado, y la piel bronceada, llena de profundas arrugas. Metió algo en el coche antes de intentar meterse él. Pero estaba demasiado rígido, no conseguía entrar en el reducido espacio y luego sentarse en el asiento, era como si se hubiera quedado atrapado sin poder moverse. Por los movimientos de su boca comprendí que la mujer le gritaba algo.

Ella me echó una rápida mirada antes de agarrarlo por la camiseta y tirar de él todo lo que pudo. El coche de detrás de mí pitó, y ella se estiró por encima de él, ahora sentado, y cerró la puerta de un portazo.

Curioso que pudiera ser tan sensible ante terceros y al mismo tiempo llevar una vida como la que obviamente llevaba, pensé cuando el coche se alejó, y aparqué en la fila más próxima al supermercado.

No necesitaba gran cosa. Unas cervezas, algunos limones, un poco de mayonesa, un buen pan blanco, refrescos para los niños. Y helado, claro.

Y mantequilla. Que no se me olvidara la mantequilla.

Cogí una cesta roja de la compra del montón que había junto a la entrada y entré en el luminoso y fresco local que no tenía aspecto de nave, ya que era como si todas las estanterías absorbieran la mirada. Era como si todos esos colores, las distintas marcas, la mezcla de superficies, sí, esa tormenta de signos donde cada uno tenía un significado diferente, atrajeran y fijaran la atención.

Nunca pensaba en eso salvo como ahora, al volver de un entierro.

Ese gran fuera.

Había hablado de eso en algún sermón, de levantar la vista, de ver

el gran contexto, pero de nada servía decirlo, tenía que experimentarse. Tenía que venir del interior de cada uno.

Pero, junto a la tumba, todos veían ese gran fuera, pensé y me paré en la frutería, dejando la mirada deslizarse por todas las relucientes clases de manzanas, naranjas, mandarinas, plátanos, en busca de los limones, que estaban colocados al final, brillando amarillos sobre el fieltro verde.

Arranqué una bolsa de plástico y metí en ella seis limones, seguí hacia la panadería, cogí dos panes blancos y dos baguettes.

¿O no se llamaba ya pan blanco?

Había pocos clientes en la tienda. Aún no habría llegado la gente que venía de trabajar. Además, hacía muy buen tiempo. Los últimos días de verano antes de que llegaran la lluvia, el viento y la oscuridad.

Estuve un rato frente a los estantes de cerveza, primero eligiendo la clase, luego me pregunté cuántas me harían falta. ¿Tres para cada uno? Entonces serían doce. Pero si se quedaban hasta tarde tres no eran muchas, sobre todo con este calor. Cuatro serían dieciséis. Entonces casi sería más práctico coger una caja entera. Así podríamos tener algunas de reserva.

Pero no sería muy adecuado. La pastora cruzando la tienda con una caja de cerveza.

O la sacerdotisa, como me llamaba a veces mi madre.

Me daba igual.

Puse la cesta encima de una de las cajas, me incliné hacia delante, levanté la caja con las dos manos y fui a pagar.

Cuando había pagado y estaba metiendo las cosas en la bolsa, tenía la sensación de que alguien me miraba. Me volví y mi mirada se cruzó con la del hombre del aeropuerto. Estaba junto al quiosco observándome.

Sin pensármelo, fui hacia él.

Él se dio la vuelta y se apresuró hacia la salida.

–Hola –grité–. Tengo que hablar contigo.

El hombre desapareció a toda prisa por la puerta. Eché a correr tras él.

Cuando salí al aparcamiento, me llevaba unos veinte metros de ventaja. El viejo coche abollado se acercó a él. El hombre se volvió hacia mí y levantó la mano a modo de saludo. Parecía sonreír. Luego abrió la puerta y se metió. El coche aceleró con una sacudida, salió a la calle y desapareció.

Media hora después aparqué en la grava de delante de casa, abrí el maletero y saqué las bolsas de la compra. Dejé la caja de cerveza, Gaute podría meterla luego.

Las ventanas de la cocina estaban abiertas y sonaba música.

Incluso bajo la sombra del gran abedul el aire casi ardía.

Gaute abrió la puerta mientras yo subía por la escalera.

–¡Hola! –dijo abrazándome–. ¡Me alegro de verte!

Me besó en la boca, y lo percibí casi como una agresión, allí de pie, con una bolsa de la compra en cada mano.

–Yo también –dije, y entré en la cocina con la compra–. ¿Has tenido un buen día en el trabajo?

La música provenía de la radio, que tenía sintonizada una emisora juvenil, al menos si hubiéramos estado en 1995, pensé, al reconocer la canción de mis tiempos de estudiante. «I'm building up my problems to the size of a cow», cantaban. «The size of a cow.»

–Normal –contestó–. Aparte de que los chicos estaban algo revueltos. Es por el tiempo.

–Ya –dije, y metí las bolsas de cangrejos y gambas en la nevera–. Siempre muere más gente cuando llega el primer calor. Y el primer frío.

Cogí un bol del armario y metí dentro los limones. Gaute se acercó y me abrazó por detrás. Me enderecé y volví la cabeza hacia él, me besó en la mejilla.

–Perdón –dijo en voz baja.

Noté que tenía una erección.

–No tienes por qué pedir perdón –dije, liberándome del abrazo, saqué el pan de la bolsa y lo dejé en la encimera–. He optado por gambas –añadí–. La carne a la brasa no es lo ideal con este calor.

–¿Pasa algo? –preguntó, mirándome con los brazos colgando.

La fina red de arrugas junto al ángulo del ojo se veía nítidamente a la clara luz de allí dentro, y de repente vi su aspecto de ahora: las comisuras de los labios empezaban a apuntar hacia abajo, y en la frente tenía una profunda hendidura que ya se había vuelto permanente. El pelo rizado, algo rojizo, que siempre había tenido en abundancia, le hacía parecer más joven, y su interés por las cosas daba mucha vida a su cara. Pero ahora no.

Mi pobre marido, pensé, sonriéndole.

–No me pasa nada –dije–. Solo que he tenido un día duro en el trabajo. Celebré el entierro de un hombre en una iglesia vacía. Me afectó bastante. No sé por qué.

–Claro que tiene que haberte afectado –dijo–. No entiendo cómo puedes con tanto dolor y tanta tristeza todos los días.

–No es mi dolor –objeté.

–No, pero lo ves. Hablas con los que lo sufren.

–Oye –dije–. Hay una caja de cerveza en el maletero. ¿Podrías traerla?

–Vaya, vaya –dijo–. ¿Has comprado una caja entera?

–No viene mal tener algunas botellas de reserva –dije–. Sobre todo,

con este calor.

–Me parece muy bien –dijo, y desapareció.

Apagué la radio y entré en el salón, abrí la ventana del fondo y me senté en un sillón al lado. Luego volví a levantarme, apoyé los codos en el alféizar y miré hacia fuera. Seguía conmocionada tras lo que había sucedido en el supermercado. Estaba claro que no era Kristian Hadeland al que había visto, aunque por unos momentos de locura lo había pensado. Él estaba muerto y enterrado. Pero, aunque no era él, resultaba incómodo, porque ¿por qué volvía a acercárseme ese hombre? ¿Y qué tenía él que ver con esa vieja y consumida pareja?

Ella parecía aterrada al mirarme.

No debía de ser porque le resultara incómodo esperar mientras me bloqueaba la salida, como yo pensaba. También podía ser otra cosa, algo que tenía que ver con el hombre del aeropuerto.

Ella me mira aterrada, no mucho rato después me mira él, y luego él se va con ellos casi huyendo.

¿Por qué echó a correr al verme?

Gaute estaba subiendo la escalera.

–¿No sería mejor bajarla al sótano? –dije cuando apareció con la caja en las manos.

–Sí –dijo–. Solo voy a meter algunas en la nevera primero.

–¿A qué hora llegan Peter y Marie? –pregunté.

Se detuvo en medio del salón.

–Sobre las siete. Pero tal vez puedan quedarse allí a dormir, y así podemos estar con Martin y Sigrid sin niños.

–Pero ellos vienen con los suyos –dije.

–Ah, vale –dijo, y entró en la cocina.

Simplemente había sido un cúmulo de casualidades, pensé. Nada en lo que malgastar tiempo y energía. Un hombre con quien me encontré casualmente se parecía a un muerto al que había enterrado, y luego volví a toparme con él al poco tiempo. Eso era todo.

A las siete en punto apareció el Passat rojo de Sigrid y Martin por la entrada de coches. Al bajarse del coche vi que ella llevaba una blusa blanca corta atada a la cintura, una colorida falda larga de algodón, el pelo recogido en una coleta y gafas de sol. Piel bronceada, porte desenvuelto.

Esa chica siempre había tenido buen aspecto.

–Hola –dije cuando levantó la vista.

–¡Hola! –dijo ella–. ¡Cómo me gusta venir aquí!

Martin abrió la puerta trasera y dejó salir a los niños. Llevaba unos pantalones cortos verde oliva y una camiseta negra un poco demasiado estrecha, lo que resaltaba la abultada tripa de ese cuerpo por lo demás delgado. Tenía la piel muy blanca y el pelo negro, lo que

junto a su manera de moverse un poco torpe lo hacían diametralmente opuesto a su pareja.

–¿Entramos por detrás o subimos? –preguntó Sigrid, con la llave del coche aún en la mano.

–Id por detrás –contesté–. Gaute y los niños ya están allí.

El sol colgaba bajo al oeste, y a lo largo del horizonte corría una cinta de luz entre roja y naranja. Por la ventana se oían alegres y expectantes voces procedentes del jardín vecino, como si se encontraran ante un gran evento, pensé.

Asomé un poco la cabeza y vi a cinco o seis personas de pie, con copas de vino en la mano y a cierta distancia a Vroldsen, el director de la escuela donde trabajaba Gaute, echando carbón en la barbacoa. También me llegaban unos débiles sonidos de nuestro jardín, eran los niños riendo y gritando.

Cogí dos fuentes grandes del armario y saqué las tres bolsas de gambas de la nevera. Al sacudir las bolsas se rozaron unas gambas con otras, mezcladas en todos los matices posibles de rosa claro.

Llevé las fuentes –una sobre otra– a la parte de atrás de la casa, donde estaban sentados los mayores cada uno en un sillón en la zona pavimentada, mientras los niños jugaban en la pequeña cabaña de madera que el padre de Gaute les había construido.

–Qué buena idea lo de las gambas –dijo Sigrid, levantándose–. De hecho, es la primera vez que las como este verano.

Me dio un abrazo. Martin estaba esperando detrás de ella.

–Hola –dijo él, acercando su mejilla a la mía y poniéndome una mano en la espalda, pero sin terminar el movimiento, de modo que nuestras mejillas no llegaron a encontrarse.

También evitó con mucho cuidado mirarme.

De vez en cuando pensaba que se sentía atraído por mí, y que era tan extremadamente esquivo porque no quería que nadie sospechara nada.

–Hola, Martin, ¿qué tal? –dije.

–Bien –contestó y se volvió a sentar, mirando a Sigrid–. ¿Acaso no me va bien?

–Sí claro, te va estupendamente –dijo Sigrid.

–¿Alguna novedad? –preguntó Gaute, recostado en el sillón con sus lampiñas piernas cruzadas y la cabeza echada hacia atrás de un modo algo arrogante.

–Novedad no es exactamente lo que asocio con Martin –dijo Sigrid riéndose.

¿Habían discutido antes de llegar? Seguro que habían discutido.

–¿Vino o cerveza, Kathrine? –me preguntó Gaute.

–Quizá una cerveza –contesté, y me senté.

La mesa tenía muy buen aspecto, llena de marisco, limones, pan,

mantequilla, los platos azules de cristal y una esbelta botella verde de vino en medio, todo sobre un mantel blanco.

–¡Venid a cenar, chicos! –gritó Gaute.

Los niños salieron a gatas de la cabaña, se sentaron en la mesa pequeña colocada al lado de la grande, y empezaron a servirse salchichas y pan.

–¿Sabéis lo que he visto hoy? –les preguntó Sigrid.

Negaron con la cabeza y la miraron fijamente.

¿Pensaban ellos que Sigrid era guapa?

No, eso llegaría más tarde.

¿Lo pensaría Peter?

–Estaba sentada en el jardín –contó–. Oí un sonido al otro lado de la valla. Y de repente había un zorro subido en ella.

–¡Un zorro! –exclamó Marie.

–¡Sí! –dijo Sigrid–. El animal se me quedó mirando un buen rato. Luego se bajó de un salto y se metió corriendo en el bosque.

–¿Los zorros son peligrosos? –preguntó Marie.

–Claro que no, loca –dijo Peter.

–Qué raro –dijo Gaute.

Martin no dijo nada, aunque seguramente tendría ideas propias al respecto. Sacó parte del contenido del caparazón de un cangrejo y lo untó en una rebanada de pan, con la espalda encorvada y la mirada fija en la mesa.

–¿Y vosotros qué habéis hecho desde que nos vimos la última vez? –preguntó Sigrid.

–El fin de semana pasado Kathrine estuvo en un seminario, y yo me quedé aquí con los niños –dijo Gaute–. Fuimos a bañarnos a Nordnes, lo pasamos muy bien.

–¿En el mar?

–No, no, en la piscina que hay allí. Luego trabajando toda la semana. Nada emocionante. ¿Y vosotros?

–Tranquilidad en el trabajo –dijo Sigrid–. El mundo no se ha vuelto a poner del todo en marcha tras las vacaciones de verano.

–Algo sí pasa, ¿no? –dijo Gaute–. Esos cuatro jóvenes que han desaparecido, por ejemplo.

–Esa no es precisamente mi especialidad –dijo Sigrid–. En cuanto al trabajo de Martin, acaba de tomar una interesante decisión. ¿No es así, Martin?

Martin la miró y algo parecido a ira apareció en sus ojos.

–Tal vez –dijo–. Pero hay temas de conversación más interesantes, estoy seguro.

–No, cuéntanos –dijo Gaute–. ¿Qué decisión es esa?

–Abandonar el proyecto de la tesis y empezar otro –contestó Sigrid.

–Pero ¿no la tenías casi acabada? –preguntó Gaute.

–No del todo –respondió Martin–. Me queda al menos medio año más de trabajo.

–¿Qué ha pasado entonces? –pregunté.

Se encogió de hombros.

–Quiere escribir sobre los pensamientos de los árboles –dijo Sigrid, riéndose.

No te rías de él, pensé.

Él la miró. Luego dejó la servilleta en la mesa, y por un momento pensé que iba a levantarse e irse.

–¡Eso suena interesante! –dije.

–No lo es –dijo Sigrid–. A mí me suena bastante a idiotez.

–Deja que lo explique el interesado –dijo Gaute–. ¿Sobre qué piensas escribir?

Martin suspiró.

–Ni siquiera lo he decidido aún –contestó.

–Sí que lo has decidido –dijo Sigrid.

Si no habían discutido antes de llegar, lo harían después de marcharse de aquí, pensé.

–¿Los árboles son realmente capaces de pensar? –preguntó Gaute.

Al oírle decir eso, se me hizo como un hueco por dentro. A veces Gaute era tan..., pues sí, tan tonto...

Al mismo tiempo, logró llevar la conversación por buen camino, porque Martin recibió con agrado la pregunta.

–No, no son capaces exactamente de pensar –contestó–. Pero si queréis que os lo explique, no podemos empezar por ahí. Todo el mundo sabe lo que son los pensamientos. Pero en realidad no sabemos lo que son.

–¿No son simplemente unas señales químicas y eléctricas en el cerebro? –dijo Gaute.

–Sí, pero hay un salto desde los procesos biológicos hasta lo de realmente tener un pensamiento. ¿Qué es un pensamiento?

–¡Eso sí que es algo que te gustaría saber! –dijo Sigrid riéndose.

Afortunadamente Martin sonrió.

–La conciencia es el mayor enigma que existe. Nadie sabe lo que es. Nadie. Y tampoco por qué está ahí. Nietzsche opinaba que por separado nos las apañaríamos perfectamente sin ella.

–El eterno retorno –dijo Gaute.

Martin lo miró un instante, antes de continuar.

–La conciencia es como un lugar donde aparecemos ante nosotros. Pero ¿por qué lo hacemos? ¿De qué sirve? Cuando nos vemos a nosotros mismos, nos vemos desde fuera, es decir, exactamente como nos ven los demás. Y eso es lo que Nietzsche pensaba, es decir, que la conciencia está ahí para la comunidad. Existe para aquello que hay entre los seres humanos. Y es en ese punto en el que algunos piensan

que existen otras formas de conciencia. Otras formas de inteligencia. El bosque, por ejemplo. Lo que ocurre es que esa conciencia, o inteligencia, nos resulta tan ajena que ni siquiera somos capaces de ver que está ahí.

–Eso es muy interesante –dije.

–Pero dentro de medio año habría acabado la tesis y conseguido un trabajo –intervino Sigrid.

–De manera que un árbol no puede pensar –dijo Martin–. Pero los árboles sí pueden. El ecosistema puede en calidad de unidad. El que aparezca justo ahora tal vez tenga que ver con que se está intentando crear una inteligencia artificial. Tampoco sabemos qué aspecto tendrá.

–¿Qué aspecto tendrá qué? –preguntó Gaute.

–La inteligencia artificial –contesté yo–. Pero esos no son pensamientos del todo nuevos, Martin.

–¿Qué quieres decir?

–Hace mucho tiempo la gente creía que todo estaba vivo, que el bosque estaba lleno de espíritus, incluso que el bosque era una criatura.

–Pero aquello era superstición –dijo Martin–. Esto es ciencia.

Después de la pequeña explicación de Martin, se hizo el silencio durante unos minutos, hasta que la conversación se restableció y seguimos comiendo, bebiendo y charlando de todo un poco. El sol desapareció detrás de las copas de los árboles, y el azul del cielo se oscureció, deslizándose lentamente hacia lo negro. Lo curioso era que el aire no se enfrió al ponerse el sol, sino que continuó caliente, casi ardiente.

Al cabo de un rato, Gaute y Martin metieron a los niños en casa para acostarlos. Sigrid encendió un cigarro en cuanto estuvieron fuera de la vista y se reclinó en el sillón.

Yo fui al cobertizo a por el farol, encendí la mecha y lo dejé sobre la mesa.

–¿Quieres más vino? –le pregunté.

–Sí, por favor –contestó Sigrid.

Eché vino primero en su copa y luego en la mía.

–Salud –dije.

–Salud –dijo ella–. ¡Por los árboles pensantes!

–No importa tanto, ¿no? –dije–. Mientras económicamente podáis permitíroslo, quiero decir.

–No se trata de la economía. Lo que ocurre es que estoy harta. De que todo acabe en nada, de que nunca consiga nada. ¿Lo entiendes? Ningún resultado, nada concreto, ni siquiera una tesis acabada. Convivir con eso todos los días. Él debe ser un modelo para los niños, ¿no?, en él van a ver lo que es un hombre. Y ahora sale con esto.

–En realidad es interesante –dije.

Ella puso una cara como de idiota y me miró. Luego dio una calada al cigarro y bebió un poco de vino.

Por encima de la montaña, al otro lado del valle, el cielo empezó a clarear ligeramente. Debía de ser la luna que estaba subiendo, pensé, y me volví para poder ver las dos ventanas iluminadas del cuarto de los niños.

–Tú eres pastora –dijo Sigrid–. Así que no estás muy puesta en lo que respecta a teorías fantásticas sobre los poderes invisibles.

–Hay muchas cosas que ignoramos –dije.

–Eso no es verdad. Es al revés. Sabemos mucho.

¿Qué demonios podía ser eso?

–¡Mira! –exclamé.

Sigrid se volvió.

–Dios mío –dijo.

Una enorme estrella estaba subiendo en el cielo sobre la montaña.

–¡Chicas! –gritó Gaute desde la terraza–. ¿La habéis visto?

La estrella dejaba todo desierto a su alrededor.

–Sí, resulta difícil no verla –respondió Sigrid gritando.

Era como si nos estuviera viendo, pensé.

Gaute y Martin cruzaron el césped hacia nosotras, Gaute con gestos agitados.

–¿Qué creéis que es? –preguntó, parándose, con la mirada fija en el cielo–. ¿Un ovni? ¡Ja ja ja!

–Es una supernova –dijo Martin–. Una estrella que explota en algún lugar de la galaxia hasta que se apaga.

–Pero está muy cerca –dijo Sigrid.

–Qué va, está muy lejos –dijo Martin–. Lo que estamos viendo ahora ocurrió en realidad hace cientos de años.

–¿Qué crees tú, Kathrine? –me preguntó Gaute.

–No sé –dije–. Pero lo que dices, Martin, suena convincente.

Nos quedamos mirándola todos un rato. La visión me llenó de un miedo que intenté combatir con los pensamientos, diciéndome que se trataba de un fenómeno de la naturaleza, no de una señal, y que una estrella no podía vernos, no podía pensar en nosotros, no podía juzgarnos.

Al cabo de unos minutos fue como si ya no se pudiera mirar, como si hubiéramos visto todo lo que había que ver. Gaute llenó las copas y se sentó. Sigrid encendió otro cigarro, yo me puse a pensar en si ir a por el postre, o si solo tomaríamos café. Pero la estrella no desapareció de mi conciencia, todos mirábamos al cielo a intervalos, también yo, y cuando no miraba, seguía consciente de su presencia.

¿Los demás tenían miedo?

No lo parecía.

–¿Se han dormido los de arriba? –preguntó Sigrid.

–Qué va –dijo Gaute–. Pero como no tienen colegio mañana, no importa. Se lo pasan muy bien juntos.

–Siempre –dijo Sigrid–. Peter es el héroe de Theo.

–¿Todavía? –preguntó Gaute.

–Sí, sí. Habla siempre de él.

–¿Qué están haciendo ahora? –pregunté.

–Una obra de teatro –contestó Martin–. Peter y Helene escriben el guión, dirigen y hacen los papeles principales. Theo y Marie son extras.

–Qué bien que no estén inmersos en sus pantallas –dije, y me levanté–. ¿Quién quiere café?

Subiendo a la cocina me acordé de que mi madre había dicho que me llamaría al llegar. Dejé los platos en la encimera y miré el teléfono. Nada. Detrás de mí venían Martin y Gaute con el resto de las cosas de la mesa. A mi madre se le ha olvidado, pensé. Pero no era propio de ella.

–¿Dónde lo dejamos? –preguntó Martin.

–Déjalo en la encimera –dije–. Mil gracias.

Metí las cáscaras en una bolsa que até antes de tirarla al cubo de la basura, debajo de la pila. Cuando Gaute se puso a colocar platos y vasos en el friegaplatos, me metí en mi despacho, cerré la puerta y llamé a mi madre mientras miraba la estrella. Estaba ya más alta en el cielo y no era tan inquietante como antes.

No cogía el teléfono.

Volví a llamar. Detrás de mí se abrió la puerta. Me volví. Era Gaute. Al verme con el teléfono, volvió a cerrarla.

O había pasado algo, o había olvidado cargar la batería.

¿Va todo bien?, escribí, y volví a la cocina. Gaute había encendido la cafetera eléctrica, puesto las bayas en una fuente, y ahora estaba sacando tazas y copas.

–¿Puedo ayudarte en algo? –pregunté.

–Quizá puedas ocuparte de nuestros invitados ahora que has acabado de hablar por teléfono –dijo, sin mirarme.

–Se las arreglan muy bien unos minutos sin mi ayuda –dije–. ¿Pasa algo?

–No, nada –dijo. Abrió la puerta de la nevera y sacó el cajón del congelador.

–Vale –dije–. Me llevo fuera lo que pueda.

Pasé por delante de él cuando se enderezó con una caja de helado en la mano, cogió la bandeja grande de servir que estaba entre la pared y el microondas, y empezó a poner en ella tazas, platos y vasos.

–¿A quién has llamado? –preguntó.

–A mi madre –contesté.

–¿A estas horas?

–Sí, dijo que me llamaría cuando llegara a la cabaña, pero no lo ha hecho, así que quería ver qué ha pasado.

–Vale –dijo, todavía sin mirarme.

En la planta de arriba se oyeron de repente voces altas y risas de niños. Los sonidos recorrieron el pasillo y llegaron a la escalera.

–¿Podemos haceros nuestra obra de teatro? –preguntó Peter cuando al instante el pequeño grupo entró ruidosamente en la cocina–. ¡Por favor!

–¿Aún no estáis en la cama? –dije–. ¡Es tardísimo!

–Claro que podéis –dijo Gaute–. ¡Será emocionante ver lo que habéis preparado!

Diez minutos después estábamos viendo a nuestros hijos presentar el estreno de su obra de teatro. Peter era el hombre de nieve, se había enrollado en una sábana blanca y se había puesto mi gorro blanco.

–Camino sin parar por un país lejano –dijo, yendo de un lado para otro delante de nosotros en el césped–. ¡Ay, qué calor hace aquí! ¡Ay, ay, me derrito! ¡Me muero!

Cayó de rodillas.

Helene entró en escena, llevaba la diadema de Marie en la cabeza y unas alas en la espalda, y en la mano sostenía una varita mágica. Detrás de ella iban Theo y Marie, cada uno con un cojín atado a la cintura con un cinturón, y un gorro en la cabeza, sin que quedara muy claro lo que representaban.

–Camino sin parar por un país lejano –dijo Helene, yendo de un lado para otro delante de nosotros, con los dos pequeños atolondrados pisándole los talones. De repente descubrió al hombre de nieve.

–¿Quién eres y qué haces aquí? –preguntó.

–Soy el hombre de nieve Sam –contestó Peter–. ¡Ayúdame, ayúdame, me estoy derritiendo!

–Yo no puedo ayudarte, no domino el clima ni el viento. Pero conozco a alguien que sí puede. ¡Aguanta!

–¡Date prisa, date prisa! –dijo Peter, encogiéndose cada vez más, mientras los otros tres volvían a ir de un lado para otro. Entonces Peter se enderezó, se quitó la sábana y el gorro, y se quedó mirando fijamente el cielo con una expresión hosca en la cara.

–Brujo, brujo –dijo Helene, acercándose a él–. ¿Tú dominas el clima y los vientos?

–Así es –contestó Peter–. ¿Quieres más frío o más calor?

–Más frío, por favor. En este momento un hombre de nieve está derritiéndose en el desierto.

–¡Oooh, viento del norte! ¡Oooh, nieve y helada! –exclamó Peter alzando los brazos al aire–. ¡Venid a enfriar el clima!

–Gracias, querido brujo –dijo Helene, echándose a un lado con los

dos pequeños, mientras Peter volvía a ponerse la sábana y el gorro. Esta vez se tumbó.

–Me muero –dijo–. ¡Pero esperad! ¡Está haciendo más frío! ¡Ha ocurrido un milagro!

Se levantó despacio. Los otros tres se acercaron a él.

–Gracias, mi buena hada, por haberme salvado. ¿Quieres casarte conmigo?

–Sí, con mucho gusto –contestó Helene, cogiéndolo de la mano.

Nosotros aplaudimos. Gaute gritó bravo. Peter estaba como avergonzado.

–¡Muy bien todos! –dije–. Pero ya es hora de acostarse.

Me levanté y los acompañé arriba. Peter se me acercó.

–¿Te ha gustado, mamá? –preguntó.

–Claro que sí –dije, revolviéndole el pelo.

–He pensado en el clima –dijo.

–Ya lo he visto –dije–. Pero la próxima vez tal vez puedas dar un papel principal a los demás.

Me miró.

–Se me ocurrió a mí –dijo–. Los demás no tenían ninguna idea.

–Más razón aún para hacerles participar, ¿sabes? –dije–. Ahora a dormir.

Aceleró de repente el paso. Subió la escalera corriendo y atravesó el pasillo. Cuando entré en la habitación, ya estaba acostado, con la cara contra la pared. Los demás se tumbaron en sus colchones.

Me senté en el borde de su cama.

–¿Qué pasa, Peter? –le pregunté, acariciándole el pelo.

No contestó. Estaba rígido e inmóvil.

–Lo has hecho muy bien –dije–. Es una obra increíblemente buena.

No contestó.

Yo me levanté.

–Que duermas bien –dije–. Y a vosotros enseguida vendrán a buscaros vuestros papás.

–Buenas noches, mamá –dijo Marie.

Apagué la luz y salí de la habitación.

Me detuve en la terraza y levanté la vista hacia la estrella. Era como si redefiniera el cielo. Ahora era ella la única que importaba.

Iba a ocurrir algo horrible.

Eso era lo que la estrella decía.

Iba a ocurrir algo horrible.

Bastante pasada la medianoche, Sigrid y Martin llevaron cada uno a un niño dormido al coche. Cuando dieron las gracias, preparados ya para salir, Gaute y yo subimos a la cocina a recoger y fregar. Lo hacíamos siempre así después de tener invitados. A pesar de lo

tentador que resultaba irnos derechos a la cama, la sensación de despertarnos con una cocina limpia y ordenada tras una larga noche ganaba siempre. Solíamos charlar sobre los invitados y sobre lo que se había dicho durante la velada, pero esa noche no intercambiamos una sola palabra. Callado y taciturno, Gaute enjuagaba platos y vasos, mientras yo vaciaba el friegaplatos, y cuando empecé a llenarlo de nuevo, él se marchó sin decir nada, probablemente a recoger lo que quedaba en la mesa.

Me sentía agotada e intranquila por mi madre, que aún no había cogido el teléfono, y no tenía fuerzas para intentar suavizar el ambiente. De todos modos, eso solo le daría a él una posibilidad de iniciar una pelea.

Metí una pastilla en el pequeño cajetín del friegaplatos, cerré la puerta y lo puse en marcha. Sin esperar a Gaute, subí a la habitación, me desmaquillé, me lavé la cara, me cepillé los dientes y me desnudé. Cuando llegué a mi lado de la cama, vi que la caja de la prueba de embarazo estaba en mi mesilla.

¿La había dejado yo allí?

No recordaba haberlo hecho.

Pero debía de haberlo hecho, pensé.

La cogí y la metí entre la pata de la cama y la pared, antes de apartar el edredón y acostarme. Aunque hacía demasiado calor para el edredón, era incapaz de apañarme sin él, era como antinatural dormir sin taparme con nada. Esas sábanas que usaban en el sur de Europa tampoco me gustaban, cuando íbamos de vacaciones allí miraba en los armarios en busca de edredones de verdad. Era por el peso y la seguridad que me proporcionaban, pero también por la costumbre.

La solución era ponerme de lado con una pierna encima y otra debajo.

Vaya día.

Qué susceptible era Peter.

A veces lo incapacitaba. Tenía que aprender a ser más duro, a aguantar más.

¿Por qué no había llamado mi madre?

¿Debería intentar llamarla otra vez?

Me incorporé a medias y volví a tumbarme.

No tenía fuerzas.

Por suerte, las náuseas habían desaparecido.

No tenían por qué significar nada. Lo importante era por la mañana.

Claro que no estaba embarazada.

¿De dónde venían esas fantasías?

El doble. El embarazo.

Ojalá fueran fantasías.

Era demasiado mayor. El riesgo de anomalías cromosómicas aumentaba cada año.

¿No quería recibirlo?

¿Un regalo de Dios?

¿Un hijo?

Tenía que recibirlo.

¿Dios conocía todos mis pensamientos?

Qué tonta eres. Dios es universal, Dios es omnipresente, pero no personal.

Así que puedo estar segura.

Pero qué idea tan horrible que alguien sepa todo lo que has pensado durante toda tu vida. Y luego, cuando la vida ha acabado, te enfrentes a ello.

Cuántos pensamientos tontos. Un montón de pensamientos feos y malos. Y justificativos.

¿Qué le pasaba a Gaute?

Odiaba ese estado suyo de enfado. Llenaba todos los espacios, era imposible escapar.

Había que reírse y nada más.

Él no se podía defender contra la risa.

Pero yo era incapaz.

Qué idea tan horrible la del eterno retorno.

Pero el que alguien pudiera conocer absolutamente todos tus pensamientos era aún más horrible.

¿Por qué era así?

Porque era así, ¿no?

La idea del eterno retorno, de que todo lo que uno hacía se volvería a hacer eternamente, le obligaba a uno a actuar lo mejor posible. Pero si alguien sabía todo lo que uno pensaba, había que pensar lo mejor posible. Y eso resultaba insoportable.

Ay, este calor.

Me volví hacia el otro lado para sentir por un instante el edredón fresco en la piel.

Gaute subía la escalera con pasos pesados.

Abrí los ojos y lo vi en el vano de la puerta.

–¿De quién estás embarazada? –preguntó.

Me incorporé.

–¿De qué estás hablando?

–Creo que tengo derecho a saberlo.

–Pero Gaute –dije–. Querido Gaute. ¿Eso es lo que crees?

–¿Para qué ibas a llevar una prueba de embarazo en el bolso? ¿Y por qué acabas de esconderla?

–¿Has estado hurgando en mi bolso?

–Eso es algo secundario. Contesta a lo que te pregunto.

–Llevo unos días con mareos, y se me ocurrió que tal vez estuviera embarazada.

–¿De quién?

–De nadie. No estoy embarazada. Pero si lo estuviera, sería de ti, claro está.

–Ya no hacemos el amor –dijo.

–No hace tanto –objeté–. Pero esto es absurdo. No puedo hablar contigo bajo estas premisas.

–¿A quién llamaste antes, cuando te escondiste en el despacho?

–Déjalo ya –dije–. Te he dicho que llamé a mi madre.

–Déjame ver el teléfono entonces.

–Jamás. Estás yendo demasiado lejos, Gaute. No puedo aceptar que no te fíes de mí. ¿De verdad crees que miento?

–Sí.

Se dio la vuelta y bajó la escalera.

Volví a tumbarme y miré al techo. Tenía la sensación de que estaba siendo estrangulada.

Aquello no podía seguir así.

No podía soportarlo.

Me coloqué de lado con la cabeza sobre el brazo y cerré los ojos.

La sangre se bombeaba negra por mis venas.

Qué día.

Qué pequeño era él.

Una persona pequeña, eso era.

Volví a abrir los ojos. Un débil resplandor del que no me había percatado antes se posaba sobre el suelo. Inconscientemente había supuesto que era el reflejo de la luna. Pero era la nueva estrella.

Abajo sonaba música.

Era uno de los discos de Dylan de los años setenta.

Me levanté y me acerqué a la ventana abierta. Miré la estrella, que colgaba muy en lo alto allí arriba, resplandeciendo en medio de lo frío, en medio de lo negro.

¿Por qué no podía ser una señal de algo bueno?

¿De una nueva creación, de una nueva vida?

En la mesilla, detrás de mí, se iluminó el teléfono móvil.

Sería mi madre.

Miré el mensaje.

Hola Kattis: siento no haberme puesto en contacto contigo antes. Estoy en el hospital con Mikael, ha tenido una pequeña hemorragia cerebral. Pero está consciente, y hay buenas perspectivas de una recuperación total. Ahora estoy con él en la habitación y no puedo hablar. Te llamo mañana por la mañana. Abrazos, mamá.

ISELIN

Los golpes continuaron mientras bajaba por la escalera, y también los gritos. Sin duda el hombre estaba completamente fuera de control, pero me había visto, y en cierto modo era su casa, así que me obligué a bajar y me acerqué a la puerta.

Se movía a cada golpe que recibía.

¡Déjame entrar, joder!, gritó.

Puse la mano en la cerradura, pero no me decidí a girarla. Opté por volver a subir la escalera tan silenciosamente como pude. Si él no tenía llave, no era mi obligación abrirle.

Yo no era más que una inquilina. Y él iba tan colocado que había perdido por completo la cabeza.

Podía ser peligroso.

Me detuve.

¿Y eso qué podía importar realmente?

Algo estaba ocurriendo. Algo salvaje e impredecible.

Volví a bajar, esta vez sin intentar no hacer ruido.

Me detuve frente a la puerta.

La abrí.

Pero él no se dio cuenta, seguía dando golpes, así que tiré con cuidado de ella.

Cuando vio que la puerta se estaba abriendo, la empujó con tanta fuerza que casi se cae en la entrada, yo salí despedida contra la pared.

¡Ciérrala! ¡Ciérrala!, gritó, corriendo escaleras arriba.

Al instante, oí cerrarse de un portazo la puerta de una de las habitaciones de la primera planta.

Cerré con llave la puerta de la entrada y subí al estudio, cerré también con llave la puerta y volví a meterme en la cama. Apagué el iPad, me sequé la cara y el cuello con una toalla, y cerré los ojos.

Abajo se oyó un intenso y penetrante grito.

¡AAAAAAAAAA!, gritó el hombre. ¡AAAAAAAAAA!

Me incorporé aterrada en la cama.

Nunca en mi vida había oído un grito tan horrible.

¡AAAAAAAAA!, volvió a gritar. ¡AAAAAAAAAAA!

Debía de haber tomado algo inusualmente fuerte. Ketamina, que producía alucinaciones. O LSD.

Pobre diablo.

Tenía que ayudarlo, ¿no?

Podía ser peligroso. Podía pensar que lo estaba persiguiendo y

podía matarme. Un cuchillo en la mano, y yo desaparecería del mapa.

Pero también podía autolesionarse.

Estaba completamente fuera de control.

Me levanté. No sabía qué hacer. Volvió a gritar y tomé una decisión. Saqué un cuchillo del cajón de la cocina para sentirme segura, y bajé despacio la escalera. La puerta de la vivienda de la familia estaba abierta.

¡NO NO NO!, gritó el hombre.

Entré. No sabía dónde se encontraba y esperé a que volviera a gritar. Pero ahora de repente todo estaba en silencio.

Por alguna razón supe de pronto dónde estaba, tras la última puerta, la del fondo. La habitación de los chicos.

La abrí con cuidado.

Estaba de rodillas en medio del cuarto, con las manos juntas. No había ninguna luz encendida, pero ya había bastante claridad fuera, y vi que tenía los ojos cerrados.

–Hola –dije en voz baja.

Abrió los ojos de par en par, consiguió incorporarse a medias, a la vez que casi se tiró hacia atrás, hacia la pared.

–¡NO! –gritó–. ¡NO! ¡NO!

Se acurrucó contra la pared mirándome con ojos muertos de miedo.

Dios sabe lo que estaba viendo.

–Solo soy yo –dije, apretando con fuerza el cuchillo que llevaba a la espalda–. Soy la inquilina. No hay peligro. Todo está bien.

Hiperventiló, agazapado contra la pared como un animal amenazado. Yo no me moví y él pareció tranquilizarse.

–¿Qué tienes en la espalda? –preguntó.

–Nada –contesté–. No tengo nada.

–Déjame ver tus manos –dijo.

Intenté sonreír lo más amablemente que pude.

–No tengo nada –repetí.

–¡DÉJAME VER TUS MANOS! –gritó, y de repente vino hacia mí. Yo di unos pasos hacia atrás, me volví, salí corriendo de la habitación y subí corriendo la escalera. Ya arriba, me volví. El hombre no me seguía. Cerré con llave la puerta y me tumbé en la cama jadeando y con el corazón golpeándome en el pecho.

Joder.

El tipo estaba completamente loco, y dentro de la casa.

¿Qué podía hacer?

Contuve la respiración unos segundos y escuché.

Silencio absoluto abajo.

Saqué el teléfono y eché un vistazo a los contactos.

Cuando volví a respirar de un modo normal, llamé a los caseros.

Tenía el número de los dos, pero llamé a la mujer, a Anne.

Contestó enseguida.

–Iselin –dijo–. ¿Pasa algo?

–Hola –dije–. Alguien acaba de llamar a la puerta. Creo que es vuestro hijo.

–¿Está Jesper ahí?

–Sí. Pero está fuera de control. No para de gritar. He intentado hablar con él, pero me mandó arriba. Creo que debe de haber tomado algo. Parecen alucinaciones. No sé qué hacer. Tampoco vosotros podéis hacer nada desde allí, pero pensaba que a lo mejor conocéis a alguien a quien pueda llamar.

–¿No lo has oído? –dijo–. Jesper ha desaparecido. Nosotros estamos ahora en Ámsterdam. Volvemos a casa para poder buscarlo. ¡Así que está ahí! ¿Estás segura de que es él?

–Creo que sí. Decía mamá cuando golpeaba la puerta. ¿Qué puedo hacer? Para ser sincera, tengo miedo.

–¿Qué está haciendo ahora?

–Está gritando. Está como poseído por el demonio. No se puede hablar con él.

–Qué horror –dijo–. No llegaremos hasta bien entrada la mañana. Oye, te llamo en unos minutos. ¿Vale?

–Vale –dije.

Con el teléfono en la mano, me levanté, me acerqué a la ventana y me asomé. El aire caliente se alzaba como una pared delante de mí.

Abajo sonó otro grito. Me penetró hasta la médula.

Era como si él hubiese visto otra cosa al verme a mí. Se encontraría en un mundo diferente, donde todo significaba algo diferente.

Sonó el teléfono.

–¿Iselin? –dijo Anne–. ¿Sigues ahí?

–Sí –contesté.

–Hemos llamado a la policía. Llegarán enseguida. ¿Qué está ocurriendo en este momento?

–No lo sé. Yo estoy arriba, en el estudio. Pero él acaba de gritar abajo.

–Gracias, Iselin –dijo–. Lamento mucho que hayas tenido que pasar por esto. Pero pronto habrá acabado.

Cuando colgué, todo estaba en silencio abajo. Volví a tumbarme en la cama. El sudor me corría por los costados desde las axilas. Me rasqué y me sequé la frente con la toalla.

Ese silencio me preocupaba.

¿Se había quitado la vida?

Era capaz.

Seguro que solo se había quedado dormido.

Me levanté y volví a la ventana. La casa se encontraba en una calle sin salida, así que la policía solo podía entrar por abajo.

Todavía nada.

Debería esperar hasta que llegaran y explicarles la situación. Pero era incapaz de librarme de la idea de que el hombre yaciera muerto o herido.

Abrí la puerta con la pequeña llave y bajé la escalera lo más silenciosamente que pude. Me detuve en la entrada y escuché.

Ni un sonido.

Oí que llegaba un coche, me volví y miré por la ventana. Era la policía. El coche llevaba luces azules pero ninguna sirena. Dos hombres y una mujer salieron de él. Hablaban entre ellos mientras miraban hacia la casa.

Allí dentro todo seguía en silencio.

Uno de ellos llamó a la puerta, era como si un actor de una película que estás viendo de repente llama a la puerta del lugar donde te encuentras.

Bajé todo lo silenciosamente que pude los últimos peldaños y abrí.

–Hola –dijo la mujer policía–. ¿Tú eres Iselin?

Asentí con la cabeza.

–¿Está él arriba?

–Sí, pero ahora no hace ruido. A lo mejor se ha quedado dormido. Antes estaba como loco.

–¿Te ha hecho algo?

Negué con la cabeza.

–Solo gritaba como un poseso. Luego vino hacia mí, pero eché a correr, y no me siguió.

–Tienes alquilada una habitación en la buhardilla, ¿no es así?

–Sí, así es.

–¿Podrías enseñarnos el piso donde se encuentra él ahora? Luego puedes subir y volver a la cama. Nosotros nos ocuparemos de esto.

Subieron la escalera detrás de mí.

–Está aquí dentro –dije. Ellos llamaron a la puerta, mientras yo seguía hasta mi habitación. Dejé la puerta abierta y me quedé quieta para oír lo que pasaba abajo.

Si lo habían encontrado, había ocurrido muy en silencio, pensé.

Nada de gritos, nada de golpes, nada de violencia.

Al cabo de un rato sonaron pasos en la escalera. Empujé la puerta sin cerrarla del todo y me tumbé en la cama.

Llamaron a la puerta.

Era la mujer policía.

–No lo hemos encontrado –dijo–. Parece que no está aquí.

–¿Cómo? –dije–. No puede ser. Aquí se oye todo. Lo habría oído si hubiese salido.

–¿Podría estar en la planta baja? Está cerrada. No tendrás la llave, ¿no?

Negué con un gesto de la cabeza.

–Vale –dijo ella–. Entonces no podemos hacer nada más. Puedes llamar a este número si vuelve. Yo llamaré ahora a su madre.

Me alcanzó una tarjeta que dejé sobre la mesa.

–Gracias por tu ayuda –dijo y volvió a bajar. Al cabo de unos minutos el coche arrancó y se dirigió despacio hacia la carretera, esta vez sin luces azules.

Cerré la puerta con llave, me tumbé en la cama y cerré los ojos. Estaba segura de que él estaba en algún sitio de la casa. Lo habría oído si hubiese salido.

Si es que no había ocurrido todo dentro de mi cabeza.

Me incorporé.

Como el incendio.

No era posible. No podía ser posible.

Todo había sido real. Él daba golpes en la puerta y gritaba, yo bajé a abrir, él me empujó contra la pared y corrió escaleras arriba, yo entré en la habitación donde se había metido y él se tiró contra la pared, tenía mucho miedo.

No era posible que mi cerebro lo hubiera inventado.

Pero ¿entonces dónde se había metido?

Me acerqué a la ventana, apoyé las manos en el alféizar y me asomé. El cielo sobre las montañas había aclarado, y las estrellas habían palidecido tanto que ya casi no se veían, pero no la nueva, que seguía brillando clara e intensa.

JOSTEIN

Tal vez no fuera el hombre más feliz del mundo cuando cerré la puerta y corrí por el pasillo hasta el ascensor, pero no andaba lejos de ello. Un asesinato triple no era algo que ocurriera a menudo. Y si Geir decía que era lo más horrible que había visto jamás, lo sería. Un asesino en serie, algo mejor que eso era difícil de encontrar. Y así, de repente, también tenía una coartada para Turid, ella no sabría a qué hora me llamaron. Y esa pequeña puta pintora tal vez se quedara otro día en la habitación. Podía pasarme por allí después de escribir el artículo, y ver si estaba.

Cuando bajé a la recepción, por alguna razón esperaba que fuera invierno, que la nieve estuviera amontonada en las fachadas de las casas, y que los copos volaran por el cielo negro. Pero no fue así. Había verano en exceso. El aire se levantaba como una pared delante de la puerta, tan caliente que parecía mediodía.

No había ningún taxi en la parada de la cuesta. Encendí un cigarro y me metí en la app del taxi. En destino puse primero Svartediket, pero luego lo borré, nadie iba a querer ir hasta allí en mitad de la noche. Opté por buscar el sitio en Google Maps para averiguar cuáles eran los caminos que conducían hasta allí. El cruce de Svartediksveien con Stemmeveien parecía adecuado.

Estaba a seis minutos de distancia.

Me quedé mirando cómo el coche negro daba la vuelta en el mapa y se dirigía al centro.

Torgallmenningen estaba desierto y vacío delante de mí. En uno de los pisos más altos sonó de repente música. Miré hacia arriba y vi a tres personas salir a un balcón, cada una con una botella en la mano.

Los habían matado, dijo Geir.

¿Con máscara de clavos? ¿O con un hacha clásica?

¿Despellejado?

Era algo extremo.

¿Y por qué lo hizo?

O hicieron. Eran cuatro, así que los asesinos pudieron ser varios. Pero ¿no había dicho que solo habían asesinado a tres? ¿Dónde estaba entonces el cuarto?

Sería él el que había matado a los otros tres. Y no lo habían cogido, seguía en libertad. Quizá abajo, en la ciudad, mientras yo estaba aquí.

Vi que el taxi estaba ya en el túnel, tiré el cigarro y empecé a andar por la calle por la que pronto aparecería.

Los pájaros ya habían empezado a parlotear en los árboles encima de mí. Pajarito, pajarito, eres un pequeño pito, no nos libramos de ti, siempre estás por aquí, cantaban como siempre.

En ese momento vi a un hombre apoyado en la pared, al otro lado de la calle, que me miraba fijamente. ¿O no era a mí? Seguro que solo era un borracho que estaba mirando mientras cogía fuerzas para recorrer el último trecho hasta casa.

Miré la calle por la que debería llegar el taxi. Estaba completamente vacía y abrí el Maps. En él, el coche negro se había detenido delante del Hotel Norge.

Miré a mi alrededor.

Google Maps no era siempre muy preciso.

Ningún taxi por ninguna parte.

Ahora se podía llamar directamente a los taxis, ¿no?

Al menos había un símbolo de teléfono. Lo pulsé y me acerqué el móvil a la oreja, mientras daba vueltas, impaciente. Allí arriba estarían ya liados con los cadáveres, y otros periodistas no tardarían en enterarse.

El teléfono seguía sonando.

Por fin me di por vencido y volví a entrar en el hotel. No había nadie en la recepción, y pulsé con fuerza el timbre.

Un tipo alto y delgado con un traje negro que parecía un saco salió del despacho interior, mirándome con soberbia a pesar de tener dientes de caballo y cicatrices de granos en las mejillas.

–¿En qué puedo ayudarlo? –preguntó.

–¿Puede pedirme un taxi? –dije–. Lo he intentado, pero no ha venido.

–¿Está alojado en el hotel?

Tío asqueroso, podrías apretar ese botón de todos modos, ¿no?

Negué con la cabeza.

–Pero acabo de visitar a uno de sus huéspedes –dije.

De follarse a una de nuestras huéspedes, querrá decir, pensaría el tío. Pero me importaba un carajo, porque asintió, apretó el botón y al instante me dio un papelito con el número de pedido.

Ojalá llegara rápidamente el taxi. Era un fastidio estar allí esperando, sabiendo lo que estaba ocurriendo ahí fuera.

Encendí otro cigarro.

Nadie podría negarme nada si fuera el primero en llegar al lugar.

Tres cadáveres en el bosque degollados y despellejados, y un periodista.

¡Venga ya!

–Tienes que ser paciente –dijo una voz detrás de mí.

¿Qué?

Me volví a toda prisa. Era el tío que me miraba. Pensé que tenía

unos veintitantos años, pero ahora vi que tenía al menos cuarenta, si no cincuenta.

–¿Me hablas a mí? –dije.

Se limitó a sonreír. No parecía estar borracho. ¿Entonces qué quería de mí? ¿Era gay o qué?

–Sí –contestó–. No hay nadie más aquí.

–Podrías ser un chiflado hablando solo –dije–. A decir verdad, tienes cierta pinta de eso.

Me puso una mano en el hombro.

–¿Qué coño estás haciendo? –dije, librándome. En ese momento llegó un taxi y fui decidido hacia él, abrí la puerta y me senté en el asiento trasero, mientras sacudía la cabeza.

–¿Lo habías pedido? –dijo el taxista sin volverse.

–Sí –contesté, agitando la nota que me habían dado.

–¿Svartediksveien?

–Sí, y tengo mucha prisa. ¿Crees que podrías acelerar un poco? Puedo pagar extra.

El gay seguía mirándome sonriente. Cuando el taxista dio la vuelta para salir a la calle, el hombre levantó la mano para saludar, como si ya fuéramos amigos.

Qué idiota.

Estuve a punto de enseñarle el dedo, pero pensé que eso tal vez significara otra cosa en el mundo de los gays, y opté simplemente por apartar la mirada.

–¿Vives allí? –preguntó el taxista, mirándome por el espejo. Su voz era alta y ronca, no del todo a juego con su cara de viejo. Frente arrugada, ojos tristes detrás de las gafas.

–¿Por qué? –dije con voz arisca mientras miraba las casas y los árboles que se deslizaban ante la ventanilla.

Seguro que había visto a ese tipo tocándome, y a saber lo que estaba pensando ahora.

Una extraña tranquilidad se me extendió lentamente por el cuerpo, como si estuviera flotando. Estaba cabreado, así que no quería nada de eso, pero mi voluntad no podía detenerla.

Si continuaba, tenía la sensación de que pronto me echaría a llorar.

–Mucho jaleo por allí esta noche –dijo el taxista.

–¿Ah, sí? –dije–. ¿Un incendio?

–No, un caso de la policía –creo–. Entonces tú no vives allí, ¿no?

No contesté.

Ese hombre pasaría mucho tiempo solo, fumando y bebiendo, pensé cuando nos metimos por Kong Oscars gate. Ni un alma por la calle. Pocas veces solía ver la ciudad a esas horas. O estaba demasiado borracho como para fijarme en nada, o estaba dormido.

¿Cuándo había llorado por última vez?

Sería un niño.

Saqué la navaja, desplegué una de las hojas, presioné la punta contra la yema del dedo y fui aumentando lentamente la presión, hasta que la sangre empezó a gotear, y el dolor, fino como una aguja, permaneció él solo en la conciencia durante unos segundos.

–Pero eres de esta ciudad, eso sí, ¿no? –dijo el taxista.

–Ya está bien –dije, chupándome el hilillo de sangre–. Métete en tus asuntos, y conduce un poco más deprisa, por favor, que no hay un alma en la carretera.

–Vale, vale –dijo él.

Al atravesar Kalfaret aumentó realmente la velocidad. Al fin y al cabo, Svartediket estaba a solo unos minutos del centro, lo que resultaba difícil de creer por lo desierto que estaba todo aquello. Pero, bueno, los que rendían culto al diablo podían hacer sus cosas en paz y tranquilidad.

¿Cómo había conseguido matar a tres? ¿Estarían dormidos?

Pero ¿por qué?

Seguro que estaba hasta arriba de drogas.

O ese culto al diablo se le había subido a la cabeza. Que lo que estaban haciendo realmente era serio y no solo algo que hacían para mostrar su valor.

Qué estupidez rendir culto al mal. Era como rendir culto al sol. El sol salía todos los días, no hacía falta rendirle culto. Lo mismo ocurría con el mal. El mal ya estaba aquí, y se las apañaba perfectamente por su cuenta.

El móvil empezó a sonar en el bolsillo interior.

Era Turid.

Estaba todavía en el trabajo, así que solo sería para comprobar que yo no seguía por ahí.

Rechacé la llamada y apagué el móvil.

El taxista salió de Kalfarveien y siguió por una calle más pequeña a la izquierda. Nada más pasar un cruce se echó hacia un lado y paró el coche.

–Ya estamos –dijo.

Saqué la tarjeta y la metí en el datáfono que me acercó. Puse el pin. El hombre se había mostrado demasiado curioso como para dejarle propina.

Se cabreó tanto que ni siquiera dijo adiós cuando me bajé.

Como si la propina fuera algo a lo que tuviera derecho.

Me metí la cartera en el bolsillo trasero y eché a andar a lo largo de las silenciosas casas, en dirección al gran pantano gris.

Ojalá no haya acabado ya la emoción, pensé, mirando el reloj. En realidad, no habían pasado más de treinta minutos desde que llamó Geir.

No podrían haber hecho tanto en tan poco tiempo.

¿Había dicho a la derecha donde la depuradora de aguas y no a la izquierda?

Sí, lo había dicho.

Cogí a la derecha por un camino que iba justo por debajo del dique, pasé primero por un pequeño campo de fútbol, luego por un pequeño campo de baloncesto, mientras el rugido del agua era cada vez más fuerte.

Me detuve. Había al menos siete coches de policía aparcados en la carretera junto al bosque, al otro lado del río. Tres policías uniformados, todos jóvenes y armados, estaban charlando, uno de ellos sentado en el capó.

No parecían haberme visto, y retrocedí unos pasos para que me tapara el edificio principal.

¿Qué podía hacer?

Encendí un cigarro y miré el macizo muro del dique. Podía simplemente acercarme a ellos, y decir la verdad, que era periodista, que me habían dado un soplo y que me dirigía al lugar de los hechos. No me pegarían un tiro, pero se reirían de mí. Jamás dejarían entrar a un periodista allí ahora.

Pero la calle era de todos, como decíamos cuando éramos pequeños.

Y esa era una zona de viviendas, no podían oponerse a que cruzara el puente y bajara por la calle del otro lado. Desde allí podría subir al peñasco y atravesar el bosque por la parte de arriba.

Un poco estresante tal vez, pero merecería la pena.

Tiré el cigarrillo y empecé a bajar. Los tres policías me miraron cuando crucé el pequeño puente, y yo les devolví una mirada curiosa, ya que supuse que eso era lo que habría hecho un transeúnte cualquiera.

Sentía sus miradas en la espalda y me costaba un poco andar con normalidad, pero después de la curva y ya fuera de su vista, volví a relajarme y pude buscar una ruta adecuada para subir la ladera de la montaña.

Había casas a lo largo de todo el camino, así que no me quedaba más remedio que pasar por uno de los jardines. De todas formas, no habría nadie levantado tan temprano, pensé, y abrí la primera verja que vi, subí unas escaleras y entré en un jardín que se alzaba hacia una casa pintada de rojo. Las ventanas estaban oscuras, todo estaba en silencio, subí lo más deprisa que pude, jadeando ya antes de pasar por delante de la casa, pero seguí por el jardín al otro lado, y luego por entre los árboles, donde me paré, apoyé las manos en las rodillas y respiré.

Seguía siendo de noche, el terreno era accidentado, y los árboles

crecían densamente, de modo que aquello no era muy placentero. Pero si tenía suerte, los cadáveres se encontrarían en un lugar cercano. Esos satanistas eran perezosos, seguro que no habían ido muy lejos.

Seguí andando. Entre los árboles veía las luces de las casas de más abajo, y también la depuradora de agua. Lo mejor sería quedarme un poco en alto, suponía que la policía se movería entre los coches y el lugar del crimen. Tenía que ir todo el rato con la cabeza agachada para evitar las ramas, tuve que subir un trecho porque los árboles crecían demasiado tupidos, bajar porque el suelo estaba demasiado empinado, la maleza se me enganchaba en las piernas, también tuve que cruzar vallas de piedra, y cuando me abrí paso a presión por unos abetos que crecían demasiado juntos en lugar de rodearlos, me hice un rasguño en una mejilla.

Odiaba el bosque.

¿Por qué no pudieron matarse en un piso?

Diez minutos después, volví a pararme. Me flojeaban las piernas y me faltaba el aliento, no podía seguir andando. El sudor me corría desde la frente hasta los ojos, que me picaban con la sal.

Al menos ya me encontraba por encima del agua, podía verla negra y lejana entre los árboles.

En alguna parte, a lo lejos, se oía el zumbido de un helicóptero.

Seguramente se dirigía al hospital, que estaba solo a un kilómetro de la depuradora.

Me sequé el sudor de la frente con una manga y me froté los ojos con la otra, antes de seguir andando.

Tal vez fuera buena idea acercarme más al agua, pensé. Puede que me hubiera pasado ya el lugar del crimen.

Empecé a bajar. Mis piernas estaban blandas como tallos, tenía la sensación de estar a punto de perder el equilibrio.

El helicóptero se estaba acercando. Entonces no se dirigía al hospital, pensé. Sería de la policía.

Venía por encima del monte, me paré y levanté la vista. Por un instante lo vi pasar a toda prisa, duro y oscuro por el cielo casi negro.

Seguí bajando. El terreno era accidentado, y en algunas partes tan empinado que solo se veía la montaña.

Oí que el helicóptero daba la vuelta al final del valle y volvía. Volaba bajo por la ladera de la montaña.

¿Qué estarían haciendo?

Aparté una rama con una mano y miré hacia arriba.

Ahora volaba más despacio.

No había hecho más que pasar por encima de mí cuando ya estaba ahí otra vez. Ahora se paró justo encima, muy arriba.

No podrían verme aquí abajo, ¿no?

Para estar seguro, me acurruqué debajo de un abeto.

Ya no podía ver el helicóptero, pero el zumbido siguió durante más o menos medio minuto, antes de que el sonido cambiara de repente y se alejara a más velocidad.

Salí de mi escondite y seguí bajando. En ese momento se me ocurrió que el asesino podría estar allí. Que simplemente estuviera escondido hasta que las cosas se tranquilizaran.

O no. No podía quedarse allí, lo buscarían con perros y lo perseguirían. Estaría ya hace rato en la ciudad. Quizá incluso hubiera conseguido cruzar la montaña. Es decir, si esos satanistas tenían carné. No serían tan tontos como para coger un avión o un tren.

Llegué a un paraje un poco más llano y vi que ya no estaba lejos del agua. El cielo seguía oscuro, y aún no se podían distinguir los colores de los matorrales que crecían a mi alrededor, pero al menos podía ver dónde ponía el pie.

–¡POLICÍA! ¡AL SUELO! ¡YA! ¡AL SUELO! ¡NO NOS OBLIGUE A DISPARAR!

Me arrodillé lo más deprisa que pude, con los brazos muy en alto sobre la cabeza.

–¡SOY PERIODISTA! –grité–. ¡NO DISPAREN!

–¡AL SUELO! ¡BOCA ABAJO! ¡YA!

Me tiré hacia delante y apreté la cara contra el suelo. Al cabo de unos segundos, había mucho movimiento en los matorrales que me rodeaban.

–SOY PERIODISTA –grité al suelo.

Pero esos idiotas no me hicieron caso. Llegaban de todas partes. Una rodilla se encajó en mi espalda, una mano me presionó hacia abajo la cabeza mientras me cogían a la fuerza los brazos para colocármelos a la espalda.

–¡Ay, joder! –dije–. ¡Eso ha dolido! ¡Estoy diciendo que soy periodista!

Me pusieron un par de esposas y me levantaron del suelo.

Entonces por fin los vi. Tres jovencitos del Grupo Especial de Operaciones con el uniforme.

–¿Qué haces aquí arriba? –preguntó uno de ellos, clavando la mirada en mí para que me viniera abajo. Tenía una barba de salvaje, seguramente para añadir unos años a su edad.

–Ya lo he dicho tres veces. Soy periodista. Estoy cubriendo un caso para mi periódico. ¿Me haces el favor de quitarme las esposas? Resulta demasiado tonto.

–¿Nombre?

–Jostein Lindland. Búscame en Google, si quieres.

Siguió mirándome. Yo no quería jugar su juego y miré hacia la ladera de la montaña.

Hizo un gesto con la cabeza, a la vez que levantaba las cejas,

entonces los otros dos me cogieron cada uno por un brazo y me condujeron cuesta abajo.

Era obvio que esa era la manera de proceder por la que habían optado, así que no dije nada.

Al acercarnos al agua, apareció un sendero en el que nos adentramos. Al cabo de un rato se abrió un claro debajo de un desfiladero, y al llegar allí vi por fin el lugar de los hechos. En un pequeño prado, de no más de diez por diez metros, bajo fuertes reflectores, deambulaban varios policías. Vi enseguida a Geir, estaba en la puerta de una tienda de campaña blanca levantada en el extremo del prado, hablando con un hombre bajo que tenía que ser Gjertsen. Los dos alzaron la vista cuando llegamos. Geir vino enseguida hacia nosotros.

El sitio olía ligeramente a quemado. Como en el lugar de un incendio una semana después. Y había otro olor. ¿Qué era? Lo tenía en la punta de la lengua...

–Lindland –dijo Geir, y se detuvo delante de nosotros–. ¿Qué haces tú aquí?

–Mi trabajo –dije–. Y me atacaron en el bosque.

Él sonrió.

–Ellos también hacen su trabajo.

Miró al joven de la barba de salvaje.

–Ya puedes quitarle eso.

El chico asintió y me quitó las esposas.

Me froté primero una muñeca y luego la otra, mientras absorbía todo lo que ocurría a mi alrededor, intentando no parecer curioso.

¿Ese olor podía ser a pólvora? ¿A pólvora de la antigua?

Gjertsen, que había estado escribiendo algo en el teléfono, volvió a mirarnos, se metió el teléfono en el bolsillo y se acercó a nosotros.

–Pensaba que ahora eras periodista de cultura –dijo.

–Eso es lo que soy –dije, quitándome agujas de pino de los pantalones–. Escribo sobre un grupo. Kvitekrist. He oído que estaban aquí.

Los dos sonrieron.

–¿Cómo te enteraste? –preguntó Gjertsen.

–Tengo mis fuentes –contesté.

–¿Qué sabes?

Me encogí de hombros.

Un técnico vestido de blanco salió de la tienda de campaña. Otros dos recorrían la linde del bosque con las cabezas y las miradas bajas. Un poco más adelante se veía una gran hoguera. Observé que los trozos de leña estaban a medio quemar. Fuera de la hoguera habían colocado piedras que parecían formar un dibujo más grande. Resultaba difícil de distinguir, pero podía tratarse de un pentagrama.

–No puedes estar aquí –dijo Gjertsen–. Voy a buscar a alguien que te acompañe de vuelta.

Se acercó al técnico que estaba fuera de la tienda.

Miré a Geir.

–¿Están aquí todavía?

–¿Quiénes?

–Los cadáveres.

–Mm –dijo.

–¿Puedo verlos?

–¿Estás loco? Claro que no. Ya es bastante malo que estés aquí.

–¿Tienes fotos?

–Ya sabes lo suficiente para escribir sobre tu caso –dijo.

Ardía de ganas de verlas. Seguidores del diablo, un asesinato triple ritual, lo más horrible que él había visto en su vida.

En la linde del bosque uno de los técnicos se agachó y recogió una cosa. Parecía un libro negro o quemado.

El otro le alcanzó una bolsa de plástico transparente en la que lo metió.

–¿Es el batería el que no está aquí? –pregunté.

Geir me echó una rápida mirada antes de conseguir ocultar su interés.

–Sin comentarios –dijo.

–Gracias –dije.

–No he dicho nada –dijo.

–Vale –dije–. Pero si realmente es él, sé de alguien que lo conoce bien. De hecho, hablé con él ayer. Antes de esto, claro.

–Nosotros también conocemos a gente, Lindland –dijo Geir.

–Seguro que justo a él no lo conocéis. Sabe bastante. Dudo que quiera hablar con vosotros después de lo de hoy.

–Eso no lo sabes –dijo él.

–¡Quizá yo lo encuentre antes que vosotros! –dije riéndome.

Geir sacó del bolsillo trasero un vapeador negro y se lo metió en la boca. Pronto una pequeña nube de humo le rodeó la cabeza.

Volvió a metérselo en el bolsillo.

–Tú lo que quieres es verlos, ¿verdad? –dijo–. No escribirás sobre lo que veas, ¿no? En ese caso puedes despedirte para siempre.

–Claro –dije, sintiendo un golpe de felicidad en el pecho.

Seguí a Geir hasta la tienda de campaña, donde nos paramos frente a Gjertsen.

–Lindland va a entrar conmigo –dijo.

–Venga ya, Geir –dijo Gjertsen–. Él no puede entrar. Te van a crucificar.

–Tal vez pueda ayudarnos en algo. Y no va a escribir sobre lo que vea.

–¿Podemos fiarnos de ti? –preguntó Gjertsen, mirándome la frente.

–Tienes mi palabra de honor –dije.

–¿Tu palabra de honor vale algo?

¿Qué se creía ese enano?

Me entraron ganas de decir algo sobre micropenes, pero estaba allí gracias a ellos, así que me ahorré el comentario y opté por sonreír amablemente.

–Nunca he traicionado una promesa que os haya hecho –dije–. Y localizasteis a La Bruja gracias a mí. Por si no lo recuerdas, aquello me costó el puesto. Claro que puedes fiarte de mí.

–Vale, vale –dijo Gjertsen–. Pero es bajo tu responsabilidad, Geir.

Como para subrayarlo, se alejó de nosotros.

–Prepárate para cuando entres –dijo Geir–. Es grotesco, jodidamente horrible. Nada de vomitar o algo por el estilo. ¿Vale?

–De acuerdo –dije.

–Y ni una sola palabra sobre lo que veas, ni en el periódico ni en ninguna otra parte.

–Vale, vale –dije–. ¿Entramos entonces?

Geir apartó la cortina y lo acompañé hasta el interior. La luz allí era nítida y casi blanca, aportando a la hierba un extraño color artificial. En el centro de la tienda yacían lo que tenían que ser los cadáveres, cubiertos por una lona también blanca. Un técnico estaba de rodillas examinando el suelo, no levantó la vista cuando entramos. Otro hombre, seguramente el patólogo, estaba sentado en un banco escribiendo en el móvil, rodeado de un montón de bolsas y cajas.

–¿Estás listo? –preguntó Geir, y se agachó junto a la lona sin quitarme ojo.

Asentí con la cabeza y él levantó la lona, a la vez que se enderezaba.

Ay, Dios.

Cojones.

Los tres chicos yacían boca arriba con las caras vueltas, de modo que les salían de la espalda, y la nariz y el culo apuntaban en la misma dirección. Les habían desollado todo el cuerpo y habían quedado reducidos a un amasijo sangriento de carne, con algunos tendones y venas. Del cuello hacia arriba les habían dejado la piel, era como si llevaran una máscara. Tenían la garganta cortada. En las puntas de los dedos quedaban las uñas. Les habían cortado la parte superior de la cabeza.

No parecían humanos.

Era como si alguien hubiese intentado hacer personas, sin lograrlo del todo.

–¿Visto? –dijo Geir.

Asentí con un gesto de la cabeza, y él volvió a cubrir los cadáveres.

–¿Lo entiendes? –dijo cuando salimos.

–¿Quién puede haber hecho algo así? –pregunté–. Quiero decir, ¿cómo pudo hacerlo? ¡Debe de haber tardado días! Y tiene que tratarse de alguien fuerte.

Geir volvió a sacar el vapeador.

–No sé muy bien cómo puedes estar tan tranquilo –dije–. Estás ante un asesinato triple, ningún sospechoso y un asesino demente que anda suelto por esta ciudad.

–Demente es la palabra –dijo Geir.

–No puedo sino desearte suerte –dije–. Y darte las gracias por haberme dejado verlo.

–¿Tú qué opinas? –preguntó Geir.

Me encogí de hombros.

–Por suerte, ese no es mi trabajo –contesté–. Pero algunos deben de haber tomado una droga que les hizo enloquecer. Y les dio unas fuerzas sobrehumanas.

–¿Por haber dado la vuelta a las cabezas?

–Sí.

–Dos podrían –dijo–. Pero solo sabemos de uno que haya estado aquí.

–A lo mejor deberías investigar un poco entre los exiliados amerindios en esta ciudad. ¡A ellos también los escalpaban!

–Escríbelo tú –dijo.

Los tres jóvenes policías apostados junto a la depuradora de agua habrían recibido el mensaje de que yo iba hacia allí, porque se limitaron a saludarme con la cabeza cuando salí del boque y pasé por delante de ellos.

Me detuve detrás del gran edificio de la administración, encendí un cigarro y activé el móvil para pedir un taxi.

Turid había llamado cuarenta y siete veces.

¡Cuarenta y siete veces!

Debía de haber pasado algo.

Quizá se había dejado la llave y no había podido entrar en casa porque Ole estaba durmiendo.

En cualquier caso, no podía ayudarla ahora, tenía que ir al periódico y escribir sobre el asunto a toda velocidad.

No tenía paciencia para ponerme a buscar en la app, y lo hice de la manera antigua, llamé a la centralita y pedí un taxi antes de volver a apagar el teléfono.

Un cuarto de hora después estaba en el taxi mirando las casas que pasaban volando ante mis ojos, muchas con luces encendidas, ya que estaba empezando el día. También había más gente en las calles, ya no yendo a sus casas, sino al trabajo, ciclistas con cascos y luces

parpadeando histéricamente, autobuses cargados con mano de obra. El cielo estaba azul oscuro y completamente despejado, el sol subía por la montaña de Fana, y al otro lado, sobre Askøy, seguía aún, maldita sea, la nueva estrella.

Qué bien había salido todo.

Qué asunto tan increíble había llegado a mis manos.

Un conjunto entero de satanistas masacrados de la manera más cruel. Un asesino suelto.

¡Y nadie sabía aún nada!

Me habría gustado llamar a su puerta del hotel para disfrutar una media hora, pero ahora el tiempo era lo único que no podía perder.

Cuando el taxi paró delante del edificio del periódico, le di incluso una pequeña propina al chófer. No había dicho una sola palabra durante el trayecto, y ese era mi día.

Por fin había llegado.

TURID

Al principio no veía nada en la oscuridad entre los árboles. Estuve un rato sin moverme para que los ojos se acostumbraran y para escuchar posibles sonidos procedentes de Kenneth.

Había un silencio absoluto.

Él me llevaría mucha ventaja.

¿Cómo era capaz de correr por allí?

Habría dado lo que fuera por correr tras él, simplemente precipitarme bosque adentro y darlo todo, alcanzarlo y conseguir que volviera conmigo.

Pero solo era capaz de andar despacio. E incluso así se me encogía el pecho.

Tranquila, Turid.

Tranquila.

Anda tranquilamente.

En realidad, todo está bien.

Él no va a morir, lo encontrarán sano y salvo.

Respirar tranquilamente.

Pensar tranquilamente.

El sotobosque estaba tan seco que resonaba a cada paso que daba. Apenas podía distinguir los troncos, y andaba despacio entre ellos, con una mano levantada para protegerme de las ramas que salían repentinamente de la oscuridad.

Tras unos veinte metros, el terreno se volvía más empinado, y me detuve.

Aquello no tenía solución. Él me llevaría ya varios cientos de metros de ventaja. Y tampoco tenía ni idea de qué camino habría cogido.

Pero no podía perder a un residente.

Pondrían en marcha una aparatosa búsqueda. Y solo porque yo había cometido una tontería.

¿Qué diría Berit?

Él podía haberse parado y sentado en algún sitio.

Era como si los oídos tuvieran que acostumbrarse al silencio, de la misma manera que los ojos tenían que acostumbrarse a la oscuridad, pensé, porque ahora de repente estaba rodeada de pequeños crujidos.

–¡Kenneth! –dije en voz muy alta a la oscuridad, y contuve por un instante la respiración.

Nada.

Decidí seguir un rato más. Así al menos habría hecho lo que podía.

–¡KENNETH! –grité.

Nada.

Pero él nunca había obedecido a nadie, era demasiado tonto para eso, era más tonto que un perro, ¿por qué iba a contestar ahora entonces?

Unos metros más arriba encontré un sendero que subía en diagonal hacia la izquierda, luego en diagonal hacia la derecha y de nuevo hacia la izquierda. Una pálida luz de luna reposaba sobre el suelo, allí donde todo estaba más abierto, y resultaba fácil andar, aunque a intervalos aparecían ante mí gruesas raíces que parecían serpientes a la luz de la luna.

Me paraba más o menos cada veinte metros. A veces me apoyaba en el tronco de un árbol. Escuchaba. Ligeros susurros y crujidos procedentes de lo más profundo del bosque, pero ningún paso, ningún loco corriendo, ningún aullido.

Al final llegué a una pequeña llanura sin árboles. Me volví y miré hacia las luminosas cajas de abajo y los pequeños caminos entre ellas. El bosque de detrás estaba negro hasta la cárcel, que se encontraba a tal vez un kilómetro de allí, como una isla de luz en la oscuridad.

Se me ocurrió que simplemente podía dejar el trabajo. Cada día me costaba más acudir, así que no había razón para aferrarme a él. Sobre todo, después de lo de esta noche.

Cuando miré hacia atrás, vi que no era la luna lo que brillaba sobre los árboles, sino un planeta.

De pequeña pensaba que era la estrella de Belén. Todo el mundo lo creía.

Ay, Dios, si pudiera volver allí. Con mamá, papá y el pequeño Tore.

El bebé en la alfombra del salón sonriendo cuando me inclinaba hacia él poniendo caras raras.

Sus ojos pillos.

¡Su suave piel!

No sé si veía la piel en la mente o solo la sentía cuando seguí andando, pero durante los pocos segundos que el bebé estuvo cerca de mí en el pensamiento, me llenó de una corriente de algo infinitamente bueno.

Jostein había dicho en una ocasión que eso era lo que hacía sentir la heroína. Te proporcionaba esa sensación de estar protegida y cuidada que tenías de pequeña.

Mamá y papá. El edredón que te cubre el cuerpo, el adulto grande que se levanta, sonríe, dice buenas noches y apaga la luz. Bueno, cálido y seguro.

Volví a mirar la estrella de Belén y me paré.

–Padre nuestro que estás en el cielo –dije–. Haz que esto acabe bien. Haz que encuentre a Kenneth. Haz que Ole esté bien.

Cinco minutos más, pensé. Y vuelvo y doy parte.

Sølve estaría ya preguntándose dónde me había metido.

Bueno, si es que no estaba dormido.

–¡KENNETH! ¡KENNETH! ¡VEN AQUÍ! –gritaba mientras andaba.

Era más bien por mí misma. Saber que había hecho lo que tenía que hacer.

Al otro lado de la llanura, los árboles se levantaban como una pared, pero justo detrás de ellos el terreno volvía a caer oblicuamente, los árboles estaban muy distanciados entre ellos, y el suelo estaba cubierto de brezo. Ya no se veía ningún sendero, pero, de todos modos, resultaba fácil andar por allí.

De repente vi una luz entre los árboles, a unos cien metros de distancia.

Parecía provenir de una hoguera.

Kenneth sería atraído hacia allí. Si la veía, iría hacia ella.

Pero ¿quién encendía hogueras en este bosque?

Quizá una pandilla que hubiese ido hasta allí a beber.

No harían caso a las prohibiciones de hacer fuego.

Bajé en diagonal con el musgo silbando bajo mis pies. Abajo había dos enormes árboles caídos, arrancados de raíz, y unos metros detrás de ellos había más árboles.

La hoguera parecía estar a la misma distancia. Quizá porque ya no la veía desde arriba, pensé. Y entonces ocurrió lo contrario: tras haber andado en zigzag entre los grandes y oscuros abetos, la luz de la hoguera estaba de repente mucho más cerca de lo que me imaginaba.

Se encontraba al otro extremo de un pequeño boscaje. O tal vez fuera un pequeño pantano.

Solo veía el brillo que emitía. Pero no se oía ningún sonido.

Nadie dejaría una hoguera encendida en el bosque, ¿no?

Quizá estuvieran dormidos.

Eso sería.

Y Kenneth no estaría allí, claro. ¿Por qué iba a estar él allí?

Era como si los últimos minutos hubiese olvidado la verdadera razón por la que me encontraba allí. Qué desesperante era esa situación.

¡Y qué lejos había llegado!

Miré el reloj.

No llevaba fuera más que veinte minutos.

Ya que estaba allí, podría acercarme a ver qué era.

Continué a lo largo de un pequeño arroyo casi seco, en algunas partes completamente oculto por las ramas de los abetos que crecían a ambos lados.

En algún sitio muy cerca sonó algo. Me paré y al segundo el sonido desapareció.

Sonaron como pasos.

–¿Hola? –dije en voz baja–. ¿Hay alguien ahí?

Un siniestro sonido, como un chasquido, retumbó de repente por el bosque.

El mismo sonido respondió desde otra parte.

Me entró tanto miedo que era incapaz de moverme.

Luego, igual de repente, pero desde lo alto, penetrante como el grito de una persona, sonó un grito parecido al de un pájaro.

¡CROAAAAA!

El corazón me latía enloquecidamente en el pecho. Porque cuando eché la cabeza hacia atrás y miré hacia arriba, una gran sombra salió deslizándose del árbol, voló por encima del claro y desapareció en la oscuridad, al otro lado.

Los chasquidos volvieron a sonar, y ahora a solo unos metros de mí.

Quería gritar.

Pero entonces vendrían.

Inmóvil y con todo el cuerpo temblando, miré hacia la oscuridad de donde había llegado el sonido.

El pájaro, el enorme pájaro tenía un caparazón.

No vi nada en la oscuridad.

Nada en el bosquecillo.

Todo volvió a quedar en silencio.

Ni un sonido, ni un movimiento.

Era como si durante unos segundos unas olas enormes me hubiesen inundado, para luego retirarse de repente.

Tenía que irme de allí.

Pero no me atrevía a moverme.

Volví con cuidado la cabeza y miré otra vez hacia el bosquecillo.

La hoguera estaba a punto de apagarse. Las llamas eran cada vez más pequeñas, el círculo de luz que emitían se iba debilitando.

Kenneth salió del bosque.

Andaba despacio, como dormido.

Delante de él se extinguía la hoguera.

Los chasquidos volvieron a sonar por varios sitios, pero no tan alto como la primera vez.

calicalicalicalic

Kenneth se detuvo, su cuerpo desnudo brillaba ligeramente bajo la luz del cielo.

Entonces se arrodilló.

calicalicalicalic

Se oyó un crujido en los matorrales cerca de mí. Vi una sombra

moverse allí dentro. Al cabo de unos segundos salió al claro. Era un hombre. Andaba deprisa y como a sacudidas, suave y rígidamente a la vez. Su cabeza era grande y pesada, como la de un toro. Tres largas trenzas le colgaban por la espalda desnuda. Los dedos de una mano, que era enorme, se abrieron en el aire. La otra agarraba una vasija.

calicalicalicalic

Se paró delante de Kenneth.

Kenneth levantó la cabeza y miró al cielo.

Con el torso echado hacia atrás y la cabeza hacia delante, el hombre metió la mano en la vasija. Luego puso la palma de la mano en la frente de Kenneth. Un escalofrío le recorrió el cuerpo como una ola y le hizo caerse de espaldas.

Entonces el hombre se volvió y me miró.

Sus ojos eran amarillos, y no era un hombre. No era un hombre.

SEGUNDO DÍA

EGIL

La mañana no empezó bien. No me había metido en la cama hasta cerca de las cuatro, y olvidé bajar la cortinilla al acostarme, así que me desperté sobre las siete, con la primera luz del sol que entró en la habitación. Sabía que no conseguiría volverme a dormir, pero lo intenté de todos modos, no hay muchas cosas peores que esa ociosidad de las primeras horas de la mañana, cuando sabes que no has dormido lo suficiente como para poder concentrarte en algo, y ya no puedes, porque ya no podía, tomarte una o dos copas para prepararte para la jornada.

O sí que podía hacerlo, pensé, retorciéndome en la cama del calor. La prohibición era autoimpuesta y por tanto también yo podía anularla.

¿Por qué yo era dos? ¿Uno que decía no y otro que tentaba, uno que quería y otro que no quería? ¿No habría sido más práctico un acuerdo interior como principio para el ser humano?

Entonces se me vino encima todo lo que había ocurrido la noche anterior.

La nueva estrella.

¿Seguía todavía allí?

Me levanté y salí a la terraza.

La estrella seguía brillando al norte incluso ahora, por la mañana, cuando el sol ya había salido.

Entonces tenía que ser potente. O encontrarse cerca.

Una estrella de la mañana.

Yo soy la estrella resplandeciente de la mañana, dijo Jesús.

Pero en Isaías la estrella de la mañana era el Diablo.

¿No era así?

Tenía que comprobarlo.

Apoyé las manos en la barandilla y miré el mar. Estaba azul, y tan quieto que la superficie no parecía flotante, sino hecha de un material firme. Una especie de cristal azul en el que se reflejaba y brillaba el sol.

Unas gaviotas volaban por encima de mí. Vi que gozaban del calor y del silencio.

Pocas veces había silencio aquí.

Me pasé una mano por el pelo y noté lo grasiento que estaba.

No me apetecía darme una ducha, hacía demasiado calor. Pero ¿quizá un baño?

Entré a coger una toalla del armario del dormitorio, me puse un bañador y una camisa, metí los pies en las sandalias y volví a salir, me detuve junto a la mesa donde estaba la máquina de escribir, saqué la hoja que estaba escribiendo cuando llamó Arne, y la dejé en el montón con las demás sin leerla.

La estrella era obviamente una señal.

Pero ¿de qué?

Pronto se sabría.

Pero ¿dónde y quién?

Seguí el sendero desde la terraza hasta abajo, hasta las rocas. Me bañaba en el mismo sitio desde que era un niño, un pequeño trozo de roca negra en una pendiente suave, al abrigo de un escarpado montículo, con una sima llena de agua de mar debajo. Ese lugar pertenecía de alguna manera a la cabaña, y siempre me cabreaba cuando me encontraba a gente allí, aunque nunca decía nada, claro, evidentemente no éramos los dueños de las rocas.

Ahora estaba solo.

El agua resultaba tentadora con su reluciente superficie de color azul profundo, pero ya no tenía doce años, también sabía que los primeros segundos serían como un choque de frío casi sin que importara el calor que hiciera, así que me quité la camisa y las sandalias y me senté para reunir un poco de valor y calor antes de tirarme al agua.

La noche anterior había sido en cierto modo una pesadilla, pensé, mirando el lejano horizonte brumoso. La cara ensangrentada de Arne en la playa, el coche entre los árboles, la enorme estrella en el cielo. El calor en la oscuridad, el tejón dentro de la casa, el gato con la cabeza arrancada. Y también Tove, que tenía una crisis psicótica.

Todo parecía muy distante de lo que ahora me rodeaba.

Eran ellos los que habían creado la situación, pero a ellos les parecía que solo era algo que ocurría, y que era igual para todo el mundo.

Por un momento me pregunté si debía pasar a verlos luego, pero rechacé de inmediato la idea. Sí que me gustaba hablar con Arne, pero tenía un precio que ahora no me veía con fuerzas de pagar. No se podía pisar esa casa sin quedar marcado, era como si cada vez me llevara trozos de su caos que luego me costaba quitarme de encima. Eran una familia de necesitados, pero ellos no lo sabían.

Había sido un error aceptar aquellas cervezas.

Debía mantenerme alejado por completo.

Aunque solo fueron un par de cervezas, y no me emborraché, me hizo sentirme como si estuviera en contacto con ello. Como si aquello estuviera todo el tiempo cerca de mí.

¿Por qué era tan jodidamente difícil hacer lo que uno había

decidido hacer?

Me levanté y subí a gatas a la roca, me situé en el borde, levanté los brazos y me tiré. El agua salada y fresca rodeó mi calurosa piel. Cuando abrí los ojos me encontré con un torbellino de pequeñas y chispeantes burbujas, y el fondo verde resplandeciendo unos metros debajo de mí. Di un par de brazadas hacia ese fondo, antes de volver a emerger y romper la superficie resoplando por la nariz.

Con eso bastaba.

Trepé a la roca de nuevo, me sequé con la toalla, me puse la camisa sin abrochar, metí los pies en las sandalias y volví a subir a la cabaña.

Yo solo quiero la cabaña, nada más, le dije a mi padre cuando surgió el tema de la herencia. Y si no es posible, no quiero nada.

Así se hizo. Además de una generosa suma que se ingresaba en mi cuenta cada mes. No la había pedido, pero tampoco la rechacé.

Lo del dinero no era nada fácil. Probablemente él me despreciaba por mi falta de orgullo, por negarme a recibir con una mano y recibir con la otra. Pero nunca lo mencionó.

Y a mí me hacía falta el dinero.

Al llegar a la cabaña, me acerqué al lado más corto de la terraza, el que daba al oeste, para ver si la telaraña había capturado algo esa mañana. La araña, a la que llamaba El Rey, era enorme, llevaba allí varios años. Se movía de sitio en sitio, tejiendo su telaraña aquí y allá, según una lógica que no llegaba a entender del todo. En ese lugar llevaba ya un par de meses.

Un abejorro colgaba de la telaraña. Parecía estar muerto, pero era difícil asegurarlo. Incliné la cabeza hacia delante e intenté mirar hacia arriba, debajo de la viga, donde solía estar El Rey.

Allí estaba.

Completamente inmóvil, con todas sus patas como reunidas en un círculo a su alrededor, posado en la oscuridad con esa complicada construcción que había tejido debajo de él.

La evolución no podía ser ciega, ni hablar. Era imposible que algo tan sofisticado y a la vez tan simple pudiera surgir por casualidad, independientemente de los millones de años que habían tenido a su disposición las casualidades.

Toqué con mucho cuidado un par de veces el cuerpo del abejorro, que oscilaba hacia delante y hacia atrás.

¿Cómo demonios podía comérselo la araña?

Subí a la terraza, abrí la puerta corredera grande, fui a la cocina, saqué de la nevera una Pepsi Max, cogí la novela que estaba leyendo, los cigarrillos, un cenicero, y me senté fuera en el sillón.

Seguía sin haber una sola nube en el cielo, y si no hubiera sido por las rocas y los islotes que brillaban casi blancos con el sol, el mundo

habría sido completamente azul desde donde me encontraba.

Abrí la lata y di un sorbo, encendí un cigarro e intenté leer un poco. Era Islas en el golfo, de Hemingway, pero el mundo caribeño en el que se desarrollaba la acción no conseguía mantenerse a flote en ese paisaje costero nórdico inundado por el sol. Yo estaba viendo bosques de abetos, cabañas y playas de cantos rodados donde debería haber palmeras y casas coloniales de ladrillo. Además, estaba un poco demasiado cansado como para concentrarme. Y el calor era simplemente molesto.

Vaya, qué día tan enroscado, como se decía por esa zona, pensé, dejando el libro sobre la mesa a mi lado. Aunque «enroscado» no sería la palabra correcta. En realidad, pretendía significar algo bueno, esos fantásticos días de verano que surgían aquí milagrosamente tras el largo semestre de invierno, pero ese calor tenía algo enfermizo, y resultaba difícil disfrutarlo.

Aunque a juzgar por la cantidad de barcos de plástico que ya estaban surcando el agua allí fuera, con o sin velas, había un montón de gente haciendo precisamente eso, disfrutarlo.

El teléfono sonó en el dormitorio. Apagué el cigarro, entré y me incliné sobre el móvil, intentando ver el número en la pequeña pantalla, dentro de la luminosa habitación.

Era Camilla.

¿Qué querría ahora?

Esperé hasta que dejó de sonar. Luego lo silencié y me lo metí en el bolsillo de la camisa, me puse unos pantalones cortos, un sombrero de paja y unas gafas de sol, salí de la casa, me monté en la bicicleta, bajé por el estrecho camino de grava, pasé por los muelles flotantes de la bahía y llegué a la carretera general, no mucho más ancha que la de grava, pero asfaltada.

El aire caliente se levantaba como en pilares entre los árboles, y el olor a bosque, coníferas, hojas secas y tierra bañada por el sol me llegaba a oleadas hasta la bicicleta.

Adelfillas en la cuneta y en la bajada hacia el agua, arbustos de frambuesas junto a la barrera de seguridad.

Camilla había llamado la noche anterior. Entonces sí cogí el teléfono. Una metedura de pata. Dijo que se iba a Roma, y que tenía que quedarme a Viktor una semana. ¡Avisando con un día de antelación!

Le dije que no podía, que me era imposible organizarlo con tan poco tiempo.

Yo fui amable y razonable. Ella se enfadó, bueno, se puso furiosa.

Se mostró completamente irrazonable, por no decir otra cosa.

¿Por qué no me has avisado antes? En ese caso no habría supuesto ningún problema.

¡Te he dicho que me he enterado hoy!, gritó. ¡Tú no tienes nunca al niño! ¡Es una ocasión que no puedo rechazar!

No hace falta que grites, dije. ¿Y tus padres?

¡Están en Tailandia, joder!

¿Y tu hermano?

¡Pero tú eres su padre, Egil! ¡Coño!

¿No puedes llevártelo?, pregunté.

Ella me colgó.

Yo echaba de menos al niño. No era eso. Pero no podía venir así sin más. Tenía que prepararme, concentrarme. Porque cuando él estaba aquí, lo demás no existía. Él llenaba todo el espacio.

Empezó la subida hacia el bosque, y me puse de pie en la bicicleta.

En el sotobosque se veían arándanos, brezo y musgo. Un resplandor blanco de los abedules muy al fondo, donde empezaban los pantanos.

¿Por qué no bastaba con eso? ¿Por qué no era eso lo bastante bueno en sí?

Dentro del bosque hacía aún más calor, si era posible, y noté cómo el sudor me envolvía como una faja por debajo de la camisa, desde la nuca hasta el final de la espalda, cuando volví a sentarme y seguí pedaleando.

Estoy aquí en este momento.

Con eso basta.

Nada de smartphone, solo un pequeño Nokia, nada de GPS ni motor, solo pedales, las ruedas, el aire caluroso rodeando el cuerpo, el bosque.

Los últimos kilómetros resultaron fáciles, llanura o suaves pendientes, y al cabo de un cuarto de hora había llegado al lugar donde Arne se había estrellado con el coche la noche anterior. Empujé la bicicleta por el sendero hasta la playa de cantos rodados, y la levanté al pasar por las piedras hasta la cala en la que había amarrado el barco. Me costaba mucho, crecían por allí grandes matorrales de endrinas y arbustos de escaramujos con espinas, por encima de los cuales tenía que levantar la bicicleta y luego pasar yo, y los bajos abetos abatidos por el viento, que parecían más bien arbustos, también resultaban difíciles de apartar con una bicicleta en las manos. Todo por ese idiota de Arne, pensé, y dejé la bicicleta en el suelo para tomarme un pequeño descanso.

De alguna manera él se aprovechaba de la locura de Tove. Era como si creyera que eso lo hacía importante.

Pero la angustia es el infierno. La depresión es el infierno. La psicosis es el infierno.

El sendero por el que iba era de tierra seca, llena de palitos y agujas de pino amarillas, y rodeado de piedras y maleza. El sol le daba

directamente, aportándole un resplandor propio, era como si cada pequeña cosa tuviera su propia aureola. Me encendí un cigarro, y un poco más allá vi un gran hormiguero en un minúsculo claro entre unos pinos algo torcidos y bastante bajos.

Aparté las ramas, me acerqué y me agaché con el cigarrillo en la mano. El montículo estaba lleno de hormigas, toda la superficie se movía como si estuviera viva y fuera una criatura en sí misma. En un instante, la primera hormiga se me subió al pie. Marrón y negra, con sus articulaciones esferoidales perfectas, subía intrépida por la correa de la sandalia. Más hormigas la siguieron. Me preguntaba qué querían de mí. ¿Morderme para hacerme desaparecer? ¿O creían que yo era una especie de árbol por el que podían trepar?

Las aparté con cuidado, me levanté y retrocedí unos pasos.

A mi lado, junto a un tronco, brillando a la luz del sol, había algo extraño. Primero pensé que era una chaqueta medio podrida y deforme, pero al inclinarme sobre ello vi que era una especie de caparazón. Estaba seco y era medio transparente, como esa piel de víbora que se veía a veces en el bosque en primavera, pero no era una piel de serpiente, era demasiado grande.

Lo cogí con cuidado con el dedo índice y el pulgar, y lo estiré.

Dios mío.

Era más o menos de la longitud de un niño.

¿A qué animal podría haber pertenecido?

Era fino, seco y como de concha.

Me enderecé y miré a mi alrededor.

Había un silencio absoluto, ni siquiera del mar llegaba ningún sonido.

Sí; el motor de un barco que pasó a gran velocidad hacia el mar abierto, al oeste.

En casos como ese echaba de menos tener un smartphone, pensé, y me acerqué a la bicicleta. Para sacar una foto del caparazón, si es que era eso, y tal vez buscarlo en Google, junto con la estrella de la mañana, esa extraña referencia doble en la Biblia al Diablo y a Jesús. Ahora tenía que hojear página tras página.

Pero no suponía exactamente un gran sacrificio. En realidad, era mejor. Así habría tiempo entre la pregunta y la respuesta, o espacio: había que recorrer una distancia. Realizar un trabajo.

El conocimiento era el mismo, pero el esfuerzo aumentaba su valor.

¿No era así?

¿O era otro más de esos pensamientos de la década de los ochenta? ¿Cuando la resistencia era señal de calidad? ¿Ruido en la música, ilegibilidad en la literatura?

Levanté la bicicleta, me la cargué al hombro y anduve el último

trecho a través del bosque hasta llegar al barco, que estaba exactamente donde lo había dejado, con el motor y todo lo demás en su sitio. Solté la amarra y la recogí, tiré del barco para acercarlo a la pequeña playa, subí la bicicleta a bordo, empujé el barco hacia fuera mientras yo iba vadeando detrás, subí a bordo, recogí el anclote, arranqué el motor y el barco empezó a moverse.

Seguía haciendo un calor infernal, pero allí, en lo abierto, el aire parecía un poco más fresco.

Me volví y vi las olas extenderse en una gran V detrás de mí, y el paisaje que daba la impresión de ir al encuentro del mar, descendiendo hacia la superficie con una vegetación cada vez más baja, hasta que se metía en el agua y desaparecía.

Saqué el móvil para ver si Camilla me había puesto verde en algún SMS, como suponía. Había tanta luz que tuve que inclinarme hacia delante y hacer sombra con la mano para poder verlo.

Sí, sí, había un mensaje suyo.

Lo abrí.

Viktor está en el autobús camino de tu casa. Tienes que recogerlo en la estación de autobuses a las doce menos veinte. Camilla.

¿Qué coño era eso?

¿Se había vuelto loca?

No podía hacerlo.

¡Pero si no habíamos quedado en nada!

¿Y si yo estaba enfermo?

¡Le dije que no podía!

¡No puedo!

¿Entonces quién va a quedarse con él?

¿No piensa en el bien del niño?

Lo que más me apetecía era tirar el móvil al agua, pero me contuve, lo dejé a mi lado en el suelo, aumenté la velocidad, y el barco empezó a planear.

Qué hija de puta.

¿A las once y media?

¡Ya casi eran las once y media!

Cogí el teléfono de nuevo y le puse un mensaje mientras levantaba la vista de vez en cuando para ver si entraba algún barco en mi rumbo.

No puedo recogerlo, así que se quedará en la estación. Egil.

Ella no era la única que sabía jugar, pensé, y me quedé con el teléfono en la mano para verlo en cuanto respondiera.

Ya había dejado atrás la isla de Vœrøy y giré hacia el este dibujando una larga curva. A esa velocidad solo tardaría unos minutos.

Cuando reduje la velocidad, la proa bajó y el barco se deslizó

lentamente hacia el muelle, ella aún no había contestado. Amarré el barco, llevé la bicicleta a tierra, cogí el bidón de gasolina y subí hacia la cabaña.

Eran casi las diez.

Tenía que ir a recogerlo, no quedaba más remedio. Y luego lo metería en el primer autobús de vuelta.

Dejé el bidón en el cobertizo, encendí un cigarro, cogí una cerveza de la nevera, abrí el parasol de la terraza y me senté con las piernas sobre la barandilla.

Di un largo sorbo. Luego la llamé.

No contestó.

Sin duda había previsto una alternativa por si yo no iba a recogerlo, pensé. No era propio de ella arriesgar tanto.

Pero no podía estar seguro.

¿Qué pasaría si nadie iba a buscarlo?

Protección del Menor.

Eso la perjudicaría a ella, no a mí. La custodia la tenía ella.

¿Y si la perdía me tocaría a mí?

Yo no podía tenerlo conmigo a tiempo completo. Eso era completamente imposible.

¿Habría ella previsto alguna alternativa?

Volví a llamar.

Ninguna respuesta.

Acabé la cerveza, entré en la cocina y dejé la botella en la caja que estaba al lado de la nevera, luego me quedé de pie mirando al cuarto de estar sin realmente ver nada.

Llegó un nuevo mensaje al móvil.

No voy a coger el teléfono cuando llames. Así tendrás cierta idea de cómo me siento. Ya ha empezado el embarque. ¡Que disfrutes con Viktor!

El tono triunfante me resultó repugnante. Me imaginé su mirada cuando estaba segura de tener razón en algo, y me miraba sonriente. Sus ojos eran a la vez gélidos y burlones.

Gracias a Dios que ya no estábamos juntos.

Lo siento, pero no puedo ir a recogerlo, escribí. Espero por tu bien que alguien lo haga. Eres tú quien tiene la custodia.

Al menos eso le daría que pensar.

Volví a por el bidón de gasolina al cobertizo y bajé al barco.

Ella sabía que acabaría yendo a buscarlo. Conocía mi debilidad. Había visto mis lágrimas cuando discutíamos. Pero también me había visto con lágrimas en los ojos cuando de repente algo era bueno.

Eso era algo que ella era incapaz de entender. Que una bondad repentina pudiera provocar lágrimas.

Está claro que yo no podía seguir allí.

Con el bidón a mi lado en el muelle, de un rojo intenso en

contraste con todo lo azul, tiré del barco hacia mí, subí a bordo, solté la amarra, enganché la manguera de la gasolina, retrocedí con cuidado unos metros dibujando una curva, arranqué el motor y salí.

Si alguna vez escribía un poema de amor, se lo dedicaría al archipiélago costero. A la vida marítima, donde el agua es el camino, y el barco, el medio de transporte. Nunca había sido capaz de expresar lo que quería decir, lo que se movía dentro de mí cuando veía los muelles de la ciudad donde la gente amarraba sus barcos, los ferrys que iban a las islas, el agua que golpeaba el muro del edificio del banco, el hotel, los almacenes situados a lo largo de la carretera, la lonja con las caballas colocadas sobre el hielo en cajas de poliestireno, las banderas ondeando al viento del sol que venía del mar y las cañas de pescar tintineando. El bosque de los grandes islotes, las hondonadas cubiertas de hierba de los pequeños islotes, el faro en la boca del mar, los peces en el fondo, los cangrejos en la ventanilla del coche por las noches. Había intentado describírselo muchas veces en el transcurso de los años a mis amigos y a mis parejas, y entendían lo que les decía, asentían y estaban de acuerdo en que era bonito. ¡Pero «bonito» no era la palabra! Cuando veía esas vías fluviales, los barcos, las casas con vistas al mar, y el mar que se topaba con la tierra, ya fuera esta de islotes, islas, calas o ciudades, lo que más me impresionaba era lo ajeno que me resultaba, que fuera tan distinto, casi el principio de otro mundo, un mundo de agua. Cuando cruzaba la plaza con mis bolsas de la compra y bajaba las escaleras hacia el barco, amarrado en medio de la ciudad, y cuando poco después salía lentamente por el canal hacia el mar, era como si me encontrara en el libro Las ciudades invisibles, de Italo Calvino.

Ese sentimiento nunca se debilitó. Al contrario, se iba reforzando cada año que vivía aquí.

No era impensable que Viktor pudiera llegar a tener la misma relación con este paisaje, pero no era muy probable, pensé, en el momento en el que llegué al estrecho entre las dos islas en las que había muchas casas a ambos lados, pintadas de rojo o de blanco, y alguna de color ocre entre medias, y las ventanas brillando a la luz del sol. Él era niño de ciudad y de estar dentro de casa.

Pero quizá pudiéramos pasar unos días buenos a pesar de todo.

Pescando, bañándonos y yendo a la ciudad a comer helado.

¿Qué más podía pedir un niño de diez años?

Pero una semana entera era mucho tiempo. Ya echaba de menos sentarme a leer, luego dar un paseo, seguir leyendo cuando llegara la oscuridad, y quizá también escribir un poco.

Navegaba lentamente entre todos los barcos del estrecho. La gente se movía libremente a bordo, tumbada en cubierta tomando el sol, bebiendo cerveza y escuchando música como si estuvieran en sus

casas, sin pensar en que se encontraban en un espacio común.

Deseaba que esa gente no estuviera allí. Que el estrecho se encontrara vacío de barcos y las islas vacías de personas. Para que el paisaje se viera tal como era. O no exactamente eso. Pero que yo tuviera la sensación de estar aquí, justamente aquí, un lugar en la tierra. Que el paisaje se asentara en mí, y yo en él.

Porque así era aquí en el otoño y durante todo el invierno y parte de la primavera. De manera que no podía quejarme.

Y por supuesto que los demás tenían el mismo derecho que yo a estar aquí.

Pero las personas estaban encapsuladas en algo distinto cuando merodeaban por aquí. Escuchaban música, ponían la radio, charlaban, manipulaban sus teléfonos móviles. Traían con ellas su propio mundo y no absorbían este.

Entré en el estrecho grande y aumenté la velocidad. Ya eran las once y cuarto, quedaba el tiempo justo para llegar.

Entre los verdes árboles que crecían en las dos islas, las piedras y las casas aparecían en una explosión de colores y detalles. Al final del estrecho estaba la ciudad, como vibrante bajo el cielo azul, con casas blancas en las llanuras, y la vieja antena de radio dominando el panorama desde el punto más alto.

Jesús fue un solitario excéntrico, tenía todas las características. Rechazó a su madre y a su hermano, no quiso saber nada de ellos. Los discípulos que reunió a su alrededor no sustituyeron a la familia. La relación solo iba en una dirección: Jesús hablaba, los discípulos escuchaban, Jesús mandaba, los discípulos obedecían. Semanas en el desierto. Un claro anhelo de muerte.

¿Qué había hecho los treinta años anteriores a aparecer como el salvador?

¿Se reinventó entonces a sí mismo, fue esa la razón por la que de repente apareció?

¿Desde qué existencia, desde qué vida?

Una de las cosas en la que más había pensado ese verano era si la religión, es decir, el cristianismo, era ante todo un fenómeno social, o, por el contrario, un alejamiento de lo social. La doctrina de Jesús, lo de poner la otra mejilla y cuidar de los débiles y enfermos sí era social. Resultaba fácil defender la igualdad, y muchos la defendían, pero su significado pleno resultaba casi inhumano. Jean Genet escribió una vez un ensayo sobre Rembrandt en el que aparentemente sin motivo describía una situación en el compartimento de un tren, donde un hombre repulsivo estaba sentado en el banco frente a él. Y a Genet le asaltó una percepción repentina y terrible a través de la pregunta: ¿ese hombre tiene el mismo valor que yo?

¿Los idiotas, los mentirosos, los asesinos, los maltratadores de

mujeres, los pedófilos tienen el mismo valor que yo?

Sí y otra vez sí.

Fue de este aspecto social del cristianismo de lo que Nietzsche se burló, y lo que desenmascaró brutalmente. A través del cristianismo, los débiles encontraron una manera de subyugar a los fuertes. Lo débil se convirtió en lo fuerte, lo malo en lo bueno, lo enfermo en lo sano. La moral limita, oprime, impide. Ningún desarrollo de verdad, ninguna libertad de verdad, ninguna grandeza de verdad es posible en la tiranía de los débiles. Pero no se podía leer a Nietzsche sin tener en cuenta que él mismo era un perdedor, débil y solitario, y que todo lo que escribió sobre voluntad, sobre poder y sobre la persona fuerte era para compensar su insuficiencia. Eso no empobreció sus pensamientos, porque no cabía duda de que Nietzsche fue uno de los pensadores más grandes desde la Antigüedad, la libertad que había en sus pensamientos y la fuerza en ellos eran inigualables, pero eran justo eso, pensamientos. Los pensamientos de Jesús cambiaron el mundo. Los pensamientos de Nietzsche solo cambiaron los pensamientos. Y Jesús no era débil; su fuerza inigualable se trasluce en los Evangelios incluso muchísimo tiempo después de que se escribieran.

Pero yo no me convertí por el mensaje humanitario. Casi diría que al contrario. El problema de nuestra época era precisamente que lo humano devoraba todo, y que no había ya nada fuera de ello. Miraras donde miraras, te encontrabas con ojos o algo que habían visto ojos. En cierto modo, estaba tan lejos de la fe como era posible estar. Desde que me di de baja de la iglesia estatal cuando tenía dieciséis años no sentía más que desprecio por el cristianismo y por todas las demás religiones, pero seguía interesándome la fe como fenómeno, saber qué era eso de creer. Suponía que daba sentido a la vida, y a mí me interesaba el sentido. Pero lo de creer me parecía afirmar un sistema, un paquete de ideas y valores preparado por otros, y el precio por ese sentido que uno recibía de regalo era la libertad. Creer era para los ingenuos, los indecisos, los sumisos, los que gustosamente se dejaban dirigir. Leí Temor y temblor, de Kierkegaard, y supe que existe otra manera de creer, y un cristianismo diferente al que Nietzsche atacó, que se apartaba de lo social. En ese libro había unos extraños epigramas que trataban del niño al que se destetaba. Su primera relación, la simbiosis, el calor, la seguridad le eran de repente negados, y era como si se viera el deseo por lo que ya no estaba allí, y el giro hacia todo lo demás, que aún no era nada. Eso eran los otros, lo social, la sociedad. La fe era entonces apartarse de nuevo de lo social para dirigirse a aquello que aún no era nada. Fue allí adonde se dirigió Abraham cuando subió al monte para sacrificar a su hijo a Dios. Estaba lleno de amor paterno, y su fe lo llevó hacia el abismo. Tal vez solo fuera el vacío lo que lo esperaba allí, la terrible nada. Su

fe sobrepasó ese miedo, convirtiéndolo en algo inhumano, porque ¿qué ser humano es capaz de matar voluntariamente a su hijo, y abandonar lo humano con el fin de volverse hacia lo incierto que tal vez era esa terrible nada? Yo encontraba ese pensamiento muy seductor, pero no significaba nada para mí, no tenía ninguna consecuencia, no podía de ninguna manera integrarlo en mi vida.

Pero algo tuvo que suceder, una labor interior tuvo que llevarse a cabo en lo oculto, porque ese invierno me convertí. En un increíble momento de felicidad, todo encajó. El entendimiento, porque eso era, había palidecido desde entonces, y yo intentaba constantemente acercarme de nuevo a él. Aunque los días eran oscuros, aquella luz brillaba siempre en algún lugar, dentro del bosque o en el mar, en el mundo de mi alma, lo que importaba era poder llegar hasta allí.

Ese invierno había más o menos vegetado, dormía hasta tarde, tenía el teléfono apagado, no me molestaba en ducharme o cambiarme de ropa, intentaba darme un paseo en el transcurso del día, por lo demás, no hacía sino dormitar en el sofá. Empezaba a beber cuando se hacía de noche. Años atrás pensaba a menudo en lo fantástico que debía de ser vivir solo en la cabaña, y luego, después de Camilla, lo convertí en realidad. Ahora ya no era tan fantástico. Obviamente, sabía que no se debía a la cabaña ni al paisaje, ni tampoco a la vida ermitaña, sino a mí mismo. No me gustaba mi propia compañía. Era irónico, durante todos los años vividos en distintas relaciones siempre había añorado estar solo, y cuando por fin lo conseguí, no hacía sino añorar otro lugar. Pero ¿dónde? Me había pasado la vida huyendo, no hacía falta ser psicoanalista para verlo. Creía que había huido de los demás, de mi padre, de mis hermanos, de Torill y de toda esa panda, de mi ciudad, de mi país, de la conformidad con la educación, de Therese, Helene, Hanne y todas las mujeres que tuve entre medias de ellas, cuando yo era un rey en la ciudad, pero era evidente que era de mí de quien huía.

Fue un descubrimiento penoso por lo evidente que era. La gente que me rodeaba lo había visto siempre.

¿Todos los actos de uno se deben a la disposición del alma?

Me negaba a creerlo, pero tumbado en el sofá con esa llave en la mano, se abrieron todas las puertas.

Yo era un cobarde, evitaba los conflictos, evitaba el trabajo, evitaba a las personas. Evitaba toda clase de exigencias, buscaba el camino más fácil, bebía demasiado, solo pensaba en mí.

Eso me había llevado hasta allí.

Los primeros días del nuevo año empezó a nevar, una nieve densa y silenciosa. Con temperaturas en torno a cero grados, la niebla pesaba sobre el mar y en el bosque. Cuando daba mi paseo, por regla general por la tarde, justo antes del crepúsculo, siempre la misma

ruta, por las rocas, la playa de cantos rodados y de vuelta a través del bosque, el silencio era tan notable que parecía de mal augurio. La niebla atenuaba toda clase de sonidos y envolvía el paisaje en humedad, no había nadie fuera en esa época del año, y la carretera transitada más cercana se encontraba a varios kilómetros.

Únicamente el sonido de mis pasos, mis pensamientos.

La temperatura bajó y una fina de capa de hielo se posó sobre las rocas, desapareció la niebla, pero no las nubes, que quedaron como una pared negra en el horizonte. Empezó a soplar el viento a la vez que nevaba, el aire estaba lleno de copos duros que volaban con el viento, arremolinándose en grandes capas. Incluso el breve trayecto hasta el cobertizo para coger leña se convirtió en una expedición con bufanda, gorro y guantes. Cuando volví a entrar, metí tres leños en la chimenea, dejé el resto en la caja de al lado, me quité la ropa de calle y me tumbé en el sofá. No eran más de las once de la mañana, pero fuera estaba tan oscuro que se veía un débil reflejo del fuego en la ventana. El mar rugía abajo.

Luego: las campanas.

Mejor dicho, primero no conseguía situar el sonido, apenas podía sostenerse en la tormenta, desaparecía casi por completo en el rumor de los árboles, el pesado viento ondulante que subía agresivamente por las rocas, los lejanos truenos procedentes del mar.

Tan tan tan sonaba tan débil y distinto a los demás sonidos de allí fuera que parecía venir de un país más allá de este.

Ni siquiera me había dado cuenta de que era domingo.

Voy para allá, pensé, y me levanté. Estaría bien escuchar algo que no fueran mis propios pensamientos. Y si resultara insoportable, siempre habría algo que ver allí dentro.

Me puse un jersey gordo, anorak, gorro y guantes, me enrollé una bufanda al cuello y salí. Había dejado ya de nevar, aunque no lo parecía, porque el aire estaba lleno de copos de nieve que se arremolinaban en el suelo y eran lanzados en todas las direcciones.

La iglesia se encontraba en una colina, y era visible desde muy lejos si se llegaba en barco, pero estaba casi oculta del todo si se llegaba por la carretera del otro lado, como era el caso de la mayoría ese día. Una de las paredes era de piedra y se remontaba al siglo XII, cuando se construyó aquí la primera iglesia, pero el resto del edificio, del siglo XVIII, era de madera.

Había ido hasta allí en alguno de mis paseos, no se tardaba más de veinte minutos, y me gustaba salir del bosque y verla en lo alto: había algo fascinante y arcaico en un templo en medio de la naturaleza en nuestros tiempos modernos. Pero nunca había entrado.

Cuando esa mañana abrí la puerta y entré, la misa ya había empezado, y las pocas personas que había, no más de seis, siete,

máximo ocho, y todos viejos, se volvieron. Me quité el gorro y los guantes, hice un leve saludo con la cabeza, y me senté en una de las filas de más atrás, mientras me desenrollaba la bufanda y me bajaba la cremallera del chaquetón. Tenía la cara caliente por dentro debido al rápido paseo, y fría por fuera debido al helador viento. Me froté las mejillas un par de veces mientras miraba al pastor. Él también era viejo, con las mejillas colgantes y unas gafas con unos cristales tan gordos y una montura tan ancha que dominaban por completo su aspecto. Era casi como si su sotana blanca desapareciera.

Habían llegado al acto penitencial. Él miraba al suelo mientras recitaba.

Santo Dios, creador nuestro,
Ten piedad de nosotros.
Hemos pecado contra ti
Y desobedecido tus mandamientos
Perdónanos por Jesucristo
Nuestro Señor
Libéranos para servirte y proteger la obra de la creación
Amén.

Si hubiera tenido fe, pensé, habría encontrado consuelo en lo que él estaba diciendo. Pero como no creía, las palabras no tenían ninguna fuerza, no estaban relacionadas con nada. No había nadie que pudiera apiadarse, nadie que pudiera perdonar, nadie que pudiera liberar.

Miré al techo. Era verde con nubes blancas pintadas. El color verde era bonito, pero inesperado: ¿por qué no azul celeste? El color era como el mar sobre un profundo banco de arena un día de verano. Las nubes eran estilizadas y todas iguales. Del cielo colgaba la maqueta de un gran velero. ¿Qué clase de cristianismo era ese? ¿Nubes rococó en un cielo del siglo XVIII en un mundo marítimo?

Al final de las filas de bancos había una especie de portal con un gran león estilizado a cada lado. Luego algunas pinturas con motivos de la Biblia, que deberían de haber resultado aún más lejanas entonces que ahora, ya que no había fotos ni películas, y ninguno de los que estaban sentados allí ahora llegarían nunca a ir a Israel a ver el lago de Genesaret o Jerusalén, Belén o Nazaret con sus propios ojos.

Para ellos era un país de cuento.

De la misma manera que el siglo XVIII marítimo con su bosque de mástiles en el puerto era un país de cuento para nosotros.

Resultaba extraño estar en un espacio tan lleno de sentido aquí en el bosque junto al mar, pero aún más extraño era, pensé, que ese sentido ya no sirviera de nada. Las percepciones incorporadas a todos esos símbolos, en una especie de importante sedimentación, ya no

eran relevantes.

Solo algunos cuerpos viejos, medio dormidos, tenían ya interés suficiente para ir hasta allí. La iglesia era para ellos una especie de andador espiritual. Sus voces, cuando cantaban con el pastor, estaban agrietadas y temblorosas. Ciertamente había una mujer que cantaba con mucha fuerza, y que tal vez se oyera a sí misma como cuando tenía veinte años, pero a la vez tenía la vida ya atrás, y no por delante de ella.

Hacia el final, el pastor recitó el credo, y yo agudicé el oído.

Creo en Dios Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.
Creo en Jesucristo
Su único Hijo nuestro señor
Que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo
Nació de Santa María Virgen,
Padeció bajo el poder de Poncio Pilato,
Fue crucificado, muerto y sepultado,
Descendió a los infiernos
Al tercer día resucitó de entre los muertos
Subió a los cielos
Y está sentado a la derecha de Dios Padre todopoderoso,
Desde allí ha de venir
A juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo
En una iglesia santa y común
La comunión de los santos
El perdón de los pecados, la resurrección de la carne
Y la vida eterna.
Amén.

Eso también era un cuento. Nacido de una virgen, y, sin embargo, hijo de rey. Y «al tercer día»; ¿por qué no al segundo o al cuarto?

Luego se recitó otra confesión antes de que la misa acabara con una oración, y el sacristán, un hombre bizco de unos sesenta años, de pelo blanco e hirsuto, que se lamía constantemente los labios, pasara por las filas recogiendo donativos. Encontré algunos billetes arrugados de quinientas coronas en el bolsillo de mi pantalón, y se los di, sobre todo porque esa gente me daba pena, no había más que un puñado de monedas en el fondo de la pequeña cesta que el hombre ponía delante de la gente.

Al otro lado de la ventana, el viento, el enorme mar, el cielo negro.

Luego los coches, que uno tras otro daban la vuelta en el

aparcamiento para salir a la carretera con la tormenta de nieve.

El sacristán que cerró las grandes puertas desde dentro, las luces que se apagaron.

Seguí el viejo camino de carruajes a través del bosque, donde el viento se abría paso a presión entre los troncos, dejándolos cubiertos de nieve. Salí a la plaza que unas décadas antes se había usado como campo de tiro, y antes de eso, durante la guerra, había servido de aeropuerto para los alemanes, y ahora no se usaba para nada, excepto para aparcamiento de los bañistas en el verano. En el borde había algunas viejas fortificaciones alemanas de hormigón, con vistas al mar, del que ahora subía el viento velozmente. Podría ser, pensé, mientras cruzaba la pequeña plaza con la cabeza agachada, que lo que era arcaico fuera la manera en la que creían, que pertenecía a tiempos pasados, mientras que aquello en lo que creían era inalterable, siempre había estado allí y siempre estaría, y la fe encontraría –quizá también siempre había encontrado– nuevos caminos hacia los distintos lugares en los que se encontraban las culturas.

Entonces el problema era Jesús. No había en él nada atemporal ni nada inalterable. Vivió en un determinado lugar en una determinada época, rodeado de personas que existían al mismo tiempo que él, muchas de ellas conocidas de la historia. Augusto, Herodes, Poncio Pilato. Y lo que le ocurrió, ocurrió solo una vez y nunca se repitió, como ocurre con la vida de todos nosotros, bajo las condiciones del tiempo y la tierra en las que vivimos.

La adoración de Jesús era como una santificación de nosotros mismos, ¿no? ¿El que Dios se convirtiera en uno de nosotros?

¿Acaso fue ese el principio de la humanización total de la existencia en la que ahora vivíamos?

Llegué al final de la plaza y seguí el sendero que se adentraba en el bosque. Todo el paisaje que me rodeaba hervía. Los árboles zumbaban y crujían, las olas retumbaban y susurraban, el viento aullaba. Me sentía animado, más por el interior de la iglesia que por el rito, me había gustado estar en un espacio tan lleno de sentido, aunque ese sentido no fuera relevante para mí.

¿Qué creían los que creían?

Eso era algo que nunca había entendido del todo.

Muy abajo, en el mar, se levantaban grandes olas como una especie de monstruos lanzándose contra la tierra. El mar estaba blanco; encima reposaba el cielo azul, gris, casi negro y bajo. Cuando el camino giró hacia el norte, el mar desapareció de la vista, pero no los sonidos, que permanecían entre los árboles como desconectados de sus orígenes.

Yo quería que mi vida tuviera sentido. Pero no podía creer en algo en lo que no creía. No me podía tirar y esperar que algo allí fuera me

recogiera, simplemente porque no creía que hubiera algo allí fuera.

Me detuve y miré hacia dentro. Los enhiestos pinos ondeaban como mástiles de barcos en el viento. Más al fondo crecía un espeso cinturón de abetos, con ramas que se mecían, pero los propios árboles estaban casi inmóviles. Tenían otro peso y otra oscuridad.

–¡Dios, dame una señal! –dije al aire.

¿Realmente he dicho algo así?, me pregunté al instante.

¿Estaba yo, un hombre adulto, en el bosque pidiendo una señal a Dios?

Avergonzado, me apresuré a continuar con la mitad de la cara enterrada en la gruesa y ancha bufanda, y el gorro calado hasta los ojos. De repente, añoré el sofá, la cama, el sueño, la oscuridad.

Algo se movía por encima de mí, y levanté la vista.

Un pájaro completamente negro y bastante grande se acercaba volando en la tormenta. Se bamboleaba hacia delante y hacia atrás, y por un momento se quedó parado en una ráfaga de viento, aunque seguía batiendo las alas. Se posó en una rama del árbol, justo encima de mí.

Era un cuervo, y me miró desde arriba oblicuamente.

No sabía qué creer.

Abrió el pico, echó la cabeza hacia atrás y gritó tres veces.

¡Crroaa! ¡Crrooa! ¡Crroaa!

Luego batió las alas, voló por encima de las copas de los árboles y desapareció.

Aturdido, eché a andar de nuevo. Había pedido una señal, y apareció un pájaro. ¡Obviamente era una casualidad! ¡Si hubiera un dios, una omnipotencia, no le importaría lo que yo hiciera o dijera!

Al mismo tiempo, había aparecido un pájaro. Me había mirado. Y había gritado tres veces. Ni dos ni cuatro.

Después de que hubiese pensado que lo de los tres días de Jesús en el reino de los muertos sonaba como un cuento.

El sendero rodeaba una pequeña colina y volvía a bajar hacia el mar. Vi un viejo yacimiento de arena. No se veía un alma. Tampoco ningún pájaro u otro animal.

Cuando fui a vivir a Noruega a los dieciséis años y empecé en el instituto, aquel primer otoño discutía sobre religión con una chica de la clase. Se llamaba Kathrine, era creyente y defendía su fe con uñas y dientes. Mis opiniones no me importaban mucho, decía lo que decía más bien para provocarla y para que me hiciera caso. Durante unos meses, apenas pensaba en otra cosa que no fuera ella. Un día se trajo al instituto una foto para enseñármela. Era de una columna de luz que irrumpía en una densa capa de nubes. Dices que Dios no existe, dijo, y que no es más que un invento de los seres humanos. Pero ningún ser humano ha inventado esto, dijo, enseñándome la foto. Solo es el sol,

dije. ¿Adoras al sol? Estaba realmente asombrado por su ingenuidad. Se entristeció, claro. Y ahora de repente era yo el que veía señales de la presencia de Dios, no en el sol, sino en un pájaro, y no como un chico de dieciséis años sin experiencia, sino como un hombre adulto en mitad de la vida.

Cuando entré en la cabaña, me había distanciado lo suficiente de lo ocurrido como para sonreír ante mi propia estupidez. Limpié la nieve de los zapatos sacudiéndolos contra el marco de la puerta, me quité la ropa exterior y la tendí sobre dos sillas que coloqué junto a la chimenea, luego puse tres leños sobre las ascuas, me agaché y soplé hasta que salieron llamas. Después fui al dormitorio, encendí la luz y me situé frente a la estantería de libros. Cuando leí Temor y temblor, de Kierkegaard, me entusiasmé tanto que inmediatamente encargué su obra completa a la editorial en Dinamarca. Eran más de cincuenta volúmenes, y, para mi vergüenza, debo admitir que no había abierto ni uno, ya que el entusiasmo por el caballero de fe, la esfera de la resignación infinita y todos los otros temas sobre los que Kierkegaard escribía se había evaporado durante los dos meses que tardaron en llegar los libros.

Dejé deslizar la mirada sobre los lomos azules. Uno de ellos llevaba la palabra «ave» en el título, y lo saqué. Los lirios del campo y las aves del cielo. Después de haberlo hojeado un poco entendí que era un sermón. Una interpretación de un texto del Nuevo Testamento. Me lo llevé al escritorio del cuarto de estar, me senté y empecé a leer.

Cuando terminé la lectura ya era de noche, y el viento se había calmado.

Estaba lleno de un sentimiento tan grande que no sabía qué hacer con él. De repente, los pensamientos no eran nada, nothing, nichts.

Cerré el libro y volví a agacharme frente a la chimenea, arrugué unas hojas de papel de periódico, eché un poco de corteza y virutas de madera, y encima de todo puse tres leños, lo encendí y me quedé mirando cómo el fuego llameaba amarillo mientras un círculo negro se extendía por el papel que a la vez se enroscaba, haciéndose cada vez más pequeño.

El reino de Dios estaba aquí.

Me volví y toqué la ropa que colgaba del respaldo de las sillas. Estaba ya completamente seca. Me la puse, me senté en el banco que había junto a la puerta y me até las botas. La nieve de la mañana se había derretido en pequeños charcos que seguían en el suelo, ligeramente elevados sobre las tablas barnizadas. En la chimenea, las llamas se alzaban casi verticalmente. Reinaba un silencio casi absoluto, excepto por el bufido y el chisporroteo de la madera.

El reino de Dios estaba aquí.

Me levanté, abrí la puerta y salí. El paisaje nevado que descendía

hacia el mar reposaba inmóvil. Las estrellas temblaban en el despejado cielo negro. La temperatura había bajado mucho, estaríamos al menos a cinco grados bajo cero, tal vez diez. Un montón de nieve se había posado junto a la puerta del cobertizo de la leña. Podría quitarla ya, pensé, rodeé la cabaña y fui al pequeño anexo donde en sus tiempos mi padre solía dejar el coche, cogí la pala, volví y me puse a retirar la nieve.

*

Todo el mundo habrá sentido el anhelo de libertad una o varias veces en la vida. El anhelo de libertad es como un muelle, se comprime cada vez más hasta llegar a un punto en el que las fuerzas enrolladas se liberan y el muelle se suelta. Ocurre a menudo a los diecisiete o dieciocho años, cuando los hijos abandonan la casa de los padres, y luego otra vez alrededor de los cuarenta, cuando la nueva familia se rompe de anhelo. Pero no solo la necesidad de libertad cambia a través de la vida, también cambia la percepción de lo que es la libertad. Me gusta imaginarme así la sociedad, que un concepto clave como la libertad es entendido de maneras enormemente diferentes por distintos grupos, y que la fuerza que surge en las superficies de ruptura, en las fricciones entre las disimilitudes, es la que lleva la sociedad hacia delante, o hacia atrás, si ese es el camino que recorre, o a dar vueltas en círculo. El anhelo de libertad, cuando se actualiza, conduce a una despedida, y con ello a algo nuevo. Romper, estallar. El que lo nuevo sea a menudo igual que lo viejo lleva a percepciones en contra, que también viven su vida en la sociedad, junto al anhelo de libertad, la necesidad de romper y la fe en el futuro, esta última también graduada, desde la resignación apacible hasta la resignación extrema, desde débiles deseos de conservación hasta la necesidad brutal de estancamiento.

Hans Jonas, el filósofo judío que escribió la obra de referencia sobre el gnosticismo, un alumno de Heidegger que, al igual que los demás alumnos importantes de Heidegger, estaba en desacuerdo con su filosofía, no desaprobándola, aunque también lo hizo, sino ampliándola, formuló hacia el final de su vida la propuesta de una filosofía biológica que remontaba el concepto tan éticamente cargado de libertad hasta mucho tiempo antes de que surgiera la humanidad como tal: Jonas situaba su origen en los albores mismos de la vida. En la realidad de entonces: la materia a merced de las fuerzas materiales sin voluntad, encerradas en pautas mecánicas de actuación. Lava a raudales que se enfría y se convierte en roca, mares que son evaporados por el sol y que se convierten en nubes, caídas de presión atmosférica que producen vientos, vientos que producen tormentas en

el mar, agua que erosiona la roca, viento que sopla la arena. Descargas eléctricas que atraviesan el cielo en destellos de luz descendiendo hacia la tierra. Sí, el sol que quema, las estrellas que centellean, la luna que se mueve en una órbita alrededor de la tierra, que se mueve en una órbita alrededor del sol en una galaxia discoidal que navega a través del universo. La vida, incluso esa primera vida tremendamente primitiva, se libera de esa materia y de esa mecánica de la materia. La vida es materia, y ese es el milagro, que la materia se libera de la materia y puede hacer lo que le dé la gana, más o menos independientemente de los sistemas. Que esa voluntad esté limitada a los primeros cien millones de años, y que el espacio de acción sea mínimo no significa nada en comparación con ese gigantesco e inconcebible salto de la materia que significa la vida. Pero la libertad no es incondicional, porque lo que ocurre cuando la materia se libera es que surge a la vez una dependencia, también ella nueva e inaudita. La vida necesita un constante suministro de nutrición, sea de sol, de agua, de tierra o de otra clase de vida, porque si ese suministro cesa, la materia viva volverá a la materia no viva, y la libertad se acaba. En otras palabras, la dinámica entre libertad y dependencia es en el fondo la misma tanto para la criatura unicelular y las bacterias como para nosotros.

Cuando tenía dieciséis años, solo veía una cara de la libertad. La ponía por encima de todo, y me llamaba a mí mismo anarquista. Lo que yo entonces tenía en mis pensamientos era una especie de libertad absoluta: nadie decidiría sobre mí, y yo podía hacer exactamente lo que quisiera, y así sería para todos. No habría autoridades, ninguna estructura social superior, ninguna frontera entre los países. En las discusiones en las que yo participaba en aquellos tiempos, mis puntos de vista eran recibidos con mucha oposición y movimientos de cabeza. La sociedad colapsaría sin ninguna forma de jerarquía, y la criminalidad florecería. Y si te entraran ganas de matar a alguien, ¿también eso se permitiría? Como nadie podría decidir sobre nadie, ¿todo sería legal? Claro que sí, respondía yo entonces, si quieres matar a alguien, adelante, siéntete libre. Pero, aunque pudieras, no quieres matar a nadie, ¿verdad? ¿Hay algo que te lo impide? Es tu propia moral. Es ella la que debe poner los límites, no la moral de los demás. Las personas se matan entre ellas ahora, aunque tenemos leyes, cárceles y policía, y es el mayor tabú que existe, ¿no es así? Siempre habrá alguien que mate a otros, también en una sociedad anarquista. Pero yo creo que serían menos. Porque no solo hay leyes y reglas que vienen de fuera, también existe una enorme presión para cumplir con las exigencias y encajar, dar de sí, ganar dinero, adquirir bienes y símbolos de opulencia, y los que quedan fuera de este sistema encuentran una libertad en lo criminal. ¿Lo entiendes? En una

sociedad sin esa presión, en la que la libertad está ahí para todos, desaparecería gran parte de la criminalidad. Ah, qué ingenuo eres, me decían entonces. Vosotros sois los ingenuos, contestaba yo. El ser humano es esencialmente bueno, es la sociedad la que lo corrompe. ¿Has visto alguna vez un bebé malvado?

No resultaba difícil ver por qué había nacido dentro de mí esa actitud. Mi padre había heredado la naviera de su padre, y como yo era el hijo mayor, se esperaba que hiciera lo mismo. Mi padre nunca lo dijo directamente, y cuando me fui inclinando en otra dirección, que, dicho suavemente, no encajaba en una carrera de negocios, no se llevó una decepción. Entendí que ya me había dado por perdido hacía mucho tiempo. Pero yo notaba la presión, notaba que lo había decepcionado.

Cuando yo era pequeño, mi padre siempre estaba trabajando, y, por regla general, cuando volvía a casa yo ya estaba en la cama, y aunque jamás me puso la mano encima y nunca me gritaba, había algo en su manera de ser, independientemente de lo comedido e indulgente que pareciera, que me decía que yo no le gustaba. De pequeño, yo estaba gordo, algo que seguramente le repugnaría, y era tan tímido que ni siquiera me atrevía a mirar a nuestros invitados a la cara, o a decir algo comprensible y mucho menos razonable. Cuando estábamos a solas lo toleraba, pero veía que le molestaba cuando teníamos invitados, aunque aparentaba tomárselo con buen humor. A mí lo que más me gustaba era jugar solo; hasta los doce años, tenía mi habitación llena de figuras y peluches, y no me disgustaba jugar con muñecas. Mis hermanos eran muy distintos, sobre todo Harald, que solo tenía un año menos que yo, y se aprovechaba todo lo que podía de mis debilidades cuando éramos niños. Fuerte es aquel a quien damos poder, escribió Nietzsche, pero eso no lo sabía yo entonces, claro está, cuando permitía que mandaran sobre mí para que me dejaran en paz. Y si lloraba después de una pelea con Harald, no era a Harald a quien regañaban, sino a mí, porque yo era el mayor y seguro que era yo el que importunaba a mi hermano, y no al revés.

De mayor empecé a tener una relación aceptable con ellos, aunque en realidad no había nada malo en nuestra infancia; simplemente pertenecíamos a mundos distintos. Mi padre se retiró al cumplir los sesenta, y Harald, que había estudiado en la London School of Economics y luego trabajado unos años para Goldman Sachs, en esa misma ciudad, de lo que obtuvo un gran provecho, tomó las riendas de la empresa. Gunnar, que tenía tres años menos que yo, había seguido más o menos la misma pauta, dirigía una empresa farmacéutica a la que se había asociado en la fase inicial, y ahora crecía a pasos agigantados gracias a un nuevo medicamento que en realidad era un alucinógeno. Los tres seguían viviendo en Londres. Mi

padre había vendido la casa de Hampstead y vivía permanentemente en un hotel en el centro. Que yo supiera, estaba bien, cultivaba su hobby, que era coleccionar arte, e iba a todas las exposiciones, inauguraciones y cenas relacionadas con ese mundo. Le interesaba especialmente el constructivismo. En ese contexto había muchas cosas que no quería comentarle. En el mundo de los negocios él había sido un pilar central, lo había controlado todo, sabiendo mejor que la mayoría cómo funcionaban las cosas. Al parecer, pensaba que todo funcionaba de la misma manera en el mundo del arte, sobre todo porque era muy bien recibido en todas partes. Eso era así por su dinero, y cuando la gente, es decir, artistas, galeristas u otras personas relacionadas con el arte lo escuchaban explayarse sobre sus queridos constructivistas rusos o artistas americanos pop, a los que también había comprado bastantes obras, era por indulgencia, no por interés, y supongo que les aburría bastante. Mi padre era un hombre más bien pequeño, desenvuelto sin ser egocéntrico, aseado en su vestimenta. Camisas blancas, trajes azules, zapatos marrones, corbatas, gemelos, y ojos bondadosos que podían volverse fríos cuando intervenía el cinismo, seguramente no innato, sino practicado durante años. En cuanto a los demás, era bueno juzgando a la gente, pero, por desgracia, había muchas cosas que no captaba, ya que no había ninguna profundidad en él.

Conoció a Torill en la asociación noruega cuando ella estaba de au pair en Londres, era una belleza escandinava y tendría una vida que seguramente no se había imaginado al unirse a él. Era bastante neurótica, y me quería más a mí que a los demás. Era profunda, pero también irreflexiva, sus sentimientos eran inclasificables, todo era intenso en ella. Me llevaba al cine desde que era bastante pequeño, y antes de cumplir los trece o catorce años era ya un pequeño cinéfilo. Las películas le permitían liberar sus sentimientos, que ya no guardaba para sí como siempre hacía, lo cual debió de ser una bendición para ella.

Se divorciaron el verano en el que cumplí los dieciséis, y los hijos nos mudamos con ella a Noruega. Torill era una maestra en hacer que tuviera mala conciencia y sentimiento de culpabilidad, y tejía constantemente pequeños lazos a los que me ataba. Entonces ella tenía solo cuarenta años, y seguía siendo muy guapa, pero algo se había resquebrajado en su interior, quizá porque nunca había construido nada propio, y por tanto de nada servía que su familia viviera en la misma ciudad, al contrario, eso en cierto modo la infantilizaba.

Yo había comenzado a desarrollarme físicamente el año antes de mudarnos, y ya no estaba gordo cuando empecé en el instituto. No tenía mal aspecto, pero eso no me sirvió de nada, tampoco el que viniera de Londres, aunque yo había pensado que eso

automáticamente me revalorizaría. Me consideraban raro, era muy tímido y nunca tomaba la iniciativa, sino que me escabullía siempre, creo, y al mismo tiempo mostraba un gran interés en algunas clases. Torill me preguntaba por las chicas del instituto, yo contestaba lo más sinceramente que podía, pero nunca mencioné a Kathrine, aunque me parecía que con ello la traicionaba. No hubo nada entre nosotros, pero ella era sagrada para mí, un lugar en mi corazón que protegía cuando estaba en la cama leyendo y soñando con viajar y salir de la habitación para nunca volver.

Descubrí los libros de Bjørneboe y me identificaba mucho con él; también era hijo de armador, y anarquista. Leí el libro Los hijos de Bazarov, de Kaj Skagen, y Carrera muerta, de Erling Gjelsvik, que me llevó a Hemingway, desde quien resultó corto el camino a Turguéniev, y más corto aún el de él a Dostoievski.

Fantaseaba con la idea de matar a alguien, no a Torill, aunque eso convertiría mi vida en algo fantástico, sino a una persona al azar. Sabía que la posibilidad de ser descubierto era mínima si no había ninguna relación entre el asesino y la víctima, pero sospechaba que, con mi facilidad para sentirme culpable, de hecho era incapaz de matar una mosca sin sentirme mal, me vendría abajo. Tampoco sería capaz de abandonar a Torill. ¿Contradecir a mi padre? No sin que se me saltaran las lágrimas.

Me alejé de todo aquello el verano que acabé el instituto, y cuando estaba en la cubierta a bordo del ferry que me llevaría a Dinamarca, viendo Noruega desaparecer de mi vista, me llené de un enloquecido sentimiento de felicidad. Iba a estar fuera durante un año, viajando por el continente, trabajando un poco aquí y allá para conseguir dinero; en la mochila llevaba un libro titulado Vagabundo en Europa, que incluía una relación de distintos trabajos fáciles de conseguir, como recoger naranjas en España, por ejemplo, o de obrero portuario en Francia. Pero no era totalmente libre, porque Torill me rogó encarecidamente que la llamara todos los días y fui incapaz de negarme. Al principio, cuando estaba en Múnich, desde donde según el plan iría a los Alpes, intenté dejar de llamarla un par de veces. Pero ella se desesperó, tenía mucho miedo por mí, dijo, y no fui capaz de no llamarla.

Viajé por toda Italia, y en Brindisi cogí el transbordador hasta Atenas. Desde allí fui a alguna de las islas, antes de poner de nuevo rumbo al norte. A finales de septiembre llegué a Zúrich. Allí sufrí una especie de crisis nerviosa, por la noche me entró de repente mucho miedo, miedo de la vida, miedo de todo lo que pasaría, y por la mañana no era capaz de levantarme. Me quedé en la cama todo el día, intentando dormir para escapar, aunque solo lo conseguí en parte, y al llegar la oscuridad me entró tal pánico que me temblaba todo el

cuerpo. Tenía hambre, pero ninguna forma de conseguir comida. Y el miedo se duplicó, porque también tenía miedo de tener tanto miedo. Y de estar completamente solo en una ciudad desconocida. No podía llamar a Torill, eso lo tenía claro incluso en el delicado estado en el que me encontraba. Y tampoco a mi padre, eso sería una derrota demasiado grande. Pero al final lo hice a pesar de todo. Me senté tembloroso en el suelo con el teléfono, y marqué su número al oír la señal.

–Stray –dijo al otro lado.

–Soy Egil –susurré.

–¿Cómo? –dijo–. ¿Quién es?

–Egil –contesté.

–¡Egil! –exclamó–. ¿Dónde estás?

Me eché a llorar.

–¿Pasa algo? –preguntó–. ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

No fui capaz de hablar, solo lloré sin parar, y luego colgué. Ni siquiera tuve fuerzas para volver a la cama, sino que me quedé tumbado en el suelo. Sonó el teléfono. Levanté el auricular y me lo acerqué a la oreja.

–¿Egil? –dijo mi padre–. Sé en qué hotel estás. Salvo que digas algo en contra, envío ahora mismo a un buen amigo para que te ayude.

–Sí –susurré.

–No sé lo que ha pasado –dijo–. Pero lo vamos a solucionar. No hay ningún problema.

Yo lloraba, sollozaba, y no quería que él lo oyera, así que colgué.

Al cabo de una hora llamaron a la puerta. Yo estaba en la cama y no pude abrir. Entró un hombre de unos cuarenta años, vestido con un traje. Llevaba gafas cuadradas con una montura fina, su cara era de facciones regulares y habría sido anónima de no ser por los labios, que eran gordos y un poco torcidos.

–Buenos días, joven –dijo en alemán–. Por lo que me han dicho, no se encuentra muy bien.

Yo me limité a mirarlo, temblando por dentro.

–Me llamo Dieter. Soy amigo de tu padre. Estoy aquí para ayudarte.

Sonrió. Tenía el pelo ralo y de color arena. Los ojos azules.

–Primero tenemos que sacarte de aquí –dijo–. ¿Crees que podrás vestirte?

No contesté.

–Tranquilo –dijo–. Yo te ayudaré.

Abrió mi mochila, sacó algunas prendas, y me enseñó la camiseta paisley azul verdosa.

–¿Esta te parece bien?

No contesté, era incapaz de contestar, y el hombre volvió a sonreír,

cogió un pantalón, se sentó en el borde de la cama, apartó el edredón y empezó a vestirme. Luego, con una mano debajo de mi espalda, me ayudó a incorporarme, me puso la camisa, y sin ninguna prisa abrochó todos los botones con mucha precisión. Zapatos, chaqueta.

Metió todas mis cosas en la mochila, me cogió de la mano y tiró de mí para que me levantara. Me rodeó la cintura con un brazo y así salimos de la habitación del hotel. La había pagado, dijo. Ahora iríamos a su casa y yo dormiría allí esa noche, antes de coger el avión para Londres, donde mi padre me recogería en el aeropuerto. ¿Me parecía bien? ¿Era un buen plan?

Yo lloraba.

Mientras salíamos de la ciudad en su coche, me contó que tenía dos hijos, de seis y ocho años, y que eran bastante revoltosos, pero que no me preocupara.

–¿Tienes hambre?

Asentí con la cabeza.

Aparcó delante de un chalé de ladrillo, rodeó el coche y me abrió la puerta al ver que me quedaba sentado. Su mujer, que tenía una cara dulce con pecas en la raíz de la nariz y algunas también en las mejillas, y ojos bastante pequeños con patas de gallo, estaba en la cocina limpiando verduras en el fregadero cuando entramos.

–Este es Egil –dijo Dieter–. Egil, ella es mi mujer, Annika. Egil no se encuentra muy bien, así que lo llevo al cuarto de invitados. ¿Tenemos algo de comida que ofrecerle?

–Sí, sí –contestó Annika.

No recuerdo cómo conseguí pasar la tarde y la noche. Probablemente estuve durmiendo. A la mañana siguiente, llegó a la casa una enfermera que me acompañaría hasta Londres. Dieter nos llevó al aeropuerto. Se despidió muy cariñosamente, abrazándome como si fuéramos viejos amigos. En Heathrow me esperaba mi padre, amable, pero reservado. Dijo que en su casa no había nadie que pudiera atenderme, así que me había reservado sitio en un pequeño hospital privado cercano, donde podría estar hasta que me recuperara.

Él debió de pensar que sería cuestión de una semana, tal vez dos. Estuve allí seis meses. Apenas recuerdo nada de aquello, todo me resulta confuso. Sé que no era capaz de leer ni de escuchar la radio, ni siquiera de escuchar música. No es que no pudiera concentrarme, aunque tampoco podía, lo que pasaba era que no había espacio en mí para nada que viniera de fuera, y todo lo que venía de fuera dolía. Incluso me dolía mirar una maceta o una cortina. Era horrible. Lo horrible tal vez fuera que de esa manera no había ningún camino hacia fuera. Tenía que quedarme en lo oscuro, lo doloroso, todo el tiempo. No dije nada a nadie, no abrí la boca excepto para comer en seis meses.

Era primavera cuando me dieron el alta. Eso sí lo recuerdo. Mi padre llegó una mañana a buscarme, yo ya había hecho el equipaje y dejado todo listo. Torill también quería venir, pero yo le había dicho que no. Ella se hospedaba en un hotel esperando poder verme. Pero no es por eso por lo que lo recuerdo tan bien, al menos no solo por eso. Porque cuando seguí a mi padre hasta el coche, bajo un cielo primaveral blanco y suave, tuve la intensa sensación de que no me iría bien en el mundo. Que de mi vida no saldría nada bueno.

Todo aquello era bastante irónico. En una de las islas griegas había tenido una especie de visión, no en Patmos, de la que yo no sabía nada entonces, ni tampoco en Hidra, sino en una pequeña isla completamente desconocida y sin importancia, donde pasé una semana. No fue una visión grande, demasiado pequeña para compartirla con nadie, pero, no obstante, grande para mí. Por las mañanas nadaba hasta una isla que se encontraba algo alejada de la playa, llevando conmigo comida, toalla, ropa y libros en una mochila que sujetaba encima de la cabeza, y allí pasaba todo el día leyendo, bañándome y tomando el sol; por las noches cenaba en un restaurante, me tomaba unas cervezas y observaba a la gente. En la isla estaba intranquilo y un poco angustiado, en realidad quizá no quería estar allí, era como si añorara algo que no sabía del todo lo que era. No añoraba a personas, porque en el pequeño pueblo por las noches estaba rodeado de gente, y también quería alejarme de allí, sobre todo si alguien se ponía a hablar conmigo, pero no de una manera fuerte o violenta. Una de las noches decidí dar un paseo. Subí por las estrechas calles, llegué donde acababa el pueblo y solo estaba la montaña, y seguí hacia arriba, de repente quería llegar a la cima. Había allí un alto mástil de radio que emitía señales rojas en la oscuridad. Me senté, encendí un cigarro y contemplé el mar, que estaba completamente negro, con puntitos de luz de los barcos muy a lo lejos, y el cielo, que también estaba negro, pero de un negro más liso que aquel al que yo estaba acostumbrado del cielo nocturno en mi país. A veces también se veían centelleos de los aviones que iban y venían del aeropuerto de Atenas.

¿Era posible ser una persona sin nombre?, pensé de repente.

¿Sin identidad?

¿Era posible ser una persona sin ninguna atadura a nada?

¿Ni al pasado ni a la historia ni a la familia ni a la sociedad?

¿Era posible ser solo una persona en la tierra? ¿Que pudiera ir donde quisiera sin sistematizar nada de lo que veía, sino pensar libremente, es decir, ver lo que veía sin más, siempre como si fuera la primera vez? ¿Era posible ser una persona que solo existía? ¿Que no tenía ambiciones ni planes ni teorías? Que yo no fuera Egil Stray, sino solamente alguien, cualquiera, nadie. Que me encontrara en algún

lugar por el que discurría el mundo sin atarse a nada, y que yo por mi parte discurriera por el mundo sin atarme a nada.

Dicho de otro modo: ¿era posible ser completamente libre?

Esa era la visión. Ser una persona sin nombre, sin historia. Solo ser una persona.

La visión era tan pequeña que no aportaba ningún sentido a nadie más que a mí mismo. Al menos sospechaba que aquellas personas con las que más tarde hablé de ello no lo entendieron como yo lo entendía. Pues era un pensamiento tan simple que casi no se podía llamar pensamiento. Sí, claro. No tener un nombre. No tener una identidad. Interesante. Entonces un poco como un animal, ¿es eso lo que quieres decir?

Para mí ese pensamiento contenía carne, sangre y nervios vibrantes. Sabía muy bien que no se podía realizar, pero pensé que podía tenerlo como algo a lo que aspirar, como una especie de ideal de vida.

Pero ¿cómo convertirse en una persona sin ataduras?

Por ejemplo, podía comprarme un gran velero y dar la vuelta al mundo yo solo en el barco, navegar hacia donde me diera la gana, desembarcar donde me diera la gana; seguro que mi padre me lo compraba si se lo pedía, y aunque no le gustaría, vería el camino que tomaba y dejaría ya de contar conmigo. Pero incluso entonces yo ya intuía que las ataduras son una magnitud del interior, de modo que de nada sirve eliminar lo exterior.

No obstante, era un pensamiento que aprecié durante las siguientes semanas, y pensaba que seguiría haciéndolo el resto de mi vida. Pero cuando me derrumbé, todo cambió, mi vida entera cambió de golpe, porque después todo trataba de no volver a caer en la misma situación, en ese terrible lugar dentro de mí. Los médicos hablaban de estructuras estables, contextos estables, una clara visión de conjunto y rutinas. Eso era lo contrario de ser solo una persona, claro está.

Todo eso, bueno, en realidad toda mi vida, fue lo que se puso en juego aquel día de invierno en la cabaña, y tan de repente e inesperadamente encontró su lugar en la conversión.

¿Cómo puedo explicarlo?

No puedo.

Cuando más adelante volví a leer Los lirios del campo y las aves del cielo me resultó difícil ver exactamente lo que me había impresionado tanto la primera vez. No pude asociar los grandes sentimientos con una determinada frase o apartado, aunque muchos de ellos habían sido subrayados en una aparente agitación interior. Pero ese es un error que cometemos constantemente, el creer que los pensamientos son unidades aisladas, separadas no solo de los sentimientos, sino también del entorno en el que se han pensado. Será

por eso por lo que los filósofos siempre han sentido la necesidad de construir sistemas, porque en el sistema los pensamientos tienen su lugar fijo, independientemente de lo que ocurra fuera, en cierto modo están protegidos contra el mundo y aparecen como pensamientos en su propio derecho, tan limpios e impersonales que cualquiera podrá volverlos a pensar una y otra vez, donde sea y cuando sea. Pero lo que ocurre es que los pensamientos no son capaces de estar solos. Cuando Nietzsche tuvo la idea del eterno retorno, que constituye la cumbre de su pensamiento, fue como si se llenara tanto de sentimientos que apenas supiera manejarlos, las cartas que escribió sobre su gran descubrimiento eran maniacas en su entusiasmo, a la vez que no reveló verbalmente qué era lo que pensaba que lo cambiaría todo. Y fue a eso a lo que tuvo que enfrentarse cuando iba a dejar por escrito el pensamiento y aquello a lo que conduciría, que el pensamiento en sí, desnudo y sin sentimientos, no era precisamente grande y fantástico, sino que, cuando estaba en negro sobre blanco en la página, resultaba bastante banal. La grandeza consistía en esa tormenta que despertó dentro de él, y lo que quería transmitir era la tormenta, no el pensamiento en sí. Había que darle al pensamiento un fondo, había que apoyarlo, elevarlo con ayuda de los pensamientos que lo rodeaban para que pudiera despertar esa admiración y esa veneración que en su opinión se merecía.

Por muy distintos que fueran, Kierkegaard tenía en común con Nietzsche una manera de escribir tan personal que resultaba casi imposible apoderarse de sus pensamientos y convertirlos en los de uno, al menos sin que se deterioraran. Pero cuando escribió:

Que tú en el silencio tuviste que olvidarte de ti mismo, de cómo te llamas, de tu propio nombre, del famoso nombre, del miserable nombre, del nombre insignificante, para orar a Dios en silencio: «¡Santificado sea Tu Nombre!» Que tú en el silencio tuviste que olvidarte de ti mismo, tus planes, tus grandes y omnímodos planes, o los planes menguantes sobre tu vida y tu futuro, para en silencio orar a Dios: «¡Venga a nosotros tu reino!» Que tú en el silencio tuviste que olvidarte de Tu Voluntad, tu obstinación, para orar a Dios en silencio: «¡Hágase Tu Voluntad!»

no eran para mí pensamientos desconocidos, excepto que nunca había puesto a Dios en esa ecuación. Entregarse a lo divino, renunciar a uno mismo era algo conocido en todas las religiones, y existían métodos para hacerlo, oraciones, liturgias y meditaciones, algo que nunca me había interesado, ya que me parecía una simple sugestión, un truco de iglesias sectarias. Pero la entrega de Kierkegaard era distinta. Ese silencio en el que debías olvidarte de ti mismo era como el silencio del lirio y del ave, ellos deberían ser nuestros maestros, pero también el silencio del bosque y del mar. Incluso cuando el mar

rabia y ruge está callado, escribió, justo cuando el mar rabiaba y rugía delante de la ventana donde yo estaba leyendo. Incluso cuando el bosque susurra es silencioso, escribió, y yo oía susurrar el bosque y conocía ese silencio; en contraste con él mi ruido interior se volvía nítido. Cuando estaba con otras personas no lo oía, porque entonces ese ruido estaba por todas partes, producido por todas las voluntades, todos los planes, todas las ambiciones, toda la búsqueda de placer, pero cuando andaba fuera, en el silencio, sí que lo oía.

De una extraña manera lo que leía coincidía con lo que yo era. Leía sobre el ruido del mar en el ruido del mar, leía sobre el susurro del bosque en el susurro del bosque, y cuando leí que orar no era hablar, sino callar, porque el reino de Dios solo podía llegar en el silencio, llegó el reino de Dios.

El reino de Dios era el momento.

Los árboles, el bosque, el mar, los lirios, las aves estaban siempre en el momento. Para ellos no había ningún futuro ni ningún pasado. Tampoco ninguna angustia o miedo.

Ese fue el primer cambio. El segundo llegó cuando leí lo siguiente: Aquello que le sucede al ave no le concierne.

Era el pensamiento más revolucionario que había pensado jamás. Me libraría de todo dolor, de todo sufrimiento. Lo que me sucede no me concierne.

Eso exigía una confianza absoluta en Dios y una gran devoción. Eso era lo que tenía el lirio en el campo y el ave en el cielo. Incluso en el mayor dolor y ante un terrible día siguiente, el ave estaba llena de alegría. El dolor y el día siguiente no le preocupaban, todo se lo había dejado a Dios.

Ser obediente como lo es la hierba cuando la dobla el viento, pensé y miré hacia arriba: al otro lado de la ventana la tormenta se había calmado, todo estaba oscuro y silencioso, la débil luz de la luna reflejada en la nieve hacía parecer que las rocas flotaban.

El reino de Dios estaba aquí.

Y yo existía para Dios.

Durante el medio año que había transcurrido desde aquella noche, esos pensamientos eran como un lugar al que podía acudir. Era como si la percepción tuviera que renovarse constantemente para mantenerse; me resultaba muy fácil volver a caer en lo viejo. Leí mucho los Evangelios, viéndolo todo bajo una nueva luz. La luz de la libertad y de lo no atado, y la luz del reino de Dios. Cuando Jesús dijo: «Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo», entendía lo que quería decir, lo que traía era el mensaje de la libertad total, la emancipación de todas las

relaciones. Y cuando dijo: «Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza», estaba hablando de la emancipación de todos los lugares. Jesús vivía en lo abierto, o anhelaba vivir en lo abierto. Puede que lo de cortar todos los lazos con otras personas, con su propia historia y con todos los lugares suene egocéntrico y egoísta, pero es lo contrario, porque solo mediante eso, solo como solo-una-persona, todas las personas tienen el mismo valor, solo entonces todas las personas pueden ser consideradas como lo que son, solo una persona, una solo-una-persona. Y el siguiente pequeño pasaje de Lucas, «A otro dijo: Sígueme, y respondió: Señor, déjame ir primero a sepultar a los muertos, a mi padre. Pero Jesús le contestó: Deja a los muertos sepultar a sus muertos, y tú vete a anunciar el reino de Dios. Hubo otro que le dijo: Te seguiré, Señor, pero déjame antes despedirme de los de mi casa. Jesús le dijo: Nadie que después de haber puesto la mano sobre el arado mire atrás es apto para el reino de Dios», subrayaba lo radical del mensaje de Jesús y reforzaba la importancia de la libertad para la llegada del reino de Dios. Ningún pasado, ningún futuro, solo un enorme ahora en cuya luz Dios tomaba forma.

Esa era la luz que yo vi aquella noche en la cabaña.

No la creación en sí, no los torcidos pinos con sus agujas, no el fuego ardiendo claramente ni los chisporroteantes leños que se convertían en ceniza y carbón, no las estrellas que temblaban en el nocturno cielo negro e inmóvil, no las rocas cubiertas de hielo. Tampoco los zorros que vivían en el bosque, con su dura piel y sus caras astutas, o las grandes gaviotas que volaban gritando sobre tierra y mar con sus trajes blancos y grises de plumas, picos amarillos y ojos negros, o los abadejos que se quedaban inmóviles y completamente callados en los bancos poco profundos cerca de los islotes entre marrones y amarillos. Tampoco las algas que crecían debajo del agua o los racimos de conchas azules y negras que repiqueteaban contra la roca en la corriente de las olas. Nada de todo lo que había, sino la consecuencia de aquello: en ella nacía Dios.

En todo esto estuve pensando y leyendo aquel verano, sin ninguna ambición de llegar a entenderlo, claro, porque Dios era un suceso, nada fijo que se dejara agarrar. Pero, pensé, dirigiendo el barco por el estrecho con la ciudad delante de mí, al menos sabía lo que tenía que buscar y en qué dirección debía mirar. En el ámbito social solo era visible lo social, allí lo humano lo era todo, desaparecían incluso los animales y los árboles, y esa era la razón por la que la religión verdadera daba la espalda a lo social. Las personas no están creadas a imagen de Dios, sino para imagen de Dios, como escribió Hans Jonas. Y solo el que odia a su padre, a su madre, a su esposa, a sus hijos, a

sus hermanos, a sus hermanas y su propia vida, será capaz de verlo.

Incluso con el viento de navegación soplando hacía un calor abrasador en el estrecho, y no era de extrañar que hubiera bañistas por todas partes en la costa, pequeñas cabezas rubias que se mecían como focas en el agua, o delgados cuerpos blancos entrando y saliendo de ella.

Todas esas toallas de gran colorido extendidas por todas partes.

Delante de mí empezaron a aparecer los detalles de la ciudad, veía gente en las calles y en las terrazas, sus bolsas de la compra brillando al sol, e incluso los pequeños helados que algunos llevaban en la mano.

Faltaban diez minutos para que llegara el autobús. Tenía el tiempo justo, pensé, y reduje la velocidad al ver un pequeño transportador salir del muelle, camino de uno de los islotes de más afuera. Volví a acelerar en cuanto pasó, hasta que un par de minutos más tarde tuve que volver a reducir la velocidad al entrar en el gran canal que conducía al puerto.

Encontré un lugar para atracar el barco, lo amarré y me adentré en la ciudad. El aire no se movía entre las filas de edificios. Todas las banderas y banderines colgaban inmóviles.

Tal vez podría tomarme una cerveza mientras él se tomaba un helado.

Una cerveza no haría mal a nadie.

Eché una mirada al bazar de la iglesia al otro lado de la calle, y luego a la iglesia con sus paredes rojas de ladrillo, sus tejados verdes de cobre y su chapitel de cobre, y me di cuenta de que nunca había pensado en esa iglesia, siempre la había dado por sentado. Y nunca había entrado en ella.

Pero ahora no sería el momento adecuado, porque dudaba que a Viktor pudiera interesarle, así que tendría que dejarlo para otra ocasión.

El reloj de la torre marcaba las doce menos veintidós minutos, así que crucé la calle y caminé deprisa el último trecho hasta la estación de autobuses. Un elegante autobús con letras rojas y azules en los costados entraba en ese momento en la estación. Debía de ser el suyo.

Aparcó, se abrieron las puertas y salió la gente, la mayoría se dirigió al lado en el que estaba el equipaje, otros simplemente se internaron en la ciudad como hombres y mujeres libres.

No veía a Viktor.

Me acerqué al grupo de gente cuando el chófer abrió el portaequipajes y empezó a sacar el equipaje.

–Perdona –dije–. ¿Vienes de Oslo?

El hombre no contestó, tenía medio cuerpo dentro del oscuro portaequipajes, intentando desenganchar un carrito de bebé. Llevaba

una camisa blanca empapada de sudor por la espalda.

–Sí, es el autobús de Oslo –dijo un joven.

–Gracias –dije, fui hasta la puerta, subí los escalones y me metí en el autobús para buscarlo. Tras la fuerte luz de fuera al principio no veía nada. La boca se me llenó de un extraño sabor a una determinada clase de manzanas, y desapareció tan deprisa como había llegado, más o menos cuando los ojos se habían acostumbrado a la penumbra y yo andaba por el pasillo.

Viktor estaba sentado en la última fila, con las rodillas levantadas y apoyadas en el asiento de delante. Hizo como si no me viera cuando me acerqué a él y se quedó mirando fijamente por la ventanilla.

–Hola, Viktor –dije–. ¡Qué alegría verte!

Él no contestó ni me miró.

–¿Has tenido un buen viaje?

Ninguna reacción.

Un pequeño temblor en la comisura de los labios me indicó que no era totalmente indiferente.

–Ven –dije–. Vámonos.

Le puse una mano en el hombro.

–¿Tienes el equipaje ahí fuera? Tenemos que recogerlo. Iremos en barco hasta la cabaña. Será divertido. Y quizá te gustaría tomarte un helado.

–No quiero un helado –dijo, echándome una rápida mirada.

–De acuerdo –dije–. Pero tienes que bajar ya, ¿sabes?

–No quiero bajar –dijo–. Quiero ir a casa.

–Solo vas a estar aquí unos días –dije–. Luego volverás a casa.

–Quiero ir a casa ahora.

–Lo siento, hijo, pero no puede ser.

–No soy tu hijo.

–Bueno –dije–. Si tú lo dices... Pero no puedes quedarte aquí sentado. Lo entiendes, ¿no? Todos han bajado ya.

–Me importa un carajo –dijo.

–No digas palabrotas, Viktor –dije–. Es muy feo. No debes hacerlo.

–Puta mierda –dijo–. Eres un jodido chupapollas.

–No me hables así –dije–. Soy tu padre.

–Eres un padre de mierda –dijo.

–Viktor. No me hables así.

–Padre de mierda. Maldito padre.

–Ya basta –dije.

Miró al suelo y esbozó una rápida sonrisa. Luego volvió a mirar al infinito.

No daba crédito a mis oídos.

¿El niño era malvado?

Pensaba que estaba triste porque su madre se había ido de viaje sin

él. Pero entonces no habría sonreído.

–Ven ya –dije.

–No –dijo él.

Fuera, el chófer se enderezó. Solo quedaban delante de él un par de maletas y bolsas.

–Tenemos que irnos ya –dije–. ¿No lo entiendes? No puedes quedarte aquí sentado.

Él no dijo nada. Seguía inmóvil, mirando por la ventanilla.

Lo cogí con cuidado del brazo y tiré ligeramente de él.

–Vamos, Viktor –dije.

Me miró las manos.

–Jodido cabrón –dijo.

Una repentina rabia me surgió por dentro.

–¡DÉJALO ya! –grité–. ¡Te vas a venir conmigo AHORA!

Tiré de él hacia mí. Él se agarró al asiento de delante.

–¡SOCORRO! –gritó–. ¡SOCORRO!

En ese instante el chófer subió los escalones de la parte de delante del autobús. Yo solté a Viktor.

–¿Qué pasa aquí? –preguntó el hombre acercándose.

–En realidad nada –dije–. Mi hijo no quiere venir conmigo. Pero todo irá bien.

–Te llamas Viktor, ¿verdad? –dijo–. Sabes que le prometí a tu madre que cuidaría de ti. Tienes que irte con tu padre.

–No es mi padre –dijo Viktor.

–¿Has oído lo que te he dicho? –dijo el chófer–. Prometí a tu madre que cuidaría de ti. Ahora te vas con tu padre y coges la maleta que está ahí fuera antes de que alguien te la robe.

–Vale –dijo Viktor, y se levantó sin mirarme.

Bajé del autobús detrás de él y me acerqué al equipaje. Una pequeña maleta y una pequeña mochila.

–¿Puedes coger tú la mochila y yo cojo la maleta? –dije.

–Coge tú las dos cosas –dijo él

–Vale –dije, colocándome la mochila al hombro y la maleta en la mano.

¿Cómo podía ser que hiciera caso al chófer pero no a mí?, pensé cuando empezamos a andar, Viktor uno o dos metros delante de mí. Conmigo podía enfadarse seguramente porque yo era su padre y alguien con quien tenía confianza, y el chófer era un desconocido. Y su pantalón negro y su camisa blanca tenían aspecto de uniforme, lo que confería inmediatamente autoridad.

Debería haberlo cogido de la mano, al fin y al cabo, solo tenía diez años, pero no quise hacerlo por si me rechazaba de nuevo.

–¿Te apetece un helado? –dije–. Hace muchísimo calor.

–He dicho que no quiero –dijo–. ¿Estás sordo o qué?

–Entonces vamos directos al barco –dije.

El chico llevaba unos pantalones cortos verdes de una tela de persona mayor, y una camiseta amarilla con un surfista en el pecho. Su piel era blanquísima, y no mejoraba mucho con esos colores que le había elegido su madre, pensé. Tenía los brazos y las piernas delgados, la cabeza pequeña, los ojos estrechos como dos rayas, y también sus labios eran estrechos y tirantes. Nunca establecía contacto visual con nadie, y cuando todavía estaba con su madre le había sugerido que tal vez deberíamos llevarlo a un médico, porque eso era una señal de autismo.

Ella montó en cólera, así que nunca lo hicimos.

Pero al chico le pasaba algo.

Iba mirando al suelo con las manos en los bolsillos. Cuando llegamos al cruce, me echó una rápida mirada, y yo sentí cierto alivio al ver que a pesar de todo había en él algo de inseguridad.

–Vamos a cruzar por aquí –dije.

Crucé la calle unos metros detrás de él. Para que no tuviera que revelar su inseguridad ante mí, dije:

–Luego giramos a la izquierda hasta el muelle de allí delante, ¿lo ves?

Por la plaza, frente al viejo edificio de correos, venía una figura conocida. Era Tore. Al verme, levantó la mano para saludar. Llevaba unos pantalones negros y una camiseta negra a pesar del calor que hacía. Bandolera, grandes gafas negras de sol.

–Mira quién está aquí –dijo.

–Hacía mucho que no te veía –dije–. ¿Qué tal?

Veía mi reflejo en sus gafas de sol y deseé que se las quitara.

–Bueno –dijo–. ¿Y tú qué tal?

–Bien –contesté.

Viktor se había parado, algo alejado, como si no tuviera nada que ver con nosotros.

–¿Sigues viviendo en la cabaña? –preguntó Tore.

–Pues sí –contesté–. He venido a la ciudad a recoger a mi hijo.

–¿Tienes un hijo? –me preguntó. Su voz sonaba sorprendida, pero como no podía ver sus ojos, me resultaba difícil saber si estaba bromeando o no.

–Sí –asentí–. Ya tiene diez años.

–Vaya –dijo–. Nunca me lo habías dicho.

–¿No te lo había dicho? Vive la mayor parte del tiempo con su madre –dije–. No viene mucho por aquí.

Miré a Viktor.

–¡Oye, Viktor, ven a saludar a un amigo mío!

El niño hizo como si no lo hubiera oído.

–Es bastante tímido –dije–. ¿Y tú? ¿Algo nuevo?

–No mucho. Sigo con la ópera.

–¡Ah, sí, es verdad! –exclamé–. ¿Te queda mucho o qué?

Él asintió.

–Hay bastantes posibilidades de que la estrenemos en la Casa de la Cultura en primavera.

–¡Uau! –dije–. ¡Qué ilusión! Bueno, tengo que irme ya. ¡Nos vemos!

–De acuerdo –dijo, y siguió andando mientras yo me acercaba a Viktor.

–¿Quién era ese? –preguntó.

–Se llama Tore –contesté, sonriéndole aliviado porque el niño dijera algo por iniciativa propia–. Es un viejo compañero mío.

–¿Por qué no le habías hablado de mí? –preguntó.

Me miró.

Un sentimiento helado se me extendió por el pecho.

–Claro que le he hablado de ti –dije, y eché a andar–. Estaba tomándome el pelo. No te había visto nunca, eso es lo que ha querido decir.

–No parecía bromear –dijo Viktor.

–Pues lo hacía –dije–. Vamos, el barco está ahí al lado.

¿No había nada con que distraerle?

No quería un helado.

¿Un refresco?

Para eso tendríamos que sentarnos, y él tendría mucho tiempo para pensar y meditar, y tal vez hacer más preguntas.

No, el barco sería lo mejor.

En mi interior me vi de repente a mí mismo andar por el muelle con una bolsa de la compra en cada mano y dejarlas en el barco.

Me había olvidado por completo de hacer la compra. Y en la cabaña no había nada de comida para él.

–Él y yo nos hablamos así, ¿sabes? –dije–. Fingimos ser más tontos de lo que somos. Es un poco difícil de explicar. Se llama ironía.

Él ni siquiera se volvió.

No había razón para que no me creyera. Y en cierto modo, también era verdad; Tore podía haber olvidado que se lo había dicho, o podía estar bromeando. Algo típico de él.

Bajamos la escalera y salimos al muelle. Viktor se detuvo delante del barco sin volverse hacia mí.

–Estoy impresionado –dije–. De que te acuerdes del barco.

Me di cuenta al instante de que aquello socavaba su relación conmigo. Claro que se acordaría de mi barco.

–Es que aquí hay muchos barcos –añadí–. Y todos son bastante parecidos.

Dejé el equipaje en el suelo, tiré del barco hacia mí y subí a bordo.

–¿Me alcanzas la maleta? –dije.

Cogió la maleta y me la dio.

–¿Y la mochila?

Me la dio y luego subió a bordo. Estaba serio, con un gesto casi de obstinación. Pero al menos no se negaba a acompañarme. Eso ya era algo, pensé, y empecé a soltar las amarras.

–Quiero un chaleco salvavidas –dijo Viktor.

–No tengo –dije–. De verdad que lo siento, pero iré con mucho cuidado. No hay peligro. Sabes nadar, ¿verdad?

–Es ilegal no llevar chaleco salvavidas –dijo.

–No exactamente ilegal –objeté–. Está genial llevarlo, pero si vamos un poco despacio, todo irá bien. Mañana te compramos un chaleco, ¿vale?

No contestó, arranqué el motor y di marcha atrás unos metros, antes de dar la vuelta y salir. El sol abrasaba en medio del cielo. No se veía una nube por ninguna parte. Se reflejaba y chisporroteaba en ventanas, coches, bicicletas, motores fueraborda, barandillas, bancos y mesas, y en la dársena, la superficie del agua reflectaba la luz en pequeñas manchas vibrantes, mientras que más afuera, hacia el horizonte, flotaba en anchos ríos.

Viktor estaba sentado de espaldas a proa mirando hacia la ciudad, que se iba haciendo cada vez más pequeña cuando aceleraba y el barco planeaba.

Podría permitirse una sonrisa, ¿no?

Ese viento salado que nos sacudía el pelo, el aire caliente y ese mundo azulísimo que nos rodeaba.

Yo tampoco lo pasé muy bien de niño. Estaba gordo y horrible. Pero no recordaba haber sido agresivo. Me gustaba estar solo y era tímido. Eso sí. Pero no estaba enfadado. No era descarado. Y era incapaz de herir a nadie, aunque hubiese querido.

Tendría que ser bueno y paciente con él.

Solo tenía diez años.

Levanté la vista y miré la nueva estrella. Ahora, con esa enorme luz diurna, daba la impresión de estar más lejos, pero seguía brillando muy claramente.

La señalé.

–¿Has visto la nueva estrella? –grité.

La miró fijamente sin inmutarse, luego volvió de nuevo la cabeza para mirar el paisaje que estábamos dejando atrás.

Veinte minutos después amarré en la Marina.

–¿Me acompañas? –pregunté.

Negó con la cabeza.

–¿No te importa quedarte aquí solo?

–No me importa –dijo.

–Está bien. Aquí no hay mucho peligro –dije, subí a tierra, amarré

y entré en la tienda. Estaba helada y no había ni un cliente. En casa intentaba arreglármelas con lo menos posible, y no compraba mucho más que patatas y verduras para acompañar el pescado que yo mismo pescaba, y luego pan sueco y queso, y tabaco, claro. Pero eso no servía para él.

¿Qué le gustaría?

Dejé la cesta de la compra en el suelo y salí de la tienda. El chico había puesto el brazo sobre la borda y la mejilla apoyada en él. Al verme, se enderezó.

–¿Quieres que compre algo en especial? –pregunté.

–No –contestó.

–¿Qué te gusta?

–No sé.

–¿Patatas fritas? ¿Chocolate? ¿Pizza? Tú decides.

–No sé –dijo.

–¿Cualquier cosa?

–Me da igual –dijo.

–Está bien –dije–. Entonces simplemente buscaré algo rico.

Ya de nuevo dentro de la tienda intenté recordar lo que a mí me gustaba cuando tenía su edad. Metí en la cesta una bolsa de patatas fritas con páprika y otra con sal, y luego una bolsa de cacahuetes y otra de palomitas de maíz. Unas botellas de refrescos para él, unas botellas de cerveza para mí. Un entrecot para cada uno. Salsa bearnesa. Algunos chocolates. Pudin de chocolate, gelatina de frambuesa, salsa de vainilla. Y seis bollos con pasas.

Ya en la caja, y a punto de colocar la compra sobre la cinta, me acordé de que tal vez debería comprar unas pizzas. Dejé la cesta y fui a coger cuatro pizzas distintas a la sección de congelados.

–¿Cigarrillos? –preguntó el dependiente, un chico de unos dieciocho años de piel pálida, pelo oscuro y con un grueso grano rojo con la punta amarilla en la mejilla. Me pareció recordar que se llamaba Simon.

–Buena idea –dije–. Gracias por recordármelo.

–No hay de qué –contestó con su tímida sonrisa–. Cada cigarrillo acorta la vida dos minutos, ¿no es así?

–Sí –dije y empecé a meter las cosas en la bolsa–. Pero no dice de qué minutos se trata. Podrían ser todos los horribles.

El joven volvió a sonreír, esta vez un poco más inseguro, y abrió el armario de tabaco, detrás de él.

–¿Cuántos paquetes? ¿Tres como siempre?

–Sí, muy bien –dije–. Gracias.

Detrás de mí se abrió la puerta, y entró una mujer que tendría cerca de sesenta años, se quitó las gafas de sol y las metió en el bolso que le colgaba del brazo.

–Hola, cariño –dijo–. ¿Cómo van las cosas por aquí?

Tenía la voz ronca y la piel un poco descolorida.

Simon, si es que se llamaba así, me acercó el datáfono.

–Bien –dijo–. Poca gente, como ves.

–Sí, nadie va de compras con este calor –dijo ella.

–Al menos no a mediodía –dijo él.

Metí la tarjeta y tecleé el pin. Me extrañaba el tono de confianza entre ellos, debía de ser su madre, y en ese caso me habría esperado que él se sintiera un poco cohibido, pero no era así.

–Gracias –dijo cuando la transacción acabó de realizarse y cogí las dos bolsas.

–Gracias a ti –dije–. Hasta pronto.

El calor de fuera resultó chocante, aunque ya me lo esperaba. El aire ondeaba suavemente sobre el aparcamiento vacío. El bosque de al lado estaba verde y seco, pero olía a sal, no a bosque, y el olor se intensificó cuando doblé la esquina, y el muelle se extendía sobre el agua tranquila y brillante.

Viktor se había sentado en el borde del muelle y estaba tirando piedrecitas al agua. Cuando salí, se levantó sin decir una palabra y volvió a bordo. Yo pasé por delante de él con una bolsa en cada mano, el barco se meció bajo mi peso más de lo que había calculado y me puse en cuclillas para dejarlas. La bolsa de las botellas tintineó, y Viktor miró primero la bolsa y luego a mí, con los ojos medio cerrados.

–¿Cuántas cervezas has comprado? –preguntó.

–Solo algunas –contesté–. Para la comida. Y a ti te he comprado refrescos.

–Mamá dice que eres un miserable alcohólico –dijo.

Otra ola heladora se extendió dentro de mí.

Empleé toda mi fuerza de voluntad en colocar tranquilamente una bolsa a cada lado, luego las moví un poco para ver si estaban relativamente seguras, y me senté.

Viktor me miraba fijamente.

–¿Eso te ha dicho? –pregunté.

Negó con la cabeza.

–Se lo dijo a Milo. Sabía que yo lo estaba oyendo.

–¿Quién es Milo? –pregunté.

–El novio de mamá, claro –contestó.

–¿Tiene novio? –pregunté.

–Sí –contestó–. Milo.

–¿Y le dijo a él que yo era un alcohólico?

–No. Dijo que eras un miserable alcohólico.

–No lo soy, Viktor. Es importante que lo sepas. No es verdad.

Él no dijo nada. Inclinó la parte de arriba del cuerpo por la borda y

acercó la mano a la superficie del agua.

–Me tomo de vez en cuando una cerveza con la comida –dije–. No soy un alcohólico por eso.

No había nada que indicara que el chico estaba escuchando. Arranqué el motor y empecé a dar marcha atrás. El barco se paró con una sacudida.

Me había olvidado de la amarra.

Puse el motor en punto muerto, fui a la parte de delante, me agaché junto a Viktor, tiré del barco, solté la amarra, empujé, volví a sentarme detrás y aceleré todo lo que pude. Me importaba una mierda el límite de velocidad dentro del puerto. Quería llegar a casa cuanto antes.

Al poco tiempo llegamos a la cabaña. Aunque Jesús no tenía dónde reclinar la cabeza, como decía el evangelio, porque quería estar completamente libre y solo ser una persona, no atada a nada ni a nadie, algo que yo entendía muy bien, yo no podía desprenderme de aquello. Me encantaba ver el cobertizo del muelle pintado con una espesa pintura roja, situado en la pequeña cala, con su olor a brea y sal por dentro, igual que me encantaba la cabaña en sí, de color ocre, baja y larga, en la linde, y detrás, claro está, el bosque, las rocas, el muelle. La terraza, el cuarto de estar con la chimenea, la pequeña cocina.

Sin ese punto de apoyo, estaría perdido. No tenía fuerza suficiente para vagar por ahí, aunque eso, en el fondo, era lo que quería. Pero, a pesar de todo, el mundo se había abierto, y era ahí donde se había abierto.

Con una bolsa de la compra en cada mano, subí por el sendero hacia la cabaña, detrás de la delgada espalda de Viktor. El chico no subía precisamente con seguridad o rapidez, al parecer ese terreno accidentado le resultaba difícil. Había muy poco movimiento en su figura, era algo patizambo, como si nunca tuviera un control total de sus brazos.

Me dolía el corazón al verlo.

Dejé la compra en la cocina y volví a salir a por la maleta y la mochila, mientras Viktor se quedaba en la terraza haciendo como si yo no existiera.

–¿No quieres sentarte? –le pregunté al acercarme y ver que seguía de pie en el rincón.

Negó con la cabeza.

El chico rompería el hielo poco a poco, pensé, y lo dejé en paz. Metí sus cosas en el dormitorio más pequeño. Levanté el edredón y lo olí. Estaba limpio, pero llevaba allí varios meses, quizá incluso medio año, así que no olía del todo bien.

Pero a los niños esas cosas no les importaban, y lo principal era

que estuviera limpio. Si se quejaba, había un montón de sacos de dormir en el altillo del garaje.

Descorrí la cortina y miré hacia el bosque. La luz solar caía oblicuamente entre los árboles de rama en rama, como el agua corre de piedra en piedra por una ladera. Abajo del todo, la luz brillaba con más fuerza, en contraste con todo lo siniestro y oscuro.

Seguro que se podían decir muchas cosas de mí, pero no era un alcohólico.

¿Por qué lo había dicho ella?

¿Para hacerse la víctima a los ojos de ese nuevo novio?

¿Milo? ¿No era ese el nombre de un detergente?

Me enderecé. Eso no era asunto mío.

Yo era quien era.

Intentar dejarlo estar, aceptar que era así. No resistirse.

Salí a la terraza y encendí un cigarrillo. Viktor había ido hasta la roca y se había sentado. Estaba hurgando con algo en el suelo.

Muy en lo alto del cielo azul por encima de él volaban tres gaviotas. Habían sido enviadas aquí para este momento.

No traían otro mensaje que el de su propia presencia.

Eso era misterioso en sí.

Me volví y miré hacia la estrella.

¿Qué mensaje traía?

La estrella de la mañana era importante en la Biblia. Pero de maneras contradictorias.

Ahora era importante en el mundo.

Cuando el chico se durmiera, comprobaría lo que ponía en la Biblia.

O quizá ahora, si por fin se entretenía con algo.

Fui a la cocina y cogí un bollo, pensé que sería bueno tener algo que ofrecerle cuando me acercara a él. ¿Y un refresco tal vez?

No, eso sería como ponerme a servirle allí en la roca. Como si me sometiera totalmente a él, llevándole lo que quisiera donde se encontrara.

Un bollo estaría bien.

Me miró cuando salí a la terraza. Cuando estaba casi a su lado, volvió a mirar al suelo.

–¡Hola, Viktor! –dije, poniéndome en cuclillas junto a él–. Te traigo un bollo. Te gustan los bollos, ¿verdad?

–No tengo hambre –dijo.

–Vamos –dije–. Tienes que comer, ¿sabes? Y ya que estás aquí, te lo puedes pasar bien. Refunfuñar no sirve de nada.

Dejé el bollo a su lado y me levanté.

–Este es tal vez el mejor día del año hasta ahora –dije–. ¿Te apetece darte un baño? ¿O quizá pescar cangrejos? También podemos

dar un paseo en el barco, si quieres. Acercarnos a uno de los islotes. ¡Al faro!

–Quiero ir a casa.

–Esto es casa –dije–. Pero está bien, si quieres pasarte el día refunfuñando, a mí no me importa.

Levantó la vista y me miró, sonriendo con sus ojos rasgados.

¿Era eso lo que quería? ¿Que me enfadara? ¿Me estaba provocando aposta?

En ese caso se llevaría una decepción, porque yo no iba a enfadarme con él bajo ninguna circunstancia.

Arriba, en la terraza, se me ocurrió una idea. Los gemelos de Arne eran de la misma edad que Viktor. Podía llevármelo a su casa, allí podrían jugar. Quizá incluso podría pasar allí la noche. Arne me debía más de un favor.

Marqué su número, apoyado en la barandilla mirando el mar.

–Hola, Egil –dijo–. Estoy en el coche, te escucho por los altavoces. Tove también está aquí.

–Vale –dije–. ¿Qué tal va todo?

–Vamos camino del hospital.

–Entiendo. ¿Cuándo crees que vas a volver?

–Ni idea. ¿Por qué?

–Viktor está aquí –dije–. Una visita sorpresa.

–Viktor es tu hijo, ¿verdad?

–Sí. Y pensé que quizá pudiera verse con tus gemelos.

–Claro que sí –dijo Arne–. Están en casa, que yo sepa. Ha venido mi madre a cuidarlos.

–Entiendo –dije–. Entonces quizá sea mejor mañana.

–Como quieras –dijo él–. Seguro que a mi madre le encanta recibir visita.

–Ya veremos –dije–. Gracias de todos modos. Hablamos.

Durante unos segundos pensé en tomarme una copa de algo, una ginebra con tónica helada no estaría mal, pero entré en casa y opté por una Pepsi, puse cubitos de hielo en un vaso, añadí una rodaja de limón, y luego eché el líquido y salí a la terraza.

–¡Hola, Viktor! –grité–. ¡Ven a por algo de beber!

No esperaba que reaccionara, pero sí lo hizo, se levantó y vino hacia la cabaña.

–¿Qué quieres? –dije cuando subió a la terraza–. Tenemos agua con gas, naranjada, Coca-Cola.

–Naranja –dijo.

–¿La botella entera o solo un vaso?

–La botella –dijo.

Abrí una en la cocina. Dio un largo sorbo. Luego volvió a salir con la botella en la mano y se sentó en el mismo sitio de antes.

¿Se pasaría toda la semana allí sentado?

Yo me instalé en el sillón de la terraza con la biblia grande sobre las rodillas, y empecé a leer por encima los capítulos de Isaías hasta encontrar la cita que buscaba.

La biblia había pertenecido a mi abuelo paterno, pesaba como un niño pequeño y estaba fantásticamente elaborada, pero ahora era mía, y yo había subrayado y comentado en ella todo lo que había querido.

Descubrí que ya había subrayado el pasaje sobre la estrella de la mañana.

¿Cómo caíste del cielo, Lucifer, estrella de la mañana, hijo de la aurora? Echado por tierra el dominador de las naciones.

Tú, que decías en tu corazón: «Subiré a los cielos; en lo alto sobre las estrellas de Dios, elevaré mi trono; me instalaré en el monte santo, en las profundidades del aguilón. Subiré sobre la cumbre de las nubes y seré igual al Altísimo.» Pues bien, al sepulcro has bajado, a las profundidades del abismo.

La estrella de la mañana se llamaba Lucifer en latín, y eso significaba portador de luz. Aquí Lucifer era el hijo de la aurora, y la aurora difícilmente podría ser otro que Dios, el creador del universo. Lucifer intentó ser su igual, pero fue expulsado del cielo y arrojado al mundo de las sombras, donde se convirtió en su soberano, según la tradición.

Por este pasaje de la Biblia podría parecer que Lucifer era el hijo de Dios. Pero en las partes más antiguas del libro quedaban bastante poco claras las relaciones entre los distintos personajes, sobre todo los ángeles, en un sitio decía que los ángeles engendraban hijos con los humanos, que durante algún tiempo andaban por la tierra como gigantes, y en más de un sitio la transición entre Dios y los ángeles era flotante, de modo que resultaba difícil ver dónde acababa uno y empezaba el otro. Además, pensaba yo, «hijo» claro que podía entenderse como «creado por». Y sin embargo era llamativo que Jesús, que era el hijo de Dios, también recibiera el nombre de estrella de la mañana, es decir, Lucifer, en la Biblia.

El ángel Lucifer, la estrella de la mañana, había sido expulsado del cielo y arrojado a la tierra. Ahora la estrella de la mañana volvía a lucir en el cielo. ¿Qué significaba eso?

Yo no creía que la estrella fuera Lucifer o Cristo. La estrella era la estrella. Pero no dudaba de que fuera una señal de algo.

Di un trago de refresco. Estaba aguado por los cubitos de hielo, que se habían derretido.

Bastaba con verlo, pensé, y miré al cielo. La estrella estaba llena de significado, eso podía verlo todo el que la miraba. Fluía de ella algo

silencioso e intenso. Era casi como una voluntad, algo indómito que el alma podía rodear, pero no cambiar o caracterizar.

La sensación de que alguien nos estaba mirando.

Un sonido a algo que se rompía se oyó en las rocas. Levanté la vista. Viktor estaba de pie mirando hacia abajo. Comprendí que había tirado la botella, dejé la Biblia en el suelo, apagué el cigarrillo, me levanté y me acerqué corriendo a él.

–¿Has tirado la botella? –pregunté.

Asintió sonriendo.

–Pero, Viktor, no puedes hacer eso, ¿sabes? Habrá trozos de cristal por todas partes, y la gente puede cortarse con ellos. Y los animales también. Y no queremos eso, ¿no?

–Todo es muy aburrido aquí –dijo.

–Entiendo que te aburras –dije–. Pero hay un montón de cosas que se pueden hacer si lo piensas. Podemos bañarnos. ¿Quieres? Seguro que el agua está a veinticinco grados. Como en España.

–No me apetece –dijo.

–De acuerdo –dije–. ¿Preparamos la comida entonces? Tendrás mucha hambre. He comprado pizzas.

Él no contestó.

–¿Tienes hambre?

Asintió con la cabeza.

–¡Bien! –exclamé–. Pero primero tenemos que recoger los trozos de cristal. ¡Vamos!

–Puedes hacerlo tú –dijo.

Por unos instantes, no supe qué hacer. Debería insistir, quizá incluso usar la fuerza, porque lo de ensuciar la naturaleza era lo peor que se podía hacer, y eso era algo que él tenía que aprender. Al mismo tiempo, tenía el presentimiento de que el niño ofrecería resistencia y no conseguiría hacer que me ayudara, y si a pesar de todo lo conseguía, eso quedaría allí el resto del día.

Me puse en cuclillas a su lado.

–Oye, Viktor –dije–. Alguien puede hacerse daño con esos cristales. Un animal inocente puede cortarse y tal vez por eso no encontrar comida. No queremos que un animal inocente muera por nuestra culpa, ¿no?

–No es nada –dijo él–. Solo son unos trozos de cristal. Recógelos tú, si tanto te importan.

–Está bien –dije, y me levanté–. Pero si vuelves a hacerlo, me enfado.

Entré en la cabaña a por una bolsa de plástico para meter los trozos. Estaban diseminados en un espacio bastante grande, y seguramente no los encontré todos, pero pude quitar lo peor.

Miraba de vez en cuando a Viktor, que estaba sentado en la roca,

delgado y taciturno. Me resultaba difícil entender que ese niño tuviera algo que ver conmigo.

Metí la bolsa en el contenedor de reciclaje de delante de la cabaña y eché un vistazo en el garaje para ver si había algo con lo que Viktor pudiera jugar. Encontré una vieja diana y unos dardos, que llevé a la terraza, donde dejé todo en un rincón para más tarde, antes de ponerme a hacer la comida.

Cuando estaba solo no me preocupaba mucho por poner bien la mesa, pero ahora saqué dos platos de la mejor vajilla, que según mi padre era de mediados del siglo XIX, y dos copas de vino, aunque solo íbamos a tomar pizzas y Coca-Cola.

Viktor vino enseguida cuando lo llamé, cogió un trozo de pizza y se lo metió en la boca antes de sentarse. Yo no había comido una pizza congelada desde que vivía con Torill y ella tenía uno de esos días en que se encerraba en su habitación.

Sabía a papel entonces y sabía a papel ahora.

–¿Tenemos kétchup? –preguntó Viktor sin mirarme.

Mi felicidad al oírle decir «tenemos» se desvaneció enseguida por la idea de tener que decepcionarlo.

–Lo siento –dije–. Se me olvidó.

Cogió otro trozo, puso los dedos sobre el queso y la salsa de tomate y se lo metió en la boca.

–¿Seguro que no quieres bañarte? –pregunté–. Hace un tiempo estupendo.

Negó con la cabeza.

–¿No te gusta nadar? –pregunté–. El agua no está fría.

Se levantó y se colocó detrás de la silla, y antes de que me diera tiempo a reaccionar o entender lo que estaba pasando, levantó la silla por encima de la cabeza y la tiró contra la mesa, los vasos y los platos se hicieron añicos.

Luego soltó la silla, y salió.

El corazón me latía alocadamente en el pecho.

Me quedé sentado un momento para reponerme, y vi que él volvía a su sitio fuera.

Le pasaba algo grave.

Fui a la cocina, cogí una bolsa negra de basura, la escoba y el recogedor y empecé a poner orden. Metí todo, trozos de pizza, trozos de platos y de cristal, en el contenedor de fuera. Cuando hube quitado lo gordo, salí a la terraza y encendí un cigarrillo. Me seguía temblando todo el cuerpo.

Él lo hacía para llamar la atención. O para que lo castigaran.

Yo no quería castigarlo. Tampoco quería prestarle atención por todo lo negativo que hacía.

Lo mejor que podía hacer era dejarlo estar.

Eso también le daría que pensar.

De nuevo me apetecía mucho una copa de ginebra con tónica, había algo en ese sabor, en el calor y la sensación del cristal frío en la palma de la mano. Cuando la mano mueve ligeramente el vaso, el líquido transparente da vueltas y los pequeños icebergs chocan tintineantes. La rodaja verde de lima en medio de ese canto de brillo y transparencia.

¿Por qué estaba tan enfadado?

Este lugar no podía ser tan horrible, ni siquiera para un niño de diez años.

Estaba más que enfadado. Era como si el enfado estuviera encapsulado en él. Como si le llegara hasta la médula.

¿En qué estaría pensando?

¿Estaría contento con lo que acababa de hacer?

¿O tal vez ni siquiera pensara en ello?

Yo no recordaba nada de lo que pensaba cuando tenía su edad.

Demasiado calor para tomar café.

¿Tal vez un expreso? Solo tres sorbos.

Por las rocas llegaba un suave viento. Podía verlo rizar la superficie del agua. Y el banderín al lado de la cabaña se levantaba un poco, como un animal tras una larga hibernación.

Siempre me había disgustado mucho el viento del sol, desde que era pequeño. Tenía algo que ver con que un mundo tranquilo y reluciente empezara a intranquilizarse. La superficie del mar se intranquilizaba, las flores y los arbustos se intranquilizaban, los árboles se intranquilizaban, y luego los mástiles de las banderas empezaban a tintinear, el peor sonido de mi infancia.

¿Por qué se intranquilizaba el mundo? ¿Qué era lo que lo atormentaba? ¿En qué pensaba?

Fui a la cocina, llené de agua la parte de abajo de la cafetera, eché un poco de café en el pequeño cilindro de metal, enrosqué la tapa y puse la cafetera en la placa, que inmediatamente empezó a chisporrotear.

Curioso que hubiera notado el sabor a manzana justo cuando entré en el autobús, pensé, a la vez que me imaginé que me sentaba al lado de Viktor, le rodeaba los hombros con un brazo y lo estrechaba contra mí.

Se habría retorcido, tal vez levantado, esquivándome.

¿Era eso lo que él realmente deseaba?

A los niños solían gustarles los abrazos.

Decidí salir y hacerlo luego. Y que me esquivara, que lo hiciera, si era ese su deseo.

El agua de la cafetera empezó a silbar.

Ese sabor a manzana era muy claro, iba ligado a un recuerdo, pero

no era capaz de atraparlo, era como un sueño que intentas capturar en el momento en el que se disuelve.

Entré en el cuarto de estar y miré por la ventana.

Viktor ya no estaba allí.

Pasos y ruidos en la terraza.

Salí. Viktor estaba intentando colocar la diana en la ventana, pero se dio cuenta de que no era buena idea y se quedó parado con ella en las manos.

Supe que no estaba enfadado con él al verlo allí, delgado y como torcido, esa cara que a menudo parecía una mueca con los ojos rasgados y los pómulos salientes. Pero tampoco tenía ningún sentimiento cálido hacia él.

–Podemos clavarla en algún sitio –dije.

Él asintió con la cabeza.

–¿En un árbol quizá? –propuso.

–No. Los árboles son seres vivos. No hay que clavar nada en ellos. Mejor en la parte de delante de la casa. En la pared del garaje. ¿Vale?

Volvió a asentir.

–Solo voy un momento a la cocina –dije–. ¿Me esperas aquí o vas a la parte de delante?

Se encogió de hombros.

He sido un poco demasiado impaciente, pensé, y entré en la cocina. La cafetera pitaba más fuerte ahora, pero el agua aún no había empezado a hervir.

¿Debería esperar, o apagar e irme?

Si le hacía esperar, su iniciativa tal vez se esfumara.

Pero solo faltaban unos minutos para que el café acabara de hacerse. ¿Se estropearía si lo apagaba?

Apreté la cafetera con fuerza contra la placa. El pitido aumentó un poco. Cogí una taza de la estantería de encima, la dejé en la mesa y saqué el móvil del bolsillo de la camisa para ver si había llamado alguien.

Johan. Y tres veces.

Eso no era nada típico de él, pensé, y cuando oí que el café subía silbando hasta la parte de arriba de la cafetera, decidí llamarlo más tarde. Quité la cafetera de la placa, la apagué y miré por la ventana mientras esperaba a que reposara.

Un velero estaba amarrando abajo, en la cala, junto al cobertizo para los barcos. Tenía el motor en marcha. Una mujer llevaba el timón mientras en la popa había un hombre con un anclote en la mano. Dos niños estaban sentados en la proa mirando algo debajo de ellos, seguramente cada uno su teléfono móvil.

Estaban en mi propiedad.

Yo nunca había colocado ningún cartel, no creía en esa clase de

derecho de la propiedad, no pasaba nada si solo era para un par de horas, pero tenía el presentimiento de que pensaban echar el ancla para la noche.

Llené de café la taza y salí por delante de la cabaña con ella en la mano. Viktor estaba lanzando los dardos directamente a la pared del garaje, vi que intentaba que se clavaran sin caer al suelo.

–Este es un buen sitio –dije–. Espera un momento y voy a por clavos y un martillo.

Me bebí el café de un largo trago, dejé la taza en el suelo al lado de la bicicleta, entré en el garaje y me acerqué al rincón donde estaba la caja de herramientas de mi padre. En el fondo había un montón de clavos, y también encontré un pequeño martillo.

–¿Aquí? –dije, sosteniendo la diana aproximadamente a metro y medio del suelo.

Viktor asintió con la cabeza y yo clavé el clavo en la madera.

–Ya está –dije–. Ahora puedes lanzar los dardos.

Cogí la taza y estaba a punto de entrar, anhelaba sentarme con la Biblia sobre las rodillas en medio de toda esa luz y volver a mirar el mar, pero entonces se me ocurrió que esa era la oportunidad para acercarme a él, y volví a dejar la taza.

–¿No ibas a entrar? –dijo, moviendo la mano con el dardo hacia delante y hacia atrás en el aire antes de tirar.

Dio en la diana y el dardo cayó al suelo.

–Lanzamiento fallido –dije.

Una nube de mosquitos zumbaba en el aire muy cerca de la pared, cambiando constantemente de sitio, sin que su forma se alterara.

El manzano del bosque. De ahí venía el sabor. Las manzanas silvestres que comía de niño. Ese árbol de cuento que no tenía dueño y florecía solo en la primavera, completamente distinto a los demás árboles, y daba kilos de fruta al final del verano.

–Hazlo tú, si te parece tan fácil –dijo Viktor, alcanzándome un dardo.

Lo lancé sin pensármelo, y enseguida me recorrió una oleada de arrepentimiento cuando el dardo se quedó vibrando a solo un centímetro del blanco rojo.

–Eso ha sido mucha suerte –dije–. Te toca a ti.

Hizo el mismo movimiento con el dardo en la mano antes de lanzarlo. Dibujó un arco demasiado corto y el dardo dio en la pared debajo de la diana, antes de caer al suelo.

–Vale –dije.

Esta vez estaba preparado cuando él me alcanzó el dardo, y lo lancé de manera que dio en la parte de arriba de la pared, donde se quedó vibrando.

–Ya ves –dije.

–¿Qué veo? –preguntó.

–Que mi primer tiro fue suerte pura y dura.

La luz solar llegaba inclinada desde arriba y era devuelta centelleante por todas las pequeñas superficies de los árboles de la vertiente, sobre todo los abedules, que brillaban temblando en la suave brisa.

De la tierra junto al camino de grava parecía levantarse el polvo con solo mirarla.

Viktor se concentró de nuevo.

Tal vez podríamos acercarnos al árbol y ver si tenía manzanas.

Levantó una pierna y se inclinó hacia delante al lanzar el dardo. Esta vez dio en la diana, pero no se clavó.

Viktor dio media vuelta y se fue.

–Oye, ¿por qué te vas? –pregunté.

–Es muy aburrido –dijo.

–Puedo enseñarte cómo se hace –dije.

–Tú no eres mejor que yo –dijo, y desapareció por la esquina.

Recogí los dardos y los lancé uno tras otro. Quedaron como un racimo en el centro. Me sentí mentiroso y me volví para ver si Viktor, en contra de lo que pensaba, había vuelto. Luego cogí los dardos, los dejé junto a la pared, saqué el teléfono y marqué el número de Johan mientras entraba de nuevo en la cabaña.

–¡Vaya, vaya, qué sorpresa! –dijo, como si no fuera él el que había llamado primero.

–Hola, Johan –dije–. ¿Qué tal?

–Estupendamente, diría. ¿Y tú qué tal? ¿Sigues en la «cabaña»? ¡Ja ja ja!

–Yo estoy bien –dije, apoyándome con una mano en el alféizar y mirando hacia la cala–. ¿Me has llamado?

–Sí, te llamé. ¿Te has enterado de las noticias de hoy?

–No, aquí no llegan.

Allí abajo habían montado una tienda de campaña. Pero no se veía a nadie. Quizá estuvieran en el camarote.

–¿Así que no has oído lo del Kvitekrist?

–Sí, claro que sí. ¿La supuesta desaparición? Creo que se han escondido.

–No lo han hecho, ¿sabes? Los han asesinado a todos de la manera más salvaje imaginable. La noticia ha llegado hoy hasta aquí, hasta Suecia. Al parecer se trata de un asesinato ritual. Todo ha quedado hecho un desastre.

–¿Qué dices? –dije–. ¿A todos?

–A tres de los cuatro. El cuarto es el sospechoso. El batería.

–¿Jesper? Nunca, jamás. Pero... ¿dónde ha sido? ¿Y cuándo?

–Arriba, en Svartediket. Bueno, tú has estado allí.

Me senté en el banco que había junto a la pared. Me entraron náuseas.

–¿Qué vas a hacer con todas esas secuencias que tienes grabadas? Ahora todas las cadenas de televisión del mundo las querrán comprar. La CNN, Fox, etcétera. ¡No me digas que las quieres guardar para ti!

–¿Qué quieres decir? –dije–. ¿Por qué iba a venderlas?

Johan suspiró al otro lado.

–¡Pero hombre, termina al menos la película! Si quieres, yo dejo todo y te ayudo.

–Tengo que pensarlo un poco –dije–. ¿Cuándo ha ocurrido, dices?

–Los encontraron ayer.

–¿Y los habían asesinado?

–A tres de ellos. Asesinado y destrozado.

–Dios mío –dije–. No eran más que unos chiquillos.

–Ya no –dijo–. Bueno, llámame si decides seguir con el material. Yo estoy aquí. ¡Por favor, haz esa película!

Colgué, encendí un cigarrillo y salí a la terraza. Al ver a Viktor allí sentado, lo apagué y me acerqué a él.

–Tenemos que inventarnos algo que hacer, Viktor –dije–. Estoy de acuerdo en que es un poco aburrido lanzar dardos. Pero no podemos quedarnos aquí sentados sin hacer nada.

Él no contestó.

–¿Quieres hablar con mamá por teléfono?

Negó con la cabeza.

–Quizá podamos ir al garaje y ver si encontramos algo. Está lleno de cosas viejas. Unas bicicletas, por ejemplo. Podemos ir a algún sitio en bici. O coger el barco. Lo puedes llevar tú si quieres.

–¿Tienes un iPad? –preguntó.

–No, no tengo internet aquí. Ni siquiera en el teléfono. Pero, oye, hay un manzano en el bosque. ¿Vamos a ver si tiene manzanas ya?

–¿Quiénes son esos? –dijo, señalando el barco de la cala y las cuatro figuras que venían caminando por las rocas.

–Ni idea –contesté, levantándome–. Serán turistas.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó.

–Nada en particular –contesté–. Leer un poco tal vez. Y luego seguro que me apetece darme un baño. Pocas cosas son más agradables que bañarse en el mar por la tarde. ¿Lo has probado?

–No sé nadar –dijo en voz baja.

–¿No sabes nadar? –dije y enseguida me di cuenta de lo mal que sonó–. Pero aquí aprendes en un periquete, ¿sabes? –me apresuré a añadir–. Yo puedo ayudarte.

Durante la última hora el mar había oscurecido, ahora estaba de un color azul profundo y reposaba tranquilo ante nosotros. Las rocas estaban incandescentes a la luz cada vez más baja. Ya no soplaba nada

de viento.

Resultaba increíble que estuvieran muertos. ¿Todos?

¿Cómo podía haber sucedido?

Jesper estaba vivo. Tenía que llamarlo. Pero estaría en la cárcel ya si sospechaban que era el culpable.

¿Estaba llorando el niño?

–Hola, Viktor –dije, sentándome a su lado.

–No quiero estar aquí –dijo–. Te odio.

–De acuerdo –dije–. Odiar es una palabra muy fuerte. ¿Qué te he hecho yo para que me odies?

Se levantó y se fue.

Lo dejé irse, ni siquiera me volví para ver qué dirección tomaba.

¿Qué había hecho ella con el niño? ¿Llamarme alcohólico y ponerlo en mi contra? Él sería un adulto antes de que comprendiera quién era yo realmente. Decírselo no servía de nada. No creas a tu madre. No soy un alcohólico. En realidad, soy una persona bastante buena.

Pero le pasaban más cosas aparte de todo eso por lo que podía culpar a Camilla.

Esa familia acababa de pasar por delante de su barco y ahora estaban justo debajo de mí, a solo veinte metros. Eso sí que estaba dentro de mi límite de intimidad, me levanté y volví a la cabaña. Miré dentro del cuarto de estar, donde Viktor estaba tumbado en el sofá. Vacié una bolsa de patatas fritas en un plato, abrí otra botella de refresco, lo puse todo en una bandeja junto con una cuchara, un pudin de chocolate y otro con salsa de vainilla, y lo llevé todo al cuarto de estar.

–Si te apetece algo rico, te lo dejo aquí en la mesa –dije. Luego salí a la terraza y me senté en el sillón con las piernas en la barandilla. Marqué el número de Jesper, que todavía tenía en la lista de contactos, pero solo sonó una voz que decía que la persona con ese número no podía contestar en ese momento.

¿Qué habría ocurrido?

No podía ser una casualidad, ellos no podían ser unas víctimas casuales. Sus vidas estaban demasiado llenas de violencia y símbolos de violencia.

¿Habría sido otra banda?

Le envié un SMS.

Me dicen que el diablo anda suelto y que tienes problemas. Llama si necesitas ayuda o quieres hablar con alguien completamente ajeno a todo. / Skallgrim

Me quedé unos instantes mirando lo que acababa de escribir, borré Skallgrim y lo sustituí por Egil antes de enviarlo. Skallgrim era como me llamaban –por el vikingo Egil Skallagrimson, claro–, pero si

utilizaba ese nombre, parecería que me identificaba con ellos, lo que no hacía de ninguna manera. Fascinado por ellos, sí; interesado en ellos, sí. Durante muchísimo tiempo. Pero la fascinación y el interés se debían precisamente a que era incapaz de identificarme con ellos, no los entendía, resultaba imposible imaginarse que me hubiera vuelto como ellos si los hubiera conocido cuando tenía veinte años. Eran ingenuos, y los símbolos y gestos con los que se rodeaban trataban sobre todo de poses, intentaban simplemente hacerse los duros, pero los había conducido, consciente o inconscientemente, a algo distinto, algo extremadamente radical. El diablo representaba el exceso de todas las leyes, de todas las reglas, de todas las ideas sobre humanitarismo y solidaridad, un egoísmo tan enorme que podían matar a otra persona, por ejemplo, sin que significara nada para ellos. Como dijo uno: cada segundo muere un ser humano, así que no hay razón alguna para dar tanta importancia a un solo asesinato. Ese estaba ahora en la cárcel después de haber matado a un hombre completamente al azar en un parque, y podría haberse librado si no fuera porque se dedicó a jactarse de lo que había hecho.

Después de unas semanas con ellos entendí con espanto que se trataba de libertad. Y que la libertad y la violencia estaban para ellos indisolublemente unidas. Aclamaban la muerte, le rendían culto, pensé yo entonces. Cuando por fin la muerte ya no es nada que temer, nada que evitar, recaiga sobre otros o recaiga sobre ti, eres libre. Entonces no hay que tener en consideración nada ni a nadie, y lo desconsiderado es la condición fundamental de la libertad.

Nietzsche y Bataille fueron los filósofos de la libertad, y ninguno de los dos era ajeno a la falta de consideración, pero sus pensamientos solo eran pensamientos, sus palabras solo palabras. Bataille tocó el tema de sacrificar a una persona en la sociedad secreta Acéphale mediante decapitación, incluso habían elegido a uno, pero no llegó a más, mientras que estos chicos convertían los pensamientos y las palabras en actos, evidentemente sin conocer ni a Nietzsche ni a Bataille, aunque el más carismático de ellos, Skjalg, o La Bruja, había leído Zaratustra, según dijo. Fue eso lo que me hizo ponerme en contacto con ellos.

Dos de los que entrevisté, y en parte seguí, se suicidaron. Uno unos meses después de las grabaciones que hice, el otro alrededor de un año después. Aquello se volvió tan tóxico que me retiré y decidí dejarlo todo, no seguir con la película, que tenía el título provisional El diablo del valle.

En cuanto Viktor se acostara, me pondría a repasar el material que tenía. Eran horas de película y todo sin redactar. Algunas partes ni las había visto.

O mejor no, pensé al instante, cogiendo el paquete de tabaco.

Mejor dejarlo. Ellos ya habían muerto. Y con eso no se podía hacer nada.

Muy a lo lejos, al este, el cielo parecía oscurecer, estaba más negro que azul, levantándose como una pared sobre el mar. No era de extrañar tras las temperaturas que habíamos tenido, pensé, me puse la Biblia sobre las rodillas y empecé a hojear los testamentos para ver dónde decía que Jesús era la estrella de la mañana, pero como no tenía ni idea de dónde podía estar resultó imposible, así que volví a dejarla en el suelo y di una profunda calada al cigarrillo, mirando el mar.

Aquella familia había acampado en mi sitio, los mayores estaban sentados en la roca, los dos niños nadaban en silencio. Una gaviota emitió un grito ronco, que se expandió en el aire y desapareció. Percibí el silencio que reinaba, la tranquilidad nocturna, me recliné en el sillón y cerré los ojos.

Cuando me desperté, estaba anocheciendo.

Un extraño sonido subía del bosque detrás de la cabaña. Una especie de chasquido parecido a un estertor.

calicalicalicalic

Enseguida llegó una respuesta desde más lejos.

calicalicalicalic

¿Qué podía ser?

¿Un animal? Pero ¿cuál?, pensé, levantándome. Entonces vi una hoguera ardiendo abajo en la cala. Las llamas se veían claras y nítidas en la tenue oscuridad.

¿Un pájaro?

Las garzas reales emitían un sonido antiquísimo. Pero eso no era una garza real.

Entré en la cabaña. Viktor se había quedado dormido en el sofá con la boca y los ojos tan abiertos que podía ver lo blanco en ellos.

Pobre niño.

Lo levanté y lo llevé en brazos al dormitorio. Al cogerlo, la cabeza cayó hacia atrás y el niño abrió los ojos. Estaban como completamente vacíos, como si el alma le hubiese abandonado.

–Solo voy a llevarte a la cama –dije.

–Mmm –dijo–. Mmmmm.

Ya tapado con el edredón, se colocó en posición fetal. No podía ver si dormía o no.

–Buenas noches, hijo mío –dije, y dejé la puerta abierta por si se despertaba y tenía miedo al no reconocer la habitación.

Abrí una botella de Delamain y llené un vaso que me bebí de pie en la terraza. No conocía nada mejor. El sabor era tan fuerte que solo necesitaba unas gotas en la lengua para que explotaran en la cavidad

bucal, y al mismo tiempo era suave. Encargaba seis botellas en el Monopolio del Vino dos veces al año, tras haberlo probado en casa de mi padre tiempo atrás.

El aire seguía cálido, pero ahora más húmedo, casi humeante en el crepúsculo.

El animal, fuera cual fuese, ya se había callado.

Notaba el cuerpo entumecido después de haber dormido sentado tanto rato. Me sentía incluso un poco hambriento, a pesar del calor que hacía.

Fui al dormitorio y me quité la camisa, me sequé el sudor con una toalla, me puse otra camisa, un pantalón ligero de algodón, un par de calcetines blancos, me senté en el banco de delante de la puerta corredera y me até las zapatillas de deporte. Me asomé a la habitación de Viktor para ver si estaba dormido. Lo estaba. Al parecer, profundamente.

Salí a la terraza y bajé a las rocas, por donde continué un poco alejado del sendero para esquivar a los turistas de la cala.

Un rayo de luz rojiza se posaba sobre el horizonte detrás de mí, lo suficiente para que aún quedaran colores en el paisaje, pero muy débiles ya: las clavelinas de mar eran grises, no de color lila, la hierba que crecía en las pequeñas pendientes era gris, no amarillo quemado, pero el propio monte era de un color entre marrón y amarillo, y el mar, más abajo, seguía azul.

Era agradable andar. Y era agradable ver cómo el suelo absorbía lentamente la luz y era sustituida por la oscuridad velada que se espesaba muy deprisa esos últimos días de agosto.

Si me daba prisa podría llegar hasta el manzano antes de que estuviera demasiado oscuro. Cruzando la playa de cantos rodados y subiendo por el bosque al otro lado, donde se encontraba en un pequeño claro tal vez cien metros hacia dentro. ¿Junto a un arroyo?

Sí, había allí un arroyo.

Un relámpago atravesó la pared negra en el horizonte. Los truenos que siguieron sonaron lejanos y débiles. Curioso ese cielo completamente despejado por el oeste y cubierto de enormes nubes de tormenta por el este.

La lluvia tardaría al menos una hora en llegar.

Anduve lo más deprisa que pude por las piedras, subí hacia el bosque, siguiendo un sendero entre endrinos y escaramujos que se posaban como alambradas de espinos en la parte de más arriba, y me metí por entre los árboles, que al principio no eran más altos que yo, pero que poco a poco se iban alargando, hasta erguirse como torres de vigilancia de diez y veinte metros de alto por todas partes.

La primera parte del bosque se extendía unos doscientos metros antes de que lo cruzara la carretera, por debajo de ella se veían

algunos campos de cultivo, y aún más allá seguía el bosque. En él había un gran lago en el que me bañaba de niño, pero ahora estaba cubierto por capas tan gruesas de algas que daba la impresión de que se podía caminar sobre él.

Seguí un camino de grava por entre los campos y luego un sendero que subía por un páramo al otro lado. Oscurecía más deprisa de lo que pensaba, y empecé a arrepentirme de haber ido tan lejos. Pero me gustaba tener una meta cuando andaba. Ya no faltaba mucho para el claro, y Viktor estaba tan profundamente dormido que no se despertaría hasta la mañana siguiente.

En el bosque, justo al lado, se oyó un crujido.

Mi primer pensamiento fue que se trataba de un muerto que no encontraba descanso.

Pero los muertos no hacen ruido, ¿no?, pensé, sonriendo ante mi ocurrencia.

Acababa de escribir sobre un muerto que había visto, y por eso se me habría ocurrido. El subconsciente estaría sintonizado con ello. Pero solo lo había visto una vez, y no sabía si lo que había visto era real o no, dentro de mí o fuera de mí. Y eso jamás lo sabría, pensé, justo en el instante en el que vi algo moverse delante de mí en el sendero.

Me quedé un momento completamente quieto mirando, pero fuera lo que fuera ya había desaparecido entre la maleza.

Seguramente será una serpiente, pensé, y cuando seguí andando pisaba fuerte para que se percatara de mi presencia. En cualquier caso, estaría a punto de alejarse. Solo atacaban cuando eran sorprendidas. Si es que era una serpiente, quiero decir. También podía ser una culebra.

No veía una serpiente desde la primavera, cuando aparecieron algunas en la playa de cantos rodados, frías y lentas tras el invierno.

Otro movimiento delante de mí. Esta vez la vi claramente deslizarse por el sendero y el matorral, con su cabeza plana ligeramente levantada.

Era una víbora.

Pero ¿dos en el mismo sitio en esta época del año? ¿O quizá incluso tres?

Sentí que un escalofrío me recorría las puntas de los dedos de las manos y de los pies. Racionalmente no les tenía miedo, no eran peligrosas, al menos si tenías cuidado, pero había algo en la propia criatura que me llenaba de pánico. Un pánico que existía en la tierra desde que existía la víbora.

¿No estaba por aquí?

Sí, en ese pequeño valle.

Caminé un trecho por la baja y desnuda roca. Tras unos cincuenta metros, el bosque se ensanchaba en un claro.

Y así era, al otro lado discurría un arroyo.

El manzano se encontraba a solo unos metros, un poco apartado de los demás árboles.

Me acerqué. Las ramas estaban cargadas de fruta. Había sido un buen verano, pensé, alargué un brazo, agarré una manzana, tiré de ella y le di un bocado.

Mmmm.

El sabor entre ácido y dulce era exactamente como lo recordaba. Un suave olor a algo amargo que no se encontraba en ninguna manzana comprada en la tienda, algo único y nada corriente.

El viejo mundo.

Fue mi tío quien me trajo aquí la primera vez. El hermano más joven de mi padre, Håkon.

Ausente en su manera de ser, brusco, severo.

Pero siempre bueno conmigo. Contaba cosas sobre mi padre que él nunca había mencionado. Seguramente le divertía, pensé, y cogí unas manzanas para que Viktor las probara, me las metí en el bolsillo y estaba a punto de volver a la cabaña cuando vi un movimiento en la hierba alta a unos metros de mí.

Era otra víbora.

Se paró, levantó la cabeza y movió la lengua.

Parecía que me miraba. Pero las víboras apenas veían.

Di un par de fuertes patadas en el suelo.

Movió la cabeza, y el movimiento se trasladó por todo el cuerpo cuando empezó a serpentear hacia los árboles del otro lado.

Miré a mi alrededor para ver si había más víboras cerca. Tantas en tan poco tiempo no era nada usual. ¿Podría haber una especie de apareamiento en marcha? ¿O había algo de comida para ellas por allí?

Todo estaba silencioso y tranquilo. El prado gris en penumbra, más oscuridad entre los árboles. Los más altos se erguían negros hacia el cielo.

Fui hacia la roca, tenía la inclinación justa para poder trepar por ella sin usar las manos.

En algún sitio detrás de mí se oyó el sonido de antes.

calicalicalicalic

Me volví y miré. El sonido estaba cerca, sonaba como si viniera de dentro del bosque, al otro lado del prado.

Si era un pájaro, tenía que ser muy grande.

Que yo supiera, no había pájaros grandes en aquellos parajes.

Subí hasta lo alto del páramo y había empezado ya la bajada por el otro lado cuando vi algo que parecía una hoguera entre los árboles, no lejos del agua.

Había por allí una llanura a lo largo de una ladera que bajaba oblicuamente hacia el agua. Había estado allí muchas veces cuando

era pequeño. Un verano encontré una vaca muerta en un arroyo. Le toqué la tripa con un palo, y reventó. El hedor era indescriptible.

Pensé que no habría nadie más acampando allí y decidí acercarme a mirar. No tenía que darme a conocer.

El agua reposaba tranquila entre los juncos. La orilla, que yo recordaba embarrada y empapada, estaba seca y agrietada. Sin embargo, volvieron los recuerdos; me acordé de los detalles del paisaje justo ante de verlos, más o menos como cuando leía un libro que había leído hacía mucho tiempo y pensaba que había olvidado.

Me detuve al final de la pequeña llanura. La hoguera ardía en un extremo, junto a la linde del bosque.

No se veía a nadie.

Pero tenía que haber alguien cerca. Nadie dejaría una hoguera en el bosque durante una época de tanta sequía como aquella.

Subí lentamente.

No se veía a nadie por ninguna parte.

Me detuve delante de la hoguera, que ardía alegremente en la oscuridad del final de verano.

–¿Hola? –dije–. ¿Hay alguien ahí?

Silencio absoluto.

Miré a mi alrededor, intentando ver dentro de la oscuridad entre los árboles.

¿Qué demonios era aquello?

Al otro lado, en el rincón entre la linde del bosque y la ladera de la montaña había una especie de mástil.

Nunca lo había visto.

–¡Hola! –volví a gritar.

Como no hubo ninguna respuesta, me acerqué.

Qué cosa más rara.

Se alzaba unos quince metros, al abrigo de la empinada ladera. En la parte de abajo había dos rampas de madera, y desde ellas se erguía el mástil, estrecho y fino, hecho de una especie de malla metálica.

No era una antena de radio o de teléfono y parecía casera.

¿Quizá un proyecto estudiantil o algo por el estilo?

Tenían que haberlo hecho los de la hoguera.

¿Habrían ido al coche a buscar algo? La carretera pasaba no muy lejos de allí.

En realidad, yo podía coger esa carretera ahora, pensé. Llegaría más deprisa por allí.

Seguí el sendero entre los árboles, estaba vacío, y tampoco había ningún coche en el aparcamiento junto a la carretera. Los que habían encendido la hoguera debían de haberse ido a dar un paseo, tal vez alrededor del lago, convencidos de que el fuego no se expandiría.

Era una hoguera bien hecha.

Seguí la carretera hasta llegar a los campos y la carretera que iba hasta la playa de cantos rodados, desde donde pronto podría ver la luz de la cabaña muy a lo lejos, como flotando en el aire.

Cuando llegué a las rocas que subían empinadas desde la playa, ascendí por la ladera de la derecha y seguí un rato por la linde del bosque, antes de volver a bajar por donde la montaña se allanaba.

La hoguera estaba apagada.

Se veían luces de algunos barcos en el mar, por lo demás, todo estaba oscuro y negro.

Noche de agosto.

Me paré y encendí un cigarro. Me senté en la roca, que todavía estaba caliente. La capa de nubes era ya tan espesa que ni siquiera la nueva estrella era visible.

A lo lejos sonaron truenos.

Intranquilidad en la tierra del más allá, pensé, y saqué el móvil para ver si Jesper había contestado. No, no había contestado. Pero Camilla me había enviado otro SMS.

¿Lo estáis pasando bien? / C

Bastante bien, contesté. ¿Y tú?

Fantástico, contestó al instante.

¿Tanto?, escribí yo.

Ella contestó con una carita sonriente. Estaría sentada en un restaurante de Roma con ese tal Milo.

¿Y a quién le importaba eso?

Se vio un relámpago.

Diez segundos después llegaron los truenos.

Esta vez más fuertes.

Me levanté y empecé a andar el último trecho hasta la cabaña. Me paré y miré abajo, a la cala, y al velero que estaba allí, blanco e inmóvil en la oscuridad. Ninguna señal de los turistas, estarían ya acostados en el camarote. Resultaba curioso pensar que allí había gente durmiendo, flotando sobre la fina cáscara del agua, en el fondo desamparados. Cualquiera podía subir a bordo.

Un nuevo relámpago iluminó el cielo. Conté los segundos. Siete hasta que llegaron los truenos.

De repente oí un grito.

Me volví.

Venía de la cabaña. Venía de Viktor.

Eché a correr.

Un grito más largo.

Entré por la terraza, abrí la puerta y corrí al cuarto de estar.

Viktor estaba de pie junto a la pared, me miraba fijamente. Tenía la cara desfigurada de miedo.

–¿Qué pasa, Viktor? –pregunté–. ¿Hay alguien aquí? ¿Qué ha

pasado?

Señaló hacia la puerta del dormitorio. Estaba cerrada.

Me apresuré hacia ella y la abrí. La habitación estaba vacía.

Me volví hacia Viktor.

–No hay nadie –dije, acercándome a él.

El niño estaba llorando y lo abracé.

–¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? –pregunté.

–Un hombre –sollozó.

–¿Había un hombre aquí? –pregunté, pensando si podía tratarse del hombre del velero, ¿podría ser él?

Viktor asintió con la cabeza.

–En... en... en... –sollozó–. En la ven...ta...na.

–¿Un hombre en la ventana? ¿Fuera?

–Sí...í...í.

No me gustaba nada, pero no debía transmitírselo a él.

Me puse en cuclillas.

–No hay peligro, ¿sabes? Seguramente era alguien que pasaba por aquí y ha echado un vistazo por la ventana.

–No, no, no –dijo Viktor.

Le acaricié el pelo.

–Yo creo que ha sido eso –dije–. Te has despertado, has visto a alguien en la ventana, y estabas aquí completamente solo. ¡No es de extrañar que te diera miedo! Pero no hay peligro, ¿sabes?

–Sí –dijo, y se apretó contra mí.

–En la cabaña estamos seguros. No ha entrado nadie. Solo era alguien que estaba dando un paseo, y ha sentido curiosidad por la cabaña. No está bien, pero algunas personas son así. También me ha pasado a mí, ¿sabes?, al menos dos veces.

–Pero... él... no parecía...

–¿Qué?

–Una per...sona... –sollozó.

¿No parecía una persona?

¿Podría tratarse de un muerto?

¿Se habían abierto las puertas del infierno?

–¿Puedes quedarte aquí, Viktor, y yo voy a echar un vistazo?

–¡No! –gritó.

Ay, pobre niño.

–Claro que era una persona –dije–. Pero fuera está oscuro. Y las cosas pueden parecer extrañas. Incluso cosas completamente normales.

–No, papá –dijo–. No era... no era... una persona...

–¿Entonces crees que podía ser un animal?

Negó con la cabeza mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

–Vale –dije–. Ahora voy a entrar en tu habitación y abriré la ventana para mirar fuera. No hay nadie allí, pero quiero que te quedes tranquilo. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –dijo.

Entré en la habitación, me volví y levanté el pulgar hacia él antes de abrir la ventana. Los árboles se mecían con el viento, que ya había empezado a subir del mar. Todo crujía y susurraba allí fuera.

–¿Hay alguien? –grité.

No hubo respuesta, claro. Me sentía muy tonto. Pero lo hacía por Viktor, no por mí.

Cerré la ventana y volví con él.

–No hay nadie allí. ¿Puede ser que te imaginaras que había alguien?

Negó obstinadamente con la cabeza.

–Entonces no sería más que un curioso caminante nocturno –dije–. ¿Quieres que hagamos algo agradable?

Me miró sin decir nada.

¿Qué sería agradable para él?

–¿Quieres un poco de pudin de chocolate?

Negó con la cabeza.

–Podemos encender una vela y sentarnos fuera un rato. ¿Te apetece?

Sacudió otra vez la cabeza.

Estaba aterrado. No podía ser únicamente porque al despertarse había visto que estaba solo y se había asustado. Tenía que haber visto algo.

Tenía que haber en él un miedo subyacente.

Lo abracé. Estaba rígido como un palo.

–Todo irá bien, Viktor –dije–. Aquí no hay nada peligroso. Ven, vamos a sentarnos fuera.

Lo llevé con cuidado hacia la puerta. Él se dejó llevar y nos sentamos cada uno en un sillón en la terraza. Ahora el cielo encima del mar era iluminado por relámpagos a intervalos regulares. Él lo miraba con cara inexpresiva.

Me sentía intranquilo. Era obvio que algo iba mal.

La nueva estrella. El gran caparazón. Los cangrejos en la carretera.

La chica muerta.

Y que Viktor hubiera visto algo que no era humano.

Pero ¿quién sabía qué tipo de películas veía él, y a qué clase de juegos jugaba?

–Acabo de recibir un SMS de mamá –dije–. Lo está pasando muy bien en Roma.

–Mmm –dijo.

–¿Lo pasáis bien juntos tú y mamá?

Me miró. Luego volvió la cabeza y miró otra vez el mar.

Resultaba imposible saber lo que pensaba.

–¿Te apetecen unas patatas fritas? –dije al cabo de un rato.

–Vale –dijo.

Me levanté y fui a por la bandeja de la mesa del cuarto de estar y el candelabro con las velas.

Viktor se inclinó hacia delante y cogió un puñado de patatas fritas, mientras yo encendía las cuatro velas.

–¿Sigues teniendo miedo? –pregunté al sentarme.

–Un poco –contestó.

–Pero ahora sabes que lo que viste no era peligroso, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

Le eché refresco en el vaso. Se lo bebió de un trago.

–¡Esto es casi como estar en el cine! –exclamé.

Porque el cielo con los relámpagos en la oscuridad delante de nosotros era realmente un espectáculo impresionante.

Viktor cogió otro puñado de patatas, abrió la boca y se lo metió todo dentro, de modo que trozos y migas le cayeron a montones sobre el pecho.

Al parecer, nadie le había enseñado buenos modales.

Pero daba la impresión de estar ya más tranquilo.

Me incliné para coger el paquete de cigarrillos, saqué uno y lo encendí.

De algún sitio detrás de la cabaña volvió de repente el sonido.

calicalicalicalic

¿Qué era aquello?

Me levanté.

–Solo voy a por algo al garaje –dije–. Dos minutos.

–¡No te vayas! –exclamó Viktor.

No podía llevármelo ni dejarlo solo.

Me volví a sentar. Procedente del mar llegaba un débil sonido vibrante. Era la lluvia que había empezado a caer. Solo unos instantes después, las primeras gotas alcanzaron las rocas debajo de nosotros, luego caían por todas partes, y de repente nos encontramos dentro de una cúpula de crujidos y chapoteos.

Estuvimos callados bastante tiempo.

–¿Hay más cosas que te den miedo? –pregunté al cabo de un rato–. Entiendo que te asustaras al ver una cara en la ventana estando solo en la cabaña. Pero aparte de eso, quiero decir.

–No –contestó.

Cogió la botella y dio un trago.

–Menos mal –dije–. No hay nada que temer, ¿sabes?

–Lo sé –dijo.

–Pero oye –dije–. Es bastante tarde. ¿No crees que deberías

acostarte ya?

Negó con la cabeza.

–¿Tienes miedo de estar solo en la habitación?

–No.

–Puedes dormir en mi cama si quieres.

–¿Y tú?

–Yo puedo dormir en un colchón en el suelo.

–Vale –dijo.

Lo acompañé dentro. Se quitó el pantalón corto y la camiseta y se metió con su cuerpo magro y pálido debajo del edredón.

Me senté en el borde de la cama y pretendía acariciarle el pelo, pero se volvió para alejar de mí la cabeza.

Me levanté.

–¿Adónde vas? –preguntó.

–A la terraza –contesté–. Es un poco temprano para acostarme, ¿sabes?

Se incorporó, cogió el pantalón corto del suelo y empezó a ponérselo.

–Tienes que acostarte, Viktor –dije–. No querrás estar conmigo todo el tiempo, ¿no?

Volvió a quitarse el pantalón corto.

–No te vayas cuando me haya dormido –dijo.

–No lo haré –dije.

–¿Lo prometes?

–Lo prometo.

Cerró los ojos, y yo me senté en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Estuve varios minutos sin moverme y él respiraba tranquilamente, no obstante, noté que no estaba dormido.

–¿Papá? –dijo de repente.

–Estoy aquí.

–Sí que tengo miedo.

–¿De qué tienes miedo, hijo?

Estuvo un rato sin decir nada.

Lo miré. Estaba tumbado, inmóvil, mirando al techo.

–Tengo miedo de la muerte –dijo en voz baja.

No sabía qué decir. Pero él esperaba una respuesta.

Tal vez nunca se lo había dicho a nadie.

Si había algo a lo que yo no tenía miedo era a morir, pensé. Sería un alivio que vinieran a buscarme. Librarme de todo lo demoledor, de todo lo doloroso y malo, de todo lo mezquino, de todos los que querían algo, de todos esos que cogían, cogían y cogían.

–Eso le pasa de vez en cuando a todo el mundo –dije al cabo de un rato–. Incluso a los mayores.

Él no dijo nada. Era como si pudiera oírle pensar.

–Tú vas a tener una larga vida –dije–. No hay nada que temer. ¿De acuerdo?

No contestó.

Veinte minutos después estaba profundamente dormido.

Salí sigilosamente a sentarme en la terraza. Fuera, en la oscuridad, todo goteaba y chorreaba. Me pregunté si la lluvia estaba caliente y si debería ir a ver qué era lo que hacía ese sonido.

calicalicalicalic, sonó desde el bosque detrás de la cabaña.

calicalicalicalic, sonó la respuesta del otro lado.

SOLVEIG

Cuando salí al jardín a la mañana siguiente, el canto de los pájaros sonaba por todas partes. Largas cuerdas de gorjeos recorrían el aire, una red de sonidos ondulantes, algunos nostálgicos, otros alegres, en algunos puntos acompañados por el ronco y entrecortado arrullar de una paloma, todo en el entorno del graznido de los cientos de cuervos que empezaban el día en los árboles de más allá.

Dejé el plato de yogur y la taza de café en la pequeña mesa que había junto a la pared, y me senté con la cara hacia el sol que acababa de subir por encima de los abetos de lo alto de la ladera, al este.

Sentía el cansancio como un dolor en el cuerpo. Pero eso mejoraría con un poco de comida y un café. Así era siempre. El cansancio no era peligroso, solo algo que había que aguantar, y que tenía diferentes fases, algunas en las que ni se notaba.

Al tragar, me pasé el dorso de la mano por la boca, y cogí el café. Toda la cavidad bucal temblaba con el ácido del yogur.

Una de las palomas vino volando hacia la casa por el lado del bosque, y cuando volví la cabeza hacia ella, vi que la estrella seguía brillando muy arriba en el cielo.

Saqué el móvil para ver lo que decían los periódicos. Encima de mí se abrió una ventana. Eché la cabeza hacia atrás y miré hacia arriba, pero no vi a nadie. Ella se habría vuelto a acostar.

Muchos expertos estaban dando su parecer. La mayoría opinaba que se trataba de una supernova. Era un fenómeno raro, pero no inusual. Lo que les confundía era no poder identificar la estrella.

Nadie compartía la teoría de Inge de que se trataba de una nueva estrella.

Sonreí y dejé el teléfono en la mesa. Mientras me comía el resto del yogur, un ternero deambulaba junto a la valla que daba al vecino. Volvió la cabeza un par de veces, seguramente molesto por avispas o tábanos, antes de agacharla y ponerse a pastar. Detrás del montículo aparecieron dos vacas, se acercaron tranquilas al ternero, y también ellas se pusieron a pastar.

¿Era impensable que pudiera ocurrir algo completamente nuevo? ¿Algo que nunca había sucedido antes?

Me rasqué la pierna y cerré los ojos hacia el sol. Cuando los volví a abrir, vi un pequeño gorrión deslizarse por el aire desde el alto abedul hasta una de las ramas del manzano. Hizo un pequeño giro de más antes de posarse, como disfrutando.

Me habría gustado quedarme allí más tiempo, pero mi madre tal vez se hubiera despertado, y no quería que se sintiera desamparada en la cama, así que di un par de rápidos sorbos, me levanté, fui a la cocina, enjuagué el plato y la taza, y los dejé en el fregadero antes de abrir la puerta del salón.

Ella seguía dormida en la misma postura en la que la había visto por última vez.

Le puse una mano en el hombro.

–Mamá –dije–. Tienes que despertarte. Me tengo que ir a trabajar dentro de poco.

Abrió los ojos y me miró.

Parecía muy lúcida, no tenía ninguna duda sobre dónde estaba o quién era yo.

Me alegré por ello.

–Anita está a punto de llegar –dije–. ¿Quieres que te deje sentada o prefieres seguir acostada un poco más?

Sus labios formularon claramente «sentada», así que saqué el mando de debajo de la almohada, pulsé el botón, y una parte de la cama se elevó despacio con un zumbido.

–Voy a arreglarme –dije–. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Un vaso de agua?

Negó con la cabeza.

–¿La radio?

Abrió la boca en un no susurrante, casi inaudible.

Descorrí la cortina, le sonreí y salí al pasillo, donde había algo de ropa que llevé al baño. Me di una ducha rápida, me sequé el pelo con el secador, y me había maquillado y vestido cuando oí el que tenía que ser el coche de Anita subir por la calle.

Aparcó, la verja se abrió y se cerró, sonaron pasos por la gravilla, y luego, desde el pasillo, un alto y cordial ¡buenos días!

Cuando entré en el salón, la encontré junto a mi madre, que estaba sentada con los pies en el suelo, moviendo lentamente las temblorosas manos hacia el andador que Anita le había puesto delante.

–Hola, Anita –dije.

–Hola –dijo ella–. Por lo que veo, ha pasado una buena noche, ¿no?

–Sí, creo que sí –contesté.

Me gustaba Anita, su alegría hacía bien a mi madre. Lo único que me costaba un poco entender era que muchas veces hablara por encima de su cabeza, como si ella no estuviera presente.

Mi madre se volvió lentamente hacia mí, buscando mi mirada. Cuando captó mi atención, abrió la boca para decir algo.

Me acerqué, incliné la cabeza hacia ella y puse una mano encima de la suya, que estaba caliente.

Sonó como si susurrara Line.

–Line está durmiendo –dije–. Seguro que dormirá hasta tarde. Pero va a estar aquí todo el día.

Mi madre susurró algo.

–¿Qué dices? –dije.

Volvió a susurrar lo mismo.

Vio que yo seguía sin entender lo que decía, y se agitó, le temblaban los brazos. Había enfado en su mirada.

Le acaricié el brazo.

–¿En qué estás pensando, mamá? –pregunté, acercando mucho la cabeza a su boca.

Ya solo quedaba la respiración, nada de voz.

Podía estar intentando decir cualquier cosa. Que quería para comer algo que le gustaba a Line, o que yo dijera a Line que no se preocupara por ella, sino que hiciera lo que le apeteciera.

Una lluvia de temblores se le vino encima.

–¿Estás pensando en lo que va a hacer Line hoy?

Me miró con un velo de protesta en los ojos. Así que no era eso.

–¿En qué estás pensando entonces? –pregunté.

Volvió a susurrar algo, pero yo seguía sin captar lo que quería decir.

Era desesperante, ya llegaba tarde al trabajo.

–Te ayudaré a levantarte –dije.

La cogí del brazo y, con la ayuda de Anita, la puse de pie.

–Te he dejado ropa en el baño –dije–. Tengo que irme ya. Nos vemos esta tarde y entonces podremos hablar más. ¡Que lo pases bien con Line!

Al cerrar la puerta, mi madre me siguió con la mirada, con la boca abierta y los brazos temblorosos.

Me sentía intranquila mientras iba hacia el coche, era como si hubiese ocurrido algo grave. De nada servía que me dijera que no era nada, solo que mi madre no había logrado hacerse entender.

Pero ella se volvía muy pequeña en esas situaciones, con ese peso que solía poner en los detalles. Yo sabía que seguramente pensaba y sentía como antes, pero podía expresar muy poco; ya no se podía hablar con ella de nada que fuera complicado.

¿Qué pensaba de Line?

Me detuve delante de la verja y miré hacia el nido, que estaba escondido detrás de unas enredaderas. Cuando di un paso a un lado descubrí a los polluelos, sentados muy juntos, estirando sus pequeños picos de un color entre amarillo y naranja.

Mientras estaba allí mirando, una de las palomas llegó de nuevo volando por encima del tejado. Sin preocuparse por mí, se posó en el borde del nido, se inclinó hacia delante y empezó a dar de comer a los

polluelos. Sus movimientos eran rápidos, abruptos, como si estuviera continuamente cambiando de opinión.

Seguí rodeando la casa y me senté en el coche, que por alguna razón había olvidado cerrar la noche anterior. Seguramente porque estaba Line, pensé, dejé el bolso en el asiento trasero, arranqué el motor y giré para salir marcha atrás a la calle. Lo inusual prevaleciendo sobre lo usual.

Luego estaba Ramsvik.

Me sobrevino un sentimiento escalofriante.

Estaba muerto. Era un cadáver lo que había sobre la mesa, y luego abrió los ojos y gritó en voz baja. Mientras el médico abría el pecho del cadáver.

Bajé por la suave cuesta de grava y cogí la carretera que discurría a lo largo del fiordo. El cielo al oeste seguía con bruma y la montaña junto al fiordo se veía borrosa.

Había una explicación lógica para todo, también para eso, pensé. Simplemente el hombre no estaba muerto. La máquina se había equivocado.

Pasé por delante de la Cooperativa, no había un alma tan temprano por la mañana, salvo un hombre sentado en un banco justo en la puerta. Algo le pasaba, siempre estaba allí. No algo muy grave, pero lo bastante como para estar sentado en el mismo sitio todos los días mirando a la gente, y de vez en cuando charlando con alguien que pasaba por delante de él.

En la cala, los barcos reposaban inmóviles en el agua, casi parecían colgar en el aire.

Luego la carretera se internaba en el valle, dejando atrás los campos de cultivo, las casas blancas y los graneros rojizos. A ambos lados de la carretera había árboles muy juntos. Manchas de luz jugaban en las sombras verdes. Un pequeño río discurría por allí dentro, reluciente entre los troncos. En otras partes salía a lo abierto, como elevado por el claro fondo de arena.

Me sorprendí a mí misma cantando.

Would I lie to you?
Would I lie to you honey?
Now would I say something that wasn't true?
I'm asking you sugar
Would I lie to you?

¿De dónde venía?, me pregunté, mientras veía la cascada caer por entre los árboles un poco más allá, donde la carretera giraba y empezaba a subir hacia la montaña.

Eurythmics en el coche ayer por la tarde.

Claro que sí.

¿Cómo se llamaba aquel disco? Lo había escuchado todo el verano cuando salió, estaba como loca con esa canción.

Be Yourself Tonight.

¡Qué irónico!

Sverre que me echó el ojo cuando yo subía del muelle, camino de la Casa del Pueblo, con Therese, Marit y Anna. Un poco borracha ya, con el pelo mojado y un vestido blanco en la lluvia de verano, el impermeable bajo un brazo y la botella de Liebfraumilch bajo el otro.

Be Yourself Tonight: Él fue mi perdición y por muchos años.

Would I Lie to You: Algo de lo primero que me dijo cuando hablamos en serio en la intimidad fue que había tenido cáncer y que había estado a punto de morir.

No había razón alguna para no creerle. ¿Quién mentiría sobre algo así?

Me acercaba con los ojos abiertos a una catástrofe.

¡Pero ya pasó! Era libre y estaba en casa, pensé, viendo extenderse el pantano, amarillo y seco tras el largo verano, y luego los páramos llenos de arbustos de arándanos cuando apareció el agua, en la que se reflejaban las verdes laderas de la montaña.

Cuando media hora después crucé el aparcamiento del hospital, apareció entre las montañas un helicóptero pequeño como una libélula.

Era curioso cómo el ruido del pequeño aparato podía dominar el cielo de aquel modo, pensé. Y, como siempre, lo sentí como un mal augurio.

Bajé al vestuario y me cambié de ropa, y en el momento en que el helicóptero aterrizaba ruidosamente fuera, fui a por una taza de café y cogí el ascensor hasta mi unidad, justo a tiempo para la reunión de la mañana.

Luego fui a hacer la ronda y entré primero en la habitación de Ramsvik. Seguía estable, había dicho Renate. El corazón latía por sus propios medios, y el escáner había mostrado actividad cerebral, de modo que estaba definitivamente vivo. Pero no lo suficiente como para poder tener una vida digna: los médicos habían decidido no administrarle nada por vía intravenosa, así que tenía los días contados. El tiempo que tardara en morir dependía de su fuerza y de su voluntad. Habían informado a su mujer de la decisión, y estaba de acuerdo. Sabía que ella se encontraba con él cuando llamé a la puerta. Y que los hijos irían por la tarde a despedirse de su padre.

La mujer estaba sentada en una silla al lado de la cama, sosteniendo la mano de su marido. Me miró y me sonrió.

Era bastante baja, tenía las mejillas redondas, una mirada dulce y

unas finas arrugas que le salían del ángulo del ojo y de las comisuras de los labios.

–Hola –dije, cerrando con cuidado la puerta detrás de mí.

–Hola –dijo ella.

–Siento mucho todo esto –dije.

La mujer alzó las cejas y apretó los labios en una expresión de desesperación. Era como si su cara dijera: ya no podemos hacer nada.

–Ocurrió deprisa y sin dolor –dije–. Si saberlo puede servir de algo.

–Aún no está muerto –dijo.

–Así es –dije.

–¿No le hará mucho daño no recibir nada de alimento? Se morirá de hambre, ¿no?

–No está consciente –dije–. Así que probablemente tampoco es consciente del hambre.

El hombre tenía los ojos cerrados, parecía dormido. La cara se veía desnuda sin las gafas. La barba seguía muy arreglada. Yo sabía que tenía todo el pecho vendado debajo de la chaqueta del pijama, pero tal vez ella lo ignoraba.

–¿Qué ocurrió realmente ayer? –preguntó.

–Por la tarde le dieron dos fuertes ataques cerebrales –contesté.

–Eso lo sé –dijo ella–. Me llamaron para decírmelo. También me dijeron que tenía que venir, y que iban a donar sus órganos. Por lo visto él lo firmó en su momento. Y cuando he llegado esta mañana, resulta que ya no está con muerte cerebral.

Abrió la mano hacia él, haciendo un pequeño gesto.

–Y los órganos no fueron donados. ¿Qué significa esto? ¿Tú lo sabes? ¿Qué ocurrió? Ahora el médico dice que sí hay actividad en el cerebro, pero que nunca volverá a despertarse.

–Creo que le hicieron un escáner ayer por la noche, que indicó que no había actividad cerebral. Sería cuando te llamaron a ti. Pero ese escáner estaba mal. Desgraciadamente no entiendo cómo fue posible. Pero al hacerle otro esta mañana vieron actividad. Es todo lo que sé.

Se volvió hacia él. Le sostenía una mano, y con la otra, se la acariciaba.

Me levanté.

–Si necesitas algo, dínoslo. O si tienes más preguntas. Lo mejor será que hables con el médico, Henriksen. Le diré que baje a verte.

–Gracias –dijo con una sonrisa.

Le sonreí y fui hacia la puerta.

–¿No hay ninguna posibilidad de que vuelva a despertarse? ¿Ni la más mínima?

–Me temo que no –contesté–. Fue una hemorragia muy fuerte.

–Sí, en el fondo lo sé –dijo–. Lo que pasa es que parece que está vivo.

Le acarició la mejilla. Salí al pasillo y cerré la puerta.

Entendía muy bien lo que quería decir. El hombre tenía aspecto de ir a despertarse en cualquier momento. Que su cerebro estuviera sin vida parecía más bien una hipótesis, una teoría de los médicos.

La mujer debió de tener a sus hijos bastante mayor, pensé. Aparentaba por lo menos cincuenta años. Tendrían una madre mayor y ningún padre. Pero ella parecía ser de ese tipo de persona que puede con todo.

Sonreí a Ellen, que venía hacia mí.

–¿Qué tal la niña ayer? –pregunté–. ¿Se ocuparon de ella? ¿Está bien?

–Al final se solucionó –contestó Ellen–. Durmió en casa de una amiga de clase. Hoy vendrá la hermana para ocuparse de ella.

–¡Qué bien, Ellen! –dije–. ¿Y la madre?

–No tan bien. Tiene síndrome de abstinencia. Pero de todos modos, le dan el alta mañana.

–No podemos hacer nada al respecto –dije–. Pero ahora al menos Protección del Menor está al corriente. Esperemos que sirva de algo.

–Protección del Menor se limita a quitar a los niños a los padres –señaló ella.

–No siempre. Y algunas veces esa es la mejor alternativa –apunté.

–En este caso, no –dijo ella.

–No queda más remedio que dejar el asunto y esperar lo mejor –concluí, y entré en el despacho, donde leí por encima la historia de un nuevo paciente que había ingresado la noche anterior. Se llamaba Mikael Larsen, tenía setenta años, había sufrido un leve ataque cerebral y lo encontró su mujer al cabo de unas horas, era incapaz de hablar, y tenía el lado izquierdo paralizado. Lo operarían en el transcurso del día, tenía un hematoma entre la meninge y el cráneo que había que drenar.

Estaba en la misma habitación que Inge, al que habían trasladado allí esa mañana.

Cerré el documento y me di un pequeño masaje en la frente, mientras miraba la foto de Line y Thomas, tenían tres y dos años, estaban cogidos de la mano en la calle mirando a la cámara, Line con una amplia sonrisa, Thomas serio. En esa época eran unos miniseres a los que podía levantar y llevar en brazos.

Te daban mucho amor sin saberlo. Qué maravilloso era cuando apoyaban la cabeza en mi pecho. Con sus caras que solo eran mejillas y ojos.

La tristeza porque esa época con ellos ya había pasado vagó unos segundos dentro de mí, una sombra de pérdida. Pero era una sombra creada por la luz, pensé. ¡Ellos no habían muerto!

Me levanté, entré en el cuarto de baño del personal y me aclaré la

cara con agua fría, luego la sequé minuciosamente y fui a ver al nuevo paciente.

La cama de Inge estaba tras una cortina. Tenía una radio a muy bajo volumen, registré, cuando me paré delante de la otra cama. El paciente estaba despierto y me miró. Una mujer de sesenta y tantos años, que estaba sentada en un sillón leyendo, cuando entré dejó el libro y se levantó.

–Hanne –dijo, dándome la mano–. Y él es Mikael.

–Yo me llamo Solveig –dije–. Soy la jefa de esta unidad. ¡Siéntate, por favor!

Se quedó de pie. Tenía la cara delgada y pálida, y las facciones pronunciadas. Era pelirroja, con los ojos verdes.

–¿Cómo te encuentras? –pregunté a Mikael, que aparentaba menos de setenta años. Tenía el pelo medio largo y negro, y lo llevaba peinado hacia atrás, con algunos rizos cayéndole en la cara. Recordaba a una estrella de cine de la década de los setenta, entrada en años.

La comisura de los labios de un lado le colgaba.

–Oh... bien –contestó.

–Le cuesta encontrar las palabras –dijo ella–. Sabe lo que quiere decir, pero no cómo. ¿No es así, Mikael?

–Sí –contestó él.

–¿Habéis hablado con Mattson, el médico?

–Sí, sí –asintió ella.

–Bien. Entonces os habrá informado de que lo operarán esta tarde.

–Eso dijo –contestó ella.

–Hay aquí una cafetería donde puedes esperar.

Asintió impacientemente con la cabeza.

Al parecer, la mujer no me valoraba mucho. A sus ojos, yo no era más que una enfermera, así que ella debía de ser alguien importante. A menos que esa fuera su manera de combatir el miedo.

Le toqué ligeramente el brazo.

–No dudes en llamarme si hay algo –dije–, si tenéis alguna pregunta, o necesitáis cualquier cosa.

–Muchas gracias –dijo, y se volvió a sentar–. Por el momento tenemos todo lo que necesitamos. ¿A que sí?

Miró a su marido.

–Sí –dijo él.

–Eso está bien –dije, y me acerqué a la parte de la habitación de Inge. A falta de puerta, golpeé con el nudillo del dedo índice el soporte de la cortina.

–¡Adelante! –dijo en tono irónico.

Descorrí parte de la cortina y entré.

Estaba sentado sonriente en la cama, con la cabeza vendada y un

camisón azul del hospital.

–Ya he oído que estás haciendo la ronda –dijo.

–¿Cómo te encuentras? –pregunté.

–Muy bien, gracias –contestó–. Con bastante dolor de cabeza, pero supongo que es normal. Estuvieron hurgando dentro de ella bastante tiempo. Y la parte de arriba me la serraron. Es algo que nadie me había hecho hasta ahora.

–Eso espero de verdad –dije–. ¿Y por lo demás no has notado nada raro?

–No –contestó–. Ni ataques epilépticos ni alucinaciones. Solo un aburrido día normal y corriente de hospital.

–Eso está muy bien –dije y sonreí, en contra de mi deseo.

–Sí –dijo él–. Mientras dure.

Hubo una pequeña pausa.

–¿Qué era lo que realmente veías?

–¿Cuando tenía alucinaciones, quieres decir?

–Sí.

–En una ocasión vi dos árboles volar junto a la carretera. Me dirigía al trabajo, así que era temprano, el sol brillaba y los árboles volaban sobre los campos con raíces y todo colgando por el aire. Pero lo raro fue –dijo mirándome–, lo raro fue que no lo viví como una alucinación. ¡Lo vi! ¡Era algo real!

Sacudió la cabeza.

–En otra ocasión vi un coche ardiendo. También entonces había sol y nieve. El coche estaba en medio de la carretera, completamente envuelto en llamas. Frené en seco, salí, y no había ningún coche. Pensé que me había vuelto loco. ¡Porque lo había visto! No eran imaginaciones mías, estaba allí, delante de mí. Al final no sabía qué creer y qué no.

–Tuvo que ser horrible –dije.

–Sí que lo fue –dijo él.

Hubo otra pausa.

–Mañana te darán el alta –dije–. ¿Estás preparado para ello?

–En cierto modo –contestó–. Me hace ilusión volver a casa.

En la mesilla, al lado de la radio, había una foto enmarcada. No de su mujer o hijos, sino de un búho con las alas extendidas, sacada en el instante antes de posarse. Como las alas paraban el vuelo, y no lo facilitaban, daba la impresión de que el pájaro colgaba contra natura en el aire.

Era una foto espectacular.

–¿Te gusta? –preguntó.

Asentí con la cabeza.

–¿La has hecho tú?

–¡Ojalá! No, fue un fotógrafo. Colocó un palo en un llano, y un

disparador automático. Dijo que quería bajar los pájaros del cielo. Y eso hizo. Ese es un búho. ¿A que es fantástico?

–Sí –asentí.

Me pregunté si sabría que antiguamente la gente asociaba los búhos con la muerte. Si se oía un búho gritar cerca de una casa, alguien en ella iba a morir pronto. Se creía que los búhos se movían en la zona fronteriza entre la noche y el día, la vida y la muerte.

Si no lo sabía, no sería yo quien se lo contara.

Cuando entré en la sala de guardia, Renate, Ellen y Mia estaban allí charlando y riéndose. Renate preparaba las dosis de la medicación, Ellen estaba sentada delante del ordenador y Mia estaba de pie con una taza de café en una mano y un cigarro en la otra.

–Esto está tranquilo hoy –dije.

–La calma que precede a la tormenta –dijo Renate.

–Acabo de ver a Mikael Larsen –dije–. Su mujer ha estado bastante insoportable. ¿Alguien sabe a qué se dedica?

–Ni idea –contestó Renate–. Pero no son de por aquí. Tienen una cabaña en la cala de Hellevika. En una de las islas del fiordo. De hecho, creo que son los dueños de la isla. Así que supongo que tendrán dinero.

–Eso lo explica todo –dije, di un sorbo de café y miré el panel de encima de la puerta, que se había iluminado. Habitación número 2. Era la de Ramsvik.

Dejé la taza y salí. Detrás de mí venía alguien corriendo por el pasillo. Me volví. Era Henriksen.

–Solveig –dijo–. Ha habido un grave accidente. No sé el número de heridos o muertos. Pero habrá mucho que hacer. Necesito tu ayuda. Un helicóptero viene de camino. También llegarán ambulancias. ¿Puedes conseguir que alguien se ocupe de lo de aquí?

–Creo que sí –contesté–. Dame dos minutos.

Entré y expliqué la situación a Renate. Ella se encargaría de llamar para pedir refuerzos y de cancelar las operaciones planificadas. Subí a las salas de operaciones por la escalera, en lugar de coger el ascensor, para poder llamar a Line y decirle que llegaría tarde. No cogió el teléfono, y le envié un SMS antes de apagar el móvil y subir las dos últimas plantas.

Había una actividad febril a mi alrededor mientras me cambiaba y me preparaba. Todos recordaban el accidente de autobús hacía unos años, con cuarenta escolares a bordo y diecisiete muertos. Yo no estaba allí entonces, pero sí varios de mis colegas, y los recuerdos seguían siendo traumáticos para muchos de ellos. Imágenes en la cabeza de las que no podían librarse.

Las camillas con los primeros pacientes salieron del ascensor a los pocos minutos. En la primera iba uno de los menores que viajaban en

el coche. Una niña de cinco o seis años. Grandes y gravísimas heridas en cabeza y pecho. Su cara estaba oculta detrás del respirador, pero tenía el pelo ensangrentado, daba la sensación de que la mitad del cráneo estaba abierta. También le habían puesto una cánula IV en el helicóptero y le habían administrado morfina, así que respiraba, su corazón latía y la pérdida de sangre estaba bajo control, pero Henriksen movió la cabeza cuando se inclinó sobre ella, mientras yo le cortaba la ropa con unas tijeras.

Detrás de nosotros llegó otro paciente, y otro más.

–Está prácticamente muerta –dijo Henriksen detrás de la mascarilla–. No entiendo cómo el corazón le sigue latiendo.

–Pero sí que late –dije yo–. La niña está luchando.

–Hemorragias en el cerebro, hemorragias en la cavidad torácica, probablemente neumotórax. Seguramente también otras hemorragias internas.

La niña llevaba al cuello un pequeño collar que debía de haber hecho ella misma, perlas de plástico de distintos colores con pequeñas letras cuadradas de madera en medio, donde ponía ALICE.

El médico le cogió una mano y le presionó una uña con el pulgar. Los ojos de la niña seguían cerrados. Luego le presionó los omóplatos con el pulgar y el índice. Ella retorció el brazo para librarse, a la vez que abrió la boca. El sonido que se oyó era bajo y regular, y no parecía salir de ella.

Se la llevaron para hacerle un escáner, y Henriksen se inclinó sobre su hermana, de unos diez años, también gravemente herida y también en coma.

–Dios mío, qué caos –dijo–. Aquí no queda nada. Solo sangre y huesos.

Quitó con las manos pequeños trozos de hueso del cráneo de la niña.

*

Ya era de noche cuando abandoné la sala de operaciones. Todos los miembros de la familia seguían con vida y estables. Una de las niñas tenía unas lesiones cerebrales tan graves que nunca podría llevar una vida normal si es que lograba sobrevivir. Lo mismo pasaba con el padre. La madre y las dos hijas mayores no tenían lesiones en la cabeza, pero todos estaban en estado crítico.

No cabía esperar que nadie sobreviviera a heridas como aquellas. Pero ellos habían sobrevivido, al menos por el momento.

Estuve un buen rato en la ducha, incapaz de reconocer mi entorno, era como si siguiera estando en la sala de operaciones, y aquel cubículo de la ducha con sus azulejos blancos fuera producto de mi

imaginación.

Volvían de las vacaciones. Unos segundos de distracción del conductor del autobús en la curva, y lo perdieron todo.

Esos pequeños momentos que habían dado por hecho, que seguramente ni siquiera sabían que tenían, nunca volverían. Como el desayuno antes de ir al colegio, cuando la más pequeña estaba sentada en el extremo de la silla con las piernas colgando, comiendo copos de maíz, y las dos mayores discutían sobre ropa en el piso de arriba, mientras la cafetera estaba enchufada y los sonidos de la emisión matutina de la radio llenaban la habitación.

Qué inocentes eran nuestras vidas.

Cerré el grifo, cogí la toalla colgada y la presioné un buen rato contra la cara. El cansancio volvió de repente. Y con mucha fuerza.

Me puse la toalla a modo de capa sobre los hombros, salí al vestuario y me senté en el banco.

La mera idea de tener que vestirme resultaba insuperable.

Podía quedarme un rato sentada.

Luego tendría que espabilar. Mi madre y Line me necesitaban en casa.

No tenía fuerzas ni para estar de pie, así que me vestí sentada.

Tampoco tenía fuerzas para encender el móvil.

Pero tenía que hacerlo, pensé.

Todo mejoró un poco cuando salí del edificio, y el mundo se ensanchó a mi alrededor. El tiempo había cambiado, el cielo estaba nublado y el aire olía a lluvia. Ni siquiera la nueva estrella era visible.

Un autobús blanco de la televisión sobresalía en el aparcamiento. Miré hacia la entrada, donde había unas diez personas, varias de ellas con cámara.

De repente me pareció muy absurdo que todo el mundo quisiera enterarse de los accidentes que ocurrían, incluso gente de muy pero que muy lejos de aquí.

Saqué la llave del bolso, la apreté y vi las luces de mi coche parpadear más adelante, y los espejos abrirse lentamente, como las orejas de un animal percatándose de algo.

Me metí en el coche, dejé el bolso en el asiento trasero y encendí el móvil.

Cuatro mensajes de Line.

¿Es el accidente de las noticias?

¡Estoy haciendo gofres a la abuela!

¿Dónde está la gofrera?

¡La encontré!

Una intensa alegría se me abrió por dentro cuando le contesté.

¡Qué bien! Ya voy para casa. ¡Hasta luego!

Volví a meter el móvil en el bolso, arranqué el coche, y salí del

aparcamiento.

Eso era algo que no me esperaba en absoluto.

Tenía que sentarle bien estar en casa, aunque no era allí donde había pasado su infancia, y yo no había podido ocuparme de ella en todo el día.

La casa en sí la cuidaba.

Y allí estaba mi madre.

Abrí la ventanilla para dejar entrar un poco de aire fresco y no dormirme al volante. Había poco tráfico en las calles y pocos desafíos para mantenerme despierta, al menos cuando salí de la ciudad y cogí la carretera general, por la que podría haber conducido dormida.

Una vez que llevé a Thomas y a tres de su equipo a un partido de fútbol después del trabajo, estaba tan cansada que me dormí, no fueron más que unos segundos, pero lo suficiente para que el coche se dirigiera hacia la montaña. Uno de los chicos gritó «¡Cuidado!», y me desperté justo a tiempo de enderezar el volante.

Por suerte, ninguno de ellos se percató de la gravedad de la situación. Pero yo me llevé un gran susto. Había faltado a mi responsabilidad sobre tres chicos, además del mío, y había estado a punto de provocarles la muerte.

Unas pesadas gotas cayeron en el parabrisas. Cerré la ventanilla y puse la radio, pero volví a apagarla enseguida. En ese momento no tenía espacio para nada.

El río discurría entre los árboles. No se veía un alma.

Qué bueno sería poder acostarme.

Podía preparar algo sencillo. Tal vez huevos y filetes rusos. Dar un masaje a mi madre, ducharla y meterme en la cama.

Los grandes robles se veían como torres negras en la llanura. Las vacas se habían refugiado debajo de ellos con la lluvia. No era el lugar más adecuado si empezaba a haber relámpagos.

¿Por qué no habían muerto?, pensé en el momento en el que empezó a diluviar, y aumenté la velocidad de los limpiaparabrisas. Algo los retenía aquí. Era casi como si sus corazones actuaran por su cuenta, latieran por su propia voluntad, fuera del control del cerebro.

Esa pobre niña.

Alice.

Varios pasajeros del autobús también estaban gravemente heridos. Pero nadie había muerto, al menos por ahora. Era increíble.

El milagro de Sœdalen.

Ese debería ser el titular de los periódicos.

Sin quitar ojo de la carretera abrí la guantera, cogí uno de los viejos CD y lo metí en el reproductor.

Era la séptima sinfonía de Beethoven. Pulsé para pasar la obertura y subí el volumen.

¡Bam baa ba, baam baba!, cantaba, mientras la lluvia golpeaba el parabrisas, bajo el oscuro cielo sobre el paisaje que cambiaba continuamente a mi alrededor.

Me pregunté qué clase de música escuchaba Inge.

En realidad, no sabía casi nada de él. Pero estaba segura de que esa música le gustaba.

La idea de estar sentada en un coche con él escuchando música hizo que el corazón me latiera con más fuerza.

Qué tonta era.

Al día siguiente le darían el alta, y desaparecería de mi vida para siempre.

De mi corazón.

Déjalo ya, pensé.

Ni siquiera lo conocía. Apenas había hablado con él.

Y ya no tenía dieciséis años.

Al otro lado de la montaña, la niebla reposaba como una tapadera sobre el valle. Bajando por él, solo veía un par de metros delante de mí, y tuve que reducir la velocidad. Al pasar por la gran piedra donde había visto el ciervo el día anterior, seguí un impulso, me eché hacia un lado y paré el coche. Unos minutos antes o después no importaría a las que estaban en casa, pensé, y abrí la ventanilla.

El zumbido de la cascada retumbaba en las laderas de la montaña. Vi que el río llevaba más agua que el día anterior. Ahora cubría un poco más de la mitad de las piedras. Las luces de los faros del coche se disolvían en la niebla, haciéndolo brillar.

Esperaba que el ciervo volviera a aparecer. No apareció, claro, pero de todos modos era agradable estar allí sentada. Era un buen sitio, con la cascada, la hoya más abajo, el estrecho río que en días de sol era dorado debido a las piedras entre amarillas y blancas, y la arena del fondo. La enorme piedra que según la leyenda había sido lanzada por un gigante desde el otro lado de la montaña, y se había fracturado al llegar aquí. Al parecer, el gigante la había tirado porque estaba muy irritado con las campanas de la iglesia que sonaban en la bahía.

Miré hacia los árboles que crecían al otro lado del río. Debido a la carretera era fácil pensar que el bosque empezaba allí. No era así de ninguna manera, en realidad, me encontraba en medio de él.

¿Era el ciervo?

¡Sí!

Allí, entre los troncos de los árboles, me estaba mirando.

Seguramente el coche había atraído su atención. Tal vez la luz de los faros. A mí seguro que ni me veía.

Me quedé quieta.

El animal levantó la cabeza y olfateó un buen rato. Luego dio unos

pasos hacia delante. Su piel era oscura a la escasa luz, excepto las patas, que por detrás eran blancas.

Se metió en el río.

¿Para beber?

No. Siguió hacia delante.

Volvió a pararse a solo tres metros del coche.

Ya no cabía duda. Era a mí a quien miraba.

Ojos grandes, oscuros.

Me incliné con cuidado hacia delante.

–Hola, bonita criatura –susurré–. ¿En qué estás pensando?

Dio unos pasos y se detuvo, con la cabeza a solo medio metro del coche.

Me incliné hacia delante con mucho cuidado y saqué la mano. Él bajó la cabeza y la olfateó. Noté su respiración caliente en la palma de la mano.

–Hola tú –volví a susurrar.

El animal volvió a clavar los ojos en mí. Su mirada era abierta y cálida, pero también asombrada.

Durante los segundos que pasaron hasta que levantó la cabeza y siguió andando, tuve la sensación de que me miraba a mí de la misma manera que yo lo miraba a él.

Cuando desapareció, me quedé sentada un rato para reponerme, antes de proseguir camino. El ruido del motor me sonaba como un pequeño infierno después del encuentro con ese animal tan armonioso. No había ningún coche en la carretera, y al cabo de unos minutos aparqué delante de casa.

Me sobrevino una nueva ola de cansancio. Apenas tenía fuerzas para abrir la puerta del coche y bajarme. No recordaba haber estado nunca tan agotada. Estaba muchas veces cansada, pero esto era diferente. Era bastante horrible que tuviera que hacer uso de fuerza de voluntad para ir del coche a casa. Pero mañana todo sería distinto, pensé, ya en la entrada, donde dejé el bolso sobre una silla. Lo único que necesitaba era dormir toda la noche.

Mi madre estaría durmiendo ya, y Line estaría arriba, en su habitación, porque en la casa reinaba el silencio.

Pero todas las luces estaban encendidas.

¿Cuándo aprendería esa chica?

Abrí la puerta del salón y eché un vistazo dentro.

No había nadie en la cama. Tampoco nadie sentado en el sillón.

–¿Mamá? –dije.

Nadie contestó.

¿Dónde podría estar?

Fui a la cocina. Allí tampoco había nadie. Pero en la encimera estaba la gofrera, el cuenco que había contenido la masa y dos platos.

–¿Line? –grité.

Ni un sonido.

Subí la escalera y abrí la puerta de su habitación.

Estaba vacía.

¿Habrían salido?

Mi madre no estaba en condiciones de salir. Excepto si a Line se le había ocurrido usar la silla de ruedas.

No, ahora tan tarde no, ni tampoco con este tiempo. La chica no podía ser tan insensata.

Bajé despacio la escalera. Si algo le hubiese ocurrido a mi madre, ya se la habría llevado una ambulancia, Line me habría llamado.

Me detuve en la entrada y escuché.

No había nadie en la casa.

–¡Mamá! –grité de nuevo, esta vez más alto.

Luego fui a por el móvil y llamé a Line.

Tenía el teléfono apagado.

¿Habría ido al hospital?

Otra explicación no había.

Y yo que tanto deseaba dormir. Pero ahora no podía. No podía hacer nada más que esperar.

Encendí el hervidor de agua. Por regla general, la montaña al otro lado del fiordo solía ser visible durante toda la noche en el verano, como una pared negra e impenetrable bajo el oscuro gris del cielo, pero ahora estaba completamente oculta por la niebla. Era como si el mundo acabara donde los serbales, detrás de la valla, pensé, y saqué una taza del armario, una bolsita de té de la despensa y la leche de la nevera. Busqué con la vista el bote del edulcorante, estaba junto a la bolsa de cereales que Line había dejado en la encimera.

Mientras esperaba que hirviera el agua, bajé al sótano para ver si, en contra de toda suposición, había cogido la silla de ruedas. Pero no, estaba donde solía estar, entre la pared y el congelador, llena de polvo y desvencijada.

Entré de nuevo en la cocina justo en el instante en el que el hervidor de agua se desconectó y la luz azul de la base se apagó. Eché el agua en la taza que contenía la bolsita de té, añadí un poco de leche y unas pastillas edulcorantes y me senté en la silla con la taza en la mano.

Debería llamar al hospital.

Pero primero tenía que ir al cuarto de baño.

Incluso eso me parecía pesadísimo.

Di un sorbo y dejé la taza en la mesa, me levanté y fui al cuarto de baño.

El andador de mi madre estaba fuera.

Dios mío.

Abrí la puerta y la vi tumbada en el suelo. No se movía. Uno de sus brazos estaba torcido formando un horrible ángulo.

Me agaché y le puse la mano en el cuello para tomarle el pulso.

Tenía los ojos abiertos, y se movieron hacia mí.

–Mamá, mamá –dije.

Ella intentó decir algo.

–Shh –dije–. Te has roto el brazo. Voy a llamar a una ambulancia. Todo irá bien.

Corrí a la cocina, cogí el móvil y marqué el 911. Fui al salón a coger una manta mientras hablaba.

–Soy Solveig Kvamme –dije–. Mi madre se ha caído en el cuarto de baño y se ha roto un brazo. ¿Podéis enviar una ambulancia lo antes posible? Es mayor y tiene párkinson, y está bastante débil. Así que es urgente.

Les di la dirección y llevé la manta al baño. Con mucho cuidado, coloqué a mi madre en una postura más cómoda, la envolví en la manta, fui a la cocina a por agua, le acerqué el vaso a los labios y conseguí que bebiera un poco, mientras no paraba de hablar de todo y de nada.

Ella cerró los ojos y se durmió o perdió la conciencia. Habría intentado aguantar mientras esperaba a que yo llegara, pensé, y la desesperación me golpeaba con cada latido del corazón. Ella tenía que haberme oído llegar a casa, tenía que haberme oído llamarla.

Me senté en el suelo a su lado, e intenté llamar a Line una vez más. En ese momento oí que la puerta se abría y se cerraba.

Fui hasta la entrada. Line estaba colgando el impermeable en la percha, y me miró.

–¿Estás en casa? Mejor dicho, ya he visto tu coche fuera.

–La abuela se ha caído y se ha roto un brazo –dije–. Estoy esperando la ambulancia.

–¿Qué ha pasado? –dijo–. ¿Cómo ha ocurrido? ¡Estaba dormida! Por eso salí. ¡Estaba dormida!

–Tú no tienes la culpa, cariño. Se levantaría ella sola e iría al baño, y allí se cayó.

–Ay, pobrecita –dijo–. ¿Es grave?

–Ya está bastante débil, como sabes, así que esto no es nada bueno –dije–. Pero esperemos que se recupere pronto. Es una anciana obstinada.

–¿Puedo hacer algo? Haré lo que sea, ya sabes.

Negué con la cabeza y le acaricié la mejilla.

–Gracias, Line, pero yo me quedaré aquí con ella hasta que llegue la ambulancia.

–Vale –dijo.

Fui hacia el baño.

–¿Vas a ir con ella al hospital? –dijo detrás de mí.

Me volví.

–Sí, creo que sí –contesté.

–¿Es necesario? –preguntó–. Allí hay enfermeros y médicos para atenderla.

–Ya, pero puede resultar bastante aterrador verte sola en una ambulancia y llegar a un gran hospital –dije.

–De acuerdo –dijo, y pasó por delante de mí mirando al suelo para subir la escalera hasta su habitación.

Mi madre seguía con los ojos cerrados cuando volví a entrar. Le puse la mano en la frente. La noté fría y húmeda. Eso no puede ser bueno, pensé, sentándome en el suelo y apoyándome en la pared. En absoluto. Su respiración era tan débil que tuve que mirarle un buen rato el pecho para ver que se movía.

Era como si ahora necesitara menos de todo, incluso de aire.

Que no se muera.

Tenía la boca abierta y como hundida, y los pómulos volvían a marcársele, como cuando era joven.

Claro que tenía que ir con ella en la ambulancia, por muy cansada que estuviera. Podía dormir en el hospital e incorporarme directamente al trabajo por la mañana. No había problema.

Pero Line no quería quedarse sola en casa por la noche. Siempre había tenido miedo a la oscuridad, desde que era muy pequeña.

Ahora era demasiado orgullosa para admitirlo.

Mi madre estaba dormida. También podía irme pronto mañana por la mañana y verla entonces.

Debería tener fuerzas para las dos.

El ruido de un vehículo que subía por la carretera se oía cada vez más cerca. Salí, abrí la puerta, y vi a los sanitarios salir de la ambulancia, coger una camilla y venir hacia mí con reflejos en sus uniformes que lucían débilmente a la luz de las ventanas.

VIBEKE

Åse se despertó al amanecer, primero se puso de pie muy contenta, gritando agarrada a los barrotes de la cuna, pero como tardé en acudir, porque me había levantado sobre las cuatro para darle de mamar y estaba despierta desde entonces, con la esperanza de que se tranquilizara y se volviera a dormir, empezó a proferir unos fuertes gritos que acabaron en llanto.

Helge se retorció intranquilo a mi lado.

–¿Qué hora es? –murmuró primero. Luego–: Por Dios, ¿no puedes cogerla?

Le puse una mano en el pecho, apreté mi mejilla contra la suya, áspera de barba rala, y lo besé en la cavidad del cuello.

–Felicidades, viejo –susurré.

Abrió los ojos y me miró somnoliento.

–Es verdad –dijo, sacó la mano y me revolvió el pelo–. Gracias. ¿Qué hora dices que es?

–No lo he dicho, pero son las cinco y media.

–Dios mío –dijo.

–Tú sigue durmiendo. Yo me ocuparé de ella. Hoy es tu día.

Se dio la vuelta, presionó la cabeza contra la almohada, echó la nuca hacia atrás todo lo que pudo, y solo unos segundos después su respiración empezó a sonar regular, a la vez que se le abría la boca.

Me levanté, cogí el camisón y me lo puse de camino al rincón de la habitación donde estaba la cuna de Åse.

Ella estiró los brazos con el oso de peluche en una mano.

–Hoy sí que te has despertado pronto –dije, la cogí y me la senté en la cadera.

Apoyó la cabeza en mi hombro y me puso su pequeña mano en la espalda.

–Eres una niña muy buena, Åse –dije, y la besé en la frente–. ¿Bajamos?

–Nn –contestó, eso significaba sí. Nn también significaba no, pero entonces la entonación era distinta, bajaba en lugar de subir.

El móvil. Debería llevármelo.

Con Åse en brazos, me acerqué a mi lado de la cama y cogí el teléfono de la mesilla.

La postura en la que Helge dormía parecía enormemente incómoda, pero sabía que era la única manera en la que conseguía dormir, con la cabeza echada tan atrás como era posible.

Quizá colocaba así la cabeza para que la oscura nube del sueño se extendiera más rápido. Porque siempre se dormía muy deprisa. Y dormía tan profundamente que dudaba de que alguna vez me hubiera visto dormir a mí.

–Papá duerme –dije en voz baja a Åse, que lo miraba fijamente mientras chupaba el chupete.

–Nn –dijo, retorciéndose en mis brazos, quería bajar.

Fui al cuarto de baño y la dejé en el suelo mientras me sentaba en el inodoro a hacer pis. La niña fue tambaleándose hasta el borde de la bañera, echó un vistazo al interior, se inclinó, cogió varios juguetes del suelo y los fue tirando dentro uno a uno.

–¡Bang! –dije.

Levantó la vista y me sonrió. El corazón se me derritió.

Abajo, abrí la puerta de la terraza para que ella pudiera entrar y salir cuando quisiera mientras yo preparaba el café, y puse la radio. El sol aún no había salido, pero el cielo estaba luminoso, y el aire fuera incomprensiblemente caliente.

Con la taza de café en la mano, me quedé mirando por encima de los tejados hacia el fiordo abajo y las montañas detrás. Åse hizo rodar su voluminosa mariquita por el suelo de pizarra. El pañal le colgaba de tanto peso y fui al baño a por uno nuevo, cogí un vestido de algodón claro del cuarto de secar para no tener que molestar a Helge, tumbé a Åse en el sofá y la cambié.

En la radio estaban hablando del nuevo fenómeno celeste que había surgido de la nada la noche anterior. Un especialista de la universidad habló largo y tendido sobre supernovas. Su voz sonaba animada y orgullosa, sabía de qué hablaba, por fin había llegado su momento.

–Ya está, mi niña –dije, y la llevé a su sillita, saqué un yogur de la nevera y empecé a dárselo. Al principio, estaba muy tranquila, abría la boca cuando le acercaba la cuchara, tragaba y la volvía a abrir, con los ojos clavados en mí. Había en ellos una increíble calidez y confianza, pensé, una gran sinceridad. Ni una sombra ni una nube.

–Hola –le dije–. ¿En qué estás pensando?

De repente gritó y empezó a mover un brazo. Su atención se había desplazado a algo detrás de mí.

Me volví para ver de qué se trataba.

–¡Ajá! –dije–. ¿Quieres una cuchara para ti?

–Nn –contestó.

Saqué una del cajón y se la di. Ella la apretó con fuerza e intentó meterla en el bote de yogur. Al no conseguirlo, gritó de frustración. La cogí de la muñeca queriendo ayudarla, pero no quiso saber nada.

–¡Rrrrraaaa! –gritó.

Aparta, mamá, significaba eso.

Cuando por fin consiguió meter la cuchara en el bote, la volvió a sacar de modo que un churretón de yogur aterrizó en mi pecho. Luego, antes de que pudiera impedirlo, cogió el bote entero y lo tiró al suelo.

A continuación, me miró. La mirada era en parte interrogante, en parte burlona.

–¿Quieres arándanos? –pregunté.

–¡DAAA! –gritó.

Eché algunos en un bol, que le puse delante. Iba cogiendo uno tras otro con el pulgar y el índice, y metiéndoselos en la boca, concentrada y sin emitir sonido alguno.

–Rico, ¿a que sí? –dije, chupándome el dedo con el que me había quitado el yogur del vestido, antes de ir a por la bayeta y limpiar el suelo delante de la silla. Enjuagué el bote y lo tiré a la basura. Luego me eché más café y me lo tomé de pie, bajo el tragaluz, mientras repasaba la agenda del móvil. Iba a trabajar desde casa, bueno, eso es lo que había dicho, pero el verdadero plan era preparar el cumpleaños de Helge. Él no quería ninguna atención en especial, nada de invitados, ninguna fiesta, ya que lo íbamos a celebrar los dos solos en Roma el fin de semana siguiente, pero algo había que hacer, cumplía sesenta, y no se libraría de tal celebración.

Me había puesto de acuerdo con Tore, su hermano, y habíamos invitado a catorce personas esa noche. Copas en la terraza, osobuco para cenar, su plato favorito, por la tarde vendría a prepararlo uno de los cocineros de Sjølyst, su restaurante favorito. Y para terminar, una tarta especial, no de esas tartas espectaculares, sino una como las que hacía su madre para su cumpleaños cuando era pequeño, y que yo haría en cuanto se hubiese ido a trabajar.

Casi todo estaba ya preparado. Pero tenía que comprar flores, vino, licores, fruta y agua mineral, recoger el regalo en el taller de marcos, planchar el mantel y las servilletas, poner la mesa, los adornos, coger el coche y llevar a Åse a casa de mi madre, siempre había mil cosas que hacer para una fiesta, y tenía que ocuparme de Åse gran parte del día, además de escribir algunas cartas y hacer algunas llamadas.

También debería dar un discurso.

En el transcurso del día pensaría en lo que iba a decir.

Hacía tiempo que me sentía feliz con todo eso. Al parecer, me gustaba conspirar y guardar secretos. ¿Acaso porque era algo que en realidad distaba mucho de mi verdadero yo?

Me costaba esperar a ver su cara cuando llegara a casa y viera que se iba a celebrar su cumpleaños, y a lo grande.

Åse me miró, solté el móvil, la saqué de la silla y la dejé en el suelo, metí el plato en el friegaplatos, cogí la taza de café y fui detrás de ella a la terraza.

El borde de las montañas al este ardía en color naranja. No mucho tiempo después salieron los primeros rayos como espadas de luz.

En el cuarenta cumpleaños de Joar, su mujer dio un discurso en el que decidió contar exactamente cómo estaba la situación entre ellos. Ningún invitado supo cómo reaccionar, se creó un gran malestar, la gente agachaba la cabeza, intercambiaba miradas furtivas, y luego se hizo el silencio, solo se oían los tenedores y cuchillos cuando se reanudó la comida.

Yo seguía sin saber por qué lo hizo, o qué quería conseguir con ello. Quizá pensaba que era la verdad y que la verdad es el valor más importante de todos. Cuarenta años es la edad en la que uno se encuentra ante todo lo que ha hecho y dicho en su vida, y tiene la última oportunidad de hacer balance antes de que sea demasiado tarde para cambiar de rumbo. Esa es la verdad por terrible que sea. ¡Pero no en una celebración! Una celebración es para algo bueno, para todo lo que está bien, para aquellas líneas en la vida que son tan grandes que no se incluye lo malo. Porque lo malo siempre es mezquino.

No es que yo tuviera algo malo que decir sobre Helge.

Absorto por su trabajo, bastante unidimensional en sus pensamientos fuera de lo que le interesaba, es decir, en la vida diaria, pero bienintencionado. Enérgico. Resuelto para algunas cosas, débil para otras. Lleno de un temor no admitido a la vejez.

Pero nada de eso decía quién era.

Era de esas personas que no querías que se fuera cuando estabais en la misma estancia, hubiera o no muchas más personas. De esas personas que decían cosas que a ti nunca se te habían ocurrido. De esas personas de las que querías estar cerca.

Miré a Åse. Estaba inmóvil, mirando fijamente algo delante de ella. Bajó el dedo para tocarlo, fuera lo que fuera.

Me levanté.

–¿Has encontrado algo? –dije, inclinándome sobre ella.

Cinco mariquitas reptaban por el suelo de pizarra.

–¡Qué bonitas! –dije–. ¡Mariquitas!

–Nn –dijo.

–Cuando era pequeña las llamábamos Marías voladoras –dije, y conseguí que una de ellas se me subiera al dedo.

Me levanté y la tiré por la barandilla. Abrió enseguida sus pequeñas alas y se metió volando en el mar de aire.

–Se ha ido volando –dije.

Entonces de repente vi que había muchas más fuera. Por lo menos veinte o treinta. Algunas se habían posado en la barandilla, otras en el suelo, otras solo volaban hacia delante y hacia atrás.

Extraño.

–¿Las ves, Åse? –pregunté cogiéndola.

Ahora que ya sabía qué buscar, veía cada vez más. También los puntos que se veían fuera tenían que ser mariquitas. Se acercaba una nube de ellas.

Empezaron a posarse a nuestro alrededor.

–¡Daa! –dijo Åse, moviendo entusiasmada las manos.

De repente, las baldosas estaban llenas de mariquitas. Algunas se posaron en la niña, en el vestido, en el pelo, y de repente yo tenía tres en el camisón. Las quité con la mano e intenté entrar en casa sin pisarlas, pero había tantas que era imposible, las oía crujir bajo mis pies desnudos cuando fui hacia la puerta corredera abierta.

La cerré y dejé a Åse en el suelo. Le quité las mariquitas del pelo y tiré las del vestido al suelo, donde empezaron a moverse junto a las que habían conseguido entrar.

El suelo de la terraza estaba negro de insectos. También los cristales de la puerta y de los ventanales estaban llenos de ellas.

Sentí náuseas.

–Mira lo bonitas que son –dije a Åse, que estaba en cuclillas mirándolas–. Pero ahora vamos a ver un poco la tele, ¿quieres? Y mamá va a poner un poco de orden aquí.

Encontré el mando en el sofá y encendí el televisor. Alejé a Åse de los bichos, busqué los programas infantiles, puse un episodio de los Teletubbies que le encantaba, y cuando apareció el sol con cara de bebé en la gran pantalla y acaparó su atención, fui corriendo a la cocina a por el cepillo y el recogedor.

Me resultaba incómodo recoger criaturas vivas como si fueran migas, pero aún peor era tenerlas reptando por el suelo del salón. Curiosamente no se resistían, no intentaban volar o escapar, sino que estaban quietas en el recogedor cuando las llevé hasta la ventana de la cocina, que abrí con una mano y tiré fuera con la otra.

Detrás de mí Helge bajaba por la escalera.

–¡No tienes que limpiar por mí! –dijo.

No llevaba gafas y su cara parecía completamente desnuda, los ojos inocentes, como si aún no se hubiesen acostumbrado a la vida.

–Felicidades –dije, acercándome a él.

Me dio un ligero beso en la boca.

–No hace falta que me lo recuerdes todo el tiempo –dijo–. ¡Es un día horrible!

–Eres un hombre adulto –dije–. No hay nada mejor que eso, ¿no?

Se rió.

–Es el peor eufemismo que he oído jamás.

–¿Has visto la terraza? –pregunté–. Hay miles de mariquitas.

Se volvió y miró hacia la puerta del otro extremo del salón.

–Vaya –dijo–. ¡Es fantástico!

–A mí casi me da una sensación de fin del mundo –dije.

–Qué tontería –dijo, y se acercó a la puerta–. Solo están enjambrando.

–¿Qué significa eso?

–Están buscando comida o un lugar para pasar el otoño –supongo.

–¿Entonces por qué nunca lo había visto antes? –dije.

Se encogió de hombros.

–¿Tú sí? –pregunté.

–¿Si lo había visto antes?

Asentí.

Negó con la cabeza.

–¿Entonces cómo sabes que es algo natural?

–Los insectos enjambran. La mariquita es un insecto.

Se volvió hacia Åse, que estaba mirando la televisión sin moverse, mientras chupaba enérgicamente el chupete. Recorrió los pocos pasos que los separaban y la cogió.

–¡Hola, mi niña! –dijo, lanzándola al aire.

Ella se echó a llorar.

Una sombra pasó por la cara de Helge.

–Nada puede apartarla de sus Teletubbies cuando los está viendo –me apresuré a decir–. Protesta cada vez que intento moverla.

–Ya veo –dijo él.

La dejó en el suelo, y la niña se calló al instante.

–¿Tú ya has desayunado? –preguntó mirándome, mientras distraído le revolvía el pelo a la niña.

–Te estaba esperando –contesté.

–¿Te parece bien que salga a correr un poco primero?

–¿En tu sesenta cumpleaños?

–Sobre todo en mi sesenta cumpleaños.

–Es tu día –dije con una sonrisa–. En realidad, me viene muy bien. Así puedo preparar el desayuno mientras estás fuera. ¿Qué te apetece? ¿Huevos? ¿Tortilla?

–Gachas de avena –dijo–. Pero tú deberías tomar algo rico.

Conocí a Helge en una parada de taxis. Yo había ido a Londres y volví por la noche. Solía coger el autobús del aeropuerto, pero yo no pagaba el viaje y como era tan tarde, pensé que podía coger un taxi.

Llovía, y la parada estaba vacía, a excepción de un hombre alto y esbelto, con un paraguas en una mano y una cartera en la otra.

Cuando me paré a su lado, lo reconocí. Era Helge Bråthen, el arquitecto. Salía a menudo en la televisión y en las noticias, y también había visto un documental sobre él.

Se acercaba un solitario taxi. El hombre cerró el paraguas, lo sacudió, y cuando el taxi paró delante de él, abrió la puerta y se metió

dentro. Entonces pareció percatarse de mi presencia.

–¿Adónde vas? –preguntó.

–Al centro –contesté.

–Podemos compartir el taxi, si quieres. Así no tienes que esperar aquí.

–Gracias, acepto la oferta –contesté, rodeé el coche y entré por la otra puerta.

Estuvo un rato mirando el móvil, yo miré el mío para ver si había mensajes. Los dejamos justo al mismo tiempo, y nos pusimos a mirar cada uno por nuestra ventanilla.

Él pareció darse cuenta de la sincronía.

Los limpiaparabrisas se deslizaban constantes y adormecedores por el cristal. Fuera, las superficies mojadas brillaban bajo las luces de las farolas y las lámparas. Donde no había luz, la oscuridad era completamente impenetrable.

–¿Te interesa el arte? –preguntó.

Lo miré sorprendida.

Luego caí en la cuenta. La bolsa de la Tate que había dejado en el asiento.

–En cierto modo sí –contesté sonriendo–. ¿A ti también?

No vi razón alguna para reforzar su ego, que seguramente era ya bastante grande, y no dejé traslucir que sabía quién era.

–Bueno, sí –dijo, mirándome a través de las gafas redondas con montura negra–. De alguna manera. Lo pregunto porque ayer te vi en la exposición de Blake en Londres –añadió–. Eras tú, ¿verdad? ¿Estuviste allí?

Asentí con la cabeza.

–¿Te gustó? –preguntó.

–Sí –contesté–. Me gusta Blake. Pero la exposición era demasiado maciza, había demasiadas cosas, faltaba espacio alrededor de los cuadros. Así que estaban un poco muertos.

–En eso estoy de acuerdo –dijo–. Pero ¿y los manuscritos? Eran únicos, ¿no?

–Sí –contesté.

Volvió a hacerse el silencio, lo cual me agradó. No tenía ganas de hablar, y menos con alguien a quien no conocía. Debió de percatarse, porque no dijo nada más hasta que estábamos cerca del centro, y me preguntó dónde quería bajarme.

Aparte de contarlo en el trabajo al día siguiente, que había compartido taxi con Helge Bråthen, no pensé más en ese encuentro. Yo no buscaba en absoluto ninguna relación, Markus y yo nos habíamos separado solo unos meses antes, y aunque había sido más por iniciativa mía que suya, yo seguía deprimida y aún lo amaba. Y luego estaba lo de esa exposición. En realidad, era demasiado joven e

inexperta para tener esa responsabilidad, era la mayor apuesta del museo en muchos años, pero la idea había sido mía y yo había hecho gran parte del trabajo preparatorio, por lo que era más difícil encomendárselo a otro.

Así que los siguientes dieciocho meses trabajé casi únicamente con la exposición.

El día de inauguración, a la que se había invitado a un montón de artistas, políticos, patrocinadores y famosos de la ciudad, Helge Bråthen se me acercó y me señaló con el dedo índice.

–¡La exposición de Blake en Londres! –dijo–. ¿Correcto?

Asentí con la cabeza.

–¿Así que no solo te interesa el arte? ¿También trabajas con él? Al estar aquí, quiero decir.

–En cierto modo –dije–. ¿Y tú?

–No, yo solo soy arquitecto –dijo–. ¿Qué te parece esta exposición? Recuerdo que fuiste muy crítica con la de Blake.

¿Cómo podía acordarse de eso si debía de conocer a gente nueva todos los días?

Sonreí.

–Me gusta mucho esta exposición –dije–. ¿Tú qué opinas?

–Me gustan algunas cosas –contestó–. Otras no tanto.

–¿Qué es lo que no te gusta?

Me miró mientras se alisaba los mechones cortos del pelo.

–La iluminación de la sala dos es muy mala –contestó–. Demasiado oscura. Crea un ambiente equivocado. El ambiente tiene que venir de los cuadros, no de la endiablada luz. Los colores de las paredes también son horribles. Por la misma razón.

–Pero ¿y todo en conjunto? ¿El arte? Funciona muy bien, ¿o no?

Ahora se frotaba los pelos ralos de la barbilla.

–En el fondo, sí. Pero resulta extremadamente difícil mezclar épocas. Aun tratándose del mismo tema. Es demasiado evidente. ¿Entiendes? Se quiere que los cuadros actúen juntos, de alguna manera. Que se aporten algo recíprocamente. No solo representar la época.

Asentí con la cabeza.

–Pero el cuadro de los cuervos es jodidamente bueno. Y los de Vanessa Baird. Me encanta Vanessa Baird.

–A mí también –dije.

Me miró distraído, como si hubiese olvidado con quién estaba hablando, hizo un gesto con la cabeza y sonrió. Luego echó una mirada a su alrededor, seguramente en busca de algún camarero con vino.

Le devolví el saludo y me adentré en la sala.

Al día siguiente me llamó por teléfono.

–Soy Helge Bråthen. Blake en Londres, si recuerdas.

–Ah, hola –dije.

–¡Me engañaste ayer! Mucho. ¡Jamás habría dicho lo que realmente opinaba de la exposición si hubiera sabido que tú eras la comisaria!

Me reí.

–Apreció oír tu verdadera opinión –dije–. La iluminación ya estará arreglada. ¡Gracias por decírmelo! Tenías toda la razón.

–No, no –dijo él–. Déjame repararlo. ¿Me permites que te invite a cenar?

–De acuerdo –dije.

–¿Esta noche?

–Esta noche no –dije, dándome cuenta de que estaba sonriendo–. Hoy es la inauguración para el público.

–No durará toda la noche, ¿no?

–Hasta las diez.

–¿No podemos vernos después de las diez?

–Ninguna cocina está abierta hasta tan tarde.

–No hay problema. Estarán abiertas para nosotros. Digamos... ¿a las diez y media?, ¿en Sjølyst?

Dijimos a las diez y media, y no muchos meses después, me mudé a su casa. Estaba feliz, pero también preocupado.

–¿Qué quieres realmente de mí? –preguntó aquella noche–. Yo pronto cumpliré sesenta años, y tú tienes treinta y tres.

–Quiero tener hijos contigo –contesté.

Me miró incrédulo, con los ojos abiertos de par en par.

–¿Estás bromeando?

–No.

–¿Por qué demonios quieres eso?

–Porque te amo.

–¿Es verdad?

–Mm.

–¿Tanto?

–Mm. Y tienes buenos genes.

Puse a hervir las gachas de avena cuando él se metió en la ducha. Luego calenté unos panecillos en el horno, hice más café y una tortilla, y preparé tres vasos de zumo de naranja, justo cuando él bajaba.

–Vaya, cuántas cosas –dijo, frotándose las manos al sentarse.

–Hoy no comas solo gachas de avena –dije, y coloqué a Åse en su silla. Le acerqué el zumo de naranja a la boca. Hizo una mueca, pero quiso más.

–¿Por qué no? –preguntó.

–Es comida para abogados y gente de negocios que se apunta todos

los años a la carrera de esquí de Birken. En realidad, no me puedo imaginar nada peor.

–Sí que puedes –dijo él, puso un trozo de mantequilla en las gachas y espolvoreó canela encima–. La cría industrial de animales, la explotación petrolífera, el exterminio de especies, por ejemplo, te parece peor que las gachas de avena.

–Te has olvidado de la caza de ballenas –dije.

–Va incluida en el exterminio de especies.

Empezó a comer.

–¿Por qué no te sientas? –dijo, mirándome.

–Sí –dije, señalando el queso marrón–. ¿Le cortas un trozo a Åse?

Me senté y él puso un trocito de queso marrón delante de la niña, ella lo cogió y se lo metió en la boca, igual de tranquila y concentrada que cuando se comía los arándanos.

–¿A que es mona? –dije.

–Eso también es un eufemismo –dijo–. Es fantástica.

–¿A quién crees que se parece?

Me miró a mí y luego a ella.

–Tus ojos, por suerte. Mi nariz. La forma de cara de tu madre. El color de pelo, ojos y piel de tu hermana. Pero la totalidad es suya propia y de nadie más. Y el alma.

Ella lo miraba atenta mientras él hablaba. De vez en cuando pensaba que se admiraban mutuamente a distancia. No eran íntimos, pero lo serían.

No hablamos más de hijos durante la cena la noche que me mudé a su casa, tampoco los días siguientes. Un día, en el coche, después del trabajo, camino del supermercado, me puso una mano en la rodilla.

–Está bien –dijo–. Estoy de acuerdo en que tengamos un hijo. Pero tú tendrás que ocuparte de él. Yo soy demasiado viejo para trabajar y ser un padre moderno a la vez. Tienes que estar segura. Tienes que desearlo de verdad. Yo tendré setenta años cuando el niño tenga diez, ¿sabes?

–Estoy segurísima –dije, apretándole la mano.

Luego apartó el plato vacío, partió el panecillo por la mitad, y puso una loncha de queso en cada parte.

–También tienes que comer un poco de tortilla –dije–. Está bastante buena, aunque lo diga yo.

–Mm –dijo, y dio un mordisco al panecillo, inclinándose sobre el plato para que las migas no le cayeran en las rodillas.

–¿Qué planes tienen hoy para ti en la oficina? ¿Lo sabes? –pregunté.

Negó con la cabeza y tragó, luego bebió un poco de zumo de naranja.

–Seguramente una tarta con la forma del nuevo edificio de Correos

o alguna otra tontería –contestó–. Ya he dicho que no quiero ninguna celebración esta vez. Pero creerán que no lo digo en serio.

–¿Y no es así?

Resopló.

–Los cincuenta estaban bien. No entendía la gravedad. Sesenta es algo muy distinto.

Comimos los tres en silencio durante unos minutos. En la radio repetían las noticias de antes, con el entusiasmado astrónomo.

–Qué idiota –dijo Helge, reclinándose en la silla–. Lo importante para ellos es que todo lo que ocurre haya ocurrido antes y vuelva a ocurrir de la misma manera. Toda la ciencia está construida sobre eso. Que todo siga determinadas leyes y que esas leyes no cambien nunca. Siempre he pensado que es imposible que sea así. Bueno, no siempre, desde los veintitantos. No hace más de trescientos mil años que aparecieron los seres humanos. Fue algo completamente nuevo, algo así nunca hasta entonces había existido.

Esa era la magna idea de Helge. Que no eran leyes lo que dirigía el mundo, sino costumbres. Lo había sacado del filósofo Peirce, a quien él y algunos compañeros leyeron cuando eran jóvenes estudiantes. La tesis que entonces presentó llevaba por título Arquitectura y costumbre. Al día siguiente de nuestra primera noche, fui a cogerla en préstamo a la Biblioteca Universitaria, y me quedé impresionada. Pero después él abandonó esa teoría y nunca desarrolló esos pensamientos a través de los que entendía el mundo.

–Pero serán dos cosas distintas, ¿no? –dije–. Biología y evolución. No hay ninguna contradicción entre eso y las leyes de la Naturaleza, ¿no?

–¡Pero toda nuestra experiencia tiene que ver con cambio! –exclamó–. No hace mucho de la primera fisión de los átomos, por ejemplo. Y no hay que retroceder tantas generaciones hasta cuando no había coches, máquinas de coser, aviones, ordenadores, cohetes espaciales o Dios sabe qué.

–Trata de que usamos las leyes de la Naturaleza a nuestro favor –dije–. Eso no las anula exactamente, ¿no?

–Pero imagínate que no hubiera leyes de la Naturaleza. Ningún patrón eterno ni límites para lo que se puede y lo que no se puede. Pero que eso también evolucione. Que todo tenga historia.

–¿Así que también la fuerza de la gravedad, por ejemplo, ha evolucionado? –dije, con la intención de tomarle el pelo, pero él no lo entendió.

–¡Sí, exactamente! ¡Nunca ha sido fija! Ha sido una manera en la que la materia empezó a comportarse. Luego se convirtió en una costumbre, y tras miles de millones de años es una costumbre tan difícil de cambiar que pensamos que es una ley eterna. Pero en un

principio no fue más que una improvisación. Todo lo que hay en la naturaleza es improvisación. Luego algunas soluciones son mejores que otras, y entonces quedan ahí, cada vez más fijas.

–Pero entonces ¿cómo sabe la materia cómo comportarse? ¿Una costumbre presupone una especie de conciencia?

Lo miré sonriente.

–¿No querrás decir que la materia sabe pensar?

–Me pareció más correcto cuando lo pensé que al decirlo –dijo, sonriendo él también–. Pero como un experimento del pensamiento, digamos que la materia sí es capaz de pensar. O no de pensar, pero sí que tiene una forma de conciencia. Es decir, los átomos. Que encajan en patrones que funcionan. Y que todo lo nuevo que ocurre busca sistemas que funcionen.

–No entiendo del todo la diferencia –dije–. El resultado es el mismo, la ley de la gravedad existe de todos modos.

–¡Pero la diferencia es enorme! –exclamó él–. Si la evolución rige para todo, entonces algo nuevo puede surgir en cualquier momento. Por ejemplo, esa supernova de allí arriba –añadió, señalando el techo–. ¿Y si es algo completamente nuevo? La ciencia no lo captará, porque ha excluido la posibilidad de que ocurra algo nuevo, y por tanto, nunca lo verá.

–¿Y tú qué dices, Åse? –dije, revolviéndole el pelo. Había estado observando a Helge gesticular, al mismo tiempo que colocaba los trocitos de copos de maíz que yo le había puesto en un plato en la mesa delante de ella en una larga fila.

–¿Sabes que ese fue seguramente el primer pensamiento metafísico del mundo? –pregunté.

–¿Cuál?

–Que todo está vivo, incluso la materia.

–No hay ninguna razón para creer que sus pensamientos eran peores que los nuestros –dijo, levantándose–. ¿Qué planes tienes para hoy?

–Trabajar un poco cuando se duerma Åse. Quizá dar una vuelta por la ciudad con ella.

–Suena bien –dijo. Dio el último sorbo de café y se limpió la boca con el dorso de la mano–. Parece que se me ha hecho un poco tarde hoy. Luego nos vemos.

Cuando Helge se marchó, metí a Åse en la cuna, y en cuanto se durmió, empecé con las tartas. Por suerte, habían desaparecido las mariquitas de la terraza, y mientras las tartas estaban en el horno, me puse al día con algunos correos electrónicos.

Estábamos ya a treinta grados, y seguramente haría aún más calor en el transcurso del día.

Mandé un SMS a Atle, el hijo mayor de Helge, que había prometido ayudarme a cargar las cosas más pesadas.

¿Sigues dispuesto a ayudar?, escribí.

Claro, contestó. ¿A qué hora estarás allí?

A las diez. Nos vemos entonces. ¡Gracias!

Fui a la cocina y miré las tartas a través del cristal del horno. Seguían de color beige, y subí a la habitación. Me di una rapidísima ducha y me cambié de ropa, mientras Åse dormía boca arriba, con las piernas y los brazos extendidos, como una estrella de mar. Luego volví a bajar, saqué las tartas, que olían bien y tenían un precioso tono dorado, y las puse sobre una rejilla para que se enfriaran. Una de ellas se había hundido un poco, pero no tanto como para descartarla.

Recogí las cosas del desayuno, puse en marcha el friegaplatos, y estaba a punto de sacar la batidora eléctrica cuando Åse empezó a chillar arriba.

–Estoy aquí, Åse –grité, subiendo la escalera. Estaba llorando de pie en la cuna, con la cara sudada y sucia.

–Qué bien has dormido –dije, cogiéndola–. Ahora vamos a cambiarte y luego iremos al centro. ¡Verás qué bien lo pasamos!

Seguía llorando, y le di un cepillo del pelo, con el que se puso a jugar cuando la tumbé.

Metí en la mochila unos pañales y unas toallitas húmedas, unos purés de fruta y unos cartones de leche, coloqué en uno de los bolsillos laterales un biberón vacío, y en el otro una taza de agua, comprobé si llevaba la cartera, las llaves del coche y las gafas de sol en el bolso, luego saqué a la niña al rellano con la mochila a la espalda y el bolso colgado del brazo, y cogí el ascensor hasta el sótano.

Casi nunca cogía el coche, solía ir en bicicleta o andando, pero ahora íbamos a uno de los grandes centros comerciales de las afueras de la ciudad, así que no había más remedio.

Helge había cogido el Mini, como de costumbre, y a mí me quedaba el Audi, que unos minutos después saqué despacio, marcha atrás, del estrecho garaje del edificio, y luego conduje hasta la brillante luz del sol con Åse atada en su silla, detrás de mí.

Ya en la carretera, llamé a mi madre.

–Hola –dije–. ¿No te importa recogerla hoy en casa? Es mucho estrés tener que llevártela.

–De acuerdo –dijo–. ¿A qué hora te viene bien que vaya? ¿A la misma?

–Sí. O a cualquier hora antes de las cinco, en realidad.

–¿Cuanto antes mejor? –preguntó.

Me reí.

–Sí –contesté.

–Entonces estaré allí sobre las tres.

–Estupendo –dije–. ¡Nos vemos luego!

Mi madre tenía la misma edad que Helge, solo se llevaban un año. Yo sabía que le costaba aceptarlo, aunque nunca lo había comentado.

En primer lugar, podría ser ella la que estuviera con él. Eso en sí tenía que resultar perturbador. En segundo lugar, él, su coetáneo, era la pareja de su pequeña, porque yo seguía siendo pequeña a sus ojos, y, aunque no lo dijera, eso debía de percibirlo como algo parecido a la pedofilia. Y si no exactamente eso, algo que rompía con el orden de la naturaleza tal como debería ser.

¿Qué quería ese viejo de su joven hija? Que no era cualquier chica, sino su propia hija.

Jamás habíamos hablado de eso. Ella quería dejarme vivir mi vida, y yo se lo agradecía. Pero era imposible que no sintiera desdén por un hombre que salía con chicas a las que les doblaba la edad.

Un día debería hablar con ella sobre eso.

Pero jamás lo admitiría, quizá ni siquiera ante ella misma.

¿Y qué podría decir yo? Tampoco tenía a mi disposición más que clichés.

La edad no es más que un número.

¡Así era!

La personalidad de Helge, lo que era él, no tenía edad. Estaba rodeada de sesenta años de vivencias y experiencias, y en muchas personas ese camino era largo, quizá tan largo que la personalidad solo era algo que tenían para ellos solos, una resonancia de ellos mismos en medio de pensamientos y sentimientos desconocidos por los demás. Pero en el caso de Helge, ese camino era corto, cuando hervía de entusiasmo por algo, cuando se ponía triste por algo, o cuando encontraba algo tan divertido que hasta perdía el control de la risa que le producía.

Eso lo hacía vulnerable, y yo amaba esa vulnerabilidad.

–¡Estoy pensando en papá! –dije, y llevé la mano detrás del asiento, en busca de la suya.

La rechazó con un manotazo.

–¿Quieres un helado después? –pregunté, arrepintiéndome enseguida: «después» era un concepto que ella no entendía.

–¡Nn! –contestó.

Y como no llegaba ningún helado:

–¡UAA! ¡UAA! ¡UAAAARHG!

–Solo tienes que esperar un poco, Åse. Enseguida llegamos. Entonces te compraré un helado.

Pero era demasiado tarde, ya había empezado a chillar.

En ese momento apareció delante de mí una gasolinera y, sin pensármelo, puse el intermitente y me metí.

–Ven, vamos a por un helado –dije. Desaté el cinturón de seguridad de la silla y la cogí.

El calor temblaba sobre el asfalto. Los coches pasaban a toda velocidad en crueles ráfagas de sonido. El aire olía a humo de tubos de escape y gasolina. Åse aún no había entendido que nos habíamos parado para comprar un helado, no paraba de gritar y patalear, y era casi imposible llevarla en brazos.

Pero cuando entramos en la gasolinera, y saqué del congelador de autoservicio un polo de fruta, se tranquilizó. Se lo abrí, ella se lo metió en la boca y yo le di el papel al dependiente para que lo escaneara. Pagué, salimos y unos minutos después giramos.

Aparqué en la azotea del centro comercial. Llegamos antes de la hora, y Åse seguía hipnotizada por el polo, así que encendí la radio y me puse a esperar a que lo acabara.

Pensé en lo que había dicho Helge sobre que todo lo que había en el mundo había llegado por improvisaciones, y que las leyes de la Naturaleza en realidad solo eran costumbres.

Para que él se entusiasmara, los pensamientos no tenían por qué ser verdaderos, ni siquiera probables. Bastaba con que fueran nuevos.

Pero ¿y si los pensamientos se comportaban de la misma manera?

Se pensaba algo, y cuando ya se había pensado, se volvía a pensar una y otra vez en todas partes, y tras varias generaciones, los pensamientos estaban ya tan pensados y cubiertos de costumbres que su contenido se convertía en una especie de leyes de la Naturaleza.

Mi madre contó que el abuelo una vez, muy al final de su vida, dijo «Qué hace ese maldito judío en la televisión», al ver al político Jo Benkow en las noticias. Mi madre se estremeció, su padre jamás había dado muestras de antisemitismo ni de ninguna otra forma de racismo. ¿Había tenido siempre esa clase de pensamientos y los había ocultado, porque sabía que eran estigmatizantes, y nunca los había sacado a la luz hasta ahora que empezaba a desorientarse?

¿Esos pensamientos, toda clase de prejuicios, llevaban tanto tiempo siendo pensados que constituían ya una parte de nosotros, aunque nosotros no los hubiéramos creado? ¿Por eso eran tan difíciles de destruir? ¿Y por esa razón los nuevos pensamientos eran tan raros, y eran recibidos al principio con tanta resistencia? Pero si ya habían sido pensados una vez, volverían a ser pensados una y otra vez, hasta que la costumbre los hubiera galvanizado a ellos también, y fueran, si no leyes, al menos posibles verdades.

Eso infundía esperanza, ¿no?

Porque lo imposible de alterar el rumbo del mundo cuando nos dirigíamos como una polilla directamente al fuego no era imposible. Yo pensaba en salvar la selva tropical. Pensaba en prohibir los combustibles fósiles. Pensaba en la crueldad con la que tratábamos a

los animales. Y si yo lo hacía, otros lo harían, y se formaría un sistema, y cada vez más personas lo pensarían, hasta que se convirtiera en una verdad en consecuencia con la cual ya no podríamos evitar actuar.

Simplemente como una consecuencia de la naturaleza de los pensamientos, que se agrupaban, haciéndose cada vez más ineludibles.

¿O solo eran disparates idealistas?

Sonó el móvil. Era Atle.

Estoy aquí fuera, escribió. ¿Estás lejos?

¡Estoy ahí en cinco minutos!, contesté. Salí del coche, abrí el maletero, saqué el carrito, lo desplegué y metí a Åse dentro.

–¡Vaya pinta! –exclamé.

Tenía helado por toda la cara, y el pecho del vestido estaba pegajoso del zumo del polo.

Le lavé la cara con unas toallitas húmedas. Luego la cogí, me senté en el asiento del coche con las piernas fuera, y con ella sobre las rodillas, le quité el vestido, cogí otro de la mochila, se lo puse y volví a meterla en el carrito.

–¡Al final te has salido con la tuya! –dije, me puse la mochila a la espalda, metí el bolso debajo del carro y lo empujé hasta el ascensor.

Podía comprar casi todo en el centro comercial. Lo único que no estaba allí era el taller de marcos. Podría acercarme una vez que mi madre hubiera recogido a Åse, pensé, y coloqué el carrito de manera que la niña pudiera verse en el espejo.

Pulsé el botón del primer piso y me puse en cuclillas a su lado mientras la puerta se cerraba.

–¿Ves? –dije señalando–. ¡Ahí estamos las dos! Åse y mamá. ¿Quieres saludar con la mano?

Ella cerró los dedos de una mano y luego los abrió de esa forma tan preciosa en que lo hacía siempre.

Me reí, le di un beso en la mejilla y me levanté, empujé el carrito para salir del ascensor en la planta baja, y fuimos al Monopolio del Vino, donde nos esperaba Atle.

Vestía un pantalón corto caqui, unas zapatillas blancas y una camisa azul. Las gafas de sol le colgaban del bolsillo de la camisa. Iba peinado hacia atrás y llevaba la barba muy bien recortada.

Me resultaba incomprensible que Helge tuviera un hijo tan presumido.

–Hola, Vibeke –dijo, examinándome de arriba abajo con una rápida mirada que él seguramente pensaba que era imperceptible, y que una fracción de segundo se paró en mis pechos, antes de dar un par de pasos y abrazarme–. ¡Qué bien que le organices una fiesta!

–¿A que sí? –dije.

Åse lo miraba fijamente.

–Qué guapa eres –dijo, sonriéndole.

En el Monopolio del Vino, Atle cogió un carro, mientras yo llevaba el de Åse.

–El cocinero nos aconseja comprar Barolo o Barberesco –dije–. ¿Cogemos siete de cada?

–¿Cuántos vamos a ser? –preguntó.

–Catorce.

–Sí, de sobra –dijo–. ¿Qué Barolo quieres?

–¿Ese, tal vez? –sugerí, sonriendo.

–¿El más caro? –dijo, sonriendo también–. ¿Por qué no el mejor?

–Ese me gusta –dije.

–Bueno, si tú lo dices –dijo, y cogió siete botellas.

Me pregunté por qué le había pedido ayuda justo a él, temiendo ya la siguiente elección de vino que tuviera que hacer.

Quizá sería mejor dejarlo elegir a él.

–Es que yo no crecí con vinos y esas cosas –dije–. Así que no tengo mucha idea. Lo entiendes, ¿verdad?

–Al menos no has cogido el segundo más caro –dijo–. Es lo que suele hacer la gente cuando tiene dinero, pero duda. Piensan que comprar el más caro es vulgar, y que el segundo más caro también tiene que estar bien.

–Puedes elegir tú, si quieres –dije.

–Yo tampoco tengo mucha idea –dijo–. Pero puedo hacerlo, claro.

–Necesitamos un vino para el postre –dije–. Y bebida para las copas. Ginebra, vodka y whisky. Con eso basta, ¿no?

–Tal vez coñac. A él le gusta mucho.

–Vale.

Atle puso las botellas en la banda, mientras yo buscaba la tarjeta en el bolso.

–¿No verá en el extracto de la cuenta que has estado aquí? –dijo–. ¿Y se imaginará que le estás preparando algo?

¿Lo dijo para hacerme de menos? ¿O se lo preguntaba de verdad?

Metí la tarjeta en el datáfono y tecleé el pin.

–No estamos en la década de los sesenta –dije–. Tengo un trabajo, ¿sabes? Y mi propia cuenta.

Volví a colocar la tarjeta en la cartera y empecé a meter las botellas en bolsas.

–Y si hubiera usado la cuenta de tu padre, dudo de que lo hubiese comprobado. Ese no es su estilo, ¿no crees?

–Es verdad, supongo que tienes razón –dijo–. No tiene mucho control sobre su economía.

En ese momento, Åse tiró su oso de peluche al suelo. Y a continuación, el chupete.

–¿Te aburres? –le pregunté, recogí las cosas del suelo, y se las

enseñé. Como ella movía enérgicamente la cabeza diciendo que no, las metí debajo del carro.

–Nos vamos enseguida –dije.

–Yo estoy listo –dijo Atle, que se había repartido las bolsas entre las dos manos.

–Quizá sea mejor meter las botellas en el coche antes de seguir –propuse–. Es mucho peso para ti.

–¿Dónde has aparcado? Puedo llevarlas ahora y así no tienes que estresarte con el carro y todo luego.

–El coche está en la azotea –dije, y le di la llave–. Justo al lado del ascensor.

Se me ocurrió que todo el mundo que nos viera pensaría que estábamos de compras con nuestra hija.

–Voy a la floristería mientras tanto –dije–. ¡Nos vemos allí!

Cuando desapareció de mi vista, llamé a Helge.

–¿Cómo están mis chicas preferidas? –preguntó.

–Muy bien –contesté–. Estamos en el centro comercial.

–¿Qué hacéis ahí?

–Pensaba comprar unas flores. Al fin y al cabo, es tu cumpleaños. Åse se ha comido un polo que le ha encantado, y luego tal vez nos sentemos en algún café. ¿Qué harás tú?

–No sé muy bien –dijo–. Hace demasiado calor para trabajar. Así que en realidad estoy aquí sin hacer nada.

–Pero ¿no tenéis aire acondicionado? –pregunté, deteniéndome delante de la floristería.

–Sí, sí. Es más el ambiente. Tanto verano me pone nervioso. ¿Dónde estáis exactamente? Igual me doy una vuelta por ahí. ¿Has almorzado?

–¿Quién almuerza a las diez de la mañana?

Se rió.

–Es verdad, pero ¿y si nos vemos dentro de una hora? ¿Aguantarás tanto tiempo en ese infierno?

–Yo sí, pero Åse no sé.

–Pero no tenemos que almorzar para vernos –dijo–. ¿Dónde estáis? Voy para allá ahora. Me harían falta unas camisas y también unos pantalones cortos tal vez.

–Oiga, señor –dije–. No me viene muy bien.

Se quedó callado.

–Vale –dije–. Te lo diré entonces: estoy haciendo algo secreto.

–Ah, bueno –dijo.

Ahora lo adivinará, pensé, y vi a Atle salir del ascensor muy a lo lejos.

–Es una tontería –dije–. Pero es algo muy especial que creo que te va a gustar. Al menos esa es la intención.

–Mientras no sea una tarta con forma de la iglesia de Malmö... –dijo.

–¿Es la sorpresa que te han preparado? –dije.

–Sí, señora.

Me reí justo cuando Atle se detuvo delante de mí.

–¿Y estaba rica? –pregunté a Helge, poniendo un dedo sobre la boca.

–Sí, sí.

–Te adoran –dije–. ¡Yo también te adoro!

Me sentía mucho mejor cuando entramos en la floristería. Estaba llena de gladiolos, y compré un gran ramo solo de blancos, otro de colores que iban desde el rosa pálido hasta el rojo intenso, y otro de flores amarillas, naranjas, rosas y rojas. También compré dos ramos de anémonas rojas, blancas, lilas y azules.

–Realmente estás gastando a troche y moche –dijo Atle, con los brazos llenos de ramos de flores, esperando a que yo pagara.

–Las flores preferidas de tu padre son los girasoles –dije–. También deberíamos comprar algunos, aunque no peguen mucho con las demás.

–¿Cuáles son las tuyas? –preguntó.

–¿Las mías qué?

–Tus flores preferidas.

–¿Tú qué crees? Los gladiolos, claro.

Cuando el dependiente envolvió los girasoles y pagué, entramos en el supermercado a comprar fruta y agua mineral. Åse estaba ya harta y daba muestras de desagrado cada vez más sonoras, pero le gustaba ir en coche, y se tranquilizó y se puso a gorgotear alegremente cuando por fin la até en su silla.

–Creo que desde aquí puedo apañarme yo sola –le dije a Atle, cuando dejó las flores en el asiento de atrás.

–Voy a ayudarte, faltaría más –dijo, y se subió al coche–. Será complicado meter tantas cosas en casa con Åse y todo, ¿no crees?

–Un poco –dije con una sonrisa–. ¡Muchísimas gracias!

Se puso las gafas de sol, e iba mirando por la ventanilla de su lado mientras atravesábamos los grandes centros comerciales con forma de cajas.

Yo sabía mucho sobre él, pero todo por Helge. De cómo era el mundo desde su punto de vista sabía poco.

Ya en la autovía, sacó el móvil.

–Al parecer, un asesino en serie anda suelto por la ciudad –dijo.

–¿Ah, sí?

–Han encontrado a los chicos de esa banda. A tres de ellos los han asesinado. El cuarto está desaparecido.

–Dios mío –dije, mirando por el espejo lateral antes de cambiar de

carril.

–Estaban jugando con fuego –dijo.

–Literalmente –dije yo–. ¿No eran ellos los que incendiaban iglesias?

–No exactamente los mismos, creo, pero pertenecían al mismo ambiente.

Bajó la ventanilla y apoyó el codo en el marco.

–¿Un poco de música?

–¿Qué quieres escuchar? –pregunté.

–Algo de tu lista. Cualquier cosa.

–Vale –dije, y puse el álbum que había estado escuchando antes.

Se puso a marcar el ritmo de la música con la mano.

–Beach House –dijo.

–¿Te gustan?

–Sí.

Entramos en el túnel, y él cerró la ventanilla.

–¿Vas bien ahí atrás? –dije, buscando a la niña con la mano. Allí estaba.

–Me gustó muchísimo tu exposición –dijo Atle.

–¿El alma y el bosque?

–¿Has hecho otras?

Me reí.

–Yo sola no.

–Era magnífica. Me impresionó. Y entonces no tenía idea de quién eras.

–Gracias, Atle –dije.

Se hizo el silencio. Salí de la carretera principal y reduje la velocidad, me metí por las calles de la ciudad repletas de gente, pero, por suerte, sin demasiados coches. Al entrar en nuestra calle, fui a coger el mando a distancia del garaje, que estaba debajo del freno de mano, cuando su mano rozó de repente la mía. Fue como si un calambre me recorriera.

–Aquí está –dijo, alcanzándome el mando a distancia.

Lo cogí, a la vez que le eché una rápida mirada. Él miraba al frente, como si nada hubiese ocurrido.

Seguramente no había sido intencionado.

–Gracias –dije. Lo apreté y vi cómo la puerta, a veinte metros de nosotros, empezaba a abrirse.

–¿Cómo es realmente estar casada con papá? –preguntó.

Lo miré, antes de meter primera para entrar sin problemas por la estrecha puerta y moverme por el reducido espacio dentro.

¿Qué quería? ¿Abrir un espacio entre nosotros dos?

–Creo que eso es un asunto entre tu padre y yo –dije, volviendo la cabeza para entrar marcha atrás en nuestra plaza. En ese momento,

Åse giró la cabeza y me miró.

–¡Mamamá! –dijo.

–¿Has dicho mamá? ¿De verdad?

–¡Mamá! –volvió a decir, esta vez con voz triunfante.

–Solo me lo preguntaba –dijo–. Me intereso por tener más perspectivas de las personas. Sobre todo, porque es mi padre.

–Sí, supongo que tienes razón –dije–. Perdona, tengo que enviar un mensaje.

¡Åse acaba de decir mamá!, escribí, y se lo envié a Helge.

¡Fantástico!, contestó. ¡Esa es mi niña!

Volví a meter el móvil en el bolso, me quité el cinturón de seguridad y salí del coche, luego saqué a Åse y la estreché contra mí, mientras Atle abría el maletero y sacaba todas las bolsas.

–Cojo las flores en el segundo viaje –dijo.

–Estupendo –dije yo.

Arriba, en casa, cambié el pañal a Åse mientras Atle dejaba las botellas en la cocina y volvía a bajar. Yo solo quería que se marchara, pero por cortesía tendría que preguntarle si le apetecía un café u otra cosa de beber, al fin y al cabo, había estado toda la mañana ayudándome.

–¿Dónde quieres que las deje? –preguntó cuando apareció en la puerta con los brazos llenos de ramos de flores.

–Ponlas junto a las botellas –dije.

–¿No las meto en agua?

–Ya lo haré yo –dije–. Ya me has ayudado bastante.

–No, no. Lo haré encantado.

–No hace falta –dije–. ¿Quieres tomar un café o algo? ¿Una Coca-Cola Light? ¿Una cerveza?

–Gracias, no diré que no –dijo–. Una cerveza, entonces.

Åse estaba sentada delante de su gran caja de música, abriendo y cerrando cajones. Luego buscó a su alrededor algo que meter en ellos. Cogió un caballo de plástico e intentó empujarlo dentro, pero era demasiado grande, y me miró interrogante.

Di cuerda al resorte de la parte de atrás, y el bailarín se puso a dar vueltas y la música a sonar. Ella cerró la tapa y la música se paró.

Atle estaba mirando los cuadros de la pared.

–No es lo que tú querías, Åse –dije–. ¡Querías cosas para meter en los cajones!

Saqué unos animalitos, figuras y piezas, y lo dejé todo a su lado.

–Yo crecí con estos cuadros –dijo Atle–. Pero nunca los había mirado de verdad hasta ahora.

–Nn –dijo Åse, abriendo uno de los cajones.

Fui a la cocina.

–¿Y te gustan? –pregunté pasando por delante de él.

–Sí –contestó–. Sobre todo, el de Gustav Aase.

–¿El cuadro del pájaro?

–Sí, es bastante increíble. De pequeño, ese pájaro me daba miedo.

–No me extraña –dije, y saqué de la nevera una lata de Carlsberg.

El cuadro representaba un enorme pájaro negro que extendía la cabeza hacia el cielo con el pico abierto. Sobresalía por encima de las personas, que eran minúsculas.

–Toma –dije, y le di la cerveza.

La cogió con una mano, y con la otra tocó ligeramente la parte de arriba de mi brazo.

–Muchas gracias –dijo, mirándome a los ojos.

Di un paso hacia atrás y miré a Åse, que estaba de rodillas observándonos.

Él sonrió, dio un trago y se volvió de nuevo hacia el cuadro.

No podía decir nada, él no había hecho nada. Si decía algo, él diría que yo era una histérica. Él solo se había mostrado amable.

–Voy a acostar a Åse –dije–. Está cansada.

–Vale –dijo él–. Me siento en la terraza mientras tanto.

La cogí en brazos, ella apoyó la cabeza en mi hombro.

–Ahora vas a dormir un poco –dije, yendo hacia la escalera. En voz baja, para que él no me oyera, le pregunté–: ¿Sabes decir mamá?

–¡Ma-má! –dijo la niña.

–¡Ay, mi estrellita! –dije, estrechándola fuerte contra mí.

Estaba realmente cansada y dejó que la acostara sin protestar. Puse el aire acondicionado, bajé las persianas, me metí en el baño y me lavé la cara con agua fría.

Atle estaba sentado en la terraza fumando, con la lata verde en la mano.

–¿Se ha dormido? –preguntó.

–Está a punto –contesté, y me senté en el sillón al otro lado de la puerta abierta.

–¿Tú no quieres? –dijo.

Negué con la cabeza.

–Habrá mucho que beber esta tarde, creo.

–¿Él no sabe nada todavía?

–No, no creo que lo haya adivinado.

Se hizo el silencio.

Me hubiera gustado beber algo, pero no fui a por una Coca-Cola, porque eso no haría sino prolongar la situación.

Él dejó la lata en el suelo. Oí que estaba vacía.

Me levanté.

–Tengo mucho que preparar –dije.

–Puedo ayudarte si quieres –se ofreció.

–Es muy amable por tu parte –dije–. Pero necesito un poco de

tiempo para mí sola ante de que empiece la fiesta.

–Capto la indirecta –dijo con una sonrisa. Apagó el cigarro y se levantó.

Lo acompañé hasta la entrada.

–Gracias por tu ayuda, Atle –dije.

Se acercó a mí y me dio un abrazo.

Me acarició la espalda.

Me apretó fuerte contra él.

–Atle –dije, intentando librarme.

–Sí –dijo, y me besó en la boca.

–¿Qué haces? –dije, luchando por librarme–. ¿Te has vuelto loco? ¡Jodido imbécil!

–Creía que te gustaba –dijo–. Pero es evidente que me he equivocado.

–¡Soy tu madrastra! –dije.

–Técnicamente, sí –dijo–. Pero, de hecho, soy mayor que tú.

–Será mejor que te vayas –dije.

–Sí –dijo, se dio la vuelta, abrió la puerta y salió al descansillo. Se detuvo–. No le digas nada a papá –añadió–. Por favor.

Cerré la puerta sin decir nada y eché la llave.

No quería llorar, pero lo hice.

Me paseé por el piso llorando y subí la escalera para darme una ducha y quitármelo de encima.

¿Qué había hecho yo para hacerle creer que quería algo con él?

Cerré la puerta de la habitación donde dormía Åse, me desnudé, abrí la ducha y me coloqué debajo.

¿Por qué lo había hecho?

¿Qué había en mí que le hacía creer algo así?

No se lo podía decir a Helge. Le destrozaría.

Me enjaboné el cuerpo, me lavé el pelo, lo enjuagué, me sequé, colgué la toalla y entré con cuidado en la habitación.

La niña dormía tranquila, sin moverse, su pequeño pecho subía y bajaba como un pequeño fuelle.

Él era su hermano.

Que le den.

Saqué un vestido blanco de algodón.

Pero me quedaba demasiado corto y tenía un escote demasiado grande para que me apeteciera ponérmelo. Opté por un pantalón corto y una blusa.

Bajé y me puse a cortar las flores, a entresacar las hojas y a ponerlas en floreros.

Eran bonitas.

Estaba a punto de coger el mantel y ponerme a plancharlo, cuando me acordé de las tartas. Cuanto más tiempo llevaran con la nata y el

relleno, más ricas estarían, había dicho su madre.

Dejé las botellas junto a la pared en la encimera, saqué la tabla de cortar más grande que tenía, la puse en la otra encimera y dividí cada tarta en tres capas con mucho cuidado.

Luego batí la nata.

Paraba la batidora a intervalos para escuchar si Åse se había despertado.

Una vez lista la nata, tenía que bajar al sótano a por la mermelada y las bayas.

Debería haberlo hecho antes. Cuanto más tiempo pasara, más posibilidades había de que Åse se despertara mientras yo estaba en el sótano.

Pero solo tardaría unos minutos, como mucho, cinco.

Me quedé quieta escuchando.

Arriba no se oía ni un sonido.

Bien.

Cogí las llaves del trastero del plato que había en el banco junto a la puerta de entrada, esperé unos segundos al ascensor, miré por la ventana, el césped estaba vacío y lleno de luz. Pulsé el botón del sótano. Si la niña se despertaba, no pasaría nada, unos minutos sola en la habitación no le harían ningún mal.

En el gran sótano, donde se encontraban los trasteros de los pisos, las luces del techo se encendieron automáticamente cuando salí del ascensor.

Pero ¿qué era eso?

La puerta del trastero estaba abierta.

¿Habían robado?

Asomé la cabeza para mirar.

Había alguien tirado en el suelo.

Un sintecho o un drogadicto.

Ojalá no estuviera muerto.

Encendí la luz y entré con mucho cuidado.

Era un chico joven.

Me agaché a su lado.

Respiraba.

Estaría durmiendo la mona.

Pero no podía quedarse allí.

Me levanté.

¿Qué podía hacer?

El teléfono estaba arriba. Tampoco podía dejar a Åse sola en el piso.

¿Simplemente cerrar la puerta y llamar a la policía?

El chico tendría unos veinte años. No parecía un drogadicto.

Seguramente se trataba de un estudiante que había bebido

demasiado.

Me volví a agachar, le puse una mano en el hombro y lo moví ligeramente.

Abrió los ojos. Al verme, se deslizó como un animal hacia la pared.

–No puedes dormir aquí –dije.

–Ayúdame –susurró–. Tienes que ayudarme.

ARNE

Me desperté en plena noche, porque tenía que mear. Intenté aguantarme un rato y seguir durmiendo, pero la presión sobre la vejiga no hacía sino aumentar, y acabé por levantarme y bajar. En lugar de ir al cuarto de baño, salí al jardín y meé en las rosas del macizo en medio del césped. Lo hacía a veces cuando todo el mundo dormía, me proporcionaba una especie de sensación de libertad, o más bien quizá de derecho de propiedad: yo era el propietario de la casa, era el propietario del jardín, allí podía hacer lo que me diera la gana.

Hacía tanto calor que no había diferencia entre dentro y fuera. Tenía la piel húmeda, aunque iba en calzoncillos. La nueva estrella resplandecía en el negro cielo nocturno con mucha más fuerza que el resto, incluso hasta allí abajo llegaba una débil luz que se reflejaba en la vegetación.

Tengo que enmendarme, pensé, mientras la meada chapoteaba sobre las flores delante de mí, y yo movía despacio el chorro para que el sonido no despertara a nadie. Lo que había hecho esa noche era simplemente inaceptable.

Ya no estaba borracho, pero tenía un dolor de cabeza que aumentaba cada vez que me movía.

Cuando acabé, abrí la puerta del estudio de Tove para ver si seguía dormida.

Yacía en la misma postura que antes. Tenía la boca abierta y roncaba ligeramente. Eso estaba bien. Muy bien. El dormir volvía a atraerla hacia la tierra, y yo la necesitaba aquí ahora. Pasado mañana nos iríamos a casa. No solo empezaba el colegio de los niños, también mi semestre.

Ardía en deseos de volver al trabajo. El plan era trabajar en el libro todo el verano, pero no había sido así.

Nunca salía como se había planeado.

No era la capacidad lo que me faltaba, sino la voluntad, el empujón final.

Pero sí que sabía impartir clase. Y escribir sobre literatura me resultaba fácil. Podía hacer ambas cosas a ciegas.

Me metí sigilosamente en la habitación contigua.

La cabeza cortada del gato seguía allí.

Qué aspecto tan macabro tenía, coño.

Los ojos vacíos, la mueca felina, la sangre.

Hasta ahora Tove nunca había hecho algo así.

¿No sería mejor librarse ya de eso, antes de que los niños se despertaran y pudieran verlo?

Fui a la cocina a por una bolsa negra de basura, un par de guantes amarillos de goma, una botella de detergente y un trapo. Llené un cubo de agua y volví. Ella seguía dormida, ausente de este mundo, pero de todos modos cerré la puerta antes de ponerme los guantes y coger la cabeza del gato con mucho cuidado, a la vez que intentaba apartar toda clase de pensamientos. La piel pegada al cráneo me hizo pensar que la cabeza era más pequeña de lo que me había parecido al meterla en la bolsa. Los ojos amarillos muertos, la sangrienta superficie del corte en el pelo negro, el pequeño golpe cuando dio contra el suelo dentro de la bolsa.

Lavé la sangre a toda velocidad, eché el agua sobre el césped, fui a por la pala, y me acerqué a los groselleros con la bolsa. Todo parecía estar tranquilo dentro de casa.

Dejé la bolsa en el suelo y clavé la pala donde había enterrado al gatito. Eran madre e hijo, y pensé que podían tener la misma sepultura. Era un estúpido pensamiento sentimental, pero no vi ninguna razón para no hacerlo.

Yo estaba solo allí.

Justo en ese momento, tuve precisamente la sensación de no estar solo.

La sensación era intensa, y me enderecé.

No era como si hubiera alguien en la oscuridad vigilándome, sino como si hubiera alguien dentro de mí.

Que me estuvieran viendo desde dentro.

–¿Estás idiota o qué? –dije en voz muy baja, y pisé la pala para que atravesara la mezcla de corteza y se clavara en la tierra más firme. Tras unos minutos cavando, el hoyo tenía ya una profundidad de tal vez medio metro.

El gatito no estaba allí. Tenía que haberme equivocado de sitio al hacer el agujero, seguramente estaba un poco más lejos, pensé, y levanté la bolsa de plástico para sacudirla y que saliera la cabeza, pero cambié de idea y la saqué con mucho cuidado. No había razón para hacerlo de un modo indigno.

¿Y si el gatito a pesar de todo estuviera vivo y hubiese salido?

Aunque estuviera vivo, no habría podido hacerlo, pensé, me agaché y coloqué la cabeza del gato en el hoyo. Luego fui a por el resto del cuerpo a los matorrales que crecían junto a la pared de la casa, lo puse junto a la cabeza de la manera más natural posible y volví a llenar el agujero.

Después de recogerlo todo, me lavé bien las manos en el lavabo. Luego fui a la cocina, saqué unas rodajas de salami de la nevera, las enrollé y me las metí en la boca.

La sensación de que alguien estaba viendo todo lo que hacía y sabía todo lo que pensaba seguía ahí.

Si fuera un examen, habría suspendido, pensé.

¿No teníamos chocolate o algo por el estilo?

Abrí el armario. Al fondo había un plato con chucherías de los niños, lo había puesto detrás de los paquetes de harina para que no lo encontraran fácilmente, había también una tableta de chocolate crocanti, me metí un trozo en la boca y lo mastiqué camino de mi habitación.

Entonces me acordé del gatito que quedaba.

Por suerte, había cerrado la puerta, así que seguiría dentro.

Me agaché y miré debajo de la cama. Allí estaba, acurrucado en el rincón, pero no dormía, los pequeños ojos apenas se veían en el ovillo negro.

–Pss, pss, pss –dije.

No se movía.

–Te voy a poner un nombre –dije–, ahora que eres el gato más viejo de por aquí. ¿De acuerdo?

Me levanté, me tumbé en la cama y entrelacé las manos sobre el pecho.

–¿Te estás preguntando cómo te llamas? –dije–. Mephisto, así te llamas. Porque eres completamente negro.

Cerré los ojos y debí de dormirme casi al instante, porque lo siguiente que recuerdo es que la habitación estaba inundada de luz y que sonaban voces altas abajo en el cuarto de estar.

Eran los gemelos, que se estaban peleando.

Salí de la cama y descorrí las cortinas. El sol brillaba en un cielo completamente azul y ni un soplo de aire movía las hojas de los árboles.

Saqué del armario un pantalón corto y una camisa de manga corta, me vestí y bajé al cuarto de estar.

Heming estaba en el sillón de mimbre, refunfuñando, Asle estaba sentado en el sofá jugando con su iPad.

–¿Qué tal, chicos? –dije.

–¡Bien! –contestó Asle, mirando desafiante a Heming.

–¿Y tú? –dije, revolviéndole el pelo.

–Asle ha cogido el cargador, y lo tenía yo –dijo.

–¿Cuánta batería te queda? –pregunté.

–Tres por ciento.

–¿Y a ti, Asle?

Se encogió de hombros.

–No sé.

–¿Podrías mirarlo? –dije.

–Vale –contestó–. Catorce.

–Entonces dale el cargador a Heming. Cuando él tenga catorce por ciento, te lo devolverá.

–Pero es mi cargador, papá –objetó–. El que se rompió era el suyo. ¿Por qué tengo que sufrirlo yo?

–¿Sufres de verdad? –pregunté–. Sea como sea, soy yo el que decide en esta casa. Así que harás lo que yo digo. ¿Lo entiendes?

–Vale –dijo, y tiró del cable de tal modo que arrancó el enchufe.

–¡Pero qué haces! –exclamé–. ¡Tienes que tratar las cosas con cuidado!

Se levantó desafiante y salió de la habitación con el iPad en las manos, dejando el cargador en el suelo.

–¿Has desayunado? –pregunté a Heming, que se sentó justo donde antes estaba su hermano.

Negó con la cabeza.

–¿Asle tampoco?

–No –contestó.

–Entonces voy a preparar algo –dije.

–Vale –dijo él, sin quitar ojo de la pantalla.

Alguien llegaba andando por la calle, me incliné hacia delante para ver quién era.

Nada menos que Kristen. Con el mono azul que llevaba siempre. Uno fino en verano y uno gordo y forrado en invierno. Llevaba una bolsa de la compra en cada mano. Qué tipo tan ágil, pensé, debería estar ya cerca de los ochenta.

Me volví de nuevo hacia Heming.

–¿Oye? –dije.

–¿Mmm? –dijo.

–¿Qué tal por aquí ayer en mi ausencia?

–Horrible –dijo mientras su máquina emitía distintos ruidos.

–¿Cómo de horrible? –pregunté.

–Ya lo sabes –contestó.

–No –objeté–. No estaba aquí.

–Mamá estaba rarísima –dijo–. No paraba de repetir lo mismo todo el rato.

–Mamá está un poco enferma –dije–. Le pasa cuando no puede dormir. Es casi como si fuera sonámbula, ¿verdad?

–Sí –asintió.

–Pero no hay que tener miedo, no pasa nada –dije.

–Ya lo sé –dijo.

–Además Ingvild estaba aquí –dije–. Algo ayudaría, ¿no?

–Un poco –dijo.

–Bueno –dije–. ¡Desayuno en un cuarto de hora!

Debería hablar con Asle sobre su conducta, pero tendría que esperar. Era más importante averiguar cómo se encontraba Tove.

Me bebí un vaso de agua en la cocina, abrí las dos ventanas de par en par para llenar la estancia de verano y fui a la casa de invitados, donde no había nadie.

Pensé que ella habría ido a dar un paseo y me senté en la mesa del jardín; yo también quería llenarme de verano. Ventilar todo lo que había ocurrido el día y la noche anterior.

Si nos íbamos a ir al día siguiente, tendría que hacer el equipaje, recoger y fregar.

Miré hacia abajo, a las cabañas del otro lado de la cala, y vi un coche deslizarse en dirección al mar azul y soleado más allá.

Mierda: ¡el gatito!

Me había olvidado por completo de él.

Ojalá la puerta de arriba estuviera cerrada.

¿Cómo iba a explicarles a los niños que no solo había muerto uno de los gatitos, sino también la madre, Sophi?

No quería mentir más.

Pero decir que lo había matado un tejón tal vez fuera demasiado brutal. Sobre todo que había sucedido justo al lado de casa.

Vi a Tove abajo, en las rocas. Durante los cinco minutos que tardó en llegar al jardín, tuve tiempo para llenarme de los más heterogéneos sentimientos posibles hacia ella.

Pasó por delante de la mesa sin percatarse de mi presencia y se metió en el taller. Llevaba una camisa blanca, un pantalón corto beige y zuecos. Me levanté y la seguí. Dentro no paraba de dar vueltas, absorta en su mundo. Los zuecos resonaban en el suelo.

–Tove –dije–. Tenemos que hablar un poco.

Me miró, como de pasada.

–¿Estás seguro? –dijo, y salió.

Fui tras ella y me puse a su lado en el césped.

–Mañana nos vamos a casa.

–¿Estás seguro? –dijo.

–Sí, estoy seguro.

Siguió por el camino de grava hasta la calle.

–Perdona –dijo.

–No tienes que disculparte por nada –dije.

–¿Estás seguro? –dijo.

–Tove –dije–. ¿Puedes entrar conmigo?

–No lo sé –contestó.

–Creo que lo mejor sería que fuéramos al hospital.

–¿Estás seguro?

Le puse la mano en el hombro para que se detuviera. Ella siguió andando.

–¿Adónde vas? –pregunté.

–No lo sé –contestó.

Me detuve. No quería usar la fuerza, y menos con los niños en casa.

Ella ya se había alejado varios metros.

–Tove –dije en voz alta–. ¡Vamos dentro!

–¿Estás seguro? –sonó como si dijera.

No estaba bien dejarla andar por ahí, no se preocupaba de nada, solo de andar. Pero yo no podía hacer otra cosa.

Debería llevarla ya al hospital.

La cuestión era si estaba lo bastante enferma para eso. ¿Qué podía decirles? ¿Que se pasaba todo el día dando vueltas por el jardín? ¿Y que resultaba imposible comunicarse con ella?

Pero ella no había hecho nada.

Volví a entrar, cogí el móvil del dormitorio, bajé al jardín y marqué el número de mi madre.

–Hola, ¿qué tal? –dije cuando lo cogió.

–Hola, Arne –dijo–. Todo bien. Fue un placer tener a Ingvild aquí. Es una chica estupenda.

–Sí que lo es –dije.

–¿Y qué tal todo por ahí? ¡Aquello es más interesante!

–Por eso te llamo –dije–. Tove está bastante mal, y creo que debo llevarla al hospital. Pero no estoy del todo seguro, llevarla es un poco drástico. Puede que mejore si consigue dormir.

–¿En qué sentido está mal?

–No logro comunicarme con ella. No para de dar vueltas por aquí ella sola.

–¿Los niños están ahí?

–Sí, claro.

–Arne, tienes que llevarla. Por ella, pero también por los niños.

–Sí, creo que tienes razón –dije–. Pero no puedo dejarlos aquí solos. ¿Crees que podrías venir a cuidarlos?

–Claro que sí. Enseguida voy. ¿Quieres que lleve algo?

–No, no. O quizá unas ciruelas para los niños.

–Vale. Nos vemos luego. ¡Y suerte!

Colgué y miré hacia la casa. Se me ocurrió que las dos ventanas abiertas de la cocina parecían alas. Como si la casa hubiese aterrizado aquí y pronto se elevara para seguir volando.

Ingvild.

Entré y llamé a la puerta de su habitación.

–Pasa –dijo.

Estaba tumbada boca abajo con las rodillas dobladas y los pies en el aire delante del espejo, maquillándose.

–Hola –dije.

–Hola –dijo ella.

–Mamá no está muy bien –dije–. Creo que tendrá que quedarse en

el hospital.

–Me lo imaginaba –dijo, y vi en el espejo cómo se pasaba la brocha por la mejilla, mientras formaba una pequeña O con los labios.

–La abuela viene ahora a cuidar de los gemelos.

–Vale –dijo ella.

–No estarás enfadada conmigo, ¿no? –dije sonriendo cuando nuestras miradas se encontraron en el espejo.

–Estoy un poco de todo –contestó, mirando el estuche de maquillaje que tenía delante.

–Ajá –dije.

–Pero ahora tenemos que pensar en mamá, ¿no? –dijo.

–Tienes razón –dije–. Solo quería disculparme por lo de ayer. Por dejaros aquí solos.

Ella no contestó, formó un círculo con los labios, esta vez un poco mayor, y se los pintó.

–Volveré en cuanto pueda –dije.

–¿Nos vamos mañana aunque mamá esté en el hospital?

–No lo he decidido aún –dije–. Pero tenemos que volver a casa.

Se puso de rodillas y tapó el lápiz de labios. Lo metió en el estuche, se levantó y se acercó a la cama.

–¿Por lo demás, bien? –pregunté.

–Sí, sí –contestó–. Estupendamente.

Esbozó una sonrisa falsa, cogió un libro que había en el alféizar y se puso a leer.

La miré unos segundos, pero como seguía leyendo en la misma postura, salí y cerré la puerta. Me quedé parado en el pasillo sin saber qué hacer.

Podía seguir a Tove y traerla a casa. Pero volvería a salir, y no podía encerrarla con llave.

También tenía que hablar con los niños sobre la muerte del gato. Íbamos a llevárnoslo con nosotros al volver a casa, así que tendría que contárselo antes de marcharnos.

Pero ya no necesitábamos más sentimientos agitados.

Quizá lo mejor sería ponerme a hacer el equipaje, hasta que llegara mi madre. Entonces podría ir a buscar a Tove y llevarla al hospital, y terminar el equipaje cuando volviera.

No me gustaba que Ingvild estuviera enfadada conmigo, pero de nada servía hablar con ella. Las palabras no ayudaban ahora. Había que dar tiempo al tiempo, y todo se solucionaría solo. Podía entender su reacción, lo que hice no estuvo bien, pero ella lo veía desde fuera y no tenía ni idea de cómo era todo desde dentro, de cuáles eran mis motivos, y de cuánto se debía simplemente a mala suerte y mala planificación, pensé, y fui a la cocina, eché un poco de Nescafé en una taza, la llené de agua caliente del grifo, y me la llevé al jardín, a la

mesa que ahora estaba a la sombra del sauce.

Si hubiera sido un día normal, me los habría llevado a bañarse a algún sitio. Y habríamos pasado el día junto al mar.

Era una pena que estuvieran dentro de casa un día como ese. Estaríamos a más de treinta grados.

Quizá pudiera poner la red de bádminton. Eso les gustaba, cuando ya estaban en marcha. Y no hacía nada de viento. Así podría hacer el equipaje mientras ellos jugaban.

Tove venía por entre las dos casas. Sin mirarme a mí ni nada a su alrededor, entró en la casa principal. Al instante, volvió a salir, rodeó la casa de huéspedes y salió por la verja del otro lado.

¿Qué estaría pasando dentro de ella?

Miré el reloj. Mi madre podría llegar en cuarenta minutos si había salido enseguida, como dijo que haría.

Un sonido raspante me hizo volver la cabeza. Por la pared corría de nuevo una ardilla, pero esta vez seguida de otra. Subieron a toda prisa y atravesaron el tejado con sus cuerpos ágiles y sus colas revoloteando.

De repente me acordé de algo que había soñado esa noche. Lo veía claramente: estaba en la cama y escuché a alguien cantar en algún sitio de la casa, el sonido venía de abajo, bajé, abrí la puerta de la cocina, y allí, en el suelo, estaba cantando el gato.

Watch the sunrise.

Sun, it shines on all of us.

Sonreí y me levanté. No solo cantaba en inglés, también tenía la cabeza en su sitio y parecía contento, incluso alegre.

Abrí la puerta del cobertizo, me quedé parado un momento para que los ojos se acostumbraran a la oscuridad, y cogí de la estantería la red y el estrecho soporte. La red estaba minuciosamente enrollada, igual que una red de pesca, la saqué y la desenrollé. Planté un poste en el césped, desdoblé la red y la tensé antes de poner el otro poste e ir a por las raquetas y los volantes.

–¡Asle y Heming! –grité hacia la casa.

–¿Sí? –respondió Asle desde arriba.

–¿Qué pasa? –dijo alguien desde el cuarto de estar.

–¡Basta ya de estar dentro! –grité–. ¡Salid a jugar al bádminton!

Fue como si los oyera suspirar al dejar sus pantallas. Pero a los pocos minutos estarían absortos y no querrían hacer otra cosa, lo sabía.

–La abuela llegará pronto –dije cuando salieron–. Pero tenéis al menos media hora para jugar.

–¿Viene la abuela? –preguntó Heming.

Asentí con la cabeza.

–¿Por qué? –preguntó Asle.

–¿Por qué no has dicho nada? –preguntó Heming.

–Va a cuidar de vosotros –dije–. Yo voy a llevar a mamá al hospital. Tiene que descansar y recuperarse.

–¿No consigue dormir aquí? –preguntó Asle, sentándose en la escalera para ponerse las zapatillas.

–No –contesté–. Allí sí. Pero no es nada serio, ¿sabéis?

–¿Nos traes algo de beber? –preguntó Heming, que nunca se desataba los zapatos o zapatillas para ponérselos. Yo le había dicho que no lo hiciera, y durante algún tiempo desató los cordones, pero luego volvió a sus antiguos hábitos.

–¿Vas a traernos algo de beber, papá? –dijo Asle, levantándose–. Hace mucho calor.

–Cuando llegue la abuela –respondí.

–Vale –dijo, y salió al jardín, seguido por Heming.

Cuando se pusieron a jugar, subí para empezar a recoger. Por tercera vez me acordé del gatito al ver la puerta del dormitorio. Me pareció bastante increíble que pudiera olvidarlo constantemente. Estaría hambriento. Fui a la cocina a por agua y un poco de paté, abrí con cuidado la puerta, me agaché y empujé los dos cuencos todo lo que pude debajo de la cama. El gatito se había movido, yacía con la cabeza aplanada y las patas delante de él cuando le acerqué los platos.

–Mira, Mephisto –dije en voz baja–. Aquí tienes un poco de comida. Yo voy a preparar ahora el equipaje para mañana, pero no tienes nada que temer.

Metí la ropa de los estantes en montones en las dos espaciosas maletas hasta llenarlas, y las bajé a la entrada, luego metí la ropa de los gemelos en la gran bolsa de hockey y la dejé junto a las maletas. No me daba tiempo a fregar a fondo la casa, pero podía buscar una empresa que lo hiciera, y dejarle la llave a Egil para que les abriera.

–¡Hola, mamá! –oí gritar a uno de los chicos a través de la puerta abierta.

Salí. Ella estaba cruzando el césped, seguramente camino del sendero que bajaba hasta el agua. Los chicos habían dejado de jugar y la miraban.

–¿Dónde has estado? –le preguntó Asle.

–No lo sé –contestó ella.

–¿Adónde vas? –le preguntó Heming.

–No lo sé –contestó ella, y echó a andar hacia la casa.

Alargué un brazo cuando pasó por delante de mí y se lo puse en el hombro. Ella siguió sin más, entró en casa, fue al cuarto de estar, volvió a salir y siguió andando hacia la calle.

Los chicos daban la impresión de no saber qué hacer, estaban los dos parados con la raqueta en la mano, había animosidad en sus cuerpos.

Me acerqué a ellos.

–¿Qué le pasa a mamá? –preguntó Asle.

–Solo está un poco pachucha –contesté–. No es nada grave. Pronto se pondrá bien.

–Pero no hace más que andar –dijo Asle–. ¿No puedes pararla?

–No puedo, lo siento –dije.

–¿No puedes cogerla? –preguntó Heming–. Quizá entonces pare por su cuenta.

–Enseguida iremos al hospital –dije–. En cuanto llegue la abuela. Vosotros seguid jugando. ¿Quién gana?

–No jugamos a puntos –dijo Asle.

–Espero que esté mucho tiempo en el hospital –dijo Heming–. Para que esté completamente curada cuando vuelva.

Yo asentí con la cabeza.

–Así será –dije–. Cuando vuelva a casa, estará curada del todo.

Tove estaba volviendo por el espacio entre las dos casas.

Los chicos la miraron.

Ella giró a la izquierda y volvió a desaparecer.

–¿Os traigo ya el refresco? –les pregunté–. Estáis bastante sudados, por lo que veo.

Asintieron y se lo bebieron junto a la mesa en la sombra. Los dejé en paz, faltaba menos de media hora para que llegara mi madre, y antes de eso quedaba mucho por hacer.

Mientras vaciaba el friegaplatos, se me ocurrió que Ingvild tal vez contara a mi madre lo que había pasado. Que yo había conducido borracho y chocado con el coche. Aunque no era exactamente lo que había ocurrido, podría ser eso lo que le parecía a ella.

Volví a llenar el friegaplatos, lo puse en marcha y llamé a la puerta de Ingvild.

Estaba sentada en el sillón, con el móvil en la mano.

–¿Qué haces? –pregunté.

–Mirando el móvil –contestó.

–Ya lo veo –dije–. Pero ¿qué estás mirando?

–Insta.

–¿Me dejas ver?

Me miró, resopló y apoyó el teléfono en el muslo con la pantalla boca abajo cuando me acerqué.

–No tendrás secretos para mí, ¿no? –dije.

–Ja ja –contestó.

–La abuela llegará enseguida –dije–. He estado pensado en lo que ocurrió ayer. Quizá no sea necesario que ella lo sepa todo. Se pone muy nerviosa, ya lo sabes. Se está haciendo mayor.

Ingvild me miró.

–Eres increíble, de verdad –dijo. Se levantó, pasó por delante de mí

y salió de la habitación.

–¿Qué pasa ahora? –dije–. ¿Qué es lo que está mal?

La puerta del cuarto de baño se cerró de un portazo.

En su mirada había desprecio, y también en su voz.

Ella siempre era muy idealista. Todo tenía que ocurrir correctamente. Pero la vida no era así. Ya se daría cuenta.

Sin embargo, algo me había impresionado. Mi propia hija me despreciaba. O lo que yo había hecho.

Ahora había que añadir esto a todo lo demás que tenía que solucionar.

Fui a la cocina y recogí todo lo que había en la encimera, pasé rápidamente un trapo por todas las superficies, y seguí recogiendo el comedor y el cuarto de estar.

Por otra parte, era una adolescente, pensé, y si algo caracterizaba a los adolescentes era que odiaban a sus padres.

A mí también me había pasado. No los odiaba, pero durante una época me caían fatal y me avergonzaba de ellos.

Ingvild entró en la cocina cuando yo estaba colocando vasos y platos que había encontrado por la casa.

–¿No es hora ya de que te ocupes de mamá? –dijo–. Necesita ayuda. ¿No ves que está completamente perdida?

–Sí, lo veo –contesté, y abrí la puerta del friegaplatos. Salió un mar de vapor, y dentro de la máquina el agua chorreaba y goteaba–. Voy a llevarla al hospital en cuanto llegue la abuela.

–¿No puedes hacerlo ya? Yo puedo cuidar de los gemelos.

Metí las tazas y los platos y cerré la puerta.

–Lo hago lo mejor que puedo, Ingvild –dije–. Volvemos a casa mañana, así que tengo que hacer el equipaje y recoger y ordenar la casa antes de irnos al hospital. Y tampoco puedo hacer nada cuando está como ahora.

–¿Y mamá?

–¿Qué quieres decir?

–¿Nos vamos a ir sin ella?

–Supongo que sí –contesté–. Empieza el colegio. Y yo tengo que preparar el curso.

–Pero ella no puede quedarse en el hospital aquí –dijo–. ¿Cómo vamos a visitarla entonces?

Suspiré.

–Ya lo sé, no es lo ideal –dije–. Pero no se puede hacer otra cosa. Quizá podamos conseguir que la lleven en ambulancia al hospital que está cerca de casa. Obviamente, voy a preguntar si eso sería posible.

–Tú estarías contento de que se quedara aquí, ¿a que sí? –dijo. Dio media vuelta y se metió en su habitación.

Me enfadé, pero me aguanté las ganas de seguirla y empecé a

cerrar ventanas. Había un montón de moscas en el techo y en la encimera, y saqué el matamoscas del cajón de más abajo. El primer golpe alcanzó a tres a la vez, una quedó aplastada contra la viga, las otras dos cayeron al suelo sin ningún movimiento. Las cogí por las alas y las tiré al fregadero. Conseguí acabar con otras dos antes de que empezaran a tener cuidado, levantando el vuelo, zumbando por el aire donde sabían que no podía alcanzarlas, o posándose en las superficies negras de la cocina, en las que resultaban difíciles de ver, o en lugares donde no se solían posar, y que yo por tanto no miraba.

Eran inteligentes, de eso no cabía duda, pensé. Por eso daba más gusto alcanzarlas con el matamoscas y ver cómo se les iba la vida en una fracción de segundo.

Pero no todas morían, algunas solo se desmayaban y se quedaban inmóviles unos segundos antes de volver a levantarse dando tumbos. También a esas las capturé y las tiré al fregadero. Cuando reuní un montoncito, les eché agua encima y se fueron por el desagüe.

Miré a los chicos. En el transcurso del verano habían mejorado mucho jugando al bádminton, ya le daban al volante con movimientos altos y seguros.

Me había olvidado del desayuno.

Mierda.

En ese instante llegaba un coche, y al pasar por delante de la ventana, vi que era el Fiat azul de mi madre.

Ella podía hacerles un desayuno-almuerzo, pensé, y salí a recibirla. Entró lentamente marcha atrás y aparcó al lado de mi coche. Se quitó las gafas de sol, las metió en el bolso que tenía en el asiento del pasajero, abrió la puerta y se bajó. Detrás de mí llegaron corriendo Heming y Asle.

Mi madre estaba un poco encorvada y se movía más despacio de lo que yo recordaba.

–¡Aquí estáis, Asle y Heming! –dijo, abrazando primero a uno y luego a otro. Se retorcieron un poco, pero noté que les gustaba.

–¿Nos has traído algo? –preguntó Heming.

–Creo que sí –contestó, mirándome y saludándome con la cabeza.

–Hola –dije.

–¿Has tenido un accidente? –preguntó.

–Nada serio –contesté.

Ella se volvió hacia el coche.

–¿Cuándo ha sido?

–Ayer. Pero ahora creo que los niños se están preguntando qué les has traído.

–Ah, no es nada –dijo–. Solo unos dulces.

Abrió el bolso y sacó una bolsa de Twist.

Vi la decepción en sus caras.

–Tendréis que repartíroslos –dijo–. ¡Podéis hacerlo vosotros!

–Gracias, abuela –dijo Heming.

–Muchas gracias –dijo Asle.

–Podéis sentaros en la mesa y comeros algunos –dije–. Yo voy a hablar un poco con la abuela.

Hicieron lo que les dije.

–Siento haber tenido que llamarte –empecé–. Pero estamos un poco en crisis, como te dije. Creo que Tove tiene un brote psicótico. Resulta absolutamente imposible comunicarse con ella.

–¿Dónde está ahora? –preguntó mi madre, y volvió a ponerse las gafas de sol en el fuerte contraluz.

–Se pasa el día dando vueltas. No sé exactamente dónde está ahora. Pero lo averiguaré enseguida. ¿Podrías dejarme tu coche? No quiero correr riesgos con el mío.

–Claro que sí –dijo–. ¿Ingvild también está aquí?

Asentí con la cabeza.

–Lo siento, pero aún no han desayunado. ¿Podrías encargarte? Volveré en cuanto pueda. Se tarda algo más de una hora en llegar, y luego no sé cuánto tiempo tendré que estar allí. Espero que como mucho una hora. Así que puedes volver a tu casa esta noche si quieres. Bueno, me voy ya. ¿Tienes la llave del coche?

Asintió con la cabeza y me la alcanzó.

–Me voy –dije–. ¡Nos vemos pronto!

–¿No te llevas nada? –preguntó.

–¿A qué te refieres?

–Una bolsa con las cosas imprescindibles. Algo de ropa y eso.

–Tal vez –dije, y entré. Abrí la maleta y busqué entre las prendas algo que pudiera servir. Bragas, unos pantalones de correr, camisetas, unos vaqueros, un par de blusas, calcetines. Metí todo en una bolsa de malla, fui al cuarto de baño a por un desodorante, y pensé que con eso bastaría, no sabía qué más podría necesitar.

Sí, su documentación.

Abrí su bolso, que colgaba de un gancho en la entrada. Estaba lleno de medicinas. Cientos. ¿Por qué las había metido allí?, pensé, y abrí el bolsillo donde estaba su carné de conducir junto con las tarjetas de crédito.

Me disgustaba mucho hurgar en sus cosas, lo que tenía que hacer cuando ella estaba mal, no quedaba más remedio, así que metí su carné de conducir en mi cartera y salí al jardín, donde mi madre se había sentado con los niños.

–Bueno, me voy ya –dije.

Ella parecía cansada y estaba un poco demacrada. Pero sus ojos seguían despiertos y llenos de fuerza de voluntad.

Sonrió. En ese momento, Tove apareció junto a la verja.

Mierda. Si no quería venir, tendría que obligarla y no podía hacerlo delante de los niños.

Fui hacia ella.

–Tove –dije–. Creo que lo mejor será que vayamos al hospital.

–¿Estás seguro? –preguntó.

–Sí –contesté.

–No lo sé –dijo ella.

La cogí con cuidado de la mano. Me dejó hacerlo y me siguió cuando empecé a andar hacia el coche.

–¿No puedes decirles adiós a los chicos? –dije en voz baja.

–¿Estás seguro? –preguntó.

Levanté la mano diciéndoles adiós, como de parte de los dos.

–Nos vamos ya –dije en voz alta–. ¡Que lo paséis bien con la abuela!

–Hasta luego –contestaron.

Nos paramos frente al coche. Abrí la puerta sin soltarle la mano. Estaba a punto de entrar cuando de repente se puso rígida.

–Entra, por favor –dije–. Vamos al hospital.

Me miró.

–¿Estás seguro? –dijo.

La voz era neutra, pero en su mirada había miedo.

–Sube, por favor, Tove –dije–. No hay ningún peligro.

Estaba a punto de marcharse, yo le puse una mano en cada hombro y la bajé hacia el asiento, le levanté el pie, lo metí y cerré la puerta. Luego fui hasta el otro lado como si nada hubiese pasado, abrí la puerta y me metí dentro sin mirar a los que estaban sentados alrededor de la mesa.

Me incliné sobre ella para coger su cinturón de seguridad, se lo até, arranqué el coche, me puse el cinturón de seguridad y salí marcha atrás, diciéndoles adiós con la mano, aunque por suerte habían dejado de mirarnos.

Tove no dijo nada camino de la ciudad, solo miraba fijamente al frente. Yo seguía sin estar del todo convencido de que un ingreso fuera lo más adecuado. Tal vez se negaran a ingresarla, diciendo que lo que le pasaba no justificaba un ingreso. Porque ¿qué había hecho aparte de andar por los alrededores de nuestra casa contestando lo mismo a todas las preguntas que se le hacía?

No lo sé. ¿Estás seguro? Perdón.

Eso era también lo que decía en el coche cada vez que le preguntaba algo.

Era como una herramienta que se había buscado, algo a lo que podía agarrarse y sabía decir: pregunten lo que pregunten, tengo una respuesta.

El sol estaba en medio del cielo y lanzaba cascadas de luz hacia el

paisaje por el que pasábamos. El mar azul relucía, los páramos verdes brillaban, incluso el asfalto de esa carretera que seguíamos era luminoso.

Me detuve delante del cruce con semáforo que había junto al lago y vi que el parque estaba lleno de gente tomando el sol. Cuando se puso verde, aceleré, porque la entrada a la autovía empezaba al otro lado. Tove se agarró a la puerta con una mano y alargó la otra hacia la guantera, como para protegerse en caso de choque.

Al llegar a estar en paralelo con la autovía aumenté la velocidad y puse el intermitente para entrar.

–¡Para! –gritó Tove–. ¡Quiero bajarme! ¡Nos vamos a estrellar!

–¿Estás segura? –dije, echándole una rápida mirada. Si entendía la ironía, es que estaba fingiendo.

–¡Para! –gritó de nuevo, palpando con la mano derecha en busca de la manilla de la puerta.

–Tranquilízate, Tove –dije–. No nos vamos a estrellar. Estamos en la autovía, por eso vamos deprisa. Está hecha para ir deprisa.

De repente, fue como si se viniera abajo.

–Perdona –dijo.

–No pasa nada –dije, cogí el móvil, lo conecté a la radio por Bluetooth, y puse el último álbum que había oído.

Bowie, Blackstar.

–No, no –dijo Tove cuando empezó a sonar la música.

–Creía que te gustaba Bowie –dije.

–Es mala –dijo.

La miré.

–¿Qué quieres decir? –pregunté.

–La muerte –contestó.

–Sí –dije–. Pero es una canción fantástica.

–¡APÁGALO! –gritó.

–Vale, vale –dije, volví a coger el móvil y repasé la lista mientras a intervalos echaba un vistazo a la carretera, delante de nosotros, que estaba vacía.

Puse Lodger.

–Acababa de dejar a los gemelos en el colegio el día que me enteré de que Bowie había muerto –dije–. Curiosamente, puse Lodger.

Ella no dijo nada, solo miraba fijamente al frente.

–¿Tove? –dije.

–¿Estás seguro? –dijo ella.

Pues nada, pensé, y puse el intermitente para cambiarme al carril de fuera y adelantar a un tráiler cargado hasta los topes de troncos de madera, y al pasarlo, vi que Tove volvió a agarrarse a la puerta.

Ella nunca había tenido miedo de ir en coche.

Puse el intermitente para volver al carril del centro. El bosque

crecía espeso a ambos lados, a veces se elevaba sobre pequeños páramos, a veces bajaba, abriéndose hacia el mar.

Si Tove no estaba lo bastante grave como para que la ingresaran, creerían que intentaba librarme de ella. Era algo que pensaba cada vez que había ocurrido, que yo era una especie de abusador que la encerraba en un manicomio.

Pero mi madre no había dudado en absoluto.

El volumen de la música bajó de repente para dar paso a un sonido de llamada.

Era Egil, y toqué la pantalla para contestar.

–Hola, Egil –dije–. Voy en el coche, tengo puesto el altavoz. Tove está conmigo.

–Vale –dijo–. ¿Cómo vais?

Miré a Tove, estaba sentada como antes y al parecer no se había percatado de la voz.

–Vamos camino del hospital –dije.

Un cartel indicaba que faltaban treinta y dos kilómetros. Si iba a una media de noventa kilómetros por hora, tardaríamos la tercera parte de una hora en llegar, pensé. Pero ¿cuánto era eso?

–Entiendo –dijo Egil–. ¿Cuándo crees que vas a volver?

–Ni idea –dije–. ¿Por qué lo preguntas?

–Viktor está aquí. Vino de visita sorpresa.

¿Viktor?

Primero no tenía ni idea de quién hablaba.

De repente caí en la cuenta. Tenía que ser ese hijo al que nunca veía. ¿Se llamaba así?

–Viktor es tu hijo, ¿verdad? –pregunté.

–Sí. Y pensé que quizá pudiera verse con tus gemelos.

–Claro que sí –dije–. Están en casa, que yo sepa. Ha venido mi madre a cuidarlos.

–Entiendo –dijo–. Entonces quizá sea mejor mañana.

–Como quieras –dije–. Seguro que a mi madre le encanta recibir visita.

–Ya veremos –dijo–. Gracias de todos modos. Hablamos.

Eran veinte minutos.

–¿Sabías que Egil tiene un hijo? –pregunté.

Tove no contestó. Tampoco lo esperaba.

Ingvild tenía razón. Me alegraba de alejarla de nosotros. Tenía derecho a ser sincero. Pero no por la razón que ella tal vez pensara. Lo que pasaba era que con Tove todo se complicaba mucho, el caos aumentaba cuando estaba cerca, y entonces pensar que ella no estaría allí era como un alivio. Entonces todo se simplificaba. Desayuno, ningún problema. Llevarlos al colegio, ningún problema. Trabajar, ningún problema. Comida, ningún problema. Tarde noche con deberes

y televisión, ningún problema.

Seguramente por eso me entraba mala conciencia y tenía la sensación de querer librarme de ella, porque todo funcionaba cuando ella no estaba, y no debería ser así, claro que no.

El bosque vacío que acabábamos de recorrer durante más de veinte kilómetros se fue transformando en zona industrial con fábricas, centros comerciales, concesionarios de coches. Entre las superficies dinamitadas quedaban algunos árboles, como una especie de ruinas del bosque.

Curioso que Egil tuviera un hijo. No conseguía imaginármelo como padre. Era tan bueno, evasivo, un soplo de viento y salía volando, ¿cómo funcionaría eso en una familia?

Quiero follar con Egil.

¿Qué tenía él que yo no tuviera?

Él apenas sabía cuidar de sí mismo. Yo cuidaba de todos. Él no tenía ningún trabajo, recibía dinero de su padre, yo era catedrático de universidad y tenía la responsabilidad de cientos de estudiantes.

¿Pensaba ella que él tenía una profundidad de la que yo carecía?

Si ese era el caso, se equivocaba.

Puede ser que esa fuera la impresión que daba. Era tímido y reticente, y se escondía a sí mismo, por lo que resultaba más fácil pensar que había en él más de lo que tal vez realmente había. Ella dijo en una ocasión que él tenía naturaleza de artista, y ella era artista, así que había cierta afinidad entre ellos.

Pero ¿qué había hecho él?

Nada artístico, que yo supiera. Sus películas eran documentales. Periodismo.

Yo al menos había escrito un poco más de ciento cincuenta páginas de una novela.

Quizá debería dejarle leer lo que había escrito.

Sí, cuando se repusiera y saliera del hospital se lo dejaría leer. Entonces ya no me subestimaría. Al menos no de esa manera.

Era un buen pensamiento, y me volví hacia ella con una sonrisa.

Ella miraba al frente, no parecía percatarse ni siquiera de mi presencia.

Cogí el móvil, busqué a Bowie, puse Hunky Dory, que al fin y al cabo era mi favorito.

A un kilómetro estaba el puente sobre el estrecho. De allí al hospital solo quedaban unos minutos.

Pero Egil no tenía la culpa, pensé, y quité «Changes», que había oído un montón de veces. Era ella la que había escrito aquello, no él. Y a mí él me caía bien.

Bowie cantaba:

Wake up, you sleepy head
Put on some clothes, shake up your bed
Put another log on the fire for me
I've made some breakfast and coffee
Look out my window, what do I see
A crack in the sky and a hand reaching down to me
All the nightmares came today
And it looks as though they're here to stay.

–¿Te acuerdas de cuando te la puse por primera vez? –dije–. ¿Y tú ni siquiera habías oído el álbum?

No esperaba recibir ninguna respuesta, pero no se podía saber si algo penetraba en ella.

–Yo no estaba a tu altura. Sabías que yo lo pensaba, ¿verdad? Una estudiante de la Escuela de Arte que sería artista, y que era hermosa como un sueño. Y además creías que Bowie debutó con «Let's Dance». Nunca habías oído hablar de Nick Cave, y pensabas que «Love Will Tear Us Apart» la había escrito Neil Young.

Me reí un poco.

Ella seguía igual de callada y hermética.

–Fue la primera vez que pensé que a lo mejor podría funcionar. Que podríamos ser tú y yo. Qué tonto, ¿verdad? Solo porque no tenías ni idea de música. Pero así fue.

Habíamos llegado a las afueras de la ciudad. La llanura que atravesamos estaba llena de casas, colegios y algún que otro supermercado. Justo después aparecieron las indicaciones del hospital. Al otro lado del río, después del túnel, giré a la derecha y recorrimos unos cien metros hasta que lo tuvimos delante de nosotros, un gran complejo recién construido con muchos edificios.

Aparqué y la miré.

–¿Estás lista? –le pregunté.

–No lo sé –contestó.

Rodeé el coche y le abrí la puerta. Me dejó cogerle la mano, con la mirada perdida, y la llevé hacia un gran panel, delante de lo que debía de ser el edificio principal, con un mapa de todo el recinto.

La recepción psiquiátrica estaba en la parte de atrás. Pasamos entre dos edificios unidos por un pasillo que colgaba como un puente en el aire. Tove andaba despacio, todavía llevaba puestos los zuecos. Pero algo había cambiado en ella, porque cuando la miraba, sonreía como con picardía.

La puerta de atrás estaba cerrada. Llamé. Tove miraba el río, sin prestar ninguna atención a lo que yo hacía. La cerradura se abrió con un zumbido, empujé la puerta y la mantuve abierta para que pasara. Tuve que ponerle una mano en la espalda y empujarla con cuidado

hacia delante para conseguirlo.

Entramos en una sala de espera, con sillas, mesas y una recepción detrás de una pared de cristal. Un hombre joven, de pelo negro y barba, estaba hablando solo, a su lado había otro hombre con barba, algo mayor, que parecía pariente suyo. Me acerqué a la recepción, donde una mujer miraba algo en la pantalla que tenía delante. Tove se quedó en medio de la sala, detrás de mí.

–Hola –dije, inclinándome hacia la ventanilla.

La mujer, de cincuenta y muchos años, con gafas y el pelo recogido en un moño, labios finos y ojos cansados, me miró sin decir nada.

–Vengo con mi mujer –dije–. Lleva unos días con una crisis maniaca, y no consigo comunicarme con ella. Es incapaz de cuidar de sí misma.

Hablaba en voz baja, no quería que Tove me oyera hablar así de ella.

–Es como si tuviera un brote psicótico. Quería saber si alguien podía verla.

–¿Has llamado antes? –preguntó la mujer.

–No –contesté–. Hemos venido directamente.

–Deberías haber llamado –dijo ella.

–Lo siento –dije, y me volví. Tove seguía sin moverse, con la cabeza agachada mirando al suelo y una pequeña sonrisa en los labios. La sonrisa no tenía nada que ver con lo que se estaba diciendo, parecía salir de algún sitio muy dentro de ella.

La mujer pulsó el ratón varias veces.

–¿Nombre? –dijo.

–¿El mío o el suyo?

Suspiró.

–El suyo –dijo–. Tu mujer. ¿Cómo se llama?

–Tove Hovin Larsen –dije.

–¿Llevas algún documento de identidad?

–Sí, sí.

¿Dónde estaba el bolso?

Miré al suelo. No estaba.

No recordaba haberlo cogido.

Tenía que estar en el coche.

Mierda.

–Su carné de conducir está en el coche –dije–. ¿Voy a buscarlo?

–No hace falta –dijo–. ¿Número de identidad personal?

Cuando le había facilitado toda la información, nos dijo que nos sentáramos y esperáramos. Miré a Tove. Nuestras miradas se cruzaron y sonrió, incluso se rió un poco entre dientes. Me pregunté cómo vivía la situación. Sonreía como si compartiéramos algo extraño y emocionante. Algo bueno que tenía una importancia trascendental.

Oí que el joven de la barba hablaba solo en inglés. Su hermano, si es que lo era, lo dejaba estar.

Alguien gritó fuera. Se abrió la puerta y entró una señora mayor, flanqueada por dos hombres. Tenía unos setenta años y estaba rabiosa, se retorcía y agitaba los brazos mientras repetía a gritos una y otra vez: «¡Él miente, no soy Anne! ¡Miente, no soy Anne!» La condujeron a través de la salita y salieron por la puerta del otro lado.

Tove seguía en su mundo sin inmutarse.

–¿Quieres un café? –le pregunté–. Hay una máquina allí.

–¿Estás seguro? –dijo.

Me acerqué y metí las monedas. La máquina empezó a zumbar y salió un vaso blanco, que se llenó. El vaso era tan fino que se oscureció con el café, y estaba tan caliente que tuve que cogerlo por el borde para llevárselo a Tove. No ayudó mucho, porque el vapor me subió a la palma de la mano. Lo dejé en la mesa y estaba a punto de sentarme cuando entró un enfermero. No venía a buscarnos a nosotros, sino a los hermanos, que lo siguieron por la puerta, el más joven sin dejar de murmurar, mientras hacía pequeños movimientos irritados con la cabeza.

–El colegio empieza como sabes dentro de dos días –dije, sentándome–. Así que deberíamos volver a casa mañana.

–¿Estás seguro? –dijo.

–Espero que puedan trasladarte al hospital que hay cerca de casa. Pero no es seguro.

–Perdona –dijo.

–Tú no tienes la culpa –dije.

Sonó un pling en mi teléfono. Lo saqué, era un SMS de Ingvild.

¿Qué tal mamá?

Bien, contesté. Estamos en el hospital esperando. ¿Qué tal vosotros?

Bien.

¿Ha hecho bollos la abuela?

Tarta de manzana.

¡Genial! Hasta luego.

Dale un beso a mamá de mi parte y dile que la quiero.

Contesté con un corazón y me metí el teléfono en el bolsillo. Detrás de la pared de cristal había ahora otra mujer, y las dos estaban hablando, la nueva gesticulando, la otra riéndose. Irritado, estaba a punto de acercarme y preguntar cuánto tiempo teníamos que esperar cuando se abrió la puerta y salió otra enfermera. Era joven, tendría unos treinta años, la piel pálida y pecosa, y una pequeña cicatriz de labio leporino.

Era muy atractiva y cuando se detuvo delante de nosotros, me esforcé por mirar a Tove y no a ella.

–Hola –dijo–. Me llamo Benedicte. Tú debes de ser Tove.

–¿Estás segura? –dijo Tove.

–Acompañadme –dijo.

La seguimos a través de la puerta y entramos en un pasillo, al final del cual había otra sala de espera.

–Sentaos aquí –dijo–, el médico saldrá enseguida.

–Gracias –dije.

Se oyó un grito desgarrador. De desesperación, pensé. No de dolor.

Tove dejó escapar una indulgente sonrisa y miró hacia la puerta.

–Ingvild acaba de enviar un mensaje diciendo que te quiere mucho –dije.

–¿Estás seguro? –dijo ella.

Se abrió la puerta y otra enfermera salió a buscarnos. Tendría unos cincuenta y tantos años y hablaba con un acento que supuse podía ser de la Europa del Este. Nos llevó a una habitación sin ventanas, donde Tove y yo nos sentamos cada uno en una silla. La enfermera se colocó detrás de un escritorio, con unos papeles delante.

–Hola, Tove –dijo.

Tove no contestó, miraba a la pared de enfrente.

–¿Cuál es tu apellido?

–No lo sé.

–Aquí pone Tove Hovin Larsen.

–¿Estás segura? –dijo Tove.

–¿Cuándo naciste?

–No lo sé.

–¿Por qué has venido aquí hoy? –preguntó la enfermera.

–No lo sé –contestó Tove, quitándose algo invisible del muslo.

–¿Cuál es tu nombre completo?

–No lo sé.

–¿Qué día es hoy?

Por un instante, Tove parecía intentar buscar la respuesta, la cara se le tensó alrededor de los ojos, pero lo dejó correr y se miró la palma de la mano, que reposaba sobre la mesa.

–No lo sé –dijo.

–¿Cómo te encuentras?

–No lo sé.

–¿Has visto u oído hoy algo fuera de lo normal?

–No lo sé.

La enfermera me miró.

–Quizá puedas ayudarla un poco. ¿Por qué habéis acudido aquí hoy?

–Tove lleva ya unos días con una crisis maniaca –contesté–. Desde ayer resulta imposible comunicarse con ella. Y hoy no ha hecho más que dar vueltas alrededor de casa, sin parar. Tenemos tres hijos y se han asustado bastante. Así que pensé que lo mejor sería venir aquí

para que tal vez pueda quedarse unos días.

–¿Es verdad lo que cuenta Arne? –preguntó la enfermera mirando a Tove.

Tove asintió con la cabeza.

–De acuerdo –dijo la enfermera–. Esperad aquí, el médico vendrá a hablar con vosotros.

Se fue, y nos quedamos solos en la pequeña sala. Me acordé de cuando durante los embarazos acudíamos a distintos controles, también entonces estábamos sentados solos en salas como esa. Pero entonces estábamos llenos expectación ante lo que iba a ocurrir, y al menos aquello era algo de los dos, algo que teníamos en común.

Yo ya no sabía qué teníamos en común.

Sí, los hijos, ellos serían siempre nuestros, pero ¿más allá de eso?

La puerta se volvió a abrir y entró un hombre de unos cincuenta y tantos años. Se presentó como Nygård, y no tenía una cara que diera confianza, con mejillas abultadas y ojos pequeños. Pero sería majo, pensé, mientras el hombre miraba a Tove a través de sus gafas cuadradas, con el bolígrafo en la mano. Tendría por lo menos seis años de carrera y más de veinte de experiencia.

Hizo más o menos las mismas preguntas que la enfermera, con algunas excepciones. Una fue que le preguntó a Tove si tenía hijos.

–No lo sé –contestó Tove.

–¿Quién es? –le preguntó entonces el médico, señalándome a mí.

Tove me miró.

–No lo sé –contestó.

El médico dejó el bolígrafo y se inclinó un poco hacia delante, con los codos apoyados en la mesa.

–Creo que lo mejor será que te quedes aquí hasta que estés mejor, Tove.

–¿Estás seguro? –preguntó Tove.

Una hora después pude abandonar por fin el hospital. Me paré fuera y encendí un cigarro, crucé el aparcamiento con el cigarro humeando en la mano, me detuve delante del coche y di las últimas caladas antes de meterme en él. El interior ardía, así que abrí las cuatro ventanillas mientras conducía despacio hacia la salida.

Después de que el médico se marchara, nos llevaron a una habitación vacía, esta vez en una unidad cerrada, con ventanas que daban a un pasillo por el que pasaban todo el rato pacientes con cuidadores, muchos de ellos gritando y chillando, sin que pareciera afectar a Tove, ella seguía callada a mi lado, como si nada de eso, ni siquiera mi presencia, le importara.

Cuando acabaron con todo el papeleo, el enfermero pelirrojo nos llevó a la unidad, donde otra enfermera se ocupó de enseñarle a Tove

la que sería su habitación. Paredes blancas de cal, suelo de linóleo gris, una cama, una silla, una mesita de noche.

–¿Has comido algo hoy? –preguntó la enfermera.

Tove negó con la cabeza.

–Entonces te traeré algo de comer. ¿No tienes equipaje?

–No lo sé –contestó Tove.

–Tiene una bolsa en el coche –dije–. Voy a buscarla.

Cuando volví, Tove estaba sentada en el borde de la cama, con las manos entre las rodillas. En la mesita de noche había una bandeja con dos sándwiches, una manzana y un vaso de zumo.

–Entonces me voy –dije–. Creo que te vendrá muy bien estar aquí. Te llamaré todos los días.

–¿Estás seguro? –dijo.

Se levantó y me dio la mano, despidiéndome como si fuera un extraño. La cogí, y me di cuenta de que nunca nos habíamos saludado o despedido dándonos la mano.

–Todos están muertos –dijo, mirándome muy seria.

–¿Cómo? –dije–. ¿Qué has dicho?

–Estamos todos muertos.

Suspiré.

–Estamos vivos y estamos bien –dije–. Todos. Te llamo esta noche. ¿Vale?

–Perdona –dijo.

Ya antes de haber salido de la habitación, ella volvió a sentarse y a mirar fijamente al suelo.

Una vez en el coche, saliendo del recinto del hospital, pensé que todo significaba algo. El que ella dijera que no sabía quién era yo significaba algo. El que se despidiera de mí dándome la mano en lugar de abrazarme significaba algo. Estuviera sufriendo un brote psicótico o no.

Y que estábamos muertos: eso significaba que estábamos muertos el uno para el otro.

Las psicosis eran como los sueños, eso lo sabía. Te hacían pensar en símbolos e imágenes, veías significados en todas partes, incluso donde no había ninguno.

Pero tenía razón: estábamos muertos el uno para el otro.

Me detuve en el cruce, comprobé que no venía ningún coche detrás de mí y saqué el móvil para avisar a mi madre de que estaba volviendo a casa, cuando de repente se me ocurrió que ella no podía saber cuánto tiempo había estado en el hospital, y que tenía la posibilidad de disfrutar de una hora para mí en algún sitio.

Dejé el móvil en el hueco de debajo del freno de mano, cambié de marcha, salí a la carretera, atravesé una zona de casas y llegué a la autovía. Atravesé a toda velocidad el puente, con el mar abierto y

resplandeciente delante, el sol ya más bajo y al este, y de vez en cuando visible desde la carretera que atravesaba el bosque, una pared de nubes negras.

La estrella. Me había olvidado por completo de ella.

Fue casi una conmoción verla brillar con tanta claridad en ese mar azul de aire allí arriba en el cielo.

Los cangrejos, el accidente.

Me había olvidado de todo.

¡Y todo ese pescado en el sótano, joder!

Apestaría. Tenía que librarme de él antes de irnos.

Volví a coger el móvil y miré los álbumes que había grabado mientras conducía. Bowie no, porque me recordaría a ella y al viaje hasta el hospital. ¿Peter Gabriel quizá? ¿Su primer álbum en solitario, el de «Here Comes the Flood»? Lo había escuchado regularmente desde que lo oí por primera vez cuando tenía doce años hasta hacía más de un año.

Era un alivio estar solo.

Ya no había problemas. Al menos ninguno insuperable.

Empezó a sonar la música, y subí el volumen.

Cuando era pequeño, la carretera iba a lo largo de la costa, pasando por pequeñas ciudades, calas y modestas granjas. Ahora la habían construido en línea recta unos kilómetros alejada del mar. Se iba más rápido, pero no tenía prisa, y me metí por la siguiente salida en dirección al mar. Al cabo de un rato, encontré la antigua carretera y la cogí. Era como si hubiera estado lista, esperándome en mi cerebro, porque sabía lo que me aguardaba tras cada curva. Los recuerdos y la realidad se fusionaban, el pasado y el presente colaboraban. En parte era como si condujera dentro de mi cabeza y en parte como si mi cabeza condujera el coche por el mundo.

Un pequeño río bajaba por una especie de escalera acuática, los peldaños negros y relucientes a la sombra de los grandes robles. Una valla de hierro forjado que brillaba con el sol separaba la carretera de lo que antaño había sido una hacienda; granero rojo, establos rojos, casa principal blanca con un banderín con los colores noruegos colgando inmóvil de un mástil.

De repente vi en mi mente el hotel y la pequeña playa de arena. Un domingo al mes mis padres nos llevaban allí a comer, el domingo después del día de cobro. ¿Seguiría estando? Podría tomarme una cerveza en la sombra antes de seguir hacia casa. Quizá incluso comer. Los chicos estaban a gusto con la abuela, y, pensándolo bien, no había comido nada en todo el día.

Ya cerca del hotel sonó «Here Comes the Flood». Me uní a la canción.

When the night shows
The signals grow on radios
All the strange things
They come and go, as early warnings.

Nunca había pensado en lo que significaba la letra, aunque me la sabía de memoria. No eran más que palabras. Eso eran todas las canciones para mí. Mi compañero Johs, de la facultad, que era un gran fan de Dylan, y que había escrito un libro sobre sus letras, solía tomarme el pelo por ello. ¿Quién escucha a Dylan sin fijarse en la letra?, solía decir. ¡Pero si todo está en ella!

Pero ahora sí me fijé.

Stranded starfish have no place to hide
Still waiting for the swollen Easter tide
There's no point in direction we cannot
Even choose a side.

Egil creía en señales. ¿Entonces en qué creía? ¿Señales de qué, de quién, de dónde? Si los cangrejos dejaban su elemento y subían a tierra, si una nueva estrella lucía en el cielo, ¿había alguien detrás? ¿Alguien que «hablara» a través de ellas? ¿A nosotros?

No entendía cómo podía creer en eso.

No por ello las señales tenían que ser aleatorias y absurdas. Cuando los animales empezaban a comportarse de un modo distinto o se morían de repente de maneras extrañas, era una señal de que se había trastocado el equilibrio de la naturaleza, de que el ecosistema estaba a punto de romperse. Y el calor era una señal de que el clima, que nos protegía, también estaba a punto de romperse.

Se trataba de señales racionales de un sistema del que formábamos parte. Nada místico, nada sobrenatural, ningún dios que «hablara» con nosotros.

Y la estrella era una supernova. Otro fenómeno natural.

Delante de mí, abajo, entre los árboles, estaba el hotel. Puse el intermitente y reduje la velocidad. El aparcamiento estaba completo, al parecer no era el único con ideas brillantes, pero encontré un sitio muy al fondo, incluso en la sombra.

También encontré un sitio en la terraza; una pareja con un niño se marchó justo en el momento en el que yo llegué.

Al parecer era mi día de la suerte, pensé, y me volví en la silla para que algún camarero me viera.

¿Cómo podía pensar que era mi día de suerte si acababa de dejar a Tove en el hospital?

Pero eso no me pesaba, al contrario, me sentía aliviado.

¿Y contento?

Pues sí.

Una camarera captó mi mirada y se acercó. Tendría más o menos mi edad, era gordita y con el pelo negro que parecía teñido.

–What can I get you? A drink, maybe?

–¿Por qué hablas inglés? –pregunté–. ¡Este es un restaurante noruego!

–I'm sorry, I don't speak Norwegian very well –dijo.

–I see –dije–. Where are you from? And please, don't say Sweden!

–No. I'm not from Sweden –dijo, sin entender la broma–. I'm from Lithuania.

–Nice –dije y pedí una cerveza y un chateaubriand.

Sí, debería estar deprimido, pensé, y seguí a la camarera con la mirada cuando desapareció por la oscura puerta doble, dentro del restaurante. Significaba que yo no tenía mucha empatía, y eso a veces me preocupaba, suponía que era algo que uno debería tener. Preocuparse intensamente por los demás. Mis padres lo hacían los dos. Así que no tendría que ver con la educación que me habían dado. Seguramente era genético.

Claro que me preocupaba por ella, no era eso. Solo que no todo el tiempo.

Ahora estaba sentada sola en la habitación de un manicomio, sin saber ni siquiera quién era.

Era horrible. Pero también lo era su comportamiento. Descuidaba a los niños, no le importaban en absoluto. Una hora antes había negado que los tenía.

Era un brote psicótico, pero, de todas formas, decía algo de lo que ocurría dentro de ella.

Yo al menos me preocupaba por mis hijos.

Me había ocupado de ellos durante todo el verano.

Pero tenía que recordarme a mí mismo que ella era su madre para entender lo difícil que tenía que ser para ellos. Y eso no estaba bien.

En absoluto.

La camarera salió con una bandeja llena de bebidas. Cogí el vaso frío que dejó delante de mí en la mesa y di un largo sorbo mientras miraba la brillante superficie del mar.

Le envié un SMS a mi madre diciendo que iba de camino.

Y así era.

¡Vale!, contestó. Por aquí todo bien. ¿Cómo está Tove?

La han ingresado en la unidad cerrada. No sé cuándo le darán el alta, pero tiene para varias semanas.

Pobrecita, escribió mi madre.

No sabía qué contestar a eso, dejé el móvil en la mesa y di otro trago. Ella supondría que iba conduciendo, pensé, y entonces no

resultaría raro que no contestara.

Volví a coger el móvil y llamé a Lothar.

Contestó enseguida.

–Hola, Lothar, ¿qué tal? –dije.

–Vaya, eres tú –dijo–. Bien. ¿Y tú?

–Voy tirando –contesté–. ¿Qué haces?

–¿Ahora, quieres decir?

–Sí, por ejemplo.

–Estoy engrasando la bicicleta mientras los niños se están bañando en su pequeña piscina. ¿Y tú?

–Sentado en un restaurante mirando el mar.

–Suena maravilloso.

–No está mal –dije–. Volvemos a casa mañana. Así tendré un par de días para prepararme. Conociéndote, tú habrás trabajado todo el verano.

–Qué va. He estado de vacaciones. Bueno, algo he trabajado, sí, en eso tienes razón.

–¿Has escrito algo?

–Un poco, sí.

–¿Qué?

–Algo sobre los cuadernos negros de Heidegger. ¿Los has leído?

–No realmente –dije–. Solo he hojeado uno. De hecho, cuando estuvimos en tu casa en mayo. ¿Y qué escribes sobre ellos?

–Nada interesante –contestó–. Pero intento estudiar el nazismo y el antisemitismo, las expresiones que reciben en los cuadernos, y cómo se relacionan con su filosofía más general de la misma época.

–Eso suena muy interesante –dije.

–No, no –dijo–. Ahora lo hace todo el mundo. Pero yo lo hago más para mí. Como sabes, siempre me ha gustado Heidegger.

–¿Quieres salvarlo?

–¡No! ¡Eso es lo último que deseo! Pero intento verlo con la mirada abierta.

–¿Mirar dentro del precipicio?

–Mirar al diablo a los ojos.

–Entiendo –dije–. Yo también he mirado hoy dentro del precipicio. Han ingresado a Tove. Tiene un brote psicótico. Vengo ahora directamente del hospital.

–¡Oh, no! –dijo–. Qué malas noticias. Pobre mujer. Y pobre tú y pobres chicos. ¿Cómo están ellos en medio de todo esto?

–Están bien –dije–. Intento protegerlos todo lo que puedo. Ya ha ocurrido más veces.

–¿Entonces ella se quedará en el hospital de allí?

–Sí, tendrá que quedarse –contesté–. Pero tal vez tarde poco en mejorar. Una psicosis puede curarse rápidamente.

–Siento mucho oír esto, Arne –dijo–. Dime si hay algo que yo pueda hacer cuando vuelvas.

–Gracias –dije–. Pero todo irá bien. Bueno, me alegro de haber hablado contigo.

–Lo mismo digo. ¡Buen viaje de vuelta!

Colgué y me metí el móvil en el bolsillo; era de mala educación tenerlo en la mesa mientras se comía, aunque estaba solo. Vi que traían la comida de la cocina.

La carne no era muy tierna, pero no estaba mal. Iba acompañada de patatas fritas, que venían en una especie de recipiente y estaban crujientes y ricas.

En la mesa de detrás de mí había unos alemanes, a la derecha unos ingleses, y el resto, por lo que pude escuchar, venía del este de Noruega. La playa de abajo estaba a rebosar de gente, los sonidos subían desde allí como flechas por el aire, risas, voces, gritos.

Debería haber traído aquí a los niños. Lo haría el próximo verano.

Me bebí el resto de la cerveza y me palpé todos los bolsillos del pantalón corto en busca de tabaco, aunque en el fondo sabía que se había quedado en casa.

«Lord, here comes the flood», canté para mis adentros. «We'll say goodbye to flesh and blood.»

Por alguna razón no acababa de creer en la crisis climática, que tuviera lugar mientras yo viviera. Racionalmente creía en ella, pero no emocionalmente. No tenía miedo, simplemente porque me daba la sensación de que no era nada que temer.

¿También se podía ser más o menos empático con la naturaleza?

Déjalo ya, hombre. No vas a llegar a ninguna parte con tanta autocrítica.

Y nadie sabía que no tenía muy desarrolladas las aptitudes empáticas. No iba por ahí exhibiéndolas.

Me volví de nuevo hacia la camarera. Aunque no sabía la lengua, al menos estaba pendiente, porque acudió enseguida.

–¿Me traes la cuenta? –dije.

Lo entendió y asintió.

A Lothar le dio muy fuerte la crisis de los cuarenta, apareció una mañana en el departamento vestido de ciclista, con manchas de barro en la espalda, un casco en una mano y la mochila con libros y papeles en la otra. Incluso me preguntó si quería ver la bicicleta durante el almuerzo, y cuando luego entré en Google a mirar la marca, descubrí que se había gastado treinta mil coronas en ella.

¡Treinta mil coronas!

¡Por una bicicleta!

Sonreí, saqué la tarjeta del bolsillo de atrás y la puse encima del platito con la cuenta, que ella había dejado en la mesa.

Cuando lo conocí, no era más que barba y pelo, y su cuerpo no era más que un añadido a su alma. Ahora estaba delgado y bronceado, y llevaba el pelo corto, parecía más un analista financiero que un catedrático de universidad.

¿Por qué no podían venir ya con el datáfono? Era muy pesado eso de que primero trajeran la cuenta, luego dejaras la tarjeta sobre la cuenta, y por fin el datáfono.

¿Por qué lo harían? ¿Querrían que el cliente tuviera la posibilidad de estudiar primero la cuenta? De ser así, podrían hacerlo mientras esperaban el datáfono, ¿no?

No, Heidegger no era mi hombre. Había intentado leer sus análisis sobre Hölderlin, y no podía evitar pensar que cometía el error del principiante llenando el poema de lo suyo, en lugar de sacar los elementos de aquel y soplarlos con cuidado para que se encendieran. Leer poemas a la luz del propio poema era el único método sostenible. Lo que él escribía sería bueno en sí, pero tenía poco que ver con Hölderlin.

La camarera apareció por fin con el datáfono en la mano. Le dejé un diez por ciento de propina, el servicio había estado bien, y la comida, más o menos.

Cinco minutos después me encontraba otra vez en la autovía, ya no había razón para demorarme más, pensé, y, además, había algo dentro de mí que deseaba velocidad.

El motor de mi madre era como una máquina de coser, pero se dejaba poner a ciento treinta por hora, antes de empezar a vibrar y temblar.

Durante el último trecho escuché The War on Drugs. La melancolía encajaba a la perfección con mi estado de ánimo y con el paisaje que me rodeaba, con esa enorme pared de tormenta que se aproximaba lentamente en medio del brillante sol.

Barcos blancos en el estrecho, los aparcamientos de los supermercados llenos, dos ciclistas subiendo despacio y titubeando la cuesta hacia el puente, cargados hasta los topes como burros, con todos sus bártulos.

¿Y si Tove tenía razón?, pensé de repente. ¿Y si de verdad estábamos muertos y esto era el mundo de los muertos?

Sonreí y eché líquido para limpiar el parabrisas, que al encontrarse con el brillo del sol mostraba su verdadera y sucia naturaleza.

La semana siguiente me tocaba hablar de que la separación entre el reino de los muertos y el de los vivos no era tan clara en la antigüedad como ahora. Pero nunca se me había ocurrido que esto podía ser el reino de los muertos. Tal vez podría empezar por ahí. ¿O solo provocaría el caos? No entenderían de qué les hablaba. Sus cerebros eran increíblemente conformistas, no podía salirme ni un milímetro

del mundo que conocían sin que me colmaran de críticas y escepticismo.

Debería invitar a un pastor de la Iglesia a dar una clase, si es que era factible. ¿O tal vez era una mala idea?

¿La visión de la Iglesia noruega de la vida después de la muerte?

Claro que podría ser interesante. Había ahora tanta murmuración en la Iglesia, tantas evasivas, que resultaba imposible saber lo que realmente creían. Todo se diluía en una especie de neblina de buenas intenciones.

Subí el puente y bajé por la carretera de la izquierda, pasé por la ensenada con muelles flotantes y luego por el bosque, algunos claros y prados de vez en cuando, luego, a la izquierda en el cruce y pasados unos kilómetros, apareció a la derecha el camino de grava y las dos casas pintadas de blanco formando un ángulo, con el césped delante de ellas.

Al aparcar, vi a mi madre leyendo junto a la mesa. Ingvild estaba a su lado, tumbada en una manta tomando el sol.

–Hola –dije, acercándome a ellas–. ¿Qué tal por aquí?

–Todo bien –contestó mi madre, y se quitó las gafas de sol.

Ingvild se incorporó.

–¿Cuánto tiempo estará mamá en el hospital? –preguntó.

–No lo saben –contesté–. Esperemos que no mucho.

–¿Van a poder trasladarla a nuestro hospital?

–Por ahora creo que no, pero quizá dentro de unos días, cuando esté un poco mejor.

–¿Se lo preguntaste a ellos?

–Había muchas cosas que preguntar y contestar –dije–. Pero estaré en contacto con ellos todos los días. Así que ya iremos viendo.

Ella no hizo ningún comentario, solo cogió la toalla y entró en casa.

–¿Y los gemelos? ¿Dónde están? –pregunté.

–Están dentro –contestó mi madre–. Se quejan de que fuera hace demasiado calor.

–Bueno, algo de razón tienen –dije, y me senté.

En la mesa había una jarra de agua, y al lado tres vasos uno encima de otro. Cogí uno y me eché agua.

–Tal vez no sea asunto mío –dijo mi madre mirándome–. Pero hueles a cerveza.

La miré con los ojos muy abiertos.

–Tienes razón –dije–. No es asunto tuyo.

–Vale –dijo, cogió el libro y siguió leyendo.

–Me he tomado un descanso en ese hotel donde solíamos comer los domingos –dije–. He comido y me he tomado una cerveza con la comida. Tengo cuarenta y tres años, ¿sabes?, y decido por mí mismo.

No había comido nada en todo el día, acababa de dejar a mi mujer en la unidad de psiquiatría.

Levantó la vista y asintió con la cabeza.

–Así que por eso huelo a cerveza –dije.

Volvió a dejar el libro.

–He estado hablando un buen rato con Ingvild –dijo.

–¿Y? –dije, tranquilo, pero temiéndome lo peor.

–Me ha contado lo que ocurrió aquí ayer.

–¿Qué te ha dicho?

–Que estabas borracho y chocaste con el coche mientras ellos estaban aquí solos con Tove, que tenía un brote psicótico.

–En primer lugar, no estaba borracho –dije–. Me tomé dos cervezas. Eso fue todo. En segundo lugar, solo iba a bajar a comprar tabaco. Sí, lo sé, no está nada bien, pero he vuelto a fumar. En tercer lugar, Tove estaba dormida cuando me fui. Y en tercer lugar, choqué porque la carretera estaba llena de cangrejos a los que intentaba esquivar.

Mi madre dejó vagar la mirada, como tratando de digerir lo que yo acababa de decir.

–El quid de la cuestión es, supongo, que no estabas aquí cuando ellos te necesitaban –dijo despacio–. Ingvild tenía mucho miedo. Sigue teniendo miedo. Ellos necesitan estabilidad, sobre todo estando Tove inestable. Y tú eres el único que puede dársela.

–Ya lo sé –dije–. Lo que pasa es que han coincidido muchas circunstancias desafortunadas.

Me levanté.

–Voy a ver a los gemelos –dije–. ¿Cuándo te vas?

–Pues depende de cuánto tiempo me necesites aquí –dijo.

–Bueno, yo tengo que hacer un montón de preparativos para mañana –dije–. Sería estupendo para los niños que te quedaras hasta entonces. Hasta que nos vayamos, quiero decir.

–Entonces me quedo –dijo.

La lluvia se acercaba mientras yo hacía el equipaje y recogía la casa, un muro negro azulado de nubes que se oscurecieron aún más con la llegada del crepúsculo, que iba excluyendo lentamente el mundo. Cuando cayeron las primeras gotas, era como si solo existieran la casa y el jardín. Fuera de ellos, todo estaba negro.

Lo último que hice fue llevar las maletas y las mochilas al coche, y dejarlas en el maletero. La ventaja de ir en coche era que no hacía falta pensar en que tenías que ir cargando con todo, como en los viajes en avión, así que rellené el espacio que quedaba con bolsas y distintas cosas que no habían cabido en las maletas, o que había olvidado meter cuando fui mirando por las habitaciones.

No había dejado muy bien la casa, pero si la semana siguiente acudía una empresa de limpieza, quedaría estupenda para el próximo verano.

Aún no había pedido a Egil que les abriera la puerta, o que diera una vuelta por la casa de vez en cuando, por ejemplo, para poner la calefacción cuando llegara el otoño, pero eso no era más que una formalidad. Él no tenía mucho que hacer aquí en otoño/invierno, y siempre estaba dispuesto a ayudar.

Cerré el maletero y fui a la parte de delante del coche para evaluar una vez más el daño. Uno de los faros no funcionaba, y tampoco el intermitente, pero no tenía opción, tendría que arriesgarme y cruzar las montañas con el coche. Si en contra de toda probabilidad nos paraba la policía, lo peor que podía pasar era que nos prohibieran circular, aunque probablemente todo acabaría en una multa.

En todos los años que llevaba circulando por esa carretera jamás me habían parado.

Una gota me dio en la frente, luego otra en el dorso de la mano, y cuando levanté la vista hacia la oscuridad, la lluvia empezó a tamborilear sobre la carrocería, primero despacio y luego cada vez más deprisa.

Entré en la cocina y llamé a Egil mientras miraba el jardín, donde la lluvia se veía como rayas a la luz de las lámparas.

Egil no cogió el teléfono y colgué.

Mi madre estaba en el cuarto de estar con los gemelos viendo una película. Ingvild estaba en su habitación. Habíamos cenado, así que en realidad ya no quedaba nada por hacer esa noche.

Tenía que contarles lo del gato. No podía esperar hasta el momento de marcharnos, cuando vieran que no se venía con nosotros.

Podía decirles que probablemente alguien lo había atropellado.

Lo de «probablemente» les daría una esperanza, así que no me servía.

Si decía que lo habían atropellado, me pedirían detalles, cómo me había enterado, dónde lo había enterrado...

Llamé otra vez a Egil, me volví hacia la cocina y miré la encimera vacía y mi difuso reflejo en la ventana encima de ella. Tres moscas andaban lentamente, cada una en su dirección. En realidad, ¿qué piensa una mosca de otra mosca?, pensé. ¿Saben que hay más moscas aparte de ellas?

Egil seguía sin contestar. No era extraño, solía dejar el móvil en casa cuando cogía el barco, y también en otras ocasiones.

Podía acercarme a su cabaña.

Estaría bien un cigarro y una copa en su terraza.

Si dejaba de llover, claro. Demasiado estresante hacerlo con esta lluvia.

Entré a ver a los chicos, que estaban uno a cada lado de su abuela, viendo absortos la película. Ella hacía punto y les echaba un vistazo de vez en cuando.

–¿Estáis viendo El castillo ambulante? –pregunté.

Asintieron con la cabeza.

–Es buena –dije–. Creo que es mi película japonesa favorita.

–Mm –dijo Asle.

–¿Podemos comer algo? –preguntó Heming.

–Sí, sí –contesté–. Como nos vamos mañana por la mañana, podéis coger lo que os apetezca.

–¿Un helado?

–Mirad si queda alguno en el congelador.

Asle pulsó el botón de «pausa», y los dos desaparecieron en dirección a la cocina.

Mi madre seguía haciendo punto.

Un relámpago iluminó débilmente el paisaje. Conté sin pensarlo, y llegué hasta siete antes de que sonaran los truenos.

–Quizá podrías ir a ver a Tove al hospital si esto se prolonga –dije–. Intentaré conseguir que la trasladen, pero puede que la cosa se alargue.

–Iré –dijo–. Pero no estoy segura de que se alegre.

–Claro que se alegrará –dije.

–No está tan claro.

Suspiré y me volví hacia el vano de la puerta cuando los niños entraron de nuevo en el cuarto de estar.

–¿Podéis venir conmigo un momento? –les pregunté.

–¿Adónde?

–Arriba. Voy a enseñaros algo.

Los llevé a la habitación, cerré la puerta y me agaché.

–El gatito está debajo de la cama –dije–. Mañana nos lo podemos llevar.

Se pusieron en cuclillas y se inclinaron hacia delante para mirar, todavía con el helado en la mano.

–Ya tiene nombre –dije–. Se llama Mephisto.

–¿Está asustado? –preguntó Asle.

–¿Dónde está Sophi? –preguntó Heming–. ¿En realidad no es ella la que debería cuidarlo?

–Sí –contesté–. Pero ha ocurrido algo horrible, ¿sabéis? Sophi ha muerto. La mató un tejón. Pero menos mal que tenemos a Mephisto. Ahora él va a ser nuestro gato.

–¿Un tejón? –dijo Asle.

–¿Ha muerto Sophi? –dijo Heming.

Me levanté y les revolví el pelo a los dos.

–Sí –contesté–. Son cosas que ocurren en el mundo de los animales.

Pero ella tuvo una buena vida con nosotros. Y Mephisto es su hijo. Lo vamos a cuidar bien, ¿a que sí?

–Pero... –dijo Heming–. Dónde...

–En el bosque –dije.

–¿La encontraste tú?

–Sí.

–¿Cuándo?

–Ayer por la noche, mientras vosotros dormíais –contesté–. La enterré en el jardín. Tuvo un bonito entierro.

Unas gotas cayeron por las mejillas de Asle.

–No llores –dije–. Sophi tuvo una buena vida, ¿sabes?

–No pude despedirme de ella –dijo.

–Siempre la tratasteis muy bien –dije–. Venga, vamos. Mañana me tenéis que ayudar a meter a Mephisto en el transportín. Quizá podamos darle algo rico. Se quejará un poco, pero solo porque no entenderá lo que está pasando. Nunca ha ido en coche.

Bajaron detrás de mí y volvieron a sentarse en el sofá.

Aliviado porque todo había ido bien, fui al taller a fumarme un cigarro. No sabía qué llevarme de las cosas de Tove; la ropa no era problema, pero ¿qué debería llevarme de su trabajo? No tenía ni idea de lo que necesitaría en casa, por eso no había tocado nada.

Con el cigarro humeante en la mano, me puse a mirar las pinturas colocadas junto a la pared, con la parte de delante hacia dentro, como ella siempre las ponía.

Me quedé un rato contemplando un pinar con unas chicas bajas en comparación con los árboles, y también ajenas, con sus vaqueros y sus camisetas, agachadas cogiendo bayas, medio escondidas tras los troncos. Estaba pintado al óleo, los colores eran fuertes y vivos, la sensación de bosque abrumadora. Y el ambiente vagamente siniestro.

Detrás había un cuadro aún más siniestro. Era de un hombre desnudo, también él en el bosque, pero con una pared de abetos en el crepúsculo de fondo. Iba andando cabizbajo y llevaba una especie de vasija en una mano.

Giré la lámpara de la mesa hacia el cuadro para poder verlo mejor, cuando la ceniza del cigarrillo cayó al suelo, recordándome que estaba allí, y di una calada tan profunda que el filtro se calentó.

Vi entonces que no era un hombre, sino una criatura humanoide. El cuerpo era como el de un ser humano, pero enormemente fuerte, y la cabeza calva, excepto una coleta que le colgaba por la espalda, mientras que la cara... La cara era tosca, como de un neandertal. Las orejas parecían orejas de animal y los ojos...

Pero lo más curioso era que sobre el bosque brillaba una estrella.

Presioné la esquina del lienzo con el dedo y lo miré. La pintura estaba seca. Tenía que haberlo pintado antes de que apareciera la

nueva estrella.

Si no la había añadido a un cuadro anterior.

Presioné con mucho cuidado la estrella con el dedo.

Estaba igual de seca.

¿Cuándo la había pintado? Yo no la había visto hacerlo.

¡Y la estrella!

Tenía que ser una casualidad, pero de todos modos era extraño, pensé, y dejé el cuadro en su sitio, apagué la luz y salí a la lluvia, mientras volvía a marcar el número de Egil.

Seguía sin contestar.

Tendría el móvil sin batería, pensé, y entré en el cuarto de estar.

–Voy a ver a Egil –dije–. No coge el teléfono, y tengo que decirle varias cosas sobre la casa. ¿Vale? Puedes leerles algo a los chicos cuando se acuesten, si quieres. Por lo demás, se las arreglan ellos solos, ¿no?

Los dos asintieron con la cabeza.

–No te quedes hasta muy tarde –dijo mi madre.

–No –dije–. Me tomo un café en su terraza, y ya está.

Ella me siguió hasta la entrada.

–¿Es completamente necesario? –preguntó–. ¿Con esta lluvia?

–No me quedaré mucho rato –dije, y me puse el impermeable.

–Hay como una especie de inquietud en la casa esta noche –dijo ella–. ¿No lo notas?

–No, en absoluto –dije–. Al contrario. La inquietud ha desaparecido ahora que Tove no está. Lo que pasa es que tú eres un poco hipersensible.

–Quizá sea eso –dijo–. ¿Coges mi coche?

–Sí –contesté, y abrí la puerta; el rumor de la fuerte lluvia se metió en la entrada–. ¿No te importa?

Asintió.

–Está bien. Pero en todo caso, ten cuidado –dijo y volvió a meterse en el cuarto de estar.

Puse los limpiaparabrisas a toda velocidad y salí marcha atrás a la carretera. En el brillo de las farolas vi que se habían formado grandes charcos por todas partes. Sentí un placer infantil por esas fuerzas que se habían soltado, toda esa agua, los relámpagos, los truenos, y no se veía ningún coche, lo que significaba que podía ir deprisa al salir a la carretera asfaltada, volar por la lluvia y la oscuridad, con los árboles a cada lado como las paredes de un túnel.

Tove tenía que haber pintado la estrella después, pensé. Seguramente veía muchas cosas cuando tenía un brote psicótico, pero dudaba de que también tuviera capacidad profética en ese estado.

Ojalá los chicos no heredaran eso de ella, pensé, reduciendo la velocidad al llegar al último tramo, a esa estrecha carretera sin

visibilidad a lo largo de la ensenada. Todo estaba revuelto, las olas golpeaban la tierra, los barcos se mecían y tiraban de las amarras.

Cuando las luces de los faros alcanzaron el garaje en lo alto de la cuesta, vi que el coche de Egil estaba allí. Y la bicicleta. No estaba tan loco como para ir en bicicleta con este tiempo. Y en todo caso, no con su hijo.

Aparqué al lado de su coche, apagué el motor y salí. La lluvia repiqueteaba en el tejado y susurraba en el bosque, y abajo se oía el fragor de las olas cuando golpeaban la tierra.

Llamé a la puerta.

Esperé unos dos minutos antes de bajar el picaporte. La puerta estaba cerrada con llave, y di la vuelta a la cabaña para llamar a la puerta de la terraza o para verlo sentado dentro con un libro bajo la luz de esa solitaria lámpara que utilizaba para leer.

Un relámpago desgarró la oscuridad.

¡Uy, ese sí que había caído cerca!

El estruendo que siguió solo unos segundos después sonó como una explosión.

Fui por la roca y subí a la terraza.

La puerta estaba abierta. Entonces sí que había alguien en casa. Pero dentro estaba oscuro, así que estarían dormidos.

¿Debería despertarlo?

Al fin y al cabo, venía de lejos, pensé, y me puse a dar golpes en la ventana.

–¿Hola? –dije–. ¿Egil?

La casa estaba en completo silencio.

Entrar en la cabaña mientras dormían no estaría bien. Pero podría decir que estaba preocupado por ellos, una puerta abierta con esa tormenta.

Entré y me detuve en medio de la habitación.

–¿Egil? –dije–. ¿Estás aquí?

Solo se oían los sonidos de la tormenta.

Entré en su dormitorio. No había nadie. La cama estaba sin hacer, como si alguien se hubiese acostado y luego levantado. Pero eso suponía que se trataba de una persona normal, no de Egil, pensé, con una sonrisa. Me costaba imaginarme que se hiciera la cama.

A lo mejor estaban durmiendo en la otra habitación, pensé.

Tampoco había nadie.

Simplemente no estaban allí.

Encendí la luz y miré a mi alrededor.

En el suelo había una gran biblia, eso era lo único extraño que pude ver. Y que había comida sobre la mesa de la cocina.

Me acerqué a la máquina de escribir que había sobre la mesa y con mucho cuidado di la vuelta al montón de hojas colocadas al lado, para

poder ver la página del título.

Sobre la muerte y los muertos
Un ensayo de Egil Stray

¿Había escrito sobre eso?

Miré a mi alrededor, esperando oírle decir «¿qué estás haciendo, hombre?», pero no había nadie, y empecé a hojear el montón y a leer algunas frases.

«"Como sabemos, la muerte es innecesaria", escribió Georges Bataille en 1949, y desde que leí esa frase por primera vez, ha vivido conmigo», ponía en un sitio.

«Lo que ocurre con la muerte es que se hace cada vez más pequeña, y tan espectacular ha sido ese desarrollo que ya no es impensable que la muerte llegue un día a cero y desaparezca», ponía en otro sitio.

Resultó un alivio ver lo pretencioso que era. ¡Aquí estaba el niño de papá, solo en su cabaña creyéndose filósofo!

Volví a dejar el montón exactamente como estaba. Di otra vuelta para ver si él estaba en algún sitio, mirándome.

–¡Egil! –dije en voz alta.

¿Había un altillo en el garaje? Podrían estar durmiendo allí, como una experiencia emocionante para su hijo.

Encendí la linterna del móvil y di otra vuelta a la cabaña. Entré en el garaje, donde estaba el viejo Saab, iluminé el techo.

–¿Egil? –dije, aunque sabía que no había nadie; uno se da cuenta de eso.

Cerré la puerta detrás de mí.

¿Dónde podían estar?

Tenía que mirar también en el barco, pensé, me puse la capucha, rodeé la cabaña y salí a la tormenta, que venía hacia mí chillando, murmurando y susurrando. Iluminé con la linterna el sendero que bajaba al cobertizo del barco.

Su barco estaba allí, cabeceando.

Era lo que me esperaba, él no se adentraría en el mar con un tiempo así.

¿Y si salieron antes de que empezara la tormenta, y esta los sorprendió y estaban en un islote o algo por el estilo?

Entonces el barco no estaría aquí ahora, pensé, riéndome de mi estupidez.

El barco tiraba de las amarras como un animal que intenta liberarse.

Las olas golpeaban las rocas, elevándose varios metros en el aire por algunas partes.

Volví a la cabaña, apagué la luz, cerré la puerta corredera y fui hacia el coche. Dado que tanto su coche, como la bicicleta y el barco estaban allí, la única explicación era que se hubieran ido a dar una vuelta para ver la tormenta.

En ese caso volverían pronto. Pero no me apetecía quedarme allí a esperarlo. Teníamos que levantarnos temprano a la mañana siguiente, así que opté por arrancar el coche, salir marcha atrás hacia la linde del bosque y bajar la cuesta con la luz de los faros como dos túneles rayados por la lluvia en la oscuridad.

TURID

Tenía tanto miedo que cerré los ojos para escapar de todo. Pero resultaba igual de horrible, porque entonces él podía venir sin que me enterara, así que los volví a abrir.

Se había dado la vuelta, ahora estaba de espaldas a mí.

Echó hacia atrás su enorme cabeza y miró al cielo, enseñando los dientes. Luego fue hacia la linde del bosque y desapareció entre los árboles.

De repente se hizo el silencio. Ni un sonido salía del bosque.

Me quedé quieta un buen rato. Desplazaba mi mirada de un sitio a otro. Nada se movía. Tampoco Kenneth, que yacía en el suelo.

Me temblaba todo. Las piernas me flojeaban tanto que tuve que apoyarme en un árbol para poder mantenerme en pie.

¿Se había marchado realmente?

Pasados unos diez minutos, empecé a andar lentamente hacia el bosquecillo. Me paraba, miraba a mi alrededor, daba unos pasos, volvía a pararme.

Reinaba el silencio.

No había nadie allí.

Todo había acabado, pensé. La criatura se había marchado.

Me incliné frente a Kenneth. Estaba boca arriba, con los brazos en cruz, como si alguien le hubiera disparado.

Le noté el pulso cuando le puse el pulgar y el índice en el cuello.

No me atrevía a pronunciar su nombre en voz alta, por miedo a que mi voz les hiciera volver.

Le acaricié la mejilla.

–Kenneth –susurré–. Kenneth.

Abrió los ojos.

Primero dejó vagar la mirada por el cielo.

–Estamos en el bosque –susurré–. Enseguida nos vamos a casa.

Me miró y se incorporó.

Su mirada me asustó. Había algo distinto en ella. Algo que no había antes.

La manera en que me miraba.

–Ven –dije en voz baja–. Nos vamos a casa.

Se levantó.

Eché un vistazo a mi alrededor. No se veía ningún movimiento, no se oía ningún sonido.

Lo cogí de la mano, él me dejó hacerlo. Cuando empecé a andar,

me siguió a lo largo del arroyo, entre los dos árboles caídos, subiendo la pendiente llena de brezo.

Kenneth no sabía que estaba desnudo, o no sabía que eso significaba algo, porque andaba igual que siempre.

De repente se me ocurrió que había salido de la cárcel. Seguro que era un recluso. Algunos tenían un aspecto horrible. Llenos de esteroides anabólicos. Grandes como toros. Caras brutas, toscas.

Esa era la explicación.

Había huido de la cárcel y se quedaría allí hasta que dejaran de buscarlo.

Los pájaros grandes no eran más que pájaros grandes.

En la oscuridad y con mi angustia todo se había convertido en algo horrible.

No había nada nuevo en la mirada de Kenneth, pensé, echándole un rápido vistazo. Miraba al frente, sin un gesto en la cara. Era como había sido siempre, inexpresivo y con una única mirada. No era exactamente vacía, pero carente de expresión. Como si nada le concerniera.

La respiración empezó a jadear cuando habíamos subido la mitad de la cuesta, y me paré. Me faltaba el aire. Tenía la sensación de que todas las pequeñas arterias se encogían, como si se retorcieran por todo el cuerpo. El corazón me golpeaba el pecho y me incliné hacia delante, aunque sabía que tenía que enderezarme y abrir los pulmones.

El aire llegaba a través de una pequeña paja, y los pulmones eran tan grandes que no bastaba.

Hhhhhii hhhhooo. Hhhhhhii hhhhooo.

Tenía una vaga sensación de que Kenneth me estaba mirando.

Hhhhii hhhhoo hhhhhii hhhhoo.

Entonces fue como si se abriera el tapón. El aire se metió de repente a chorro en los pulmones y por la sangre, y el dolor desapareció.

Me enderecé y descubrí que habíamos estado cogidos de la mano todo el tiempo.

–Vamos a seguir, Kenneth –dije–. Pronto llegaremos a casa.

Desde la cima de la colina miré hacia los edificios de la institución. Estaban como dormidos en el llano. La cárcel tenía otro aspecto, un cuadrado iluminado en medio del oscuro bosque, muy despierto y enfadado.

¿Qué era lo de la vasija y la sangre?

El hombre habría matado algún animal y luego lo habría degollado. Se habría divertido un poco cuando apareció Kenneth. Estaría drogado.

Bajamos despacio por el sendero y entramos en el último trecho de

bosque.

Ahora se trataba de meterlo sin que nadie se diera cuenta.

Ojalá Sølve estuviera dormido. En ese caso sería como si no hubiese ocurrido nada.

La luz de los edificios caía débilmente sobre el sotobosque delante de nosotros. Al instante, vi las ventanas y las lámparas de las que procedía, y llegamos al césped.

Al menos la terraza estaba vacía. Y tampoco se veía a nadie entre los edificios. Si se hubiesen percatado de que no estábamos, habría algún tipo de actividad en marcha.

Ni un alma.

Saqué la llave y abrí la puerta, mientras Kenneth esperaba dócilmente.

En la entrada abrí la puerta del baño, mojé un poco de papel higiénico, y le quité la mancha roja de la frente. Estaba pegajosa, tenía que ser sangre.

Ahora que ya estábamos dentro, esa mancha era la única señal de que algo había ocurrido. Su desnudez podía justificarse con que había salido corriendo, huyendo, pero yo había logrado detenerlo. En todo caso, como no sabía hablar, no podría contarlo. Y yo, obviamente, no diría nada. Ni siquiera a Jostein.

Tampoco él me habría creído.

Subí la escalera, Kenneth iba pisándome los talones con cara inexpresiva y pasos mecánicos.

La entrada estaba vacía. Me acerqué con cuidado a la sala de guardia y eché un vistazo dentro. Sølve estaba sentado en el sofá con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta.

Gracias a Dios.

–Vamos, Kenneth, derecho a la cama –dije, le abrí la puerta y me quedé mirándolo mientras se sentaba en la cama y apartaba el edredón–. Que duermas bien –dije.

Volvió la cabeza y me miró fijamente. Abrió la boca como para decir algo.

Parpadeó varias veces.

–Ah Ah Ah –dijo.

–¿Qué pasa? ¿Quieres algo? –le pregunté.

Tosió.

–Tú... –dijo.

–¿Quieres un poco de agua?

Seguía mirándome fijamente.

–Tú... ee... –dijo.

La voz sonaba débil y distorsionada, como si viniera de un lugar muy dentro de él.

¿Tú estás?

¿Estaba hablando?

No, por Dios, no eran más que sonidos.

–Buenas noches entonces –dije.

–Tú... ee... –volvió a decir.

¿Eran palabras?

Levantó la mano al aire.

–Tú... estás... condenada...

Se tumbó, cerró los ojos y me dio la espalda.

–¿Qué has dicho? ¿Has dicho algo? Kenneth, ¿has dicho algo? ¿Qué has dicho, Kenneth?

Le puse la mano en el hombro e intenté comunicarme con él.

–Kenneth –dije–. ¿Qué has dicho? ¿Has dicho algo?

Seguía tumbado, tan quieto como antes. Con el cuerpo pesado y la respiración constante.

Salí al pasillo. No sabe hablar, no sabe hablar, me dije. No son más que sonidos. Turid, no eran más que sonidos.

¿Podría estar con síndrome de abstinencia? ¿Podría ser esa la causa?

¿Veía y oía cosas que no eran?

Si pudiera conseguir algún Sobril para esta noche, al menos podría fumar, pensé, fui al despacho y abrí la mochila de Sølve, sin importarme que se despertara, encontré un paquete de Prince y un mechero en el bolsillo lateral, y salí a la terraza, me senté en el sillón y encendí un cigarro.

–He debido de quedarme dormido –dijo Sølve desde dentro–. ¿Ha pasado algo?

–No –contesté–. ¿Qué pasaría si te denuncio?

–No lo dirás en serio –dijo.

–Quizá –dije, el humo me llegó a los pulmones, y empecé a toser.

–No sabía que fumaras –dijo.

No contesté. Tosí y tragué. No podía fumar con esa maldita respiración mía. Ya lo sabía.

Irritante, joder.

Me incliné hacia delante y apagué el cigarro en el suelo de hormigón.

–¿No tendrás un Sobril? –le pregunté.

–¿Sobril? No. Pero tengo Xanor. ¿Quieres uno?

–¿Tienes? ¿De verdad?

–Sí, tranquila. Pero no me denunciarás, ¿no?

Se rió.

–¿Tienes dos? –le pregunté.

Un momento después me dio dos pastillas y un vaso de agua.

–Turid bonita –dijo.

Suspiré y las tragué.

El precio por pedirle algo sería alto. Ahora éramos confidentes.

Se sentó en el otro sillón.

–¿Me dejarías sola un rato? –le pregunté.

–¿No lo dirás en serio? –dijo–. ¡Si acabo de hacerte un favor!

–Te lo ruego. Solo un rato. Tengo que hacer unas reflexiones.

Se levantó sin decir nada más y salió. Eché la cabeza hacia atrás y miré al cielo. Sabía que las pastillas no empezarían a hacer efecto hasta pasada media hora, pero era como si ya lo hicieran.

Tú ee con den.

No eran más que sonidos.

Tú ee con den.

Después de lo ocurrido en el bosque no hacía falta mucho para que mi imaginación se desbocara. Mejor dicho, se había desbocado ya.

Pájaro con escamas y monstruos.

Era pura histeria.

Una locura en sí que Kenneth huyera desnudo al bosque, y yo tuviera que perseguirlo.

Esa era una historia que podría contar en alguna ocasión.

Pero mi hijo Ole no me daría nietos.

Mi pequeño Ole.

Entré a por el teléfono. Oí que Sølve estaba fregando el suelo de la entrada. El acuerdo entre nosotros era que él se ocupaba de la cocina y el cuarto de baño, y yo de todas las grandes superficies. Pero ahora estaba enfadado y quería que me sintiera culpable, por eso se puso a hacerlo todo.

Nadie contestaba.

Esta vez no me puse nerviosa. Tenía el teléfono sin batería, o había quitado el sonido al acostarse.

De nada serviría llamar a Jostein. Estaría durmiendo la mona y sería imposible despertarlo.

Un suave humo se tejía desde las pastillas, pasando por mi cuerpo en lentas espirales, corriendo un velo por los pasillos del cerebro, y cayendo suavemente sobre los nervios, que se tranquilizaron y se acostaron en sus establos.

¿Qué había pensado arriba en la ladera?

Una luz lo rodeaba.

Sí.

Que podía dejar este trabajo.

Eso era.

Era mayor, pero no tanto, tenía experiencia, claro que podría encontrar otra cosa.

Quizá incluso en algo completamente distinto.

Tal vez en algo relacionado con flores. ¿Otra vez en un vivero? O mejor aún, ¿en una floristería? Hacer coronas y ramos.

Colores, formas, vida y alegría.

Si pudiera vivir la vida de nuevo, eso era lo que querría hacer. Convertirme en florista, tener mi propia floristería.

Haber tenido el suficiente valor como para elegir forma y color en el bachillerato, y seguir dibujando y pintando.

No haber ido a trabajar aquel día de primavera de 1986.

Pero entonces no habría tenido a Ole.

Borra eso.

Podría haber regentado una floristería aunque hubiera estado casada con Jostein, ¿no?

Y no me engañó el día que apareció en el vivero. Era el mismo de siempre. De modo que lo que luego tuve, fue lo que quise tener.

Aquel día el cielo estaba azul, y brillaba el sol, pero soplaba un viento frío, y cuando por la tarde plantamos cebollas, los dedos se me quedaron entumecidos y rojos de frío.

Nunca me habría vuelto a acordar de no ser porque fue la primera vez que lo vi.

Llegó un coche con el polvo arremolinándose detrás, y a través de la sucia pared de cristal vi que aparcó delante del vivero, y salió de él un hombre joven con una cámara en las manos. Primero habló con Erlend en el despacho, luego salió donde estábamos nosotros para hacer unas fotos e intercambiar algunas palabras.

No era muy alto, pero sí fuerte, y la ropa le quedaba un poco demasiado pequeña. Los pantalones le apretaban un poco demasiado por los muslos, la chaqueta del traje le quedaba un poco demasiado corta. Tenía la boca estrecha, la barbilla angulosa y el pelo rubio. Pero en lo que me fijé, en lo que se fijaba todo el mundo, era en sus ojos. Tenían un color azul claro que no había visto en nadie.

Trabajaba en el periódico local y estaba escribiendo sobre profesiones en el suplemento del fin de semana, nos contó. Nos pidió que le enseñáramos nuestro lugar de trabajo y nos hizo un montón de preguntas. Se reía a menudo, y su risa era jactanciosa, como si no le importara nada lo que la gente opinara de él.

Hablamos un poco sobre él cuando se metió en el coche y se marchó, pero no volví a pensar en aquel hombre después de aquello.

La semana después de que saliera el artículo, Erlend colgó una copia en la pared del despacho y otra en la pared del invernadero, Anne vino a buscarme porque alguien me llamaba por teléfono. Era él, Jostein Lindland. Estaba pensando en mí, dijo, y se preguntaba si querría cenar con él.

–Creo que no –dije–. No te conozco.

Se rió.

–¡De eso se trata! –exclamó–. ¡De que nos conozcamos!

–Bueno, supongo que por probar no se pierde nada –dije por fin.

Esa expresión la usaba siempre desde entonces. Cada vez que íbamos a hacer algo especial, decía ¡por probar no se pierde nada!

En aquella época estaba lleno de vida y energía, se reía a menudo y de cualquier cosa. Ahora ya no era así.

Yo ya no le proporcionaba ningún placer, y con Ole era muy distante.

Yo no había conseguido mantener unida ni siquiera una familia tan pequeña como la nuestra.

Le cogí otro cigarro a Sølve. Conseguiría fumármelo sin toser si inhalaba con cuidado.

Claro que sí.

Oí que Sølve entraba en el despacho. Se sentó suspirando.

–Estoy descansando un momento –dije–. Dentro de dos minutos haré una ronda. Y fregaré mi parte.

–Ya la he fregado yo –dijo–. No me importaba, ya que tenías tantas ganas de estar sola.

¿Cómo podía sentirse ofendido todavía?, pensé, apagando el cigarro casi entero en el cenicero.

–Gracias –dije–. Pero no tenías por qué hacerlo. ¿Está todo tranquilo ahí fuera?

–Silencioso como una tumba –contestó.

Se sentó, se puso a mirar el móvil y ni siquiera levantó la vista cuando pasé por delante de él, camino de la entrada. Algunas partes del suelo brillaban de humedad, otras ya se habían secado. Olía a detergente, pero no lo suficiente como para hacer desaparecer el olor a rancio del aseo. Estaba siempre presente, y no era de extrañar, después de cincuenta años.

Abrí la puerta de la habitación de Kenneth y miré dentro. Estaba dormido boca arriba, roncando. No podía creer que solo unas horas antes yaciera como muerto en el bosque.

Con ese gigante dando vueltas a su alrededor.

¿Qué era aquello?

Entré a ver a todos, uno por uno. Todos dormían profundamente.

Cuando el cielo empezó a clarear lentamente, y los primeros pájaros se pusieron a trinar al otro lado de las ventanas, preparé el desayuno para los compañeros que harían el turno de mañana. Hice unos huevos pasados por agua y otros duros, tosté pan, puse queso, jamón y salami en una tabla, llevé los demás fiambres a la mesa, platos y tazas.

Lo último que hice antes de que llegaran fue doblar la ropa seca y limpia, y poner otra lavadora.

Sølve seguía ofendido y se marchó sin decir adiós, y cuando abrí el libro de informes para ver lo que había escrito, descubrí que no había puesto nada.

Me senté con el libro sobre las rodillas y escribí unas líneas diciendo que Kenneth y Torgeir habían estado algo intranquilos antes de dormirse, pero que por lo demás la noche había transcurrido con normalidad.

Si hubiera anotado lo que realmente ocurrió, Kenneth desnudo y suelto por el bosque, nadie me habría creído, y aún menos si hubiera escrito sobre lo que viví allí.

Pero había sido producto de mi angustia y mi imaginación, nada más.

Hasta que entró Berit, no me di cuenta de que había olvidado hacerles café. Era un pecado grave, una falta de compañerismo. También era costumbre quedarse unos minutos después de que llegara el relevo, pero yo no quería quedarme a solas con ella.

–Buen turno –me limité a decir, y me marché justo cuando entró.

Me medio esperaba que me dijera algo, pero no lo hizo. Seguramente tan contenta de evitarme a mí como yo a ella.

Bajando por la escalera me crucé con Unni, iba vestida de blanco, rodeada de una nube de perfume.

–¿Noche tranquila? –preguntó sin pararse.

–Sí, sí –contesté–. Todo como de costumbre.

–Que duermas bien –dijo, y desapareció por la puerta mientras yo seguía por el pasillo y salía al aparcamiento. El sol estaba todavía bajo, pero el aire era cálido y estaba en calma. Siempre resultaba extraño salir por la mañana tras el turno de noche, sobre todo en días buenos de verano como ese, cuando el sol llevaba ya unas horas brillando y todo estaba en marcha. A mí nunca me encajaba, porque en mi cabeza todo iba hacia la noche.

Bajé la ventanilla y conduje despacio por el recinto, que a aquellas horas estaba casi vacío. Aceleré ya en la carretera general y tuve que cerrar la ventanilla cuando el aire dentro del coche empezó a revolotear.

Ole no me había llamado, se habría acostado temprano. Eso estaba bien, así podríamos desayunar juntos. Jostein seguramente se había ido ya a trabajar, lo hacía siempre, independientemente de cuánto hubiera bebido la noche anterior.

De todos modos, un desayuno con los tres no solía ser agradable.

Quizá podríamos desayunar en el jardín.

Tosí un par de veces. Ya no podía fumar más, pensé. De todos modos, nunca resultaba tan agradable como me lo imaginaba. Debería recordarlo.

Me metí por la carretera que iba a nuestra urbanización. Los céspedes estaban secos y amarillos entre setos y árboles verdes. Se abrió una puerta, apareció un hombre, un coche salía marcha atrás de un jardín, por lo demás, todo estaba tranquilo.

Los árboles reposaban inmóviles, como si durmiesen.

Era como si esas mañanas estuvieran llenas de una oscuridad invisible, como detrás de esa luz solar que brillaba por todas partes. Naturalmente lo veía así porque tenía trastocados la noche y el día, pero eso no lo hacía menos real.

Llegué a la entrada y me paré, eché el freno de mano, cogí el bolso y salí.

Estaríamos al menos a veinticinco grados.

¿No tocaba regar?

Sí, el día anterior no había regado.

Fui a la parte de atrás de la casa, desenrollé la manguera colgada en la pared, cogí el aspersor y lo coloqué en medio de la pendiente, luego abrí el grifo.

Un chorro de agua se levantó, cayó lentamente hacia delante, y la lluvia de gotas se esparció con un ligero suspiro sobre el césped seco.

Me quedé mirándolo unos minutos. Daba una sensación agradable. Había algo tonificante en esa agua que caía en el seco suelo.

Dejé el bolso en la mesa de la entrada y subí a la cocina. Estaba como la había dejado al marcharme. Al parecer, ni Ole ni Jostein habían comido nada.

Vi que la lasaña seguía en el horno sin tocar.

No tenía hambre, pero no había comido nada desde la cena en la residencia, así que abrí la puerta del frigorífico y miré dentro, para ver si había algo que me tentara.

No mucho.

Pero había huevos y leche. Podía hacerle unas crepes a Ole, como cuando era pequeño. ¡Cuánto le gustaban!

Ahora tal vez dijera que no quería crepes, así que no merecía la pena. Pero un huevo cocido siempre le apetecía. Y eso era fácil de hacer.

Saqué tres huevos y un paquete de jamón. Hice un pequeño agujero en el extremo plano de los huevos, llené el hervidor de agua y lo puse en el fuego, corté un tomate en rodajas y las coloqué en una fuente, corté también unas rodajas de pepino, saqué el pan de la panera y unos cuchillos del cajón.

Las sombras de los árboles seguían siendo largas. El cielo estaba azul y despejado.

Me acerqué a la ventana del salón para ver cómo iba todo, el agua que se deslizaba reluciente por el aire para luego caer silenciosamente al suelo.

Tendría que pedirle a Ole que cambiara el aspersor de sitio mientras yo dormía. Por lo menos, tres veces.

Volví a la cocina, eché el agua hirviendo en una cacerola, metí dentro los huevos, corté unas rebanadas de pan, las metí en la

tostadora, y puse la mesa para dos. Saqué el zumo de naranja del frigorífico, y el paté, por si le apetecía. Si fuera así, también querría pepinillos en vinagre, pensé, y los saqué también.

Cuando los huevos llevaban hirviendo justo cuatro minutos y medio, retiré la cacerola de la placa, tiré el agua, metí la cacerola en el fregadero, la llené de agua fría, saqué los huevos y puse dos en su plato y uno en el mío.

Luego llamé a la puerta de su habitación.

–¿Ole? –dije–. ¿Estás despierto?

Como no contestó, abrí la puerta.

Su cama estaba vacía.

Tampoco estaba delante del ordenador.

–¿Ole? –dije, y entré. A veces se sentaba en el suelo, apoyado en la pared, a jugar con el móvil. Pero no era el caso.

La habitación estaba vacía.

Fue como si el miedo me golpeara.

–¡OLE! –grité, y salí al pasillo–. ¡OLE! ¡OLE!

Tal vez hubiese salido y se hubiera encontrado con algún compañero. Y luego se hubiera quedado a dormir en su casa.

Bajé a toda prisa, cogí el móvil del bolso y lo llamé.

Oí el débil sonido de su móvil en algún lugar de la casa.

Él nunca habría salido sin el móvil.

Llamé a Jostein. No lo cogió. Marqué su número una y otra vez mientras iba por todas las habitaciones de la casa gritando Ole. El corazón me latía cada vez con más fuerza, la garganta se me cerró, me quedé sin aliento, era incapaz de respirar, me incliné hacia delante y me apoyé en la pared. No me entraba nada de aire, era como si el pecho me fuera a estallar, todo se me quedó negro detrás de los ojos, luego se abrió un pequeño canal y una minúscula cantidad de aire entró flotando en los grandes pulmones, entonces el canal se ensanchó y tomé aire un par de veces.

Se había suicidado.

Lo sabía.

Grité.

El grito me llenó del todo, y cuando dejó de sonar fue como si me hubiese abandonado.

No era seguro, pensé febrilmente en el nuevo silencio. No era seguro, podría ser otra cosa, podía ser que hubiese estado despierto toda la noche y se hubiera ido a dar un paseo.

¿Por qué no podía haberse ido a dar un paseo?

Ole se había ido a dar un paseo. La cama estaba hecha, porque no había dormido en ella.

Volví a llamar a Jostein.

Ole se había ido a dar un paseo, pensé, y me metí el teléfono en el

bolsillo. Tendría que esperar, ya llegaría.

Pero era incapaz de esperar.

Se había suicidado.

Había ido a dar un paseo.

Se había pegado un tiro con la escopeta de Jostein.

Bajé lentamente la escalera, me detuve en la entrada.

Si la escopeta estaba en el cobertizo de las herramientas, no se había suicidado.

Miré la puerta.

Simplemente podía entrar y mirar.

Mientras no supiera si la escopeta estaba allí o no, él estaba vivo.

Se había ido a dar un paseo. Por el bosque, hasta el pie de esa escarpada ladera donde se construyó una cabaña cuando era pequeño. Ese era su lugar. Allí estaba ahora.

Me puse las sandalias y fui a buscarlo.

Mi niño.

Mi pequeño Ole.

No habrás cometido una estupidez, ¿no?

Crucé el jardín, atravesé la verja y seguí por el sendero invadido por nubes de insectos. Pasé por delante del campo de fútbol cubierto de vegetación y seguí por detrás, por donde la montaña subía en vertical.

–¡OLE! –grité.

Su lugar favorito era un pequeño césped delante de la montaña, escondido detrás de unas encinas. A una de ellas la llamaba el árbol gigante.

Su chaqueta estaba allí.

Así que había estado allí.

Esa era una buena señal, ¿no?

Si no significaba que había ido a despedirse del lugar.

Volví a llamar a Jostein. Era el único que podía ayudarme ahora.

Lo llamé una y otra vez.

Ole no estaba en casa. No estaba en su lugar favorito.

Estaba dando un paseo sin su teléfono.

Pero ¿por qué de repente estaba tan contento y despreocupado la noche anterior?

Había encontrado un camino.

¡NO!, grité parándome junto a la verja. ¡NO, NO!

Me tapé la cara con las manos.

Desaparecieron de mí toda la fuerza y todos los sentimientos. Solo quedaba el lienzo del miedo, blanco y frío. Crucé lentamente el césped, rodeé la casa y fui hasta el garaje. Abrí la puerta y entré. Estaba frío y oscuro. Encendí la luz. Ole estaba sentado en un charco de sangre junto a la pared. La escopeta reposaba sobre sus piernas. Se

había pegado un tiro en el pecho. La cabeza descansaba sobre un hombro. Los ojos estaban abiertos. Vacíos e inánimes.

Me incliné hacia él y le tomé el pulso. Su corazón no latía.

Me encontraba en medio de su sangre.

Me agaché y acerqué mi mejilla a la suya, apretándome contra él.

–Qué frío estás, hijo –susurré–. Voy a por una manta.

Saqué el teléfono y marqué el número de emergencias. Fui a por una manta, con el teléfono pegado al oído. Había sangre en él y en mi mano, en mi pecho y en mi mejilla.

–Mi hijo ha muerto –dije–. Se ha pegado un tiro en el garaje. Vivimos en la calle Rogne 11. Me llamo Turid Lindland.

Lo arropé bien con la manta, y estaba sentada junto a él, acariciándole el pelo, cuando oí llegar la ambulancia. Me levanté a abrir la puerta en el momento en el que estaban aparcando detrás de mi coche. Se bajaron dos hombres.

–Está aquí dentro –dije.

Entraron conmigo. Uno se agachó para tomarle el pulso.

Levantó la cabeza y nos miró.

–Hay pulso –dijo–. Muy débil, pero hay pulso.

Di un respingo. Los dos hombres salieron corriendo. Yo me apoyé en la pared.

Los dos hombres volvieron a toda prisa con una camilla y dos grandes bolsas. No soportaba verlos trajinando con él, salí y volví a llamar a Jostein una y otra vez.

Unos minutos después salieron con Ole en la camilla. Una mascarilla de oxígeno le tapaba la cara, y llevaba una vía en el brazo. Empujaron la camilla dentro de la ambulancia. Uno de los hombres entró con él, el otro me miró.

–Puedes sentarte delante conmigo –dijo.

JOSTEIN

No hablé a nadie, ni en la sección ni en la redacción, del asunto sobre el que estaba escribiendo. Me limité a sentarme en mi mesa y empezar, y supongo que no pasaría inadvertido que apestaba a borrachera rancia y sexo, y escribía como loco en mi máquina, porque no pasaron muchos minutos desde que Ellingsen llegó al periódico hasta que se paró delante de mi mesa.

No levanté la cabeza.

–¿Sobre qué estás escribiendo? –preguntó.

–Un asunto muy importante –contesté.

–¿Sobre?

–Espera y verás –dije.

–No recuerdo haberte oído presentar ningún asunto en las reuniones de la redacción. Tampoco a mí.

–No lo he hecho –dije–. ¿Puedes irte ya? Tengo que acabarlo. Corre prisa.

–No me gusta tu estilo –dijo, haciéndose el fuerte y sentándose en el borde de la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho–. ¿Vienes directamente de marcha?

Negué con la cabeza. Yo tenía el as, el rey, la dama y el caballo, y él podía irse a la mierda.

–Esto no puede ser –dijo, levantándose–. No estamos en los ochenta ni en los noventa. Tú y yo debemos mantener una conversación sobre lo que está ocurriendo. Los dos solos. ¿Digamos a la una en mi despacho?

–Di lo que quieras –dije, lo miré y le dediqué mi más amplia sonrisa.

A la una dejaría de ser periodista de cultura, no me cabía la menor duda.

Media hora después había terminado y fui a ver al jefe de noticias. Estaba en una de las salas de reuniones, o jaulas de cristal, como yo las llamaba, ahora que todo tenía que ser abierto y transparente. Llamé con tanta fuerza al cristal que se asustó.

–Ahora no, Lindland –dijo–. ¿No ves que estoy ocupado?

No tenía más que treinta y pocos años, razón por la que me cabreó ese tono entre protector y condescendiente. Pero me controlé.

–Tengo un asunto para ti –dije–. Y debes leerlo ya.

Suspiró.

–Dáselo a Iver, es tu jefe.

–Es un asunto de noticias –dije–. Y tienes que leerlo ya. Si no, te arrepentirás.

Se me quedó mirando.

–¿Te has vuelto loco? Apestas a alcohol, tienes una pinta horrible, ¿y encima me amenazas?

–Pero hombre, joder –dije–. ¿En qué se ha convertido este periódico? Tengo una primicia increíble, y tú sigues con tus formalidades, ni siquiera quieres leerlo.

–Voy a leerlo –dijo–. Por los viejos tiempos.

Los viejos tiempos para ti es lo que ocurrió el año pasado, pensé. No tienes ni idea de quién soy yo.

–Pero ahora estoy reunido. Mándamelo, y me pondré en contacto contigo esta tarde.

Sacudí la cabeza.

–Tienes que leerlo ahora. ¿No lo entiendes? Cuando yo digo que se trata de una primicia, se trata de una primicia de cojones.

Volvió a mirarme.

–No me gusta tu estilo, Lindland –dijo.

¿Habían hecho un curso donde les enseñaban a decir lo mismo a todos?

No me lo podía creer, coño.

Me di la vuelta y me fui sin decir nada. Llamé a la puerta de la directora. Era como una niña de dieciséis años y no tenía ninguna fe en ella, pero era la que tenía la última palabra en la casa.

Levantó la vista y me miró desde su enorme escritorio.

–Tengo un asunto –dije, antes de que le diera tiempo a decir nada–. La policía ha encontrado a los chicos de Kvitekrist. Tres de ellos asesinados. De la manera más salvaje imaginable. Están en Svartediket. Estuve allí anoche. Hablé con la policía. Nadie más lo sabe. Kavli no ha querido leer mi artículo porque soy periodista de cultura.

Ella aún no había pronunciado palabra. Se había limitado a mirarme fijamente.

–Mándamelo –dijo.

–De acuerdo –dije, cerré la puerta detrás de mí, volví a mi mesa y le envié el artículo.

Cinco minutos después, entró con Kavli a remolque.

–Lo publicamos –dijo–. Pero hay que confirmarlo primero. Karsten y Hans se están ocupando.

–Bien –dije–. Pero es mi caso. Y quiero seguir con él.

–Eso ya lo veremos –dijo ella.

Sacudí la cabeza.

–No –me opuse–. Yo tengo los contactos, yo conozco el ambiente y yo fui el primero en enterarme. Ningún jodido jovenzuelo se va a

ocupar de esto. El caso es mío.

Vi que se intercambiaban miradas. También vi que había un no en la de Kavli.

Puto idiota. Prestigio, prestigio, prestigio.

–De acuerdo –dijo ella–. Pero colaboras con Hans, Karsten y Kavli. Solo en este caso.

–Vale –dije–. Entonces me voy a casa a dormir un poco.

En la calle, con la luz del sol invadiendo la ciudad, me encendí un cigarro y decidí hacer una visita a domicilio a la pintora. Supuestamente estaba en el trabajo, Turid dormía tras su turno de noche y no me echaría de menos ni sospecharía nada. Así que me daría una ducha, y podríamos pasar un bucólico rato antes de irme a casa.

No quería pasar por la recepción, así que cogí el ascensor directamente y llamé a la puerta de su habitación.

No había nadie, o ella no quería recibir visita.

Era una tía inestable, no había que olvidarlo.

Volví a salir y encendí otro cigarro mientras miraba las noticias en el móvil. Nada aún. Quizá no habían logrado encontrar a Geir o a otra persona que pudiera confirmarlo.

Las llamadas perdidas de Turid sumaban ahora cincuenta y tres. Pero ya había pasado una hora desde la última.

Lo mejor sería decir que el móvil estaba sin batería, y hacer como si no supiera nada de las llamadas cuando llegara a casa, pensé, y lo apagué antes de subir la cuesta del teatro y meterme en un taxi.

–¿Puedes parar en la gasolinera Shell? –dije al dirigirnos hacia Sandviken.

–De acuerdo –dijo el taxista, que era tan gordo que desbordaba del asiento, y sus ojos, que me miraban por el espejo, no eran más que dos hendiduras muy dentro de los pliegues de grasa.

Vaya día.

El fiordo de la ciudad estaba azul y en calma total. Las islas eran de color verde claro con manchas naranjas o rojas entre las casas. Uno de los catamaranes se dirigía hacia el norte, seguido por una fina raya de agua blanca, como una cola.

El taxista aparcó detrás de los surtidores de la gasolinera Shell, y entré a comprar un paquete de tabaco y chicles por si me topaba con Turid antes de poder cepillarme los dientes, pero delante de la caja, a punto de pagar, me entró de repente un hambre feroz, sentí como si se me abriera por dentro un precipicio, y pedí también tres perritos calientes y una Coca-Cola. El taxista miró la compra con cierta envidia cuando volví a subir al coche, quizá también un poco sorprendido, claro, era casi una comida completa.

Me dio tiempo justo a acabarla antes de llegar a nuestra

urbanización. Me chupé los dedos para quitar un poco de la salsa de gambas y kétchup, luego me los limpié en los pantalones y saqué la tarjeta.

–Puedes parar aquí, en el cruce –dije. No quería que Turid viera que llegaba en taxi, podría dar lugar a una reacción en cadena de preguntas.

Tenía una sensación un poco extraña al pasearme tranquilamente por nuestra calle a esas horas del día sin que fuera fin de semana. Obviamente, no se veía un alma por ninguna parte.

Abrí con cuidado la puerta y entré. Me paré y escuché. Todo estaba en silencio, ella dormiría como la niña que era. Entré en el estudio, que tuvimos un tiempo alquilado a un tío tonto, y que yo luego me lo había apropiado –allí tenía mi escritorio, un sofá, un televisor, un baño y un pequeño trastero que hacía mil años usaba como cuarto oscuro–, me desnudé, metí la chaqueta, que apestaba a todo, en el fondo del armario para llevarla el día que me viniera bien a la tintorería, me metí en la ducha, abrí el grifo y me puse debajo del chorro con un suspiro de placer.

Me afeité, me cepillé los dientes y me puse unos calzoncillos limpios. Durante un par de segundos me pregunté si debería acostarme allí abajo o arriba en el dormitorio. Resultaba más práctico allí abajo, ya que solo iba a dormir un par de horas antes de volver al trabajo, pero eso podría dar lugar a preguntas, así que me pasé un desodorante por debajo de los brazos y subí a la planta de arriba.

Turid no estaba en la cama ni había estado, nadie la había usado.

¿Me había dejado sin más?

¿Por eso me había llamado tantas veces?

¿Alguien me había visto? ¿Alguno de sus colegas? ¿Y la había llamado?

Mierda.

Eché a un lado el edredón y toqué la sábana para que pareciera que alguien había dormido allí, en caso de que no pasara nada y ella simplemente llegara tarde por cualquier razón, luego me puse un pantalón corto y una camisa, y fui a la cocina a prepararme un café. Si se tratara de una conversación seria, se llevaría mejor con café y cigarrillos.

¿Habría muerto su madre?

Era posible.

En ese caso habría ido directa en el coche desde el trabajo y me habría llamado un millón de veces.

Nadie había podido verme. ¡Todo había ocurrido en la habitación del hotel!

Pensándolo bien, tal vez no debería dormir. Me encontraba bien, fresco y ligero con la ropa de verano.

Me llevé una taza de café humeante al jardín y coloqué la mesa en la sombra, debajo de la terraza. Me quedé mirando fijamente el agua que salía del aspersor y brillaba a la luz del sol. La manguera zumbaba por algún sitio, tendría un agujero, pero no muy grande; la presión parecía estar bien.

Lo mejor sería coger de una vez el toro por los cuernos, encendí el teléfono y marqué su número.

–Jostein –dijo.

–Puedo explicártelo todo –dije–. Me llegó un valioso soplo cuando estaba con mis colegas tomando una cerveza. Es el caso del siglo. Y es mío. Estuve toda la noche trabajando en él, luego me fui derecho al periódico y lo escribí. Es grande. Saldrá en CBB, Fox News, BBC, en todas partes. Me he pasado por casa, pero tengo que volver a irme enseguida. Parece que me devuelven mi antiguo puesto. Así que está muy pero que muy bien.

Di un sorbo de café y me estiré para coger el paquete de tabaco.

–Jostein –volvió a decir Turid.

Me temí lo peor. Había algo raro en el tono de su voz.

–¿Sí? –dije.

–Ole está entre la vida y la muerte.

–¿Ole? ¿Qué dices? ¿Qué pasa?

–Ay, Jostein, se ha pegado un tiro.

–¿Ole? ¿Ha intentado quitarse la vida?

–Sí. Sí. Sí.

–Mierda, mierda, mierda. Qué jodido idiota –dije.

–Jostein –dijo ella–. Tienes que venir ya.

–Qué mierda –dije–. Pero ¿dices que no lo ha conseguido? ¿Sigue vivo?

–Creo que sí. No lo sé. Aún están operándolo.

–Dios mío –dije–. ¿Por qué crees que lo ha hecho?

Turid se echó a llorar.

–Ven. Te necesitamos aquí.

–Voy ahora mismo –dije. Estuve a punto de añadir que antes me acabaría el café, pero, por suerte, no lo hice. Ella no lo habría entendido.

Necesitaba tiempo. Tenía que poner cada cosa en su sitio.

Qué tío tan estúpido. ¿Cómo había podido hacerle eso a su madre?

En nuestra familia no nos suicidábamos.

Simple y llanamente, no lo hacíamos.

Ahora todos teníamos que dejar todo. Y él era la única alegría de su madre.

¿No había pensado en eso?

¿Solo pensaba en sí mismo y en sus pequeños problemas?

Suicidarte porque no tienes amigos.

Qué miserable resulta eso.

¡Y qué error!

¿Por qué no podía coger sin más lo que le ofrecía la vida?

En lugar de quedarse en casa compadeciéndose.

Entonces pasaba lo que acababa de pasar.

Me levanté y di una vuelta por la terraza fumando.

Mierda.

Qué idiota.

Era para echarse a llorar.

¡Ahhhhh!

Tiré el cigarrillo y di una vuelta alrededor de la casa. Tendría que coger el coche de Turid. Pero ¿dónde estaría la llave?

Por suerte, estaba en su sitio en la mesa de la entrada.

¿Algo más que debería llevarme?

Tarjeta de crédito y carné de conducir en el bolsillo de atrás.

Eso era todo.

Cerré la puerta con llave, fui hasta el coche y me metí dentro. Estaba ardiendo. La tapicería me quemaba el culo y me giré para ver si había una manta en el asiento de atrás. Entonces me volvió la ola negra. Primero como un presentimiento, era como si supiera que iba a suceder antes de que sucediera. Me dio tiempo a asustarme, la ola pronto me engulliría en su oscuridad, y por alguna trastornada razón metí la llave en el bombín mientras me llegaba y arranqué el coche, como si fuera capaz de alejarme de ella conduciendo.

Entonces la oscuridad me subió por dentro como el agua por una botella, y todo se volvió negro.

No, todo se volvió nada.

No sé cuánto tiempo duró. Tampoco existía el tiempo.

Pero entonces de repente me encontraba en un lugar.

Lo reconocí.

Había oscuridad por todas partes. Pero muy al fondo, en el abismo delante de mí, se veía un fulgor. Allí estaba yo, sentado en el coche, con el motor en marcha.

Esta vez no iba a regresar. No quería regresar.

Miré a mi alrededor.

Una ladera oscura detrás de mí.

¿Podría acercarme hasta allí?

Ya estaba allí, me caí y todo volvió a estar oscuro.

No fue como si me cayera por la oscuridad, fue como si me fusionara con ella. Yo era la oscuridad. Pero no lo supe hasta después, cuando ya había salido de ella, abrí los ojos y al principio no sabía quién era ni dónde estaba, solo que era.

Yacía en el suelo. El cielo estaba gris, el aire era húmedo y frío.

Oía agua correr en algún lugar cerca de mí, por lo demás, todo estaba en silencio.

Medio contaba con que alguien intentara reanimarme, como en las otras dos ocasiones. Pero esta vez estaba completamente solo.

Eso era porque había elegido otro camino, pensé, incorporándome.

Me encontraba en un bosque, junto a una ladera. Los árboles que me rodeaban no tenían hojas, los troncos brillaban de humedad. Estaba sentado sobre algo blando y húmedo, que era musgo.

Por alguna razón tenía una sed endemoniada.

Me levanté apoyándome en el tronco más cercano, y miré el enrejado de ramas negras con el cielo gris de fondo.

Eso no podía ser algo dentro de mí, ¿no? Que en realidad me encontrara en el coche y todo lo que veía ocurriera dentro de mi cabeza.

El árbol era un roble, a juzgar por su tamaño y volumen podría tener fácilmente mil años de edad. La corteza era a la vez rugosa y lisa, entera y agrietada.

No, no cabía duda de que me encontraba allí, junto a ese árbol, en ese bosque.

Miré hacia el lugar de donde venía el sonido a agua. Unos troncos blancos brillaban muy dentro de lo verde y gris. Los abedules crecían a menudo junto a lagos o zonas pantanosas. Me acordaba de eso de cuando era scout.

Así que por allí corría otro arroyo.

Pero ¿dónde me encontraba realmente?

¿Y qué hacía allí?

Dios.

¿Estaba muerto?

¿Me había dado un infarto en el coche?

Eso tenía cierto sentido. Que fuera mi alma la que estaba fuera en la oscuridad, y luego hubiera cogido otro camino para llegar allí.

Miré mi cuerpo.

En ese caso, ¿qué hacía allí mi cuerpo?

¿Con tripa y todo?

Joder, cuántas preguntas a la vez.

Primero tenía que beber. Luego podría pensar.

Empecé a andar por el blando sotobosque, dejé atrás los grandes robles y me metí por entre un montón de árboles más jóvenes, con troncos no más gordos que mis brazos, muy pegados los unos a los otros, y con las ramas finas y ralas que se estiraban tras mi cuerpo hasta volver a su sitio, mientras las copas se mecían encima de mí cuando me precipitaba hacia delante.

Odiaba el bosque.

Llegué mojado, frío y sediento al boscaje de abedules. El sonido a

agua corriente se intensificó, como si estuviera justo al lado, pero no veía ningún río ni tampoco ningún riachuelo.

Y sin embargo, ese rumor.

Cerré los ojos. Sonaba como si el ruido viniera de abajo. ¿Podría discurrir por allí un río subterráneo?

Volví a abrir los ojos, me tumbé y acerqué la oreja al suelo.

El sonido se volvió más hueco, como si el agua chorreara por un sistema de grutas justo debajo de mí.

Lo seguí para ver si el agua desembocaba en algún lago por allí cerca, o si rezumaba por una fuente o una hoya.

Tenía frío, y me apresuré un poco más para entrar en calor.

Todo estaba en silencio, no se veía ni oía a ningún animal ni tampoco pájaros. Solo árbol tras árbol, matorral tras matorral, maleza tras maleza, boscaje tras boscaje, todo inmóvil en la niebla, que en algunas partes veía deslizarse despacio por el aire, como si fuera ciega y se moviera a tientas.

Por ninguna parte se veía rastro de actividad humana, ni siquiera un pequeño corcho de plástico, un trozo empapado de una cáscara de naranja o una minúscula huella de un tacón en la tierra o en el musgo.

Bueno, yo tampoco era exactamente un conocedor de la naturaleza, lo de los scouts duró solo unas semanas un otoño, antes de que me hartara de su hipocresía y lo dejara, de modo que también podía ser que en realidad estuviera rodeado de huellas, pero no las viera.

Por otro lado, pensé, frotándome las manos rápidamente contra los brazos, porque ya empezaba a tener mucho frío con el pantalón corto y la camiseta de verano, ¿uno se daría cuenta de que un sitio estaba vacío de personas? ¿De si había allí alguien o no?

Me agaché, arranqué un puñado de musgo del suelo y me lo presioné contra la boca intentando absorber el agua sin que fuera acompañada de musgo y tierra. Entró lo suficiente como para que la cavidad bucal se humedeciera, pero no sin dejar sabor a tierra y pequeños hilos de musgo en la lengua.

Escupí y seguí.

Delante de mí había un enorme roble.

Pero coño, era el mismo.

Había andado en círculo.

Me paré, puse la mano en el grueso tronco y eché un vistazo a mi alrededor.

Había andado hacia ese punto. Ahora habría que intentar andar hacia aquel.

Cuando empecé a bajar, tenía la sensación de que había algo conocido en ese lugar. La ladera y el enorme roble. Lo había visto antes.

Pero ¿dónde?

Me volví.

Era como un sueño. Cuanto más me esforzaba en pensar, más se alejaba.

Bajé una pendiente y al cabo de unos minutos salí a un pequeño claro del bosque. Desde allí vi una colina que reconocí.

Esa colina la veía todos los días desde la ventana de la cocina.

Miré a mi alrededor y de repente todos los rasgos del paisaje encajaron.

Allí estaba nuestra casa. Y la casa del vecino. Allí estaba la calle.

Pero no había más que bosque y árboles por todas partes.

¿Dónde estaban las casas?

¿Había llegado a otro tiempo? ¿Antes de que todo se construyera?

No seas tonto.

Pero ¿qué podía ser entonces?

Me encontraba casi exactamente donde estaba el coche. De eso no cabía duda.

¿O?

La garganta me quemaba como nunca. Las ganas de beber tiraban de mí, y me apresuré a través de la urbanización, que no era una urbanización, sino un bosque. Tenía ya más frío. Una noche fuera a esa temperatura y con esa ropa no podía ser, eso era seguro. Tenía que haber gente por allí. Y donde había gente, había calor. Podía forzar la puerta y meterme en una cabaña si es que había algo parecido por allí, llamar a la puerta de una apartada granja, o simplemente andar hasta que llegara a un pueblo o una ciudad.

Volvió a sonar ese débil rumor. En algunos momentos no era más que un susurro, en otros retumbaba, y me imaginaba que el agua corría por grandes rápidos subterráneos.

Miré el cielo gris blanquecino. Era el mismo cielo que había visto siempre. A juzgar por la luz, debía de ser mediodía, y probablemente, si también se tenía en cuenta la temperatura, avanzado el otoño.

¿Qué mierda era todo eso?

Ojalá volviera la oscuridad, pensé. Así podría despertarme de nuevo ya fuera de todo, y volver en mí en el coche.

No podía hacer más que continuar y esperar que eso sucediera.

El bosque se espesaba otra vez. Por allí parecía más viejo, los troncos y las partes bajas de las ramas estaban carcomidos, y cubiertos de musgo por la parte de arriba. Justo al lado crecían árboles jóvenes, rectos y esbeltos, que se elevaban casi veinte metros en el aire, y al lado de ellos pinos tan juntos que las ramas se entremetían las unas en las otras haciendo que parecieran jodidos árboles gigantes.

Me detuve junto a un abedul, incliné la cabeza hacia delante y chupé la lisa corteza. No hizo sino despertar ganas de más. Tenía la

garganta seca como papel de lija, pero eso no era lo peor, lo peor era la sed, que el cuerpo entero se contrajera en un terrible deseo de algo que no podía darle.

Era como si caminara por el desierto, pensé, bajo un sol ardiente. Irónicamente, porque había humedad por todas partes, en el aire, en los árboles, en las ramillas del suelo.

Di un rodeo para evitar los pinos, y dejé de oír el sonido del río subterráneo. Pero detrás del vasto grupo de árboles se abría el bosque en un surco sin árboles, y había un pequeño río marrón y quieto.

Tal vez tuviera un metro de profundidad, el fondo brillaba débilmente de arena a través del agua de color tierra. Me arrodillé en la orilla, las rodillas se me hundieron en la tierra, pero ¿qué importaba eso cuando al instante había agua fría en el cuenco de la mano, lista para chorrear por el embudo de la garganta?

Me la bebí a lengüetazos como si fuera un perro.

Luego me senté en el suelo, con la espalda apoyada en un solitario abedul que crecía junto al río. La parte de abajo estaba completamente negra, solo a cinco metros del suelo la corteza brillaba blanca.

El agua estaba tan fría que era como si el frío que emitía se expandiera no solo desde la laringe hasta el pecho, sino también desde la cavidad bucal hasta el interior de la cabeza. Pero era un frío distinto al que había en el aire. Este frío era agradable, era como si lo alisara todo, dándole forma dentro de él. Se aclararon otras cosas en mi interior. El corazón, que latía de un modo tan simple y tan hermoso. La sangre, que fluía hasta cada parte del cuerpo. Sí, la sangre que fluía, el corazón que latía, y los sentimientos, también ellos sencillos y hermosos, que se expandían de un modo distinto a la sangre, que se movían más como la sombra en el suelo cuando el sol se escondía detrás de una nube, volvieron a aparecer, cubriéndolo todo, primero de un modo, la alegría, luego de otro, la tristeza. Todo mientras el corazón latía sin cesar. Y los árboles crecían y el agua chorreaba, y la luna brillaba y el sol ardía. El corazón y la sangre. La alegría y la tristeza. Los árboles y el agua. Sencillo y hermoso. Hermoso y sencillo.

–Qué bien lates –dije.

El sonido de mi voz en el bosque silencioso me dejó desorientado, y me incorporé.

¿Dónde demonios estaba?

Tenía las rodillas mojadas y con tierra pegada.

En el fango de la orilla del río había huellas. Primero huellas de pasos, luego huellas de rodillas.

¿Las había dejado yo?

Tenía que haber sido yo. No había nadie más por allí.

¿Yo vivía allí?

¿En el bosque?

¿O solo estaba de excursión?

¿Y quién era yo?

¿No lo sabía?

–Hola, me llamo... –dije, esperando que me saliera un nombre. Pero no fue así.

¿Entonces quién era yo si no sabía quién era?

¿Un nadie? ¿Un alguien?

Noté que solo me haría falta una pequeña pizca de algo conocido para que todo se revelara.

Empecé a andar en busca de algo conocido que pudiera desenredarlo todo. Pasé por delante de un grupo de pinos y me interné en un viejo bosque lleno de árboles caídos, carcomidos y medio podridos, y helechos que me daban golpecitos en las piernas.

En alguna parte sonaba un río. No un río estancado como el que acababa de dejar atrás, este rugía y silbaba. Tenía que discurrir justo del otro lado de la cima de esa colina.

Pero cuando llegué arriba, no se veía ningún río.

Solo el sonido.

¿Podía tratarse de una especie de río fantasma?

Qué tontería, pensé, y bajé por donde el río debería haber bajado; acerqué la oreja al suelo, y como el sonido se intensificaba, llegué a la conclusión de que se trataba de un río subterráneo.

Me imaginé allí abajo un túnel parecido a una gruta, con paredes ligeramente fosforescentes. Peces con ojos cubiertos de vegetación, sapos ciegos y armiños capaces de ver en la oscuridad, todos con un camino hacia dentro donde podían regodearse.

Así que yo sabía lo que eran peces, sapos y armiños.

¿Sabía algo más?

Sabía lo que era el frío o lo que era la lluvia. Conocía árboles y musgo, páramos y colinas y cielo.

Pero ¿nada aparte de eso?

Había algo allí, pero era como si se encontrara detrás de una pared lisa. Sabía que estaba, pero era incapaz de alcanzarlo.

Una caja fuerte llena de valiosos pensamientos.

Así que sabía lo que era una caja fuerte y los pensamientos.

Algo me dijo que debía continuar, y continué por el bosque, que se elevaba ligeramente. Los árboles allí eran grandes, robaban toda la luz, el sotobosque entre ellos estaba desnudo. Mientras andaba, levanté la vista y entre las ramas vi el cielo, de color blanco grisáceo. Como leche al atardecer, pensé por alguna razón, viendo en mi mente un vaso de leche en una cocina a la que toda la luz llegaba desde fuera. El vaso estaba colocado en una mesa de formica con dibujo de

mármol y patas de metal, rodeada de cuatro bancos con fundas de color azul claro y patas de metal. En la mesa había también dos platos marrones vacíos, salvo las migas dejadas por las rebanadas de pan, y otro vaso vacío, con un borde de leche arriba.

Era la punta de algo, pero no lo que yo necesitaba, porque se paraba allí.

¿Quién había bebido de los vasos y comido de los platos?

¿Cuándo?

¿Dónde?

Curioso lo silencioso que está todo, pensé. Nada de canto de pájaros, ni siquiera se oía el graznido de ninguna corneja. Y nada de viento.

Delante de mí, muy al fondo, entre los árboles, se veía la ladera empinada de una montaña brillando débilmente en la niebla.

¡Había alguien sentado allí!

La espalda apoyada en la roca, los brazos caídos a los lados.

–¡Hola! –grité, acercándome a él lo más deprisa que pude.

Porque era un él. Vi que era un hombre joven. Lo había visto antes.

Tenía algo que ver conmigo.

Pelo corto, cara redonda aún no adulta, piel pálida. Extraños ojos luminosos.

Levantó la vista cuando me detuve frente a él.

–¿Qué haces aquí, papá?

Era mi hijo.

Yo tenía un hijo.

–No lo sé –contesté.

–¿Estás muerto? –preguntó.

–¿Muerto? –dije–. Claro que no. Lo que pasa es...

Miró al suelo, como si de repente hubiera perdido el interés por mí.

–Lo que pasa es que no recuerdo nada –dije–. Nada. ¿Puedes ayudarme?

Descubrí que el joven llevaba algo en la mano.

Era un conejo de peluche.

Se lo apretó contra el pecho y volvió a mirarme. Sus facciones eran vagas. No, cambiantes. Cambiaban ante mi mirada. A la vez, era él todo el tiempo.

–No –contestó–. No puedo ayudarte.

–¿Puedo ayudarte yo a ti? –pregunté.

Negó con la cabeza.

–Ya no –dijo. Se levantó y empezó a bajar.

–¿Adónde vas? –pregunté.

–No me sigas –dijo él.

Se movía de una manera inquietantemente veloz entre los árboles, daba la impresión de que apenas tocaba el suelo.

–¡Espera! –grité, corriendo tras él. Pero, aunque yo corría, la distancia entre nosotros aumentaba, y pronto estaba fuera de mi vista. Yo seguí en la misma dirección sin saber si era por allí por donde había desaparecido, pero era lo único que podía hacer.

El terreno se volvía cada vez más fácil para andar, la distancia entre los árboles aumentaba gradualmente, y al cabo de un rato salí del bosque y me encontré delante de un gran brezal. En algunos sitios había maleza y arbustos.

El Brezal estaba rojizo, con un toque de amarillo, y parecía extenderse por varios kilómetros. Lo amarillo tendría que venir de algún pantano.

Muy a lo lejos, vi una figura. Tenía que ser él. Eché a correr tras sus pasos.

Más allá del Brezal se elevaban algunas montañas, oscuras y grises bajo el cielo crepuscular.

¿Era allí adonde se dirigía?

Se detuvo y me vio corriendo hacia él, por un instante pareció que iba a esperarme.

–¡Hijo! –grité–. ¡Espera!

Pero él continuó, como errante.

Volvió a pararse.

Delante de mí apareció un zarzal. Me detuve, aunque no quería.

No podía derramar sangre por allí.

Lo sabía de la misma manera que sabía que tenía que alcanzarlo.

Mi hijo.

Yo tenía un hijo.

Me acordé de una cocina.

Yo estaba allí.

Eso era todo.

Ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Pero él me miró.

–¡Ven! –grité.

Vacilante, empezó a ir hacia mí.

Sus ojos lucían como dos farolas.

–No recuerdo nada –dije cuando se paró al otro lado del zarzal, a menos de dos metros de mí–. ¡Ni siquiera me acuerdo de cómo te llamas!

Su rostro era ya más viejo que cuando lo vi la vez anterior. Pero mientras lo miraba fijamente, iba adquiriendo imperceptiblemente otra forma, y tenía aspecto de un joven de dieciséis años, sin que las facciones hubiesen cambiado.

Estaba lleno de cálidos sentimientos hacia él. Deseaba alargar la

mano y tocarle la mejilla, acariciarlo, abrazarlo y sentir su cuerpo contra el mío.

–Solo quiero ayudarte –dije.

–No necesito ayuda –dijo.

–Pero entonces tengo que saber lo que estamos haciendo aquí –dije–. Y quién soy. ¿Tú lo sabes? ¿O también tú lo has olvidado todo?

–No sé qué haces aquí –dijo él–. Pero yo tengo que seguir hacia dentro.

–Creo que estoy aquí para recogerte –dije.

–Puede ser –dijo él–. Pero yo no quiero que me recojas.

Se dio la vuelta y echó a andar de nuevo.

–Entonces voy contigo –grité tras él.

No contestó. Su figura se volvía cada vez más pequeña. Pronto había desaparecido del todo.

¿Qué debería hacer yo ahora?

¿Adónde debería ir?

Había algo conocido en esas montañas hacia las que se dirigía. Su forma.

Quizá yo vivía allí y las veía todos los días.

¿Entonces yo vivía con Hijo?

¿Y quizá con su madre? ¿Tenía yo una esposa?

Cerré los ojos e intenté pensar en Esposa. No apareció ningún rostro, tampoco cuando intenté imaginarme a Hijo para evocar así imágenes de Esposa.

Estaba cansado hasta muy dentro del alma. También helado y hambriento. La oscuridad caía deprisa, más deprisa de a lo que yo estaba acostumbrado, pronto tendría que buscarme un cobijo para la noche. El único sitio que conocía por allí era el sitio donde lo había encontrado. Quizá él volviera allí. Esa era al menos una posibilidad mayor que creer que lo encontraría casualmente en otro sitio, pensé, y empecé a volver sobre mis pasos.

Había una hendidura bastante profunda en el extremo de la roca de Hijo, bajaba muy escarpada para luego volver a subir por el otro lado, y resultó que alguien había puesto encima palos cubiertos de ramas de abetos para que formara una especie de tejado. Justo al lado, alguien había hecho una hoguera, un círculo de piedras con restos carbonizados de leña y ceniza. Al acercarme, encontré varios huesos pequeños, como de pollo o conejo, blancos y lisos, sin nada de carne ni tendones. Junto a la roca había unos finos leños y algunas ramas secas cortadas. Al parecer, alguien frecuentaba ese lugar.

Me senté con la espalda apoyada en la roca.

Algo me decía que no era Hijo, sino otros, quienes habían hecho la hoguera.

Cogí tres de los leños, arranqué un poco de corteza de uno de ellos, partí las nudosas ramas en trozos aún más pequeños y las puse debajo, me palpé sin pensarlo los seis bolsillos del pantalón corto y luego el del pecho, donde encontré un mechero y un paquete de cigarrillos.

Así que yo fumaba.

Prince Mild.

Vi un seco campo cultivado sobre el que brillaba el sol, y me vi a mí mismo inclinarme para proteger el encendedor con la mano, porque hacía viento, luego vi a dos chicas, una al lado de la otra. Las dos llevaban botas de goma y monos con grandes jerséis de punto debajo, una de ellas tenía el pelo recogido en trenzas y tierra en las manos.

Eso era todo.

Tampoco pude desentrañar ese misterio.

Acabó allí.

¿Esa chica con tierra en las manos podía ser Esposa?

Encendí la corteza y las ramas, que enseguida prendieron. Cuando el fuego se hizo más grande y se comió parte de la oscuridad, se me ocurrió que tal vez fuera peligroso que se me viera.

Había más gente por allí. Alguien había hecho la cabaña y la hoguera.

Pero yo necesitaba calor.

Podría aguantar sin comida hasta el día siguiente, pero no sin calor.

Al día siguiente tendría que encontrar a Hijo. Estaba en apuros, lo sabía. Y yo lo ayudaría, eso también lo sabía. Solo que no sabía en qué o cómo. Pero lo sabría él. Además, sabía quién era yo.

Yo estaba allí por Hijo.

No necesitaba saber más, pensé, observando el fuego, las llamas que subían y bajaban, el juego de colores que se deslizaban del naranja al amarillo con algo de azul, de un modo fantasmal e inalterable en la parte de más adentro.

La leña chisporroteaba, a veces emitía un chasquido, o incluso un minúsculo estruendo.

Noté que me adormecía. Quizá así me vendrían más imágenes, pensé, justo antes de quedarme dormido, porque solía pasar.

En algún sitio cercano sonó un crujido. Di un respingo y miré. Seguramente será un animal pasando por el sotobosque, pensé, y me estiré para coger otro leño, que coloqué con cuidado en la hoguera.

Me sobrevino la sensación de que alguien me observaba.

Quizá fuera porque yo quedaba muy visible a la luz de la hoguera, pero no podía ver nada en la oscuridad.

Lo mejor sería hacer como si nada.

Unos minutos después, con la mirada perdida en las llamas, me

había olvidado por completo de esa sensación cuando de repente oí una voz.

–¿Quién eres?

Me levanté bruscamente y miré la oscuridad.

–Relájate –dijo la voz con una pequeña risa–. ¡No soy peligrosa!

Era una mujer. Llevaría un buen rato observándome.

–¿Quién eres tú? –pregunté–. Ven aquí para que pueda verte.

Se acercó silenciosamente a la luz de la hoguera. Era bastante menuda, de unos setenta y tantos años, con la espalda algo encorvada, la cara arrugada y bronceada, como a veces se veía a las mujeres mayores en viejas fotos. Sonreía, pero solo con la boca, los ojos, fríos y de color azul claro, permanecían impasibles.

–No te he visto por aquí antes –dijo–. ¿Cuándo has llegado?

–No lo sé –contesté.

–¿Quién eres?

Sacudí la cabeza y abrí los brazos.

–¿Has bebido agua del Lete? –preguntó.

–¿Qué es el Lete? –pregunté yo.

–Un río –contestó.

–Antes he bebido agua de un río –dije, sentándome–, pero no tengo ni idea de cómo se llamaba.

–Era el Lete –dijo–. Por eso no te acuerdas de nada.

–¿Y quién eres tú? –pregunté.

–¿Por qué quieres saberlo? –dijo, apartándose el pelo con una mano, un gesto que seguro que hacía desde que era joven.

–Igual tú tampoco lo sabes –dije.

Resopló y se sentó en una piedra.

–Yo sí –dijo–. Pero no es algo relevante, por así decirlo.

–Me has preguntado, ¿no?

–Nunca te había visto, ha sido por eso.

–Tampoco yo te he visto nunca a ti –dije.

–En eso tienes razón –dijo con una sonrisa–. Pero no me preguntaba por tu nombre, sino más bien por lo que hacías aquí. Y por qué has encendido una hoguera.

–Porque tengo frío, claro –respondí.

–No importa tener frío –dijo ella–. Recuerda que estás muerto. Nadie muere dos veces.

La miré. Su rostro estaba serio, sin pizca de ironía.

–¿Qué quieres decir? –pregunté.

–¿Eres un Negacionista? –preguntó ella.

–¿De qué estás hablando? –dije.

–Niegas estar muerto.

–Esto es absurdo –dije–. Tengo frío, tengo hambre, estoy cansado y tengo un cuerpo, y también tengo conmigo un paquete de cigarrillos.

Creo que eso es algo que no pueden decir muchos muertos.

–Da lo mismo –dijo ella–. Nadie ha tenido nunca una conversación sensata con un Negacionista. Es simplemente imposible.

Se levantó para marcharse.

–De acuerdo –dije–. Digamos que estoy muerto. ¿Entonces tú también estás muerta?

–Sí, sí –dijo, y desapareció en la oscuridad.

–¡Espera! –grité.

No hubo respuesta.

Me levanté y la seguí. La oscuridad era tan densa que apenas veía mi mano delante de mí.

–¡Espera! –volví a gritar, y me paré para oír sus pasos. Pero no oía nada.

Ella vería igual de poco que yo, lo que significaba que estaba cerca. Mejor buscarla cuando se hiciera de día, pensé, y volví a la hoguera.

¿Yo estaba muerto?

Eso no tenía ningún sentido.

Pero si estaba vivo, ¿dónde estaba? ¿Y cómo había llegado allí?

¿Había tenido un accidente y perdido la memoria? ¿Y luego me había internado en el bosque?

¿El accidente también lo había sufrido Hijo?

Mañana buscaré a la vieja, pensé, me tumbé de lado lo más cerca de la hoguera que me atreví, y cerré los ojos.

Me desperté al amanecer. Llovía, y aunque el techo bajo el que estaba acostado era impermeable, temblaba de frío. Me incorporé, me restregué las manos contra los brazos y miré ese bosque tan desconsoladamente lluvioso y brumoso, procurando retener el sueño que había tenido. Estaba montando en bicicleta con un amigo, él tenía unos doce años, igual que yo. Delante de nosotros, en el sol radiante, apareció un enorme barco. Era un petrolero, y estaba amarrado en tierra. Había dos hombres jugando al tenis en la cubierta, por lo demás, todo estaba vacío. Las amarras del barco eran casi tan gruesas como nosotros.

Eso era todo. Pero me infundió esperanza, porque ya tenía tres secuencias del pasado: la cocina, las chicas del campo y el paseo en bicicleta con un amigo, y si seguía así unos días, pronto sería capaz de formarme cierta imagen de cuál era mi pasado, y quién era.

Además, tenía allí a Hijo. Y reconocía las montañas del otro lado de la llanura.

Pero Hijo era la clave.

Tenía que encontrarlo y ayudarlo.

Empecé a bajar hacia la linde del bosque. Mi plan era seguirlo a lo

largo del Brezal y esperar que el camino se me abriera por sí solo cuando llegara donde acababa. También era posible que me acordara de más cosas mientras andaba, y que de esa manera supiera, o al menos intuyera, por dónde debía buscar.

Por todas partes a mi alrededor oía gotear y chorrear. La niebla estaba tan baja que en algunos sitios no podía ver la punta de los árboles.

Al final de la suave bajada, quizá a unos treinta metros debajo de mí, discurría un arroyo del que no me había percatado el día anterior. Crecían junto a él unos abetos anchos, con troncos grises, un sinfín de finas ramas entrelazadas y sin corteza abajo, y pesadas ramas verdes más arriba.

Me detuve en seco.

¿Había allí dentro una figura sentada?

Eso parecía.

Vislumbré una pálida cara plana, y algo negro que debía de ser un cuerpo.

El corazón empezó a latirme con más fuerza, saqué sin pensarlo el paquete de tabaco del bolsillo, y encendí un cigarro.

La figura no se movía.

¿Estaría muerta?

El humo que exhalé se quedó unos instantes en el aire delante de mí, antes de disiparse.

Di una calada tan intensa que el filtro se calentó.

Los muertos no fumaban.

Aquella vieja simplemente había intentado engañarme.

Dejé caer al suelo el cigarrillo y lo pisé. Empecé a bajar hacia los abetos despacio y con cuidado para no asustar a la figura. Pero no se movió ni siquiera cuando me paré frente a las ramas y vi el rostro con toda claridad.

Sin embargo, los ojos estaban abiertos, y había vida en ellos, lucían de una manera rara, un poco como los de Hijo. Como si una pequeña llama ardiera dentro de ellos.

–¡Hola! –dije, poniéndome en cuclillas.

La figura volvió la cabeza hacia donde yo estaba. Me miraba como si estuviera ciega. Tenía la boca abierta. La mirada no se fijaba en mí. Unos mechones de pelo le salían de la cabeza. Era como si alguien le hubiese arrancado el pelo. Era un hombre, o lo que quedaba de un hombre.

–Hola –dijo con una temblorosa voz de anciano.

Se me heló el pecho, me levanté bruscamente y di un paso hacia atrás. Miré a mi alrededor. No había nadie.

–¿Quién eres tú? –pregunté.

–No... lo... sé... –dijo, alargando despacio la mano hacia mí, como

si quisiera tocarme, sin saber que me encontraba a dos metros de él.

–¿Qué sitio es este? –pregunté.

Bajó el brazo igual de despacio y apartó la vista de mí. No era capaz de ver su aspecto, era como si sus facciones fueran imposibles de captar. Solo sus ojos eran nítidos, lucían ciega y claramente en la oscuridad bajo el árbol.

–No... lo... sé... –volvió a decir.

–¿Estás hablando con los Fiambres? –dijo una voz detrás de mí–. Entonces eres más tonto de lo que pareces.

Era la vieja, estaba bajando la cuesta con pasos apresurados.

El corazón me tembló al verla.

Ella no me gustaba, pensé.

Debería haber bajado directamente al Brezal, no haberme detenido allí.

La mujer se paró a unos metros de mí.

–No recuerdan nada. No saben nada. Se limitan a zascandilear por aquí.

–Yo tampoco recuerdo nada –dije.

–Pero piensas. Eres un Negacionista, pero no un Fiambre.

–Pero ¿no me dijiste ayer que estaba muerto?

–Sí, sí. Estás muerto. Pero no eres un Fiambre. ¿Qué le has dicho?

–Le he preguntado quién era. Y qué sitio es este.

El Fiambre había vuelto la cabeza hacia nosotros, o mejor dicho, hacia el lugar del que salían nuestras voces. Parecía escucharnos con la boca abierta.

–Puede oírnos, ¿verdad? –pregunté.

–Sí que puede. Pero no entiende mucho, el pobre.

La mujer se acercó a él, apartó las ramas, le agarró uno de los mechones de pelo y tiró de él.

–Levántate –dijo–. ¡Vamos, levántate!

El viejo volvió la cabeza, desconcertado entre las manos de la vieja, a la vez que se levantaba lentamente. Cuando ya estaba de pie, ella lo empujó. Él dio un par de trompicones antes de recuperar el equilibrio, y siguió andando hasta desaparecer entre los árboles.

Ella sonrió.

–Son inofensivos –dijo.

–¿Quiénes son? ¿Quién es él? –pregunté.

–Ni idea –contestó, apartándose el pelo de la frente con el mismo gesto coqueto que el día anterior.

Entonces, cuando inclinó la cabeza y la vi de perfil, la reconocí.

La había visto antes. Muchas veces.

Pero ¿quién era?

Detrás de ella, aparecieron tres hombres bajando la cuesta. No eran Fiambres, eran como ella. Se detuvieron y nos miraron.

Ella se dio cuenta de que yo miraba, y se volvió.

Ellos siguieron bajando.

Por la reacción de la mujer, supe que no eran peligrosos, pero empecé, no obstante, a andar hacia el Brezal.

–¿Adónde vas? –preguntó.

–A buscar a Hijo –contesté.

–¿Tienes aquí un hijo? –preguntó.

No contesté. Ella se me acercó.

–¿Cómo te acuerdas? –preguntó.

–Lo vi ayer –contesté–. Y ahora volveré a encontrarlo. Adiós.

Ella no se movió. Yo seguí andando. Cuando por fin salí por el otro lado del bosque unos minutos después, miré hacia atrás.

Nadie me había seguido.

Anduve a lo largo de la linde del bosque, muy atento a posibles movimientos en el Brezal, que se extendía vacío y enorme. Solo se veía algún que otro pájaro, pequeño y negro, revoloteando por encima, muy arriba, en todo lo gris.

Era un alivio estar solo y era un alivio estar de camino. Seguía teniendo frío, y el hambre me roía el estómago, pero algo debía de haber sucedido, porque, de alguna extraña manera, era como si no me incumbiera. Tampoco parecía que la falta de alimento me hubiera debilitado, tenía la sensación de disponer de fuerzas más que suficientes para seguir andando.

Al cabo de un rato, empecé a pararme y a mirar hacia atrás, era como si no pudiera controlarlo. Lo hacía cada vez más. Aunque me dijera que tenía que seguir y aguantar, al segundo siguiente me descubría volviendo la cabeza y mirando fijamente hacia atrás.

La sensación de que algo iba mal crecía dentro de mí casi a cada paso que daba. No debía abandonar ese sitio, allí era donde debía estar, lo sabía, y esa certeza me golpeaba. Al mismo tiempo, la certeza de que Hijo había seguido ese camino y la necesidad de encontrarlo eran igual de fuertes.

Era como si dos imanes tiraran de mí. O no, como si un imán tirara de mí, a la vez que yo me obligaba a ir hacia delante. Si era así, sería cada vez más fácil, porque esas ganas de retroceder serían más débiles cuanto más me alejara de Hogar, hasta que me soltara por completo de sus garras.

Al cabo de un rato, el Brezal cambió, ya no constaba de brezo y zarzas, sino que se volvió pantanoso y amarillo, en algunos sitios brillaban pequeños charcos. Cuando empezaron a aparecer suaves colinas y bajas laderas, y el campo se cubrió de hierba, abandoné la linde del bosque y me adentré en la llanura. Pronto descubrí a lo lejos algo parecido a torres. Eran tres y me encaminé hacia ellas.

Al acercarme, vi una banda de humo en el aire, que se extendía de

un extremo del Brezal al otro. Me sentí inquieto, y las ganas de volver a Hogar se hicieron tan fuertes que me paré.

Un poco más adelante, en la hierba, que me llegaba hasta las rodillas, había algo rojo.

Me acerqué. Era un pequeño montón de ropa con una falda roja encima de todo. Camisetas, bragas, blusas, pantalones. Al lado, casi cubiertos del todo por la hierba, había varios pares de zapatos y sandalias.

Me agaché y encontré una pequeña cartera abierta, y cuando le di la vuelta, descubrí una fila de fotos de fotomatón de dos chicas de unos catorce o quince años. Detrás había una foto de un chico de la misma edad, claramente recortada de una foto más grande. Había también dos billetes de cincuenta coronas y unas monedas, y una tarjeta de transporte.

Me levanté y miré hacia delante.

Por todo el camino hacia las Torres había prendas tiradas en la hierba, cuyo número iba aumentando conforme me acercaba, zapatos, gafas, carteras, bolsos.

Pronto comprendí que no era humo, sino vapor. Y parecía provenir de un río que atravesaba el Brezal.

Al llegar al terraplén junto al río, vi que las Torres se encontraban al otro lado. Formaban un triángulo de unos treinta metros entre ellas. En la parte de más abajo de cada una de ellas había dos anchas rampas, al parecer hechas de madera, y desde las rampas dichas torres se elevaban unos veinte metros en el aire, estrechas y frágiles, construidas con una especie de tela metálica, por lo que pude ver.

La hierba de alrededor había sido pisoteada en una amplia zona de al menos cien metros de ancho y otros tantos de largo. Por todas partes había montones de ropa altísimos.

¿Qué podía tener lugar allí?

Tenía aspecto de ser un lugar de concentración de miles de personas.

¿Y las Torres? ¿Podían ser una especie de iglesias? ¿Un símbolo de algo?

Levanté la vista. El sol era visible como un trozo más pálido, ligeramente amarillento en todo lo gris.

Allí, muy arriba, volaba un gran pájaro en lentos círculos.

No me gustaba, había en ello algo vagamente amenazador, también porque yo sería muy visible allí fuera, como la única figura humana en un circuito de varios kilómetros.

Subí el terraplén y bajé hasta la orilla del río, me agaché y metí con cuidado la mano en el agua. Estaba hirviendo.

Nadie podía cruzar por allí sin abrasarse.

Miré las torres del otro lado.

¿Quién podía haberlas construido?

¿Para qué se usarían?

Dejé la mirada deslizarse por el cielo en busca del pájaro. Pero el cielo estaba blanco y vacío.

Una nueva imagen fue liberada de la caja fuerte de la memoria: yo escalaba un mástil gris de metal, el aire era frío, el cielo estaba azul y el sol brillaba. Abajo había manchas de nieve dispersas. Yo tenía trece años, la primavera de los trece. ¡Era Semana Santa! Largos, interminables días. Debajo de mí estaba Gaute, con su pelo rizado y su descarada sonrisa.

Tenía que ser un mástil de radio, pensé, y miré la punta de la torre, que acababa en una especie de barra de metal.

No había recibido tanta información a la vez desde que perdí la memoria.

¿Por qué Hijo no quería decir cómo se llamaba, o quién era yo?

Me atravesó una sensación de tristeza al pensarlo.

Él no quería saber nada de mí.

¿Le había hecho algo?

¿Qué podía ser?

Al fin y al cabo, era Hijo.

Había dicho que tenía que volver.

¿Adónde?

Podía ser a cualquier parte.

Volví a Hogar por la tarde. Me gustó, aunque echaba de menos a Hijo. Me senté con la espalda apoyada en la roca y miré hacia el bosque, sin ver nada en realidad, y eso también me hizo sentirme bien. Cuando llegó la oscuridad, volví a encender una hoguera.

Era como si el cuerpo y el hambre estuvieran a punto de unirse, un poco como cuando se hinchaba un barco, pensé, como si el cuerpo absorbiera el hambre de la misma manera que el barco absorbe el agua.

Igual que la noche anterior, me adormecí frente a la hoguera, y como la noche anterior, se oyó de repente un crujido cerca.

–¿Eres tú, viejecita? –dije.

Sin pronunciar palabra, ella entró en el resplandor del sol y se sentó.

No la miré, me estiré hacia atrás y agarré un leño, que metí en la hoguera.

–¿Has encontrado a tu hijo? –preguntó.

Negué con la cabeza.

–¿Hasta dónde llegaste?

–Hasta el río del Brezal –contesté.

–¿No conseguiste cruzarlo?

–Pues no.
–Hay allí un transbordador de cable, ¿no lo viste?
–No.
–No en el Brezal, sino dentro del bosque.
Sentí que ella me estaba mirando.
–¿Qué hay en el otro lado? –pregunté sin mirarla.
–Lo mismo que aquí –contestó–. Bosque y agua.
–¿Entonces por qué quiere él ir allí?
–Allí hay un puente –dijo.
–¿Y?
–Él quiere ir al otro lado del puente. Eso es todo lo que quiere.
–¿Y qué hay allí?
–El país de los muertos.
–¿No dijiste que este era el país de los muertos?
Negó con la cabeza.
–Este es el país de los que no son.
Se hizo el silencio.

Entonces, de la nada, surgió del bosque un sonido profundo e inmenso. Se deslizó por el cielo como truenos, pero no eran truenos, era un sonido persistente que llenaba todo el paisaje que nos rodeaba.

Me levanté para bajar al Brezal, porque eso era lo que decía el sonido, pero Viejecita me agarró del brazo.

–No lo escuches –dijo con insistencia–. Quédate aquí.

Me liberé y salí a la oscuridad. Era como si ese sonido dejara todo lo demás de lado. Dentro de mí solo había sitio para él. Era tan hermoso que mi único deseo era que durara. Quería someterme a él. Convertirme en parte de él.

Por esa razón bajé al Brezal, como me había dicho el sonido que hiciera.

Cuando llegué al arroyo, el sonido cesó.

El cese hizo que me doliera el pecho.

Me detuve.

Por todas partes a mi alrededor sonaban rugidos y susurros.

Había Fiambres. Pero no solo uno o dos, se deslizaban por entre los árboles rodeándome, como seres humanos en un sueño. Llevaban ropa oscura, sus caras y sus manos eran blancas y resplandecían en la oscuridad. Y sus ojos... sus ojos brillaban.

Uno de ellos pasó por delante de mí. Susurró algo, pero no era a mí, porque no parecía haberme visto. Se susurraba algo a sí mismo.

El sonido inmenso se volvió a oír.

Me llenó del todo.

Ah, era hermoso.

Continué.

Si pudiera ser como él, formar parte de él, nunca pediría nada.

–¡Jostein! –gritó alguien detrás de mí.

¿Jostein?

Era yo.

Yo era Jostein.

Me volví.

Viejecita me seguía por la pendiente.

–¡No vayas allí, Jostein! –gritó–. ¡Vuelve aquí!

Se detuvo delante de mí y me agarró del brazo.

–Ven. Volvamos.

–Es tan hermoso... –dije–. ¿No lo oyes?

Negó con la cabeza.

–¿Cómo sabes mi nombre? –pregunté–. Yo te conozco, ¿verdad que sí?

Yo era Jostein.

Era como si el nombre chocara con el sonido, como si se metiera entre él y yo, como si ya no me llenara del todo.

Ella me agarró del brazo y yo la acompañé hasta Hogar.

Durante un largo rato, el paisaje que nos rodeaba nos llenó de su potente sonido lleno de dolor. Yo no dije nada, era como si estuviera metido dentro de él, aunque ya no ejercía poder sobre mí. Ella tampoco dijo nada.

Entonces, tan repentinamente como había surgido, cesó.

–Soy tu abuela paterna –dijo ella.

La miré. Ella miraba al frente mientras hurgaba en el suelo con un palito.

–¿Eres Abuela? –dije, y los ojos se me llenaron de lágrimas.

–¿Te acuerdas de mí?

Negué con la cabeza.

–Tu padre murió cuando tú tenías quince años. Yo no pude con el dolor y me di por vencida cuando tú tenías dieciséis. ¿Te acuerdas ahora?

–No –contesté–. Pero te he reconocido.

Se hizo el silencio entre nosotros.

–¿Dónde está Padre ahora? –pregunté–. ¿Y Madre vive?

–Harald está en el país de los muertos. Ellen está en el de los vivos.

Me miró.

–¿Ya sabes suficiente?

Lloré. No recordaba nada.

Me acarició la mejilla con su mano huesuda.

–¿Qué pasa con Hijo? –pregunté.

–No lo sé –contestó–. Se dice que ya nadie cruza el puente. Estará allí esperando.

En cuanto clareó el día, empecé a andar hacia el puente. Caminé

por la linde del bosque a lo largo del Brezal durante varias horas hasta que llegué al río humeante, que seguí hasta dentro del bosque. Llovía, y la lluvia estaba fría, pero ya no tenía frío. Ella había dicho que Hijo no estaba reconciliado, y por eso estaba desconcertado. Estaba lleno de una añoranza de algo que no sabía qué era. ¿El sonido reconcilia?, pregunté yo entonces. Sí, contestó ella. Pero si te hubieras sometido a él, ya no podrías ayudar a tu hijo.

Delante de mí, en un banco de arena donde se curvaba el río, había una balsa. Sobre ella había dos cables de acero tensados. La empujé con cuidado hasta el agua y me subí encima, agarré uno de los cables y tiré de él hasta alcanzar la otra orilla.

¿Había alguien allí?

No había visto un alma en todo el día. El paisaje estaba completamente vacío.

Pero sí que había alguien.

Miré a mi alrededor.

No se veía nada más que árboles y matorrales, agua y vapor, arena y piedras.

Me quedé quieto un buen rato para ver si algo se movía en las cercanías.

Pero no.

Andaba lo más deprisa que podía a lo largo del río para volver a salir al Brezal. Me sentía más seguro, ya que desde allí se podía ver hasta más lejos.

Las Torres del Brezal apenas se veían en la niebla. No las habría visto si no hubiese sabido de su existencia, pensé, y seguí hacia delante, mientras no paraba de mirar hacia el interior del bosque. La idea de darme la vuelta y regresar a Hogar me venía cada vez menos a la mente, y cuando llegué al final del Brezal, que se estrechaba como un embudo durante el último kilómetro hacia un valle, ya había desaparecido del todo, ahora mi interior me mandaba hacia delante, hacia el puente e Hijo.

Una especie de camino, o tal vez más bien un sendero, conducía al interior del valle. Vi huellas de cascos y pies humanos por donde estaba blando y fangoso, y también unas pequeñas huellas de ruedas, como de antiguos carros o vagones.

Pero no se veía un alma.

¿Por qué no había nadie allí?

Se me ocurrió que el camino quizá fuera peligroso, que allí uno se hacía visible y por esa razón estaba vacío.

Pero Hijo tendría que haberlo seguido. E Hijo me necesitaba, aunque él no lo supiera.

Seguí bajando por el valle. Al cabo de un rato, el sendero se dividía en dos, y seguí por el de la derecha. Acababa en una escarpada

montaña, y retrocedí un trecho intentando encontrar un camino transitable para subir por la ladera. Era empinada, pero no tanto como para no conseguir llegar hasta arriba.

El mar.

Estaba a casi cien metros debajo de mí, y se extendía gris y pesado hacia fuera, entre una miríada de islas, la mayor parte de ellas cubiertas de bosques, envueltas en niebla.

Y en el extremo estaba el puente. Subía suavemente desde la tierra, y desaparecía en la niebla.

Sentí escalofríos.

No solo porque me encontraba cerca de Hijo, sino también porque conocía ese paisaje como la palma de mi mano.

Yo venía de allí.

Yo vivía allí.

Tenía los nombres de las montañas en la punta de la lengua.

No me venía ningún nombre.

Todo era también desconocido en medio de lo conocido. Porque solo conocía las formas.

¿No era ese el aspecto que tenía el lugar del que yo procedía?

Pero, entonces, ¿qué aspecto tenía?

Me senté en una piedra y saqué el paquete de cigarrillos. Solo me quedaban ocho, y por allí no sería posible conseguir más, pero de todos modos de nada serviría ahorrar, pensé, y me encendí uno.

Cerré los ojos e intenté imaginarme el aspecto que tendría aquello antes.

No apareció nada.

Cuando volví a abrir los ojos, llegaba un barco rodeando lentamente el cabo, muy cerca de tierra. Era grande, conté hasta doce pares de remos, todos moviéndose al compás. También tenía un mástil, pero llevaba la vela bajada.

Dos grandes aves volaban sobre el barco. Tenían obviamente alguna relación con él, porque lo siguieron hacia la ensenada, entre las montañas, como una especie de escolta.

Bajando por el valle vislumbré al otro lado una figura, o algo que supuse era una figura humana, una fugaz visión de algo azul fue todo lo que vi. Encima de mí el cielo había oscurecido, así que por unos momentos pensé que solo era producto de mi imaginación. Pero cuando ya estaba abajo y empecé a caminar por el sendero que conducía hacia dentro, vi más figuras sobre las que no tuve duda, algunas se encontraban a solo unos metros de distancia.

Ninguna de ellas me miraba ni miraba a las demás.

Estaban por todas partes, en el bosque y en las laderas.

Una de las figuras, un hombre viejo con las mejillas delgadas, una

nariz grande y blanda, orejas grandes y ojos acuosos, me miró cuando pasé por delante de él, y al volverme, levantó la mano y me señaló. Su boca se abrió, pero ningún sonido salió por sus labios. Al instante, me encontré con la mirada de una mujer, también era muy vieja, la cabeza le temblaba ligeramente, pero sus ojos, sus ojos estaban abiertos de par en par.

No había nada que temer en aquellos ojos, se movían despacio y con dificultad, como si la fuerza de gravedad fuera mayor para ellos. Sin embargo, yo iba lo más deprisa que podía, procurando no encontrarme con ninguna mirada.

Al cabo de un rato, el valle se ensanchó ante mí, y al fondo se elevaba el puente, casi invisible en el crepúsculo.

Un poco más allá, alguien había encendido una hoguera.

Había gente por todas partes en el llano, delante del puente. La mayoría no se movía, como si estuvieran esperando algo. Pero no había nada de expectación en sus miradas, que eran indiferentes, ni en sus cuerpos. Los pocos que se movían eran respondidos con irritación por los que los rodeaban. Yo daba grandes rodeos a su alrededor para no atraer su atención, pero solo el andar y no estar parado, o andar en minúsculos círculos, hizo que me distinguiera del resto. Los miraba fijamente para ver si alguno de ellos era Hijo, y eso no les gustaba. En algunos ojos había odio, en otros, extrañeza. La oscuridad se iba espesando, pronto solo serían sombras entre otras sombras, pensé, como yo sería una sombra para ellos.

–¡Hijo! –grité en voz baja.

Suspiros y gemidos a mi alrededor.

–¡Hijo! –grité.

–¡Cállate! –bufó alguien.

Era desesperante. Nunca lo encontraría de esta manera, al menos no en la oscuridad.

También él podría haber cruzado el puente.

Abuela había dicho que estaba cerrado. Pero no estaba cerrado. Al menos no por aquí, pensé al acercarme. Sobresalía un trecho antes de empezar a subir, para luego desaparecer en la oscuridad. Estaba vacío, nadie andaba ni estaba parado sobre él.

¿Quizá estaba cerrado más adelante? ¿O por el otro lado?

A mi alrededor, la gente estaba ya tan apretada que no se podía avanzar si no era a la fuerza.

–¡Hijo! –volví a gritar.

–¡AAAHH! –gritó alguien.

Varios levantaron las manos lentamente hacia la cabeza y se taparon las orejas.

La necesidad de encontrar a Hijo era ya tan fuerte que no me importaba lo que ocurría a mi alrededor. Me abrí camino,

apretándome entre los cuerpos, dejando atrás suspiros, gemidos, pequeños gritos, y algunas manos impotentes que intentaban agarrarme.

Enseguida me encontré fuera de la multitud, a solo unos metros del puente.

¿Lo había cruzado él?

Me fui acercando. Si él no había cruzado, seguro que me vería allí arriba.

¡No!, pensé, y me detuve en seco.

¿Qué estaba haciendo?

No podía ir allí arriba.

Tenía que quedarme aquí.

Aliviado, di media vuelta y retrocedí unos metros. Pero no para adentrarme en la multitud, sino para caminar por delante de ella, como si fuera un oficial pasando revista a su tropa.

–¡Hijo! –gritaba mientras andaba, al tiempo que miraba todas las caras.

Una y otra vez.

Pero ningún Hijo.

Cuando llegué a la periferia de la multitud, donde la gente mantenía varios metros de distancia entre ellos, me paré.

¿Qué haría ahora?

Eché un vistazo a lo que me rodeaba. Entonces me fijé en el barco amarrado en el otro extremo de la ensenada, a unos cien metros.

Algo estaba sucediendo allí.

Tres hogueras ardían delante del barco, y varias personas daban vueltas en la luz vacilante.

¿Estaba allí Hijo?

Di un rodeo por detrás de la multitud y bajé por el otro lado. También allí había gente, pero nadie mostraba interés por lo que ocurría en el muelle.

Las figuras eran distintas. Sus rostros eran pesados y brutos, llevaban las cabezas afeitadas y eran grandes, como de toro, por las anchas espaldas les colgaban coletas. Andaban como a empellones, de un modo flexible y rígido a la vez. Algunos llevaban en las manos una vasija de madera de la que bebían a intervalos. A su izquierda, en la penumbra, había unas tiendas de campaña, y gente entrando y saliendo todo el rato de ellas.

Era como si estuvieran esperando algo.

Me acerqué cuidadosamente. Sin querer, di un pequeño golpe a una mujer, que abrió la boca con ojos enfadados, pero no salió de ella ni un sonido. Al instante, la inquietud desapareció de su rostro, y volvió a quedarse tranquila.

Detrás de la hoguera, apenas visible debido a las grandes llamas, se

había levantado una especie de armazón. Una camilla sostenida por cuatro palos largos. Sobre la camilla yacía una persona.

Al cabo de un rato, dos de los Cabezas de Toro salieron de una de las tiendas, llevando una persona entre ellos. Era una mujer. Tenía los brazos levantados por encima de la cabeza y atados por las muñecas, y las piernas atadas por los tobillos. Estaba desnuda. De otra tienda salió otra mujer, atada de la misma manera. No salía de ellas ni un sonido, pero estaban vivas, vi que sus bocas se abrían y se cerraban.

Las colocaron sobre una mesa.

Por entre las tiendas de campaña llevaron dos caballos a la plaza, delante del barco.

El Cabeza de Toro que los conducía les puso la mano en el cuello, aparentemente susurrándoles algo tranquilizador.

Estaban no obstante intranquilos, resoplaban y pateaban.

Aparecieron otros dos Cabezas de Toro, cada uno con un hacha en la mano. Todos los demás se unieron a ellos.

Levantaron las hachas y las clavaron en los cuellos de los caballos. Estos cayeron de rodillas, fue como si sus patas buscaran donde agarrarse, uno de ellos lanzó un grito, pero le llegó otro golpe de hacha, las cabezas fueron separadas de los cuerpos, los cuales, al cabo de unos segundos de temblor, quedaron inmóviles y pesados. Subía vapor de la sangre que corría por el suelo.

Los cuerpos de los caballos fueron arrastrados hasta el barco y subidos a bordo. Uno de los Cabezas de Toro se acercó a las dos mujeres con una hoz en la mano, y cortó la cuerda que las ataba. Otro les acercó una vasija de madera a la boca, y ellas bebieron.

Las metieron en una de las tiendas, y los Cabezas de Toro fueron entrando de uno en uno.

Cuando luego las sacaron, las levantaron tres veces en el aire, diciendo algo en una lengua que yo no conocía, sus voces eran estridentes y salvajes.

Ninguno de los que se encontraban cerca de mí miraba lo que estaba ocurriendo, y si alguna vez alguien dirigía su mirada hacia allá, era con ojos indiferentes.

Las mujeres fueron atadas de nuevo, les dieron más de beber, y mientras los Cabezas de Toro se reunieron en un círculo a su alrededor, todos con espadas y escudos, una vieja salió de una de las tiendas. Los Cabezas de Toro empezaron a golpear las espadas contra los escudos mientras la vieja se acercó a las dos jóvenes, levantó triunfante un cuchillo en el aire y las degolló como si fueran peces. Uno de los Cabezas de Toro recogió la sangre que salía a chorros en una vasija y la untó en los cuerpos ya muertos.

Luego las colocaron en el lecho elevado y las subieron a bordo.

Uno de los Cabezas de Toro se acercó al barco con una antorcha en

la mano y dijo algo en una lengua extraña.

Tvi at hánum fylgja
Tveir ambáttir
Tvi at hánum fylgja
Tveir hestr

A continuación, subió a bordo y prendió fuego al barco. Cuando volvió a bajar, soltaron las amarras y el barco ardiente fue empujado dentro de la oscuridad. Las llamas fueron tomando fuerza poco a poco, iluminando el espacio a su alrededor, mientras el barco se deslizaba hacia fuera. Yo miraba fijamente aquello y a los Cabezas de Toro, que seguían entrando y saliendo de las tiendas, bebiendo de las vasijas.

Yo estaba muerto.

Hijo estaba muerto.

Yo estaba allí para ayudarlo.

Pero él no quería ser ayudado.

¿Por qué no quería Hijo ser ayudado?

Sonó un estruendo en el barco. Las llamas crepitaron y desaparecieron cuando la embarcación se arqueó y se hundió. Fue como si la oscuridad creciera, fue como si una ola negra se levantara y apagara la luz, y yo estaba en la oscuridad. Y yo era la oscuridad. Y yo era nadie. Y yo no estaba en ninguna parte.

Pero entonces, como venido de la nada, de repente me encontraba en un lugar.

Y yo era alguien.

Estaba allí.

Allí abajo había una habitación.

Me apresuré hasta ella.

Alguien me apretó la mano varias veces seguidas.

Abrí los ojos.

En mi cabeza entraba la luz a chorros.

Parpadeé.

–Se está despertando –dijo una voz.

La cara de ella, temblando como si tuviera demasiado aire, y vaga. ¿Era Esposa?

Intenté preguntar.

–¿Esposa? –dije, pero no salió ningún sonido.

–¿Me oyes? –dijo una voz de hombre–. Apriétame la mano si me oyes.

Una mano rugosa, más fuerte, cogió la mía.

Todo lo que yo sabía, todo lo que yo era, se soltó de sus garras en el cerebro.

–Ni de coña necesito apretarte la mano –dije. Mi voz era débil,

pero era mi voz.

Ya veía de nuevo.

Había un médico inclinado sobre mí y una enfermera detrás de él.

La habitación era pequeña, pero era una habitación individual, al menos para eso habían tenido suficiente cabeza.

Tosí y me enderecé un poco en la almohada.

–¿Me ha dado un infarto?

El médico sonrió y se enderezó. Daba realmente la impresión de alegrarse de verme despierto.

–No –contestó–. Has estado en coma. No sabemos por qué. No ha sido un ataque cerebral ni un infarto. Solo coma.

–¿Cuánto tiempo? –pregunté.

–Trece días exactos.

–¿Dónde está Turid? –pregunté.

Miró velozmente a la enfermera.

Qué tonto.

–¿Dónde está Turid? –volví a preguntar.

–Está… –contestó– con tu hijo.

–¿Ole?

Mierda. Ese idiota se había pegado un tiro.

–¿Vive?

–Sí, vive. Pero aún no está estabilizado. Aún no podemos decir cómo evolucionará.

–¿Podéis ir a buscarla?

–Claro que sí –dijo la enfermera, y desapareció.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó el médico.

–Muy bien –contesté–. Tengo que ir a trabajar. Esto no puede ser.

–Nos gustaría tenerte aquí un día más para estar seguros. Y para hacerte algunas pruebas.

–Soy periodista –dije–. Fui yo quien escribió sobre esos tres que fueron asesinados junto a Svartediket. Era mi asunto. ¿Sabes lo que ha ocurrido luego? ¿Han encontrado al que lo hizo?

–No lo sé –contestó–. Recuerdo haberlo visto. ¿No era una de esas bandas de rock diabólico?

–Sí.

Sacudió la cabeza.

–Han ocurrido tantas otras cosas durante estas dos semanas que eso ya no le interesa a nadie. Puedes estar tranquilo. Un día más aquí te hará bien.

–¿Qué dices? –dije–. ¿Qué ha sucedido que sea más importante que eso?

SOBRE LA MUERTE Y LOS MUERTOS

Un ensayo de Egil Stray

Curiosamente, nunca he tenido miedo a morir. No porque sea muy valiente, sino porque no entiendo que realmente pueda ocurrirme a mí.

Con la cabeza: sí. Con la razón, sé que un día será mi último en la tierra.

Pero no me lo creo, no en serio.

Al fin y al cabo, tal vez no sea tan extraño, la existencia tiene una plenitud, y esa plenitud, que es mi presencia en la tierra, no se vive como una realidad material, no se siente como si fuera el resultado de señales químico-eléctricas en una masa física, sino como si fuera de una índole muy distinta y, tal vez lo más importante, de una duración muy distinta.

Sí, sé que la muerte me va a llegar un día. (No desde fuera, sino desde dentro, porque, independientemente de la forma que adopte la muerte, el resultado es siempre el mismo: el cuerpo no recibe la cantidad suficiente de oxígeno y se quiebra.) Eso les ocurre a todos. No a la vez, sino a uno tras otro, como las piezas del tablero durante una partida de ajedrez. A mi compañero de clase, Ernest, se lo llevó temprano, se ahogó estando de vacaciones en Francia cuando tenía doce años. Otro compañero de clase, Osvald, se mató yendo a trabajar una mañana, su coche chocó contra un muro y se partió la frente. Mi madre tenía una lesión cardiaca hereditaria que no fue descubierta hasta que era demasiado tarde, estaba midiendo café para la cafetera un día de invierno cuando de repente perdió el control sobre sus movimientos y cayó de bruces al suelo, esparciendo el café a su alrededor, dos días después murió en el hospital. Yo la vi caer, llamé a la ambulancia y la vi una hora después del momento de su muerte. Entonces era una extraña, es decir, lo que era ella ya no estaba allí; solo quedaba lo que la había alojado.

Estos son los muertos de mi vida. Mientras yo he vivido, han muerto cientos de miles de personas a mi alrededor, sin que lo haya visto o reparado en ello. De modo que sé muy bien lo que me espera, solo que no exactamente en qué forma me llegará.

Y sin embargo.

¿De verdad voy a morir?

Mi cuerpo sí. El envoltorio, la casa, el capullo, sí.

Pero ¿aquello que está en mí?

Con la muerte pasa un poco como con la relación con Dios, solo que al revés: con la razón sé que Dios y lo divino no existen, pero, no

obstante, creo que existen. En otras palabras: creo que no voy a morir y que Dios existe, a la vez que sé que es justo lo contrario.

¿Qué es saber?

¿Qué es creer?

Pedí una vez una señal a Dios, y llegó un cuervo volando, me miró, gritó tres veces y desapareció.

Era invierno, yo iba andando por el bosque durante una tormenta; no había por allí ningún otro pájaro.

Eso no prueba nada, no fue más que una casualidad.

Una noche soñé con mi hermano, entró en la habitación en la que estaba durmiendo y se inclinó sobre mí. Al día siguiente, mi padre me llamó y me dijo que mi hermano había tenido un accidente de moto en Vietnam, había estado a punto de morir, pero sobreviviría.

No suelo soñar con mi hermano, no es alguien cercano.

Eso no prueba nada, no fue más que una casualidad.

El verano que cumplí trece años, pasé una semana con mi abuela materna, su casa estaba en una ladera sobre un río, un día la ayudé a quemar cartón, empezó a lloviznar y nos metimos en casa. Cuando volví a salir, vi a una persona delante de la hoguera. Era mi abuelo materno. Había muerto tres años antes.

Lo echaba de menos, y ese día había estado pensando en él, por eso lo vi, mi añoranza lo creó.

No está permitido pensar otra cosa. No está permitido pensar que los muertos siguen vivos. No está permitido pensar que las almas se mueven en los sueños.

El lector sabio y racional ya habrá dejado este ensayo, seguro de la dirección que va a tomar. Fantasmas. No muertos. Cielo e infierno. Ah, se asocia algo muy nauseabundo a esas ideas, una especie de tonta y ciega desesperación. Sabemos que no es cierto. Porque el límite entre lo racional y lo irracional es casi tan absoluto como el que hay entre la vida y la muerte. El modo racional de ver rechaza todo lo que no sea racional, incapaz de absorberlo, de manera que lo irracional simplemente no existe para lo racional. La muerte es el cese de la vida, y la vida es material y biológica, así que cuando el corazón material deja de latir, y el cerebro material se apaga, todo ha acabado, entonces solo queda la putrefacción biológica del cuerpo en la tumba, o su destrucción en un horno crematorio.

Una manera racional de ver las cosas no puede abrir paso a algo que no lo sea, porque entonces ya no sería racional, es decir, verdad, sino irracional, es decir, no verdad.

Pero como, al fin y al cabo, tanta gente contempla el mundo irracionalmente, y, por ejemplo, cree en Dios, un poder que no se puede observar ni medir ni pesar, o cree que Jesucristo resucitó de entre los muertos, algo que es imposible visto desde todos los

parámetros conocidos, todo lo irracional ha sido desplazado hasta una esfera propia –un poco como una mesa para los niños en una fiesta familiar–, en la que la fe, no el saber, dicta la verdad, que todo el mundo sabe que en realidad no es «verdad»: eso es la religión. Allí están sentados los niños comiendo su comida de niños, hablando de sus cosas de niños, mientras los adultos dirigen el mundo.

En otros tiempos, era al revés. Lo que ahora es lo irracional, la fe en Dios y la resurrección de Jesucristo y otros milagros era entonces la verdad, mientras que lo que ahora es lo racional era entonces la mentira.

Con esto no pretendo decir que la verdad sea relativa, solo que la realidad es una magnitud complicada que nunca actúa sola, en sí misma, sino siempre en interacción con el que la ve y la experimenta, y eso es algo que la ciencia no ha sabido muy bien tener en cuenta. No es verdad que sabemos lo que vemos, es al revés: vemos lo que sabemos. Eso explica el hecho de que, en la Edad Media, por ejemplo, hubiera una infinidad de observaciones de milagros, mientras que ahora no se observa ninguno. Recuerdo que una vez leí un libro de descripciones contemporáneas de esa clase de milagros y visiones. Uno de esos milagros era especialmente llamativo, una mujer montada en un burro apareció en una iglesia colgando en el aire, y no solo ante una persona, sino ante muchas, y no solo un instante, sino durante varios minutos. Ellos sabían que los milagros formaban parte de la realidad, y los veían, mientras que ahora sabemos que los milagros no forman parte de la realidad, y no los vemos.

Con esto no se ha dicho nada, claro está, de si ocurren o no milagros, solo que nunca podemos saber con seguridad si lo que vemos realmente existe fuera de nosotros, o si existe tal como nosotros lo vemos.

En el famoso estudio de Jakob von Uexküll sobre la conducta de los animales, que dio casi un giro copernicano a la biología, y veía los animales como sujetos y no como objetos, se observa que la realidad aparece de diferente manera para las distintas especies, según lo que sus sentidos captan de ella. Lo que está fuera del alcance de sus sentidos no existe para ellas, simplemente no existe en el mundo. No hay que esforzarse mucho para entender que lo mismo tiene que ser en nuestro caso y el de nuestro mundo. Ahora bien, el que exista algo fuera de nuestro alcance que ni vemos ni captamos solo es una afirmación que naturalmente no se puede probar, ya que lo que está fuera del alcance significa que nunca, de ninguna manera, se puede alcanzar.

Me acordaré siempre de los últimos movimientos de mi madre en esta tierra, esparciendo el café a su alrededor en la cocina aquel día de invierno antes de caer lentamente de rodillas, y luego dar con la

cabeza en el suelo. Tampoco olvidaré nunca el atormentado ambiente en la iglesia el día del entierro de Osvald. Era muy joven, solo dieciocho años, y el dolor, sobre todo entre las chicas de nuestra clase, era tan histérico que a veces se convertía en risas. Pero, aunque la muerte en los dos casos la viví de cerca, y fue sobrecogedora, la primera vez con su frío, la segunda con su nauseabundo exceso, no cambió ni un ápice la sensación de que yo no puedo morir. Sé que mi cuerpo morirá, aunque eso también me resulta difícil de creer, pero lo que en mí es no va a morir, eso lo sé.

La vida después de la muerte no se puede demostrar, pero tampoco negar. Ningún científico puede decir con seguridad que no hay vida después de la muerte. Puede decir que mucho indica que es así, y referirse a los defectos de la lógica puramente material y física. Pero es evidente que los parámetros lógicos solo pueden captar lo lógico; todo lo ilógico consigue atravesar la red.

¿Existe lo ilógico?

Cuando se llega al límite de lo lógico, ¿hay algo fuera? ¿Algo que se pueda vislumbrar o intuir?

Vayamos paso a paso.

¿Qué es la muerte?

¿Qué es el cuerpo?

¿Qué es el sueño?

*

«Como sabemos, la muerte es innecesaria», escribió Georges Bataille en 1949, y desde que leí esa frase por primera vez, ha vivido conmigo. Se nos socializa en un mundo lleno de condiciones que aprendemos a aceptar: una pelota que tiramos al aire va a caer; el agua empieza a hervir cuando alcanza cierta temperatura; lo que ha ocurrido desaparece y no puede volver a ocurrir; todo lo que vive muere. Estas condiciones son infranqueables, no se dejan discutir o quebrantar, son como muros invisibles contra los que chocamos, y lo que hacemos es aprender a vivir con ellas, así de sencillo. Nunca sabremos por qué una pelota que tiramos al aire va a caer, por qué el agua tiene un punto de ebullición, por qué lo que ha ocurrido no vuelve a ocurrir, o por qué existe la muerte, esas condiciones están fijadas en un lugar que no conocemos, de maneras que nunca llegaremos a saber. Lo único con lo que realmente podemos relacionarnos es con cómo se manifiestan, y cuáles son sus consecuencias. No sabemos por qué existe la fuerza de la gravedad, pero sabemos qué es y a qué conduce.

Lo mismo rige para la muerte.

La mejor manera de ver lo que es la muerte, o el efecto que

produce, tal vez sea imaginándose cómo hubiera sido la vida si la muerte no existiera. Solo podría recibir energía de fuentes no orgánicas, como agua y luz solar, y como no podría morir, seguiría expandiéndose hasta que no hubiese más sitio en ese mar en el que nació. Entonces la expansión cesaría o continuaría hasta dentro de la tierra. Pronto tampoco habría más sitio en la tierra, tendría que dirigirse al aire –podemos imaginarnos enormes acumulaciones de vida primitiva creando extrañas formaciones parecidas a abanicos que se extienden hacia arriba en escalones–, pero, al final, tampoco habría sitio para ella. Toda la tierra y toda el agua estarían tal vez cubiertas por una pegajosa capa, probablemente verde, que no podría desarrollarse en ninguna dirección, se quedaría siempre como estaba y no sería capaz de reproducirse.

Pero la muerte existe, y lo que hace es extraer espacio y hacer sitio para que se pueda rellenar constantemente con vida nueva, y así, además de poder mantener la reproducción, la muerte también posibilita que la vida que se convierte en no vida pueda consumirse, algo que naturalmente aumenta las posibilidades de la vida y que, junto con las distintas condiciones climáticas y geológicas, crea un constante desequilibrio que no puede estancarse, sino solo ir hacia delante en el lento y salvaje carrusel de la evolución.

Aparentemente, la muerte da lugar a más vida, pero ahí se detiene el razonamiento, porque no tenemos acceso a una posible causa de por qué sucede exactamente eso y no lo contrario, que la vida se amontone y se estanque, de la misma manera que tampoco tenemos acceso a por qué surgió un día la vida. Si fue por casualidad, algo que sucedió porque se dieron las condiciones necesarias, ¿por qué no vuelve a suceder? ¿Por qué no surge constantemente nueva vida a nuestro alrededor, empezando desde el principio, para desarrollarse en su propia dirección, más o menos lejos del árbol de vida al que nosotros pertenecemos? ¿Es porque las determinadas posibilidades de condiciones para el nacimiento de la vida solo estuvieron abiertas durante un breve período y luego se cerraron? ¿O de hecho surge constantemente nueva vida desde el principio, pero no hay espacio para ella debido a la vida que ya existe? Podría ser así, y la teoría de que el principio y la evolución de la vida es algo casual, que ha sucedido sin ningún plan, lo que ahora es una verdad que nadie, excepto unos fanáticos religiosos allá en Estados Unidos, cuestiona, no es improbable. Pero lo que más me cuesta creer es que la muerte, igual de casual, surgiera a la vez. Puedo admitir una casualidad con consecuencias de esa importancia, pero ¿dos? ¿A la vez? Eso se parece demasiado a un plan. Y esa duda se abre camino en la misma teoría de la evolución, que desde luego es impensable sin la muerte.

El problema del pensamiento en torno a la muerte, tal como yo lo

veo, es que se da por sentada. La muerte es para nosotros una condición absoluta, razón por la cual nos cuesta pensar lo que pensó Bataille, que la muerte es en realidad innecesaria. Pero si es así, hay que preguntar qué aporta la muerte a la vida, de qué sirve, qué hace. Si la respuesta es que la muerte libera espacio para más vida, la siguiente pregunta será entonces: y de qué sirve eso. Sí, cuanta más vida, más abrirá la posibilidad para nueva vida, y nueva vida altera el equilibrio de la existente, creando desafíos a los que tiene que adaptarse, es decir, más cambios. La muerte es lo que posibilita la evolución. Y es esa evolución la que nos ha hecho posibles a nosotros. Somos tan innecesarios como la muerte, y por extraño que pueda sonar, nuestra presencia aquí está más atada a ella que a la vida.

Es la muerte la que nos ha creado.

El que la muerte nos ha creado se desprende también del mito bíblico del pecado original, aunque de una manera muy distinta. La historia se inicia con la serpiente que pregunta a la mujer si es verdad que Dios ha dicho que pueden comer de algunos árboles del jardín. La mujer dice que pueden comer la fruta de todos los árboles del jardín, excepto de uno. Sobre esa fruta, Dios dijo: «No debéis comerla ni tocarla, porque entonces moriríais.» La serpiente dice que no van a morir, pero Dios sabe que el día que coman de esa fruta, los ojos se les abrirán, serán como Dios y distinguirán entre el bien y el mal. La mujer come la fruta y el hombre también. Lo primero que ocurre es que descubren que están desnudos. Luego se esconden de Dios, quien, cuando los encuentra y entiende lo que ha ocurrido, los expulsa del paraíso.

Obviamente, esto no trata de que la muerte sea introducida en el mundo, pero sí la conciencia de la muerte. Con la conciencia de la muerte nos hicimos seres humanos. Nos separa de los animales y nos separa del momento. Eso es para Dios una maldición. Pero no para la serpiente –a menudo entendida como el diablo–, para la serpiente la conciencia de la muerte es algo digno de desear y el conocimiento es un bien. Al menos así lo presenta. Y lo curioso es que la serpiente tenía razón: ellos no murieron, como había dicho Dios que ocurriría. Al contrario, se enteraron de quiénes eran y de qué posición tenían en el mundo. Es un despertar, no una muerte. No muchos de nosotros consideramos el conocimiento un mal. ¿Entonces Dios mintió? En ese caso, ¿qué clase de Dios es ese?

Resulta igual de difícil imaginarse una existencia sin conocimiento de la muerte que una existencia sin la muerte. Es probable que los animales no sepan que van a morir, porque, aunque puedan tener miedo a la muerte, como por ejemplo los toros que van a ser matados, y que notan el olor a la sangre de sus hermanos, o la gacela que con el

corazón palpitando y las patas tamborileando es perseguida por el leopardo, no hay razón para creer que saben que su vida pronto llegará a su fin y lo que eso conlleva. La muerte pertenece al futuro –tal vez incluso cree el futuro–, y solo se puede pensar en ella como en el futuro, porque cuando llega, también cesa la conciencia sobre ella. La muerte es una especie de horizonte en el tiempo para nosotros, que los animales no ven. Ellos están más estrechamente unidos al momento, y en el mito de la creación de la Biblia, ese estado es paradisiaco. El conocimiento, también el conocimiento sobre la muerte, se considera una caída.

¿Era eso lo que quiso decir Dios al advertirles de que morirían si comían la fruta del árbol de la ciencia? ¿Que morir era tener que abandonar el paraíso? ¿Y que esa muerte era un castigo, de tal modo que el mundo dentro del que caerían, y que nosotros seguimos habitando, tiene casi que entenderse como un infierno?

Puede parecer que sea así. Antes de expulsarlos, Dios le dice a la mujer: «Aumentaré tus dolores cuando tengas hijos, y con dolor los darás a luz, pero tu deseo te llevará a tu marido y él tendrá autoridad sobre ti.» Y al hombre le dijo: «¡Como le hiciste caso a tu mujer y comiste del fruto del árbol del que te dije que no comieras, ahora la tierra va a estar bajo maldiciones por tu culpa! Con duro trabajo la harás producir tu alimento durante toda tu vida. La tierra te dará espinos y cardos y tendrás que comer plantas silvestres. Te ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, pues tierra eres y en tierra de convertirás.»

Es un mito extraño, porque si esa existencia a la que los seres humanos fuimos lanzados, y en la que seguimos viviendo, es un castigo, aparentemente el pecado, la razón por la que fuimos expulsados del paraíso, la adquisición de conocimiento, es lo que a la vez nos salva. En todo caso al menos en relación con la parte material del castigo. Fuimos capaces de hacer herramientas y utensilios, arados y vagones, medicinas y hornos, casas y ciudades, para así primero aligerar y luego casi, al menos aparentemente, librarnos de las ataduras a la tierra. Creamos una zona de parachoques contra la naturaleza, como Peter Sloterdijk lo expresó en una ocasión. En cuanto a la parte inmaterial, la conciencia de que vamos a morir, revelada por el conocimiento, también ha creado enormes sistemas filosóficos y religiosos, uno de los cuales es la ciencia, que de algún modo teje una red sobre el abismo de la muerte, de tal modo que no la vemos a ella, solo los hilos que seguimos con atención. Cuando llega la muerte, y uno de nuestros allegados cae dentro de la oscuridad, se rompe esa red que solo está tejida por pensamientos, y nos desesperamos infinitamente, enloquecidos de dolor, hasta que se nos pasa, y el abismo vuelve a estar cubierto.

Así entró la inautenticidad en el mundo. La verdad de la muerte, que llegó con el pecado original, es tan horrible que tenemos que vivir como si no existiera.

Pero Dios no solo anunció el castigo. También creó ropa de pieles de animales para vestir a los humanos. Luego dijo: «Ved ahí a Adán, que se ha hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal; ahora, pues, echémosle de aquí, no sea que alargue su mano, y tome también del fruto del árbol de conservar la vida, y coma de él, y viva para siempre.»

Con eso, Dios expulsó a los seres humanos del paraíso y los puso a cultivar esa tierra de la que venían. Y delante del jardín del Edén colocó a los querubines, cuyas espadas llameantes dirigían en todas las direcciones, custodiando el camino hacia el árbol de la vida.

¿Era por nosotros por lo que se custodiaba el camino hacia la vida eterna? ¿O la vida eterna es un bien del que el castigo del pecado debía mantenernos alejados?

¿Y por qué ropa de piel de animales? Es casi como para recordarnos que venimos de los animales y de la vida despreocupada de los animales, a la que ya casi no pertenecemos. Una vez más, la inautenticidad.

El mito de la creación es antiguo, y en él los seres –también Dios– se relacionaban con una realidad distinta a esta en la que vivimos. Pero el deseo de vivir en unión con la naturaleza, de estar atado a ella, no elevado por encima, o fuera de ella, como expresa el mito del paraíso, sigue en gran medida existiendo. Søren Kierkegaard, ese curioso e increíblemente original autor danés, buscaba a Dios y lo divino en el momento, que para él era la puerta al reino de Dios. En un sermón tomó como punto de partida las palabras de Jesucristo sobre el pájaro en el cielo y el lirio en el campo, y presentó su existencia, que se desarrollaba íntegramente en el momento, sin pasado ni futuro, como una especie de ideal. No carecía del todo de ironía, pero lo que él en todo caso buscaba en ese texto era el paraíso, y se topó con que solo se puede encontrar renunciando a la conciencia de uno mismo y de lo suyo –lo cual exige un conocimiento tanto del pasado como del futuro para poder conservarla–, y entregándose ciegamente al momento. Entonces desaparecerán todas las preocupaciones, las penas, la angustia, «lo que le sucede al pájaro no le concierne», escribió. La carga se transfiere a Dios. La inocencia, que sigue siendo de los animales y de los niños más pequeños, fue lo que la conciencia de la muerte arrancó, creándonos así a nosotros y nuestro mundo sin Dios.

El Génesis de la Biblia es un mito, pero lo que cuenta también ocurrió en la realidad, porque un día lo humano apareció en lo animal, y aunque sucedió infinitamente despacio, sí que ocurrió:

éramos animales, vivíamos en el paraíso, y nos convertimos en humanos que dimos un paso desde allí al ver el mundo y nuestro papel en él. El mito del Génesis, que fue escrito hace unos tres mil años, pero que tenía que existir en forma oral desde muchísimo antes, contiene el conocimiento de que venimos de los animales y que de una manera u otra habíamos vivido como ellos, y que el conocimiento de la muerte fue una caída desde ese estado, y lo que nos convirtió en lo que somos hoy. Las conquistas de las ciencias naturales a mediados del siglo XIX, con Darwin a la cabeza, no abandonaron por ello la Biblia, sino que la recuperaron. Encontraron pruebas biológicas y concretas de lo que los seres humanos habían intuido desde el principio de los tiempos. No sabemos mucho más sobre ello hoy en día. Sabemos más o menos cuándo ocurrió –hace aproximadamente trescientos mil años– y sabemos que no pudieron ser muchos, tal vez solo unos cientos.

Hay una zona gris cuando aparece una nueva especie en la tierra, los cambios ocurren tan gradualmente que resulta imposible establecer una clara separación entre de dónde venía y lo que es. Y sabemos ahora que existía una maraña de otras criaturas parecidas al mismo tiempo, también ellas difíciles de situar. Pero, en todo caso, los primeros seres humanos fueron un suceso local, aunque no solo de dos, como en el mito de la creación, tampoco de muchos más. Podrían haberse conocido todos entre ellos.

¿Qué aspecto tenía el mundo para esos seres? ¿Les era ajeno? ¿Se sentían distintos, separados de la vida que los rodeaba?

El filósofo alemán Hans Jonas opinaba que para los primeros seres humanos la vida era algo evidente y se daba por sentada, y la muerte era el misterio. Para ellos, todo estaba vivo –el viento, el agua, el bosque, la montaña–, y, en consecuencia, también el muerto tendría que estar vivo, solo que de otro modo, o en otra parte. Para nosotros es al revés, escribió Jonas, ahora la muerte es lo que se da por sentado y lo que se encuentra en todas partes a nuestro alrededor, mientras que la vida es el misterio. La muerte entonces entendida como lo inerte, la materia muerta, las piedras, la arena, el agua, el aire, los planetas, las estrellas, el vacío. Y de la misma manera que los primeros seres humanos consideraban a los muertos vivos de otra manera, nosotros consideramos a los vivos muertos de otra manera: el cuerpo no es más que un cuerpo, materia, el corazón es un dispositivo mecánico, el cerebro es electroquímica, y la muerte, un interruptor que apaga la vida.

*

Los primeros seres humanos llegaron al norte de Europa hace unos

cuarenta mil años. Aunque la distancia hasta ellos en el tiempo es enorme, al menos vista desde las pocas décadas que dura nuestra vida, la distancia en lo que se refiere a cultura es, si no insignificante, al menos no tan grande como para no haber podido entendernos. Vi en una ocasión objetos hechos por ellos, y eran menos extraños que cualquier obra de arte contemporánea.

Me «hablaban».

Los vi por casualidad en un museo de Tubinga, donde había ido con el deseo de ver la torre en la que había vivido Hölderlin los últimos cuarenta años de su vida, cuando estaba loco y no solo firmaba sus poemas como «Scardanelli» u otros nombres imaginarios, sino también fechaba algunos de ellos en un futuro muy lejano. Me alojé en un viejo y angosto hotel al final de una cuesta, justo al lado de un muro tras el que sobresalía el castillo. El hotel databa del siglo XVI, creo, al igual que muchos otros edificios de esa pequeña ciudad. La mañana que me iba, faltaban una o dos horas para que saliera el tren y por curiosidad entré en el recinto del castillo. Resultó que había allí un pequeño museo en el que estaban expuestos varios objetos de aquella época, todos encontrados en una cueva no muy lejos de allí. El más singular era la constelación de Leo, representada como una figura con cara de león y cuerpo humano, tallada en marfil procedente de un mamut. Fue encontrada una semana antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. En la misma cueva también se encontró la figura hinchada de una mujer, seguramente un símbolo o un dios de la fertilidad, un pequeño caballo cuidadosamente tallado, un ave palmípeda y una serie de flautas.

Me hablan a mí, escribí, pero ¿de qué hablaban?

Vinculación.

Leo vincula el animal al hombre, el ave palmípeda reúne los tres elementos, agua, tierra y aire, a través de la figura de la mujer, el humano se relaciona con ellos, y las flautas ¿qué hacían si no unir a los seres humanos entre ellos?

Ningún animal construye esculturas o instrumentos musicales. ¿Por qué los hicieron los primeros seres humanos? ¿Qué fue lo que les hizo hacerlo después de abandonar el paraíso animal?

Lo primero que les sucedió a Adán y Eva después de comer del árbol de la ciencia fue que se descubrieron a sí mismos. Todos los animales piensan, la novedad de los seres humanos fue su capacidad de pensar que pensaban. Era como si se hubiera colocado un espejo frente a sus pensamientos. Es ese espejo lo que posibilita la conciencia, bueno, lo que es la conciencia. Antes del espejo, no se hablaba de la vinculación, el animal estaba ahí y eso era todo, siempre en el contexto en el que se encontraba, actuando en base a él. Igual para la ameba que para el antílope. Pero la conciencia de que uno es,

y de lo que uno es, solo tiene sentido junto a otros; en solitario, carece de sentido. El espejo, es decir, la conciencia, son los demás. Lo que ocurre es que no somos capaces de pensar pensamientos humanos estando solos, porque lo de pensar pensamientos humanos no es más que un potencial que tenemos que solo puede realizarse en la cultura. Pensamos en la cultura y pensamos con la cultura. De modo que la conciencia nos acercó los unos a los otros, a la vez que nos alejó de la naturaleza.

La vinculación como fenómeno solo puede surgir cuando esta no es obvia, y eso ocurrió cuando los pensamientos no solo eran pensados, sino a la vez reflejados en el espejo. Obviamente, también existía como fenómeno antes de eso, un pequeño elefante que se había perdido y no encontraba a su madre buscaría algo que estaba allí antes y en lo que entonces no pensaba, pero ahora aparecería ante él nítidamente en forma de añoranza: vinculación. Los monos tenían importantes habilidades sociales mucho antes de que llegaran los humanos, creaban alianzas y ataduras entre ellos, algo que siguen haciendo. Pero ¿vinculación a otros animales? ¿Vinculación a los elementos? ¿Vinculación al mundo en sí? Esta vinculación surgió primero entre los humanos, porque para ellos, que eran los primeros, debido al espejo, no era obvia.

Eso me dijeron Leo, la diosa de la fertilidad, el caballo, el ave palmípeda y las flautas del museo del castillo de Tubinga. No enseguida, no mientras estaba allí contemplándolos en las vitrinas, entonces solo estaba lleno de una gran agitación: algo infinitamente lejano y vago se me había acercado mucho.

Cuando salí a la plaza de delante del castillo, decidí retrasar el viaje de vuelta uno o dos días para intentar acercarme a esa cueva donde se produjeron los hallazgos, en la que ellos vivieron hacía cuarenta mil años.

Era avanzado el otoño, en medio del período de frío, el bajo sol de noviembre solo llegaba a la parte superior de los edificios, los adoquines de las estrechas calles estaban cubiertos de hielo y sombra. Bajando a la ciudad, me senté en una mesa en la terraza de un café, no muy lejos de la gran iglesia, con una manta sobre las piernas, y me bebí una taza de chocolate ardiente mientras fumaba y observaba a la gente que pasaba por la estrecha calle, todavía temblando de agitación en mi interior.

Había llegado allí por Hölderlin, que primero había estudiado teología en Tubinga, con Hegel y Schelling –en la puerta de una taberna justo al lado de donde me encontraba había un cartel en el que ponía que Hegel frecuentaba ese lugar–, a quien un carpintero cuidó cuando hacia la mitad de su vida se volvió loco, alojándolo en una torre junto a la orilla del río, donde vivió durante cuarenta años.

Mucho indica que el hombre fingió la locura para escapar de la vida y de la gente, al menos eso era lo que yo pensaba, y al ver la torre y el entorno me fue en cierto modo confirmado. Allí tenía todo lo que necesitaba. Detrás de él, la pequeña ciudad con todos los buenos recuerdos de su época de estudiante, delante, el río –Hölderlin amaba los ríos–, más allá, las llanuras con sus grandes árboles caducifolios, y luego los Alpes suabos, extendiéndose hacia el horizonte. Hölderlin escribió algunos de los poemas más hermosos jamás escritos, y estando dentro de la torre, mirando por la misma ventana por la que miraba él, ¿no era el pasado en ellos igual de remoto, poderoso e impenetrable que esas montañas que veía a los lejos? ¿Con todos sus dioses y héroes mitológicos?

Pero el pasado griego no se extendía más que tres mil años como máximo hacia atrás, pensé. Los objetos que había visto tenían treinta y siete mil años más. E hicieron abrirse como un telón en el teatro esa historia azulada y nebulosa, lejana y parecida a una cadena montañosa.

Allí estaban.

Entré y pagué el chocolate. Luego seguí hacia abajo por una de las estrechas callejuelas hasta encontrar la librería que había visto la tarde anterior. Allí compré un libro de los poemas de Hölderlin, que metí en la mochila antes de volver al hotel y preguntar si podía quedarme otra noche. Por desgracia, dijo el recepcionista, se celebraba un festival de chocolate en la ciudad, y todas las habitaciones estaban reservadas desde hacía tiempo.

Conseguí por fin una habitación en un hotel al otro lado del río, en una zona más moderna y descuidada, con edificios de aparcamiento, centros comerciales y supermercados. Me di un baño, porque tenía el frío metido hasta la médula, y luego me tumbé en la cama a leer.

Qué erróneos eran mis pensamientos.

No había ningún pasado en los poemas, sino lo contrario, todo era presente. El pasado lo cargaba con su presencia, dándole peso.

Sind denn dir nicht bekannt viele Lebendigen?
Geht auf Wahrem dein Fuss nicht, wie auf Teppichen?
Drum, mein Genius! tritt nur
Baar in's Leben, und sorge nicht!

Con estas palabras sobre ser valiente y entrar en la vida meciéndose en mi conciencia, me dormí en la cama del hotel. A la mañana siguiente, alquilé un coche y atravesé la llanura en dirección al bosque, con la niebla helada colgando sobre los campos. El sol no era más que una insinuación, una zona un poco más luminosa arriba, en lo blanco grisáceo. Dejé el coche en un aparcamiento de tierra

apisonada, cubierta de escarcha, y cogí un sendero hacia el bosque, que era distinto a lo que yo estaba acostumbrado, como más ligero, más abierto. La cueva se encontraba en la parte más baja de una vertiente, la entrada era estrecha, y de no haber sido porque estaba vallada, habría sido difícil de encontrar. No había nadie, la verja resultó fácil de forzar, y al poco rato pude agachar la cabeza y entrar en la cueva. Un poco más adentro, el espacio se abría en una especie de vestíbulo.

Conque allí estuvieron sentados.

Tendrían una hoguera encendida día y noche en invierno, al menos si hacía el mismo frío que ahora. Pero quizá no.

El continente entero yacía vacío a su alrededor. Alemania, Francia, Polonia, Rusia, Escandinavia solo eran bosque y animales. Ríos y lagos. Llanuras y montañas.

Así que solo estaban ellos, y otros grupos como ellos.

¿Cómo sería aquello?

¿Poseían historias del pasado, de fatigas y actos heroicos?

Sí, seguro que las tenían. No se puede imaginar ningún ser humano sin continuidad, sin una historia.

Y estaban familiarizados con la muerte. Mataban animales, y los animales, al menos a veces, los mataban a ellos.

¿Cómo entendían ellos la muerte?

Si todo estaba vivo y tenía alma, incluso el agua y el bosque, la montaña y el cielo, también estaba vivo el muerto, solo que en otro lugar.

La vida estaba por todas partes. No tenía límites, y seguramente tampoco dentro de ella.

Tal vez Leo no trataba de vinculación, de una relación creada por ellos, sino de una expresión de cómo era realmente aquello. ¿El león y el humano eran lo mismo? ¿Allí los humanos aún no tenían claro que había una diferencia esencial entre ellos y los animales?

Las almas muertas podrían estar en todas partes, también en los animales.

Puse la palma de la mano en la pared helada de la cueva, queriendo tocar lo que ellos habían tocado.

Allí dentro reinaba el silencio, pero era distinto al silencio del bosque, que era abierto. Ese silencio estaba encerrado, sostenido.

Estaban sentados como dentro de un estómago, pensé. Protegidos del mundo de fuera, en el que de vez en cuando hacían incursiones en pequeñas expediciones.

Allí nacían niños, gemidos, gritos y aullidos, y luego el repentino silencio cuando el niño ya había salido, el segundo antes de respirar por primera vez y echarse a llorar. La alegría por ese grito, la nueva vida que se iniciaba. Y allí morían, uno tras otro, generación tras

generación, los ojos de repente inánimes, el cuerpo que se quedaba inmóvil, el alma que lo abandonaba.

¿De dónde venía el alma, la que aparecía cuando el niño abría los ojos por primera vez y miraba a la persona que lo tenía en brazos, una mirada indulgente, sabia y vieja, no nueva, angustiada o salvaje, como se podía esperar de un alma que no tenía más que unos minutos? ¿Y adónde viajaba cuando ya no aparecía en los ojos?

*

La idea de que los muertos siguen vivos acompaña a toda la historia de la humanidad, desde los primeros tiempos hasta hoy, ha existido junto a todas las culturas y religiones que conocemos. Nadie puede saber qué ideas tenían los primeros humanos, pero los objetos que han dejado atrás hacen creer que realizaban rituales que ahora conocemos como chamanismo, y que siguen existiendo en algunos pueblos. En el imprescindible libro del historiador de religiones, Mircea Eliade, sobre ese fenómeno, se dice que la actividad chamanista en el fondo ha sido la misma en todos los pueblos en los que se ha registrado, ya sea entre los aborígenes de América del Norte, de la zona del Amazonas, de Australia o de los muchos y distintos grupos del norte de Asia. Esto indica que se trata de un fenómeno muy antiguo, y el que una figura como Leo o las aves palmípedas encajen bien en la práctica chamanista, hace difícil pensar que no existía ya entonces. El chamán era un elegido, o un autoelegido, que aprendía lo que sabía del chamán anterior, de manera que los conocimientos se conservaban durante generaciones, y aparte de servir de curandero, el chamán era el que unía los distintos niveles vitales cuando él o ella bajaba a los infiernos o subía al cielo, dormidos o en trance, por regla general bajo los efectos de alucinógenos.

Según Eliade, la iniciación del chamán casi siempre tiene lugar en los infiernos, donde chamanes muertos despedazan el cuerpo del futuro chamán, sacan cada hueso, cada órgano, y los reemplazan por nuevos, algunas veces mientras la cabeza del futuro chamán lo observa desde un palo en el que la han colocado. Roberto Calasso señala el parecido entre la manera en la que es tratado el cuerpo del chamán y la que sufrían los animales sacrificados. El chamán también es la conexión con ellos, no solo con los muertos y los espíritus.

Ahora casi todo el mundo diría que el «viaje» del chamán a la otra realidad solo sucede en el interior, como una especie de sueño o delirio febril, y que lo que este experimenta no sucede más que en su cabeza. Así que nada de infiernos, nada de cielo, nada de almas muertas, solo alucinaciones provocadas artificialmente.

Entonces se presupone que existe una clara separación entre dentro

y fuera, y que todo lo que hay en un ser humano, lo que es el ser humano, está en el interior. Este interior puede estar –y está– lleno de impresiones, imágenes, pensamientos e ideas sobre el exterior, y el ser humano puede por su cuenta llenar el exterior de elementos del interior, pero solo separándose de ellos, sin abandonar el interior.

Pienso en un gran roble que hay en el bosque detrás de la cabaña donde ahora estoy escribiendo esto, en él vive un gran número de pájaros, y yo anoto ese pensamiento. Ese pensamiento ha abandonado mi interior y se encuentra ahora en la hoja de la máquina de escribir delante de mí, pero yo me quedo aquí: no hay nada de mí en ese pensamiento. Yo estoy y siempre estaré encerrado en mi propia cabeza y mi propio cuerpo. Cuando sueño, tengo la sensación de estar en otros lugares, pero no lo estoy, estoy en mi cama, y el sueño no son más que imágenes arbitrarias liberadas por mi cerebro sin que la conciencia, es decir, el espejo, esté allí y pueda decir lo que es, es decir, imágenes sueltas del pensamiento y no realidad.

Pero ¿y si el «ser humano» no es una magnitud establecida, y no existe una separación clara entre lo que hay dentro de un ser humano y lo que hay fuera, y está en constante movimiento? ¿Y si el oso es como nosotros, y el lobo y el zorro y el lince y el búho? ¿Y si el alma es capaz de deslizarse dentro y fuera del cuerpo, en el sueño, en el éxtasis, en la muerte? Hamgjenga, hamhleypa, hammrammer son las palabras del antiguo noruego para las personas que adoptan la personalidad de animales, como Kveldulf u Odín, quienes con el cuerpo inmóvil volaban como un pájaro o nadaban como un pez en algún lugar del mundo.

Para nosotros, para quienes «ser humano» es una categoría definitiva, y para quienes el límite de cada individuo está fijado ineludiblemente por el propio cuerpo, como una especie de contenedor para la existencia personal, habrá que rechazar una experiencia y una comprensión vital tan imprecisa. Todos los fenómenos que anulan el límite entre lo que hay dentro de un ser humano y lo que hay fuera, por ejemplo, el vardøger, que es un espíritu que avisa, que se ve o se oye antes de aparecer la persona que realmente es, o el atisbo de un espectro, es decir, algo que ya ha abandonado la vida y que está en el mundo, se llaman superstición. Se ve o se oye algo que no existe, excepto dentro de uno mismo, lo que uno entonces, de la misma manera que el chamán, confunde con fenómenos reales del exterior.

El que los seres humanos siempre hayan visto espectros, incluso en culturas y religiones que no los reconocen, no significa, claro está, que los espectros existan, sino que existe la fe popular en ellos, y que parece ser inquebrantable.

Si vemos lo que sabemos, y lo que sabemos colorea, o incluso

dirige lo que existe, es el conocimiento lo que estorba, y, como mostraba el mito del pecado original, el conocimiento entró en el mundo a la vez que la conciencia de la muerte. Si resulta que para ver la muerte hay que suprimir el conocimiento, se suprime a la vez la conciencia de la muerte, entonces desaparece la muerte, y ya no queda nada por ver.

La paradoja recuerda a lo que ocurre en el mito de Orfeo cuando baja al inframundo a llevarse a Eurídice, y Hades se lo permite con una condición: que no se vuelva a mirarla antes de que hayan subido de nuevo al sobremundo. Pero él quiere verla, se vuelve, y Eurídice desaparece. Solo está cuando él no mira. Si él mira, ella ya no está.

Esa idea, y que el éxtasis siempre ha formado una parte importante de la vida religiosa, hizo al chamán buscar el sueño y las visiones, porque los sueños, las visiones y el éxtasis tratan de la disolución de la conciencia del yo, que es la que une el conocimiento y la mirada.

En la antigua Grecia, la muerte y el sueño eran fenómenos emparentados, en la mitología eran hermanos, y en la Ilíada, incluso gemelos, Tánatos e Hipnos, que transportan a los muertos al reino de los muertos. Racionalmente, los dos están separados, como es natural: el sueño es un estado en el que entramos deslizándonos y del que luego salimos de la misma manera, la muerte es absoluta. La pregunta que plantean los mitos griegos es si también la frontera entre la muerte y la vida es deslizante, un desplazamiento de estado, como el que se da entre el sueño y el estado de vigilia, o si es, como nosotros lo entendemos, absoluta, una cuestión de esto o aquello. Dicho de otra manera: ¿la frontera entre la vida y la muerte es el resultado de las limitaciones de nuestros sentidos, o es real?

Otro límite de la vida que plantea la misma pregunta es el tiempo. ¿Es ese límite absoluto? Vivimos en el momento, y lo que llamamos pasado y futuro solo se encuentra en nuestra conciencia y en forma de recuerdos, por un lado, y de expectativas, por otro. El momento se desvanece para, al parecer, renovarse continuamente; podemos estar quietos en una habitación y sin embargo trasladarnos en el tiempo, en el sentido en que el momento se pierde en un solo movimiento para ser sustituido por un momento nuevo. Después de Einstein sabemos que el tiempo es relativo, que pasa más deprisa o más despacio según dónde nos encontremos, y en qué estado nos encontremos, y que no existe nada llamado contemporaneidad.

Un soldado inglés llamado J. W. Dunne, importante inventor y eminente ingeniero aeronáutico, publicó en 1927 un libro titulado Un experimento con el tiempo, en el que lanzó una teoría que decía que el pasado, el presente y el futuro existen paralelamente, pero que nosotros, debido a limitaciones del aparato sensorial, solo tenemos acceso al presente. El tiempo lineal es una ilusión. La razón por la que

Dunne empezó a interesarse por esto fue que, de joven, a finales del siglo XIX, se dio cuenta de que tenía sueños que predecían la realidad. Soñaba una y otra vez con sucesos que luego ocurrían. Los sueños que acaecían en el futuro tenían las mismas características que los que ocurrían en el pasado, eran igual de retorcidos que claros y misteriosos. La teoría de Dunne era que la conciencia del sueño no estaba ligada al momento de la misma manera que la conciencia, en la que el tiempo era filtrado linealmente, sino que estaba abierta hacia el tiempo real. Tanto el libro como la teoría despertaron mucha atención cuando aquel se publicó, y un escritor por lo demás realista como Vladimir Nabokov hizo el mismo experimento, anotó todos sus sueños y buscó elementos de ellos en vivencias posteriores.

Los sueños pertenecen a lo irracional, y decir que son ellos los que nos permiten acceder a la realidad tal como es, obviamente no puede ser aceptado por lo racional.

Pero, curiosamente, también en el lado racional los límites del tiempo se han desgastado: cuanto más ha penetrado la ciencia en sus misterios, menos obvia va siendo la separación, y un físico como Carlo Rovelli llegó a la misma conclusión que Dunne –aunque basándose en premisas completamente distintas–, es decir, que el tiempo no existe, y que lo vivimos debido a limitaciones en nuestro aparato sensorial y nada más.

Ahora el tiempo y la muerte no son la misma cosa. Pero son fenómenos emparentados, el momento que desaparece y se renueva en un solo giro se parece mucho a la vida que muere y a la vez sigue viviendo, y el tiempo desaparece tan irrevocablemente como la vida cuando muere: el límite es igual de absoluto. Cuando Dunne opinaba que en el sueño el tiempo se suspendía, no hacía sino repetir algo que Aristóteles había escrito en su obra juvenil, ahora perdida, Sobre la filosofía: «cuando el alma está consigo misma en el sueño, adquiere su verdadera naturaleza, puede ver y prever el futuro», pero donde Dunne se paró en el tiempo, Aristóteles continuó hacia la muerte: «El alma también está en ese estado cuando se separa del cuerpo en la muerte.»

Aquí Aristóteles dice tres cosas: el sueño suspende el tiempo, el sueño y la muerte son estados emparentados, y el alma sigue viva después de la muerte del cuerpo.

Pero ¿cómo?, ¿dónde? Porque si los muertos siguen vivos, aunque solo como almas sin cuerpo, tendrán que estar en alguna parte, ¿no?

En una sociedad en la que lo humano no ha sido definitivamente fijado, y donde no hay ningún límite para el alma, la muerte tampoco estará determinada definitivamente, también ella tendrá una naturaleza efímera y cambiante, al igual que lo vivo y sus metamorfosis. De la misma manera, cuando lo humano se fija, lo que

seguramente ocurre cuando las personas se vuelven sedentarias, creando sociedades y desarrollando lenguas escritas, también se fijan la muerte y los muertos. Todas las grandes civilizaciones arcaicas, como la babilónica o la egipcia, tenían ideas muy desarrolladas sobre el reino de los muertos, su naturaleza y su geografía.

La más rica se encuentra sin duda en la cultura egipcia, ellos tal vez pensaran más en la muerte y se preocuparan más por los muertos que ninguna otra cultura ni antes ni después, y esto era así porque para ellos solo había una diferencia de grado entre los vivos y los muertos. La muerte no implicaba el final de la vida, solo anunciaba otra parte de ella. En el epitafio de una tumba de la quinta dinastía, se puede leer:

ba ár pet sat ár ta

en el que ba significa alma, pet cielo, sat cuerpo y ta tierra, es decir: alma al cielo, cuerpo a la tierra. Parece sencillo y verídico, pero la relación entre alma y cuerpo, y vida y muerte, era tremendamente complicada en la cultura egipcia, de maneras muy ajenas a nuestro modo biológico-psicológico de entender el ser humano. Era, por así decirlo, como si hablaran de otra criatura. Al cuerpo físico lo llamaban khat, pero este podía alcanzar otro estado después de la muerte al ser momificado, y la putrefacción detenida, entonces era una especie de cuerpo espiritual-físico, llamado sahu. No era lo mismo que el alma, porque el alma se llamaba ba, y sahu podía conversar con ba. Tanto sahu como ba podían subir al cielo después de la muerte. Y además del cuerpo físico y espiritual, y el alma, también había una especie de personalidad abstracta en el ser humano, con una existencia independiente y libre que podía moverse libremente de un lugar a otro, separarse del cuerpo y volver a unirse a él, según su deseo. Esta personalidad –que parece ser una especie de doble interior– se llamaba ka, mientras la propia alma, como ya hemos visto, era ba. El jeroglífico de ba era una cigüeña. Era no corporal, espiritual. Además, estaba la sombra del ser humano, khaibit, que también tenía una existencia independiente, pero que siempre se mantenía cerca del alma. Luego estaba khu, que era el espíritu del ser humano. Y sekhem, que podría traducirse como la forma o fuerza del ser humano, y finalmente ren, que es el nombre del ser humano que también vive en el cielo.

Esto constituía pues el ser humano egipcio, todas ellas magnitudes independientes: un cuerpo físico, un cuerpo espiritual, un corazón, un doble, un alma, una sombra, un espíritu, una forma, un nombre.

Aparte del cuerpo, todos estos componentes seguían vivos después de la muerte. Los vivos, los muertos y los dioses estaban

estrechamente relacionados, y el reino de los muertos estaba arriba en el firmamento, al este, o, dependiendo de la época de la que se hable en esta cultura que, como sabemos, se extendió durante varios miles de años, los muertos bajaban al oeste, como el sol, donde el reino de los muertos se llamaba «el Occidente» y los muertos «los occidentales».

Los antiguos egipcios no temían a la muerte, pero las almas no eran necesariamente inmortales, porque en el reino de los muertos, donde seguían viviendo, había algo llamado «la otra muerte», que ocurría si se moría en el reino de los muertos, y esa muerte era temida porque con ella cesaba por completo la existencia.

Aunque tenemos acceso a una serie de textos de la alta cultura egipcia, y también a un alto número de objetos y construcciones, hay algo ajeno en lo que expresan, algo tan lejano que resulta difícil relacionarse con ello más que de un modo intelectual, es decir, no íntimo, abstracto, insensible, como si las dimensiones fueran distintas de las nuestras, lo que expresan es tan grandioso, a la vez que se encuentra a una distancia tan enorme que casi resulta inhumano. Naturalmente, eran seres humanos, naturalmente, se enamoraban entre ellos, naturalmente, abrazaban a sus hijos, naturalmente, escupían la leche si estaba agria, naturalmente, tras un día caluroso disfrutaban cuando se ponía el sol y las sombras llenaban las calles a su alrededor. Un grito, una sonrisa, una cálida mirada, alguien que conocen, se paran y charlan.

Pero nada así aparece en los textos que dejaron, en ellos solo hay sol, dioses y una mecánica post mortem tan detallada que parecen unas instrucciones para el uso de una complicada y extraña máquina que ya no existe. Lo que significa, aquello sobre lo que escribían, es poco claro, al menos para mí, y también las consecuencias que tenía para la vida.

En contraste con este fondo difuso y poco claro, los primeros textos griegos del siglo VIII a. C. –la Ilíada, la Odisea, la Teogonía, Trabajos y días– aparecen como una revelación de lo humano. Es como si saliesen volando de la oscuridad, algo no muy distinto a aquellos primeros seres humanos que surgieron de la oscuridad de los animales unos cientos de miles de años antes, solo que esta oscuridad con las que sus figuras contrastan claramente pertenecía a la cultura, no a la naturaleza.

Venían con un sentimiento. La Ilíada empieza con la cólera de Aquiles y sigue con una disputa entre Aquiles y Agamenón. Son héroes, hijos de dioses o reyes, pero se dejan insultar, se enojan, son irascibles y testarudos. Su registro de sentimientos se desenvuelve a la sombra de la muerte, no la muerte solar egipcia, que no era más que una prolongación de la vida en otro lugar, sino la muerte corporal, la

muerte causada por las matanzas en las guerras y en las pestes. La Ilíada trata de los cuerpos y de los sentimientos que los recorren, y acaba como empieza, con la cólera de Aquiles. El guerrero más grande de los troyanos, Héctor, mata a Patroclo, amigo de Aquiles, y Aquiles mata a Héctor como venganza, pero no es suficiente para él: fuera de sí de dolor e ira, ata el cadáver de Héctor a su carro, y lo arrastra por el campo, dando tres vueltas al túmulo de Patroclo montado en su caballo. Cuando vuelve a su tienda de campaña y se echa a dormir, deja el cadáver a su suerte en el suelo, y así durante doce días. La ciudad que sitian, Troya, llora y se lamenta de la pérdida de Héctor. Su padre, el rey Príamo, está tirado en el suelo, sucio y desaliñado, retorciéndose de pena. Parece que la profanación del cadáver es igual de horrible, si no más, que la muerte en sí. En una magnífica escena final, el envejecido rey se va, con ayuda de los dioses, a liberar el cadáver de su hijo donde están las naves de los aqueos. Tanto Aquiles como Príamo lloran, y Príamo consigue llevarse a casa el cadáver de su hijo. Después de estar de luto por Héctor durante nueve días, bajo la promesa de un alto el fuego, queman su cadáver al noveno día. Luego apagan la hoguera con vino, recogen sus huesos y los meten en un cofre de oro que entierran y cubren con un montón de grandes piedras, antes de reunirse en una orgía funeraria en casa de Príamo, con la que finaliza la epopeya.

Resulta fácil pensar que de alguna manera los griegos lo acercaron todo, tanto lo divino como lo humano, la vida y la muerte, pero solo es así porque fueron ellos los que pusieron las bases de la realidad en la que nosotros vivimos. Si los primeros seres humanos abandonaron lentamente a los animales, dándoles así la espalda, los griegos introdujeron un espacio para lo nuevo humano. Se crearon ciencias y sistemas sociales, se investigó el mundo físico, y se determinó lo que había entre los seres humanos. Todavía hoy somos capaces de identificarnos con Aquiles y con Príamo, todavía somos capaces de seguir la aventura de Ulises y leer nuestra propia época en los episodios con los cíclopes o las sirenas, todavía somos capaces de ver el fondo de nuestras almas a través de las tragedias griegas, que siguen representándose en todo el mundo, y cuando queremos pensar en lo que es el mundo y nuestras condiciones en él, empezamos con Platón y Aristóteles, o quizá aún más temprano, con los presocráticos. Incluso el cristianismo tiene sus raíces en el antiguo mundo griego, cuando la vieja religión monoteísta judía primero se fundió con la secta revolucionaria y extremista creada por Jesús, y esta amalgama fue luego ampliada en primer lugar por el neoplatonismo y luego por el neoaristotelismo, en un sistema bajo el que se acomodaron grandes partes del mundo.

Pero este espacio griego con el que estamos tan familiarizados

también tiene otra cara, que descansa en una especie de sombra, estrechamente relacionada con aquellos tiempos, pero no relevante para los nuestros, pocas veces citada, apenas mencionada más que como curiosidad, es decir, la relación de la Antigüedad con la muerte. Para los griegos, la vida después de la muerte no era solo un hecho abstracto, sino una parte de la realidad física. La literatura de la Antigüedad está llena de encuentros entre vivos y muertos, no solo en las epopeyas, los poemas y las tragedias, sino también en las obras de historia, las biografías e historias de viajes. Común para casi todos los episodios es que los muertos son despertados o invocados, casi siempre junto a la tumba en la que su cuerpo estaba enterrado.

La manera más corriente de entrar en contacto con los muertos era hacer una ofrenda junto a sus tumbas, por ejemplo de miel, vino, aceite, leche o sangre (esto último tenía su propio nombre, haimakouria, que significa esparcir sangre). En una de las tumbas que se encontraron en Micenas había un altar por el que pasaba un tubo para que la sangre entrara directamente en la boca del cadáver. Después de la ofrenda, se echaba uno a dormir sobre la tumba, y entonces el muerto aparecía en el sueño. Los griegos consultaban a los muertos porque estos podían leer el futuro, seguramente porque se encontraban fuera del tiempo.

También hay muchas descripciones de muertos que no han encontrado reposo porque no han recibido un entierro como es debido, eso ocurría sobre todo tras batallas militares, como la de Troya, donde por la noche se veía a los guerreros muertos en la llanura, a las afueras de la ciudad, ataviados con sus uniformes de guerra, en fecha tan tardía como en el siglo II d. C., según Filóstrato. Entonces, la epopeya de Homero sobre esa guerra, la Ilíada, y sobre el viaje de retorno de algunos de los guerreros griegos, la Odisea, ya tenían mil años.

Junto a la tumba y en el campo de batalla, los muertos recibían a los vivos. Pero la literatura de la Antigüedad también está llena de descripciones de lo contrario, las llamadas catábasis, los descensos de los vivos al país de los muertos. Las catábasis pertenecen al mundo de los mitos, como en el libro undécimo de la Odisea, en el que Ulises va al reino de los muertos a pedir consejo al adivino Tiresias. Navegan hacia el lejano sur, a un país al otro lado del mar, un país yermo y sin sol, donde el cielo siempre está oculto detrás de nieblas y nubes. En la playa, Ulises cava un pequeño hoyo en el suelo, primero echa en él miel, vino y agua, y encima esparce cebada, luego mata una oveja negra para que su sangre corra dentro. Enseguida lo rodean los muertos. Quieren beber la sangre. Él los mantiene alejados; la sangre es para Tiresias. No lo ven a él, él no les importa, solo ven la sangre. Están completamente encerrados en ellos mismos. Van vestidos como

cuando murieron. Ulises ve adolescentes, chicos y chicas, mujeres que han muerto de parto, guerreros muertos en el campo de batalla. También ve a su madre, Anticlea, y comprende que ha muerto mientras él ha estado ausente. Ella no lo reconoce. Hasta que los muertos han bebido la sangre, no pueden verlo y hablar con él. Tiresias lo hace, al igual que Anticlea y una larga serie de mujeres, hijas o esposas de famosos guerreros, y al final Agamenón y Aquiles.

En Hesíodo, de la misma época en la que se escribió la Odisea, el reino de los muertos está debajo de la tierra y se llama Tártaro. Hesíodo escribe:

Un yunque de bronce que cae del cielo caerá durante nueve días y nueve noches, y en el décimo alcanzará la tierra. Y si el yunque cayera de la tierra, volvería a caer durante nueve días y nueve noches, y alcanzaría el Tártaro el décimo.

Obviamente, el Tártaro no es un lugar existente y real, sino mitológico: Allí abajo, en una especie de mazmorra infinitamente profunda, fuera, en el espacio, detrás de una enorme muralla de bronce, están prisioneros los primeros dioses, los del caos, que Zeus combatió e hizo prisioneros, allí se cruzan las huellas de la noche y del día –cuando una entra, el otro sale, y nunca están en casa los dos a la vez, se dice– y allí viven los hijos de la Noche, que son los hermanos Sueño y Muerte.

Tampoco la Odisea describe un lugar existente y real, claro está, pero el rito que lleva a cabo Ulises es realista, así se invocaba a los muertos, y lo difuso y vago en la descripción del camino al Hades –es como si navegaran dentro de una noche eterna– es de otra manera claro y nítido: el encuentro entre los muertos y los vivos ocurre en una tierra fronteriza, ni aquí ni allí, en una especie de no lugar en la zona exterior de la existencia.

Pero los descensos relatados en los mitos también podían remontarse a lugares geográficos concretos de la realidad. De Orfeo, que en la tradición griega había vivido realmente, se decía que bajaba al reino de los muertos a través de una gruta llamada Tainaron, que ahora se llama cabo Matapan, y constituye el punto más meridional de la tierra firme de Grecia. Incluso hoy se puede viajar hasta allí y ver la gruta si se quiere. Yo lo he hecho, y no he sido capaz de asociar el mar reluciente de sol y la cristalina agua dentro de la gruta, que brilla azul verdosa bajo el pequeño barco que llevaba a los turistas hasta su interior, con esa noche oscura y eterna a la que yo asocio el reino de los muertos.

Existen muchos lugares así, asociados con lo subterráneo, casi siempre cuevas y grutas, de algunas de las cuales subían vapores

venenosos. Sobre todo cuatro de ellas eran importantes, aparte del cabo Matapan, Aqueronte en Thesprotia, Averno en Campania y Heraclea Póntica, en la costa sur del mar Negro. Estos eran sitios reales, no mitológicos, a veces con oráculos, y allí se invocaba también a los muertos. Como en realidad las grutas no se abrían hacia lo subterráneo, no hay razón para suponer que los griegos creían que los descensos al reino de los muertos eran sucesos reales: la gruta era el reino de los muertos. A los muertos también se los invocaba en lugares semejantes a criptas, donde los oráculos entraban en trance.

La cuestión no es tanto dónde se encontraban los muertos, dónde estaban el Hades y el Tártaro, y qué aspecto tenían, o cómo las almas muertas podían aparecer como los cuerpos de los que procedían en el momento de la muerte, a la vez que el cuerpo realmente se encontraba en el suelo del campo de batalla o en la tumba, la cuestión es por qué nosotros, que hemos heredado tanto de lo griego, y seguimos dirigiéndonos constantemente hacia ello, ya no creemos en la vida después de la muerte.

Visto desde ahora, más de dos mil años después, parece que el apolíneo mundo griego, iluminado por el sol, contenía un resto de algo muy antiguo que no era capaz de quitarse de encima. Construyeron un espacio para la racionalidad, pero no fueron capaces de racionalizar la muerte, que permaneció anticuada y enigmática, como el bosque, el lugar de la transformación incesante, donde los vivos se convertían en muertos y los muertos en vivos, los animales se volvían seres humanos y los seres humanos se volvían animales. Pan representaba eso, el dios con cuernos de cabra en la frente, el hombre animal, salvaje e imprevisible, pero la mitología también estaba llena de otras figuras medio humanas, medio animales, como los centauros, con cuerpo de caballo y cabeza de hombre, Medusa, con serpientes por cabello, las Erinias, con alas, el Minotauro, con cabeza de toro y cuerpo de hombre, y por encima de todos ellos estaba Dioniso, el dios del exceso. Homero llamaba loco a Dioniso, y Walter Otto, que lo caracterizaba como el dios del «éxtasis y terror», opinaba que la locura era la naturaleza fundamental de Dioniso, mientras que Nietzsche lo describió como sigue: «Dioniso es la ira que circula donde hay concepción y nacimiento, y que en su locura siempre está dispuesto a lanzarse a la destrucción y la muerte. Eso es la vida.»

En uno de los ritos dionisiacos que sobre todo se parece a las orgías cúlticas, donde el vino se servía en cabezas de animales, y no había límites para nada, las ménades atacaban a Orfeo, despedazándolo miembro a miembro, como si fuera un animal, y tiraban su cabeza al río. La cabeza sobrevivió, fue llevada al mar mientras cantaba, y acabó en una isla, donde fue encontrada y enterrada, pero sin morir, porque, como escribe Filóstrato, la cabeza

«se alojó en una grieta de Lesbos y daba respuestas de oráculo desde una cavidad en la tierra». La cabeza seguía allí como oráculo para los seres humanos, hasta que Apolo la acalló.

Mircea Eliade sitúa el mito sobre Orfeo en una tradición chamanista, tanto debido al descenso al reino de los muertos como por la mutilación y la cabeza cantando (como ya se ha dicho, la cabeza del chamán se colocaba a menudo en un palo durante los ritos de iniciación en el submundo, desde donde podía ver cómo su cuerpo era despellejado y despedazado). Pero la cabeza de Orfeo no fue la única que sirvió de oráculo en la Antigüedad, la cabeza de Trofonio se encontraba en una cueva ofreciendo profecías de la misma manera: se podía bajar hasta allí por una escalera para preguntar a la cabeza lo que uno quería saber, y Cleómenes I de Esparta degolló a su amigo Arcónides, conservó la cabeza en un jarro de miel, y le pedía consejo a menudo. Aristóteles escribe que un sacerdote de Zeus de Arcadia fue degollado por un desconocido, y la cabeza cantó «Cercidas mataba a un hombre tras otro», y a continuación, un hombre así llamado fue arrestado y llevado a los tribunales. Y en los papiros mágicos griegos se mencionan varios métodos para hacer hablar a cabezas muertas.

Paralelamente al inicio de la ciencia y la filosofía, se encontraban, como vemos, cabezas degolladas que predecían el futuro, cuerpos muertos que recibían sangre nueva y revivían, almas muertas que no encontraban reposo, almas muertas que iban al reino de los muertos, algunas de ellas –entre las cuales una de la que habla Platón en El Estado– que volvían y contaban lo que habían visto, oráculos en cuevas, animales humanos, humanos animales, transformaciones, metamorfosis, excesos. Había algo tremenda e incomprensiblemente anticuado, que no podía ser aplacado por lo nuevo. Es decir, no al principio, así que lo viejo y lo nuevo coexistían en la oscuridad de la cueva y en la luz de fuera, pero luego, infinitamente despacio, aunque no tanto como cuando los humanos abandonaron a los animales, lo viejo descansó, quedándose inmóvil, por no decir petrificado, como está ahora.

A los animales se los sacó del bosque, algunos fueron llevados a fábricas industriales de carne y leche, donde son productores de cosas para nosotros, todos dentro de sistemas biológicos en los que están definidos y tienen su lugar determinado, y cuya imagen, clarísima y sin ambivalencia, por ejemplo, del león o del ave acuática, vemos en nuestras pantallas. Obviamente siguen en el bosque –que se encoge cada vez más–, pero lo que son para nosotros es la imagen definitiva y totalmente recortada.

También la muerte fue sacada de la cueva, el bosque y la oscuridad, y llevada a la luz, donde aparece como lo que es, una pequeña fisura en uno de los vasos sanguíneos del cerebro, unas

cuantas bacterias microscópicas en el flujo de sangre, una minúscula célula en el páncreas que empieza a formarse por su cuenta.

Lo que ocurre con la muerte es que se hace cada vez más pequeña, y tan espectacular ha sido ese desarrollo que ya no es impensable que la muerte llegue un día a cero y desaparezca.

En esta visión se encuentran de un modo extraño la ciencia y la religión. No solo porque la ciencia médica ya es capaz de abrir el cuerpo humano, sacar los órganos internos, como el corazón, el pulmón y los riñones, y sustituirlos por unos nuevos, como los chamanes desde tiempos inmemoriales han descrito en sus ritos de iniciación, sino también porque esto, además de todos los esfuerzos realizados dentro de la genética, en la que el cultivo de partes del cuerpo y la manipulación de células ya no es un pensamiento utópico, sino una realidad, prolonga la vida. Se puede imaginar que si, por ejemplo, el envejecimiento y el proceso de envejecer es una condición genética, determinada desde la concepción, no es imposible que un día no solo pueda retrasarse, sino también detenerse, y lo que entonces aparecerá, la vida eterna, es y ha sido siempre una idea religiosa. Y como tal ha estado relacionada con la mística, el exceso, la transformación y lo irracional, o, en otras palabras, con la cueva.

Cristo venía de la Antigüedad, y la historia sobre él contiene varios elementos chamanistas: se cuenta que exorcizaba demonios y resucitaba a los muertos, pero sobre todo que bajó al reino de los muertos, como los chamanes y como Héctor, Orfeo, Ulises, Eneas, volvió, y subió al cielo. Pero, curiosamente, lo irracional no está tan presente en el relato sobre Jesús que despierta a los muertos como en el resto de la multitud de relatos sobre el mismo tema. Aquella locura y enajenación que rodea a Dioniso no existe en torno a Jesucristo. Tampoco se encuentra en torno a ese hombre que desde lo más profundo de la realidad visionaria de cueva de la Antigüedad escribió uno de los libros más importantes del Nuevo Testamento, el Apocalipsis de Juan. En una gruta de la isla griega de Patmos, se encontraba en un profundo sueño o trance alucinatorio, y vio el futuro.

Juan era uno de los muchos oráculos de aquella época, pero donde las visiones paganas se han perdido, quedan las suyas cristianas: él vio a los cuatro jinetes del Apocalipsis, vio el mar teñido de rojo por la sangre, vio el cielo en llamas y vio la muerte que desaparecía. Escribió: «Los hombres buscarán en aquellos días la muerte y no la hallarán, y desearán morir, y la muerte huirá de ellos.»

Esto no es lo mismo que la idea de vida eterna que trajo consigo el cristianismo, y que está emparentada con la doctrina del alma de Platón. Es distinto, es una profecía, no de un paraíso prometido, sino de la realidad. Desearán morir, escribió, «pero la muerte huirá de

ellos».

Yo creo que «aquellos días» se están acercando. Creo que «aquellos hombres» somos nosotros. Pero si es así, si la muerte un día desaparece del todo, ¿qué ocurrirá entonces con los ya muertos?

*

Hace unas semanas fui en el tren que cruza la montaña desde Oslo. Excitado por el inminente viaje, llegué temprano a la estación. Pocas cosas me gustan más que viajar, y sobre todo en tren. El ambiente de la estación antes de que salga el tren nocturno, esa sensación de la infancia de hacer algo prohibido que salir avanzada la noche siempre me produce. La gente que llega tarde y corretea por el andén tirando de la maleta, mientras los que han llegado con tiempo de sobra ya ocupan sus asientos y se están despidiendo de alguien, o están como perdidos con la cabeza baja, mirando fijamente el móvil. Viejos, jóvenes, hombres, mujeres. Guapos, feos, bien vestidos, desaliñados. Manos anchas con polvo de cemento, pequeñas manos blancas que jamás han hecho otra cosa que golpear el teclado. Un remolino de abrigo y pelo: una madre que se inclina y besa la cabeza de un niño, al lado un hombre con traje que tiene las manos torpemente bajadas, mirando. Tres hombres y dos mujeres jóvenes formando un círculo; uno de ellos lleva una mochila a la espalda y tiene una bolsa junto a los pies. Un hombre alto con pelo largo blanco y nariz larga viene andando a toda prisa; un músico, pienso, jazz, tal vez, o un indie desertado.

Había reservado cama en un camarote de dos, y me habían dado la litera de arriba. No había nadie cuando entré; encendí la luz, dejé la maleta en el suelo, me quité la chaqueta y la colgué en el gancho que había junto a la puerta. Aunque no está bien esperar a alguien acostado, sobre todo a alguien desconocido, me subí a la litera y me tumbé a leer mientras los sonidos de fuera parecían disminuir.

Dos minutos antes de que saliera el tren, entró mi compañero de compartimento. Llevaba el billete en la mano, y miró el número de la litera. Cuando comprobó que todo era correcto, levantó la cabeza y me miró.

–Hola –dijo.

–Hola –dije.

El hombre tenía una cara carnosa y bronceada a la luz del techo, su cuerpo era delgado y bastante menudo. Vestía muy formal para ir de viaje, pensé: Traje negro y camisa blanca.

–¿Haces todo el trayecto hasta el final? –preguntó.

–Me temo que sí. ¿Y tú?

Asintió con la cabeza y se sentó en la litera, se inclinó hacia

delante y abrió la maleta.

–¿Quieres una cerveza? –preguntó.

–No, gracias –contesté–. Muy amable por tu parte.

Sacó una botella de la maleta. Una cerveza podría estar muy bien, pero no quería entablar una relación amistosa y luego tal vez tener que charlar durante horas. Quería leer un poco y luego dormir.

–¿Te da miedo volar? –preguntó.

–No –contesté, en el instante en el que abrió la botella con un abridor que tenía en el llavero–. ¿Por qué?

–No mucha gente de nuestra edad coge ya el tren nocturno –dijo.

Me tumbé de lado, con la cara hacia la pared, para que el hombre entendiera que no tenía ningún interés en charlar.

Fuera sonó un pitido, el tren se puso en marcha y se metió en el túnel que pasaba por debajo de la ciudad.

Estuvo callado un buen rato, leyendo una revista que tenía abierta sobre las rodillas, mientras daba de vez en cuando un trago de cerveza de la botella que tenía en la mano.

Estábamos ya lejos de la ciudad, y había empezado a no prestar atención al libro que estaba leyendo, cuando volvió a hablarme.

–¿Eres universitario? –preguntó.

–¿Yo? –dije–. No, no.

–¿Uno de esos eternos estudiantes entonces? –preguntó.

–No sé exactamente –contesté.

–Ese libro que estás leyendo –prosiguió–. No es ni siquiera para gente con un interés especial, sino solo para la gente que trabaja en ese campo. ¿No estás de acuerdo?

–Tal vez –dije.

–¡Venga ya! –exclamó–. ¡Estoy intentando iniciar una conversación!

¿Por qué por unos cientos de coronas más no había reservado un compartimento para mí solo?

Lo que más me apetecía era rechazarlo directamente, pero algo me frenó, así que cerré el libro y me incorporé. De todos modos, tendría que bajar a cepillarme los dientes en un rato.

–No tienes que dejar de leer por eso –dijo–. Siento haberte molestado. Sigue leyendo. Ya es tarde.

–¿Cómo es que conoces a Lucio Accio? –pregunté.

Me miró de reojo, con una sonrisa en la boca.

–¿Seguro que no quieres una cerveza?

–Supongo que no me hará ningún daño –dije.

Dejó la botella vacía en el suelo, sacó otras dos, las abrió y me alcanzó una.

–Lo he leído –dijo–. Pero no en traducción, como tú.

–¿Así que sabes latín? –dije para camelarlo, y di un gran sorbo de

la maravillosa cerveza, dorada y amarga.

Asintió con la cabeza, claramente satisfecho de sí mismo.

Tras un largo tramo iluminado únicamente por la luz que provenía del cielo entre gris y blanco de la noche de verano, y un paisaje que de vez en cuando se abría hacia un ancho y tranquilo río, empezaban ya a verse las luces de casas y edificios.

–¿Cómo es eso? –pregunté.

–Había tanto latín en la carrera, que ya puestos, decidí aprenderlo bien. Lo estudié por mi cuenta. ¿Me ha servido de algo? No. ¿Me ha hecho disfrutar? Sí.

–Así que eres médico –dije.

Asintió varias veces con la cabeza y me miró como un profesor al que un alumno acaba de hacer una difícil pregunta.

–¿Y tú eres...?

–He hecho algunos documentales –dije.

–¿Ah, sí? –dijo–. ¿Es probable que haya visto alguno?

–Lo dudo –contesté.

–No seas tan modesto –dijo–. Dime algún título.

Le contestaría a esa pregunta, pensé, y luego le pediría que me disculpara, me cepillaría los dientes, apagaría la luz y dormiría todo el camino mientras cruzábamos la montaña.

–Uno se llama Amigos de toda la vida –dije.

–¿Ah? –dijo–. ¿De qué trata?

–¿Has oído hablar de los Amigos de Smith?

–¿La secta noruega? Claro que sí –contestó.

Cogió un teléfono que tenía que estar encima de la litera, aunque yo no lo había visto. Supuse que buscaba el documental. Un instante después, levantó la vista y me miró.

–Salud, Egil –dijo y levantó la botella–. Yo soy Frank.

El tren redujo la velocidad y entró en una estación. Unas cuantas personas se acercaron a la puerta de nuestro vagón. Pequeños sonidos del tren, de pasos, de puertas que se abrían o se cerraban, el zumbido del motor, voces atenuadas reforzaban el silencio nocturno que se posaba sobre la ciudad y las montañas que se veían más allá.

–¿Eres creyente? –preguntó.

No contesté. No quería contestar a esa pregunta.

–Lo digo porque hiciste un documental sobre ellos. Ellos creen que Jesús nació como ser humano, ¿verdad?, y luego se volvió divino. A través de sus actos. ¿Correcto?

–Sí –contesté.

–¿Y tú qué crees? –preguntó.

–¿Sobre qué?

–Si nació como ser humano o como dios.

–No tengo ni idea– contesté.

Él se rió.

–¡Ya sé que no lo sabes! Pero ¿qué crees?

No contesté. El tren volvió a ponerse en marcha. Las luces pasaban vacilantes, cada vez más deprisa. En un cruce había un coche parado esperando a que la luz se pusiera verde. En un edificio de oficinas se veía una estancia vacía, toda iluminada. Los muebles retumbaban en la luz. Y de repente solo había árboles fuera, pálidos bajo el tenue cielo nocturno.

–Soy anestesista –dijo–. Llevo unos años trabajando en un helicóptero ambulancia. Es un trabajo muy duro, porque nosotros solo acudimos a los casos más graves. Muchos accidentes de coche. Ahogamientos. Ataques cerebrales. Infartos. Y vamos donde no pueden llegar las ambulancias. A pueblos y granjas aislados, islas muy alejadas de tierra firme. Pero me gusta, te produce una sensación muy especial aterrizar junto a un fiordo en medio de la noche o al amanecer, y encontrarte metido en un drama de vida o muerte. Porque eso es lo que nos ocurre casi cada vez.

Se calló.

Al cabo de un rato, me miró.

–¿Quieres otra?

–Gracias –dije–. Bueno, la última. Tengo que dormir un poco antes de llegar.

–Dormir no es muy importante –dijo.

El tren estaba subiendo, pero tan despacio que solo nos dimos cuenta al llegar a un punto desde el que podíamos ver el valle debajo de nosotros.

–No creas que estoy loco –dijo–. No lo estoy. Pero esta primavera empezaron a ocurrir cosas.

–¿Mientras trabajabas en el helicóptero ambulancia?

–Sí.

–No estoy loco, ¿sabes? Pero lo que ocurrió fue que empecé a ver gente que no estaba allí. ¿Lo entiendes?

–No del todo –dije.

–Veía a más personas de las que veían los que trabajaban conmigo –dijo–. Tardé en entenderlo. Pero cuando luego comentábamos lo sucedido, yo a veces me refería a personas como el viejo que estaba en el sofá de su salón mirándonos fijamente, por ejemplo, o la mujer que miraba el helicóptero cuando aterrizamos, y mis colegas no entendían de qué hablaba. No se habían fijado en esas personas. Comprendí entonces que no era que no se hubieran fijado, es que no estaban allí.

–¿Qué era lo que veías? –pregunté, aunque sabía la respuesta.

–Estaban muertas –dijo–. Veía los muertos que estaban allí cuando llegábamos con el helicóptero.

Hubo una pausa.

–Nunca se lo he contado a nadie –dijo–. No quiero ser el que cree en fantasmas. Pero nosotros nunca volveremos a vernos. ¿Verdad que no?

–¿Qué crees que querían? –pregunté.

–No parecían querer nada –contestó–. Simplemente estaban allí. Un poco como animales. Mirando lo que ocurría a su alrededor. Todos habían muerto hacía no mucho tiempo. Al menos eso es lo que creo.

–¿Y nadie más los veía? –pregunté.

–No que yo sepa –contestó–. Y eso es lo que no me gusta. ¿Por qué era precisamente yo el que los veía? ¿Y por qué de repente entonces?

Volvió a quedarse callado.

Apoyé la espalda en la pared y miré el pálido paisaje montañoso, con sus blancos troncos, cortos y resplandecientes, bajo el cielo extrañamente claro.

–Pero eso no es todo –prosiguió–. Uno de ellos me habló. Estábamos en el cuarto de estar de una granja, el hombre de la casa, un viejo enorme, había sufrido un infarto de miocardio, y en el sofá, al otro lado de él, hay sentado un joven al que nadie ve, excepto yo. Nuestras miradas se cruzan. Nunca había ocurrido, siempre estaban metidos en su propio mundo. Pero ese, ese me miró. Se levantó y me señaló. Luego dijo: estás condenado.

–¿Estás condenado?

–Solo eso. En ese momento estábamos saliendo, pero me dio tiempo a ver una foto suya en la pared. Una retocada foto de su confirmación, de esas que se hacen en un estudio, ¿sabes?

Durante un buen rato solo se oían los ruidos del tren. Las ruedas que golpeaban las traviesas debajo de nosotros, la fricción de los enganches entre los vagones, el débil chillido de la presión del aire fuera.

–No me crees –dijo.

–Claro que no te creo –dije–. O, mejor dicho, claro que creo que viste lo que viste. Pero no creo que se refiriera a la realidad.

–¿«Se refiriera a la realidad»? –dijo en tono burlón–. Qué buen académico habrías sido. Pero lo que dices es que lo que vi solo existía en mi cabeza.

–Algo así. Yo también vi una vez un muerto, mi abuelo materno, lo vi con tanta nitidez como te estoy viendo a ti. Pero él no estaba. Estaba dentro de mí.

–¿Qué estaba haciendo allí? –preguntó Frank, riéndose.

Sonreí, me tumbé boca arriba y apagué la pequeña lámpara de noche.

–¿Te importa apagar la luz del techo? –le dije.

Se levantó sin decir nada y apagó la luz, luego se tumbó boca arriba, como yo, encima del edredón.

–¿Me crees si te digo que el fiambre tenía razón? ¿Que yo estaba condenado?

No contesté.

–Perdí a mi hija –dijo–. Tenía seis años. La atropelló un camión delante de casa. No llevaba casco, solo iba a dar unas vueltas en bicicleta por el patio. Acababa de aprender a montar.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Eso no podían ser imaginaciones suyas.

–¿Lo entiendes ya? –dijo–. No solo fue en mi cabeza. Vi realmente a los muertos.

–Siento mucho lo de tu hija –dije.

Se rió.

–¡Sí, me lo creo!

No podía dormirme ahora, no podía abandonarlo ahora. El hombre se encontraba al borde de un abismo.

Pero ¿qué podía decirle?

Nada podía ayudarlo.

Si le preguntaba por su hija para que pudiera hablar de ella, se derrumbaría. Si no la mencionaba, la conversación sería falsa y horrible.

Alguien abrió la puerta que había entre los vagones, y el ruido del tren aumentó bruscamente, fue como si se hubiera abierto de par en par la puerta de una máquina. Cuando se cerró, se oyeron voces en el pasillo.

Frank se levantó de la litera y dio un par de pasos hacia la ventana.

–¿Te importa que abra un poco? –preguntó.

–En absoluto –contesté.

–Dicen que es el verano más caluroso de la historia.

–Sí, eso he oído –dije.

Bajó la parte de arriba de la ventana, y el aire entró temblando.

–¿Estás casado? –preguntó, apoyando la frente en la ventana.

–Divorciado –contesté.

–¿Por qué?

A ti qué te importa, pensé. Pero ahora no podía rechazarlo.

Me incorporé a medias en la litera.

–No aguantaba más.

–¿Así de simple? –dijo, riéndose y volviéndose hacia mí–. ¿Cómo era ella?

–Era de todo.

–¿Demasiado para ti?

–No, eso no. No lo creo. Pero siempre quería discutirlo todo.

–¿Y tú no querías?

–No.

–¿Tú preferías leer a Lucio Accio?

Se estaba burlando de mí, y noté una sombra por dentro. Tuvo que notarse también por fuera, porque el hombre cambió de tono.

–Yo también estoy divorciado –dijo–. Dos veces incluso. La razón oficial es que trabajaba muchísimo. La extraoficial es que no era capaz de no tocar donde no debía.

Volvió a sentarse en la litera.

–Pero claro, es algo más profundo que eso.

–Ya –dije.

Estuvo un buen rato sin hablar. Volví a tumbarme y cerré los ojos. Oí que él también se acomodaba.

–No he sido una persona especialmente buena –dijo–. Pero no es que haya fracasado, porque nunca he intentado serlo. ¿Por qué iba a intentarlo? Vivimos aquí durante un tiempo, luego morimos y todo se olvida. Eso también está bien. ¿Lo entiendes? Así que ¿por qué no vivir? Hacer lo que uno quiera. Eso pensaba. O, más que lo pensaba, lo vivía.

–¿Ya no lo piensas? –pregunté.

Al principio no contestó, y me imaginé que movía la cabeza diciendo que no en la oscuridad.

–No sé lo que pienso –dijo al cabo de un rato–. Ya no sé absolutamente nada.

Nueva pausa.

–¿Y tú? –preguntó–. ¿Tú eras una buena persona?

–No lo sé –contesté–. Depende de lo que entiendas por buena persona, supongo.

–¿Cómo se llamaba tu mujer?

–Camilla.

–¿Como la niña de La ciudad de Cardamomo?

–Creo que ella se llamaba Kamomilla –dije.

–Tienes razón –dijo, riéndose–. Pero ¿eras bueno con Camilla? ¿La querías de verdad? ¿Intentabas imaginarte cómo era ser ella? ¿Qué quería? ¿Qué quería ella que tú hicieras? ¿Te dedicabas a ella con todo tu ser? ¿Al menos de vez en cuando?

–No lo sé –dije.

–¿No lo sabes? Yo sí lo sé. No lo hacías. ¿Tengo razón?

–Puede que sí –contesté–. Pero una relación es cosa de dos.

–¡En eso te equivocas! Si eres una buena persona, das sin esperar nada a cambio. Tienes que ser altruista.

–Pero entonces desapareces –dije.

–Ante ti mismo, sí. No necesariamente ante ella. Pero esto es pura teoría por mi parte. Yo nunca lo hice. No me preocupaba. Y eso no está mal. Pero lo que ahora me quema por dentro es que en el fondo tampoco me preocupaba por Emma. Me parecía guapa y todo eso, y la quería. Claro. Pero en realidad no me preocupaba.

–¿Emma? ¿Era tu hija?

–Sí, acentuando era.

Pausa.

–¿Qué piensas de eso?

–¿De lo que dices sobre tu relación con ella?

–Sí.

–Yo creo que bastaba con que la quisieras, y ella lo supiera.

–No es verdad –dijo–. Lo dices solo porque crees que es lo que quiero oír. Pero no nos conocemos. Y nunca volveremos a vernos. Podemos ser sinceros.

–De verdad que lo creo –dije.

–¿Tienes hijos?

–Sí, un chico de once años. Vive con su madre.

–Así que seguramente estás hablando de ti. Por cierto, también tengo aquí una botella de coñac. ¿Nos tomamos una copa?

Estuvimos toda la noche bebiendo, mientras cruzábamos la montaña, con la desierta meseta suavemente iluminada, y bajábamos por el otro lado del valle, a lo largo de un río que se lanzaba burbujeando por los rápidos, relucientes con el sol matutino bajo las verdes laderas, hablando de nuestras vidas. Yo me fui abriendo por completo, dije cosas que nunca había dicho a nadie, y él hizo lo mismo, aunque dudaba todo el tiempo de si lo que decía realmente era verdad, o si no era muy estricto con ella, y lo que quería sobre todo era alejarse de sus pensamientos. Durante un rato incluso dudé de que su hija estuviera muerta. Al mismo tiempo, me resultaba tan reconfortante hablar con alguien de esa manera, tan libremente, que pensé un par de veces que él me había sido enviado. Y que me traía un mensaje.

Estaba borracho cuando el tren se paró en la estación terminal, pero mantenía el control, era más bien como si notara la clara luz del alcohol arder con fuerza en mi interior, haciendo desaparecer todos los problemas. De repente, todo era posible.

Me quedé en el andén, delante del vagón, a esperar a Frank.

–¿Nos despedimos aquí entonces? –dije cuando salió.

–Sería una pena echar a perder una embriaguez tan estupenda –dijo, levantando la empuñadura de su maleta–. ¿Tienes algún plan para esta mañana? ¿Has quedado con alguien?

Negué con un gesto de la cabeza, y echamos a andar hacia la salida. La luz del sol inundaba el viejo edificio de la estación, reflejándose en todas partes de metal y vidrio.

–El entierro es a las once –dijo sin mirarme–. ¿Podrías hacerme compañía hasta entonces?

–¿El entierro? –dije–. ¿De tu hija?

Asintió con la cabeza.

Me quedé helado por dentro.

¿No estaba enterrada aún?

Ah no, no.

–Claro que puedo –dije–. ¿Adónde quieres que vayamos?

–Tengo reservada una habitación en el Hotel Norge. Podemos tomar una copa allí. No hace falta que te quedes mucho tiempo. Lo que pasa es que no me apetece mucho estar solo justo ahora.

–Lo entiendo muy bien –dije.

–¿Dónde te alojas tú?

–En un hotel por Torgallmenningen. No recuerdo cómo se llama.

–El Norge probablemente sea mejor –dijo–. ¿Cómo puede ser que un niño de papá rico como tú no se aloje en los mejores hoteles?

–Porque no me interesa –respondí.

Me echó una mirada escéptica. Compré tabaco en el quiosco Narvesen y estaba fumando cuando pasamos por delante del pequeño lago del centro de la ciudad, justo antes de llegar al hotel. Me senté en el vestíbulo mientras él se registraba.

–Podemos sentarnos aquí abajo –dijo–. Sería una bobada beber en la habitación. Somos demasiado adultos para eso, ¿no crees?

–Suena bien –dije. Se me había venido encima una ola de cansancio y tendría que beber algo más si quería mantenerme despierto.

–Necesitamos desayunar –dijo–. ¿Estás de acuerdo?

El cambio de ambiente lo había alterado todo, no teníamos nada más que hablar, no nos conocíamos de nada, y éramos tan distintos como lo pueden ser dos seres humanos, pensé mientras desayunábamos en silencio.

Luego nos tomamos unas cervezas. Estaba pensando en cómo librarme de él sin herirlo, cuando me preguntó si quería acompañarlo al entierro.

–¿Eso estaría bien? –pregunté–. Yo no conocía a Emma.

–Me conoces a mí.

–En cierto modo –dije.

–Voy a decirte una cosa: tú me conoces mejor que nadie. Di que sí, para que no tenga que rogarte.

–Puedo acompañarte –dije–. Pero no tengo ropa adecuada.

–Hombre, por Dios –dijo–. Es un entierro. Todo ha terminado. Todo es oscuridad e infierno. ¿A quién coño le importa la ropa?

Unos minutos antes de las diez y media subimos a un taxi en la cuesta del Teatro. Frank estaba borracho, su cara rígida y cerrada, sus movimientos como inacabados. Yo también estaba borracho, pero no tan visiblemente como él; hacía falta conocerme bien para darse

cuenta.

Había un montón de gente delante de la iglesia, mujeres vestidas de negro, hombres con traje negro, muchos con gafas de sol, la mayoría relativamente jóvenes, de unos treinta y tantos años. El ambiente era tenso e inseguro de esa manera que caracteriza los momentos antes de que llegue la seguridad de los rituales. Sonrisas nerviosas, ojeadas repentinas. Algunos llorando.

–Dame un cigarrillo –dijo Frank, deteniéndose delante de la puerta.

Le di el paquete y el encendedor.

Encendió un cigarro e inhaló profundamente.

–¿Tengo pinta de estar borracho? –preguntó.

–Un poco –contesté.

–Estoy borracho por ella –dijo–. Ella está muerta y nada significa ya nada.

–Comprendo –dije.

–Honro su recuerdo –dijo, mirándome con los ojos entornados y tambaleándose ligeramente.

Empezaron a sonar las campanas de la iglesia.

–Ha llegado el día, como dicen los suecos –dijo, tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó. Le puse una mano en el hombro.

–Lamento tu dolor –dije.

Me miró, y se echó a reír.

–Sí que es lamentable –dijo–. ¡Vamos!

Todo el mundo nos observaba cuando llegamos a la plaza de delante de la iglesia. Frank no miraba a nadie, solo miraba al frente, andando de esa manera tan rígida y controlada propia de los borrachos. La gente no solo nos miraba a nosotros, también intercambiaban miradas entre ellos, y oí que algunos susurraban.

–Me siento aquí atrás –dije, al entrar y ver delante el ataúd blanco, demasiado pequeño. El ataúd y el suelo a su alrededor rebosaban de flores y coronas.

–No, ven conmigo delante a hacerme compañía –dijo.

–No puedo –dije–. Eso es solo para la familia.

Me deslicé por una de las filas de bancos. Él sacudió la cabeza, como para sí mismo, y continuó por el pasillo hasta los bancos de delante. Ninguno de los que estaban allí sentados lo saludó ni lo miró. Simplemente le hicieron un sitio sin decir palabra.

¿Qué había hecho?

¿Cuál era su pecado?

La iglesia se fue llenando de ese silencio tan característico de los entierros, y que puedes escuchar a través del crujido de los vestidos, el discreto murmullo, los tacones de los zapatos de vestir pisando el suelo de piedra.

La pastora salió de la parte de atrás, y me quedé atónito. La había

conocido en otra época, hacía mucho, íbamos a la misma clase en el bachillerato.

Incluso la había amado.

Kathrine, me dije por dentro, así que aquí estás.

Ella se detuvo delante del ataúd e inclinó la cabeza cuando el organista tocó el preludio de un salmo. Cogí el libro de salmos que había en el asiento de delante, lo abrí y seguí la letra sin cantar, escuchando la voz de la pastora dirigir el canto, segura y hermosa, de un modo sencillo.

Una flor bonita en el bosque veo
Entre los grandes abetos
Y ella entre el musgo y brezo aparece
Tan hermosa, tan pequeña y modesta.

¿Dime, no te da miedo así escondida en el bosque
Donde las sombras seguro que te pesan?
–Que no, del Señor escondida nunca estoy
Él hasta la flor más modesta protege.

Pero ¿no deseas estar en el hermoso jardín,
Donde la gente te puede admirar?
–Ah no, me encuentro mejor entre pobres y pequeños
Yo para ser flor del bosque nací.

Aunque sea pequeña, el Señor me ama
Y con él yo me siento feliz.
Cada mañana al cielo envío mi oración
Con la oración me duermo cada noche.

Como la flor en invierno me marchito
Pero con alegría porque entonces seré novia
Y dejaré el cuerpo en la tumba descansar
Mi alma está en casa, con Dios.

Cuando la música dejó de sonar, hubo varios estallidos de sollozos. Aunque yo no conocía a la niña muerta, los ojos se me llenaron de lágrimas. Había tanto dolor en el templo que resultaba casi insoportable.

–La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros –dijo Kathrine. Su voz era cálida y tranquila. Miraba hacia la primera fila, como buscando a alguien.

Me gustaba su calma, su cara era tan hermosa como la recordaba.

Pero ahora tenía además algo penetrante, tal vez incluso duro, como si la vida la hubiera afilado.

–Estamos aquí reunidos para despedir a Emma Johansen –prosiguió–. Juntos la entregaremos en las manos de Dios y la acompañaremos hasta su última morada. Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Oremos.

Agachó la cabeza. Yo también agaché la cabeza y junté las manos.

–Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? –dijo–. ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación y de las palabras de mi clamor? Dios mío, clamo de día y no respondes, y de noche no hay para mí descanso. Pero tú, Jehová, ¡no te alejes, fortaleza mía, apresúrate a socorrerme!

Levanté la vista y vi a Kathrine acercarse al púlpito, poner una mano a cada lado y mirar a los presentes. Fue como si el aire temblara allí dentro, en todas partes se oían lloros, y también algunos pequeños gritos de desolación.

–Emma ha muerto –dijo Kathrine–. Se ha ido Emma, a la que muchos tanto amaban. Emma solo tenía seis años. No hay un dolor más grande que ese. No hay ninguna aflicción más profunda. Un niño que muere es la noche de la vida. Esta tarde nos vamos a despedir de Emma, vamos a compartir sus recuerdos, y los recuerdos son luminosos. Emma era una pequeña estrella. Nació el 6 de octubre, dos semanas pasadas la fecha, y tenía dos hermanitos, Emil y Noa, que esperaban con impaciencia su llegada. Sonrió por primera vez cuando tenía diez días, aprendió a andar con once meses, y pronunció su primera palabra con un año. Emma era una niña alegre y viva, amaba a los animales, sobre todo a los perros, y lo que más le gustaba era dar paseos con su mamá, Monica, y el golden retriever, Kasper. Emma era buena y considerada, tenía un gran corazón, y llenaba la casa de alegría. Tenía una risa contagiosa que hacía reír a los demás. Emma era una experta en hacer puzzles, le gustaba dibujar y pintar, y la ropa con dibujos de unicornios.

Resultaba insoportable estar allí sentado escuchando. Pero no podía levantarme e irme, no durante el discurso conmemorativo, y tampoco después.

Miré hacia el ataúd mientras la pastora seguía hablando sobre la niña que estaba dentro de él.

La avalancha de flores que lo rodeaba.

Era Dios. La avalancha de vida. La avalancha de muerte. Flores blancas con hojas verdes. No los destinos individuales, sino ese movimiento en el que entraban todo y todos.

No había nadie a quien reprochar la muerte de la niña. No había nadie a quien dirigir la rabia y el dolor.

Nadie era Dios.

–Emma era una pequeña flor en el gran bosque –dijo Kathrine–. Ahora Emma es una luz en la oscuridad. Los que estabais cerca de ella la recordaréis y echaréis de menos siempre.

Dios era nadie.

En la primera fila alguien se levantó de repente. Era Frank. Con pasos inseguros se abrió camino, mirando fijamente al suelo.

Un débil susurro recorrió la iglesia. El rostro de Frank estaba cerrado, pero cuando de repente levantó la vista mientras recorría el pasillo, vi la ira en sus ojos.

Kathrine había dejado de hablar.

Frank se detuvo delante de la fila en la que yo estaba sentado.

–¿Vienes? –dijo con una sonrisa.

Fue un día terrible y una noche terrible. No podía abandonarlo en el estado en el que se encontraba, pero tampoco tenía otra cosa que ofrecerle, aparte de mi compañía, que en el fondo no valía nada, eso lo sabíamos tanto él como yo, pues yo no era un amigo de verdad, solo alguien con quien había coincidido en el tren.

–¿Por qué te has ido de la iglesia? –le pregunté cuando media hora después estábamos sentados en una terraza junto a Bryggen, bebiendo cerveza.

–No soportaba compartirla con todos –dijo mirando la bahía de Vågen, donde el agua azul oscura reposaba pesada y quieta junto a los muelles–. La pastora hablaba de ella como si la conociera. Y no era así. Tampoco casi nadie más.

Me miró.

–¿Qué hago ahora, Egil? Puede que me queden cuarenta años de vida. Y no tengo nada por lo que vivir.

Di un trago de cerveza y me limpié la espuma de los labios.

Podía decirle que aceptara la pérdida y siguiera viviendo con los recuerdos, que tal vez algún día se volverían buenos. Pero no eran más que palabras sin experiencia y sin valor.

–No lo sé –contesté.

–No, supongo que no –dijo–. Pero ¿al menos te crees lo que te conté en el tren?

–¿Sobre esos muertos que viste?

–Sobre todo, el que me dijo que estaba condenado.

–Te lo dijo algo dentro de ti. Eso es lo que creo.

Me miró fijamente durante un buen rato. Su mirada era como una de esas con las que te puedes encontrar en un local nocturno cuando alguien ha decidido armar bronca. Luego desvió la mirada, se reclinó en la silla y volvió a contemplar la bahía.

Muy alto en el cielo volaban unas gaviotas. Sus gritos, que se oían

a intervalos, eran lejanos.

–Siento no poder serte de más ayuda –dije.

–Has sido de gran ayuda –dijo sin mirarme–. Lo que pasa es que tengo que conseguir acabar este día. Y luego el siguiente. Mi problema es que no sé para qué. ¡Y, por favor, no me digas que tengo que buscar ayuda!

Se rió sin alegría.

Pasó un grupo de turistas, siguiendo al guía con pantalón corto que iba delante de ellos, con un pequeño banderín rojo colocado en un palo. Tendría unos veinticinco años, y los turistas eran jubilados, pero la procesión me hizo pensar, no obstante, en una guardería.

–¿Quieres otra? –pregunté.

–Es lo más inteligente que has dicho hasta ahora –dijo.

Nos tomamos un par de cervezas más, abajo, en Bryggen, antes de ir hacia el centro y buscar un restaurante para comer. Yo pedí un chateaubriand con patatas fritas, estaba famélico, curiosamente era algo que siempre me pasaba después de un entierro. Lo descubrí cuando murió mi abuelo materno, y se sirvió sopa en la casa parroquial después del sepelio. La carne salada y los trozos de verdura me supieron a gloria. Había en mí como un hoyo de hambre que ni siquiera tres raciones fueron capaces de saciar. La decencia me hizo parar ahí. Desde entonces he experimentado lo mismo muchas veces, y, como digo, también entonces, sentado junto a la pared en un restaurante francés, al lado de un desconocido que acababa de enterrar a su hija.

Sabía que debía mostrarle frugalidad, pero él había traspasado toda clase de límites ese día, así que me pareció bien comer algo cuando tuve oportunidad.

Apenas hablábamos, estábamos sentados a la mesa, sumidos en nuestros pensamientos, o, mejor dicho, Frank no debía de pensar mucho, estaba totalmente atrapado por sus emociones, aprisionado en su oscuridad. De vez en cuando me miraba, casi siempre con una pequeña sonrisa en los labios.

–Veo que tienes hambre –dijo por fin.

Yo tenía la boca llena de comida y solo pude asentir con la cabeza.

–Los entierros tienen ese efecto en las personas –dijo–. Les abre el apetito de vida, les entran ganas de vivir.

–Lo siento –dije–. Te tiene que parecer horriblemente insensible. Pero con tanta bebida, me ha entrado hambre.

–Han pasado cosas peores hoy –dijo–. Y con un poco de comida en la tripa, se aguanta mejor el alcohol.

Nos tomamos unas copas de coñac después de la comida, era de 1973, con un sabor rebelde y salvaje, lógicamente, había vivido toda una vida cerrado al mundo, para ahora fluir libremente dentro de

nosotros.

–Sé que tienes ganas de irte ya –dijo mientras esperábamos que nos trajeran la cuenta–. Lo entiendo perfectamente. Pero ¿puedes quedarte hasta que acabe el día? Mañana me las arreglaré por mi cuenta. Pero ahora soy incapaz de estar solo. Sé que es mucho pedir. ¿Podrías pensar en ello como una buena acción?

–Eres mi prójimo –dije–. Te acompaño hasta la puerta.

–¡Sí que eres cristiano! –dijo–. ¡Lo sabía!

Yo no dije nada. «Cristiano» era una palabra que no encajaba bien; no era eso lo que yo era.

El sol seguía alto en el cielo cuando salimos a la plaza, que estaba llena de gente y de vida. De nuevo pensé en una avalancha. Una avalancha de personas, una avalancha de sucesos, una avalancha de movimientos grandes y pequeños. Cabezas inclinadas hacia el suelo, giradas hacia uno u otro lado, manos que llevaban bolsas de la compra, manos que agarraban vasos, que ataban cordones de zapatos, ojeadas aquí, ojeadas allá, voces altas, voces bajas, risas, estruendosamente profundas o chirriantes y agudas.

Todo lo que aparecía de ese modo, había desaparecido al instante siguiente.

También eso era una forma de muerte, ¿no?

Pero, entonces, ¿qué era el destino? ¿Algo que unía una cosa con otra, fijándolo?

Kathrine no había desaparecido. Había vuelto.

¿Era esa la razón por la que Frank me había sido enviado?

¿O era para instruirme sobre la muerte y los muertos?

–¿Adónde podemos ir? –preguntó Frank–. ¿Sabes si hay por aquí una buena terraza?

–Ni idea –dije–. Hace años que no vengo a esta ciudad. Pero la última vez que estuve, había una especie de Casa de Cultura en las afueras, junto al agua. Un sitio muy agradable.

–Sé dónde está –dijo él–. Quizá nos vendría bien andar un poco.

Nos tomamos una cerveza en un café en la cuesta, más abajo del teatro, que estaba a reventar de gente, luego nos tomamos otra con un Fernet Branca, aunque coincidimos en que tal vez no fuera una bebida muy adecuada con ese calor. Frank parecía ya más tranquilo, pero como seguía sin decir casi nada, no era fácil saber lo que se movía dentro de él.

Andando por la bahía, a lo largo de una alameda con castaños, donde ya no había ni tiendas ni cafés, empezó a hablar.

–Monica puso a los niños en mi contra. Se cabreó un montón cuando nos divorciamos, no te puedes imaginar. Y cuando ocurrió eso, la razón por la que andas aquí conmigo, me excluyó por completo. No podía acceder a los niños ni a nuestra antigua casa. Luego se ocupó

ella sola del duelo, joder.

Me echó una breve mirada con ojos borrachos.

–Eso vale. No me ha importado demasiado. Ellos estaban bien, y yo también. Fue un acuerdo razonable. Pero ahora Emma está bajo tierra. Es horrible. Es tan horrible...

Sacudió la cabeza como para sí. Le puse una mano en el hombro. Me miró como si me hubiese vuelto loco. Retiré la mano.

–Abajo, en la tierra –dijo–. Ella no puede hablar, ¿entiendes? No se puede mover. ¡Ni siquiera puede pensar! Y luego esa jodida pastora con su salmo sobre la flor del bosque, ¿y qué significaba? ¿Que Emma era una estrella en el cielo? ¡Ella no es nada! ¡Nada! ¡Nada!

Con cada «nada» daba un golpe con la mano en el aire.

Luego me miró de reojo y sonrió.

–Siento haberte metido en esto. Pero es muy posible que recuerdes este día durante algún tiempo. Y eso al menos es algo.

–Sí –dije, no sabía qué más podía decir.

Resopló.

–Busquemos un buen sitio para emborracharnos –dijo.

–Parece un buen plan –contesté.

Seguimos la calle, pero debimos de equivocarnos en algún momento, porque acabamos en el acuario. El aparcamiento estaba lleno de autocares, y había un montón de gente haciendo cola para entrar.

–Seguro que tienen cerveza en el restaurante –dijo Frank.

–Entonces tendremos que ponernos en la cola –dije.

–Es verdad –dijo–. Y supongo que la cerveza solo la tendrán en botellas. Tardaremos demasiado. ¿Y si nos vamos?

Señaló una calle al otro lado de la bahía. Yo encendí un cigarro y me lo iba fumando mientras seguimos andando. La embriaguez había empezado a decrecer, y un tremendo cansancio rellenó el vacío que dejó.

La calle por la que íbamos llevaba al fiordo. Al cabo de un rato vimos una zona de baños justo debajo de nosotros. Una piscina pintada de blanco con trampolín y, al lado, una piscina infantil. La pendiente cubierta de hierba que subía hasta la carretera estaba atestada de gente sentada en mantas y toallas, con cestas y bolsas al lado. Un montón de niños en bañador correteaban de un lado para otro.

–Solíamos venir aquí, ¿sabes? –dijo Frank

–Tú y... –dije.

–Sí, yo y los niños –dijo–. Por cierto, no hace falta que tengas tanto miedo de mencionarlos.

Apoyó las manos en la barandilla y se quedó mirando a la multitud. Con el enorme cielo azul, el tranquilo fiordo azul y las

montañas y páramos verdes de fondo, los bañistas formaban con todas sus cosas una manta de retales de colores.

De repente, levantó el brazo y señaló. Abrió la boca sin que le saliera ninguna palabra.

–¿Qué pasa? –pregunté.

–Allí –dijo–. ¿La ves? Debajo de ese árbol. Un poco más allá de la bicicleta amarilla.

Miré en la dirección que indicaba y vi una niña sentada, con los brazos alrededor de las rodillas.

–Sí, veo una niña –dije, quería que nos alejáramos de allí antes de que sucediera algo, porque sabía a qué se refería. Que era Emma.

–Es Emma –dijo–. Es la pequeña Emma.

Empezó a correr hacia la entrada.

–Frank –dije–. No es ella. Solo alguien que se le parece.

No me escuchó. Me apresuré tras él. Tenía que evitar que armara un escándalo.

Lo alcancé junto al césped. Iba a toda velocidad por entre las toallas extendidas.

–Frank –dije en voz baja–. Ya no sabes lo que haces. Será mejor que te vengas conmigo. Déjala en paz.

Se detuvo y me miró. Le ardían los ojos.

–Tú calla –resopló.

–Vale, vale –dije.

Anduvo los últimos pasos. La niña no nos miraba, estaba sentada inmóvil debajo del árbol, con la mirada fija en la piscina. Frank se puso en cuclillas delante de ella. Yo me detuve un par de metros detrás de él.

–Emma –dijo–. Me da mucha pena. Me da muchísima pena. Eres la niña más bonita del mundo, ¿sabes?

La niña no daba ninguna señal de notar ni siquiera su presencia. Solo miraba fijamente delante de ella.

Noté cómo se colaba dentro de mí una débil duda. Porque la camiseta tenía unas grandes manchas que parecían de sangre.

–Dime algo, Emma. Cualquier cosa. Te quiero tanto. Te quiero tanto, mi niña.

Ella se levantó, yo me quedé helado por dentro. Tenía el lado derecho de la cabeza aplastado.

–No te vayas –dijo Frank–. Ahora no, ahora que te he encontrado.

La niña subió la cuesta hacia la valla, donde crecía un montón de matorrales, y de repente desapareció.

Frank se tapó la cara con las manos. Me volví. La gente bajó súbitamente la vista, como cuando se pilla a alguien mirando fijamente algo.

No podía ser verdad.

Tenía que ser una alucinación.

Pero los dos la habíamos visto.

¿Me había identificado tanto con Frank que me había sugestionado para ver lo mismo que él?

Frank se enderezó y empezó a moverse sin mirarme. Yo lo seguí. La gente nos miraba más o menos sin pudor cuando maniobrábamos entre todas las mantas y toallas.

¿Por qué nadie más había visto a la niña?

¿Por qué la había visto yo?

Cuando salimos a la calle, Frank apretó el paso.

–¿Me crees ya? –preguntó cuando lo alcancé. Tenía la cara mojada de lágrimas.

Asentí con un gesto de la cabeza.

–No quiero creerte, pero te creo –dije.

–Ahora vamos a emborracharnos y así nos olvidamos de todo –dijo, mirándome con algo que entendí pretendía ser una sonrisa, pero que era una mueca del labio superior torcido y temblando.

–Me parece bien –dije.

Me despedí de Frank sobre las nueve de la noche, estaba sentado dormido en la cama de la habitación del hotel, y no lo he vuelto a ver desde entonces. He pensado en él a menudo, y un par de veces he ido a la biblioteca de la ciudad en la que vivo a buscarlo en la red, pero nunca me dijo su apellido, así que lo único que tenía era el apellido de su hija, que seguramente no era el suyo. Él sí tenía el mío, así que, si quisiera ponerse en contacto conmigo, simplemente podría llamarme por teléfono.

La imagen de la niña sentada en la sombra bajo el árbol me ha venido a la mente todos los días desde entonces.

La vi, y ella estaba muerta.

Era inexplicable.

Y sin embargo era así.

Lo primero que hice al volver a la cabaña en la que vivo fue sacar un libro de tres tomos que tengo desde que era estudiante, pero que nunca he leído: La historia mundial del reino de los muertos, escrito por un tal Olav O. Aukrust. Lo compré creyendo que lo había escrito el gran poeta Olav Aukrust, lo que obviamente no era el caso. ¿Cómo podía pensar que él había escrito una obra gigante sobre la muerte sin que yo ni siquiera hubiese oído hablar de ella? Pero en ese momento me resultó útil. Leí sobre el reino de los muertos de los babilonios, sobre el reino de los muertos de los egipcios y de los griegos, sobre diversas ideas gnósticas acerca de los muertos, sobre el reino de los muertos de la época vikinga y de la Edad Media, sobre los reinos de los muertos tibetanos y chinos, y sobre ideas más modernas sobre

parapsicología y espiritismo. Sabía que la niña no nos había visto –seguramente no veía nada en absoluto–, pero podría haber visto algo si hubiera tragado un poco de sangre. Ahora bien, lo que no sabía era qué hacía ella entre los vivos. En la literatura eso solo ocurría cuando los muertos no habían recibido un verdadero entierro, cuando no habían sido enterrados. Ella sí había sido enterrada.

Me fui a Londres a visitar a mi padre, no porque hubiera leído a Swedenborg, en cuya obra hay un Londres debajo de Londres, porque creo que lo que él veía eran alucinaciones patológicas, mezcladas con megalomanía, no, yo me paseaba por los anticuarios y las librerías buscando libros sobre los muertos. No faltaba literatura dedicada al tema, porque la vida después de la muerte ha interesado a toda clase de culturas. Hasta donde podemos retroceder en la historia, es decir, hasta el origen de la lengua escrita, la gente se ha preocupado de saber lo que ocurre después de la muerte. La lengua escrita es el horizonte de la cultura, la muerte es el horizonte de la vida, y el que lo primero para lo que se use la lengua escrita sea para dirigirse hacia la muerte, da sentido de un modo extraño, pero obvio. Pero mientras que el mundo visible, firme y concreto ha sido investigado y cartografiado durante los siglos desde entonces, de manera que al parecer no quedan ya misterios, solo hechos que encajan en teorías constantemente modificadas sobre la realidad, nuestro conocimiento sobre la muerte no ha cambiado. Einstein no sabía más sobre la muerte de lo que sabían los primeros humanos que vivían en cuevas. Durante ese lento movimiento de siglos que iba reduciendo la verdad, cuando las ciencias naturales buscaban lo más pequeño existente, que eran las diversas partículas del átomo, para explicar el mundo a partir de ahí, la muerte no ocupaba ningún lugar. En los anteriores sistemas de explicación, por ejemplo, los de la Antigüedad o la Edad Media europea, la verdad se buscaba en lo contrario, en la complejidad de la realidad, y en esa totalidad, por erróneo que pueda parecer a nuestros ojos, la muerte ocupaba un gran espacio.

¿Qué hacemos con lo que podemos intuir, pero no saber?

Cerramos los ojos ante ello.

Somos un poco como ese borracho que una noche se queda mirando fijamente la cuesta iluminada bajo la farola, cuando unos paseantes se paran y le preguntan si está buscando algo. Asiente con la cabeza, está buscando la llave. Los paseantes lo ayudan a buscarla, pero es obvio que la llave no está allí, y le preguntan si está seguro de haberla perdido justo en ese lugar. Qué va, dice el borracho, la he perdido por ahí –y señala dentro de la oscuridad–, pero allí no la encontraré nunca, así que prefiero buscarla aquí, a la luz.

Con la maleta llena de libros, y más que me llegarían luego por correo, volví de Londres. Era incapaz de olvidar que había visto una

niña muerta sentada junto a una piscina, con la ropa que llevaba al morir, callada y cerrada, y no podía hacer como si no la hubiera visto. Así que empecé a escribir sobre ello y lo que podría significar. Durante ese trabajo fue como si algo se abriera dentro de mí, empecé a entender en qué medida la lengua limita el mundo, lo ordena, y coloca los distintos elementos en sistemas lógicos, que son de una naturaleza que nos impide ver el sistema o la lógica, solo el mundo que muestran. Vi las gaviotas que volaban alto bajo el cielo azul, oí sus gritos y entendí que eran criaturas como nosotros, sin nombre, indefinidas, libres. Su alma era algo que se elevaba en el mundo, algo que se desgarraba, la presencia de alguien, y era impensable, impensable que esa presencia desgarrada simplemente dejara de existir. Vi los robles en el bosque detrás de la cabaña, tan lentos y tranquilos, también eran criaturas como nosotros, sin nombre, libres e indefinidos. En un destello, vi el mundo que había tras la lengua, lleno de transformación y misterios, y una noche vi a mi madre, Torill, en mi sueño. Es decir, yo estaba durmiendo, y mi interior se fue llenando de imágenes, pero no era como si lo que traían las imágenes fuera algo casual, como suele ocurrir con la mayor parte de los sueños, al menos con los míos. No, era como si Torill me estuviera esperando en el sueño. Como si estuviera allí antes de que yo llegara. Salí y bajé al muelle, el mar estaba gris y azotado por el viento, con puntos blancos de espuma, porque había visto que había alguien allí, con un impermeable amarillo, y cuando llegué, la figura se volvió, y era ella.

–Egil –dijo–. Mi niño.

Yo no dije nada.

–No supe nunca quién eras. Lo siento si eso te ha creado problemas.

–Qué va –dije.

–No fui una buena madre para ti. Para tus hermanos bastaba, pero no para ti.

–Fuiste una buena madre, claro que sí –dije.

Se inclinó hacia mí y me subió la cremallera del anorak. Era algo que siempre hacía.

Lo siguiente que ocurrió fue que estaba tumbado en mi cama mirando el techo. Me levanté y descorrí las cortinas. El mar estaba gris y azotado por el viento, con puntos blancos de espuma. El muelle estaba resbaladizo de lluvia.

Pero no había ninguna mujer con impermeable amarillo.

Aparecieron los zorros y los ciervos en los páramos, al otro lado de la carretera. Hacía cada vez más calor. Una mañana, una enorme bandada de pájaros negros se posó sobre las rocas en el agua, nunca había visto nada parecido, tenía que haber miles. Permanecieron allí muy juntos durante varias horas, luego alzaron el vuelo todos a la vez,

y una nube gigante creció en el cielo, convirtiéndose en un remolino de carne, volando como una única criatura, para desaparecer sobre los árboles del otro lado.

Anoche apareció una nueva estrella en el cielo.
Está brillando ahora allí arriba, encima de mí.
La estrella de la mañana.
Sé lo que significa.
Significa que ha empezado.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Henry Marsh, Pål-Dag Line, Cecilie Jørgensen Strømmen y Naomi y Yaron Shavit por su inestimable ayuda en cosas de las que yo no sé nada, y a Bjørn Arild y Kari Ersland, Yngve Knausgård, Monika Fagerholm, Birgit Bjerck y Kristine Næss por sus lecturas durante el proceso.

1. Cover Page
2. Primer día
3. Arne
4. Kathrine
5. Emil
6. Iselin
7. Solveig
8. Kathrine
9. Jostein
10. Turid
11. Arne
12. Kathrine
13. Iselin
14. Jostein
15. Turid
16. Segundo día
17. Egil
18. Solveig
19. Vibeke
20. Arne
21. Turid
22. Jostein
23. Sobre la muerte y los muertos un ensayo de Egil Stray
24. Agradecimientos
25. Créditos